LA CIVILIZACION

F. JORBA

8689

ESTEBAN MORÁN
RA . HER
LEON

LA
CIVILIZACION

Quedan reservados todos los derechos de reproduccion y traduccion.
Está hecho el depósito que marca la ley.

LA

CIVILIZACION

EN SUS MANIFESTACIONES ARTÍSTICAS,
CIENTÍFICAS Y LITERARIAS EN TODO EL MUNDO, DESDE LOS TIEMPOS MÁS REMOTOS
HASTA NUESTROS DÍAS,

POR

DON PELEGRIN CASABÓ Y PAGÉS

TOMO TERCERO

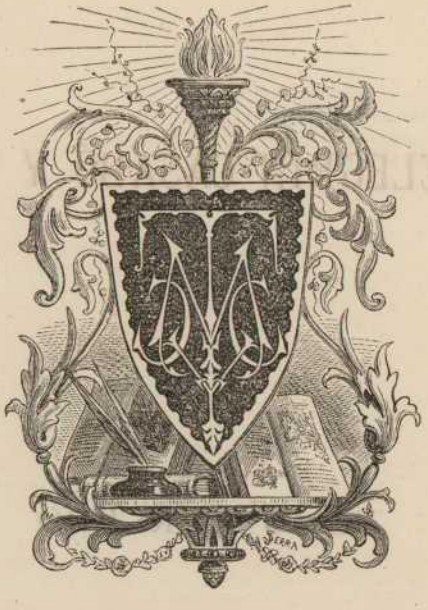
ESTEBAN MORÁN
RA. HER
LEON

BARCELONA

MIR, TARRADAS, COMAS Y C.ª, EDITORES

7, Plaza de la Universidad, 7

1882



BARCELONA: Imprenta de BASEDA y GIRÓ, calle Villarroel, núm. 17. (Ensanche de San Antonio.)

INTRODUCCION

ESTEBAN MORÁN
RA; HER
LEON

ABANDONAMOS definitivamente las regiones orientales para entrar en el Occidente y estudiar la civilizacion de esta importantísima parte del globo.

Hemos llegado á lo que podríamos llamar la tercera y última etapa de nuestro viaje. ¡Cuántas maravillas hemos visto! ¡Cuántos misterios hemos contemplado! Pero ¡cuántos contrastes! La vida del mundo, la de las sociedades, la del individuo es un contínuo contraste! ¡una lucha contínua! La misma naturaleza no ofrece más que lucha y contraste en todo. La vida en lucha con la muerte: el sér con el no sér: hé aquí el problema que en todas partes se presenta al estudio del hombre.

Contra nuestra voluntad, y á fin de poner al lector en estado de seguir sin molestarse el curso de la civilizacion salida del Oriente y avanzando por las naciones occidentales, debemos reseñar rápidamente los sucesos más importantes á contar desde la traslacion á Constantinopla de la sede del Imperio que inmortalizó la capital de los Césares.

Dos años ántes de morir, dividió Constantino el imperio entre sus tres hijos, Constantino II, Constancio y Constante.

Dalmacio y Annibaliano, dos sobrinos suyos, recibieron, el uno el título de César y el otro una gran parte del Asia Menor con el título de rey.

Muerto Constantino, una faccion de los grandes excitó al ejército para trastornar el órden establecido, pero los soldados declararon que sólo querían por señores á los hijos de Constantino. Constancio detuvo primero á los dos sobrinos del difunto emperador y les quitó luégo la vida junto con otros, víctimas del furor de la soldadesca.

Despues de esta matanza repartiéronse el imperio los tres hijos del difunto emperador, obteniendo Constantino II la Galia, la España y la Inglaterra; Constancio la Tracia y el Oriente, y Constante, la Italia, África y la Iliria occidental.

Por espacio de doce años hizo Constancio la guerra á la Persia, y al cabo de este tiempo firmó con aquel rey una tregua indispensable á los dos.

Constantino, descontento de la porcion que se le adjudicó, había querido obligar á Constante á que le cediese el África; pero, derrotado por éste, murió al pasar los Alpes.

De este modo reunió Constante sus estados á los de su hermano; pero con su orgullo é ineptitud fomentó la rebelion de Magencio, quien, proclamado Augusto, derrotó á Constante, que murió asesinado en un templo.

La Iliria proclamó Augusto á Vetranion, general anciano que la gobernaba, y cuya sencillez de costumbres le había hecho amar de sus súbditos.

Estos dos emperadores formaron una alianza.

En este estado se hallaban las cosas cuando obtuvo Constancio la tregua de Sapor. Encargó á su primo Galo el cuidado de las provincias del Oriente y se dirigió á Europa contra Magencio y Vetranion. Apoderóse de éste por medio de artificiosas negociaciones y lo relegó á Pruso, donde vivió siguiendo su antigua sencillez de costumbres. Dirigió entónces todas sus fuerzas

contra Magencio, derrotándole en la batalla de Mursa, obligándole á refugiarse en Italia, donde anduvo errante por espacio de dos años, al cabo de los cuales se dió muerte.

Constancio había creado César á su primo Galo al salir de Oriente, pero no supo sostener su dignidad decorosamente, por lo cual las tropas y la ciudad de Antioquía se declararon contra Constancio; pero éste supo atraer á Galo á una conferencia, y al llegar á Panonia le detuvo, despojóle de las insignias de su dignidad y le encerró en Pola, donde se suicidó al poco tiempo.

Vióse Constancio en la necesidad de un apoyo y por mediacion de la emperatriz, fué nombrado César Eusebio Juliano, hermano de Galo y último sobrino de Constantino. Luégo despues le envió á las Galias que estaban invadidas por los germanos, francos y sajones. Emprendió Juliano la reconquista del país, y en el espacio de siete años batió constantemente á los bárbaros, recobrando veinte mil legionarios. Pasó despues á París, donde, á pesar de su resistencia, se le declaró augusto.

Entre Juliano y Constancio mediaron algunas embajadas; pero murió éste cuando iba una batalla á decidir de su suerte.

Juliano fué reconocido por todo el imperio, y al subir al trono, recobró el suyo el paganismo.

Varios son los juicios que de este monarca han formado los historiadores: los paganos le han considerado como sabio filósofo, y los cristianos como déspota cruel. Esta diversidad de juicios, nos obligará á entrar en pormenores, inoportunos quizas, pero necesarios, en una introduccion.

Lisonjeáronse los súbditos de Juliano al principio de su reinado de que remediaría los muchos vicios de que adolecía la administracion pública, pero muy luégo se desvanecieron completamente sus esperanzas, por cuanto los filósofos y los poetas que le rodearon, le persuadieron que desterrase el cristianismo é hiciese renacer la idolatría.

Siguiendo estos consejos, mandó abrir de nuevo los templos gentílicos, haciendo él mismo frecuentemente las veces de pontífice supremo; señaló

rentas á los sacerdotes de los ídolos, despojó á las iglesias cristianas de sus bienes para repartirlos entre sus soldados ó reunirlos á sus dominios; revocó los privilegios que les habían concedido los anteriores emperadores, y suprimió las pensiones que había señalado Constantino á los diáconos, vírgenes y viudas.

Más político empero y mucho más astuto que sus antecesores, no adoptó el violento sistema de las sangrientas persecuciones; ántes bien, con fingida benevolencia hacia los cristianos, y para dar pruebas de tolerancia religiosa, levantó el destierro impuesto por Constancio á los que habían delinquido contra la religion, empleando más bien que la fuerza, los halagos y promesas para pervertirles.

Si despojaba á la Iglesia de sus bienes, era, segun decía, para que practicasen mejor la pobreza evangélica los cristianos, prohibiéndoles al mismo tiempo que pleiteasen y desempeñasen cargos públicos. Tampoco permitió que se dedicaran á la enseñanza; pues aunque despreciaba cuanto posible era á los defensores de las doctrinas de Jesucristo, á quienes llamaba *Galileos*, temía la influencia que pudieran ejercer sus buenas costumbres é innegables virtudes.

Este era el carácter de las persecuciones de Juliano: aparentaba benignidad, pero se empeñaba obstinadamente en ridiculizar las doctrinas del Evangelio. No obstante, comprendiendo que no bastaba esto, recurrió por fin á los medios violentos, dando todos los cargos públicos á los enemigos más encarnizados de los cristianos, empezando desde entónces en todos sus dominios las violencias y disensiones.

Cierto que no se martirizaba públicamente y por edictos, pero se asesinaba en secreto. El carácter de la persecucion de Juliano fué una aparente dulzura y una contínua irrision del Evangelio.

Viendo que la guerra contra el cristianismo no terminaba tan pronto como había deseado, resolvió aniquilarlo de un solo golpe, y estaba tan ciego con su poder, que, á fin de desmentir la amenaza de Jesucristo de que no volvería á reedificar el templo de Jerusalen, dió órdenes terminantes para su construccion; pero, segun los historiadores contemporáneos, cuando te-

nían los judíos reunidos los materiales necesarios, redújolos todos á cenizas un volcan abrasador que brotó de repente. Empeñáronse los operarios en volver á poner nuevos cimientos, pero dejaron de existir cuantos lo intentaron, si hemos de dar crédito á lo que sobre este portento asegura Amiano Marcelino, autor pagano de reconocida fama (1).

Resuelto Juliano á concluir de una vez con el cristianismo, quiso ántes de poner en planta su designio, terminar la guerra que tenía empeñada con los persas, pero encontró en ella su muerte á los treinta y dos años de su edad.

Era tanto el cinismo de Juliano que no se avergonzaba de mezclarse en las fiestas de Vénus con las prostitutas y gente perdida, derramando profusamente el oro en los sacrificios á aquella falsa deidad. Él mismo degollaba las reses que se ofrecían en holocausto, y su traje ordinario era más bien el de un sacrificador, que el de un monarca. No castigó ninguna de las crueldades que los gobernadores de las provincias cometieron contra los cristianos, pero sí destituyó á los que se mostraron tolerantes.

Con Juliano exhaló su postrer suspiro el gentilismo.

Muerto Juliano quedó extinguida la raza de Constantino. La situacion era muy embarazosa; sin embargo, reuniéronse todos los generales del ejército para la eleccion del nuevo gefe, y aunque se formaron dos facciones, reuniéronse los pareceres en Salustio, pero éste rehusó la púrpura. Nombró entónces una voz á Jovino: los guardias que estaban alrededor de la tienda le saludaron emperador y el ejército repitió las aclamaciones. Jovino era cristiano.

La primera órden del nuevo emperador fué continuar la retirada em-

(1) Hé aquí el texto (libro XXIII, cap. I): «Miéntras el conde Alipio, asistido del gobernador de la provincia, activaba los trabajos, brotaron de los cimientos espantosos torbellinos de llamas, que quemaron á los trabajadores, é hicieron inaccesible aquel lugar. Por distintas veces tratóse de empezar la obra: mas, como el fuego persistiese tenazmente en rechazar á los trabajadores, viéronse obligados á desistir de la empresa.»

Recuerde el lector que quien escribe esto es pagano y gran admirador de Juliano cuya vida escribe, y que no citaría un hecho de tanta confusion para su emperador si no fuera la pura verdad. Tambien cita ese mismo hecho otro autor contemporáneo, que es San Gregorio Nazianceno, en su Oracion IV contra Juliano, donde refiriéndose á este suceso, dice: «Esto es un hecho notorio y que todo el mundo reconoce.»

prendida, pero se vió finalmente obligado á aceptar la paz ofrecida por Sapor. Jovino continuó entónces tranquilamente su penosa retirada.

Á la muerte de Jovino, acaecida en Bitinia, ocho meses despues de su eleccion, quedó el trono vacante por espacio de seis días, al cabo de los cuales los oficiales se reunieron y nombraron á Valentiniano, soldado hábil, probo y austero, natural de Panonia, pero que no siempre estaba su severidad dentro de los límites trazados por la justicia.

Luégo de su eleccion tomó Valentiniano por colega á su hermano Valente á quien cedió el Oriente, reservándose para sí el Occidente, y despues de hacer una reforma severa en la administracion, marchó Valentiniano á Milan, quedándose Valente en Constantinopla.

Señalóse el reinado de estos dos hermanos por la persecucion que levantaron contra los partidarios de la magia, cuyo crímen castigaron quizas con harta crueldad.

Respecto á religion es distinta la conducta de los dos hermanos: miéntras Valentiniano dió muestras de mucha tolerancia, imbuído Valente en las doctrinas arrianas, persiguió las católicas.

Señalóse el poder de Valentiniano en varios edictos útiles los más de ellos, y supo velar con ansiedad sobre sus fronteras amenazadas contínuamente.

Murió Valentiniano en una de sus muchas expediciones contra las fronteras. Sus hijos, Gracian y Valentiniano II, fueron proclamados sus sucesores.

En aquellos momentos históricos se dibujan en lejanos horizontes, hacia el Oriente, negros nubarrones precursores de espantosas tempestades. Un ruido sordo presagia siniestros desenlaces y cruzan la cargada atmósfera rápidos regueros de fuego que anuncian desolaciones y desastres sin fin. ¡Ay de las comarcas donde descargue la borrasca! ¡ay de los pueblos inundados por la formidable tempestad!

Los anales del mundo no registran crísis tan espantosas y temibles como las que se inician ahora en las márgenes del Danubio y en las selvas desconocidas del Asia, crísis que transformarán la paz del Occidente, que darán

nuevo sér á sus sociedades y que cambiarán radical y completamente las bases de una civilizacion producto de la dominacion romana y de los progresos del cristianismo en las provincias sujetas al yugo de la ciudad de las siete colinas.

Pidamos serenidad á nuestro ánimo y fortaleza al corazon, para presenciar los grandes acontecimientos que veremos desarrollarse en los países y épocas que vamos ahora á estudiar.



LORD BYRON MEDITA[illegible]RTAD DE GRECIA.



Mir. Tarradas, Comas y Cª Editores.

LORD BYRON MEDITA LA LIBERTAD DE GRECIA.

(Estátua de Egidio Pozzi)



CAPÍTULO I.

BIZANCIO.—DECADENCIA.—ÚLTIMOS EMPERADORES.

La *Nea Roma*, la ciudad que sirve de eslabon para unir las tradiciones y las grandes hazañas del Oriente y Occidente; la perla del Bósforo, recostada entre alfombras de verdor incomparable; la famosa Bizancio cuyas glorias sólo pueden compararse á las de Roma y Grecia jun-

tas, porque fué la heredera de ambos pueblos; surge, como por encanto, de entre dos mares que la arrullan con sus ondas, que la besan amorosamente deshaciéndose á sus plantas como borbotones de blanca espuma atornasolada formándole una aureola con que la engalanan cual esclavas á su señora.

Temeroso su fundador Constantino de no hallar artistas dotados de bastante habilidad para producir una joya cual ambicionaba, fundó escuelas donde se crearan dotándolas de privilegios y recompensas.

Si había renunciado á la antigua Roma, cediendo á un misterioso impulso que le anunciaba la imposibilidad de sostenerse dignamente su poder imperial en la antigua residencia de los Césares; no había por esto renunciado al deseo, ambicion si se quiere, de fundar una *Nea-Roma*, digna rival de la del Lacio.

Italia, Grecia y Asia vieron arrebatárseles sus joyas, artísticas para ir á servir de adorno á la nueva ciudad imperial. Antes de un siglo, agradecida la nueva ciudad á los colosales esfuerzos de su noble fundador, tomará su nombre que él, más modesto que Neron, no quiso dar á su capital, y contará entónces Constantinopla con un capitolio, un circo, una escuela de artes y ciencias, dos teatros, innumerables baños públicos y particulares, cincuenta y dos pórticos, palacios para el Senado, multitud de iglesias y edificios grandiosos para los magnates.

¿Cuál sería el objeto de Constantino al dar formas tan suntuosas, apariencias tan magníficas á su nueva residencia imperial? « Á menudo habreis leído, dice un publicista de este siglo, que Constantino había apresurado la caída del poder de los Césares destruyendo la unidad de su residencia: al contrario, la fundacion de Constantinopla prolongó hasta los siglos modernos la existencia romana. Roma, continuando única metrópoli, no habría estado por esto mejor defendida; el imperio se habría derrumbado con ella, cuando sucumbió bajo Alarico, si la nueva capital no hubiese formado una segunda cabeza á dicho imperio, cabeza que no quedó abatida sino mil años despues de la primera, por la cimitarra de Mahomet II (1). »

(1) CHATEAUBRIAND.—*Estudios históricos.*

Efectivamente, los destinos de Roma estaban cumplidos: la ciudad eterna había terminado su mision guerrera y terrenal, para ceder á otra de paz y de mundos superiores: el genio de Constantino se revela grandioso en el acto de comprender la terminacion del papel que la antigua Roma estaba destinada á desempeñar, y no se ocupa ya sino en los medios de dar significacion heróica é histórica á la creacion que intenta sacar de entre las maravillas naturales del soberbio espectáculo que presenta la antigua pero insignificante Bizancio de los megarios.

El genio de Constantino se siente soberanamente ambicioso; aspira á formar un centro deslumbrador de los pueblos orientales y occidentales reunidos; quiere que la majestad imperial lo domine, lo avasalle todo; quiere que sobrepuje á la Roma degradada, embrutecida por los crímenes repugnantes de tantos emperadores que la deshonraron; presiente las acometidas que contra ella intentarán los bárbaros desbordados, y su corazon le anuncia que si el poder invisible que protege la ciudad de los Césares la librará en su día de la devastacion de los bárbaros, no la salvaría dominada por el poder continuador de aquél que hizo cuanto pudo para pervertirla, perderla y degradarla.

Pero no se contentaba el genio de Constantino con querer una corte, sino que la quería espléndida, grande, majestuosa, rica y creada como por encanto. La civilizacion se muestra robusta, poderosa en el genio de Constantino para llevar á cabo su proyecto. «Necesito arquitectos, escribía á uno de sus gobernadores en África, y no los tengo. Procurad, pues, escogerme en esa provincia de vuestro mando algunos jóvenes de veinte á veintidos años que tengan algunas nociones de artes liberales. Se les darán recompensas adecuadas durante los tiempos de sus estudios, y así ellos como su familia estarán exentos de toda clase de tributos.»

Esto podría llamarse uno de los tantos medios á que apelaría el emperador; véase ahora si daba impulso por su parte á la grandiosa obra. «Escribidme, les decía á los encargados de las obras, no que habeis comenzado, sino que habeis terminado.»

Ya se comprenderá con esto lo que lograría á fuerza de dinero una vo-

luntad firme, tenaz y constante como la del hijo de Elena, para allanar obstáculos y abreviar tiempo á fin de ver lo más pronto posible la realizacion de su propósito.

Constantino quería una rival de Roma y lo consiguió. Hemos insinuado ántes las grandes construcciones de la *Nea Roma*. Las primeras se presentaron con aire de monumentales, con grandiosa apariencia. Construyéronse tres inmensas plazas públicas, con magníficos pórticos y colosales edificios.

Una de las tres plazas, la del centro de la ciudad, de forma circular y rodeada de pórticos de dos pisos, recibió el nombre de Constantino. Ostentaba dos arcos de triunfo y era su principal adorno una inmensa columna de pórfiro que descansaba sobre un pedestal de mármol blanco de veinte piés de elevacion.

Hemos hablado de un circo: la idea procede de Roma, es verdad; pero debe eclipsarse su grandiosidad; es preciso que el pueblo no eche de ménos las preciosidades monumentales de la ciudad del Tíber. El circo del Bósforo será mucho más vasto que el romano y tendrá jardines y obeliscos y estátuas, bosques de columnas y maravillas que eclipsarán cuanto ha visto la hija de los Césares.

Y no ha de eclipsar la *Nea Roma* á la antigua en estos solos monumentos: sus baños serán soberbios edificios sostenidos por millares de columnas de mármol de variados colores é infinidad de estátuas de bronce: esos baños, como todo lo que tienda á demostrar la magnificencia de la nueva corte imperial, deben reunir el lujo del Oriente á la grandeza del Occidente.

Hasta ahora hemos visto pueblos y ciudades convertidos en centros de lujo y fastuosidad por un conjunto—inexplicable si se quiere—de circunstancias que conspiraron á crearles aquella situacion: de Constantinopla podría decirse que salió de sus cimientos con el deliberado propósito de servir ya de foco de esplendidez y de lujo: debía ser la rival de Roma; la nueva residencia de un poder que se sentía robusto, lleno de vida, pero ansioso de nuevos y poéticos ambientes.

Ademas de las muchas iglesias que mandó edificar Constantino, hizo

construir cuatro mil casas para habitarlas los empleados y personajes eminentes, que había mandado hacer para regalárselas con el objeto de obligarles por este medio á dejar la residencia de Roma, uniendo á estos presentes tierras y sueldos.

Á este propósito vamos á copiar una página de un autor contemporáneo.

«Refiere un historiador griego que miéntras construía Constantino su ciudad *Muy amada*, como él la llamaba, escogió á doce patricios á quienes envió en embajada cerca de Sapor, rey de Persia, y emplearon diez y seis meses en su viaje. De vuelta ya en la nueva ciudad, dióles el emperador un banquete y les dijo: «Y bien, ¿cuándo regresais á Roma?—No llegaremos »allá hasta dentro dos meses, contestaron los embajadores.—Pues yo os »digo, repuso el emperador, que estareis allí esta misma tarde.» Efectiva»mente, al levantarse de la mesa, fué conducido cada uno de ellos por un »guardia imperial á una casa enteramente semejante, en puertas, ventanas, »aposentos y muebles á la que había dejado en Roma; y, por colmo de sor»presa, encontró al entrar á su esposa, hijos y esclavos que le esperaban. »No podían dar crédito á sus ojos y creían estar soñando. Y era que el em»perador, durante su ausencia, había hecho sacar copia exacta de sus casas »y mandado venir todos sus habitantes. Comprendieron finalmente lo que »significaba aquella maravilla, y conocieron que en adelante debía Roma »estar en Bizancio (1).»

Constantino supo acertar en la eleccion de los medios para atraer á su nueva ciudad no sólo numerosa poblacion, sino escogida y noble.

No hubiera bastado el esplendor que supo imprimir Constantino á Bizancio; era preciso proveerla de placeres, que fueran á la par que un atractivo, un recurso eficaz con que sostener á la naciente poblacion.

Á las invitaciones que cortesmente dirigió el emperador á todos los nobles romanos, así de la ciudad eterna como de sus provincias, para que se trasladaran á su nueva residencia imperial, supo añadir tales insinuaciones

(1) Broglie citado por Brouillard.

que más parecieron órdenes terminantes que debían cumplirse fielmente por no incurrir en desagrado del emperador. Bien es verdad que la liberalidad de Constantino llegó á todo el extremo posible, porque costeó á unos los gastos de su traslacion, regaló á otros palacios y á otros tierras, y como si esto no bastara, mandó que los posesores de terrenos en las provincias de Asia no pudieran testar á favor de sus herederos si no edificaban una casa en Constantinopla.

La corte de Bizancio excedió pronto á la de Roma en el lujo de los trajes, en la pompa de las solemnidades y en la profusion con que se distribuían empleos, títulos y dignidades.

El mismo Constantino y todos sus hijos, á pesar de ser cristianos, se entregaron á las manifestaciones de un lujo deslumbrador por todos conceptos, y tan pródigo era el emperador, que celebró la terminacion del concilio de Nicea, celebrado para anatematizar los errores de Arrio, dando un suntuoso banquete á los trescientos diez y ocho obispos (sin contar los presbíteros y diáconos) que asistieron á él, haciéndoles á todos ricos presentes, despues de haberles costeado el viaje, dando órden de proporcionarles sin gasto alguno los carruajes y cuanto necesitasen para trasladarse á Nicea. Cuando asistió al concilio, se presentó revestido de la púrpura, cubierto enteramente de oro y piedras preciosas y acompañado de sus ministros.

Mandóse construir un palacio con vistas al mar, compuesto de varios edificios reunidos, con infinidad de bibliotecas y numerosos salones para espectáculos, fiestas y otros recreos. Parte del palacio se introducía en el mar, pero era muy extenso para que por otra parte se comunicara con el centro de la ciudad. Todo el palacio era de sorprendente y maravilloso esplendor, dándole mayor realce una quinta de recreo adosada al mismo que era un portento de placeres, comodidades y lujo, entre prados cubiertos de jardines olorosos, con todo lo más deleitable y precioso que puede ostentar la pródiga naturaleza de aquel suelo privilegiado, rodeado de las magnificencias del Bósforo, como no se encuentra en ninguna parte del mundo.

Quien conozca el corazon humano tendrá con esto bastantes datos para suponer la emulacion que nacería entre los magnates de la corte imperial

para proceder á construcciones suntuosas y magníficas que, á la par que aumentaran el área superficial de Bizancio, le dieran recomendable aspecto de lujosa ciudad, digna de albergar en su seno la corte de los antiguos Césares de la ciudad eterna.

Los principales adornos de Bizancio procedían de diversos puntos del Imperio: Tebas le facilitó un obelisco de granito que aún subsiste; como se ve aún la llamada columna serpentina por estar formada de tres serpientes entrelazadas, pero cuyas cabezas han desaparecido, y su columna de bronce que ántes estuvo dorada. Este monumento del arte procedía de Delfos y estaba dedicado á la memoria de la derrota de Xerxes. Del monte de Dindimo se trajo la estátua de Rea, cambiándole empero la actitud de sus manos y quitando los leones que la rodeaban.

El ménos avisado conocerá que Bizancio con estos adornos monumentales debidos á procedencias paganas, revelaría exteriormente cierto aire pagano tambien, á lo ménos en sus manifestaciones oficiales ó públicas; pero nadie podrá con derecho imputárselo como falta, recordando la transicion, por decirlo así, que experimentaba aquella sociedad sumida ayer en las tinieblas del paganismo, trocada hoy oficialmente en cristiana á consecuencia del edicto de Milan.

Las mismas fiestas cívicas debían resentirse de los recuerdos frescos aún de las prácticas paganas. Terminada la construccion de la *Nea Roma,* procedióse el 11 de mayo del año 330 á la celebracion de las fiestas dedicadas á conmemorar tan notable fecha. Cuarenta días duraron las fiestas, espléndidas como todos los actos públicos del Imperio, que no por ser cristiano había renunciado á la ostentacion y lujo.

Durante varios siglos se celebró cada año el aniversario de la fundacion de Bizancio por el emperador Constantino. Por lo que sirve para el estudio de la civilizacion en aquella época, y por las comparaciones que pueden establecerse con las fiestas del paganismo, no estará de más una brevísima reseña de la fiesta.

Cada año, en dicho día, se sacaba de la columna de pórfiro la estátua dorada de Constantino con que remataba, y, colocada en un carro triunfal,

se la paseaba por las calles. En una mano tenía la estátua la imágen del genio tutelar de la ciudad. La leyenda—que tambien la tiene, como Roma, la ciudad de Bizancio—cuenta que se apareció á Constantino dicho genio en un sueño extraño, indicio de la voluntad del destino. Aparecióseles una anciana matrona agobiada por el peso de la edad y de las enfermedades, figura de la antigua Bizancio, que debía morir, pero para renacer más hermosa. Efectivamente, por un cambio repentino, convirtióse la aparicion en una jóven fresca y brillante que el mismo emperador revestía con los adornos de la dignidad imperial.

Iba escoltada la estátua imperial por guardias que vestían largas clámides, y llevaban hachas encendidas formando una procesion muy larga. El pueblo, de rodillas, saludaba con sus aclamaciones la estátua del emperador, y, al llegar cerca del trono, levantábase el emperador reinante y se inclinaba delante de ella. Cuando volvían á colocarla otra vez en la columna, precedía á la procesion un sacerdote entonando el *Kirie eleyson*. Las fiestas iban acompañadas de multitud de juegos y otra especie de espectáculos públicos que atraían infinidad de extranjeros ávidos de presenciar unos actos que, sensible es decirlo, eran vivos resabios del más puro paganismo.

De todo esto resulta cierto la mezcla de cristianismo y paganismo que se observa en la celebracion de las fiestas dedicadas á la fundacion de Bizancio, y explica perfectamente la diversidad de juicios emitidos acerca de las virtudes y vicios que adornaron al emperador Constantino.

Hay quienes han tratado de mancillar la memoria de este, negándole todas las cualidades que precisamente brillaban más en él, y hay quienes le colocan en el número de los hombres más perfectos y santos: resulta, empero, cierto que así los gentiles como los cristianos le tributaron respeto y admiracion, llegando los primeros á adorarle como una divinidad, y muchos de los segundos á reverenciarle como á un santo. Si fué Constantino un dios para los gentiles y un santo para los cristianos, tenemos resuelto el problema de la actitud del pueblo de Bizancio en las fiestas de la *Dedicacion*, nombre que daban á la que consagraban al recuerdo de la fundacion de la ciudad por el ya citado Constantino.

Y no es esto todo. El imperio debía contribuir con sus gloriosos recuerdos á la celebracion de la fiesta más nacional. El lábaro, por cuyo influjo se ganó la célebre batalla contra Magencio, debía formar parte principal del grandioso aparato; y sería de ver el sorprendente espectáculo que ofrecerían el ejército con sus jefes siguiendo en pos de la maravillosa enseña deslumbrante de oro y ricas piedras, figurando la cruz misteriosa de la vision de Constantino, rematada con el conocido monograma de Cristo sobre una rica corona de oro.

No seremos nosotros quienes vituperemos los recuerdos paganos que se descubren en la celebracion de estas fiestas y en los adornos con que se engalanó la jóven Bizancio al transformarse en la *Nea Roma*. Debe recordarse que fué aquél un periodo de transicion y que debía reinar mucha confusion en las ideas, especialmente entre las clases ménos ilustradas.

Y será mayor la disculpa de aquella civilizacion tan cercana aún del gentilismo, si recordamos que en pleno siglo décimonono tenemos las costumbres europeas informadas en muchos puntos de completo paganismo á pesar de ser la religion cristiana la única que, desde muchos siglos, domina sola y exclusivamente en el antiguo mundo.

*
* *

Los súbditos de Constantino, nuevamente convertidos al cristianismo, aceptaron fácilmente la especie de idolatría imperial, que tanto se presta á la crítica, si no se tienen muy en cuenta las circunstancias atenuantes que pueden alegarse en su favor, y que dejarían dudar de si se dirigían al emperador ó á un Dios los homenajes que se le tributaban.

No podemos entrar en pormenores, que daríamos gustosos, del ceremonial adoptado en la corte de Constantino, ni de la influencia que ejerció en la misma; pero debemos observar que pasando por el derecho hereditario de unas personas á otras los grandes cargos del imperio, y conociendo por lo

mismo la necesidad de su representacion, se dejaría sentir en el espíritu de familia el afan de la ostentacion, y de ahí el aumento en Bizancio, como en otros puntos análogos, del lujo, de la esplendidez, de la prodigalidad así en las personas representantes de la dignidad imperial, como en las llamadas á vivir á la sombra del supremo poder.

La heregía había causado hondas y graves heridas al cristianismo, y no satisfecha con atacar al dogma de la religion, procuraba abrirse paso en el corazon de los emperadores, y si no lograba infiltrarles el error por completo, viciaba á lo ménos las cualidades de que debían estar adornados.

Bizancio sentirá el influjo pernicioso de la heregía, y sus mismos emperadores, léjos de ser modelos acabados de virtudes públicas y privadas, serán los que, sin quizas intentarlo, ni siquiera conocerlo, minarán los cimientos de la religion y del imperio, precipitándolos á su ruína.

Arcadio, hijo de Teodosio, llamado el Grande, es un verdadero emperador de la decadencia: inicia el bajo imperio, el bizantinismo, que tan célebre se hará en la historia de los pueblos que se precipitan por la pendiente de su ruína.

No sabe Arcadio salir en público sino rodeado de inmensa comitiva de guardias vestidos con magníficos trajes, con escudos y lanzas dorados. Monta en un carro tirado por mulas blancas cubierto enteramente de planchas de oro y ricas pedrerías. Pónese ricos brazaletes, zarcillos de valor inmenso, una diadema adornada de diamantes, y su traje y calzado quedan ocultos debajo de las piedras preciosas y de los diamantes que le dan el aspecto de una magnificencia no vista ni conocida hasta entónces. Los salones, los patios y escaleras de su palacio están enarenados con polvo de oro, y en los patios de su palacio sorprenden siempre las dos compañías de guardias de á pié ó de á caballo, de gigantesca estatura, con sus armaduras de oro y plata, que son lo más escogido de una guardia compuesta de tres mil quinientos hombres.

En el capítulo segundo del tomo primero de esta obra hemos citado ya lo dicho por el obispo Arnasio respecto á los bordados y tejidos, de extraordinaria magnificencia, extraña por demas muchas veces, de los vestidos de la



mismo la necesidad de su representacion, se dejaria sentir en el espíritu de familia el afan de la ostentacion, y de ahí el aumento en Bizancio, como en otros puntos análogos, del lujo, de la esplendidez, de la prodigalidad así en las personas representantes de la dignidad imperial, como en las llamadas á vivir á la sombra del supremo poder.

La heregía había causado hondas y graves heridas al cristianismo, y no satisfecha con atacar al dogma de la religion, procuraba abrirse paso en el corazon de los emperadores, y si no lograba infiltrarles el error por completo, viciaba á lo ménos las cualidades de que debían estar adornados.

Bizancio sentirá el influjo pernicioso de la heregía, y sus mismos emperadores, léjos de ser modelos acabados de virtudes públicas y privadas, serán los que, sin quizas intentarlo, ni siquiera conocerlo, minarán los cimientos de la religion y del imperio, precipitándolos á su ruína.

Arcadio, hijo de Teodosio, llamado el Grande, es un verdadero emperador de la decadencia: inicia el bajo imperio, el bizantinismo, que tan célebre se hará en la historia de los pueblos que se precipitan por la pendiente de su ruina.

No sabe Arcadio salir en público sino rodeado de inmensa comitiva de guardias vestidos con magníficos trajes, con escudos y lanzas dorados. Monta en un carro tirado por mulas blancas cubierto enteramente de planchas de oro y ricas pedrerías. Ostenta ricos brazaletes, zarcillos de valor inmenso, una diadema adornada de diamantes, y su traje y calzado quedan ocultos debajo de las piedras preciosas y de los diamantes que le dan el aspecto de una magnificencia no vista en ningun otro emperador. Los salones, los patios y escaleras de su palacio están cubiertos con polvo de oro, y en los patios de su palacio sorprenden siempre las dos compañías de guardias de á pié ó de á caballo, de gigantesca estatura, con sus armaduras de oro y plata, que son lo más escogido de una guardia compuesta de tres mil quinientos hombres.

En el capítulo segundo del tomo primero de esta obra hemos citado ya lo dicho por el obispo Arnasio respecto á los bordados y tejidos, de extraordinaria magnificencia, extraña por demas muchas veces, de los vestidos de la



Mir Tarrudas, Somas y Cª Editores. A. Nadal-Lit.

ARCADIO SALIENDO EN PÚBLICO.

época á que nos referimos, y pasan ya á ser de uso comun las telas espléndidas de complicados dibujos que representan pasajes históricos, sagrados y profanos, entrando en tan crecido número las figuras bordadas, que, en algunos vestidos llegan á seiscientas, con las que se puede estudiar y contemplar todo el Evangelio.

Los cristianos de Bizancio seguían como los de Roma algunas modas que obligaban á los escritores á dirigirles reprensiones algo duras. Clemente de Alejandría se había quejado ya en su época de la moda de arrastrar los vestidos. «Arrastrar los vestidos en forma de cola, dice, es una cosa de gran vanidad y de presuncion necia, porque embaraza para caminar, y al mismo tiempo porque esta especie de vestido recoge, á manera de escoba, las inmundicias del suelo, incomoda á los demas con el polvo que levanta... (1).»

Esta moda continúa en Bizancio dominando así en la gente moza como en la de edad madura: todos quieren ostentar lujo y despilfarro. Las telas de seda con colas que arrastran forman los trajes de todos, y todos se adornan con brazaletes y collares de oro.

La corte de Bizancio está destinada á dar grandes ejemplos de decadencia, sin que sean bastantes á salvarla los esfuerzos que se hagan por dotarla de gran número de escuelas montadas hasta con lujo. ¡Qué hemos dicho! Precisamente esos alardes de lujo en la educacion precipitarán la ruína de una corte, que, en lugar de sabios, no contará en su seno más que sofistas, plaga temible del Estado donde aparecen, algunos malos gramáticos y hombres henchidos de presuntuosa ciencia, que darán mayor estima á la embrollada argumentacion que á la verdad, base de toda filosofía.

Si la inteligencia del pueblo de Bizancio se maleaba con las argucias y falso saber de los sofistas que la habían invadido, no estaba ménos en peligro el corazon de aquel pueblo. La civilizacion corre graves riesgos. La emperatriz Elia Eudoxia, esposa de Arcadio, gobernaba el débil espíritu de su esposo; pero, á pesar de su natural imperioso, se dejaba ella gobernar tambien por una turba de mujeres y de eunucos, que sólo pensaban en atesorar

(1) *Pedag.*

riquezas á expensas del esquilmado pueblo. No les cedía ella en avaricia, y repartía con los oficiales encargados del cobro de los tributos el producto de sus extorsiones.

Ademas de esto, el desenfreno en la inmodestia de los trajes y adornos de las mujeres había llegado al último colmo de lo tolerable entre personas decentes, ya que no cristianas. Fué precisa toda la elocuencia de un Crisóstomo para hacer frente á tan criminal vanidad; pero, tan vengativa la emperatriz como avara, no le perdonó las invectivas lanzadas desde el púlpito contra el excesivo lujo de las mujeres, y, juzgándose aludida, suscitó contra él una violenta persecucion que terminó con el destierro del Santo Patriarca de Constantinopla.

La nueva ciudad de Constantino, dominada por los sofistas y corroída por el desenfrenado lujo, había comenzado ya su carrera de decadencia. Es verdad que alguno que otro emperador continuaba la obra comenzada por el gran Constantino, embelleciendo la residencia imperial con obras dignas del esplendor á que se la había ensalzado, pero lo que ménos les ocupaba eran los asuntos del Estado.

Refiere la historia que el emperador Teodosio II, que por aprender de todo había estudiado teología, dejaba obrar á sus ministros, aprobando sin examinar y firmando sin leer. Pulqueria, que así se llamaba su esposa, la emperatriz, le hizo conocer lo peligroso de su incuria, haciéndole firmar un auto, por el cual abandonaba á su mujer, reduciéndola á la esclavitud. Este emperador, como otros muchos, á pesar de adornar la capital, envileció todo el imperio con su incapacidad.

Como contraste á todo esto, podemos presentar una especie de estadística de la enseñanza, que podríamos llamar oficial, de la manera que estaba constituída á principios del siglo quinto.

En unos grandes salones á los que conducían ocho pórticos esbeltos, sostenidos por columnas de mármol, había una cátedra para el profesor y bancos para los escolares. Las paredes se veían adornadas con pinturas al fresco. Había dos maestros para la enseñanza de la gramática griega, uno para la de la latina, otro para la de la retórica y otro para la de leyes.

En la época de Teodosio II á que aludimos, debía la enseñanza estar representada por treinta y un maestros cristianos: de los cuales había quince destinados á la lengua griega y trece á la latina. Había veinte cátedras dedicadas á la enseñanza de las frivolidades de la gramática llevada hasta la sutileza, y cinco para la sofística griega. ¡Qué mucho que dominaran tan completamente los sofistas y contribuyeran á la desaparicion del lustre y esplendor de Bizancio!

* * *

El exámen que hacemos de la civilizacion de los distintos pueblos que visitamos, nos precisa á fijarnos en un punto que hemos insinuado poco há: en el influjo de la mujer en la civilizacion bizantina.

Es indudable que en todas partes ejerce la mujer un papel importante en la manera de ser de los pueblos; pero su influencia es excepcional en los pueblos cristianos. En todas partes gobiernan las mujeres el mundo, por la sencilla razon de que gobiernan ellas á los que lo gobiernan. Partimos del supuesto que hablamos á personas conocedoras del mundo y no necesitan estas que entremos en explicaciones. La mujer madre, manda en el corazon de su hijo; la esposa, dispone del corazon de su marido; y la hija impera á su antojo en el del abuelo ó anciano: el benévolo lector nos dispensará que no perdamos el tiempo deteniéndonos en alegar pruebas innecesarias, diciéndoles por toda argumentacion lo que tan comunmente se recuerda por harto sabido: que una hermosa pretendiente vale mucho más que una buena razon.

Un poeta dijo que Dios puso todo su poder en los ojos de la mujer: la historia se encarga de dar cumplida razon al poeta. ¿Qué corazon de padre resiste á los ruegos, á las caricias, ó á las lágrimas de una hija cuando la inocencia no ha dejado todavía de habitar en su tierno corazon? ¿Qué cora-

zon de esposo no atiende las súplicas de una consorte fiel, bondadosa, amable y esclava de su deber?

Demasiadas veces hemos dicho ya: «¿Qué es lo que hasta aquí ha sido? lo mismo que será. ¿Qué es lo que se ha hecho? lo mismo que se ha de hacer. Nada es nuevo en este mundo: ni puede decir nadie: Hé aquí una cosa nueva: porque ya existió en los siglos anteriores á nosotros (1).»

La experiencia de todos los siglos certifica la verdad de estas infalibles sentencias á las que ajustamos siempre nosotros nuestras apreciaciones de los siglos y de los hombres.

El papel de Eva en el paraíso se reproduce en todas las edades, en los palacios y en las chozas; en los pueblos civilizados y en los salvajes. La mujer gobierna al mundo.

En Bizancio desempeñó la mujer un papel importantísimo; porque estaba en su elemento. La sociedad bizantina se hizo más sensual y fastuosa que la romana. En la corte de los Césares no es la mujer la que marca el tono, como se dice ahora, á la sociedad más distinguida; pero en la *Nea Roma,* en la Roma del Oriente, mezcla informe de la rigidez occidental y de la enervacion oriental, será la mujer la que dispondrá á su antojo de los placeres y de las costumbres, recibiendo todos el santo y seña de la mujer que ciñe la diadema imperial.

Bizancio, á pesar de la influencia cristiana, llega á mayor depravacion que Roma pagana; porque su filosofía está adulterada por el sofisma, y su religion por la heregía. Arrio, Eutiques y más adelante Focio, envenenaron la sangre cristiana, abrieron hondas heridas en el seno del cristianismo que aún no se han cicatrizado, y las mujeres que comparten con los emperadores el trono imperial están contagiadas todas ó la mayor parte del error de la heregía.

Esta es la explicacion del brutal desenfreno de las mujeres bizantinas, cuyos altaneros antojos forman ley en aquella sociedad gangrenada en su inteligencia y corrompida en su corazon.

(1) ECLESIASTES, Cap. I, v. 9-10.

La aristocracia, que habría debido oponer un dique á tanta depravacion, sigue el ejemplo que le da el trono, y las costumbres de la corte, los crímenes que se ocultan debajo de sus artesonados techos, las contínuas conjuraciones que allí se traman, y los repugnantes vicios que allí se fomentan, empujan la corrupcion que corre á la par con la decadencia, alentadas entrambas por la bajeza de las mujeres bizantinas y la falta de virilidad de la educacion que recibían los hombres en las escuelas del Estado.

Llenos estos de vanidad y dominados por la presuncion, porfían por dar los más nobles su mano de esposo á las mujeres dedicadas al teatro, constituyendo un título de gloria la alianza contraída con una cómica. Y no se alegue alguna que otra ley débil como los emperadores que las dictaban y no sabían hacerlas cumplir, prohibiendo á los grandes dignatarios del Estado unirse en matrimonio con actrices; porque sabido es que no se cumplían, ni había fuerza para hacerlas cumplir. Y no es esto todo. Las cómicas enlazadas con nobles conservaban sus antiguas costumbres, dando por resultado estas alianzas la introduccion en Bizancio de vicios propios de las personas elegantes y distinguidas que, abriéndose paso en todas las esferas, adquirieron carta de naturaleza, consiguiendo la confusion de todas las clases sociales, dado que las ínfimas podían confundirse con las superiores con enlaces que nada bastaba á impedir.

Nuestros lectores pondrían quizas en duda nuestras afirmaciones, si no acudiéramos á autoridades dignas de todo respeto, al hablarles de los vicios dominantes en una sociedad recien convertida al cristianismo, á una religion que abomina la inmodestia, la disipacion, el lujo y que condena terriblemente todo género de vicios.

Corrían los últimos años del siglo cuarto, é imperaba Arcadio en Constantinopla, cuando habiendo vacado el Patriarcado de dicho nombre, se eligió para desempeñarlo al gran Crisóstomo, el hombre más elocuente de su siglo.

Luégo de elevado á tan sublime dignidad, «prohibió á los eclesiásticos que tuviesen en sus casas á ciertas mujeres que solían mantener con título de beatas ó de sororas, y atendió generalmente á la reforma de todo el clero.

Combatió fuertemente contra la avaricia; reformó la profanidad de las mujeres; corrigió la delicadeza y la suntuosidad de las mesas; resucitó la modestia y la sobriedad cristianas; exterminó los juramentos; desterró los espectáculos profanos; reformó los abusos de todos los estados; renovó la disciplina monástica, que se había relajado en muchas casas religiosas, y, en fin, hizo revivir la devocion y el fervor en todos los fieles....»

«Algunos clérigos de Constantinopla, que no podían sufrir la regularidad de vida á que el Santo les precisaba; varios obispos, no de los más ejemplares; diferentes abades, de aquellos que frecuentaban más la corte que el monasterio, entraron fácilmente en la conspiracion (1), y más cuando supieron que la emperatriz Eudoxia estaba irritada contra el Santo Patriarca, porque había predicado contra los desórdenes y contra la profanidad de las mujeres. Parecióle á Teófilo que no podía ser la ocasion más favorable para sus intentos, y habiendo ganado con dinero á los ministros del emperador, consiguió licencia para formar una junta de treinta y seis obispos de su parcialidad. Escogióse para este conciliábulo la pequeña poblacion de Chene, cerca de Calcedonia, de donde era obispo Cirino, enemigo jurado de Crisóstomo. Este fué luégo condenado en él acerca de diferentes capítulos de acusacion que se forjaron, y contra toda razon y derecho fué depuesto de su silla patriarcal por una injusticia atroz que llenó de escándalo y de dolor á todos los buenos.... (2).»

Creemos que bastarán estas cortas citas sacadas de un autor tan poco sospechoso como el P. Croisset, para formarnos una idea de la inmensa relajacion á que habían llegado todas las clases de la sociedad, desde la más elevada á la más ínfima, en los puntos dependientes del Imperio, incluyendo en ellas no solamente el clero llamado bajo, sino tambien el distinguido con las más elevadas dignidades.

El bizantinismo—tomando la palabra en el verdadero sentido con que hoy se aplica—se había infiltrado mortíferamente en todas las capas socia-

(1) La urdida por Teófilo, patriarca de Alejandría.

(2) CROISSET.—Vida de S. Juan Crisóstomo, á 27 de enero.

les del imperio. Jamas llegaron en Roma, como en Bizancio, la astucia y la perfidia de las mujeres á las engañosas apariencias, á las modas rebuscadas pero llenas de inmunda bajeza á que descendieron entre unos sabios sin ciencia, entre un clero contagiado por tantas heregías, entre mujeres consagradas únicamente al culto de las gracias, pero de unas gracias afectadas y sin el menor soplo de inspiracion.

Una vez más nos encontramos aquí con la verdadera democracia cristiana, con la verdadera libertad hija del Evangelio. La lucha entablada entre san Juan Crisóstomo y los vicios de Bizancio es realmente la lucha de la democracia contra el lujo imperial y cortesano. San Juan Crisóstomo es un verdadero tribuno, pero un tribuno cristiano, defensor del pueblo, cuya miseria se ultraja con el despilfarro y la prodigalidad de la corte y de los magnates.

Debe el patriarca salir desterrado de Constantinopla por el delito de predicar contra el lujo y los vicios de la córte, pero el poder imperial teme al pueblo y para evitar que este se alborote, se ejecuta la sentencia con gran secreto en mitad de la noche (1).

Crisóstomo era el rayo fulminante siempre contra la opresion ejercida por los grandes sobre los débiles y pobres, pero lo es á costa de su reposo y de su vida. Al salir para su destierro, se despide de su pueblo con estas elocuentes y sentidas frases: «Me rodea una violenta tempestad por todas partes; pero situado en una roca imperturbable nada temo. El furor de las olas no puede sumergir la nave de Jesucristo. Nada hay en la muerte que me espante; es un grano para mí. ¿Temeré, pues, el destierro? Toda la tierra está en el Señor. ¿Seré sensible á la pérdida de los bienes? Desnudo entré en el mundo, y desnudo saldré de él. Desprecio las amenazas y los halagos. Jesucristo está conmigo, ¿qué podré temer pues?»

Este es el verdadero sacrificio personal hecho en favor de su causa contra la cual están conjurados el trono, la nobleza, los ricos y hasta grandes personajes de la Iglesia de Oriente más amigos del César que de Dios. Y la

(1) Croisset. Lugar ya citado.

causa de Crisóstomo era la del pueblo, era la causa de la democracia contra la aristocracia: era la lucha de la pobreza contra la altanería y el orgullo de toda una emperatriz vengativa y encenegada en vicios, contra una corte envilecida y esclava de las más bajas pasiones; lucha desigual en la que no hay de parte del pueblo más que la indomable energía de la virtud, la fogosa elocuencia tribunicia del defensor enérgico de los derechos del pueblo contra todo el poder y el prestigio que dan los vicios coronados, los magnates embrutecidos, las pasiones satisfechas.

Porque es preciso no olvidar que en la sorda agitacion que trae conmovida la sociedad bizantina, no es solamente la arrogante esposa del imbécil Arcadio la única mujer que conspira contra el defensor del oprimido pueblo; cierto que la altiva Eudoxia por su posicion figura al frente de los amotinados, pero se ve secundada por un ejército muy numeroso y adicto de mujeres de la primera nobleza, entusiastas por las modas á que no quieren renunciar, no obstante las molestas declamaciones contra ellas del incansable defensor de la virtud y del pueblo.

Las mujeres bizantinas, sobre todo las de más calificada nobleza, estaban dominadas por la sed de placeres y riquezas, sin que para satisfacerla les fuera obstáculo el recurso de despojar al pobre ó acudir á la injusticia más irritante.

Pero la sed de los placeres y el afan por las modas habían adquirido en Bizancio proporciones y formas repugnantes y vergonzosas. La obesidad era de gran tono, y para lograrla se recurría á medios los más extravagantes. El embrutecimiento moral era el resultado de la ociosidad, de los perfumes, de los baños, de los colchones de pluma, de los mil medios á que se recurría para dar pábulo á las más vergonzosas é innobles pasiones.

El número de esclavas y la hermosura de que debían estar adornadas por la naturaleza y el arte, graduaban la moda de la señora que las poseía, y causa náuseas al hombre más templado leer los vicios torpes y hediondos á que se entregaban dueñas y esclavas en las largas horas de ocio en que consumían su tiempo.

Hombres y mujeres se encuentran sumergidos en la corrupcion más re-

pulsiva; hombres y mujeres porfían por excederse en ridiculez, exhibiéndose en teatros é iglesias con sus mantos arrastrando, con sus largas cabelleras postizas de color rubio que formaba su adorno predilecto.

Como señal inequívoca de la decadencia de la sociedad bizantina, merece recordarse que el furor de los hombres consistía en parecerse lo más posible á las mujeres en el vestir y peinar, especialmente en los días de grandes festividades civiles ó religiosas. Consultando los escritos de los santos prelados de aquella época, se ven las locuras á que se entregaban en ciertos días, máxime el primero de año en que se presentaban los hombres vestidos, calzados y peinados exactamente igual que las mujeres. ¡Qué degradacion! ¿Qué podía prometerse la civilizacion del mundo de semejantes costumbres, último grado de la afeminacion?

Contra nuestros propósitos debemos hacer alto en este periodo histórico, descendiendo á pormenores que revisten grandísimo interés, porque nos revelan como anatómicamente los vicios y defectos de una época y de un pueblo que necesitamos conocer por la influencia decisiva é innegable que ejercen en los destinos de la humanidad.

Pocas veces, como ahora, nos hemos visto en la precision de recordar la necesidad de examinar una época partiendo del sabido pero olvidado principio de que si cambian las épocas y las costumbres, son siempre las mismas las pasiones que dominan é inspiran á los hombres de todos los siglos y de los pueblos todos.

Véamoslo en Bizancio.

La emperatriz Eudoxia tenía tres auxiliares poderosas para contribuir á la asquerosa desmoralizacion de la sociedad que la rodeaba. Tres viudas, dando al olvido el respeto debido al nombre y á la honra de sus difuntos maridos, cooperan eficazmente á la nefanda empresa protegida por Eudoxia, de escandalizar al mundo con una vida de galanteos y locas orgías para cuyo sosten se apela á todo género de crímenes cometidos al amparo de la sombra imperial. La venta de los cargos públicos al mejor postor, el cohecho, el soborno, la justicia por los suelos ahogada por el peso del oro con que se la oprimía para que no funcionara, eran los medios de que se valía el

terrible tribunal *de las cuatro*, si se nos permite dar este nombre á Eudoxia, Marsa, Eugrafia y Castricia, las cuatro mujeres que llevaban la direccion de la decadencia bizantina.

Contra este tribunal de las cuatro tenía que habérselas el gran Crisóstomo desde la eminencia de su púlpito.

Como á Ciceron le inspiró su exabrupto contra Catilina el descaro de éste presentándose en el Senado miéntras se descubría su conspiracion, inspirábase San Juan Crisóstomo en santa indignacion y profunda ira al ver en su presencia á las tres auxiliares temibles y descaradas de Eudoxia.

Sólo la popularidad de que gozaba Crisóstomo en Constantinopla, debida á la santidad de sus costumbres y á la pobreza voluntaria á que se había condenado, podían, formando contraste con la disipacion cortesana y la molicie de la nobleza, sostener al orador cristiano en la desigual lucha por él emprendida contra todo el poder imperial y el favoritismo de la nobleza corrompida é ignorante. Confesemos tambien que el sentimiento popular, fuerte siempre cuando puede manifestarse compacto, sostenía con buen éxito la lucha que reñían la democracia, representada por el espíritu cristiano indignado, y la aristocracia encarnada en la prostitucion de las damas bizantinas.

La separacion de los sexos en las iglesias orientales se observaba fielmente en Constantinopla. Los hombres ocupaban el piso llano de la iglesia, y las mujeres—en la basílica donde predicaba Crisóstomo—unas tribunas ó galerías que corrían á lo largo del templo. El púlpito estaba situado de manera que daba de frente á las damas cortesanas. La humildad cristiana frente á frente del orgullo pagano: la democracia encarada con la aristocracia. Leyendo los sermones del elocuente santo se comprende perfectamente cuánto le inspiraría el encontrarse sus miradas con las de aquellas mujeres que le retaban y provocaban é insultaban con su inmodestia, con la exageracion de sus modas, con sus vicios cuyo cinismo las mantenía sentadas delante de su acusador ante Dios y los hombres.

Presentemos el retrato de la más provocativa de las tres mujeres que, con la emperatriz, formaban el tribunal de las cuatro, y deduzcamos lo que

sería aquella sociedad bizantina puesta en el templo de Dios frente á frente del santo patriarca encargado de conservar el respeto debido á la casa de su Señor.

Eugrafia era lo que se llama vulgarmente una vieja coqueta que no salía en público, ni siquiera para ir á la iglesia, sino con una capa de albayalde ó de minio y pintados los ojos con antimonio. Peinábase como la cortesana de más presuntuosas pretensiones y cubríase la frente como lo hacen ahora las prostitutas con sus cabellos rizados formando sortijas. En Oriente exigía la decencia admitida que las viejas y las viudas se presentaran cubiertas con velos, y ella que era viuda y vieja no sólo faltaba á la costumbre del velo, sino que se excedía ademas con el peinado descrito, propio sólo como ahora de mujeres desechadas por la sociedad honrada.

Nuestros lectores comprenderán ya el celo apostólico, el valor cristiano, el desprecio de los respetos humanos que debían animar á un prelado que posponía su posicion, su persona, los fueros de la cortesía al cumplimiento expuesto y peligroso de su deber.

En los textos aducidos de Croisset podemos estudiar el estado social de Bizancio en la época del Crisóstomo, y en sus homilias encontraremos tambien la pintura más viva pero exacta de la relajacion de las costumbres de aquella corte corrompida por todo género de bajezas y liviandades.

Censura el Crisóstomo todas las formas del lujo, todos los aspectos bajo los cuales se presenta. Las emprende contra la suntuosidad de las comidas á las que acusa de corromper el alma y el cuerpo á un tiempo mismo. Truena contra la moda de bordar figuras de animales en los vestidos, contra la excesiva finura de las telas, contra el abuso desmedido de los adornos, contra la costumbre de adornar el calzado con hebras de seda, y otras modas extravagantes como estas.

Oigámosle en una de sus homilias contra los jóvenes «que caminan con la vista pegada en el suelo que tocan apénas, por temor de que un poquito de barro en invierno ó un poco de polvo en verano manche el brillo de su calzado elegante;» oigámosle censurando la orgullosa costumbre de hacerse acompañar por muchos esclavos, y la no ménos orgullosa—como se hace

tambien ahora—de celebrar pomposamente los funerales de los opulentos á los cuales oponía el santo la desnudez de Jesucristo en su resurreccion.

Miéntras el Crisóstomo defendiendo la verdadera civilizacion social no temía incurrir en el desagrado de la emperatriz y de sus auxiliares, reunía Eugrafia en su casa á todos los enemigos del patriarca, convertida en punto de cita de todos los magnates, de los cortesanos y de los individuos del clero indignos del carácter de que estaban investidos; porque es evidente que miéntras el Santo Obispo declamaba contra el lujo é inmodestia de las mujeres no callaría las acusaciones que podía justa y debidamente dirigir contra el clero lleno en parte de abominables vicios.

Á esta union del clero con la nobleza, fortalecida por las malignas inspiraciones de la emperatriz y sus auxiliares, se debió la anticanónica deposicion y el injusto destierro del celoso y santo patriarca de la sede de Constantinopla.

Ya sabemos que Teófilo, patriarca de Alejandría, era el alma que daba vida á la persecucion contra el Crisóstomo, y, conocedor de la bajeza que dominaba en los corazones bizantinos, apeló al mejor recurso disponible para conseguir sus pérfidos y viles designios de perder al santo varon que tan dignamente ocupaba el patriarcado de Bizancio: fletó una embarcacion que descargó en Constantinopla infinidad de telas preciosas de la India, aromas y perfumes de Arabia que distribuyó pródigamente entre los que debían condenar al Crisóstomo y los que podían influir en su pérdida. Ademas de estos regalos, dignos de un príncipe, repartió abundante dinero, y dió frecuentes banquetes á seglares, eclesiásticos y cortesanos, para que todos cooperaran á la pérdida del apóstol de Bizancio.

¿No parece imposible que á raíz del establecimiento del cristianismo, que apenas terminados los tiempos apostólicos, la época de los estupendos milagros, de los heróicos hechos de los mártires, hubiesen tan radicalmente cambiado las costumbres cristianas, renaciendo llenas de vigor las antiguas pero desacreditadas costumbres romanas?

El buen juicio de nuestros discretos lectores comprenderá fácilmente que el talento de una persona se demuestra sabiendo deducir consecuencias ge-

nerales aplicables á una sociedad ó á una época de los hechos, aunque aislados, que prueban el verdadero estado social del pueblo ó época que los ofrece.

Nos hemos detenido tanto en el episodio que podríamos llamar de la predicacion y destierro de San Juan Crisóstomo, no por hablar á nuestros ectores de un grande orador, de un gran santo, modelo de obispos, defensor del pueblo, ni de otros títulos, como el de *Limosnero* con que se le conoció tambien por sus muchas liberalidades para con los pobres, sino porque nos pinta ese pasaje histórico una época y una sociedad á un tiempo mismo. Toda la decadencia bizantina, toda la corrupcion de aquel pueblo está fotografiada en las persecuciones, destierro y muerte del animoso patriarca, fiscal y censor de aquellos desórdenes escandalosos.

La terminacion en resúmen de lo relativo al Crisóstomo completará magníficamente el cuadro que sólo hemos dejado hasta ahora como en esbozo, y nos dirá la buena fe y nobleza que inspiraba á la emperatriz y demas personas así nobles como plebeyas de aquel pueblo desdichado.

Sabemos que Crisóstomo se embarcó en mitad de la noche para ir al destierro: apénas embarcado, sobrevino un terremoto tan furioso, que atemorizada la emperatriz escribió una carta al ilustre desterrado levantándole el destierro y llamándole otra vez á la corte: «No crea vuestra santidad (escribía la emperatriz) que yo he sido noticiosa de lo que ha pasado. Estoy inocente de vuestra sangre. Esta conspiracion la han formado unos hombres perversos y corrompidos. Testigo es Dios de las lágrimas que he derramado, y que le he ofrecido en sacrificio. Tengo muy presente que mis hijos están bautizados por vuestras manos.» Este destierro no duró más que un día, porque Crisóstomo volvió á entrar en la ciudad en medio de las aclamaciones públicas.

Esta calma empero tardó poco en alterarse. Dos meses despues de este suceso predicó el Patriarca con el celo y elocuencia que le eran propios contra los juegos públicos que se celebraban delante de una estátua de la emperatriz, por los recuerdos gentílicos que inspiraban, é irritada de nuevo la princesa, volvió á llamar á los enemigos del Crisóstomo con firme resolucion de perderle enteramente.

Fué fácil conseguir el intento, pues ni á Teófilo ni á sus parciales se les habían agotado sus calumnias, y sostenidos del poderoso favor de la emperatriz, se valieron de tales artificios, y de tal manera asediaron al débil emperador, que al cabo de un año lograron el decreto del destierro.

Á su nueva salida para su ostracismo siguiéronse las maldiciones del pueblo contra los ricos, á quienes acusaban de irreconciliable odio contra el patriarca; los desórdenes, cometidos por la soldadesca el día de Sábado Santo dentro del templo para apoderarse del santo obispo y el tumulto del pueblo por impedirlos; y al cabo de poco el incendio que reduce á cenizas la grandiosa basílica de Santa Sofía y el palacio del Senado.

El Crisóstomo presentía estos males y los suyos y hasta su muerte, pero todo lo había arrostrado magnánimamente para defender los derechos de su pueblo que eran los de su Dios. Desde su misma gloriosa basílica había dicho al pueblo de Bizancio al salir para el destierro: «Amigos míos, todos sabeis cuál es la causa de mi desgracia: es que no he cubierto mi habitacion con ricas alfombras, que no me he vestido con trajes de oro y seda, que no he lisonjeado la molicie y sensualidad de ciertas personas.... Aún queda algo de la raza de Jezabel y la gracia lucha todavía á favor de Elías (1). Herodiades pide una vez más la cabeza de Juan, y por esto baila!»

Cuánta amargura rebosan estas palabras, y qué acusacion tan terrible envuelven contra las personas de aquel tiempo! ¡Qué descreimiento revelan y qué caracteres acusan!.....

Ese descreimiento y esa relajacion de caracteres ha de seguir la pendiente emprendida y deben reflejarse en actos positivos y exteriorizados, que el pueblo, maleado ya, sin heróicos ejemplos en que aprender, obtendrá imperiosamente imponiéndose á los débiles é indignos emperadores, dominados por enjambres de eunucos y cortesanos que llevarán hasta el frenesí las demostraciones de la perversidad de costumbres y de la prodigalidad en placeres, modas, banquetes y lujo.

(1) Hablando Crisóstomo de Jezabel, impía mujer del Rey Acab, cuya historia se lee en el libro tercero de los Reyes, alude á la emperatriz Eudoxia, digna émula de las impiedades de la reina de Israel.

Las condiciones climatológicas de Bizancio se prestaban más y mejor que las de Roma, para que el pueblo ambicionara variedad de espectáculos y placeres. Conocemos ya á fondo los pueblos orientales cuya vida se ha deslizado monótona é inactiva entre placeres suministrados por la misma naturaleza en aquellos climas de vegetacion perpetua, de bienestar habitual, en que no necesita el hombre trabajar mucho para arrancar del seno de la tierra lo más indispensable para la vida. La ociosidad propia de aquellos temperamentos necesita medios con que distraerse, y el pueblo de Bizancio, en la época á que nos referimos, no estaba exento de estos defectos y de estas necesidades.

El despotismo parece la forma de gobierno más adecuada para aquellos pueblos sin iniciativa y faltos de dignidad, y los gobiernos supieron sostenerse en el más fiero despotismo entreteniendo á los pueblos con juegos, fiestas, espectáculos de todo género tan bien avenidos con el temperamento indolente de sus vasallos. Esto mismo sucedió en Bizancio; pero como todo debía ser excepcional en aquel pueblo rebajado; como si la disputa estuviera encarnada en aquella sociedad de sofistas y en aquellos supuestos sabios que no pasaban de ser pesados ergotistas, última degradacion de toda ciencia, vióse en Bizancio lo que no tenía aún ejemplar en ningun pueblo.

Para no ser pesados prescindiremos de pormenores referentes á la magnificencia ostentada en el circo por las mujeres bizantinas, y nos fijaremos solamente en la circunstancia que marca el carácter bizantino: los partidos originados por los espectáculos dados en el Circo que fueron la piedra de escándalo que dividió no sólo á los particulares ó al pueblo, sino que ofreció ocasion á más de un emperador para cometer la grave torpeza política de declararse favorable á uno ú otro de dichos partidos.

De tiempo inmemorial reinaban en el Circo dos bandos, llamados los *Azules* y los *Verdes*, á causa de los colores que vestían los cocheros que se disputaban el premio. El pueblo se apasionaba por uno de estos partidos, llegando muchas veces hasta el furor, y envolvía en la eleccion al mismo emperador, á quien quería ó aborrecía, segun la proteccion que dispensaba á uno ú otro de los dos bandos, manifestando su opinion con la adopcion de

uno ú otro de los dos colores azul ó verde, pero el contrario siempre al adoptado por el emperador cuando el pueblo disentía de él, y obligando al propio tiempo, por política, á los cocheros que adoptaran el color escogido por el pueblo.

Como es fácil comprender, no siempre terminaban pacíficamente semejantes demostraciones avivadas por las pasiones políticas. El emperador Justiniano I, que, entre algunas cosas buenas que hizo, cometió muchos desaciertos, tuvo la imprudencia de declararse por los azules, promoviendo con esto una sedicion que, segun unos historiadores, costó la vida á treinta mil espectadores y, segun otros, á cuarenta mil, cuyos cadáveres permanecieron en las graderías y en la arena. Y estas escenas se repiten en Antioquía, Tarsis, Alejandría y otros puntos, en calles y plazas, de hombre á hombre y de grupo á grupo, porque ya no es sólo el incentivo de la política que les mueve, sino que les anima y presta odio el espíritu religioso, el más temible de todos cuando la virtud llega á pasion, y los dos partidos se tratan mútuamente de herejes que es el colmo de la infamia y perversion.

Quien desee estudiar con provecho en esta época la historia de la civilizacion de Bizancio, debe acudir á la historia del Circo que le prestará útiles y provechosas enseñanzas, porque le descubrirá el espíritu que reinaría en la corte viendo una parte del Circo presidida por la emperatriz y otra por el emperador, significando así su predileccion respectiva hacia uno ú otro de los dos bandos.

Ademas, se nos pondrá allí de manifiesto más que en otra parte alguna la procedencia ó el orígen no ya sólo de los emperadores, sino á veces de las consortes destinadas á compartir con ellos el tálamo imperial.

Miéntras Justino, hijo de un labrador de la Tracia, ocupa, sin saber leer ni escribir, el trono de Constantinopla, toma por su esposa á Lupicina, cuyo nombre trueca por el de Elía Eufemia, para borrar la bajeza de su orígen y la humildad de su oficio. Miguel I, Focas, Basilio y otros emperadores traen orígenes de las ínfimas clases, miéntras que Leon I se casa con una carnicera, Justiniano con una cómica, y Romano II con la hija de un tabernero.

En medio de este desbarajuste se faltaba sin escrúpulo á las leyes del

decoro y se llevaba la exageracion de la pompa hasta la ridiculez, como lo demuestra el aparato de que se rodeaba el emperador para salir en público seguido de un ejército de eunucos con la cuchilla de oro en las manos. Este aparato es una leve sombra comparado con el que se observa en el interior del palacio, donde recibe el emperador á los grandes del Estado prosternándose ó arrodillándose en su presencia, debiendo ser introducidos, segun la categoría que les distingue, por el gran maestre de ceremonias y estando rodeado el emperador de funcionarios de elevada esfera que ostentaban riquísimos trajes.

Todo esto es incomprensible en una corte cristiana; pero aún lo es más si se fija la consideracion en las ceremonias observadas en el Circo en la celebracion de los juegos públicos. Muy malparada queda la civilizacion atendiendo á las prácticas que vemos en el Circo.

Levantábase el emperador ántes de comenzar los juegos, y recogiendo con su mano derecha un faldon del manto imperial, hacía con él la señal de la cruz sobre su pueblo, bendiciendo primero las graderías de la derecha, luégo las de la izquierda y finalmente las del hemiciclo. Se abusaba del símbolo cristiano hasta la burla, y caso de no existir ésta, acusaba crasa ignorancia religiosa comprensible solamente en un pueblo tan decaído y obtuso como el bizantino.

Si la presidencia del emperador se iniciaba con un acto tan impropio, no le iba en zaga la de la emperatriz, rodeada solamente de mujeres, cubierta con un manto que le daba aires sacerdotales, abrumada debajo de un monton de telas recamadas de oro, ceñida su cabeza con una corona cuajada de pedrería y guarnecida de arracadas que descansan sobre su seno.

Las reglas de la etiqueta bizantina le prohiben moverse, y como su rostro está rodeado de oro y brillantes, la inmovilidad á que se ve condenada, por más que interiormente hiervan en su corazon las pasiones sobrexcitadas por los accidentes de los juegos, le da un aspecto religioso ó mitológico, que lo mismo la asemeja á una Vírgen de las que nos legó el arte bizantino que á un ídolo venerado por los pueblos de la India.

Bendecido el Circo por el emperador, rodeado éste de un ejército de

jefes de variados y ricos trajes, pero tan extraños como variados por la diversidad de nacionalidades á que pertenecían, acompañado de sus guardias de las corazas doradas, que custodiaban el célebre estandarte imperial; hé aquí que se presenta la escena más solemne é interesante, pero inconcebible ahora dadas nuestas costumbres, y hasta increíble—si la historia no lo certificara—por lo que redundaba en descrédito de la religion.

El patriarca de Constantinopla, acompañado de su clero, entraba en el Circo y ocupaba su puesto reservado. Los cantores de la Basílica de Santa Sofía y los de los Santos Apóstoles cantan á coro con los cantores del Circo: los himnos sagrados se confunden con los profanos que celebran las victorias de los cocheros azules ó verdes que más se han distinguido en la lucha.

¡Ira de Dios! Las cúpulas de Santa Sofía, aquellas agujas de formas religiosas que acusan á primera vista uno de los monumentos más bellos del arte cristiano, temblarían de vergüenza y maldecirían el orgullo de la corte imperial, presintiendo la profanacion á que daría lugar la que entónces se estaba cometiendo, resonando sus himnos sagrados entre las graderías del Circo y los aplausos de los partidarios de los dos bandos que empujaban la suerte de Bizancio al descrédito, á la deshonra y á la esclavitud. ¡Qué podía esperarse de una reunion de cien mil espectadores de todas las clases de la sociedad ocupando inmensas graderías de mármol; qué de tantas mujeres rica y locamente adornadas; qué de aquellos personajes de anchas y largas túnicas blancas bordadas de grandes fajas de púrpura; divididos todos en dos bandos confundidos entre aquellos pórticos coronados de estátuas griegas, puestos al abrigo de los rayos solares debajo del inmenso toldo de seda movido como un mar tranquilo por el ligero soplo del aire, sirviendo á manera de vasta corona al pueblo de Bizancio reunido para gozar, prostituyendo á la vez la dignidad humana, el imperio y la religion! ¡Qué espectaculo! Pero ¡qué espectadores! Y, sobre todo, ¡qué actores!

Y aquí pedimos indulgencia á nuestros lectores para una digresion que tendrá, no obstante, mucho contacto con lo que antecede, sobre todo para el punto concreto de lo que debía perder en consideracion el clero de Bizancio, autorizando con su presencia los espectáculos profanos del Circo y más

aún tomando parte en los alternados cantos dirigidos á honrar á los vencedores.

Los tiempos á que nos vamos refiriendo se dan la mano con los del paganismo griego y romano en su mayor esplendor. Pues bien, segun nos dice Platon (1) en muchas naciones antiguas era necesario, para autorizar la dignidad real, que el Rey fuese á la vez sacerdote, y que ninguno pudiese ser Rey sino el sacerdote más sabio; y esta misma ley aprobó y estableció él para la república perfectísima que intentaba fundar. Serían muchas las autoridades, ademas de las principales de Jenofonte, Dionisio de Halicarnaso, Suetonio, San Isidoro, que podríamos aducir confirmando lo dicho por Platon, pero bastará la del Génesis, como más antigua, en donde nos dice que el rey de Salem, Melquisedech, era sacerdote.

El sabio Baronio, en su célebre obra de los Anales (2) afirma que todas las naciones tuvieron en gran veneracion á los sacerdotes, porque, si bien carecían de conocimiento del verdadero Dios, por luz natural reconocían y veneraban alguna divinidad, aunque falsa, y la misma luz natural les enseñaba que los que eran ministros de su Dios y tenían por oficio ofrecerle sacrificios, habían de ser muy honrados y estimados (3).

En Etiopía, segun Estrabon (4) tenía el sacerdote la suprema autoridad y potestad para privar al Rey del reino y elegir otro en su lugar. Segun Eusebio, sucedía lo mismo entre los persas, y los sacerdotes eran allí los jueces de todas las causas graves: si hemos de dar crédito á Eliano, sólo el Rey y el sacerdote podían vestir púrpura; y Josefo afirma que en el Areópago de Atenas eran sacerdotes todos los jueces (5). Tácito dice que entre los antiguos germanos, ningun juez seglar, aunque fuese el rey, tenía autoridad para condenar á muerte, cuyo cargo ejercían solamente los sacerdotes.

Serían innumerables las citas que podríamos aducir, para demostrar el

(1) Lib. 16 *de Regno*.
(2) I. t. *Annalium, anno Christ.* 57, pág. 435.
(3) Molina. *Instruccion de sacerdotes*. Tratado 1.°
(4) *Geogr.* libr. 17.
(5) *Antig.* lib. 14, cap. 16.

respeto que se tuvo á los sacerdotes en la antigüedad, en todos los pueblos cuya historia conocemos más ó ménos, remontándonos hasta los tiempos de la ley natural y bajando despues á los de la ley escrita. ¡Qué mucho pues que fuera mayor la excelencia del sacerdocio del Nuevo Testamento al de la ley antigua! Y sin embargo, y á pesar de ser tan recientes los recuerdos del paganismo, y de ser aún neófitos los cristianos de Bizancio, aturde ver andando por los suelos la dignidad patriarcal asistiendo pública y oficialmente á los espectáculos del Circo, con su numerosa comitiva, que no acertaría á darse cuenta de tanta profanacion. El ángel custodio de Bizancio, encargado de velar por los destinos de la señora del Bósforo, se cubriría el casto rostro con sus blancas alas, y, de rodillas ante el trono del Eterno, le pediría le relevara de presenciar tanto baldon y oprobio, y, atendiéndole Dios, atizaría las hordas salvajes enviadas por el cielo para el castigo de un pueblo tan descreído y relajado.

Despréndese de los datos hasta ahora conocidos que la decadencia bizantina corrompió no solamente los temperamentos, la política y las costumbres, sino que consiguió cambiar el cristianismo en supersticion, desterrar todas las virtudes é introducir todos los vicios, debilitando la energía, bastardeando los caracteres y degenerando hasta la cobardía é impotencia el varonil ardor guerrero de los griegos. Á la manera que la Roma de los emperadores no pensaba sino en pan y espectáculos, así los bizantinos de los primeros cinco siglos — siglos de espantosa decadencia — no se ocupan sino en el regalo de los caballos que destinan á las luchas del Circo. Los caballos de Bizancio tienen sus partidarios poseídos de entusiasmo; se les aloja en ricos palacios, se les alimenta con trigo, uvas secas, dátiles y alfóncigos; se les adorna con collares de perlas, se les doran los cascos; se les presentan palanganas llenas de oro si salen vencedores y hasta se les entierra en mausoleos las más de las veces cuando mueren. ¡Triste idea de la civilizacion de un pueblo que sólo se afana por diversiones; pero más triste idea aún del nivel religioso de ese pueblo que iguala en honores, en vida y en muerte, al hombre y al caballo!

¿Hemos adelantado mucho desde entónces? La contestacion la hallará el

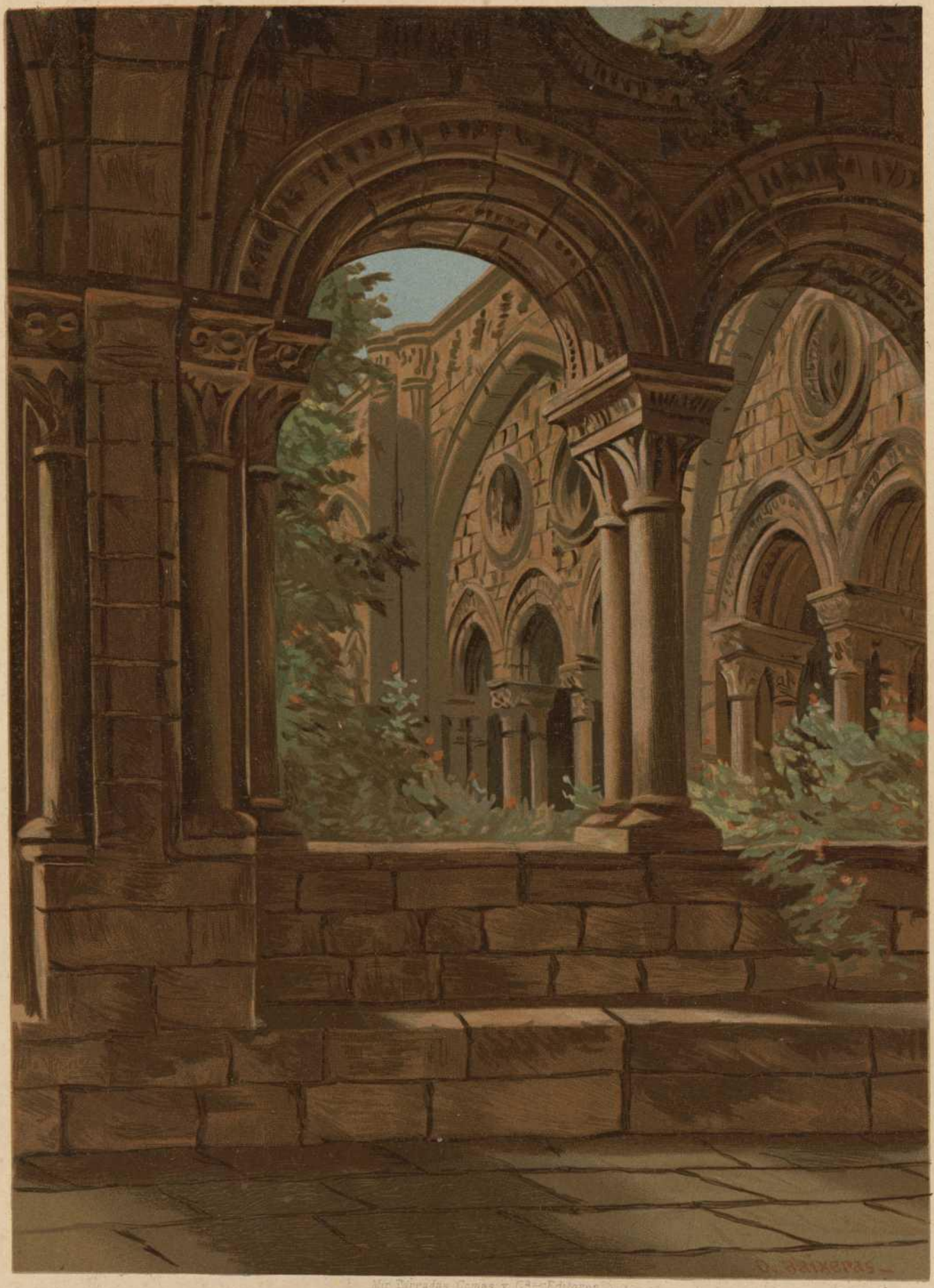


CLAUSTRO BIZANTINO DE TARRAGONA

respeto que se tuvo á los sacerdotes en la antigüedad, en todos los pueblos cuya historia conocemos más ó ménos, remontándonos hasta los tiempos de la ley natural y bajando despues á los de la ley escrita. ¡Qué mucho pues que fuese mayor la excelencia del sacerdocio del Nuevo Testamento al de la ley antigua! Y sin embargo, y á pesar de ser tan recientes los recuerdos del paganismo, y de ser aún neófitos los cristianos de Bizancio, tarde ver andando por los suelos la dignidad patriarcal asistiendo pública y oficialmente á los espectáculos del Circo, con su numerosa comitiva, que no acertaría á darse cuenta de tanta profanacion. El ángel custodio de Bizancio, encargado de velar por los destinos de la señora del Bósforo, se cubriría el casto rostro con sus blancas alas, y, de rodillas ante el trono del Eterno, le pediría le relevara de presenciar tanto baldon y oprobio, y, atendiéndole Dios, atizaría las hordas salvajes enviadas por el cielo para el castigo de un pueblo tan descreído y relajado.

Desprendese de los datos hasta ahora conocidos que la decadencia bizantina corrompió no solamente los temperamentos, la [illegible] y las costumbres, sino que consiguió cambiar el cristianismo en [illegible] desterrar todas las virtudes é introducir todos los vicios, [illegible] bastardeando los caractéres y degenerando hasta la [illegible] é impotencia el varonil ardor guerrero de los griegos. Á la manera que la Roma de los emperadores no pensaba sino en pan y espectáculos, así los bizantinos de los primeros cinco siglos — siglos de espantosa decadencia — no se ocupan sino en el regalo de los caballos que destinan á las luchas del Circo. Los caballos de Bizancio tienen sus partidarios poseídos de entusiasmo; se les aloja en ricos palacios, se les alimenta con [illegible], uvas secas, dátiles y alfóncigos; se les adorna con collares de perlas, se les [illegible] los cascos; se les presentan palanganas llenas de oro si salen vencedores y hasta se les entierra en mausoleos las más de las veces cuando mueren. ¡Historia de la civilizacion de un pueblo que sólo se afana por diversiones [illegible] idea aun del nivel religioso de ese pueblo que iguala en honra [illegible] al hombre y al caballo!

¿Hemos adelantado mucho desde entónces? [illegible]



Lit. Tarradas Comas y Cª Editores.

CLAUSTRO BIZANTINO DE TARRAGONA.

curioso lector comparando lo que gastan los pueblos para escuelas y establecimientos de beneficencia y lo que invierten para hipódromos, apuestas á favor de *azules* ó *verdes* en las carreras hípicas, y para plazas de toros. Parécenos que, por este lado, de poco han servido los catorce siglos que han pasado desde las famosas facciones que tenían dividido al pueblo bizantino.

* * *

Con los antecedentes que tenemos, digamos dos palabras acerca del arte ó estilo bizantino.

La primera idea que ocurre es la marcada influencia que tuvo sobre dicho arte la pasion del lujo, contribuyendo más que otra cosa alguna á su corrupcion y decaimiento. La magnificencia y el lujo contrarios por regla general al buen gusto que se recrea en la sencillez, imitando á la naturaleza, fueron causa de que el arte en Bizancio, amoldándose en las costumbres que daban el tono á las modas, se fijara más en la materia y adornos que en la forma. La inmensidad y pesadez de la mole dominaba en Bizancio sobre la elegancia y regularidad de las líneas, como es fácil observarlo aún en los monumentos más ó ménos notables que poseemos pertenecientes á la época y arte bizantinos.

El arte bizantino, producto natural del griego y del romano que contribuyeron juntos á crearlo, marcó una nueva era para las artes que se pusieron al servicio del cristianismo desde el momento que fué declarado religion oficial ó del Estado. Á no haber intervenido entónces el cristianismo, hubiera desaparecido el arte, porque hacía progresos muy sensibles en el camino de su decadencia que sólo podía detener una eficaz inspiracion religiosa.

Estudiando el estilo de los templos de la época bizantina parece descubrirse la intencion que animaría á sus constructores de hacer que los neo-

cristianos no echaran de ménos los edificios levantados para el culto de sus ídolos; y esa intencion parece revelada en el extraordinario uso de cubrir las paredes interiores con infinidad de pinturas de vivísimos colores destacadas de fondos dorados, expresion fiel del amor al lujo dominante en todas las clases.

Todo en Bizancio hace prevalecer la materia á la forma. Miéntras la inventiva artística no sale de la pesadez y desmedida complicacion en la parte correspondiente á la forma de los edificios y objetos de adorno, se desvanece por hallar nuevas maneras de enriquecer los artesonados, las columnatas, las imágenes, los relicarios, las cruces que recarga de oro y afiligranado trabajo. Y como si no abundara ya demasiado el adorno para obligar al fiel á fijar su atencion en aquellos objetos distrayéndosela de las regiones celestiales, que es donde debía tenerla, derrama el arte bizantino á manos llenas raudales de oro y pedrerías en las vestiduras sacerdotales, como si quisiera manifestar la omnipotencia divina por la riqueza de los ornamentos sacerdotales. Cuanto haga el hombre por honrar á la divinidad será siempre poco; pero no es, en nuestro concepto, el lujo religioso el medio más indicado para venerarla con la pureza de corazon y rectitud de intencion que tan gratas son al Criador de cuanto hay en la tierra y en los cielos.

La profusion del oro y pedrerías en los objetos de arte bizantino forman su parte esencial y constitutiva y la cualidad más elogiada por los escritores y críticos de la época á que nos referimos; y tan cegados estaban por la espléndida brillantez de tanto oro y de tanta pedrería, que, á pesar de la ineptitud notoria y de la falta de gusto innegable en los pintores y artistas contemporáneos suyos, los califican de superiores á las más ilustres notabilidades de los buenos tiempos del arte griego.

Procopio, el más antiguo y principal de los historiadores bizantinos, en su *Tratado de los edificios,* ensalza hasta las nubes á Justiniano por los edificios que levantó y por los adornos con que los inmortalizó. Procopio confundió lastimosamente el título que quizas podía haberse dado á Justiniano de restaurador del imperio, por el de inteligente artista que no pudo merecer. Cierto que muchas ciudades del imperio permanecerían quizas envueltas

aún entre ruínas á no ser por los trabajos que él mandó hacer para restaurarlas. Á otras ciudades las adornó con soberbios edificios, llamando particularmente su atencion la capital en la que levantó algunos monumentos, siendo el principal la iglesia de Santa Sofía, fundada por Constantino, cuya reedificacion por Justiniano puede admirarse aún actualmente, aunque con negra y profunda tristeza cristiana, por estar destinada al servicio de mezquita del culto musulman.

Las revoluciones que ha visto y los sitios que ha sufrido Bizancio han hecho desaparecer la mayor parte de los monumentos antiguos que nos servirían de páginas, donde leer la historia del esplendor y de la decadencia del arte bizantino; pero de todos modos subsisten suficientes datos, para conocer los inmensos espacios ocupados por los vastos edificios, demostracion visible y material de aquella arquitectura única, pesada, de excesivas formas, cuyo tipo se encuentra en el inmenso palacio de Constantino, verdadera idea de la extension del imperio, á juzgar por los cuerpos de edificios agregados unos á otros, como formando una poblacion con sus palacios y templos, fortalezas y dependencias, que de todo esto y más se componía el abigarrado y laberíntico edificio destinado para morada imperial. Y á la manera que son distintas las partes de que se compone ese monton de edificios, es tambien distinta la arquitectura que preside á la construccion de cada uno; y la imaginacion y la vista se fatigan y abruman contemplando tantas columnas y estátuas, tantos jardines y árboles, tantas fuentes y saltos de agua, tanto mármol y oro y cúpulas y templos, cuya existencia no se concibe en un mismo espacio cercado sin comunicaciones públicas. La inmensidad del área ocupada por el palacio de Constantino parecía presentir la edificacion del Serrallo actual, situado al oriente de la ciudad, pues forma por sí solo como una ciudad aparte en el seno de la capital con diez mil almas que se albergan en él.

Y el ejemplo de Constantino y sus sucesores fué seguido por los magnates y grandes dignatarios del Estado, cuyos palacios, reproducciones en cierto modo del imperial, estaban cuajados de estátuas, adornados de innumerables columnas cubiertas de pinturas sobre fondos de oro y plata, inunda-

das de pedrerías, y ostentaban infinidad de aposentos en forma de pabellones cerrados por inestimables cortinajes de oro y púrpura, sin contar las alfombras que colgaban del sin fin de arcos cuyos frisos deslumbraban.

Ningun pueblo llevó más allá que el bizantino el refinado lujo de la pomposa ostentacion doméstica, y parece imposible que un pueblo neófito en una religion que predicaba la pobreza como una de sus primeras virtudes, y tan cercano á los tiempos heróicos del Evangelio descendiera tan pronto al extremo de eclipsar á los pueblos orientales en la esplendidez y ostentacion; porque debe saberse que todas las casas ricas no solamente de la capital sino tambien de las demas ciudades del imperio ó tenían construídos de plata maciza ó revestidos con planchas de plata sus puertas, camas, sillas, cofres y otros muebles, ó bien debían parecer tales á fuerza de habilidad de los pintores. El lector se fatigaría y nosotros temeríamos ser molestos si debiéramos presentar la relacion que podríamos trasladar aquí de cuanto nos ofrece el lujo doméstico bizantino en incrustaciones de oro y pedrerías de que están cuajados todos los muebles de las casas opulentas, despues de haber dejado aparte los mosáicos, los estucos, las pinturas, los grabados, esmaltes, bajo-relieves y mil otros adornos y preciosidades procedentes del Oriente para decorar no sólo los salones sino las más insignificantes dependencias de las casas. Por la experiencia que ya tenemos adquirida en nuestro viaje en pos del estudio de la civilizacion, sabemos positivamente que cuando los hombres se atormentan en busca de formas diversas con que manifestar su pasion por el lujo, están cercanos los tiempos de la decadencia moral y artística del pueblo que á tales excesos se entrega, y una vez ya iniciada la decadencia no hay medio ordinario de reponerse y salvarse.

No queremos asumir la responsabilidad de la descripcion que aquí merece y debe hacerse de lo pernicioso que fué el lujo bizantino introducido hasta en los actos religiosos: por exactos que fuéramos podríamos incurrir en el desagrado de quien nos leyera sin conocernos bastante, ni nuestra autoridad sería suficiente para infundir el crédito indispensable á todo relato histórico; en su consecuencia nos ampararemos en la cita de un hombre respetable que nos prestará uno de sus pasajes brillantes de la *Vida de Teodosio*.

Hablando Flechier, que es el autor á quien nos referimos, del lujo harto profano introducido en el culto de las iglesias bizantinas, cuyo orígen se remontaba ya al ejemplo dado por Constantino y su hijo Constancio en Jerusalen y Antioquía respectivamente, continúa diciendo: «Propúsose Rufino estos grandes ejemplos, y mezclando con un poco de religion mucha ostentacion y fasto, convocó á los obispos de todas las partes del Oriente, sobre todo á los que ocupaban las primeras sillas. Hasta suplicó por reiteradas cartas á los más famosos solitarios de Egipto que abandonaran su soledad para ir á asistir á la célebre ceremonia. La gerarquía de que estaba investido en el imperio cuya principal direccion tenía él bajo el príncipe Arcadio, fué causa de que muchos obispos se pusieran en camino al primer aviso que recibieron y trajeron en su compañía los más santos personajes de sus provincias. La reunion fué muy numerosa. Encontráronse en ella tres patriarcas, Nectario de Constantinopla, Teófilo de Alejandría y Flaviano de Alejandría; Gregorio, obispo de Nisa, Anfiloco de Iconia; Pablo de Heraclea, Dioscoro de Helenope y varios otros célebres prelados habían sido de los primeros en acudir allá. Acudieron tambien los principales de la nobleza y del clero y multitud infinita de pueblos, los unos para honrar la fiesta, los otros para hacer la corte al favorito y muchos por satisfacer su curiosidad.

«Tuvo lugar la ceremonia en el mes de setiembre. La iglesia estaba colgada con ricos tapices, el altar deslumbraba de oro y pedrería. La consagracion se hizo con todo el órden y toda la magnificencia que podían desearse. Despues que estuvieron terminados los oficios, procedióse con la misma pompa al bautismo de Rufino. Administróselo el patriarca Nectario, y el famoso Evayro de Ponto, que se había hecho venir de Egipto con el solitario Ammon recibió al salir de las fuentes al sér regenerado que no conservó mucho tiempo su inocencia. De esta manera terminó aquella solemnidad, que habría sido de las más santas y de las más magníficas de la Iglesia de Oriente, si no hubiese estado acompañada de un lujo profano, y si ese ministro, por sus actos é injusticias, no hubiese querido reintegrarse de los pueblos las excesivas cantidades que en dicha ocasion parecía haber empleado para Dios.»

Apénas se comprende la mezcla de lo sagrado con lo profano que descubrimos en la época bizantina, sobre todo debiéndole á ella la propagacion en las construcciones de la bóveda romana y especialmente el impulso dado á la pintura sobre vidrios cuyo arte debía favorecer en tan alto grado el recogimiento indispensable en los templos sagrados. En la época de san Juan Crisóstomo estuvo ya en uso en Bizancio la pintura sobre vidrios que, si bien conocida de los antiguos, segun lo acreditan los descubrimientos hechos en algunos puntos y sobre todo en Pompeya, todo induce, no obstante á creer que se debe á los artistas cristianos de los primeros siglos de la Iglesia la introduccion de dicho arte en los templos.

Cuando Justiniano reconstruyó la grandiosa basílica de Santa Sofía adornóla con vidrios de colores, que tanto entusiasmaban á Pablo el Silentiario, célebre autor de la descripcion de la iglesia expresada, por el maravilloso efecto producido por los rayos del sol en aquel conjunto de cristales tan diversamente coloridos, cuyo arte nos enseña propagado la historia en el occidente de Europa desde el siglo sexto de la era cristiana.

* * *

Sentimos tener que entrar ahora en consideraciones que no están al alcance de todos y que quizas no sean las que priven en gran parte de nuestros lectores.

Cuando Constantino estableció su nueva capital en las orillas del Bósforo, dejó la Italia políticamente hablando algun tanto debilitada ya por lo que se alejaba de ella el brillo del imperio, ya por el vacío que formaron en ella los muchos patricios y notables romanos que fueron á fijar su residencia en la *Nea Roma;* pero, tambien es cierto que se acercó más la fuerza del imperio á sus fronteras imperiales, que eran precisamente las primeras donde debía temerse la invasion, de mucho tiempo amenazante y presentida de los pueblos del Norte. Si Constantino hubiese podido infundir su genio

á sus súbditos, otro hubiera sido probablemente el destino del imperio, porque él conocía y deseaba la necesidad de una reforma general á la que no accedían los que más la necesitaban. Ademas, los cuatro siglos de depravacion que pesaban sobre Roma como una losa de plomo habían acabado con la energía indispensable para secundarle, y, para colmo de calamidades, no hubo entre sus sucesores un solo emperador dotado de las cualidades necesarias para ocupar dignamente el trono del imperio, y Juliano el *apóstata*, único que reunió algun talento, emprendió equivocados caminos y recurrió á medios indignos de personas honradas, contrariando en un todo la política sabiamente iniciada y seguida por Constantino.

Y no es esto todo. La política de Constantino se equivocó en sacrificar al lustre y engrandecimiento de su nueva capital los intereses todos de los restantes pueblos de su Estado. Los bellos jardines italianos que hacían tan atractivas las risueñas costas del antiguo Lacio debieron ceder su hermosura á la nueva rival, porque la escuadra alejandrina encargada de alimentar á Roma y á sus alrededores y campiñas debió concretarse á Bizancio. Diariamente se distribuían al pueblo ochenta mil medidas de trigo, iniciando así su pereza y prostitucion; aumentáronse los gastos en un doble, y ántes de mucho tiempo fueron ya insuficientes todas las escuadras asiáticas unidas á las de Egipto para alimentar á la nueva capital que consumía mucho y no producía nada.

La division del imperio creando intereses opuestos entre el Oriente y el Occidente y formando la levadura de las futuras rivalidades no ya de dos capitales sino de nacionalidades, debía ser la medida más funesta para la existencia de Bizancio expuesta á los ataques de sus muchos y poderosos enemigos exteriores.

La civilizacion estaba terriblemente amenazada de muerte; pero sería muy ciego quien no viera un plan providencial para salvarla.

Las heregías nacían en el campo de la Iglesia cristiana con espantosa abundancia é increíble lozanía: eran ya tantas sus denominaciones y tan variadas sus tendencias que no bastaban ya los animosos defensores de la buena doctrina para ponerla á salvo. Por otra parte, del norte de Europa y Asia

llegan hasta el centro del imperio siniestros rumores de terribles y generales tempestades. Innumerables hordas casi salvajes se precipitan sobre el imperio romano, lo conmueven por todas partes, se apoderan de lo que invaden, degüellan á todos sus habitantes y en las ruínas de lo que devastan é incendian, levantan sus portátiles tiendas. Las orillas del Rhin, desde Basilea á Maguncia, la Suiza, todo el país comprendido hasta las fuentes del Sena y Loira, las Galias, la España no ofrecen á la vista sino una inmensa extension de ruínas y destruccion, como si hubiesen pasado por sus comarcas moles inmensas de aguas tumultuosas que lo hubiesen arrollado todo y arrastrado en pos de sí todas las ruínas.

Dos remedios reservaba la Providencia para salvar del naufragio la civilizacion que estaba á punto de zozobrar por los vicios y crímenes de Bizancio y por la perversidad de los herejes.

Estos remedios eran los solitarios del desierto y los bárbaros del Norte.

¿Quiénes eran los solitarios del Desierto? No es esta la primera vez que hablamos de ellos, y no nos detendríamos ahora en repetir algo de lo que ya tenemos dicho y de lo mucho que podríamos añadir respecto de ellos, si no se lo pidiéramos prestado á una autoridad muy grande y que ha de ser muy simpática á nuestros lectores. Aludimos al gran Crisóstomo, quien, hablando de los solitarios á quienes conoce personalmente, dice: «Levántanse al primer canto del gallo y á media noche; despues de rezar los maitines y laudes, se ocupan, cada uno en su celda, en leer la Escritura ó en copiar libros; luégo se dirigen todos á la iglesia para rezar tercia, sexta, nona y vísperas, volviendo en seguida á sus celdas silenciosamente. Jamas cambian entre sí la menor palabra; su conversacion es con Dios, con los profetas y los apóstoles, cuyos divinos escritos meditan contínuamente.

»Su alimento consiste en un poco de pan y de sal; algunos añaden un poco de aceite, y los enfermos una escasa cantidad de yerbas y de legumbres; terminada la comida, toman algunos instantes de reposo, segun uso de los orientales, y vuelven á sus trabajos, que consisten en hacer cestos y cilicios, en cultivar la tierra, en cortar los bosques, en preparar la comida, en lavar los piés á los huéspedes, á los que sirven con suma caridad, sin exa-

minar si son ricos ó pobres: una estera extendida en el suelo les sirve de cama, y sus vestidos están formados con pelo de cabra ó de camello, ó con pieles trabajadas tan groseramente que el mendigo más miserable se negaría á cubrirse con ellas.

»Sin embargo, entre ellos los hay nacidos en el seno de la opulencia y crecidos entre todas las comodidades, lo cual no impide que todos vayan descalzos, que no posean nada en propiedad, y que se haga un fondo comun que se destina á las necesidades indispensables de la naturaleza: es cierto que suceden en las herencias de sus padres y parientes, pero únicamente para distribuirlas entre los pobres, y al mismo uso destinan cuanto pueden ahorrar sobre el producto de su trabajo. Entre todos no tienen más que un corazon y un alma; jamas se les oye pronunciar los nombres de *tuyo* y de *mío*, inventados por el espíritu de propiedad, y que tantas veces destruyen los lazos de la caridad; en sus celdas reina una paz inalterable y una alegría pura que en vano se buscaría en las más envidiadas posiciones del mundo.

»Los anacoretas terminan la oracion de la tarde con severas reflexiones sobre el juicio final, para excitarse á la vigilia cristiana y prepararse más y más para dar al Señor la rigorosa cuenta que todos le debemos (1).»

Estos eran los solitarios á quienes reservaba Dios para la salvacion de los pueblos.

Á la codicia, á las prodigalidades inútiles, al deslumbrador lujo del pueblo bizantino, á la afeminacion, voluptuosidad y repugnantes vicios de aquel pueblo decaído, ofrecen los solitarios el ejemplo heróico de todas las virtudes opuestas. Fieles á las máximas evangélicas, ni poseen propiedades los solitarios, ni pronuncian jamas las palabras *tuyo* y *mío*, y viven formando un solo corazon y una sola alma. Estos solitarios presentan prácticamente los dos emblemas de la bandera moderna: *igualdad* y *fraternidad*. El otro emblema *libertad* se excusa por sabido, porque no hay hombres más libres

(1) *De Compunct.* lib. II.

que ellos, escondidos en su soledad, pero sujetos á la ley de Dios, que es la que hace libres á todos los hombres.

Y ya que la oportunidad y la ocasion se nos han presentado por sí mismas, bienvenidas sean, y aprovechémoslas. Nos referimos al sistema social de los solitarios.

El cristianismo, racional en todo, sin caer en la degradacion de la dignidad humana, como querían los estóicos; ni en la sutileza filosófica, como practicaban los epicúreos, hace, es verdad, una virtud divina del sufrimiento, de la resignacion; pero, al divinizar la pobreza, no quita derechos al pobre, ni se los da al rico, ni á éste lo desliga de los deberes que le obligan al pobre.

Se ha dicho que la sentencia evangélica: «siempre habrá pobres entre vosotros» supone la desigualdad de condiciones y la existencia formal y contínua de menesterosos.

No todos los sofistas desaparecieron con la caída del imperio romano, ni todos los ergotistas murieron cuando se arruinó el bizantino.

Todos los Padres de la Iglesia, especialmente los verdaderamente llamados así por haber vivido en los primitivos tiempos del cristianismo, escribieron clara y terminantemente, al presentárseles la oportunidad, acerca de la propiedad, de la riqueza y pobreza y de la caridad cristiana, lazo divino que une en una sola familia de hermanos á todos los hombres indistintamente.

Sin el Evangelio, sin la ley de Dios, no hay en el mundo quien sea capaz de explicar satisfactoria y justamente el derecho de propiedad, si así podemos expresarnos, porque no hay, ni hubo nunca tal derecho.

¿Qué es la propiedad? ¿Es la posesion? Y esta posesion ¿es inmemorial? Pues bien, hasta aquí no hay más que un hecho, ¿dónde está el derecho? Si esta posesion inmemorial y todo no es más que un hecho, un hecho se destruye con otro; no así un derecho. Ademas ¿cómo y cuándo nació el hecho de la posesion? ¿Hemos de remontarnos á actos humanos? No pasamos de hechos: no llegamos á ningun derecho: porque al fin y al cabo, por mucho que nos alejemos, daremos con actos y convenios humanos, y estos

no crean derechos, por la sencilla razon de que ningun hombre es superior á otro y ninguno puede imponer ni dar derechos á sus semejantes; por la sencilla razon de que los derechos no son humanos sino divinos. Por esto el derecho de propiedad ó no existe ó es divino.

Siendo, como es, divino el derecho de propiedad, debe atenderse á las condiciones con que Dios concedió tal derecho, y esto no hemos de repetirlo, por tenerlo dicho ya de sobra en los dos capítulos destinados á la civilizacion del pueblo hebreo.

¿Estuvimos y estamos en lo firme al hablar nosotros del modo que venimos haciéndolo de la propiedad y de las relaciones entre los pobres y los ricos?

Prescindiremos por completo de la razon natural que falla sin apelacion á favor nuestro; pero queremos probar que la voz de la Iglesia, representada por sus Doctores, se ha levantado siempre á favor de los pobres, aunque no se le ha escuchado ni atendido nunca, porque el hombre se revuelve siempre contra lo bueno y lo justo, cuando la bondad y la justicia debe costarle algun sacrificio.

Ni queremos invocar á favor nuestro el texto evangélico que, haciendo uso del lenguaje hiperbólico, presenta como imposible la salvacion del rico: sólo apelaremos al testimonio de los Padres de los primeros siglos, que poseían fresca y pura la verdadera tradicion apostólica y la doctrina cristiana.

Por demas estaría repetir lo dicho por el Crisóstomo. Veamos qué dice San Jerónimo: «Todo rico es un inícuo, ó heredero de un inícuo.» «Lo supérfluo del rico es lo necesario del pobre y roba á los pobres lo que no les da.»

San Agustin dice: «Poseer lo supérfluo es poseer lo ageno.»

Casi es aún más explícito san Ambrosio cuando dice: «todos los bienes debieran ser comunes y todos los hombres iguales. La tierra ha sido dada en comun á los ricos y á los pobres. ¿Por qué vosotros, ricos, os arrogais su propiedad á vosotros solos?» «La naturaleza, dice en otra obra, ha puesto en comun todas las cosas para el uso de todos..... La naturaleza ha creado el derecho comun y la usurpacion ha hecho el derecho privado.»

San Basilio, entre muchas cosas á propósito de esta materia, escribe: «Roba quien no paga una deuda; luego no paga su deuda quien no da á los pobres lo que se les ha quitado.»

Con seguridad puede afirmarse que la idea dominante en todos los Doctores de la Iglesia, tanto griegos como latinos, es que la propiedad es un robo y que lo es tambien no dar á los pobres el sobrante de los ricos. ¡Quién les había de decir, y quién les dijera ahora á los más avanzados socialistas y comunistas que odian tan profundamente á la Iglesia de Jesucristo, que quieren y predican lo que muchos siglos atras quisieron y predicaron los sabios llamados Padres de la Iglesia! Sin embargo, hay una diferencia entre unos y otros. Los revolucionarios modernos—lógicos en el fondo de la cuestion—apelan á medios prohibidos por la ley de Dios y condenados por los Padres de la Iglesia. Quieren la violencia, la reparticion forzosa; los Doctores de la Iglesia aconsejan á los ricos la caridad, á los pobres la resignacion.

Aquí debemos detenernos. Hemos cumplido nuestro deber: y para cumplirlo, aunque atendiendo á nuestra conciencia, se nos ha hecho necesario todo el valor que es indispensable al hombre que va contra la corriente; y nosotros vamos contra dos: contra la de los ricos á quienes decimos muy alto, aunque sin arrogancia, que detentan lo ageno, y se nos declararán enemigos: contra la de los pobres, á quienes recordamos sin bajeza, aunque sin rebozo, que deben sumision á la justicia divina, y no serán amigos nuestros.

Y ya que escudados en nuestra independencia y movidos por nuestro amor á la verdad, se la decimos á todos, no queremos decirla á medias.

La verdad es que las ideas democráticas se han abierto paso en todas las sociedades y que las dirigen sin acaso notarlo ellas mismas. Si la democracia no sacudiera el suave yugo de la religion, y dando pruebas de verdaderamente despreocupada, se dejara informar por la idea católica y se gobernara inspirándose en ella, nosotros se lo fiamos, el triunfo más ó ménos inmediato, más ó ménos completo sería suyo. No queremos decir, al expresarnos así, que no sea suyo el triunfo, que lo será; pero no recogerá los

frutos de la victoria; porque son cosas muy distintas el triunfo de la revolucion y el de la democracia: la revolucion destruirá y no edificará: la democracia, informada por el catolicismo, transformaría.

Hoy por hoy el triunfo es de la revolucion; porque el socialismo informa ya los gobiernos monárquicos: para probarlo, no se necesita más que dar una mirada á los sistemas del impuesto y á las maneras de cobrarlos. Los municipios existen de solo nombre; los hospitales, las asociaciones, las casas todas de beneficencia dependen ya de un poder central y centralizador que lo abarca y absorbe todo, que lo domina y reglamenta todo, y que indispensable, necesariamente, en más ó ménos tiempo, dispondrá por absorcion ó administracion de las fortunas particulares.

Que vemos visiones, se nos dirá. Por razones que no son del caso, estamos en disposicion, en nuestro humilde retiro, de saber mucho más de lo que á primera vista parece en la materia que nos ocupa; y sino dígasenos por favor, ¿qué es sino caminar al socialismo oficial, pero práctico, el contínuo tejer y destejer leyes y órdenes y decretos y reglamentos, que no hay biblioteca capaz de contenerlas ni memoria para recordarlas, y qué significan esas leyes encaminadas todas, en su fondo, á coartar la libertad; leyes que se decretan con la misma facilidad con que se derogan, pero leyes que nadie cumple si quiere hallar el medio de eludirlas.....?

La democracia podría salvarlo todo: Estado, religion, sociedad, individuo; pero ha dado paso al socialismo, y este lo arrollará todo, cuando nadie podrá oponerle un dique.

Sabemos muy bien que, dadas las pasiones humanas, no es posible la igualdad absoluta, y porque lo sabemos, no abogamos por ella; pero tambien sabemos que no subsistirán, aunque nos sea imposible fijar plazos, las inmensas desigualdades, las escandalosas desproporciones que existen ahora; y lo sabemos, porque sólo podría tolerar Dios semejante estado de cosas reinando la caridad—llámese *fraternidad*—entre los hombres, que haría llevadera su triste situacion al pobre, y no permitiría el orgullo en el rico; pero como la *fraternidad* no existe más que en las palabras que se lleva el viento apénas pronunciadas, y las corrientes actuales son de desaparicion de

fronteras y unificacion de todos los pueblos, ideal tambien imposible, porque está en contra suyo el hecho de la torre de Babel; de ahí que, entre la voluntad de la revolucion, que será inexorable, y los destinos de las sociedades, que dependen de Dios, se trabará una lucha desesperada, mortal, fiera, espantosa, que acabará con el actual órden de cosas para dar paso y forma á otro cuyo porvenir no puede indicar el hombre más previsor, si se aparta de los destinos fijados por Dios á las sociedades.

Pero volvamos á nuestro principal asunto.

Hemos visto lo qué eran los solitarios del Desierto: la religion tan minada por las heregías se mantenía brillante y pura en aquella porcion escogida de fieles bastantes por sí solos para formar la apología del cristianismo, si no hubiese producido otros resultados. Veamos ahora los otros auxiliares que se reservaba Dios para salvar la sociedad.

*
* *

El imperio romano comenzó ya á conocer lo que eran los hunos bajo el reinado del emperador Valente en el año trescientos setenta y seis.

Dios reservaba ese pueblo en los designios de su providencia para instrumento de sus venganzas, y permitía que creciera y se multiplicara en los vastos desiertos lindantes con las regiones septentrionales de la China, á fin de que adquiriera la virilidad y salvaje robustez que convenían para sus planes de renovacion ó restauracion de pueblos afeminados y decrépitos.

Los hunos se dividían en tribus que llevaban todas una vida exactamente igual. Amiano Marcelino hace de los hunos la siguiente descripcion: «Desde la cuna sajan el rostro de sus hijos con un hierro, á fin de impedir que les nazca el pelo, de modo que envejecen sin barba, asemejándose á los eunucos, y sin ninguna gracia en el rostro. Una enorme cabeza hundida entre anchas espaldas, sin proporcion entre los demas miembros, una general deformidad les hacía como animales de dos piés, ó los originales de



Mir, Serrador, Gomez y Cª Editores

P. Rocabert, lit.

ATILA RECIBIENDO Á LOS EMBAJADORES ROMANOS.

fronteras y unificacion de todos los pueblos, ideal tambien imposible, porque está en contra suyo el hecho de la torre de Babel; de ahí que, entre la voluntad de la revolucion, que será inexorable, y los destinos de las sociedades, que dependen de Dios, se trabará una lucha desesperada, mortal, fiera, espantosa, que acabará con el actual órden de cosas para dar paso y forma á otro cuyo porvenir no puede indicar el hombre más previsor, si se aparta de los destinos fijados por Dios á las sociedades.

Pero volvamos á nuestro principal asunto.

Hemos visto lo qué eran los solitarios del Desierto: la religion tan minada por las heregías se mantenía brillante y pura en aquella porcion escogida de fieles bastantes por sí solos para formar la apología del cristianismo, si no hubiese producido otros resultados. Veamos ahora los otros auxiliares que se reservaba Dios para salvar la sociedad.

* * *

El imperio romano comenzó ya á conocer lo que eran los hunos bajo el reinado del emperador Valente en el año trescientos setenta y seis.

Dios reservaba ese pueblo en los designios de su providencia para instrumento de sus venganzas, y permitía que creciera y se multiplicara en los vastos desiertos [illegible] con las regiones septentrionales de la China, á fin de que [illegible] la virilidad y salvaje robustez que convenían para sus [illegible] ó restauracion de pueblos afeminados y decrépitos.

[illegible] en tribus que llevaban todas una vida exactamente [illegible] Marcelino hace de los hunos la siguiente descripcion: [illegible] sus hijos con un hierro, á fin de impedir [illegible] que envejecen sin barba, asemejándose á [illegible] gracia en el rostro. Una enorme cabeza hundida [illegible] proporcion entre los demas miembros, una general [illegible] como animales de dos piés, ó los originales de



Mir, Tarradas, Comas y Cª-Editores.

R. Rocabert, lit.

ATILA RECIBIENDO Á LOS EMBAJADORES ROMANOS.

aquellas estacas de madera que talladas groseramente en forma de hombres, se colocan en los pretiles de los puentes. »

Á esta descripcion tan poco atractiva, añadamos los siguientes pormenores para completar el cuadro: « Ciertas raíces y la carne medio cruda, manida entre la silla y el lomo de sus caballos, constituían su sustento. No se consideraban seguros en una casa ó edificio sólido. Errantes por las llanuras y las selvas, dejaban á sus mujeres y á sus hijos debajo de tiendas formadas sobre carretas para poder con facilidad transportarlas de una parte á otra. No tenían morada fija; su traje se componía de pieles ó de lienzo, que dejaban consumir sobre sus cuerpos. Pasaban todo el día á caballo, y así tenían sus reuniones; tan poco acostumbrados estaban á tenerse en pié, que durante la noche les servía de lecho el lomo de sus caballos. Eran falaces, inconstantes, sin religion, ávidos de riquezas, coléricos, en una palabra, semejantes en todo á los actuales calmukos y á los tártaros de Crimea (1). »

Los hunos no tenían reyes, pero obedecían á jefes, cuya autoridad era, por otra parte, muy poco sólida.

Uno de estos jefes, formado por Dios para instrumento de sus venganzas, fué Atila.

La civilizacion romana estaba condenada por Dios y los hombres honrados y debía desaparecer; para ello había recibido Atila, junto con el encargo de ira, todas las cualidades que prodiga Dios á los instrumentos de sus decretos.

Por su parte se había preparado Atila al estrago del Imperio romano haciéndose temer de todos, de los romanos y de los otros bárbaros, quienes se acostumbraron á decir de él: « es el martillo del universo. »

Hízose temer de los romanos á cuyos embajadores recibía orgullosamente sentado y empuñando una copa de madera, y enviando él representantes suyos que decían á Teodosio: « mi señor y el vuestro » sin que esta altanería obtuviera más que ricos presentes y ceremoniosos obsequios del humillado poder romano.

(1) De Guignes.

Cuando Atila oyó hablar del cristianismo, dijo á los primeros sacerdotes que le vieron: «Yo soy el azote que envía vuestro Dios para golpear á los pueblos como paja.» Y Atila tenía razon, y porque la tenía se le llamó «el azote de Dios» con cuyo nombre le conoce la historia y el mundo todo.

Atila reinaba sobre los hunos por el derecho de una ferocidad sobrehumana, y la naturaleza le había formado tal como debía ser un ejecutor de la divina venganza. Su cabeza, desmesuradamente ancha, en la que asomaban cabellos raros y encanecidos, estaba pegada por un cuello de toro á un busto cuadrado, puesto sobre piernas torcidas. Sus ojos cavernosos y oblícuamente abiertos, pero brillantes con fuego salvaje, su nariz chata, su tez verdosa como la aceituna y sembrada de arrugas, acusaban en toda su plenitud un tipo asesino; pero sobre aquella deformidad había pasado un relámpago de genio, porque debía acaudillar las hordas de la muerte para enterrar una civilizacion indigna de los grandes destinos á que la dispuso Dios.

Ya sabemos que los hunos eran casi salvajes, sin religion, ni cultura alguna. Ofrezcamos á nuestros lectores un canto guerrero de aquellas hordas, ántes de narrar someramente lo que hicieron en Europa, y reflexionen lo que serían quienes se expresaban de la manera que ellos lo hacían en sus cantos bélicos.

—

«Hogui y Gunar eran dos grandes jefes. El ave de la Muerte ha comido su juventud; pero ellos rieron debajo de su pico cortante, como cuando ellos mismos devoraban el corazon de su enemigo.

»Un día el hacha de piedra se rompió en la mano de estos hombres fuertes. Deslizáronse encima de la sangre que enrojecía la llanura; el vencedor les echó encima la red de la servidumbre, y los arrastró á su campo como la presa de los bosques.»

—

«Hogui y Gunar eran dos grandes jefes; muy pequeñitos aún habían mamado la leche de la misma yegua. Más tarde, habían bebido los dos, en el mismo cráneo, la sangre derramada por la batalla: la sangre de los vencidos es la leche de los hombres fuertes!

»Guerreros, les dijo el vencedor, encontrásteis á vuestro dueño! Llenad empero de oro el cráneo de mi padre, y os daré la libertad. El oro que luce al sol regocija el ojo del guerrero; el hierro que luce en la sombra compra los goces de la victoria!»

—

«Hogui y Gunar eran dos grandes jefes; se miraban sin contestar, y se comprendieron. El bravo no redime su libertad perdida; escupe á la cara del loco que se cree su amo; se le degüella; ríe y muere.

»Separadlos, dice el vencedor. Cuando estén solos hablarán. La soledad abre un vacío en el corazon de los hombres fuertes; el ave de la Muerte viene á encaramarse en él y cantar las complacencias del miedo: el miedo denuncia el oro para comprar el rescate del vencido.»

—

«Hogui y Gunar eran dos grandes jefes; se les puso cada uno aparte, en las chozas de ramajes que arrastraban los carromatos. Entónces el vencedor dijo á Gunar: «Hombre fuerte, tu vida es corta: ¿quieres prolongarla hasta el sol de la próxima batalla?... Dame tu oro.

«Y Gunar dijo: «Si quieres saber dónde he ocultado mi oro, tráeme el corazon de Hogui, sacado caliente del todo de su fuerte pecho. Y cuando yo tenga ese corazon en mi mano, si no tiembla, te diré mi secreto.»

—

« Hogui y Gunar eran dos grandes jefes; ambos á dos ricos con el oro conquistado en las batallas. El vencedor lo sabía; quería despojarles uno despues de otro: hé aquí porque era preciso engañar á Gunar y engañar á Hogui despues.

» Arrancóse el corazon de un vil cautivo que no tenía oro para redimirse; se le puso ensangrentado en un plato de madera, y trajéronlo á Gunar, diciendo: « Hé aquí el corazon de Hogui el hombre fuerte! Tómalo en tu mano, mira si tiembla, y dínos tu secreto. »

—

« Hogui y Gunar eran dos grandes jefes; tenían el ojo perspicaz. Gunar dijo al vencedor: « Mientes!... este corazon no es de un bravo: mira cómo tiembla encima de este plato! temblaba mucho más en el pecho del cobarde que acaban de matar. »

» El vencedor gruñó como un oso herido. « Id, dijo á sus compañeros, id á arrancar el verdadero corazon de Hogui, porque este hombre astuto me engañaría como le engañé yo. No debe jugarse con la astucia del zorro. »

—

« Hogui y Gunar eran dos grandes jefes; habían bebido juntos, en el mismo cráneo, la sangre derramada en las batallas. Cuando Hogui sintió hundirse el hierro en su fuerte pecho, rió y murió. Pusieron su corazon en un plato y trajéronlo á Gunar.

» Y Gunar exclamó: « Reconozco perfectamente el corazon del bravo! Tiembla un poco en este plato, pero temblaba mucho ménos en el pecho de Hogui. Cuando vivíamos ambos, yo tenía miedo de verle morir; ahora que soy solo, nada temo: el ave de la Muerte puede cantar mi última hora! »

Este canto es el retrato de los bárbaros que invadieron la Europa. Rápidamente y con toda la claridad que sepamos daremos cuenta de las invasiones que, para nuestro objeto, terminaremos en la muerte de Atila.

La poderosa nacion de los godos vivía en las márgenes del Danubio. Parte de esta nacion, los ostrogodos ó godos del Este, tenían por jefe, á mediados del siglo cuarto, á Hermanric descendiente de Amali. Á pesar de su ancianidad obligó á las tribus vecinas á reconocerle, y los visigodos, ó godos del Oeste, le tomaron tambien por su jefe. Reunida ya la nacion goda bajo el mando de un solo jefe, extendió su dominacion desde el mar Negro al Báltico. Muerto Hermanric fueron los ostrogodos sometidos por los hunos.

Los visigodos se retiraron entónces hacia el Danubio, y suplicaron á Valente el permiso de establecerse en la orilla derecha del río, para librarse por medio de barreras naturales de sus temibles enemigos, que suponían nacidos en el desierto del comercio de las brujas con los diablos. Otorgóles Valente lo que pedían mediante la entrega de sus armas á los romanos y de sus hijos en rehenes. Cuando ya no tuvieron nada que dar por haberles tomado los romanos todo el dinero y sus mujeres é hijos, apelaron á las armas, rebelándose en Marcionópolis, acaudillados por Fritigern. El general romano Lupicino fué con su ejército contra ellos, pero perdió la batalla, y los godos quisieron entónces el dominio absoluto del territorio romano bañado por el Danubio. Valente pidió auxilios á Gracian, otro de los dos emperadores de Occidente; pero, quedando indecisa la primera batalla librada entre romanos y godos, quiso Valente detener en persona la formidable invasion, pero murió en la batalla dada por Fritigern contra los romanos que fueron completamente derrotados. Orgullosos los godos con esta victoria, se presentaron delante de los muros de Bizancio, y los árabes que estaban al servicio del imperio rechazaron á los bárbaros, que por primera vez se encontraban delante de otros bárbaros.

Muerto Valente, ocupó el trono de Bizancio Teodosio, á quien llamaron el *Grande*. Supo con su hábil política imponerse á los bárbaros del norte que, al fin, aceptaron condiciones razonables.

Teodosio supo conservar la integridad territorial del imperio, no per-

diendo ninguna provincia, y la moral del mismo destruyendo el arrianismo que contrariaba la unidad religiosa del Estado.

Muerto Teodosio, dividiéronse el imperio sus dos hijos Arcadio y Honorio, quedándose aquél el Oriente y éste el Occidente.

El imperio de Oriente era, al parecer, el primero destinado á caer en poder de los bárbaros; porque Gaina, gefe de los godos que estaban á su servicio, disponía á su antojo de todos los cargos del Imperio; pero, fastidiado ya de las revoluciones palaciegas, resolvió concluir con el imperio. Descubriólo Arcadio y el pueblo asesinó á los bárbaros.

El imperio de Occidente, agonizante ya, tuvo un defensor digno de mejor suerte en Stilicon.

Los visigodos, acaudillados por Alarico, invadieron el imperio, saqueándolo todo desde el Adriático al Bósforo, penetrando hasta en Atenas. Stilicon voló al socorro de Grecia y encerró á Alarico en Arcadia, pero logró escaparse y se apoderó del Epiro, arrojándose en seguida sobre el Occidente. Espantado Honorio, se fugó de Milan para refugiarse en la fortaleza de Asti, en donde le cercaron los visigodos, pero una vez más consiguió Stilicon salvarle.

Alarico se vió por todas partes rodeado de tropas romanas. Despues de varias vicisitudes y algunas derrotas, quiso Alarico, al frente de su caballería, vencer á Roma ó morir bajo sus muros, pero aún esta vez salvó Stilicon á la ciudad eterna. Para librarse Honorio del terror que le inspiraban los bárbaros, trasladó la silla de su imperio á Ravena. No estaba aún terminada la invasion de Alarico, cuando doscientos mil germanos invadieron nuevamente el imperio. El astuto Stilicon les supo encerrar en las montañas de Fesule, donde perecieron acosados de sed y hambre y peste. El senado romano mandó levantar un arco de triunfo para perpetuar el recuerdo de dicha victoria. Aquel arco fué el último que levantó Roma.

Alarico continuaba en su ambicion de caer sobre Roma. Un santo ermitaño se lo censuró amenazándole con la cólera del cielo, pero él le respondió: « Siento en mí una cosa que me impele á destruir á Roma. » Reunió Alarico á su alrededor todos los enemigos del nombre romano, todos los aventu-

reros y todos los hombres aptos para las armas y avaros de saqueo y se arrojó sobre Italia como un torrente que ha roto todos sus diques, y desoló cuanto se opuso á su paso, hallándose á las puertas de Roma en el año 410; y aquella orgullosa ciudad, la soberbia señora del mundo, que se humilló hasta ofrecer al bárbaro todas sus riquezas para librarse de la plaga que la amenazaba, despues de sufrir durante un prolongado sitio todos los horrores del hambre, fué tomada entre las tinieblas de la noche, y abandonada por el vencedor á la discrecion de sus bárbaros soldados, y presenció la más horrible devastacion que vieron los siglos. La grave majestad romana quedaba pisoteada por los salvajes del norte.

Honorio no se movía de su refugio que buscó en Ravena. Stilicon, el salvador del Imperio, había sido asesinado por órden del imbécil emperador cediendo á una leve sospecha. Alarico fué su vengador, dando la púrpura imperial á Atalo, á quien luégo degradó, y presentándose otra vez delante de Roma, hizo finalmente ondear las banderas de los bárbaros en los muros de la antigua señora del mundo.

Honorio miéntras tanto no salía de Ravena; pero la muerte de Alarico, acaecida por enfermedad en Cosenza poco despues de la toma de Roma, le dió ánimo para tratar con los bárbaros, y Ataulfo, hermano de adopcion de Alarico, fué en nombre de Honorio á combatir en la Galia contra los tiranos que allí se habían alzado, y se le rindieron las principales ciudades. Para sellar la alianza dió Honorio á su hermana Placidia por esposa á Ataulfo y le propuso un establecimiento en España saqueada por los suevos, los vándalos y los alanos que se la habían repartido entre sí. No pudo Ataulfo terminar su empresa de expulsar los bárbaros de España y murió asesinado en Barcelona. Walia, sucesor de Ataulfo, destruyó los silingos y obligó á los alanos á buscar un asilo entre los vándalos. Los suevos pidieron la paz á Honorio y se establecieron en el noroeste de España.

Cuando murió Honorio, los visigodos habían formado un reino en el sud de la Galia, la Armórica se había declarado independiente y al este se había establecido la tribu germánica de los burguiñones. Los francos se fijaban al noroeste y en las dos orillas del Rhin y las tropas romanas habían

dejado la gran Bretaña. Los godos, aunque con el título de auxiliares, dominaban en España é Italia.

Valentiniano III fué el sucesor de Honorio por haber este muerto sin hijos. Su ministro Aecio mantuvo algun tiempo el esplendor del Imperio. Los vándalos y los suevos se combatían tenazmente en la Galia. Genserico, gefe vándalo, derrotó á los ejércitos godo y romano, y despues de saquear la Bética, pasó al África, llamado por Bonifacio, émulo de Aecio. Genserico redujo á cenizas todas las ciudades de África excepto Cartago, que eligió por capital de su nuevo imperio. Así se desmembraba el imperio del Occidente, miéntras arreciaba fuerte tempestad en el norte con la alianza de Genserico y Atila.

Conocemos ya á los hunos y á su terrible jefe, que lo es sucesivamente de los ostrogodos, de los suevos, de los alanos y otros muchos pueblos. Los suyos le consideraban á Atila como intérprete de los dioses, y los pueblos vencidos le miraban como un gran mago con poder para suscitar tempestades, mandar los elementos y hacer caer las estrellas, y cooperaba á que se formaran de él este concepto su aspecto grave é inmóvil, áun en medio de los festines, que revelaba los espantosos designios que traían ocupada su cabeza.

Los dominios de Atila se extendieron muy pronto desde las orillas del Rhin á las del mar Caspio y del Báltico á la Grecia septentrional. Toda la Germania gimió bajo el yugo del feroz huno, y Roma, la que había dominado tantos pueblos, no pudo sobrevivir á la invasion de los bárbaros que aumentaba la terrible confusion de donde debía luégo salir lo que llamaremos la edad media.

Atila se dirigió á Constantinopla caminando sobre ruínas y dejando en pos de sí la desolacion y la muerte. Bizancio se salvó por aquella vez entregando al invasor seis mil libras de oro y un tributo anual de dos mil libras, despues de la devastacion de todas sus provincias. Los bárbaros se burlaron de la debilidad del Imperio.

Genserico, por su parte, impelía á Atila hacia el Occidente. El bárbaro sintió una pasion increíble en aquel temperamento feroz: sintió el amor por

Honoria, hermana de Valentiniano III, y, en alas del amor, empujó sus temibles hordas de salvajes contra el vacilante imperio y pasó el Rhin sembrando espanto y muerte por todas partes.

Aecio se preparaba para defender al imperio y á su señor, reuniendo todos los bárbaros acantonados en las Galias, especialmente los visogodos. Atila retrocedió hasta los campos cataláunicos, cuya batalla fué terrible y sangrienta, muriendo en ella el mismo rey de los visogodos. Atila dirigió sus fieras contra Italia, exterminándolo todo á su paso. Venecia debe su fundacion á la fuga de sus antiguos habitantes para escapar de la matanza. Roma iba á sucumbir y la salva su pontífice, que sale al encuentro del jefe bárbaro, quien, al recibir la intimacion del Papa, manda la retirada, retrocede y abandona la Italia retirándose á la Germania. Emprende desde allí una nueva invasion de las Galias, véncele Turismundo, rey de los visogodos, y muere Atila despues de un espléndido festin en que se celebraban sus nuevas bodas.

La civilizacion se habrá salvado una vez más por la intervencion de Roma; pero esta vez no la salvan los ejércitos: la fuerza moral ha vencido á la material; el cristianismo, frente á frente del paganismo, ha salido vencedor como siempre.

Hagamos un último esfuerzo, y veamos el fin de los imperios.

Aecio murió muy poco despues que Atila. El cobarde Valentiniano le pasó con su espada que por primera vez había sacado de su vaina; pero tambien murió él á manos de Petronio Máximo, senador, que se sentó en el trono imperial sirviéndole de escabel su crímen.

Eudogia, viuda de Valentiniano, llamó á Genserico, quien entró victoriosamente en Roma, muriendo Máximo apedreado por el pueblo. Mecilio Abito, sostenido por Teodorico, rey de los visogodos, fué proclamado emperador, y, seducido por el Senado, fijó su residencia en Roma, entregándose á todos los placeres, pero enervado por la molicie, no supo resistir á Ricimer, general de los bárbaros que le hizo quitarse la púrpura. Este sentó despues en el trono á Livio Severo; sin embargo, Ricimer gobernó despóticamente la Italia, en tanto que Marcelino, proclamado en Dalmacia, impe-

raba en el Adriático, y Egidio, nombrado por los galos, gobernaba parte de aquel país.

Por muerte de Livio continuó Ricimer gobernando, sin tomar el nombre de emperador, hasta que lo pidió á Leon, y elegido Antimio entró en Roma con aires de triunfo. Marcelino y Egidio murieron asesinados.

España y parte de la Galia romana pasaron á poder de los visogodos. Ricimer y Antimio se enemistaron: aquél fijó su residencia en Milan y se encontró la Italia dividida en dos reinos: el del norte gobernado por Ricimer y el del sud por Antimio. Ricimer atacó á este, entró en Roma é hizo nombrar emperador á Olibrio; pero los dos murieron cuarenta días despues.

La corte de Oriente, ejerciendo entónces una sombra de influencia, hizo reconocer emperador á Julio Nepos, que cedió la Auvernia á los visogodos. Oreste le sitió en Ravena y murió en Dalmacia, cinco años despues, asesinado por los satélites de Gliario. Oreste hizo proclamar emperador á su hijo Rómulo Momilo, apellidado Augústulo. Disputóle el trono Odoacre, jefe de los hérculos, y le venció en Paris. Augústulo fué el último emperador. Los soldados de Odoacre dieron á éste el título de rey de Italia, donde reinó catorce años, hasta que Teodorico le arrancó la corona.

El imperio de Occidente había durado quinientos y seis años, despues de haber agonizado por espacio de ochenta y uno, desde la muerte de Teodosio.

* * *

Resumiendo ideas y datos esparcidos en capítulos anteriores, vemos que, al terminarse el siglo cuarto, poseía el imperio romano casi todas sus conquistas, extendiéndose desde la muralla de Adriano hasta el Éufrates y desde el Océano germánico hasta el Atlas.

Los vasallos del imperio no gozaban de garantía alguna y la voluntad del Emperador era la ley única y suprema para todos: sólo disfrutaban de algun privilegio los altos dignatarios y los senadores. El ejército y el clero

tenían tambien los suyos. Todas las cargas del Estado pesaban sobre los curiales que eran los propietarios, despues de quienes seguían los artesanos, el vulgo y los esclavos. De la antigua sociedad romana no quedaban ya más que los recuerdos históricos y monumentales, y conservaban toda su severa majestad á pesar de sentir tan próxima su total ruína. La civilizacion romana dejará imperecederos recuerdos de su vigor y poderío, que no podrán desconocer las generaciones venideras. Las letras, sobre todo, sostenidas por la naciente iglesia cristiana, conservaban el antiguo esplendor de Grecia y Roma en Alejandría, en otros puntos de África, en Italia y España, donde brillaban grandes escuelas é ilustres maestros, cuya actividad intelectual se apoderará de los invasores del Norte de Europa y Asia, constituyéndoles en vencidos.

Quedaría incompleto el cuadro de la civilizacion de la época y pueblos que nos ocupan, si omitiéramos toda mencion de los germanos.

Ya desde el primer siglo de nuestra era dominaban los queruscos en el norte de la Germania, los suevos al sudoeste y los marcomanos al sudeste; pero todas estas naciones germánicas, á contar del siglo tercero, se presentan divididas en las confederaciones llamadas de los alemanes, de los francos, de los sajones y de los godos, alanos y vándalos.

Los germanos no se tomaban la molestia de edificarse ciudades; las familias respectivas fijaban sus tiendas donde se les antojaba, á orillas de un arroyo, ó á la sombra de un bosque, ó en un campo que presentara facilidades para su cultivo. Un número de familias reunidas formaban un canton con un jefe elegido en la reunion general de la tribu, formada esta á su vez por cierto número de cantones. Durante la luna nueva y la llena se celebraban las juntas de las tribus, con grave silencio impuesto por los sacerdotes. El jefe más distinguido era el primero que hablaba y presentaba lo que debía discutirse, significándose por murmullos la desaprobacion, y blandiendo las armas si se aprobaba. Sólo eran jefes los que más se habían distinguido por su valor, ó los que merecían respeto por los grandes hechos de sus pasados; pero todo su poder se extendía solamente á mandar el ejército en tiempo de guerra.

Administrábase la justicia por medio de una reunion de jefes que componían el consejo de la tribu. La eleccion de jueces se hacía en junta general, pero cada juez tenía cien asesores sorteados entre el pueblo, para que los acusados fueran juzgados por sus iguales. Los defensores del jurado podrían sacar de esto argumentos de gran peso para probar la antigüedad de semejante institucion. La administracion de justicia por el tribunal tenía lugar en una colina ó á la sombra de una vieja encina. Otro tanto hacía más adelante Carlomagno y recuerdo de esto sería el árbol de Guernica de nuestros vascos. Si el juez se hallaba perplejo para dictar el fallo, apelábase al juicio de Dios por la prueba del fuego ó de singular combate. La Europa feudal adoptó esta costumbre germánica, y resto de ella es aún el duelo en los pueblos de Europa donde está todavía admitida tan bárbara prueba.

Todos los germanos eran soldados; á lo ménos estaban obligados todos los hombres libres á tomar las armas y hacer la guerra al mando de los jefes de la tribu ó del que ellos se daban por eleccion. Este jefe debía en la batalla exceder á todos en valor y los soldados debían á lo ménos igualarle; con la diferencia de que aquél peleaba y moría por la gloria, y estos peleaban y morían por su jefe. Se consideraba deshonroso sobrevivir al jefe que moría peleando.

El ojo atento descubrirá en este rasgo germánico el fundamento de todo el edificio feudal.

Los germanos peleaban casi siempre á pié, al contrario de los hunos que sólo sabían hacerlo á caballo. Como los demas pueblos bárbaros, comenzaban los germanos las batallas con himnos guerreros, compuestos por sus bardos, y de ahí procede la frase *entonar el bardit*, que equivale á entonar el canto bélico-religioso germano.

La familia entre los germanos era la base de la sociedad, y toda esta se formaba á imágen de aquella. No era absoluta la autoridad del gefe de la familia, y casi siempre ejercía la gefatura el más fuerte y no el más anciano.

Los hijos heredaban por partes iguales la herencia paterna, y á veces el menor, por consideracion á su debilidad, era el más favorecido.

Las mujeres, entre los germanos, cuidaban del cultivo de sus tierras;

CARLOMAGNO ADMINISTRANDO JUSTICIA EN PÚBLICO

Administrábase la justicia por medio de una reunion de jefes que componian el consejo de la tribu. La eleccion de jueces se hacía en junta general, pero cada juez tenía cien asesores sorteados entre el pueblo, para que los acusados fueran juzgados por sus iguales. Los defensores del jurado podrían sacar de esto argumentos de gran peso para probar la antigüedad de semejante institucion. La administracion de justicia por el tribunal tenía lugar en una colina ó á la sombra de una vieja encina. Otro tanto hacía más adelante Carlomagno y recuerdo de esto sería el árbol de Guernica de nuestros vascos. Si el juez se hallaba perplejo para dictar el fallo, apelábase al juicio de Dios por la prueba del fuego ó de singular combate. La Europa feudal adoptó esta costumbre germánica, y resto de ella es aún el duelo en los pueblos de Europa donde está todavía admitida tan bárbara prueba.

Todos los germanos eran soldados; á lo ménos estaban obligados todos los [illegible] á [illegible] y hacer la guerra al mando de los jefes de la [illegible] por eleccion. Este jefe debía en la batalla [illegible] á lo ménos igualarle; con la diferencia de que aquel peleaba y moría por la gloria, y estos peleaban y morian por su jefe. Se consideraba deshonroso sobrevivir al jefe que moría peleando.

El ojo atento descubrirá en este rasgo germánico el fundamento de todo el edificio feudal.

Los germanos peleaban casi siempre á pié, al contrario de los hunos que sólo sabian hacerlo á caballo. Como los demas pueblos bárbaros, comenzaban los germanos las batallas con himnos guerreros, compuestos por sus bardos, y de ahí procede la frase *entonar el bardo*, que equivale á entonar el canto bélico-religioso germano.

La familia entre los germanos era la base de la sociedad, y toda esta se [illegible] á imágen de aquella. No era absoluta la autoridad del gefe de la familia, y casi siempre ejercia la gefatura el más fuerte y no el más anciano.

Los hijos heredaban por partes iguales la herencia paterna, y á veces el mayor, por consideracion á su debilidad, era el más favorecido.

Las mujeres, entre los germanos, cuidaban del cultivo de sus tierras;



A. Casanovas-Lit.

Mir Torradas Comas y Cª Editores.

CARLOMAGNO ADMINISTRANDO JUSTICIA EN PÚBLICO.

iban tambien las más de las veces á la guerra con sus maridos, cuyo valor alentaban en medio del combate en el que tomaban parte á veces. Por esto, y otras consideraciones, debemos vislumbrar en el derecho privado germano el sentimiento de dignidad hacia la mujer que será la base, informado por el cristianismo, de la futura emancipacion de la mujer. Ademas los germanos creían que había en la mujer algo divino y hasta profético; por lo cual recibían gustosos sus consejos, y escuchaban atentos sus vaticinios. De ahí es que comparando la situacion de la mujer en la civilizacion germana con la de otras civilizaciones que ya conocemos, se nos presenta inmediatamente la diferencia tan notable entre ambas. La mujer germana es, como debe ser en todas partes, la compañera del hombre, no la esclava como en Oriente; pero asimismo tomaba parte la germana en el trabajo de la familia, como la tomaba en su nacionalidad, y como tambien compartía los riesgos y fatigas en las batallas. La mujer germana lo era todo para su esposo y todo para su familia, y jamas se apartaba de su lado: vivía y moría con su esposo. La civilizacion moderna, más falsa que de buena ley, tiene mucho que aprender en las costumbres de la antigua Germania tan respetuosas y simpáticas para la honra y consideracion del bello sexo.

Y de paso emitiremos aquí una idea que varias veces se nos ha ocurrido, pero cuyo fenómeno curioso no acertamos á explicarnos, y es: la mujer se ve más considerada en los tiempos remotos á medida que avanza más hacia el Norte. ¿Será la necesidad del trabajo para poder vivir que obligará al hombre á considerar á su compañera de fatigas, á la madre de los que le auxilian en su penosa vida? ¡Quién sabe!

Entre los hermanos no había más esclavos que los prisioneros de guerra: en rigor no merecían el nombre de esclavos porque pasaban á ser arrendatarios de sus amos, disfrutando de completa libertad con tal que no faltaran al pago del arriendo. La suerte del esclavo en Germania, era pues más tolerable que en otro cualquier pueblo. Ya se comprenderá que era desconocida la esclavitud doméstica, y que la administracion y cuidado de la casa corría á cargo, entre los germanos, de la mujer auxiliada de sus hijos.

*
* *

Vimos que la muerte de Atila permitió respirar al imperio romano amenazado de destruccion por el feroz huno, y despues de su muerte se establecieron los ostrogodos en la Panonia, que se pusieron muy luégo en relaciones con Constantinopla. Teodorico, de acuerdo con el emperador Zenon, se dirigió contra Italia al frente de doscientos mil hombres, consiguiendo establecer con sus victorias una comunicacion entre Italia y España, reuniendo así á toda la nacion goda. De esta manera, dueño Teodorico de Roma y de la Italia, fué por espacio de treinta y tres años el gefe de todos los bárbaros que ocupaban las provincias que hasta entónces habían formado el antiguo imperio romano.

Teodorico hizo lo humanamente posible para resucitar ó dar movimiento siquiera al derruído imperio romano, administrando como los emperadores, siguiendo sin modificacion sensible las leyes romanas, hasta en las relaciones internacoinales, pero las ruínas no podían reconstruirse, ni el temperamento de los bárbaros bajados de las estepas y selvas del Norte podía resistir el clima del mediodía, todo lo cual inutilizó cuantos esfuerzos hizo el poderoso carácter de Teodorico que murió sin ver realizado su bello ideal. La breve lista de los reyes ostrogodos de Italia termina para entrar otra vez, aunque por corto tiempo, bajo el dominio de Bizancio.

Una vez más hemos de ver la barbarie esclavizada por una civilizacion adelantada. Los bárbaros, al pasar de sus costumbres groseras y duras á las enervantes de unos pueblos cultos pero entregados á la molicie, no pudieron resistir la influencia de su rápido cambio y sucumbieron á los débiles ataques de Bizancio. Uno tras otro desaparecieron, sin dejar huellas de su paso, los diversos estados formados por los primeros invasores del imperio de Occidente, quedando únicamente en pié el vacilante reino de los visogodos establecido en España, al que le esperaban tambien sacudimientos y trastornos radicales.

La civilizacion romana y el cristianismo habían podido más que la ferocidad de los invasores, convirtiendo á estos en cristianos que adoptaron religion, costumbres y usos de sus vencidos.

Los sajones, los lombardos y los francos desempeñan papeles importantes en la transformacion de las sociedades europeas del Occidente en las épocas que estamos estudiando.

Meroveo, uno de los gefes de los francos, estuvo en la batalla de los campos cataláunicos, tan fatal para los hunos. Clodoveo fué el primer príncipe de esa raza y su casamiento con Clotilde, cristiana, hija del rey de los burguiñones, decició de la suerte de su dinastia.

*
* *

Merecen conocerse los caracteres y los resultados de las invasiones germánicas que no siempre fueron de exterminio; porque algunos, como los visogodos, los ostrogodos y los burguiñones hicieron cuanto pudieron para captarse la amistad y hasta benevolencia en sus conquistas, y los burguiñones llegaron á declarar la igualdad ante la ley así para el romano como para el burguiñon. No fueron tan benévolos los francos, los lombardos y los sajones.

Los lombardos fueron los más feroces y temibles; ya que no solamente lo eran en realidad, sino que hacían alardes de serlo. Gustaban de dar muestras de fieras, y á fin de infundir terror en los pueblos que conquistaban, se jactaban de tener hombres con cabeza de perro que se alimentaban de sangre humana.

Los francos, ya por carácter, ya por no encontrar resistencias tenaces ni organizadas, fueron más humanos y parece que sus crueldades se debieron más á grupos que á la colectividad.

Los sajones fueron un torrente devastador, y el terror de su nombre quedó justificado con la total destruccion de lo que invadían.

La diferencia más notable que experimentaron los pueblos vencidos entre el gobierno del Imperio y el de los bárbaros fué el librarse de la opresion mansa, sistemática y contínua del fisco, en cambio de otra feroz, brutal, pero pasajera casi siempre. Los bárbaros desconocían por completo el sistema de los tributos, y exigían de los vencidos, trigo, vino, carne é impuestos fáciles, pero todos en especie, excepcion hecha de las grandes poblaciones que contribuían en algo con dinero. Ya ántes hemos insinuado, y repetimos ahora, que la civilizacion de los vencidos dominó luégo á los vencedores, y muchos de aquellos mejoraron aún de fortuna, porque les empleaban los bárbaros en cargos importantes, lo que les valía ser nombrados duques ó condes.

Los obispos cristianos fueron sobre todo quienes ganaron más por efecto de las invasiones, porque les tomaron por consejeros los reyes convertidos al cristianismo, originándose de aquí una influencia inmensa ejercida por la Iglesia en la gobernacion del Estado. Con esto adquirió la Iglesia crédito y poder, como no lo habría conseguido á buen seguro sin la circunstancia de la invasion bárbara y de la conversion de los reyes, ignorantes y rudos, fieles observantes de los consejos de los obispos.

Esto no obstante, el cristianismo recibió un rudo golpe con la invasion, porque, si bien es verdad que los bárbaros dejaron subsistente la sociedad romana tal como estaba constituída, sin quitarle sus leyes ni su régimen municipal, destruyendo únicamente el ya débil pero muy opresor yugo de los emperadores, detuvieron y hasta destruyeron el marcado movimiento intelectual debido al cristianismo y que empujaba la civilizacion hacia esferas donde quizas no ha llegado aún, atendido el vuelo que había ya emprendido. Y este vuelo se nos presenta aún sublime, majestuoso en los muchos Concilios que ya en el siglo cuarto había visto celebrar el imperio, Concilios donde se trataban y discutían cuestiones de alta y trascendental importancia y que revelan conocimientos profundos y diversos de muchas materias, especialmente eclesiásticas y jurídicas.

Quisiéramos, pero no podemos, decir aquí dos palabras de la influencia de los Concilios celebrados en España sobre la constitucion del Estado es-

pañol en sus relaciones con la monarquía, la aristocracia y el clero: no obstante, algo pensamos decir oportunamente, y entrando en otro órden de ideas, apuntemos algo acerca de los principios del nuevo órden social debido á las distintas invasiones.

Dos corrientes sociales se notaban en la Germania: la tribu y la banda: aquella tendía á un estado agrícola en reducido terreno, cultivado por colonos y esclavos; esta siempre dispuesta á emprender expediciones nuevas, agrupada temporal y casualmente en torno de un jefe. Á pesar de esto estaban todos en completa libertad.

La civilizacion adelantó un paso de gigante con la invasion; porque, de la vida errante y aventurera pasó á la agrícola y fija. Apoderados ya de un país pródigo y rico, y en torno de un rey á quien ellos habían dado su posicion, exigieron las mercedes de costumbre; pero, como no podían quedar satisfechos con las ordinarias en la Germania, consistentes en objetos ó útiles guerreros, hubo necesidad de repartir terrenos, sacarlos á la suerte, junto con las casas y anejos, convertido todo muy pronto en casas de labranza, donde fijaban su residencia los jefes con su banda y familia cultivando las tierras ó haciéndolas cultivar por labradores.

Poca atencion debe fijarse en esto para notar la disolucion de las respectivas bandas en el mero hecho de establecerse; porque desaparecía por la fuerza de las cosas la asociacion voluntaria y la igualdad entre los asociados que formaban la banda. Dada ya la existencia de la invasion quedaba terminada la vida de la banda, y, cesando con esto la vida errante, comenzaba necesariamente la desigualdad hasta entónces desconocida entre los reunidos que formaban la banda guerrera.

Todos estos fenómenos sociales daban pié á la division de las tierras, por la necesidad de formar establecimientos permanentes, y produjeron tambien la desigualdad entre vencedores y vencidos y esclavos, originándose de ahí inevitablemente lo que llamaremos estado de las personas.

Bárbaros hubo, como los burguiñones y los visogodos, que no se contentaron sino tomando para sí las dos terceras partes de las propiedades, repar-

tiéndose del mismo modo los esclavos, los animales demésticos y los útiles de labranza.

Los vándalos, en África, se quedaron lo mejor de todas las tierras, dejando sólo á los vencidos lo que ellos no querían.

Los hérulos de Odoacre, y los ostrogodos de Teodorico, quitaron en Italia á los romanos la tercera parte de sus posesiones.

Los lombardos se reservaban la tercera parte de los productos.

Los francos se apoderaron de las propiedades pertenecientes al fisco imperial y á los grandes dignatarios del Imperio.

Los anglo-sajones lo tomaron todo en la Gran Bretaña.

Los reyes conquistadores, al distribuir las propiedades y al confiscarlas legal ó arbitrariamente, cuidaban de quedarse gran parte de ellas, y las emplearon, lo propio que los grandes, en regalos que hacían á los guerreros á quienes querían retener á su lado, ó á los que deseaban adquirirse nuevamente.

Esto fué el orígen del feudalismo; porque estos regalos, llamados beneficios, se hicieron por tiempo fijo unos, por tiempo indeterminado otros, siempre empero con la condicion de que el beneficiado ó donatario quedaría como dependiente del donador. Esta relacion de dependencia continuóse despues para aquellos á quienes se hicieron parecidas cesiones, originándose de ahí una categoría gerárquica de terratenientes que fué ya el feudalismo, adquiriendo este su completo desarrollo cuando las tierras fueron casi completamente cedidas como beneficiales, y cuando fueron ya hereditarias.

Si, dando un paso más, queremos conocer el estado de las personas, para averiguar los adelantos que la civilizacion va haciendo en la nueva sociedad, conseguiremos nuestro objeto no descuidando el estado de las tierras. La libertad civil era igual en todos los bárbaros, á pesar de que había entre ellos tres distintas condiciones.

La forma de gobierno era la monárquica en ciertos puntos de Germania; pero era electiva y sagrada, si bien que la eleccion quedaba restringida dentro de los individuos de una sola familia, distinguida con este privilegio. Antes de las conquistas era casi nominal su autoridad, pero cambió despues

con las consecuencias de las invasiones. Constituídos ya reyes y dominando sobre grandes extensiones de terreno que les estaban sujetas, hubo necesidad de crear administraciones y dictar leyes: los obispos fueron casi siempre los consejeros, y la legislacion romana la admitida.

Efecto de la forma electiva de la monarquía fué que el pueblo no perdió absolutamente su soberanía, por lo que estaba el rey obligado, en los negocios árduos, á consultar la opinion popular y ningun hombre libre podía dispensarse de acudir al llamamiento.

Cada nacionalidad imprimió á su legislacion su carácter especial y las leyes bárbaras se distinguen por rasgos particulares; sin embargo, entre la confusa mezcla de leyes, la de los visogodos ó Fuero Juzgo de España, consiguió sostenerse y sobrenadar entre el universal naufragio del cambio social de los pueblos occidentales, y es que, fruto de los concilios, redactado por los sabios obispos españoles, fué más ilustrado, humano y justo — porque era cristiano — que el de los otros pueblos.

El movimiento de los pueblos bárbaros en busca de otras regiones distintas de las que les vieron nacer se había hecho general, y respondía, al parecer, á leyes superiores al hombre. Como las revoluciones geológicas que cambian la formacion exterior del globo, cambian tambien las sociedades humanas al impulso de las invasiones iniciadas en todos sentidos é impelidas por una fuerza misteriosa que preside los destinos de la humanidad. Ya lo hemos dicho algunas veces: no son las formas de gobierno las que hacen á los pueblos, sino que éstos tienen el gobierno que se merecen con sus virtudes ó vicios. Los bárbaros no se agitaban y trasmigraban por la voluntad de sus jefes: eran ellos quienes impelían á sus jefes á correr las aventuras de la conquista.

Los bárbaros, como si al parecer siguieran una ley física desconocida, pero irresistible, obedecían á un movimiento de Oriente á Occidente, sin que hubiera tribu ó nacion que no se sintiera arrastrada por esa corriente desconocida y misteriosa. La Providencia quería renovar sociedades caducas y débiles y no debía proceder á una nueva creacion; bastábale reformar, y las reformas de la Providencia son espantosas, porque obra un poder infinito y omnipotente.

Los hunos, capitaneados por Atila, habían iniciado el movimiento seguido despues por los ávaros, nacion tártara que se corrió hacia el Volga, y exterminó los pueblos que habitaban sus orillas, sembrando el terror en todas partes. Aliáronse los ávaros con la corte de Constantinopla y sometieron varios pueblos, llevando sus conquistas al Occidente donde fueron rechazados por los francos, corriéndose luégo hacia Bizancio, dejando en pos de sí desierta la rica y hermosa Iliria cubierta ántes de florecientes ciudades.

Antes de la llegada de los ávaros á las costas del mar Negro estaban establecidos allí los búlgaros, que mantuvieron secretas relaciones con la corte de Bizancio despues de sometidos por aquellos bárbaros. Despues de inauditos esfuerzos recobraron su independencia, para caer al cabo de poco tiempo en poder de los czares, pero no fué tan absoluta su esclavitud que no consiguieran de Constantino las dos Mesías cuna del reino de Bulgaria que tanta importancia adquirió y que tan notable papel ha venido desempeñando en los tiempos modernos en las guerras de Turquía y Rusia.

Los ávaros sojuzgaron á los slavos, tribus errantes entre el Ural y el Elba en la antigua Sarmacia. Muerto Bayan, jefe ávaro que tenía sojuzgados á los slavos, sacudieron estos su yugo y se extendieron por la Bosnia, la Servia y parte de Dalmacia, llegando hasta el Adriático, donde fundaron señoríos cuyos vestigios se descubren aún actualmente.

Los búlgaros, como todos los pueblos slavos, tuvieron su poesía llena de encantos expresados tierna y magníficamente en sus cantares. Los búlgaros creían, al traves de la misteriosa atmósfera de que juzgaban envuelto el horizonte, en un poder inmenso que trabajaba de continuo para devolver á los seres al impetuoso torrente de la vida universal.

La vida misteriosa de los seres oculta entre el verdor de sus montañas, recreada en las infinitas corrientes juguetonas de aguas puras y frescas, forma uno de los temas favoritos de la leyenda búlgara sencilla, natural y encantadora como el ambiente de sus bosques. Veamos una breve muestra de esos hermosos cantos búlgaros: «Tres días y tres noches paseó Marko en un bosque y no pudo hallar agua, ni para beber ni para lavarse, ni para él ni para su brioso corcel. Y Marko Kralievitch habló así: ¡Oh bosque, bosque de

Dimna, ¿dónde tienes agua para que yo beba? No la tienes ni para que beba yo ni para que me lave. Oh! así te anonade el viento! oh! así te abrase el sol! El bosque de Dimna respondió á Marko: Marko, bravo guerrero, no maldigas al bosque de Dimna; pero maldice á la vieja samovila (1), que ha tomado las setenta fuentes, y se las ha llevado á la cima del monte. Allí vende un vaso de agua, un vaso de agua por unos ojos negros. »

La naturaleza entra por mucho en los bellos cantos búlgaros, como si con ella quisieran amenazar á los enemigos de su patria. Hé aquí un trozo tan expresivo y bello como el anterior: « El bosque prorumpe en gemidos, el bosque y la montaña, y en el bosque los árboles, y en los árboles las ramas, y en las ramas las hojas, á causa del *ovivoda* Indza. ¿Dónde está Indza? que venga con quinientos jóvenes guerreros, á fin de regocijar al bosque. Cuando Indza lo oyó, se detuvo, hízose oir y gritó: ¡Oh Kolia, por tu estandarte, despliega, oh Kolia, las banderas, reune, oh Kolia, á los guerreros, á fin de regocijar al bosque, al bosque y á la montaña, y en el bosque á los árboles, y en los árboles á las ramas, y en las ramas á las hojas! Él hablaba tambien al bosque: ¡Oh bosque, bosque verde, tienes agua fresca? tienes sombra frondosa? El bosque respondió á Indza: Ven: oh *haidouk* Indza, y yo te prepararé cien sombras, yo te haré brotar cien fuentes especialmente para tí, capitan, y para el descanso de tus soldados. »

Los bárbaros que con sus contínuas invasiones habían trastornado toda la Europa, parecíanse al flujo y reflujo del mar, y habían entrado tambien á su vez en un periodo de marcada decadencia. Esta era muy notable en la época del reinado de Justiniano, el de la actriz Teodora. Con su conducta y su valor supo ésta hacer olvidar los primeros años de su vida, y consiguió inspirar nobles y grandes propósitos á su esposo. Uno de estos fué atacar á los bárbaros y recobrar así la autoridad imperial en las principales provincias del Occidente. Para esto contaba Justiniano con un hombre de genio y de fortuna: Belisario. Los propósitos del emperador quedaron realizados.

(1) La *samovila* es, entre los búlgaros, una especie de ninfa, amiga de la soledad, que vaga errante á caballo entre las extensas estepas, como flota un velo blanco en la inmensidad del espacio, segun el original lenguaje de la mitología búlgara.

La gloria principal, empero, de Justiniano consiste en los trabajos legislativos que se emprendieron por su iniciativa durante su reinado. Oigámosle á él mismo en el preámbulo de sus Instituciones: «La majestad imperial debe apoyarse no sólo en las armas, sino tambien en las leyes, para que el Estado sea bien gobernado, así en tiempo de guerra, como en tiempo de paz; y á fin de que el príncipe, rechazando en los combates las agresiones de los enemigos, y con la justicia los ataques de los hombres inícuos, pueda mostrarse tan religioso en la observancia del derecho, como grande en los triunfos.» Esta doble tarea, continúa diciendo el emperador, la había desempeñado imponiendo su yugo á los bárbaros y haciendo muchos trabajos sobre la ciencia del derecho.

Al hablar así Justiniano, refiérese al Código de las *Pandectas* y á la *Instituta*, cuyo trabajo, dice, encargó á Triboniano, hombre aventajado, y á los ilustres profesores Teófilo y Doroteo, ordenándoles la dividieran en cuatro libros que contuvieran los primeros elementos de toda la ciencia. En ellos se ha expuesto brevemente, dice el emperador, lo que ántes regía, y se ha ilustrado, por la solicitud imperial, lo que estaba oscuro por haber caído en desuso. Compuestas las Instituciones—siempre es Justiniano quien habla—en vista de todas las de los antiguos así como particularmente de las de nuestro Gayo, tanto sobre las Instituciones, como sobre las causas diarias, nos han sido presentadas por los tres jurisconsultos precitados; las hemos leído y revisado y dádolas toda la fuerza de nuestras constituciones.»

Justiniano quiere poner el sello á su ilustracion y amor á los adelantos terminando su preámbulo á las Instituciones con estas notables palabras, dignas de un grande hombre, exhortando á los jóvenes que emprendan con ardor el estudio de las leyes, diciéndoles: «mostráos instruídos de tal manera, que podais meceros en la dulce esperanza de llegar, al fin de vuestros trabajos, á gobernar nuestro Imperio en los cargos que se os confieran.»

Los monumentos de la jurisprudencia romana, inmensa compilacion hecha con sobrada ligereza, produjo en el corto espacio de pocos años las cuatro publicaciones siguientes:

1.° El *Codex*, coleccion de las constituciones imperiales en doce libros (528);

2.° Las *Instituciones*, que redujeron todo el sistema de las leyes romanas á principios elementales para el uso de las escuelas (533);

3.° Las *Pandectæ* ó *Digestum*, compilacion en cuatro libros de los códigos gregoriano, hermogeniano, teodosiano y de dos mil tratados de jurisprudencia (533); y

4.° Las *Novelæ constitutiones*, coleccion de las leyes recientes promulgadas por el mismo Justiniano (523-565).

Todos estos trabajos se llevaron á cabo en catorce meses; y todos los códigos que los forman están acordes en reconocer la voluntad del emperador como soberana y absoluta. Y esta voluntad es la que forma aún el objeto del estudio de nuestros modernos jurisconsultos. ¡Catorce siglos é innumerables generaciones civilizadas sujetas al antojo de un tracio de humilde cuna!

El imperio de Oriente subsistía á pesar de su precario estado, sostenido por el mismo cambio de invasiones de los bárbaros. Desde Justiniano á Heraclio son tan varias como contínuas las vicisitudes en las cuales se ve envuelto.

La civilizacion, envuelta entre tinieblas, está á punto de desaparecer. En Oriente, los crímenes de algunos emperadores tuvieron muy funestas consecuencias para el Imperio; en Occidente, no tiene España motivos para quedar agradecida á la dominacion goda que procurará sacudir, aunque sea favoreciendo otra invasion de otro pueblo, bárbaro tambien, por las hermosas provincias del mediodía.

La religion, que tanto salvó en Oriente y Occidente, prolongó algun tiempo la débil existencia del imperio de Bizancio. Muy reducido en tiempo de Heraclio, y fatigado éste de las luchas á que le obligaba su sostenimiento, hallábase decidido á retirarse á Cartago, y lo hubiera efectuado, á no haberse interpuesto los ruegos del Patriarca que, prevaliéndose del ascendiente de la religion, llevó al emperador al altar de Santa Sofía é hízole jurar allí solemnemente vivir ó morir con el pueblo que los decretos de Dios le habían confiado. Á pesar de esto y de las victorias que despues alcanzó contra

los persas, por las que le felicitaron los embajadores de los francos y de la India, quedó extenuado el Imperio y expuesto á invasiones más temibles que las de los persas y que debían destruirle completamente.

Heraclio, como cediendo al mal síno que parece presidir la silla de Constantinopla, cayó en la falta religiosa y política de declararse jefe de los monotelitas, y esta cuestion teológica y la guerra que le hizo perder la Siria y el Egipto vieron los postreros días del emperador.

Por todas partes se veía el imperio rodeado de naciones bárbaras sin asiento fijo y sujetas á sacudimientos que trastornaban la faz de aquellas comarcas y áun de todo el Occidente. Los esclavones de la Iliria, hostigando por el Oeste al Imperio y á la Macedonia, estaban en comunicacion con los búlgaros defendidos por el Danubio. Los húngaros se establecieron en las comarcas que los ávaros habían abandonado y más adelante, atravesando la Bulgaria, fueron á devastar las provincias griegas. Los moros, por el Norte, amenazaban á Bizancio y dominaron á los turcos aliados del Imperio. La nacion bizantina está por todas partes sujeta á la abyeccion y miseria. Desde Heraclio los anales bizantinos presentan una espantosa serie de crímenes, sin un paréntesis de alguno que otro príncipe dotado de alguna virtud. En 641 muere Heraclio Constantino envenenado; en igual año muere mutilado su hermano Heracleonas; Constantino II muere asesinado en Siracusa, despues de una expedicion desastrosa en Italia el año 668; Constantino III muere de mano airada en 685; Justiniano II muere destronado y mutilado en 695; Leoncio y Abismaro Tiberio, usurpadores, mueren degollados; Justiniano es restablecido por los búlgaros y decapitado despues en 711.

Tantas revoluciones sin ningun interes y usurpaciones sin benéficos resultados iban ademas unidas á la más grosera supersticion, con mengua y degradacion de la moral y del culto religioso, sirviendo al propio tiempo de instrumento á la política.

Por lo que afecta á la civilizacion de los pueblos en la época que estudiamos y por lo mucho que puede servirnos para calcular sus verdaderos grados de adelanto ó retroceso, no podemos callar aquí un hecho histórico contemporáneo.

Corría el siglo octavo y unos sectarios conocidos con el nombre de iconoclastas ó destructores de imágenes, se dieron á perseguir el culto de las imágenes y á destruir las que había en todos los templos. Algunos obispos de Oriente admitían esta opinion fundada en la semejanza que intentaban establecer entre el culto de los santos y la adoracion que el paganismo tributaba á los dioses y semidioses.

La civilizacion en sus manifestaciones artísticas y literarias tiene que vestir de luto al recuerdo de los iconoclastas y debiera borrar de la historia el nombre del imbécil emperador Leon el Isaurio, promovedor de la destruccion de las imágenes. Mandó quemar á estas en medio de las plazas y blanquear las paredes donde había pintados santos ú otras imágenes y mandó hacer astillas á hachazos un gran Crucifijo que Constantino, despues de su victoria, había hecho colocar encima de la puerta del palacio imperial. Despues de condenar á muerte á los más ardientes defensores de las santas imágenes y viendo que no conseguía acabar con su culto, quiso atraerse á su partido á los letrados que cuidaban de la biblioteca imperial, pero como tampoco pudiese lograrlo ni con promesas ni con amenazas, mandó encerrarlos en la misma biblioteca, y hacinando alrededor de ella leña y otras materias combustibles, lo abrasó todo de una vez, perdiéndose entónces, ademas de las personas, innumerables medallas y cuadros y más de treinta mil volúmenes.

El miedo de unos y el entusiasmo de otros aumentó la heregía, que nunca les faltaron á los reyes y poderosos esclavos y admiradores, por viciosos ó criminales que fueran, y Constantino Coprónimo, hijo de Isaurio, fué más feroz que éste en continuar la persecucion, porque hacía arrancar ojos y narices á los católicos, y despedazarlos á latigazos arrojándolos despues al mar. Su refinada ferocidad, peor mil veces que la de Neron, llegó á hacer quemar las barbas de sus víctimas untadas de pez y resina estrellando luégo sobre sus cabezas las tablas pintadas de imágenes; y le divertían tanto estas barbaridades, que él mismo quería presidir las ejecuciones y ver derramar sangre, á cuyo intento hizo levantar un tablado á las puertas de la ciudad, desde donde, rodeado de verdugos y con toda la pompa imperial, torturaba

á los católicos y recreaba su vista con tan horrible espectáculo digno de la caduca corte, émula de la peor época del imperio romano.

El Coprónimo, no satisfecho con ser verdugo, alardeaba de ergotista como buen bizantino de la época de la decadencia; pero una vez más acreditó él, para ejemplo de presentes y venideros, que los peores enemigos de la sociedad han sido siempre los sofistas. «¿Cómo no comprendes, criatura estúpida, dijo un día Coprónimo al abad Estéban, que se puede pisotear una imágen de Jesucristo, sin irrogarle ofensa á él mismo?» Hábil en lógica el venerable abad, y sabedor de que á los sofistas se les debe argüir con palos y no con razones, sin responder una palabra se adelanta, y presentándole una moneda con el busto imperial, la arroja al suelo, la pisotea, y le dice: «Luego, yo puedo hacer lo propio con esta imágen sin quebrantar el respeto que os debo.» Los cortesanos, perdicion siempre de los reyes, se abalanzan contra él para maltratarle y adular así al emperador, pero el abad exclamó indignado: «¡Cómo! es delito digno de muerte ultrajar la imágen de un príncipe de la tierra, ¿y no lo será pisotear la del Rey de los cielos?

El argumento era concluyente y *ad hominem*, pero había olvidado el abad que los tiranos no entienden de lógica y que muchos siglos ántes del Coprónimo había cantado ya el poeta:

Sic volo, sic jubeo, stat pro ratione voluntas,

que este fué siempre el lenguaje de los déspotas. Por toda contestacion mandó el Coprónimo encerrar á su hábil contrincante en un calabozo, donde falleció al cabo de algun tiempo de mala muerte.

Á pesar de que el segundo Concilio general de Nicea, celebrado bajo el papa Adriano I en 787 contra los iconoclastas, condenó tan necia idolatría, subsistió esta, hasta el año 842 que fué el de la muerte de Teófilo.

Corramos un velo sobre tan triste periodo y derramemos raudales de lágrimas para deplorar, junto con las pérdidas personales, las de tantos tesoros artísticos y literarios, reducidos á cenizas por la barbarie de ciegos fanáticos indignos de ocupar un trono, aunque fuera tan bajo é indigno como el pútrido de Bizancio.

*
* *

¿Cuál era, en general, la civilizacion de los pueblos invasores? ¿Cuáles fueron los resultados de las invasiones en su relacion con las civilizaciones de los pueblos invadidos?

Muy difícil se hace contestar á estas preguntas atendida la diversidad de razas á que pertenecían los invasores, y hasta con relacion al grado y naturaleza de las cualidades más ó ménos rudas y groseras que revelaban en sus costumbres; porque, miéntras los había que eran más que salvajes, no faltaban otros que afectaban maneras algo civilizadas y hasta ciertas disposiciones que casi podían calificarse de elegantes.

Un testigo de algunas invasiones se expresa así al hablar de los bárbaros: «Estoy en medio de los pueblos cabelludos, obligado á oir el lenguaje del germano, á aplaudir de mala gana el canto del burguiñon borracho, untados los cabellos con manteca ágria. Dichosos vuestros ojos, dichosos vuestros oídos que no los ven ni los oyen! dichosa vuestra nariz que no respira toda la mañana el pestilente hedor del ajo y de la cebolla!»

Como otro dato suministrado por el mismo testigo, veamos lo que nos dice en otro escrito, hablando de las bodas de un gefe: «Os habría complacido mucho haber visto al príncipe bárbaro Sigismer á pié en medio de sus hombres á caballo, adelantarse radiante de púrpura, brillante de oro y deslumbrando con seda blanca..... Daba gusto contemplar asimismo á sus compañeros de armas y vasallos, adornados los piés hasta los tobillos con un calzado de seda, desnudas las piernas y rodillas, con un traje corto, ajustado, de varios colores, llegando apénas á la mitad de los muslos, con mangas que cubrían apénas la parte superior del brazo.....»

Segun los historiadores, los hunos eran los más repugnantes y ménos civilizados de todos los bárbaros, como que eran horribles para los demas invasores. Por el retrato que hemos dado de su gefe más caracterizado, Atila, puede calcularse lo que serían ellos con su rostro negro, sucio, sin

barba, su ancho cuello, ojos pequeños y amenazadores, su voz aguda y terrible y sus ademanes feroces. Á darles aspecto más repugnante debía contribuir la costumbre de no usar fuego para guisar sus comidas consistentes en yerbas y carnes crudas calentadas un momento debajo de las sillas de sus caballos.

Y, no obstante, estos bárbaros entre los mismos bárbaros, estiman y buscan el oro con desenfrenada codicia y hasta sienten aficion á los objetos de adorno que se procuran con igual afan que las armas elegantes y adornadas.

Los ávaros, sucesores de los hunos, llevan más allá su aficion á la elegancia y adorno personal. Se procuran hermosos trajes y vajillas de metales preciosos. Sus jefes quieren camas de oro con cubiertas de seda que les sirven indistintamente, segun se presenta la ocasion, de lecho y de trono, y cubren estas camas ó tronos con pabellones cuajados de pedrería. Cuando rinden una ciudad, lo primero que consignan en su capitulacion es la entrega de telas preciosas para vestirse.

Los godos sienten verdadera pasion por los objetos de arte de metales preciosos. Los regalos de Ataulfo á Placidia exceden á toda ponderacion. Ademas de las cien azafatas llenas de oro, diamantes y perlas, regalóle sesenta cálices, quince patenas y veinte cofres para el Evangelio, junto con el plato de oro de quinientas libras de peso primorosamente cincelado y la mesa formada de una sola esmeralda, rodeada de tres hileras de perlas, sostenida por sesenta y cinco piés de oro macizo, incrustados de pedrería.

En vista de esto y recordando el afan de riquezas en unos bárbaros, y el deseo de ostentacion en otros, ¿sería temerario suponer que no destruyeron los invasores de Europa tantas preciosidades como afirman muchos escritores? Más aún; los bárbaros permanecían muy poco tiempo en los sitios donde no fijaban su residencia; Alarico se detuvo tres días solamente en Roma, y apénas hubo salido continuaron como si tal cosa los juegos del circo, y los magnates hicieron restaurar sus palacios, siguiendo las artes embelleciendo una vez más los antiguos templos.

Á Teodorico le cabe la gloria de haber instituído magistrados especial-

mente encargados de velar por la conservacion de las obras maestras de la antigüedad. Escribiendo á Simmaco le decía á este propósito: «¿Cómo no admiraríamos esas bellas obras habiendo tenido la fortuna de verlas? Conservadlas y velad contínuamente para que se conserven. La degradacion de esas maravillas debe ser un motivo de luto.»

En las razas de los bárbaros debemos descubrir dos corrientes opuestas una vez establecidos en los pueblos de sus conquistas: el deseo de destruir apropiándose lo conquistado, y el de conservar por retener lo conquistado; y debemos tambien estudiar esos dos deseos tan opuestos desde el punto de vista del cristianismo, porque sabido es que los bárbaros vencedores llevaron el yugo que les impusieron sus vencidos, convirtiéndolos á su religion. Hechos ya cristianos, no perdieron los invasores sus rudas pasiones; al contrario, se cuentan por miles los crímenes cometidos por apoderarse de las riquezas agenas, aunque tal vez lo hicieron en muchos casos para darse el placer de regalarlas á la Iglesia. Los instintos salvajes dejan oir su voz en el interior del bárbaro convertido; esa agitacion de pasiones, ese bullir de sentimientos encontrados es el distintivo de la raza dominante, y formará el contraste durante mucho tiempo de las generaciones que habrán de sucederle.

La Iglesia miéntras tanto ejercerá su mision salvadora en moral, en artes y en literatura. La Roma de los Papas, sucesora de la Roma de los Césares se realza de entre sus ruínas al soplo vivificador de la religion; y la edificacion de templos, la reparacion de monumentos, la construccion de establecimientos benéficos será el contrapeso opuesto al furor de los iconoclastas bizantinos, y al estrago causado por la irrupcion de las nubes de bárbaros procedentes de Europa y Asia.

* * *

La historia de la civilizacion cristiana, al traves de las vicisitudes de las invasiones de los bárbaros, es un estudio más difícil de lo que á primera

vista parece; porque precisa no echar en olvido que la religion del Crucificado no es de estrepitosas conquistas, ni de pompa mundanal, sino de humildad, de sufrimientos, de humillaciones que esperan sus recompensas en otro mundo mejor; es una religion que se fundó con el riego vivificador de la sangre de su fundador y que la sangre que ella derrama es semilla de sus nuevos frutos.

Algo tenemos dicho anteriormente de las contrariedades entre las que se meció su cuna. Prescindiendo de la traicion de Judas, del abandono por los tres discípulos en el huerto, de la negacion de Pedro, y de la cobardía y ausencia de todos en los crueles momentos del Calvario, ¡cuántos sinsabores podríamos recordar de los infinitos que amargaron la existencia del divino mártir! Y recordando esto ¿quién debe maravillarse de las apostasías, de los extravíos, de las heregías que tanta celebridad adquirieron en los cuatro primeros siglos de la Iglesia? En el siglo primero se levantan arrogantes las heregías de Simon el mago, Menandro, Cerinto, Ebion, Saturnino, Basílides y Nicolao. Aparecen en el segundo los Gnósticos, Valentinianos, Orfitas, Archonticos, Cayanos, Helusitas, Eucratitas, Marcionistas y Montanistas; y en el tercero son los sectarios de Praxeas, de Sabelio, de Pablo de Samosata, de Novato y otros muchos más los que atentan contra la vida de la naciente Iglesia.

Como si todo esto fuera poco aún para alterar la paz necesaria á la Iglesia, se levantan los cismas que acibaran los días muy amargos ya de la misma, que exigen grandes virtudes y cualidades no comunes á los encargados de velar por ella.

¡Y á todo esto, á todas estas tribulaciones se agrega la irrupcion de los bárbaros! Cuando la Iglesia necesitaba del descanso para su desarrollo, cuando no estaban cicatrizadas las heridas que los emperadores por una parte y los innumerables herejes por otra le habían causado, ocurre providencialmente la invasion de los bárbaros, para poner término á la ceguedad del decrépito imperio de Oriente y atajar el espíritu opuesto á toda autoridad con que se distinguían casi todas las heregías que pululaban en el campo de la Iglesia.

Es una ley tan general como poco observada que así las personas como las cosas, aquellas en el órden moral y estas en el físico, corren más aceleradamente al precipicio cuanto más cerca están ya de él. La sociedad corría á toda fuerza á su perdicion, cuando la detuvo la irrupcion bárbara.

Por más esfuerzos que habían hecho con sus prodigios de elocuencia en defensa de la religion cristiana Atanasio, Cirilo, Basilio, el Crisóstomo y otros en el Oriente, Ambrosio, Agustin y Jerónimo en el Occidente; por más que los solitarios del desierto habían ofrecido sus vidas y penitencias para la propagacion del cristianismo, la contumacia de los herejes y sectarios se hacía rebelde á la luz evangélica, y era cada día mayor el número de los que engrosaban las filas de los enemigos del Cristo: los medios ordinarios eran insuficientes para contener el movimiento de separacion, y la Providencia apeló á medios extraordinarios pero de espantosos efectos.

Hemos visto ya conmovidos los países del norte de Asia y Europa; hemos visto acudir numerosos enjambres de pueblos á cual más bárbaros en busca de botin; pero, instrumentos inconscientes en mano de la Providencia, desempeñan, sin darse cuenta de ello, la doble mision de humillar al Imperio romano y de aumentar el prestigio del cristianismo.

El Imperio romano se había deshonrado derramando torrentes de sangre inocente de cristianos cuyo único delito era ser fieles imitadores de la doctrina del Evangelio, y el gran coloso que á tanto había degenerado, cayó á los piés de los bárbaros para eterna enseñanza de lo efímero de los poderes tiranos é injustos.

Miéntras tanto establécense los bárbaros sobre las ruínas del mundo antiguo, y la religion rechazada por los afeminados hijos del Imperio romano cautiva el corazon de las fieras del norte, cabiéndole la inmensa gloria de haber dulcificado las costumbres de aquellos bárbaros y haber contribuído á la creacion de un mundo nuevo; y este mundo nuevo nos ofrecerá figuras tan nobles y grandiosas como Leon el Grande, Clotilde y Clodoveo y mil otras que contribuirán á que la civilizacion, léjos de extinguirse, adquiera nuevo vigor y prepondere y se propague rápidamente.

Leon es el azote de los herejes de su época y el dique opuesto por la Pro-

videncia al torrente devastador de los bárbaros: el Imperio romano, conmovido por todas partes, debe sucumbir ante las violentas sacudidas; la naciente iglesia del Cristo está amenazada gravemente: donde se levantaban suntuosos palacios, ondean ahora las movedizas tiendas de los bárbaros que pasan á cuchillo á los habitantes de las más bellas provincias que invaden; desde Basilea á Maguncia dominan los alemanes; los borgoñones ocupan el territorio que media desde el Sena al Loire; las Galias están en poder de los vándalos y hasta España ha caído ya en el de los bárbaros. Ciego ha de ser quien no descubra aquí los dos altísimos fines de la Providencia: el castigo del Imperio romano, salvado por un anciano pontífice, y la eleccion de nuevos pueblos para ser herederos de los beneficios de una civilizacion despreciada. Algo hemos dicho del Pontífice Leon, el salvador de Roma; digamos ahora dos palabras del fundador de la monarquía francesa.

Con este nombre conoce la historia á Clodoveo, hijo y sucesor de Chilperico. La parte de las Galias, comprendida entre el Somma, el Sena y Aisne, fué teatro de las victorias contra los romanos, y estas victorias, ademas de extender sus dominios, robustecieron y aseguraron su poder.

Estableció la residencia de su córte y trono en Soissons, cerca de cuya ciudad derrotó á Siagrio, general romano que fué decapitado despues de haber caído en manos de su vencedor.

Igualmente feliz fué Clodoveo contra los germanos, á quienes derrotó en Tolbiac. Comenzaban á desmayar sus soldados, y todo parecía anunciar un gran desastre, no esperando auxilio humano por ninguna parte, cuando inflamado en santo fervor, imploró la ayuda del cielo, haciendo la promesa de que si no le faltaba, renunciaría á los falsos dioses que hasta entónces había adorado y se convertiría á la religion del Crucificado.

Estos propósitos debían su orígen á Clotilde, la esposa de Clodoveo. Era Clotilde hija de Chilperico, hermano de Gondebaldo, rey de los borgoñones, quien manchó sus manos con la sangre de su hermano, de su cuñada, y de los príncipes sus hijos, para asegurarse la posesion de sus dominios, perdonando únicamente á dos hijas de Chilperico, dotadas de rara hermosura y que no eran temibles á causa de su corta edad.

Clotilde permaneció en la córte de su tío, y fué educada en la religion católica, á pesar de vivir entre arrianos.

Clodoveo, rey ya de los francos, y destructor, como ya lo hemos dicho, del poder romano en las Galias, la pidió en matrimonio, y su peticion fué satisfactoriamente contestada, con la condicion empero de que se dejase en libertad á la princesa para continuar profesando su religion, verificándose el enlace en Soissons en medio de grandes solemnidades.

Frecuentemente hablaba Clotilde á su esposo de la vanidad de los ídolos y de la excelencia de la religion cristiana, y Clodoveo la escuchaba siempre con placer. Algunos años despues dióse la batalla de Tolbiac: el desórden se ha introducido en las filas del ejército de Clodoveo; él mismo va á caer prisionero; invoca á sus dioses y no le atienden; no puede ya detener á los fugitivos, acuérdase entónces del Dios de Clotilde; le invoca, y promete adorarle si consigue la victoria.

Refiere la historia que no bien hubo concluído su plegaria, hecha en presencia de todas sus tropas, principió la suerte á ponerse de parte de los suyos, y, reanimado el valor de éstos, consiguió sobre el enemigo la victoria más importante de su reinado.

El obispo de Reims, San Remigio, le recordó el cumplimiento de su promesa al entrar el rey en la ciudad, y Clodoveo le contestó que no pensaba faltar á ella, pero que quería reunir sus soldados, con el fin de que su ejemplo fuese seguido de todo el ejército.

En efecto, congregada la milicia y lo más ilustre de la nacion francesa, les hizo ver que cuando ya la victoria se declaraba por el enemigo, él imploró el divino auxilio, haciendo la promesa que todos sabían, y que desde el momento mismo todo varió de aspecto.

El tono de persuasion con que pronunció su breve arenga, la fe que resplandecía en sus miradas y en sus ademanes, y la confianza que respiraban sus palabras, arrancaron á la multitud un grito inmenso de aprobacion, y casi todo el auditorio exclamó conmovido y como de concierto: «Nosotros renunciamos tambien á los dioses mortales, y no queremos adorar más que al Sér inmortal, no reconociendo otro Dios que el que nos ha predicado el Santo Obispo.»

El bautismo del rey de Francia, y de tres mil soldados de los suyos se verificó en el día de Navidad del mismo año, siendo Clodoveo el único príncipe católico que entónces había en el mundo.

Con la nueva religion parecía haber recibido Clodoveo el poder de someterlo todo á sus armas triunfantes, pues fueron muchos los prósperos sucesos que coronaron su conversion á la verdadera fe.

Entónces se incorporaron á la naciente monarquía los pueblos que se hallaban situados entre las desembocaduras del Sena y del Loira, y los romanos que ocupaban las orillas de este último río; entónces ganó Clodoveo la batalla de Vouillé, junto á Poitiers, matando con su propia mano á Alarico, su enemigo, rey de los godos.

Todo el mundo cristiano había recibido con alegría extraordinaria la noticia de la conversion de Clodoveo, por la razon ántes indicada de ser en aquella época el único soberano católico, pues los demas eran gentiles ó herejes.

La civilizacion debe mucho á Clodoveo, porque fué un príncipe distinguido por sus luces, que introdujo el órden en la administracion y gobierno del Estado y porque convocó el concilio de Orleans. El emperador de Oriente, Anastasio, le envió los títulos y ornamentos de cónsul, de patricio y de augusto, añadiendo á estas honoríficas distinciones una corona de oro y un manto de púrpura.

* * *

Un filósofo profundo, de nuestra época, ha observado muy acertadamente que ya en los más remotos tiempos la civilizacion y la cultura no se extienden, no se propagan sino á fuerza de sangre, á fuerza de calamidades que hacen llorar torrentes de lágrimas á la triste humanidad. ¡Cuántas veces hemos meditado nosotros amargamente en este fenómeno que habíamos observado tambien por cuenta propia!

Quizas el rocío de la mañana no había aún esmaltado con sus lluvias de perlas las tiernas hojas de la primera vegetacion que vió la tierra despues de creada; quizas las nubes no habían aún regado las praderas y colinas del Eden; quizas no había sentido la tierra más humedad que la propia y natural de las fuentes y arroyos que surcaban como una red los hermosos jardines del paraiso, cuando, al sentirse mojada con la caliente sangre derramada por el primer homicidio, se extremecería en sus fundamentos al saborear aquel líquido que no había sido criado para su riego, y ébria y desvanecida lanzaría maldiciones, formándose con ellas y con el vapor de la sangre que ella rechazaría de su seno, una atmósfera de vértigo para la humanidad que la ha llevado á no saber vivir, á no saber prosperar, á no saber sufrir ningun cambio notable sin saturar la tierra con la sangre de que no se siente nunca saciada desde el infausto momento en que por vez primera experimentó el sabor de la vertida por el infame Caín.

Al propio tiempo que esto, la humanidad no ofrece en su larga peregrinacion sino contrastes, luchas entre la vida y la muerte. No parece sino que el mundo esté entregado á dos genios, bueno el uno, malo el otro, la vida el uno, la muerte el otro, que pugnan por llegar cada cual y por los medios de que disponen ambos al logro de sus respectivos fines.

¿Qué es la humanidad, qué es el hombre que deban ser el blanco de la lucha de esos dos principios tan opuestos, tan contrarios en aspiraciones como en los medios de conseguirlas? La historia no contesta directamente la pregunta: la fe la descubre descarnada y sin velo alguno.

Ante la historia no es la humanidad más que un fenómeno inexplicable: es un sér proscrito, condenado, miserable, lleno de aspiraciones nunca logradas, de deseos nunca satisfechos, de esperanzas nunca conseguidas. Es un juguete de la fortuna, un grano de arena envuelto entre oleadas que le agitan y revuelven, sin darle punto de reposo, sin permitirle vislumbrar el término de su destino; es una hoja caída de un árbol, llevada por el viento que ora la levanta hasta las nubes, ora la arrastra por el lodo, ya la lleva manso arroyuelo en su límpida corriente, ya la arrastra impetuoso río sumergiéndola en proceloso mar donde desemboca.

Ante la fe es la humanidad un sér caído, un sér desgraciado que en tiempos mejores ocupó un puesto distinguido en los fastos de la creacion: un sér lleno de envidiables privilegios cuando su vida corría tranquila y feliz como la mansion donde habitaba; un sér cuyo corazon no conocía la envidia porque lo dominaba y poseía todo; un sér cuyo corazon latía sosegado y satisfecho, porque ni tenía temores que le turbaran ni esperanzas que le inquietaran; un sér para quien nada significaba el tiempo, porque estaba siempre en posesion actual de todo lo necesario, sin ofrecérsele siquiera la más remota idea de la posibilidad de su pérdida; un sér nadando siempre en el seno de la felicidad completa, perpetua, llena de vitalidad, en una atmósfera de color de rosa y de ambientes salidos de las regiones celestiales; un sér ahora despues de su desgracia que siente su corazon vacío de los goces que perdió sin esperanza de recobrarlos jamas; un sér triste como es triste para una madre una cuna vacía que contempló ántes ocupada por el primer cariñoso fruto de sus primeros amores; un sér á quien se le ha privado de toda luz sumiéndole en la más tenebrosa oscuridad; un sér sin porvenir, sin esperanzas, rodeado por todas partes de peligros, desgracias, enfermedades, sobresaltos, abismos insondables, sin refugio ninguno, sin ningun amparo y en último término, por último desenlace la frialdad de un sepulcro ocupado por la muerte.

El observador atento descubre este fenómeno siempre y en todas partes: siempre la tristeza, siempre el vacío, siempre el hombre defectuoso, siempre el hombre distinto de lo que debiera ser, y, digámoslo de una vez, siempre distinto de lo que fué.

Si escribiéramos para teólogos, recurriríamos al inmenso arsenal de pruebas que se nos ofrecerían desde la Biblia hasta el concilio de Trento, al objeto de poder demostrar, hasta la evidencia, la caída del primer hombre, pasando de un estado de inocencia moral á otro llamado de la culpa; pero debiendo renunciar á estudios teológicos, por la índole de la obra y la especialidad de lectores á que está destinada, apelaremos á otro órden de ideas, para llevar el convencimiento al ánimo del lector que no acierte á darse cuenta de la degradacion á que está sumida la humanidad, mezcla

inconcebible de buenos deseos y de malas inclinaciones, de verdades y de errores, de virtudes y de vicios que nos trata como si hubiese en cada uno de nosotros dos tendencias opuestas: una al bien y otra al mal.

Pidamos autoridad á las leyendas y tradiciones de los diversos pueblos del mundo.

Los brahmas ponen en su paraiso un árbol cuyos frutos darían la inmortalidad si fuese permitido comerlos.

El primer hombre y la primera mujer, dicen los persas, eran en un principio puros, y estaban sometidos á Ormuzd, su autor. Viólos Ahriman, y envidió su felicidad; hablóles primero bajo la forma de una culebra, les ofreció frutos, y les persuadió de que era el autor del hombre, de los animales y de las plantas del hermoso universo que habitaban. La creyeron, y desde entónces Ahriman fué su señor: su naturaleza se corrompió, y esta corrupcion infectó toda su posteridad (1).»

En las tradiciones mejicanas son célebres las de la madre de nuestra carne, la mujer de la serpiente, privada de su primer estado de felicidad y de inocencia (2).

Entre los iroqueses era tradicional la historia de la mujer seducida al pié de un árbol, de la cólera de Dios y del primer fratricidio.

Los tártaros atribuyen la caída del hombre á una planta dulce como la miel y de maravillosa hermosura.

Los tibetanos atribuyen la revelacion del conocimiento del estado de desnudez á la falta de haber gustado la primera pareja la peligrosa planta llamada *schimæ*, dulce y blanca como el azúcar.

Las mujeres judías estaban obligadas á encender las lámparas en todas las casas durante la noche del sábado, en memoria del funesto fenómeno de haberse ocultado el sol de horror en el momento del pecado de Eva.

¿Qué nos dicen estas tradiciones de pueblos tan opuestos, de existencia ignorada algunos de ellos por espacio de muchos siglos, pero que convie-

(1) VENDIDAD-SADE.
(2) HUMBOLDT.—*Vista de las Cordilleras*.

nen y concuerdan todos en un punto esencial, la caída del primer hombre? ¿Es posible esta armonía entre tan diversos caracteres? Su posibilidad es innegable, porque es un hecho ya, y los hechos no se niegan, ni los discuten los hombres de sano juicio: está pues fuera de toda duda que la humanidad ha creído desde su infancia en un cambio moral del hombre, y ese cambio es la explicacion satisfactoria y única del contraste que se descubre en el interior del hombre, de ese misterioso fenómeno envuelto en la lucha entre el bien y el mal: lucha reducida en último término entre la vida y la muerte, entre la luz y las tinieblas, entre el sér y el no sér.

No queremos terminar esta materia sin solventar una objecion que quizas pudiera ocurrirse á algun lector, siquiera sea faltando á nuestros propósitos de no inmiscuirnos en teología. Nuestra buena intencion nos guía y válganos ella por descargo.

¿Sienten el peso de su inmensa desgracia los que mueren con sólo el pecado original? «En Adan y Eva el pecado original fué un pecado de propia voluntad, cometido con reflexion, por cuyo motivo les hizo dignos de los suplicios eternos. Puede decirse que Dios no condena al infierno á las almas que sólo son culpables de esta falta, y es permitido creer con Santo Tomás, que Dios las priva únicamente de la bienaventuranza sobrenatural, á la que no tienen derecho alguno. La facultad de teología de París declaró en la censura del *Emilio* que esta opinion no es condenable (1).»

¿Y qué podremos decir racionalmente de los efectos de la caída del primer hombre? Contestará por nosotros un filósofo pagano. «Hay seres *colectivos* que pueden ser culpables de ciertos crímenes lo mismo que los seres individuales. Un Estado, por ejemplo, es una misma cosa continuada, un todo, semejante á un animal que siempre es el mismo y cuya edad no pudiera alterar su identidad. Siendo, pues, el Estado uno, en tanto que la asociacion conserva la unidad, el mérito y el vituperio, la recompensa y el castigo, en cuanto á todo lo que se hace en comun, le son distribuídos justamente, como el hombre individual; pero si el Estado ha de considerarse bajo este

(1) BERGIER.—*Tratado de la Religion*, lib. III, 104.

punto de vista, lo mismo debe suceder con una familia procedente de un tronco comun, del cual tiene no sé qué fuerza oculta ó comunicacion de esencia y de cualidades que se extiende á todos los individuos de la descendencia. Los seres producidos por medio de la generacion no se parecen á los productos del arte; en cuanto á estos, cuando se ha terminado la obra, queda en el acto separada de la mano del artífice y no le pertenece más: es hecho por él, mas no de él. Por el contrario, el que es engendrado procede de la sustancia misma del sér generador, de tal modo que tiene de él cierta cosa por la que es muy justamente castigado, ó recompensado por él, porque esta cierta cosa es él (1). »

Esta cita de un filósofo pagano puede servir oportunamente para explicar á las personas dotadas de claro juicio y buena fe cómo pudo el crímen de uno solo infectar toda una raza, y cómo, ademas, pueden los hijos sufrir la pena de la falta de su padre.

Nuestros lectores nos dispensarán benévolos si nos hemos detenido más de lo que intentábamos, y más tambien de lo que consiente la índole de nuestro trabajo en un punto más propio á primera vista del estudio del teólogo que del historiador de la civilizacion; pero, á pesar de esta salvedad, no podemos dar la materia por absolutamente terminada.

Para el filósofo imparcial no es el hombre más que una grande pero lastimosa ruina: sí, una ruina. Pues bien, esta inmensa ruina supone una obra acabada, grandiosa; y esta obra, que no conocemos sino por la importancia de sus escombros, supone tambien un artífice muy hábil y poderoso. Si este artífice, adornado de tan valiosas facultades, hizo al hombre tal como es, sólo pudo hacerlo por ignorancia ó por malicia, y ambos extremos repugnan á la sana filosofía. Si ni la ignorancia ni la malicia en el artífice pueden hacer suponer una obra arruinada, decaída, cual lo es el hombre, ha de haber de por medio un misterioso fenómeno que la ciencia adivina pero no conoce; fenómeno explicado por las tradiciones antiquísimas de todos los pueblos del globo, que la ciencia—prescindiendo completamente de la fe

(1) PLUTARCO.—*Términos de la justicia divina.*

—acepta agradecida, porque le da la clave del enigma encerrado en la naturaleza humana.

La historia entera de la humanidad es un corolario de la caída del primer hombre: sin esta, es un absurdo el hombre, y toda la creacion una burla.

Meditemos un poco y veamos.

¿Qué nos dice la historia? Si nos remontamos á los documentos antiquísimos que apénas saben los hombres leer, sólo descubrimos luchas de pueblo contra pueblo, contínuo derramamiento de sangre, la continuacion siempre del primer crímen: un fratricidio continuado. La humanidad es un conjunto de hermanos; pero hermanos que se asesinan contínuamente, justificando ó legalizando su inmenso crímen con el falso nombre de guerra.

Si de estos documentos—llámense *Leyendas de Izdubar, Ramaseion* ó como se quiera—pasamos á consultar el primer monumento profano conocido de la literatura, nos encontramos con una ciudad asediada por una infinidad de ejércitos, aunque de corto contingente cada uno, acaudillados por sus respectivos reyes, librando contínuos combates al pié de las murallas, que no terminan hasta despues de diez largos años, pero con el incendio y destruccion de la infortunada Troya.

Sin trabajo habrá adivinado el lector que prescindimos aquí de las narraciones bíblicas, donde encontraríamos sobrada materia y ejemplos repetidos hasta lo infinito, para probar el estado de expiacion y castigo á que está sometida la atribulada prole de Adan, que es lo que intentamos demostrar, para deducir de aquí á su vez, el estado anómalo de la humanidad en la tierra, destinada á exterminarse mútuamente, áun cuando se encuentra en periodos de transicion, para pasar de la barbarie á un estado de civilizacion más ó ménos avanzado.

Así en la familia, en particular, como en la sociedad, en general, sólo descubrimos destruccion y muerte desde sus primeros momentos de constituirse. La destruccion del hombre por el hombre parece ser el emblema de un destino misterioso, desconocido, pero que no puede arrancar de los decretos del autor de la creacion. Y sin embargo, en todas las edades, en

todos los pueblos, en todas las familias, en todas las civilizaciones nos encontramos siempre el mismo fenómeno: siempre el hombre contra el hombre: la reproduccion eterna del primer fratricidio: siempre la tienda de Ismael plantada contra las tiendas de sus hermanos.

Quítese de por medio del misterioso fenómeno que nos ofrece la humanidad, exterminándose contínua y mútuamente, la prevaricacion de la primera pareja — por más incomprensibles que se nos presenten sus terribles consecuencias — y no hay talento capaz de explicar satisfactoriamente la inmensa contradiccion que presenta el hombre colocado en este mundo. ¿Á qué habría venido el hombre? Á llorar, gemir, trabajar, y morir. No; esto no puede ser, mejor dicho, no pudo ser este el destino del hombre en este mundo. Menguada prueba de su poder y bondad hubiera dado el autor de la creacion criando al hombre tal cual le vemos, imponiendo al hombre un destino digno de todas las maldiciones de las generaciones todas que habrían peregrinado en la tierra.

Las grandes revoluciones sociales, las irrupciones de los bárbaros, los trastornos de los pueblos, toda la sangre derramada desde la de Abel hasta nuestros días, todos los desastres, miserias y lágrimas de la humanidad son ni más ni ménos que consecuencias necesarias del profundo trastorno moral verificado en el hombre, al quebrantar un mandato impuesto por quien pudo y quiso, y cuya transgresion ha de haber influído en la enfermedad moral que aqueja al mismo hombre y cuyos efectos se manifiestan por los vicios en el individuo y por las guerras en la sociedad.

De ahí procede la lentitud de la civilizacion; de ahí se originan las vicisitudes que en su camino ha experimentado; de ahí los horrores, las calamidades, las contínuas alternativas manifestadas por la paz ó la guerra, en la vida de las sociedades atacadas de una enfermedad moral crónica, incurable, de una enfermedad que ataca al individuo ántes de nacer, y cuyos efectos siente miéntras vive, aunque se le haya curado el carácter de mortal con que se presentó en sus primeros momentos.

No podemos extendernos en las infinitas consideraciones que se presentan al tratar un punto de tanta trascendencia como el que se nos impuso

expontáneamente, al pensar en la ley de la lucha interna que siente cada hombre en sí mismo, apénas asoman en su mente los primeros albores de la luz de la razon; por más que nos sería muy grato presentar los innumerables contrastes que ofrece el corazon humano, en lucha consigo mismo y con las inspiraciones de su inteligencia, cuando se halla libre de la presion de las pasiones, y obra sólo á impulsos del dictámen de la recta conciencia; pero ya que debemos reducirnos á lo que nos prescribe nuestro trabajo, ya que no podemos bajar á la enumeracion de las pruebas que dejarían moralmente convencido al más reacio, recordaremos al lector que la expresada ley de la lucha interna, pena que sufre el hombre como consecuencia de una transgresion remota, la siente lo mismo el jóven que el anciano, el fuerte que el débil, el rico que el pobre, el varon que la mujer, el noble que el plebeyo, sin quedar excluída ninguna posicion social, sin estar exento de ella ningun estado, ni siquiera la retirada vírgen que en el silencio y soledad de un claustro gime y llora por faltas que no cometió, pero cuyo aguijon siente á cada momento, alterando la dulce calma que buscó en las sombras de la oscura celda, como altera el silencio que allí reina molesto moscardon que zumba en los cristales de su reducida ventana.

* * *

Hagamos aquí punto, despues de tantas digresiones, para continuar en su tiempo oportuno acerca de lo que hicieron los Papas y Obispos en pro y en contra del desarrollo artístico y literario de las sociedades que presidieron, y cerremos este capítulo con ligerísimas observaciones pertenecientes á nuestra España.

Recordemos un pasaje de Tácito respecto de los germanos. «De las cosas pequeñas tratan los grandes, de las grandes todos; de manera que aquellos hacen lo que desea la plebe. Toman sus reyes de entre sus nobles; sus jefes de entre los más virtuosos, sin que la autoridad de aquellos sea ilimitada y libre, ni consista la de estos en el mando, sino ántes bien en el ejemplo.»

Sabemos ya que desdeñaban los germanos las faenas agrícolas que deja-

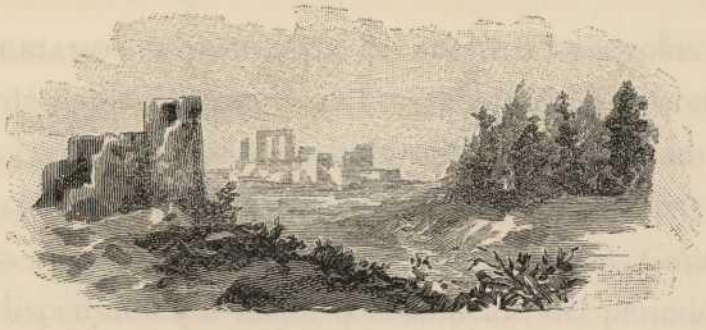
ban para los conquistados; hemos visto tambien que entre los pueblos invasores se consideraba tiranía encarcelar y castigar corporalmente, teniéndolo solamente por lícito á sus sacerdotes, por creer que entónces el castigo procedía de la voluntad divina, pero no del hombre, quien, aunque fuese el Rey, no tenía autoridad ninguna para condenar á otro hombre (1).

Estas y otras doctrinas de los germanos degeneraron bastante en los invasores de España; á pesar de esto constan las más de ellas en la Constitucion Goda, é informaron la democrática constitucion que á ellos les debemos.

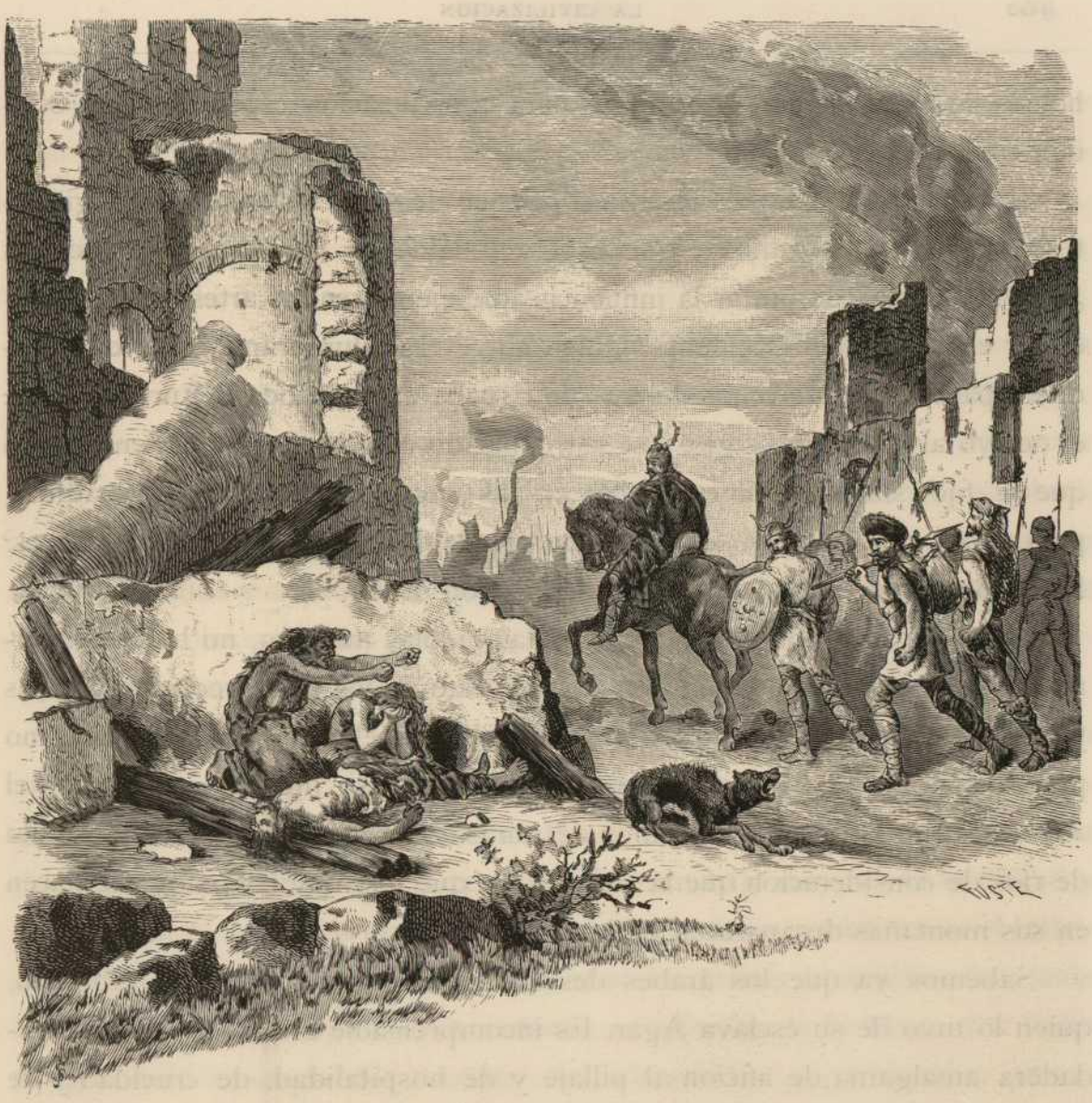
Á estas doctrinas de los bárbaros invasores se debe el célebre «rey serás si fecieres derecho, et si non fecieres derecho non serás rey;» porque los dos polos sobre los que giraba el eje de la constitucion goda eran el carácter electivo de la Corona y el poder soberano del pueblo reunido en junta.

Á pesar de esto el pueblo hispano-romano sentía insoportable el yugo de los godos, y no falta quien atribuye á esta circunstancia la facilidad de la invasion árabe por el sud de España, como remedio aplicado á los males de la invasion goda por el norte de la península. De todos modos es incomprensible la facilidad, en el corto tiempo que se hizo, de la conquista de España por los africanos; así como es innegable que miéntras los bárbaros del norte sembraron la degradacion y el envilecimiento, con raras excepciones, en el suelo español, nos trajeron en cambio los árabes la civilizacion que en el Oriente debían ellos á los últimos fulgores del astro que en Asiria, Egipto y Grecia había derramado torrentes de luz por dilatado número de siglos, é infinita serie de generaciones.

(1) C. TÁCIT.—*liber de moribus germanorum.*







CAPÍTULO II.

España árabe.—Su civilizacion.

Ofenderíamos la ilustracion de nuestros benévolos lectores si les recordáramos que nuestro pobre trabajo debe concretarse al estudio de la civilizacion de los pueblos que visitamos y no al de su historia más ó ménos interesante. Partiendo de esto, debemos decir algo del Islamismo, de la Arabia y la Meca, de Mahoma y del Coran, para reunir antecedentes indispensables al mejor conocimiento del periodo histórico que

hemos de recorrer, de tanto interes para la civilizacion española y del occidente europeo.

¡La civilizacion árabe! Hermoso periodo de siete siglos, epopeya gigantesca, increíble, orgullosa, que espera todavía su Homero que la cante! ¿Quién es capaz de pintar la influencia que ejerció en las artes, en las ciencias y en el lujo del Occidente? Quién no ve el deslumbrante brillo que desde los paradisiacos terrenos del sud de España envía á toda la Europa, desde el octavo al undécimo siglo, ese astro nacido como todos en Oriente, pero que se fijó, sin saber ir más allá, en las encantadoras vegas granadinas, para nacer, vivir y morir en ese suelo privilegiado por Dios y los hombres? Pero no anticipemos ideas y procedamos con órden.

Si las lluvias, con el concurso de las nieblas marinas, no hubiesen formado el Yémen y la Arabia Pétrea, país este de los más preciados aromas y olorosos inciensos, en la region conocida con el nombre de Arabia, no pasaría esta de ser un vasto y triste desierto, por su mucha analogía con el África, por sus inmensas llanuras de abrasada arena, por su falta absoluta de ríos de consideracion que la rieguen, ya que los muy contados que nacen en sus montañas desaparecen en los arenales.

Sabemos ya que los árabes descienden de Ismael, hijo de Abrahan, quien lo tuvo de su esclava Agar. Es incomprensible el carácter árabe, verdadera amalgama de aficion al pillaje y de hospitalidad, de crueldad y de generosidad caballeresca. El árabe es franco, valiente, generoso; puede fiarse en su palabra y hospitalidad. Goza en dar, y si saquea y roba es porque, creyéndose rey del desierto, se cree tambien con perfecto derecho para imponer tributos á los que lo cruzan.

Para sondear la misteriosa y oscura historia árabe en sus comienzos, debemos acogernos á la tradicion y leyenda, porque inmóvil el árabe en el camino del progreso y estacionario en sus costumbres, ni ha conocido el arte hasta despues de muchos siglos de su existencia, ni ha tenido historia que haya consignado revoluciones que no ha sufrido, ni hazañas que no llevó á cabo en muchísimo tiempo. Si alguna que otra vez, como sacado de su ensimismamiento, ha salido el árabe de su inaccion y abandonando el silencio

de sus desiertos, se ha introducido desbordado entre pueblos cultos que devastó y dejó, no son hechos estos que merezcan consignarse en nuestro trabajo, exceptuando la vez que, á la voz de un hombre astuto y casi inspirado, se mezcló bruscamente en la Europa occidental, para dejar en ella eterna y hermosa huella de su paso y estancia.

Existe en Arabia una ciudad que se levanta solitaria en el fondo de un valle, como flor silvestre que brota entre grietas de una peña calcinada, sembrado de piedras el valle estéril y falto de vegetacion como si imperara allí el genio de la muerte, con todas las apariencias de los terrenos salobres abandonados por el mar, con un cordon, á manera de arco que la rodea, de montes pelados y escuetos. Esta ciudad es la Meca, la ciudad santa de los árabes desde los antiguos tiempos.

Las antiguas tradiciones árabes tienen su cuna en la Meca.

Refieren estas que se detuvo allí el primer hombre al verse expulsado del paraíso en castigo de haber prestado oídos á las seducciones de la serpiente y de la mujer. «El espíritu de Dios, dice la tradicion, le condujo á la tierra del islamismo, y por todas partes nacían bajo sus piés la fertilidad y la abundancia, símbolos de la fecundidad que la tierra recibiría con el trabajo del hombre. Pero cuando Caín consumó su primer homicidio, buscando Adan á su predilecto, halló su cadáver en el valle de la Meca. La tierra había bebido la sangre del inocente: Adan la maldijo, y permaneció cubierta de abrojos y espinas. Sin embargo, los ángeles habían erigido una tienda que llamaron *la Casa de Dios*. Consagróla Adan con el nombre de *Keabé*, como el tabernáculo del Señor, enseñando en ella á su posteridad la doctrina de la unidad divina y los deberes del culto islamita.»(1)

1 Observe aquí el lector imparcial y atento la completa conformidad y unidad de creencias entre el islamita y el cristiano acerca de los orígenes de la humanidad, el primer homicidio, y, primero que este crímen, la desobediencia de Eva y de Adan, la expulsion del paraíso etc., etc., dogmas todos para unos y otros, negados solamente hoy por los *nietos* de los monos cuyo orígen no nos ha sido dado hallar por más esfuerzos que para ello ha hecho el gefe de todos ellos. ¡El último beduíno habitante del desierto sabe más de antropología que los flamantes *parientes* de los distinguidos cuadrumanos!

La unidad y conformidad de primeras creencias entre el árabe y el cristiano — que forma tambien el misterioso enlace descubierto entre muchos pueblos salvajes de América — ¿no les dice nada á los presuntuosos pigmeos de la ciencia que pretenden hacerse grandes en ella á fuerza de ridiculizarse?

Segun se desprende de la tradicion árabe, la construccion del templo y la formacion de la ley tienen su orígen en el primer hombre.

Pero, continuemos la tradicion.

« Cuando vino la época del diluvio, el ángel Gabriel subió al cielo la tienda divina que colocó directamente sobre el Keabé primitivo. Luégo que cesaron las aguas del diluvio, Seth, hijo de Noé, construyó sobre el mismo lugar un santuario enteramente semejante al primero; pero era frágil y perecedero, y cuando Abraham vino á visitar en el desierto—continúa la tradicion—á su hijo Ismael, ambos construyeron de nuevo el Keabé, colocando en él una piedra negra que encerraba el símbolo de la fe musulmana. »

« Despues que Dios hubo criado el mundo, dice tambien la tradicion, reunió sus ángeles, y, mostrándoles esta obra de todo su poder, les dijo: ¿No soy yo vuestro Señor? Y todos, exceptuados los *djnnus* arrojados á las islas lejanas, respondieron: « Sí, vos sois nuestro Dios. » Este reconocimiento de la unidad de Dios y de su poder es el que está oculto en el interior de la piedra negra. En el día del juicio, cuando se abra para dejar leer su santa y divina fórmula, dará testimonio en favor de los que se hayan acercado á ella con un corazon creyente. Construído el templo, subió Abraham á la montaña vecina, y gritó con voz de trueno: « ¡Oh, pueblos, venid á vuestro Dios! » y oyó un inmenso murmullo, un ruído terrible que se levantaba de la tierra: eran las naciones que respondían á su llamamiento, y saludaban al Señor, el Dios único y fuerte. Ismael, constituído guardian del Keabé por Abraham, tuvo doce hijos como Jacob: el mayor, Kaidan, fué el tronco de los Koreisquitas, la más noble y elegante de las tribus de la Arabia, la que hablaba el dialecto más puro y á la que perteneció hasta Mahoma la custodia del templo. Los Koreisquitas conservaron durante muchos siglos el islamismo en su primitiva pureza; pero las mujeres de los Amalecitas les corrompieron, y la idolatría penetró hasta el Keabé, á cuyo alrededor se eligieron hasta trescientos ídolos. No obstante, el rey cristiano de la Abisinia había conquistado el Yémen, y hacía cuanto le era dable para propagar su religion en la península. Alarmados los Koreisquitas, sorprendieron é incendiaron el templo de los abisinios, que con un ejército formidable marcharon á tomar venganza sobre la

Meca; pero el elefante blanco que montaba el general abisinio cayó sobre sus rodillas, y adoró el templo: al mismo tiempo aves de extraña forma acudieron como una tempestad, y de los cuatro ángulos del horizonte lanzaron piedras contra los etíopes, que se vieron forzados á retroceder. »

Ya tenemos hasta aquí lo más sustancial é indispensable de las tradiciones del pueblo árabe acerca de su ciudad santa de la Meca y de su templo. Son por todo extremo curiosas las ceremonias observadas por los fieles del Islam en las visitas que hacen á su ciudad santa y al templo ó Kaaba.

No disponemos de espacio suficiente para dar aquí la descripcion que del templo nos presenta la obra del animoso catalan Badía, uno de los poquísimos europeos que, arriesgando mil veces su vida, pudo visitarlo y examinarlo detenidamente; pero, la inteligencia de algunos pasajes de la vida de Mahoma hace indispensable algun pormenor del mismo.

El interior del templo está cubierto por una colgadura de seda negra, en la cual está bordada en letras de oro la máxima fundamental de la fe musulmana: *No hay más Dios que Dios, y Mahoma es su profeta.*

La Kaaba estaba ya cubierta ántes de existir Mahoma. La célebre piedra negra está empotrada cerca de la puerta, á cosa de un metro sobre el pavimento del patio. Su superficie es bruñida y está casi gastada por los besos de los millones de peregrinos que allí acuden. Muy cerca de la puerta y pegada á la pared del norte hay una sepultura donde se considera muy meritorio orar, porque tiene fama de ser donde Abraham y su hijo Ismael amasaban la argamasa para construir la Kaaba.

Antes de Mahoma, en el punto ocupado ahora por la Kaaba, había un templo famoso, donde se reunían todas las tribus de Arabia, y despues de haber dado siete veces la vuelta al edificio sagrado, besaban respetuosamente la piedra negra, ofreciendo despues sacrificios de camellos y carneros á las 360 imágenes que lo adornaban y que Mahoma destruyó sin perdonar las de Abraham y de Ismael, á pesar del respeto que aparentaba tener á estos dos patriarcas.

Segun Badía, sólo se abre tres veces al año la puerta de la Kaaba; una vez para los hombres, otra para las mujeres y otra para limpiarla. Badía

se ocupó en esta operacion de limpieza, valiéndole este acto religioso muy distinguidas consideraciones del Sultan y fieles de la Meca.

Siete vueltas dan los peregrinos alrededor de la Kaaba, rezando oraciones y besando cada vez la puerta. Las cuatro vueltas primeras deben darse aceleradamente en recuerdo de Mahoma, que para desmentir á los enemigos que habían propalado el rumor de que estaba enfermo de peligro, se puso á correr cuatro veces alrededor de la Kaaba.

Hay en el templo el célebre pozo de Zemzem, cuya agua beben los peregrinos y sirve para las abluciones, al propio tiempo que se considera como un remedio infalible para la curacion de toda clase de enfermedades. El jefe de los guardas del pozo es uno de los primeros ulemas de la ciudad de la Meca, y debe procurar el agua á los peregrinos distinguidos y observar si cumplen con los preceptos religiosos, para delatarlos en caso negativo ó propinarles un veneno oculto en el agua de Zemzem que ningun fiel creyente puede negarse á beber, á cuyo fin llevaba consigo Badía un contraveneno para el caso de sentirse envenenado por el ulema.

Digamos ya algo del célebre fundador de la religion mahometana llamada tambien Islamismo.

El año 570 de nuestra era, y en la ciudad santa de la Meca, nació Mahoma, el mismo año precisamente en que los árabes llaman *el año del elefante*, en recuerdo de la victoria más arriba mencionada. Su abuelo pertenecía á la familia más distinguida de la tribu de los Koreisquitas y era custodio de las llaves del Keabé ó Kaaba. Abdul-Matuleb, que así se llamaba el abuelo, vivía pesaroso, abrumado de vergüenza por no tener más que un solo hijo, y, en su afliccion, se dirigió á Dios ofreciéndole solemnemente sacrificarle un hijo si le concedía diez. Escuchó Dios su peticion y se vió obligado á sacrificar á su predilecto Abdallah, por designarlo así la suerte.

Había entónces en Hedjaz una mujer famosa por sus íntimas relaciones con el cielo, y, pesaroso Abdul por tener que sacrificar á su predilecto, fuese á consultarla y díjole la mujer: «Poned de un lado el niño y de otro diez camellos, y despues echad suertes hasta que se pronuncie contra Abdallah añadiendo diez camellos cada vez. Hasta la undécima vez no se pronunció

la suerte contra Abdallah y de ahí trae su orígen el precio de la sangre árabe fijada en todo el desierto en la equivalencia de cien camellos.

Abdallah fué tambien custodio del Keabé, y encontró el pozo sagrado de Zemzem, que las tradiciones árabes suponen abierto por el ángel Gabriel cuando Ismael iba á morir de sed en el desierto.

Este Abdallah fué el padre de Mahoma.

Como sucede con todos los hombres célebres, tambien está la cuna de Mahoma rodeada de muchas tradiciones que le atribuyen no pocos y misteriosos prodigios. En la noche que vino al mundo, dicen las tradiciones árabes, toda la Arabia estuvo iluminada por una luz brillante, los demonios fueron lanzados de las esferas superiores y precipitados en los abismos; el palacio de Cosroes, rey de Persia, tembló conmovido por un violento terremoto, destruyéronse sus cuatro torres, y se apagó el sagrado fuego dedicado á Zoroastro.

Los prodigios se continuaron durante la infancia de Mahoma. El ángel Gabriel, en forma humana, vestido de blanco, le abrió el pecho, sacóle el corazon, purificólo y le infundió el espíritu divino.

Desde muy niño quedó Mahoma huérfano y pobre. Cinco camellos y un esclavo etíope era todo el caudal que le había dejado su padre, por cuyo motivo llevósele á su casa su tío Abustaleb y le dedicó al comercio. Trece años tenía cuando se le llevó consigo á Siria, donde un sacerdote cristiano, segun se cuenta, le predijo su futuro destino.

Suponen algunos que en otro viaje que hizo despues á Siria, á donde le llamaron los negocios de una rica viuda, se instruyó en las dos religiones cristiana y judía, aunque esto parezca inverosímil, ya que en su país abundaban entónces los cristianos y judíos en cuyo poder abundarían los ejemplares de los dos Testamentos, nuevo y antiguo. Al regresar de Siria se casó con Cadisha, la viuda que lo había tenido empleado.

La vida de Mahoma, desde los veinticinco años á los cuarenta de su edad, es un misterio, por más que su historiador Abulfeda dice que pasó este periodo meditando en solitario silencio y retiro los cultos que dividían la Italia y la necesidad de una reforma estudiando su apostolado.

Cuando tuvo ya preparados los ánimos de los que le rodeaban, llamó un día á su mujer á una morada solitaria que había escogido en el monte Hara, donde vivía entregado á la contemplacion algun tiempo hacía, y la declaró que el ángel Gabriel se le había aparecido la noche anterior en la montaña; que le había llamado apóstol de Dios, y, en nombre del Criador de todas las cosas, le había encargado que fuese á anunciar y decir á los hombres las verdades que habían de serles reveladas. Los primeros prosélitos que creyeron en él ciegamente fueron su primo Alí, su esclavo Zaid, y un rico y poderoso scheik, llamado Abou-Beck, que fué su sucesor y primer califa; Osman que fué el tercero y otros.

Durante tres años se redujo Mahoma á propagar secretamente su doctrina, formándose una pequeña porcion de fieles dispuestos á defender su persona y su doctrina; pero una vez estuvo seguro de su fanatismo, declaró que Dios le había mandado que predicase públicamente su doctrina á los hombres, y dió principio á una religion enemiga de todas las conocidas, y muy propia para inflamar el ánimo fogoso de aquellos pueblos y formarse un poderoso núcleo de adeptos fanáticos hasta el delirio.

Los árabes consideraban como inspiracion divina el númen poético y por esto se fijaban los poemas de sus poetas en las paredes del Keabé. En ellas fijó Mahoma los suyos que sobrepujaron á las composiciones de todos los poetas contemporáneos suyos. Los Koreisquitas se alarmaron con los triunfos del nuevo reformador y desterraron á cuantos se declaraban prosélitos de su doctrina.

« Hijos de Israel, decía Mahoma á los suyos con elocuencia arrebatadora, yo vengo á traeros el culto que profesaban vuestro padre Adan, Noé y todos los patriarcas. No hay más que un Dios soberano del mundo, que se llama el misericordioso. No adoreis sino á él; sed benéficos con los huérfanos (1), con los pobres y los cautivos; sed justos con todos los hombres; la justicia es hermana de la piedad; orad y dad limosna. Vuestra recompensa será habitar en el cielo, en jardines llenos de mujeres siempre hermosas,

(1) No olvide el lector que Mahoma lo era.

jóvenes y amantes, y que cada día os amarán más. Pelead siempre hasta conseguir la victoria: jamas os retireis vencidos; la muerte ántes que la derrota, porque el que muere peleando, no hará sino pasar de la tierra al paraíso; los cobardes morirán temprano. Haced que todos los pueblos abracen el islamismo, ó que os paguen un tributo. El momento señalado por Dios para vuestros triunfos ha llegado ya.»

Para evitar el odio de los koreisquitas tuvo Mahoma que emigrar de la Meca por algun tiempo, pero reapareció muy pronto continuando su predicacion con más vigor. En todas partes pregonaba la unidad de Dios atacando duramente la idolatría.

Mahoma tuvo que escapar más de una vez á Yatreb, donde sus partidarios le habían reservado un asilo seguro, llamado en adelante Medinat-al-Naby, ciudad del profeta y que hoy se conoce con el nombre de Medina. Debe tenerse muy en cuenta la última de las dos fugas de Mahoma á Medina desde la Meca, porque sirve para contar la era ó egira de los mahometanos, llamada en árabe *hedjirah*, que significa huída. Esta era se cuenta desde el día 16 de julio del año 622.

La primera ciudad convertida por Mahoma fué Yatreb y en ella organizó un nuevo gobierno, declarándose desde entónces rival de la Meca, y tomando, segun hemos dicho el pomposo nombre de ciudad del profeta. Desde entónces, y protegido Mahoma por varios yatrebitas que se le obligaron con juramento á defenderle, adquirió grandísima importancia, porque se convertía en un momento de perseguido y pobre en supremo pontífice de una religion con un centro poderoso desde donde extender y asegurar sus conquistas, siquiera debiesen ser estas espirituales en un principio.

Los primitivos sectarios de Mahoma habían permanecido en la Meca á donde regresó el profeta; pero los koreisquitas juramentaron á un individuo de cada tribu para hacerle asesinar. Advertido á tiempo Mahoma huyó de la ciudad, en tanto que Alí, lleno de abnegacion por su maestro, se quedaba acostado en su cama y permanecía cubierto con su capa, burlando de este modo la vigilancia de los asesinos, para que Mahoma pudiera escaparse á Medina. Por haberle protegido Alí en su huída ó egira, desde cuyo momento

empieza á contarse el poder del nuevo reformador, es que, segun tenemos dicho, se cuenta asimismo la era de la reforma.

Mahoma que era poeta, legislador y guerrero, no había tenido hasta esta época más que el fuego de su elocuencia, el ardor de su entusiasmo político-religioso, y sin embargo daba leyes suaves y benéficas á un pueblo bárbaro, sumido en la idolatría, en la indolencia y el ocio; adornaba sus preceptos con las galas de la poesía, inventaba un paraíso lleno de goces sensuales, perfectamente en armonía con los deseos y costumbres del fogoso pueblo que trataba de fanatizar.

Establecido Mahoma en Medina, conoció que había llegado la hora de consolidar el islamismo, reglamentándolo ántes de emprender las guerras que debían imponer la nueva creencia desterrando las antiguas.

Viéndose dueño de una ciudad rica y poderosa levanta su estandarte verde en oposicion al lábaro de Constantino y al estandarte de cuero del herrero persa (1), haciendo correr torrentes de sangre y amontonando montañas de cadáveres se dirige á las puertas de la Meca, iniciando la propagacion de su doctrina con la bandera en una mano y la cimitarra en la otra. Despues de haber anunciado su evangelio de un modo tan peregrino, regresó á la Meca, donde fué reconocido por soberano temporal y espiritual; recibió el juramento de fidelidad de todo el pueblo reunido y dió las vueltas alrededor de la Kaaba. Hizo despues la oracion y la ablucion, segun el rito que había establecido en Medina; publicó una amnistía general; permaneció algun tiempo en la Meca, estableció en ella un gobernador y un pontífice ó *iman*, y despues se dedicó á extender sus conquistas y á propagar el isla-

(1) Segun escribe recientemente un viajero americano que dice haber visto la bandera de Mahoma, se halla esta depositada en la mezquita de Santa Sofía, en Constantinopla, guardada por un sacerdote mahometano, y añade: «Yo he podido tocarla descuidando al guardian; es de seda fina, de color verde, con una gran media luna en el centro; del extremo superior cuelga una especie de plumero, que se asegura ser de la crin del caballo favorito del profeta, que adoptó el color verde como emblema de la naturaleza siempre revestida de dicho color.

»Entre las sentencias del Coran que se hallan bordadas en sus pliegues, pude descifrar una que dice: «Todo el que desenvaine su espada será recompensado con bienes temporales; el que derrame su sangre, con goces más positivos; y el que caiga en los campos de batalla resucitará en el paraíso para gozar eternamente en los brazos de bellas huríes de ojos negros; pero el primer cielo sólo está destinado para los que mueren á mi vista y á la sombra de la bandera verde.»

mismo; á cuyo fin se dirigieron sus discípulos á los puntos principales del Asia capitaneando numerosos ejércitos.

La civilizacion pasa en esos momentos históricos por una crísis profunda, terrible, decisiva. Mahoma se presenta de golpe y á la vez como legislador, poeta y guerrero; reviste sus preceptos de las galas de la poesía; desnuda su alfange y predica la propaganda por medio de la guerra é inflama el corazon de sus oyentes y secuaces fanatizados con el fuego de la ambicion y de la gloria.

Conocidos ya los principales rasgos del legislador musulman, digamos algo de su código ó libro santo. ¿Quién no ha oído hablar del Coran? Y sin embargo, no lo redactó Mahoma. Abou-Bekr, sucesor del profeta, recogió los fragmentos que el ángel había traído hoja por hoja al profeta. El Coran carece de sencillez y unidad, porque se había escrito cada página acomodándose á las necesidades del momento. Los cantos bélicos lo dominan todo y forman su parte más esencial, porque desconfiando Mahoma de la eficacia de la palabra, confió el éxito de sus predicaciones á la contundente razon del alfange. «Cree ó muere;» con este *convincente* dilema imponía su fe el nuevo reformador religioso. Se equivocaría lastimosamente quien creyere encontrar uncion, caridad, persuasion ó cosa por el estilo en las páginas del Coran: exceptuadas algunas piadosas leyendas ó algun cuento moral, no hay más que aridez en el Código mahometano, como árido es el desierto donde vió la luz.

El mahometismo — como despues el protestantismo — se dividió desde su mismo orígen en dos grandes sectas, que, á su vez, se subdividieron en otras hasta el extremo de contarse ya más de sesenta actualmente. Estas variaciones, á la par que deshacen la unidad, son la demostracion de la falsedad de la religion musulmana.

El Coran es una mezcla de cristianismo y judaismo con inclusion de errores propios de la Arabia, formando el todo un conjunto de absurdos, fábulas y necedades que ni siquiera hacen aceptables la brillantez del estilo ni la novedad. De todos modos debemos dar una idea del Código del Islam y vamos á hacerlo.

En cuanto al dogma de la unidad y poder de Dios, sabemos ya que no

admite más que un solo Dios, sin las tres personas del dogma cristiano « Arquitecto de los cielos y de la tierra—dice,—cuando quiere dar la existencia, dice á los seres: *Sed*, y son. Su palabra es la verdad: rey del día, donde la trompeta suena, conoce las cosas secretas y públicas, y posee la sabiduría y la ciencia. Hemos enseñado á Abraham el reino de los cielos y de la tierra para hacer su fe inalterable. Cuando la noche le rodeó con sus sombras, vió una estrella y exclamó: « Hé aquí mi Dios, » pero la estrella desapareció, y dijo: « No; yo no adoraré á los dioses que caen. » Luégo se levantó la luna, y dijo: « Hé aquí mi Dios; » pero habiéndose puesto la luna, añadió: « Si el Señor no me hubiese iluminado, me hallaría en el error. » Finalmente, apareció el sol en el Oriente y dijo: « Este es mi Dios y el mayor de todos, » pero el sol terminó su carrera, y dijo Abraham: « ¡Oh mi pueblo, yo no quiero vuestros ídolos! Yo he levantado mi frente hacia el que ha formado los cielos y la tierra: yo adoro su unidad. Mi mano no incensará los falsos dioses. » Tales son las pruebas de la unidad divina que hemos dado á Abraham. El Señor ensalza á los que son de su agrado; es prudente y sabio; Dios separa el grano de la espiga; hace salir la vida de la muerte y la muerte de la vida. Él colocó los astros en el firmamento para que os condujeran en medio de las tinieblas por la tierra y por la mar. Él extendió la tierra, elevó las montañas, formó los ríos y os dió los diversos frutos. Él creó el hombre y la mujer; él hace suceder el día á la noche. Estos prodigios son dignos para los que piensan. El sabio ve en todo el universo los signos de su poder. Él los ha formado de un solo hombre y os prepara un lugar de descanso. Él hace caer la lluvia para fecundar los gérmenes de las plantas; Él quien cubre la tierra de verdura, forma los granos reunidos en la espiga, y eleva la palmera y su fruto suspendido en racimos. Él hace brillar el rayo á vuestros ojos para inspiraros el temor y la esperanza. El trueno celebra sus alabanzas, y los ángeles tiemblan delante de él. Él lanza el rayo y hiere las víctimas designadas. Los hombres disputan de Dios, pero él es, él, el fuerte, el poderoso. Ellos han igualado los genios á Dios, y son sus criaturas. En su ignorancia le han dado hijos: ¡alabanza á Dios! léjos de él estas blasfemias.

Como reservamos nuestro juicio acerca del mahometismo y de sus relaciones con la civilizacion del mundo para más adelante, nos abstenemos aquí de los comentarios y explicaciones que de otro modo serían indispensables, y, hecha esta indicacion, continuemos extractando el Coran comenzando ahora por lo relativo á la divinidad del Evangelio de Jesucristo.

Despues de los profetas—dice—hemos enviado á Jesús para confirmar el Pentateuco. Dímosle el Evangelio que es la luz de la fe, y que pone el sello á la verdad de las antiguas escrituras. Este libro ilumina é instruye á los que temen al Señor. Los cristianos serán juzgados segun el Evangelio. Los que les juzguen de otro modo serán prevaricadores. Si ellos tuviesen la fe y el temor del Señor, nosotros borraríamos sus pecados. La observancia del Pentateuco, del Evangelio y de los preceptos divinos les proporcionará el goce de todos los bienes. Decid á los judíos y á los cristianos: «Vosotros no os apoyais en ningun fundamento, miéntras que no observeis el Pentateuco, el Evangelio y los mandamientos de Dios.»

Si Dios, segun Mahoma, confirió á Jesús una mision divina dándole el Evangelio, será interesante examinar esa mision juzgada por el profeta del Islam.

«Dios—dice—le enseñará la Escritura y la sabiduría, el Pentateuco y el Evangelio. Él será su enviado cerca de los hijos de Israel, y les dirá: «Vengo á confirmar el Pentateuco que habeis recibido ántes de mí y á haceros permitir aquella parte de la fe que os había sido prohibida. Dios me ha dado el poder de los milagros. Temedle y obedecedme. Él es mi Señor y el vuestro.» Habiendo conocido Jesús la perfidia de los judíos, dijo: «¿Quién me ayudará á extender la religion divina? Nosotros seremos los ministros del Señor, respondieron los apóstoles; nosotros creemos en él, y vos dareis testimonio de nuestra fe.» Los judíos han violado la alianza y rehusado creer la doctrina divina. Ellos asesinaron injustamente á los profetas; pero Dios ha impreso sobre sus frentes el sello de su perfidia. Á la infidelidad han unido la calumnia contra María. Ellos dijeron: «Nosotros hemos hecho morir á Jesús, el Mesías, hijo de María, el enviado de Dios.» Ellos no le han dado muerte, ni le han crucificado. Un cuerpo fantástico ha

engañado su barbarie; ellos no han hecho morir á Jesús: Dios le ha elevado hasta sí. ¡Oh vosotros, los que habeis recibido las escrituras, no paseis los límites de la fe, no digais de Dios más que la verdad! Jesús es el hijo de María, el enviado del Muy Alto y su Verbo. Hízolo descender en María; es su soplo. No digais que hay una trinidad en Dios. Él es uno y se basta á sí mismo. Los que dicen que el Mesías, hijo de María, es Dios, profieren una blasfemia. ¿No ha dicho él de sí mismo: «Oh hijos de Israel, adorad á Dios, mi Señor y el vuestro?»

Siendo Jesús, segun Mahoma, el Verbo de Dios y siendo este Verbo hijo de María, veamos qué dice Mahoma acerca de la maternidad de ésta.

«El ángel dijo á María: «Dios te ha escogido, él te ha purificado, tú »eres elegida entre todas las mujeres. Dios te anuncia su Verbo; llamarás á »Jesús, el Mesías, hijo de María; grande en este mundo y en el otro, y con»fidente del Altísimo. El hará oir su palabra á los hombres desde la cuna »hasta la vejez, y será en el número de los justos.» «Señor, respondió María, »¿como podré tener yo un hijo? ningun hombre se aproximó á mí.» «Así »será, replicó el ángel; Dios forma las criaturas á su voluntad; quiere que »una cosa exista, y dice: *Sea*, y es.»

La imaginacion de Mahoma no quedaba satisfecha con estas líneas dedicadas á la eleccion de María como madre del Verbo, y le dedica un capítulo aparte encabezándolo con este epígrafe: *¡María, la paz sea con ella!* en el que se expresa de esta manera:

«María concibió y se retiró á un lugar apartado: los dolores del parto la sorprendieron debajo de una palmera, y dijo: «¡Ojalá que hubiese muerto olvidada y abandonada de los hombres ántes de mi concepcion! No te aflijas, le dijo el ángel; Dios ha hecho correr cerca de tí un arroyuelo. Menea la palmera y verás caer dátiles. Come, bebe, enjuga tus lágrimas, y si alguno te pregunta, dile: «Yo he hecho voto de un jóven al *Misericordioso*, y no puedo hablar á un hombre.» Volvióse hacia su familia llevando á su hijo en los brazos y le dicen: «María, os ha sucedido una aventura extraña.» Por toda respuesta les hizo señas que preguntasen á su hijo. «¿Cómo, dicen, nos hemos de dirigir á un niño recien nacido?» Yo soy el servidor de Dios,

respondió el niño, que me ha dado el Evangelio y me ha hecho profeta. Su bendicion me seguirá por todas partes. Él me ha mandado ser fiel á los preceptos de la oracion y de la limosna. Él ha colocado en mi corazon la piedad filial y me ha librado del orgullo que acompaña la miseria. Fuéme dada la paz en el día de mi nacimiento y ella acompañará mi muerte y mi resurreccion. «Así habló Jesús, verdadero hijo de María y objeto de dudas de un gran número. Dios no podrá tener un hijo. ¡Alabado sea su nombre! Él manda y la nada se anima á su voz.»

Titulándose Mahoma profeta y enviado de Dios, necesitaba aducir pruebas ó alegar razones para acreditar su vocacion y manifestar la divinidad de su doctrina consignada en el Coran. Veamos cómo se sale del atolladero.

«Lee en nombre de tu Criador: «Él formó el hombre reuniendo los sexos»: Lee en nombre del Dios adorable: «Él enseñó al hombre á servirse de la pluma; él puso en su alma el rayo de la ciencia. Nosotros te enviamos el Coran en la noche célebre. ¿Quién te hará conocer el premio de esta noche gloriosa? Ella es más preciosa que mil meses; y fué consagrada por la venida de los ángeles y del espíritu. Ellos obedecieron las órdenes del Eterno y trajeron las leyes sobre todas las cosas. La paz acompañó esta noche hasta la aurora. ¡Oh profeta! descubre las leyes que Dios te ha revelado. Los judíos han violado su pacto y fueron malditos. Corrompieron las escrituras sagradas y ocultaron parte de ellas. Nosotros hemos recibido la alianza de los cristianos; pero ellos han olvidado una parte de nuestros pensamientos. Así hemos sembrado entre ellos la discordia y el odio. ¡Oh vosotros que recibísteis las escrituras, vuestro apóstol va á iluminaros acerca de la cesacion de los profetas! No direis ya: «Han cesado aquellos días en que los ministros del cielo venían á anunciaros sus amenazas y sus promesas.» Uno de ellos se halla entre vosotros, porque el poder de Dios no tiene límites. Decid: «Aunque el infierno se uniese á la tierra para producir una obra semejante al Coran, sus esfuerzos serían vanos.» Los infieles han dicho: «Nosotros no creeremos en tu mision, si no haces brotar de la tierra un manantial de agua viva, y si no bajas la bóveda de los cielos; y si no nos haces ver á Dios y á sus ángeles: si tú no edificas una casa de oro ó no

subes al cielo por una escala». Decidles: «¡Alabanzas al Muy Alto! yo no soy más que un hombre que os ha sido enviado. El Coran es la obra de Dios y confirma la verdad de las escrituras que le preceden: es su interpretacion. ¿Diréis que Mahoma es su autor? Respondedles: Traed un capítulo semejante á los que contiene y llamad en vuestro auxilio á otro cualquiera que no sea Dios..... Cada libro tiene su tiempo marcado. El Señor borra y deja subsistir lo que quiere. El original está en sus manos.»

¿Podríamos hallar en el Coran la religion que vino á fundar Mahoma? ¿Fué su doctrina enteramente nueva ó continuacion de otras conocidas? Examinado á fondo el islamismo, prescindiendo de sus errores y contradicciones, puede reducirse á la fe de Abrahan y de los profetas, ateniéndonos á lo dicho por su mismo fundador.

«Abrahan — dice el Coran — no era judío ni cristiano, era ortodoxo, musulman y adorador de un solo Dios. Los judíos y los cristianos dicen: «Abrazad nuestra creencia si quereis estar en el camino de la salvacion.» Respondedles: «Nosotros seguimos la fe de Abrahan, que rehusó el incienso á los ídolos y sólo adoró á un solo Dios.» Decidles: «Nosotros creemos en Dios, en aquél que nos ha enviado, el que ha sido revelado á Abrahan, á Ismael, á Isaac, Jacob y á las doce tribus; nosotros creemos en la doctrina de Moisés, de Jesús y de los profetas, nosotros no ponemos ninguna diferencia entre ellos y somos musulmanes.»

Si tratamos de investigar los dogmas que debe creer el musulman y los preceptos á que debe atenerse, descubriremos al momento la sencillez de su doctrina y lo limitado de sus artículos siendo su observancia por demas facilísima. «Creed — dice Mahoma á sus fieles — en un Dios único, en sus ángeles, en sus profetas, en el juicio final y en la predestinacion.» Esto en cuanto al dogma. Sus mandamientos se reducen á estos. «La ablucion, la plegaria, el ayuno, la limosna y la peregrinacion á la Meca.»

Creyendo estos dogmas y practicando estos preceptos puede el fiel musulman alcanzar el paraíso. «Los que temen á Dios — dice el Coran — y la cuenta que tendrán que dar los que la esperanza de ver á Dios hace constantes en la adversidad, que oran, que dan en secreto, en público y que

borran sus faltas por sus buenas obras, serán los huéspedes del Paraíso. Ellos serán introducidos en los jardines del Eden; sus padres, sus esposas y sus hijos que hayan sido justos gozarán de igual ventaja. Allí recibirán las visitas de los ángeles, que, entrando por las puertas, les dirán: «La paz sea con vosotros. Habeis sido pacientes, gozad de la felicidad que ha merecido vuestra perseverancia.» Los jardines de delicias bañados por ríos, estos jardines donde se hallará un alimento eterno y sombras siempre verdes, serán el premio de la piedad. Decidles: «Dios me ha mandado adorarle; yo invoco su nombre y volveré á él.» (1)

* * *

¿Qué efectos produjo el Islamismo en la civilizacion de los pueblos sujetos á su dominio? ¿Qué elementos de civilizacion contiene en sus dogmas y preceptos la religion musulmana?

Un ligero exámen de los extractos que del Coran hemos presentado á la consideracion de nuestros lectores bastará para convencernos desde luégo que la sana y racional filosofía rechaza la mayoría de los dogmas musulmanes, y como consecuencia necesaria deben rechazarse todos, desde el momento que se pruebe en una religion la falsedad de uno solo de sus dogmas, puesto que la divinidad no puede fundarse en ningun género de error.

Hablando ahora como filósofos y no como cristianos y prescindiendo de los dogmas cristianos negados por la doctrina musulmana, ¿cómo se concilia la libertad humana y se defiende la justicia de Dios con el dogma musulman de la predestinacion necesaria para el cielo ó el infierno? Sin libertad moral es el hombre irresponsable de sus actos y es injusto condenarle por un acto necesario, ó premiarle por otro que no envuelve ningun mérito.

(1) CORAN. Cap. 8, 9, 19, 47.

La moral musulmana no prescribe absolutamente nada tocante á las virtudes llamadas internas, y todo fiel puede muy bien salvarse sin la más mínima práctica de ninguna de ellas. Toda la moralidad depende para el buen musulman de la fiel observancia del ceremonial prescrito respecto á las abluciones y otras puerilidades por el estilo, siendo insuficientes para agradar á Dios la caridad más heróica ó la fe más viva, miéntras que conseguirá el paraiso yendo á la Meca ó bebiendo agua de que se haya mojado la vestidura del Profeta. Y aún hacemos gracia de la poligamia, del divorcio y otros puntos doctrinales que no queremos sujetar á las reglas del sentido comun.

Pero donde se muestra más mezquino y terrenal el Coran é indigno de la revelacion divina, es en el odio que inspira á los fieles musulmanes contra todos los que practiquen religiones distintas de la suya. «Pelead—dice en varias partes—contra los infieles (1), hasta que toda falsa religion sea exterminada; matadles sin tregua y sin compasion, y cuando los hubiéreis debilitado á fuerza de carnicería, reducid á servidumbre los que resten y agobiadles con tributos.»

Muy pocos conocimientos históricos se necesitan para saber la conducta observada por los musulmanes desde su profeta Mahoma hasta nuestros días. Antes de la invasion mahometana en África, de la que diremos dos palabras, existían allí veinte mil ciudades, ¿cuántas quedan? En estos mismos momentos ha corrido ya sangre europea en Egipto por el fanatismo musulman que sólo Dios sabe cómo y cuándo se contendrá. ¡Qué baldon para las naciones que se titulan civilizadas!

La religion musulmana tiende por su naturaleza misma al embrutecimiento de sus sectarios: este es su único resultado inmediato; el único fruto que ha producido donde quiera que se ha establecido. La sola degradacion de la mujer, porcion la más débil y hermosa del linaje humano, bastaría para hacer abominable la religion que se complace en cubrir de miseria y vergüenza á seres débiles pero que deben ser queridos y respetados, prescin-

(1) Son infieles para el musulman todos los que no sean musulmanes.

diendo aún del baldon de la esclavitud que sostiene en todas las regiones donde impera. Y ponemos aquí punto por no reproducir ideas emitidas ya en su lugar oportuno acerca de la actual civilizacion árabe.

¿Progresa la sociedad musulmana?

Embarazosa pregunta nos hemos hecho; y no por la dificultad de contestarla, sino por la de explicarla. Sin vacilar, sin tomarnos un momento de reflexion siquiera, podemos contestar negativamente, y sin restriccion ni salvedad ninguna. El árabe es hoy lo que era doce siglos atras, y no aventuraríamos mucho diciendo que es hoy lo que será de aquí otros tantos si subsiste su raza.

Mucho es lo que ha hecho el siglo actual para introducir sino la civilizacion europea, mejorar á lo ménos la desgraciada condicion de aquel pueblo compuesto de tantas razas á cual más desgraciadas; pero hasta ahora ha sido imposible arrancarle al musulman el carácter eminentemente religioso que informa, dirige y prescribe todos sus actos. Y esto es la causa de su inmovilidad.

El árabe contempla impasible los adelantos de los pueblos que le rodean, examina indiferente la civilizacion que quiere entrársele en su casa por mil distintos medios: recuerda la doctrina de su Profeta, y no hay medio humano de infiltrarle ningun progreso, de hacerle adoptar ningun adelanto por útil que sea. El tiempo es factor desconocido para el árabe: hoy es el mismo de doce siglos atras: el Coran es hoy lo que era entónces, y el musulman es la hechura de su código. Si hoy no emprende matanzas como entónces, deben los pueblos cultos agradecerlo á la diversidad de razas que forman el imperio musulman, y á las reducciones que ha sufrido, desmembrándose, dicho Imperio; y á pesar de esto no están lejanas las matanzas de Damasco, Siria y otros puntos en estos últimos años, y más recientemente la ahora comenzada en Alejandría de Egipto á la vista de dos poderosas escuadras europeas.

Si la inmovilidad es la muerte, parece que debiera ya haber desaparecido el imperio musulman, sobre todo en la parte correspondiente á Europa. La observacion es exacta, y dada la causa es indefectible el efecto. El Im-

perio musulman desaparecerá más ó ménos pronto de Europa; pero desaparecerá, para relegarlo al sitio de donde no debiera haber salido nunca: la misma diversidad de razas que lo componen coadyuvará á su relegacion al Asia: sus límites actuales son ya ménos extensos en Europa de lo que eran pocos años há; pero el islamismo no se acorralará sin derramar como siempre sangre cristiana ó judía, que poco le interesa; pero su despotismo no retrocederá sin hacer supremos esfuerzos en su agonía comenzada ya hace años.

Hagamos aquí alto y sigamos el camino abierto por el islamismo despues de la muerte del Profeta.

Muerto éste, quisieron los jefes de las tribus restablecer el antiguo gobierno, y los fugitivos de la Meca y los auxiliares de Medina quisieron elegir á dos califas independientes. Aplacóse el tumulto poniéndose Omar bajo las filas de Abou-Bekr; pero Alí, primo y yerno de Mahoma, se negó por algun tiempo á reconocerle. Abou-Bekr continuó la guerra santa comenzada por Mahoma, y llamó á ella á todas las tribus árabes. Dos ejércitos envió entónces la Arabia; el uno contra Siria, el otro contra las regiones bañadas por el Éufrates, al mando de Kaled.

Á partir de este momento se atrae el islamismo el odio de todas las personas sensatas, porque en vez de apelar á la persuasion para la conquista de los pueblos que intentaba reducir á su religion, recurrió á la conquista, al exterminio, dejando en pos de sí la desolacion y la muerte. Bien es verdad que Abou-Bekr había recomendado al ejército que operaba en Siria que no quemase las palmeras, ni asolase las campiñas, que fuera fiel á su palabra, que perdonara á las mujeres, á los niños y á los viejos, que guardara respeto á los mensajeros de paz é invitase á los pueblos á convertirse ántes de combatirlos; pero de todos modos la guerra era el último término de las razones.

Á los estragos causados en Asia por los mahometanos siguiéronse los de África, y muchas provincias de ambos puntos quedaron sujetas al vencedor. Palestina, Siria, Fenicia, Persia y Egipto sucumben á las huestes musulmanas que cometen los más inauditos desafueros para derrocar la cruz del

Cristo y sustituirla con la media luna del Profeta. En ménos de veinte años ondea el estandarte verde del Islam desde las orillas del Axus hasta el interior del África inclusa toda la region de Trípoli, y á no haber sobrevenido algunas rebeliones y disgustos intestinos en la nacion árabe, sabe Dios á dónde habrían alcanzado sus armas victoriosas.

Prescindamos de las divisiones que podríamos llamar de familia, demos de mano todas las conquistas llevadas á cabo por los árabes, y fijémonos en la que más directa é inmediatamente nos interesa: la invasion de España por los sectarios de Mahoma.

* * *

No hemos de investigar si los árabes penetraron en España abriéndoles sus puertas la traicion ó la venganza. La historia rastrea sin grandes resultados lo que da por cierto la leyenda, pero á nosotros nos basta consignar el hecho, y este es que en el año 711 emprendieron los árabes y consiguieron en gran parte la conquista de España. La facilidad de la conquista merece estudiarse, y para ello necesitamos una mirada retrospectiva.

Cuando Tito, cumpliendo los decretos de la Providencia, destruyó el templo de Jerusalen, dispersó tambien los judíos que no perecieron entre los horrores del sitio, repartiéndolos por todas las provincias del Imperio romano. Esta dispersion condujo á España muchos judíos que continuaron habitando en la península durante las distintas invasiones que sufrió.

Sabemos ya que Trajano y Adriano, españoles, mandaron hacer inmensos trabajos en España, llenándola de puentes, acueductos y abriendo gran número de carreteras.

Imperando Valeriano vióse la península asolada por los francos, quienes, despues de haber asolado el sud de nuestro país pasaron á devastar el norte de África.

Miéntras tanto iba España convirtiéndose al cristianismo, y á medida

que se establecía la nueva religion, aumentaban los odios religiosos entre españoles y judíos.

Al cristianizarse la España, no descuidaba progresar en la civilizacion, y ya sabemos que al sufrir las grandes invasiones de los bárbaros, pasaron sus conquistadores á la condicion de vencidos, por imponerles los españoles el yugo de su civilizacion por medio del cristianismo á que les convertían. Sobre todo, los sacerdotes contribuyeron mucho á suavizar los feroces instintos de los bárbaros, y es sin disputa uno de los periodos más bellos del cristianismo en España aquel en que «sus obispos se respetaban á sí mismos, y eran respetados por el público, y la regular disciplina de la Iglesia introdujo la paz, el órden y la estabilidad en el gobierno del Estado (1).»

No se crea por esto que los bárbaros, convertidos al cristianismo, dieran días de gloria á su nueva patria; muy al contrario, la conveniencia, más que la conviccion, les hizo ingresar en el cristianismo que procuraron bastardear siempre con incesantes errores, á fin de amoldarlo á sus exigencias. Los errores de los gonsticos y el arrianismo encontraron numerosos prosélitos en España. La heregía de Prisciliano hizo derramar tambien muchas lágrimas á la Iglesia; porque, no contento el heresiarca con la admision del principio propio de los maniqueos, consideraba el matrimonio como un lazo inmoral, abogando porque se siguiese en todo la ley natural, obedeciendo cada uno los impulsos del propio deseo.

Continuando la mirada retrospectiva, necesaria para el cabal conocimiento del periodo que debemos estudiar, conviene advertir que España no conocía lo que llamamos ahora la unidad nacional. Sin que los Pirineos sirvieran de barrera á los enjambres de bárbaros que se lanzaron desde el norte de Europa sobre el suelo español, penetraron aquí los alanos, los suevos y los vándalos, los burgondos, los salios y los silingos, atraídos todos por el cebo del saqueo, no perdonando nada y pasándolo todo á sangre y fuego.

Para completar el estudio de los cambios ocurridos con las invasiones,

(1) GIBBON. *Historia de la decadencia y caida del imperio romano*, cap. 38.

conviene saber que los bárbaros se repartieron sus conquistas echando suertes sobre ellas, tocando la Bética á los vándalos, la Lusitania á los alanos y Galicia y Asturias á los suevos. Las restantes provincias continuaban aún en poder de los romanos.

Miéntras tanto el emperador Honorio había cedido la Galia y España á los godos; porque, despues de haber invadido el imperio se habían hecho sus defensores, y entónces fué cuando Ataulfo, sucesor de Alarico, tomó por esposa á Placidia, hermana de Honorio, para robustecer la alianza entre los dos. La dominacion de Ataulfo se concretó al litoral del Mediterráneo desde los Pirineos al Ebro.

Cinco diferentes pueblos se repartían la soberanía de España; pero algunos de ellos se destrozaban mútuamente con guerras intestinas por la insaciable sed de codiciosos tumultos que les animaba.

Como consecuencia de estas agitaciones, el pueblo godo predominó entre todos, y en este predominio debe fijarse el historiador de la civilizacion española en aquel periodo revuelto y de tan difícil estudio, por los muchos elementos que entran en la cuestion compleja y enmarañada ya de suyo.

Sabemos de antemano el caso que debemos hacer de la religiosidad en general de los godos. En cuanto á su moralidad, es notorio que el regicidio formaba como una parte de sus costumbres, para decidir ó resolver las cuestiones dinásticas que se les presentaban, ó que ellos planteaban con sus veleidades políticas.

Cónstanos tambien que el clero encauzó repetidas veces las corrientes desviadas de la barbarie no dominada aún de aquel pueblo de instintos guerreros y sanguinarios, y ojalá que, prevaliéndose de su natural influencia, la hubiese empleado siempre en soluciones las más desinteresadas, dignas y nobles, teniendo siempre por norma—que no fué así—la religion y la monarquía.

La civilizacion de la monarquía goda en España prevaleció sobre todas las demas y adelantóse á todas en literatura y artes, sin que en toda Europa existiera otra igual; y esta excelencia única habría llegado á su mayor apogeo desde sus mismos principios á no haber sido la disidencia en materias

religiosas por efecto de las heregías, que, de vez en cuando, saliéndose de la calma de la discusion, llegaban los conflictos á originar verdaderas persecuciones contra los católicos.

Por fortuna, la conversion del rey Recaredo al catolicismo fué de gran trascendencia por los muchos beneficios que produjo al reino godo, destrozado hasta entónces por las divisiones religiosas; porque, si bien podría alegarse que los reyes arrianos toleraban el catolicismo y sus actos exteriores, era más por efecto de gracia que por justicia que se le dispensara, y sin evitar empero los arrebatos que producía la verdadera persecucion, segun acabamos de consignar.

El triunfo del catolicismo produjo su reaccion contra sus enemigos y en especial contra los judíos, apelando á medios violentos que se registran en el Fuero Juzgo. Calificando los hechos con imparcial criterio, como debe hacerlo el observador sereno y justo, no cabe imputar á los hombres, sino á las épocas y á las circunstancias los ejemplares de intolerancia que nos presenta el catolicismo español de aquellos siglos, y, al hablar así, podemos citar con orgullo la autoridad de san Isidoro, gloria de España en todas épocas, quien desaprueba en alto grado la conducta del rey Sisebuto, que á raíz de su reinado obligaba forzosamente á los judíos á que abrazaran el cristianismo, diciéndole ademas que debía convencerles con la verdad, pero no forzarles con el terror y autoridad.

Vemos pues que el clero español no aprobaba la conducta del rey; no sólo no la aprobaba, sino que la censuraba diciéndole, ademas, los medios que debía emplear y los que debía desechar para lograr su objeto, y vemos ademas por este y otros motivos que dejamos alegados que no estaba la violencia de parte de la Iglesia española sino de la raza goda que, si bien aclimatada en España, conservaba entera todavía la fiereza de sus padres; y vemos asimismo que el clero, cumpliendo fielmente su mision de paz y mansedumbre, supo cooperar eficazmente á la ilustracion de los bárbaros, estableciendo armonía y órden en la sociedad en la que vivía.

Hemos dicho ya que la monarquía goda fué la más culta de todos los pueblos europeos contemporáneos, y dicho se está con esto que la disciplina

eclesiástica goda, la constitucion política y legislacion civil siguieron paralelamente, siendo tambien superiores á las de las demas naciones contemporáneas. En lo eclesiástico convocaban los monarcas godos los concilios nacioles y los confirmaban; nombraban y removían obispos, erigían y suprimían sedes episcopales, instituían tribunales para llevar á ejecucion las decisiones canónicas de los concilios, y expedían todas las providencias que juzgaban convenientes para el sostenimiento y conservacion de la disciplina eclesiástica.

Permítasenos una digresion.

Extrañarán algunos, los que no estén muy versados en materias de disciplina eclesiástica de los primitivos tiempos del cristianismo, lo que decimos aquí, fundados en autoridades respetables, acerca de la economía eclesiástica de la iglesia española en tiempos de los reyes godos.

Los que se hallan prevenidos contra esto han de saber ó recordar que no deben creer que todas las cosas de institucion divina fueron mandadas al momento por los apóstoles, sino que las establecieron segun lo iban exigiendo las circunstancias y las necesidades de la Iglesia. Áun en las cosas de fe que dejó el Señor para que sus apóstoles las estableciesen en su Iglesia tiene esto su aplicacion, porque había unas que debían publicarse y ordenarse luégo de anunciado el Evangelio, miéntras que otras no debían mandarse ni proponerse sino dada su oportunidad ó cuando lo exigiese la necesidad; así por ejemplo: la Trinidad de las divinas personas se declaró desde el principio de la Iglesia, ya por la forma del Bautismo, ya por otras y en distintas ocasiones, miéntras que la perfecta igualdad de dichas tres personas no se manifestó ni reconoció por todo el cristianismo sino andando los siglos, segun á ello obligaban las heregías que se iban sucediendo por la necesidad de examinar y aclarar las tales doctrinas.

La regla pues á que deben atenerse los profanos en materias como la que estamos tratando, es distinguir exacta y claramente la institucion divina de la ejecucion de aquellas mismas cosas que son de institucion divina; cuya distincion debe tenerse mayormente en cuenta en lo perteneciente al gobierno exterior de la Iglesia, que depende de circunstancias, de tiempos y lugares y otras que no podemos precisar de momento.

Y uno de los puntos donde se ve más la necesidad de la distincion de que hablamos es en la que existe entre los Obispos y los presbíteros que no introdujeron los apóstoles desde luégo, y tambien en el establecimiento de los Obispos en las ciudades, que es todavía mas posterior.

Segun autoridades tan respetables como San Jerónimo, ocupándose en una antigua tradicion citada por el historiador Eusebio, referida por Apolonio, de principios este del siglo tercero, y aprobada por los Bolandos, no debían los apóstoles, segun mandato dado por Jesucristo al subir á los cielos, alejarse de Jerusalen hasta pasados doce años. Teniendo esto presente es por demas claro que los fieles cristianos quedaban reducidos durante todo aquel espacio de tiempo al territorio comprendido por la Palestina, por lo que, siendo corto el número de fieles, corto debía ser tambien el número de ministros para atender á sus necesidades espirituales.

Partiendo de este fundado supuesto, los apóstoles consagrarían sólamente Obispos, ya que debía bastar uno solo en una ciudad ó lugar de la iglesia entónces naciente; pero debía necesariamente estar revestido de toda la autoridad y poder necesarios á una iglesia, á saber: bautizar, confirmar y administrar todos los sacramentos como un obispo de nuestros tiempos. Dispersos ya los apóstoles, y en aumento el número de fieles, ordenarían presbíteros los Obispos, pero no estando estos asignados á ninguna iglesia en particular, pero sí destinados á carreras apostólicas por diversos países; ó si estaban asignados á una iglesia particular, sería esta metrópoli de una vasta extension de territorio, tendrían necesidad de presbíteros que les ayudaran á gobernar su iglesia viviendo de comun acuerdo.

Con el aumento del número de los fieles, y, de consiguiente, con el aumento tambien del número de Obispos y presbíteros, por la ambicion de estos, se originaron divisiones y cismas, que pusieron á los apóstoles en el caso de colocar Obispos en las iglesias que, gozando de amplia autoridad sobre los otros sacerdotes de segundo órden que debían estarles subordinados, pudieran alejar las discordias y los cismas. Y esto era lo primariamente instituído por Jesucristo para que subsistiera más fácilmente la unidad en su Iglesia; pero los apóstoles no lo realizaron, segun dice San Jerónimo, hasta

que el tiempo de una parte y la propagacion de la fe, de otra, les obligó á ello.

Así se explica tambien la introduccion en la Iglesia de los metropolitanos. Para conservar la unidad entre los sacerdotes de segundo órden hemos visto instituído un Obispo solo en cada iglesia, y para conservar esta misma unidad, carácter esencial de la Iglesia de Jesucristo, nombraron los mismos Apóstoles, entre los varios Obispos de una misma nacion, uno que los presidiere y ejerciere superioridad á todos los demas. Timoteo y Tito enviados respectivamente por san Pablo á Èfeso, para presidir toda la Iglesia del Asia, y á Candía, para cuidar de las cien ciudades de dicha isla, prueban la institucion apostólica de la prerogativa de la jurisdiccion y de potestad de un Obispo sobre otros, demostrándonos tambien este hecho que los apóstoles desenvolvían poco á poco la economía de la Iglesia prescrita por Jesucristo.

Siguiendo en este órden de ideas y, andando el tiempo, se dividió en varias clases la dignidad de metropolitano, tomando nombres que no tenían en el lenguaje humilde y celestial de los apóstoles: y así vemos llamarse vanidosamente Arzobispos, Primados, Exarcas y Patriarcas, siguiendo el órden de subordinacion indicada por las mismas palabras, á saber: los Arzobispos á los Primados, estos á los Exarcas y estos á los Patriarcas.

La buena armonía que reinaba entre la iglesia española y los Pontífices romanos hacía que estos tolerasen, sin reclamacion por entónces, los actos de los reyes godos de España en lo tocante á los asuntos eclesiásticos, presididos por los concilios provinciales, que tanto lustre dieron á los primeros siglos de la Iglesia Española. Los romanos pontífices, durante muchos siglos y por justas razones fáciles de comprender, no desarrollaron, como podían, su Primado; pero no obsta esto contra su derecho de institucion divina, como se alcanza al ménos entendido en la materia.

Hechas estas aclaraciones, necesarias para no pocos lectores, continuemos la exposicion de las prerogativas de los reyes godos en España.

No debemos recordar que los tales reyes eran electivos, y esto no obstante tenían la suprema jurisdiccion civil y criminal, eran libres para declarar la guerra y hacer la paz; disponían del ejército y convocaban juntas

nacionales (lo que ahora llamaríamos Córtes) para imponer, de acuerdo con ellas, nuevas contribuciones y hacer nuevas leyes.

El principio de la libertad individual estaba arraigado en las costumbres godas que trajeron á España desde sus salvajes regiones. Otro de los principios, hijo de este, de aquel pueblo libre, sancionado por inveterada costumbre suya, aunque no forme parte de sus códigos escritos, es lo que se llamaba el *regium conventum*, que, en la España goda, lo constituyen los prelados y magnates, aunque con asistencia de todos los hombres libres. De ahí traen su orígen los célebres concilios de Toledo, tan fecundos en grandes cosas y tan gloriosos para España.

Concordando esto con lo que poco há hemos dicho, no queremos omitir aquí la cita de una autoridad competente que dará más fuerza á lo dicho por nosotros.

«Hemos visto algunas veces, dice el historiador Morales, y veremos mucho más de aquí adelante cómo los reyes godos, ellos solos sin más consulta del Papa, mandaban convocar concilios nacionales, juntándose en ellos todos los obispos de su tierra. Entraban tambien por costumbre y casi por ley en el concilio hartos Grandes de la corte y casa real; y allí se ordenaba con consejo de ellos lo que convenía para la fe y para todo lo de la religion. Y esto es más de maravillar viendo cómo asistían en muchos de estos concilios prelados de grandes letras y santidad, como San Leandro y sus hermanos, San Ildefonso y otros, y que los reyes de aquí adelante eran ya católicos y no arrianos. Tambien vemos como los reyes ponían y quitaban obispos por su sola voluntad y por harto livianas causas, sin hacer jamas mencion del Papa en cosa ninguna de estas ni otras semejantes. Por esto somos forzados á creer que como los godos entraron en España siendo arrianos sin reconocer la sede apostólica de Roma, ni estarle sujetos, proveían y ordenaban en todo lo eclesiástico absolutamente, y como querían. Despues ya cuando agora recibieron la fe católica, quedáronse en aquella su posesion que primero tenían y llevábanla adelante. El Sumo Pontífice disimulaba en esto, y dejábalo pasar regalando aquella fresca y tierna cristianidad en los godos con no pedirles con rigor lo que pudiera, por no alterarlos y meter en ellos algun mal

alboroto con que se derribaran los buenos fundamentos del edificio espiritual; esperando en Dios que ya despues cuando se fuese más levantando la nueva fábrica, se podría afirmar con toda la buena institucion cristiana que se le pedía y debía pedir (1).»

Esta convocatoria que el rey estaba obligado á dirigir á los prelados, como representacion del clero, y á los magnates, á fin de oir su consejo en todos los negocios del Estado que revestían cierta gravedad, hacíase con el prudente objeto de evitar que las muchas facultades concedidas al rey le llevaran al despotismo.

La civilizacion en España recibió reformas é innovaciones muy trascendentales y distintas tambien de otras naciones europeas: no tenía ya la democracia del tiempo de la república romana, pero tampoco sentía el yugo despótico de la época de los emperadores. Los godos supieron huir ambos escollos, dándose un código de leyes civiles que ha hecho decir al historiador de la decadencia del imperio romano lo siguiente:

«Permitieron los visigodos á sus súbditos de España y Aquitania el uso de las leyes romanas miéntras les bastaron para gobernarse las rudas costumbres de sus pasados. El progreso gradual en las artes, en la cultura, y despues en la religion, les estimuló á imitar y abolir despues aquellas instituciones extranjeras, formando un código de jurisprudencia civil y criminal para uso de un pueblo grande y unido. Impusiéronse iguales obligaciones y concediéronse unos mismos privilegios á las diversas castas de la monarquía española; y renunciando insensiblemente los conquistadores á su idioma teutónico, sometiéronse á las máximas restrictivas de la equidad, é hicieron á los romanos partícipes de la libertad. Resalta aún más el mérito de esta conducta imparcial considerando la situacion de España bajo la dominacion de los visigodos. Los pueblos vencidos permanecieron mucho

(1) *Crónica general de España;* lib. 12, cap. 3, núm. 5, (a).

(a) Á propósito de este y otros derechos es muy conveniente recordar la tan sabida como profunda máxima de un autor muy competente y nada sospechoso, por pertenecer á lo que se llamó iglesia anglicana, que dice textualmente: «Aliud est jure aliquo semper non uti, aliud jus illud non habere: in quo viri alioquin eruditi hallucinati sunt, qui substantiam juris á perpetuo et non interrupto ejus usu non distinguunt.» (1).

(1) NATAL ALEJANDRO. *Historia eclesiástica*, siglo IV, disert, XX, prop. I.

tiempo separados de sus conquistadores por la irreconciliable diversidad de religion. Y áun despues que Recaredo hubo ya removido con su conversion la antipatía de los católicos, tenían ocupadas las costas del Mediterráneo y del Océano los emperadores de Constantinopla, quienes excitaban secretamente al pueblo descontento, para que sacudiese el yugo de los bárbaros, recuperando el nombre y la dignidad de los ciudadanos romanos. Es innegable que el medio mejor de asegurar la obediencia de unos súbditos sospechosos es la persuasion en que están ellos mismos de que van á perder más que á ganar en una revuelta; sin embargo, es tan natural oprimir á quien se teme y aborrece, que el sistema contrario merece las alabanzas de la moderada sabiduría (1).»

Esto no obstante, eran los godos ambiciosos por carácter propio y por el ejercicio de las armas, y el principio tan desarrollado en cada uno de ellos de la libertad individual les hacía creer á cada uno de ellos superior á los demas. No querían deber el pan que comían al sudor de su frente y preferían debérselo á la sangre derramada en los campos de batalla; por esto su dominacion en territorio de España no debe en buena lógica considerarse española sino extranjera, y esto explica la perpétua servidumbre de los habitantes de España durante la dominacion goda.

Suspiraban los hispano-romanos por sacudir el yugo que tanto les pesaba y oprimía, y con su marcada, que no disimulada hostilidad, cooperaron eficazmente á la caída del trono godo en la península ibérica cuando la invasion agarena.

* * *

En las leyendas y tradiciones de los pueblos deben verse algo más que meros entretenimientos de la imaginacion y consejas de abuelas. Hay en

(1) GIBBON. *Historia de la decadencia y caida del Imperio romano:* cap. 38.

ellas estereotipado el carácter nacional ó local, segun es la leyenda, y el crítico, y el historiador y hasta el filósofo tienen no poco que meditar en sus delirios ó ficciones. En las leyendas y tradiciones, despojadas del ropaje con que las engalana la imaginacion sobreexcitada del vulgo, debe descubrirse las más de las veces el fondo constitutivo de la historia.

La invasion árabe en España tiene su hermosa leyenda, con sus ribetes de profecía, y no queremos privarnos del gusto de ponerla aquí, por si acaso la desconoce alguno de nuestros lectores. Dice así:

Cuando los árabes se presentaron en España, rezan las crónicas, había ya algun tiempo que corrían extraños rumores por toda la Península que anunciaban grandes trastornos. Segun estas creencias, existía en Toledo un antiguo edificio llamado Casa de Hércules, objeto de siniestras predicciones para el atrevido mortal que en él penetrase. Quiso el rey Rodrigo saber lo que contenía esta misteriosa morada, y luégo de penetrar en ella se encontró con una caverna cerrada con una puerta de cobre. Al abrirse, temblaron las montañas próximas, y el trueno retumbó en las bóvedas del firmamento. Rodrigo, empero, continuó su investigacion hallando al fin una sala donde había colocadas varias estátuas con trages desconocidos, aunque semejantes á los usados por los hombres del Oriente. Todas tenían alfanges desnudos en las manos y en la hoja de varios de ellos estaban grabadas estas palabras que interpretó un judío: «Es llegado el último día para la España.» La imaginacion popular se representaba de esta manera fantástica el grande suceso de la invasion árabe.

¿Fué motivada esta invasion? La bella Oda de Fray Luis de Leon, titulada: «La profecía del Tajo», revela delicadamente la causa de la desoladora invasion; pero un poeta, por más que arranque sublimes acentos de su inspirada lira, no es una autoridad histórica. Celebremos la hermosa poesía; pero prescindamos de las causas en ella consignadas.

Periodo escabroso para historiarlo es el que se nos presenta ahora en sus comienzos. Con el cadáver de Rodrigo envuelto en su manto regio desaparecieron á la vez su cetro, su corona y la monarquía, mal defendida por los españoles que la odiaban.

Los reyes godos caminaban mal camino entre asesinatos y toda clase de crímenes para apoderarse de las gradas del trono manchadas de contínuo con sangre, que lo hacían odioso y repulsivo.

La invasion agarena pudo extenderse en España merced á la indiferencia de sus habitantes que veían satisfechos la desaparicion de la raza goda. Para colmo de contraste, el yugo árabe fué suave para los cristianos y mucha parte de estos se sometieron gustosos á los vencedores y hasta se mezclaron con ellos tomando de ahí el nombre de mozárabes.

La civilizacion, por otra parte, no tuvo motivos para sentir el cambio de dominadores. Si los godos tuvieron leyes y procedimientos fáciles de amoldarse á las costumbres de los ibero-romanos, los árabes por su parte cuidaron inmediatamente del cultivo de los terrenos conquistados y poblacion de los territorios despoblados por la guerra, y organizaron la administracion de su nueva conquista.

La moderacion y habilidad política del primer gobernador árabe en España en nombre del califa de Damasco y su matrimonio con la viuda del último rey godo, Egilona, contribuyeron eficazmente al logro de hondas simpatías entre vencedores y vencidos, preludiando de este modo el grandioso é inolvidable periodo de civilizacion árabe, el más brillante y legítimo que obtuvo el islamismo en todas sus manifestaciones artísticas, científicas y literarias.

La civilizacion goda luminosa y espléndida, paralizó de momento su desarrollo al aparecer los hijos del Islam; pero recobró luégo su vigor y preponderancia haciendo de España el centro del saber y de todo el movimiento de cultura que desde aquí se propagó á toda Europa.

*
* *

Retrocedamos hacia Oriente, por un instante; veamos el poderío y la gloria literaria del califato que tenían allí establecido, y sabremos cuál era

la civilizacion que vino á España á la sombra del estandarte verde del Profeta.

Abul-Abas fué el primer califa de la dinastía de los Abasidas. Siguiendo el uso observado en Oriente, estableció su nueva dinastía en una nueva capital y se fijó en Kufá; pero, Almanzor fué el verdadero fundador de la capital de los Abasidas estableciéndola en Bagdad, situada en la confluencia del Éufrates y del Tígris. Almanzor era hermano de Abas y mostróse á menudo cruel á fin de asegurarse en el trono. La separacion definitiva de los califatos de Bagdad y de Córdoba, fundado este por Abderraman, fué una de las causas que contribuyeron á terminar los disturbios intestinos.

Almanzor fué el primer califa que protegió las ciencias y comenzó la ilustracion literaria de los árabes; pero el reinado más brillante de la dinastía Abasida fué el de Harun-Alraschid que ha quedado en el recuerdo de los árabes como el periodo más brillante de su historia.

«Jamas, dice un historiador árabe, gozó el estado de mayor esplendor y prosperidad; jamas fueron más apartados los límites del imperio de los califas; ni jamas reunió la corte mayor número de sabios, poetas y personajes de alto mérito. En efecto, el cultivo de la literatura árabe que había comenzado Almanzor, se continuó con brillantez durante el reinado de Harun. Los sectarios fanáticos del profeta, los sucesores de los bárbaros que tantos estragos causaron en Alejandría de Egipto, emprendieron el estudio del griego y se pusieron á traducir sus libros. Por este medio aprendieron los árabes los elementos de las matemáticas, de la medicina, de la astronomía, de la historia natural y de la filosofía; pero los progresos que hicieron muy pronto en todas las ciencias les convirtieron de discípulos en maestros y les dieron tal desarrollo como no lo habían tenido igual hasta entónces. Los griegos se habían ocupado especialmente de las artes, de la literatura y de la filosofía, y los árabes se ocuparon principalmente de las ciencias, preparando al propio tiempo los instrumentos de que debía servirse el espíritu humano, al fin de la edad media, para lograr de nuevo su independencia.»

No se crea, sin embargo, que entre la degradacion de la monarquía goda estuvieran sumidas en la ignorancia todas las clases sociales en Es-

paña. La historia, certificada por infinitos hechos, nos revela la existencia entónces de un clero modelo de saber y virtudes. Los Concilios y los escritos que se conservan, demuestran el alto grado de ciencia á que había llegado el benemérito clero español de aquella época, conforme lo atestigua por todos el profundo saber de San Isidoro, varon ilustre, honra de la iglesia española y uno de sus más preclaros doctores, orador y alma de todos los concilios á que asistió ó presidió. Profundamente versado en el griego y el hebreo había estudiado todas las obras escritas en ambos idiomas. Escribió entre muchísimas obras que no podemos mencionar aquí, una crónica ó historia que empieza en la creacion del mundo y llega hasta el año 626 de Jesucristo, la historia de los reyes godos, vándalos y suevos; las Etimologías ú Orígenes, recopilacion del estado en que se encontraban las ciencias en el siglo VII y un Tratado de la Naturaleza de las cosas, dedicado al rey de los godos Sisebuto. Fué ademas San Isidoro el restaurador de los estudios en su patria, despues de haberla ilustrado él con sus trabajos, y fué tambien el conservador de la más pura disciplina eclesiástica, que observaba religiosamente todo el clero, trabajando todos muy eficazmente en la conversion de los visigodos infectados con la heregía de Arrio, teniendo la inmensa satisfaccion de ver coronada su obra, por su infatigable celo y trabajo, en los reinados de Recaredo, Liuva, Viterico, Gundemaro, Sisebuto y Sisemundo.

Un hecho probará, más que todo, el profundo saber de San Isidoro y la fama que tenía adquirida en todo el mundo cristiano.

Gregorio, obispo de la secta de los acéfalos (1) deseoso de hacer triunfar su doctrina con la derrota del doctor más sabio de la Iglesia católica, fijó sus ojos en Isidoro, bien persuadido de que vencido éste, quedaba derrotado todo el catolicismo. Desde Siria emprende expresamente un viaje á España y entabló una discusion pública en el concilio de Sevilla presidido

(1) Dábase este nombre á unos herejes que no admitían las dos naturalezas en Jesucristo, ni las decisiones del concilio de Calcedonia. Eran discípulos de Eutiques, sacerdote y abad de un monasterio de Constantinopla, que pretendía no haber más que una naturaleza en Jesucristo. Estos herejes fueron condenados en un concilio de Constantinopla y en el general de Calcedonia; pero, á pesar de esto, subsiste todavía su secta en algunos puntos de Oriente.

por Isidoro. Resultado de esta empeñada discusion fué lograr el prelado sevillano convencer de su error á Gregorio y de la falsedad de la heregía eutiquiana, pero con tal copia de razones, que no tan sólo quedó plenamente persuadido de las falsas ideas que abrigaba el obispo hereje, sino que abjurando en el momento mismo sus doctrinas, abrazó la fe católica.

Pero volvamos á los árabes.

Á estos se debe casi la creacion de las ciencias naturales, la astronomía, la química, la medicina, las matemáticas, el álgebra, la industria, las artes mecánicas, cuyos progresos revelan el esplendor de Bagdad, Ispahan, Kufá, Damasco, Córdoba, Granada y otros puntos.

Oigamos á un poeta cortesano cantar las maravillas del palacio de Almanzor, califa de Córdoba.

« ¡Qué bello es el palacio que ocupas y cuya grandeza es ilustrada por tu gloria! ¡Ese palacio! si con un rayo de su luz tocaras los ojos de un ciego, volveríase con vista clara á su casa. El viento de ese palacio sale de la fuente de la vida y reanimaría los huesos de los muertos. Hace olvidar el brebaje de la mañana y la voz de las hermosas cantantes. Su elevacion es superior á Cawarnak y Cedir. En vano habrían trabajado, para construirlo, los antiguos persas que levantaron gigantescos monumentos.

»Muchos siglos vieron los griegos, pero no hicieron para sus reyes una habitacion semejante ó comparable.

»¡Sí! tú nos recuerdas el paraíso, cuando nos muestras esos salones inmensos de bóvedas altas. Al verlas, multiplican los fieles sus buenas obras, y esperan el jardin celestial y los vestidos de seda. Los pecadores enderezan sus sendas extraviadas, y hacen buenas obras por expiacion.

»Es un nuevo cielo entre los siete cielos; puede menospreciar el brillo de la luna llena; porque ve sobre su esfera levantarse el astro de Almanzor. Creo soñar en el Paraíso, cuando veo en este palacio la magnificencia de tu corte. Cuando los esclavos abren sus puertas, por el rechinamiento de sus goznes sonoros, parecen desear la bienvenida á los que imploran tu favor. Unos leones muerden las argollas de esas puertas, y murmuran en sus fauces:

«Dios es grande.» Están agachados, pero dispuestos á devorar al que se acercara al umbral sin ser llamado.

»El pensamiento, sin trabas, se remonta para alcanzar tanta grandeza, pero cae abrumado por su impotencia.

»El mármol blanco de los patios parece un suave tejido, un mosáico de perlas brillantes. Creeríais que la tierra es de almizcle: exhala su aroma y sabor. Cuando fenece el día, puede este palacio reemplazarle y devolver la luz al comenzar la noche.»

Si el lector no ha olvidado que Mahoma, al igual que Moisés, prohibió á sus creyentes todo lo que tendiera á representaciones de formas humanas y animales, podrá formarse una idea de la riqueza de adornos que reuniría el palacio de Almanzor cantado por el poeta árabe, cuando tan vivamente afectaba su imaginacion.

Recordemos aquí, para dar fundamento á los adelantos de los árabes, que Aroun-el-Raschid, ó el Justiciero, califa sucesor de Hadi, en el año 170 de la hegira, ó sea el 786 de Jesucristo, mezcla informe é incomprensible de buenas y malas cualidades, fué decidido protector de las letras é hizo pasar á los árabes todas las riquezas literarias de los griegos, por medio de las traducciones que mandó hacer de sus mejores obras.

La figura de Aroun-el-Raschid merece que nos detengamos un momento en su presencia por lo mucho que se relaciona con la civilizacion del Oriente y del Occidente.

Hemos dicho ya que era una mezcla informe é incomprensible de buenas y malas cualidades. Como esparcía el terror entre sus enemigos, derramaba los beneficios entre sus pueblos; pero, pérfido, caprichoso é ingrato, sacrificó los derechos más sagrados del reconocimiento, de la rectitud y de la humanidad, á la injusticia de sus desconfianzas y á la extravagancia de sus gustos. Los historiadores árabes dicen que hizo ocho ó nueve veces la peregrinacion á la Meca, y que los años que no pudo efectuarla, envió en su lugar á trescientos peregrinos vestidos por su cuenta, pagándoles los gastos del viaje.

Sus peregrinaciones al sepulcro del Profeta nos las pintan sus historiadores como paseos de recreo y esplendidez al traves del desierto. Los pueblos

deslumbrados ante su magnificencia le ven pasar como un torrente que derrama beneficios y oro y liberalidades. No satisfecho con los placeres del cuerpo se proporciona los del alma, haciéndose acompañar por poetas cuyos cantos escucha entusiasmado alternándolos con los discursos de los sabios y las disertaciones de los filósofos, disfrutando así de todos los placeres que puede apetecer la más exigente curiosidad humana, provista de recursos de todo género.

Habiendo llegado hasta su noticia la gran fama de Carlomagno, emperador de los francos, le envió el año 183 (799 de Jesucristo) una embajada con un presente singular. Era un reloj movido por agua, de los llamados clepsidra. Componían el cuadrante, formando la division de las horas, doce puertas pequeñas, cada una de las cuales se abría á la hora que señalaba, dando paso á unas bolas que daban la hora cayendo sucesivamente sobre un timbre de bronce. Las puertas quedaban abiertas hasta las doce, en que salían doce pequeños ginetes que, dando juntos la vuelta alrededor del cuadrante cerraban todas las puertas. Esta máquina sirvió para dar á entender al célebre emperador que los musulmanes no eran tan bárbaros como pudiera quizas creerse.

Y ya que de la embajada de Aroun hablamos, no queremos omitir dos palabras acerca de la que este recibió de Carlomagno, á fin de que el lector compare las dos civilizaciones, la de Oriente y la de Occidente, en la misma época.

El maravilloso palacio del califa está cercado, en el acto de la recepcion, por infinito número de soldados rica y brillantemente vestidos; setecientos guardias ocupan las habitaciones que los embajadores cruzan deslumbrados y llenos de asombro; del servicio interior están encargados siete mil eunucos que son negros tres mil de ellos; en estas mismas habitaciones reales hay colgados treinta y ocho mil tapices de los cuales hay doce mil quinientos bordados de oro; en los jardines brota el agua del suelo y vuelve á caer en forma de lluvia en ricas fuentes de mármol. En el salon de la audiencia se levanta un árbol de oro macizo, cubierto de perlas que figuran frutas.

Para honrar á sus huéspedes les da Aroun un banquete en el que sólo se ven para el servicio vasos de oro cuajados de piedras preciosas, telas teji-

das con hilos de plata, flores y aromas esparcidos en el salon y una música muelle y encantadora que arrebata con sensaciones desconocidas el alma de los hijos de los guerreros del norte de Europa.

Para que nada le faltara á este reinado, dícese que durante él inventaron los árabes el álgebra; pero si nada faltó al reinado para que fuera glorioso, sobróle al soberano el experimento personal de la vanidad de todo lo terreno; porque, no obstante la esplendidez que en torno de él respiraba todo, fué presa de la más amarga melancolía que jamas sintió hombre alguno, muriendo asediado, poseído y descompuesto por la tristeza que no le abandonó un momento, á fin de que se convenciera de que si había sido objeto de envidia de los hombres lo era tambien de lástima.

* * *

Lo vasto de las materias que hemos de tratar, la importancia que tienen y el poco espacio de que disponemos dentro de los límites á que debemos forzosamente circunscribirnos, son parte muy principal para que sólo apuntemos y desfloremos varios asuntos que merecerían muy bien capítulos aparte, para ser tratados como se requieren. Teniendo esto presente, habrán de dispensarnos nuestros lectores que en algun capítulo, y cuando la oportunidad se nos venga á la mano, dediquemos dos palabras, por vía de digresion, á cuestiones que desearíamos darles toda la extension necesaria para dejarlas debidamente examinadas y resueltas.

Hemos hablado poco há de clepsidra y no quedaría completa la historia de la civilizacion humana en lo relativo á sus manifestaciones artísticas y hasta científicas, si despreciáramos aquí la ocasion que se nos ofrece para hablar de la relojería, refiriéndose á un objeto tan propagado ahora y tan indispensable en la vida.

¿Cómo medían el tiempo los antiguos? Tres eran los instrumentos conocidos en la antigüedad para la medicion del tiempo. Sabiendo que el

tiempo no es más que la sucesion de las cosas, bastábales el punto de comparacion de una cosa á la sucesion de otra para formarse una idea ajustada y cabal para la medicion del tiempo trascurrido de una á otra cosa.

Con esta idea se comprende perfectamente, en cuanto es comprensible, la idea de la eternidad á parte antea que podríamos decir con relacion á lo criado, porque, como no había sucesion de cosas, no había tiempo, porque no había medio ninguno para medirlo, y descendiendo á ideas más vulgares y comprensibles, podemos decir que no se tiene idea del tiempo trascurrido durante el largo sueño, porque ha faltado el medio material y hábil de proceder á su medida por la sucesion de las cosas que no se han visto entónces.

El gnomon, ó cuadrante solar, el clepsidra y el reloj de arena eran los tres instrumentos con que los antiguos medían el tiempo.

Pese á quien pese, y por humillante que sea para ciertos hombres, necesitamos tambien esta vez, como otras muchas, acudir á la Biblia para hallar el dato más antiguo acerca de la manera de medir el tiempo. Ocho siglos ántes de Jesucristo había mandado el rey Acaz construir en Jerusalen un cuadrante solar.

Si se objetara que los hebreos no tuvieron en mucho tiempo—á lo ménos que conste—palabras propias para designar la idea del reloj, no debe esto obstar contra la afirmacion de la medida de tiempo, conocida y practicada por ellos, pues en el libro de Tobías se lee textualmente: *postrados por espacio de tres horas* (1), cuyas palabras no pueden ser más terminantes y claras.

Diodoro y Estrabon hablan de relojes en Egipto. Había, dicen, en Acauta sobre el Nilo, un gran vaso que diariamente se llenaba de agua, y que el desagüe ordenado y uniforme, señalaba las diversas horas del día. Los griegos y romanos se sirvieron de este modelo para sus clepsidras ó relojes de agua, que fueron tan comunes.

En la Odisea tiene Homero dos versos que parecen designar un cua-

(1) TOBÍAS, cap. 12, v. 22.

drante. Se refiere á la isla llamada Siria, sobre Ortigia. Esta isla es Scyros, una de las Cícladas.

Hay quien pretende que los fenicios fueron los inventores de los cuadrantes solares, y se equivocan lastimosamente; porque áun suponiendo cierto que hubiese sido Ferecides, el filósofo, el inventor ó perfeccionador del cuadrante, es positivo que Acaz de Israel vivió años ántes que el filósofo, pues consta de su vida en el año 624 ántes de la era cristiana, cuando Acaz comenzó á reinar el año 743 de la misma era.

Segun refiere Herodoto, los griegos tomaron de los babilonios los cuadrantes solares, y los mismos griegos confiesan que Anaximandro fué el primero que distinguió las horas é introdujo en Grecia los cuadrantes solares.

Parece que Acaz tomó de los babilonios su reloj, por el contínuo roce que tuvo con ellos, pues sabemos que estaba en correspondencia con el rey de Asiria, Teglatfalasar, á quien llamó en su socorro contra los reyes de Siria y de Samaria, queriendo ademas imitar su religion mandando construir en Jerusalen un altar semejante al que vió en Damasco, en el viaje que hizo allá para visitar á dicho rey.

Hablando de las diversas tentativas hechas para la invencion ó perfeccionamiento del reloj, no es posible omitir algunos datos biográficos de un hombre grande, maravilla de su siglo, y gloria de la Iglesia romana.

Véase qué nos dice de ese portentoso genio un autor que le ha historiado:

«Bajo el reinado de Hugo Capeto, un hombre grande por su talento como por su carácter, vivía en Francia; llamábase Gerbert. Las montañas de la Auvernia le habían visto nacer. Había pasado su infancia guardando rebaños cerca de Aurillac. Encontráronle un día en el campo unos monjes de la Órden benedictina, hablaron con él, y como le descubrieron de una inteligencia precoz, le recogieron en su convento de Saint-Gerauld, donde á poco tiempo se aficionó Gerbert á la vida monástica. Deseoso de instruirse y dedicando al estudio todos los momentos que tenía disponibles, llegó á ser en pocos años el más sabio de la comunidad. Despues que hubo pro-

fesado, hízole partir para España el deseo que le animaba de aumentar sus conocimientos científicos. Durante varios años frecuentó asíduamente las universidades de la península ibérica. Muy pronto se encontró demasiado sabio para la España (1); porque á pesar de su piedad verdaderamente sincera, hubo ignorantes fanáticos que le acusaron de brujería. Pudiendo esta acusacion tener malas consecuencias para él, no quiso esperar su desenlace, y, abandonando precipitadamente la ciudad de Salamanca, su residencia habitual, se fué á París, donde no tardó en adquirirse valiosos amigos y protectores. Finalmente, despues de haber sido sucesivamente monje, superior del convento de Bobbio, en Italia, arzobispo de Reims, preceptor de Roberto I, rey de Francia y de Oton III, emperador de Alemania, que le dió el obispado de Ravena, subió Gerbert al trono pontificio bajo el nombre de Silvestre II, y murió en él en 1003. Este grande hombre fué la honra de su país y de su siglo. Poseía casi todas las lenguas muertas ó vivas; era mecánico, astrónomo, físico, geómetra, algebrista, etc. Introdujo en Francia las cifras árabes. El estudio de la mecánica fué su descanso favorito así en el retiro de su celda de monje como en su palacio arzobispal. Era hábil en la construccion de cuadrantes solares, de clepsidras, de relojes de arena, de órganos hidráulicos. Él fué el primero que aplicó el peso motor á los relojes, y él es, segun toda probabilidad, el inventor del mecanismo admirable llamado *escape*, la más bella, la más necesaria de todas las invenciones hechas en la relojería (2).»

La civilizacion debe recordar que el invento de un oscuro fraile, el reloj con balancin de Gerbert, estuvo en uso desde el siglo décimo hasta más de mediados del décimoséptimo, hasta despues de formulada la ley del péndulo por Galileo y de su aplicacion por Huygens á los movimientos de la relojería.

Si lo permitiera el espacio de que podemos disponer para el desarrollo de nuestro trabajo, nos aprovecharíamos aquí de la oportunidad que nos

(1) ¡ Siempre España postergada y humillada por la soberbia y vanidad francesas !

(2) Dubois.

ofrece la vida de Gerbert, oscuro fraile, para demostrar la injusticia de los que sin más guía que su pasion, que es muy mala consejera, declaman uno y otro día contra las instituciones monásticas acusándolas de improductivas, inútiles, enemigas del progreso, de las luces, y algo más aún peor que todo esto. Ya que no podemos detenernos saliendo, como saldríamos, á la defensa de las instituciones en sí, prescindiendo completamente de los hombres, hijos todos de sus pasiones, séanos á lo ménos lícito, en obsequio á la justicia, aconsejar á los detractores de las órdenes monásticas que, ántes de lanzar acusaciones, se tomen la molestia de estudiar—estudiar decimos, no leer—la historia de dichas órdenes en sus relaciones con la civilizacion, y si tienen capacidad para comprender lo que estudien, y sentimiento honrado de justicia, no sólo modificarán, sino que cambiarán su juicio, y se convertirán en defensores de unas instituciones, sin las cuales se encontraría actualmente la humanidad muchos siglos atrasada aún de lo que actualmente se encuentra. Quien diga lo contrario, ó miente, ó es un necio. Y no decimos más por ahora.

*
* *

Prosigamos la interrumpida tarea de compendiar en brevísimo resúmen las generalidades que nos ofrece la pomposa manifestacion de la esplendidez árabe como carácter distintivo de raza.

Por de pronto se ofrece una observacion que sentiríamos se nos olvidara. Quizas en tantas invasiones de bárbaros como llevamos vistas ya, no podría darse con un pueblo parecido al árabe en el extraño contraste de su amor y proteccion á la agricultura y al comercio y que al propio tiempo haya dado pruebas de más respeto á las costumbres de los vencidos, conservando tambien sus inclinaciones al más fastuoso lujo.

Del califa Moctader se cuenta que, solamente en su palacio, tenía treinta y ocho mil piezas de tapicería, entre las que había doce mil quinientas de seda y oro, y una de oro y plata con diez y ocho ramitos cargados de ave-

cillas de oro y plata, que, agitándose como los árboles de los bosques, hacían que todos los pajaritos cantasen.

¡Bello país España para ocuparlo la sensual y orgullosa raza de la dinastía de los Ommiadas!

«No vistais trajes de seda, había dicho el Profeta á sus secuaces, porque el que los vista en la tierra no los vestirá en la eternidad;» y á pesar de este precepto, á fin de atraer á España á los musulmanes, les pinta Muza la hermosura de la península conquistada diciéndoles que es un país más fértil que el Yemen, más rico en flores y aromas que la India, más abundante en minas preciosas que el Ketan; y tal atractivo ejercería la rica pintura, y tanta belleza ostentaría el puro cielo de España, que Toledo contó en los buenos tiempos de la dominacion árabe doscientos mil habitantes en su recinto; trescientos mil Sevilla; y Córdoba tenía tres leguas ménos solamente que la antigua Roma, conteniendo dentro de su recinto sesenta mil palacios y doscientas ochenta y tres mil casas, de cuya magnificencia y grandeza nos da hoy elocuente prueba la inimitable mezquita convertida ahora en suntuosa catedral del culto cristiano.

Para no desviarse en el estudio de la civilizacion árabe debe recordarse la division de sectas que se inició luégo de su establecimiento.

Mahoma impregnó de judaismo sus preceptos: uno de estos prohibía, segun dijimos ya, la representacion de formas humanas y animales. La secta de Omar observa exactamente el precepto y adorna sus monumentos con el único recurso de la ingeniosa combinacion de líneas que es la desesperacion y confusion de los artistas modernos. Los sectarios de Alí, cuya principal representacion encontraremos en Persia, fueron ménos escrupulosos en la observancia del precepto y llegaron á adquirir una decoracion propia con honores de escultura y pintura.

Esta observacion digna de ser tenida en cuenta ha hecho sospechar si las pinturas de la maravilla de Granada no pertenecen á pinceles musulmanes, dado que los Ommiadas, que fueron los que establecieron la dominacion árabe en España, introdujeron tambien la tolerancia religiosa en este y otros preceptos del Profeta.

¡Los preceptos del Profeta! ¿Quién vistió con más riqueza y elegancia, quién lució armas de más deslumbrante lujo, ni quién alfombró sus habitaciones con más prodigalidad y afeminacion que los árabes en España?

Cierto que el monoteismo exagerado de Mahoma se presta poco, que digamos, á los alardes de pompa exteriorizada que se observan en los secuaces de su ley, especialmente en España; pero, prescindiendo de las condiciones del clima favorables y hasta prósperas á la sensualidad y afeminacion, ¿quién sino el mismo Profeta es responsable de las faltas que sus creyentes hayan cometido entregándose á lo más censurable que en sí tenga la manifestacion de la vanidad? «Despues de la oracion, dice el mismo Mahoma; con más hipocresía que verdad, nada me ha gustado tanto como las mujeres y los aromas.»

¡Cuán poco había meditado la pureza esencial de la religion del hijo de María el hombre que presenta el bello ideal de sus preferencias las mujeres y los perfumes! Despues de esta baja y humillante confesion de Mahoma, ¿podremos admirarnos de que sea la mujer para el sensual árabe una flor que se tira despues de olida?

Pero, ocupémonos en cosas más graves y de mayor interes para nuestro objeto, y ya que deberemos ver edificios suntuosos levantados por los árabes, examinemos someramente algunas ideas relativas al arte de su construccion.

¿Tenían los árabes arquitectura propia ó la adquirieron? Si nuestros lectores recuerdan lo que llevamos dicho del arte de construir al visitar el Egipto, poco esfuerzo necesitarán para seguir el camino de la arquitectura árabe.

Los egipcios tenían sus arquitectos que trazaban los planos con todos sus pormenores arquitectónicos, sirviéndose de fórmulas geométricas basadas en las figuras triangulares desde los primeros albores. Á pesar de todos los trastornos sociales que cambiaron la manera de ser de la antigua sociedad egipcia, quedó la escuela de Alejandría depositaria y continuadora de los conocimientos de aquel gran pueblo, y, aunque de muy distinta manera, pudieron los árabes despues de su conquista del Egipto y

toma de Alejandría por Omar, ser á su vez los discípulos de las escuelas que levantarían en su nueva ciudad del Cairo y en todo el bajo Nilo.

Debe tambien recordarse al tratar de la civilizacion árabe, contemporánea y áun anterior á su dominacion en España, que tuvieron los musulmanes sus poetas y sus historiadores, que dieron á conocer á Europa las obras completas de Aristóteles, y sobre todo, que allí donde hicieron ellos alto fundaron numerosas y brillantes escuelas, sin exceptuar ni las mismas costas africanas tan refractarias, como por su naturaleza propia, á todo progreso civilizador. Sicilia y España sobre todo guardan glorioso recuerdo de su magnificencia, enseñando con orgullo á los viajeros los restos de la arquitectura morisca, elegante, ligera, esbelta como reproduccion de aquellos tipos que la idearon y realizaron.

Estudiando la dominacion musulmana se descubre el fenómeno religioso peculiar de todas las civilizaciones que merecen tal nombre. Á medida que se ensancha el círculo del tiempo que separa la fecha de la fundacion religiosa, se entibia el fervor de los neófitos de los primeros días, relajándose la observancia de los mismos preceptos fundamentales. Ni el mismo cristianismo, á pesar de su fundacion evidentemente divina, pudo sustraerse, ni se ha sustraído despues de la influencia de este fenómeno, hijo de la libertad innegable del hombre y de su natural propension al mal antepuesto siempre al bien.

Los preceptos musulmanes más esenciales diéronse sucesivamente al olvido por sus fanáticos secuaces, y si bien es verdad que el mahometismo es la religion falsa que cuenta más adeptos, es tambien innegable que no existiría ya á estas horas, á lo ménos con la preponderancia que aún tiene, á no ser por su condescendencia con las pasiones más vivas en el hombre.

Más aún; las circunstancias para que el Islamismo se robusteciera y propagara estaban sabia y oportunamente dispuestas por la Providencia; y muy ciego ha de ser quien así no lo vea.

El imperio de Bizancio lo había corrompido todo: costumbres, literatura y artes; los pueblos, en su decadencia, eran impotentes para resistir la torrencial invasion desbordada desde las abrasadas arenas del desierto, más

arremolinadas al impulso de su fanatismo que el mismo simoun que barre las regiones que les vió nacer.

Extendidas aquellas oleadas de hombres por todo el litoral africano adoptaron, sin darse cuenta de ello, parte de las costumbres de Egipto y otras ciudades del norte de África, y dueños ya del territorio conquistado, dieron al olvido los bárbaros preceptos de su Profeta sin excluir el mismo: *Cree ó muere.*

En España como en otros puntos dominados por ellos, no persiguieron ya á los pueblos por la sóla causa de su religion, contentándose con la sujecion á su dominio y el pago de los impuestos. Permitíanles, pues, no sólo su religion sino tambien su culto, si bien que no toleraban sus manifestaciones exteriores, en lo que estuvieron desacertados, contrariando así el más íntimo sentimiento religioso y civil en sus distintas acepciones: la libertad.

Necesariamente debían existir dos poblaciones en una; debía ser aquello una superposicion de pueblo á pueblo; cadauno, aun que dedicado á su industria y á su comercio, debía vivir como receloso del proceder ageno. Los árabes por su parte faltaban á sus más esenciales dogmas; los cristianos, por la suya, debían meditar cómo sacudir el yugo y acechar, sino crear, las ocasiones en que poder hacerlo con visos de seguridad y eficacia. Ese dualismo debía ser fatal, no sólo para las religiones, sino tambien para los intereses materiales de los dos pueblos hondamente enemistados.

* * *

La civilizacion árabe no podía ni debía ser la que reemplazase á la cristiana, si hubiese sido posible la desaparicion de ésta. El cristianismo había nacido cuando el imperio romano, amenazando arruinarse en todas partes, caía por las acometidas de los bárbaros. Todas las civilizaciones que él encontró, desacreditadas ya y en decadencia, tendían muy marcadamente á la más abyecta corrupcion.

Si álguien objetase que el cristianismo se vió contrariado por las heregías y perversidad de costumbres de parte de los más interesados en su sostenimiento, y quisiera significar con esta acusacion debilidad en sus doctrinas ó insuficiencia para cimentar la virtud de sus hijos, creyendo ademas que otras religiones se ven exentas de esos defectos, permítanos que le presentemos un ligerísimo resúmen del desmembramiento del califato de Bagdad, con otras brevísimas noticias tan edificantes como curiosas acerca del Islamismo, bastardeado ya desde su aparicion.

Toda la gloria literaria y científica del poderoso califato de Bagdad fué impotente para evitar el desmembramiento y consiguiente caída del califato. Por de pronto pareció aumentarse con la multiplicación de las dinastías, porque, junto con éstas, se multiplicaban asimismo los grandes centros de actividad literaria; pero todo desapareció al fin en una misma y comun ruína ante la invasion de los bárbaros de la Tartaria y del Atlas.

España se había separado del imperio desde el año 756, y la decadencia política de éste comenzó ya bajo el príncipe más considerado por el Islam. Alide Edris, refugiado en Mauritania, edificó á Fez en 789 y allí reinaron sus descendientes hasta el año 908 en que les despojaron los Fatimitas.

Ibrahim, hijo de Aglob y gobernador del África, se sublevó dos años despues en el Cairo, fundando la dinastía de los Aglovitas, que reinaron al norte de los estados de Fez, desde Túnez hasta las fronteras de Egipto, apoderándose sucesivamente de las fronteras de Cerdeña, Córcega y Malta, hasta que fueron expulsados primero por Abdalla y despues por los Fatimitas.

Amin, hijo y sucesor de Harun, abandonó á sus ministros el cuidado de su imperio, para entregarse libremente á los placeres; pero su hermano Almamun se sublevó en el Corazan y se apoderó del trono del califa, muerto por Taher, fundador éste á su vez en el Corazan de la dinastía de los Taheridas, que fué reemplazada á los cincuenta años por los Sofaridas, desposeídos éstos á los dos años por los Samanidas, quienes reunieron la Persia á sus conquistas y fundaron un poderoso imperio al oriente del califato de Bagdad.

El fanatismo de los sectarios fué parte muy principal para la ruína del califato, trabajado ya por la ambicion de los gobernadores de las provincias, y Almamun comenzó contra aquellos la sangrienta persecucion que se continuó, con diversos intérvalos, hasta últimos del siglo XII.

Es verdad que Almamun continuó dispensando la proteccion que su padre había concedido á las letras, y reunió en todas las provincias del imperio multitud de escritos griegos que mandó traducir, haciéndose de esta manera continuador en su país de la civilizacion griega, tan necesaria al pueblo árabe.

Motacen, hermano y sucesor de Almamun, es el último vástago de la raza de Abas, y aunque resistió y batió al emperador Teófilo, derrotándole completamente en Amorium, no le sirvió de provecho su buen éxito, porque no supo aprovecharse de los triunfos, absorbiéndole toda la atencion el estado interior de su imperio.

Miéntras tanto en el seno del Islamismo habían nacido muchas y muy temibles heregías.

La doctrina de la predestinacion, uno de los dogmas del Profeta, fué duramente atacada por los karidjés, y no satisfechos con esto, asesinaron á Alí, el discípulo más querido de Mahoma.

Prolijo sería enumerar los ataques dirigidos contra muchos otros dogmas y prácticas religiosas del Islamismo; pero no podemos omitir la más cruel y bárbara de todas las herejías, la que hizo derramar más sangre, la de Babek, que predicaba la indiferencia de las acciones en el órden moral y la comunidad de bienes en el social. El lector ménos avisado comprende que ésta predicacion tendía nada ménos que á la radical y absoluta disolucion de toda sociedad civil, política y religiosa.

Nutridos los heresiarcas musulmanes con las enseñanzas prácticas de su Profeta, no se contentaban con la sola predicacion de su doctrina, sino que la acompañaban con la violencia; así fué que la heregía de Babek, al morir éste, había costado la vida á un millon de hombres. Derrotado y hecho prisionero Babek, fué condenado al último suplicio, y murió burlándose de la muerte con su contínua risa, expresion de su fiero fanatismo.

Despues de varias vicisitudes consiguió Motasen terminar las guerras religiosas que destrozaban su imperio, pero deseoso de afianzarse en su débil trono, rodeóse de una guardia turca de cincuenta mil hombres, que fueron para el imperio musulman lo que habían sido los pretorianos para los soberanos de Roma. La vida de los califas, como ántes la de los emperadores romanos, estuvo á merced de las guardias turcas, despues de la derrota de Mota-Wakel llevada á cabo por el jefe de dicha guardia.

Lo propio que habían hecho en Roma los pretorianos, agobiaron estos turcos el imperio de los califas con sus interminables revoluciones, disponiendo del trono de Oriente que regalaban á sus jefes, de modo que hay un dato histórico horrible, elocuente, cual es que de los cincuenta y nueve califas que gobernaron hasta el año 1258, los treinta y ocho dejaron de existir ó perdieron la dignidad de una manera violenta.

La dignidad de los califas degeneraba de día en día, y los turcos introducidos por ellos en el imperio, tuviéronles como cautivos en su palacio, hasta que, andando el tiempo, les dejaron apénas el cuidado de los asuntos religiosos.

* * *

La brevedad nos obliga á insinuar ideas sin poder desarrollarlas: por lo que debemos hablar rápidamente del califato de Córdoba desde su fundacion hasta la conquista de España por los almoravides.

Cosa muy sabida es que en España alcanzó el Islamismo el mayor grado de esplendor que pudo adquirir en sus diversas manifestaciones de su civilizacion, y es notorio que de todas las dominaciones realizadas por los secuaces del Profeta, ninguna fué tan ilustre como la de Córdoba, en particular, despues de la general de toda España; en ninguna parte desplegaron más magnificencia, más gusto por las artes, las ciencias y la poesía, ni en ninguna parte dejaron más duraderos monumentos de su civilizacion. Pocas

veces había conocido España una sucesion de reinados tan prósperos, felices y brillantes como en el periodo que media hasta fines del siglo décimo; y la prosperidad de la Península era casi maravillosa, puesto que su agricultura florecía en extremo, su industria era pujante y su comercio extendido; al propio tiempo que se administraba justicia con equidad, se pagaban pocos impuestos, y todos los ramos de la economía del Estado iban dirigidos al mayor bienestar de los súbditos y respeto del soberano.

Córdoba es deudora á Abderraman I del califato que se inauguró con la prosperidad que tanto lustre le dió desde el año 756. Su reinado, que hubiera sido de los más gloriosos para la civilizacion, fué casi siempre turbado por los ataques de los Abasidas y sublevaciones animadas por éstos, pero que Abderraman supo vencer con más habilidad que con alardes de fuerza.

La civilizacion árabe es deudora á Abderraman, despues de asentada su dominacion en Córdoba, de haber fortificado mejor su capital, de la construccion de un hermoso palacio y de la magnífica mezquita, á imitacion de la de Damasco, que sirve aún actualmente de catedral cristiana.

Córdoba se pone de repente en primera línea entre las ciudades más adelantadas de la civilizacion árabe, á pesar de que Abderraman tiene que ir sofocando sublevaciones, que se suceden unas detrás de otras, sin contar sus guerras con los cristianos españoles. Toda la civilizacion árabe está como sintetizada en Córdoba y reflejada en Granada, centros de la arquitectura tanto religiosa como profana. La mezquita de Córdoba y la Alhambra de Granada son los dos milagros del arte árabe que perpetuarán su memoria al través de las generaciones que se sucedan despues de expulsados de España los que la engrandecieron artística y literariamente.

La nueva capital de los califas adquirió en poco tiempo tanta reputacion, que traspasó los límites de España llegando á todos los confines de Europa y extendiéndose hasta el Asia. Todo el mundo acudía á Córdoba en busca de conocimientos. Sus profesores, artistas y sabios en todos los ramos del saber humano daban el tono á todas las escuelas entónces existentes. Si Bagdad se había conquistado un nombre envidiable por el cultivo de

las artes y ciencias en su seno, enviaba tambien esto no obstante su contingente á la capital española, para adquirir la perfeccion que allí lo dominaba todo.

España puede gloriarse de haber sido en varios periodos la lumbrera de la civilizacion europea, y durante el de la dominacion árabe, especialmente en el siglo décimo, fué un astro brillante cuyos rayos difundían esplendente luz á todas partes.

Trescientas mil almas albergaba la nueva Atenas del Occidente. Sus escuelas le daban honra y provecho; sus monumentos revelaban que existía allí el imperio del saber, de las artes, de la civilizacion: hasta los príncipes cristianos de distintos Estados europeos acudían á Córdoba para consultar á los sabios ilustres, honra de la ciencia humana.

Su célebre mezquita ha sido comparada por distintos escritores árabes á un inmenso bosque de columnas de mármol, granito y pórfido, que sostenían diez y nueve naves, con un número igual de puertas de bronce para sus salidas. El arte, la poesía y la magnificencia, se habían excedido á porfía en convertir aquel edificio religioso en un portento de riqueza, lujo y mágia, con cuatro mil setecientas lámparas de plata que derramaban rayos fantásticos de luz en el interior del maravilloso monumento.

España recogió y Córdoba compendió todos los conocimientos que los árabes habían recibido de los griegos y de los egipcios, y de nuestra España se propagaron los inventos y todo lo relativo al saber humano, que formaron el patrimonio de los antiguos pueblos orientales con sus civilizaciones de tantos siglos. Si á los árabes se les niegan algunas cualidades indispensables para merecer la nota de civilizacion adelantada la suya, recuérdese, que apénas tuvieron cuatro ó cinco siglos de desarrollo que oponer á los muchos miles de años de que dispusieron las civilizaciones orientales, á las que se les supone más talento de invencion y más perseverancia en sus estudios ó experimentos.

Heschan, sucesor de Abderraman, no satisfecho con haber vencido á sus enemigos que le disputaban la particion del califato hecha por su antecesor Abderraman, hizo una expedicion contra la Aquitania, trayendo uno

de sus generales un numeroso botin, cuya quinta parte, que tocó al califa, ascendió á cuarenta mil ollas de oro, con cuyas riquezas y los numerosos cautivos que hizo, terminó la ya mencionada mezquita de Córdoba, adornando con relieves de oro macizo la puerta mayor del templo.

Comprendiendo Heschan la importancia agrícola del territorio que dominaba abrió varios canales y construyó muchos puentes, entre ellos el del Guadalquivir; fundó varias escuelas de lengua árabe, protegió los poetas y los sabios y rivalizó en magnificencia con el gran Harun-el-Raschid de Bagdad.

Las letras, no obstante, no podrán perdonarle la barbaridad que cometió prohibiendo á los cristianos el uso del latin, cuya tiranía colmó obligándoles á aprender el árabe.

Durante el reinado del sucesor de Heschan registra la historia un hecho que debemos consignar aquí por la muy trascendental influencia que ejerció en lo sucesivo en los pueblos limítrofes al Mediterráneo.

Cuatro años ántes de la muerte de este califa, Al-Hahan, estalló en Córdoba una sedicion que costó la exportacion al África de quince mil revoltosos, orígen de los famosos piratas de la Edad Media que fundaron á Gandía y asolaron todo el territorio oriental.

En el reinado siguiente las ciencias y las artes se vieron igualmente protegidas y tuvo tambien lugar la célebre batalla de Clavijo, ganada á los árabes por Ramiro I. Durante los reinados de sus nietos y á consecuencia de las revoluciones de los gobernadores árabes, comienza á dibujarse la decadencia del califato de Córdoba, ilustrado con tantos hombres, verdaderas glorias de las ciencias en sus diversos ramos.

* * *

Antes de hablar de las celebridades filosóficas que enaltecieron el ilustre nombre de la escuela de Córdoba, continuemos rápidamente el ligero resú-

men histórico desde el reinado de Abderraman, llamado el Grande, hasta la conquista de España por los Almoravides.

Muerto Abdallah fué reconocido califa su sobrino Abderraman III, llamado el Grande, cuyo reinado fué el periodo más brillante del califato de Córdoba. Cuando subió al poder, aclamado por los cordobeses, todo era confusion y desórden. Toledo estaba dominada por un gobernador rebelde, y otros, que no lo eran ménos, ocupaban las principales ciudades del reino.

Miéntras tanto, y á pesar de alguna fortuna en la guerra á favor del califa, crecía de una manera amenazadora el poder de los cristianos de España, y, para detenerle, atacó Abderraman al rey de Leon, aunque sin éxito decisivo. Despues, no obstante algunas conquistas hechas por él en África, experimentó la terrible derrota de Simancas.

Más político Abderraman que guerrero, si salió derrotado con las armas supo salir victorioso con la intriga, á cuyo fin supo introducir y fomentar la division entre los príncipes cristianos, y penetró hasta veintidos veces en el interior de sus estados.

Y aquí note de paso el lector la flaqueza de la naturaleza humana en todos los siglos y categorías de personas; pues miéntras los príncipes de los diversos estados españoles se veían perseguidos por el enemigo comun, encastillado en Toledo, Sevilla, Córdoba, Granada y otros puntos, como si no agotaran suficientemente sus débiles fuerzas las luchas que debían sostener contra la media luna, se desangraban mútuamente, haciéndose encarnizada guerra entre sí con igual ó mayor encono que al pelear contra los musulmanes. Á no ser por estas divisiones intestinas, no hubiera costado la reconquista los nueve siglos de increibles y casi estériles luchas, que si forman la sin igual epopeya de los pueblos en los pasados y venideros siglos, son tambien un padron de ignominias desde el punto de vista de las rivalidades y luchas y derramamiento de sangre de hermanos, de hijos y defensores de una misma y comun madre.

Volvamos empero á nuestro propósito.

El califa Abderraman hizo brillar en su córte un lujo maravilloso, des-

plegando en la proteccion de las ciencias y de la poesía una magnificencia que no había tenido igual hasta entónces.

La poesía brindaba con todos los hechizos á aquellos descendientes del desierto, habitantes ahora de un suelo privilegiado, limpio y puro como la mirada de un ángel, de un suelo regado con multitud de ríos y arroyuelos que conservaban la vegetacion fresca, lozana y frondosa en dilatadas llanuras sembradas de palmeras, columpiadas al compás de los céfiros que besaban sus erguidas copas, entre bosques de naranjos y limoneros, cuyas flores llenaban el aire de misteriosos é indefinibles aromas, que embriagaban el alma, convidándola á sensaciones, á impresiones vagas, desconocidas, arrulladoras, que esclavizaban los corazones de los felices destinados á respirarlos.

¿Quién no oye los dulces, los arrebatadores sonidos de celeste guzla, abriéndose paso al través de las verdes hojas de aquellos cultivados bosques, habitacion de séres de otros mundos, besados por los rayos de pálida y casta luna, ávida de contemplar al enamorado hijo del desierto, dirigiendo ardientes trovas al objeto de sus amores, oculto tras un blanquísimo velo por entre cuyo tejido despiden irresistibles rayos dos ojos rasgados y negros, fuego de otro mundo que abrasan sin lastimar á quien los mira, que arrebatan, cautivan y hechizan al que tiene la osadía de fijarse en ellos?

* * *

La primera escuela de medicina que existió en Europa fué la fundada por Abderraman, y su ciencia y fama consta por miles de testimonios irrecusables. Los emperadores de Alemania y Constantinopla enviaron embajadores á Abderraman, obligados por la reputacion de ciencia y poder de que gozaba el califa cordobés y que llamaba sobre el mismo la atencion de todo el mundo.

El astro de la civilizacion árabe ha llegado á su cenit, y es ley fija que alcanzado el punto culminante de ascenso, comience el periodo de la deca-

dencia ó descenso. El brillante reinado de Abderraman fué seguido de una súbita decadencia, sin que pudieran hacer más que sostenerle hábilmente los innegables y brillantes triunfos del afortunado Almanzor, que hizo cincuenta y cuatro campañas felices contra los cristianos y cuyo nombre recuerdan aún los ecos de Compostela, cuyas campanas cargó en hombros de esclavos cristianos, que vieron hollado, saqueado y profanado su santuario querido, sin que su inmenso dolor y amargas lágrimas bastaran para impedir tanta profanacion y desgracia tanta.

El poder árabe en España se sostuvo aún durante el siglo x por las hazañas del hijo de Almanzor; pero á contar desde el siglo xi varios reyes particulares se levantaron en distintos puntos, retribuyendo á sus partidarios con privilegios y concesiones. Procediendo de este modo fué como un rey de Córdoba concedió á los principales oficiales de un scheik la facultad de mantener sus derechos á perpetuidad, con el derecho de trasmitirlos á sus hijos.

Diéronse de esta manera gobiernos de ciudades importantes que se enagenaron despues, llegándose luégo á enagenar la propiedad, contentándose alguno, como Suleiman, con un estéril homenaje y una vana promesa de fidelidad.

Todos los jefes creados con estas innovaciones se hicieron muy pronto independientes, y varias ciudades como Sevilla, Málaga, Algeciras, Granada y otras, tuvieron reyes particulares, así como hubo provincias que formaron confederaciones hostiles al poder central, presentando entónces la España árabe en todas sus provincias el más temible desmembramiento y la anarquía más profunda, y precisamente cuando la amenazaban dos enemigos tan formidables como opuestos, las tribus africanas y Alfonso de Castilla.

Corría ya el siglo xi, y en los desiertos africanos de la Getubia de los antiguos tiempos había dos tribus conocidas por los nombres de Gadula y Laintuna. Dichas dos tribus eran de orígen árabe.

Entusiasmando el alfaquí Abdallah á la tribu de Gadula hizo la guerra á la de la Laintuna, reuniéndose así todas las tribus próximas alrededor de Abdallah. Este dió á su pueblo el nombre de Almoravides, que es como si

dijéramos, hombres de Dios, y, nuevo caudillo de un pueblo peregrino, le condujo á las playas del Mediterráneo donde fundaron á Marruecos.

Llamábase Jusuf el primer gobernador, que vino tres veces á España, llamado por el califa de Córdoba, y en 1097 puso fin á todos los reinos mahometanos de España.

El Islamismo en nuestra península había oído sonar su última hora; porque los Almoravides no podían salvar la decaída España musulmana, ni contener los muchos y rápidos progresos de los cristianos. La asombrosa revolucion iniciada á principios del siglo VII en la Arabia y que invadió muy pronto el Asia y África y todo el mediodía de Europa, había cumplido su mision, y debía circunscribirse á los desiertos y puntos limítrofes. Todo el génio de su fundador, si lo tuvo, toda la habilidad de que dió algunas muestras, no bastaba para imprimir la perpetuidad en su sensual religion, y debía desaparecer de las sociedades cultas para vivir precariamente entre el fanatismo de los climas que le vieron nacer.

Muchas veces hemos reflexionado en los grandes cataclismos que á intérvalos nos descubre la historia, y meditando acerca de estos fenómenos, acabamos por convencernos de su necesidad periódica, así como se hacen necesarias en la vida física las grandes tempestades atmosféricas, que, si pueden ser perjudiciales tomadas en particular ó en reducido espacio, son altamente útiles y necesarias para el equilibrio indispensable en las fuerzas que contribuyen á las funciones vitales de los individuos. La reaccion reanima la vida, y las revoluciones cambían la manera de ser de las civilizaciones destinadas á morir.

Nuestro amor á la verdad no puede llevarnos á ser injustos. Es cierto que los árabes recogieron hasta con cuidado los monumentos científicos y artísticos compatibles con sus creencias y existentes aún en Grecia, Egipto y otros sitios de sus invasiones, como es cierto asimismo que instituyeron bibliotecas, escuelas y academias. Es además indudable que los califas tuvieron marina y protegieron el comercio, como lo es tambien que penetraron en países desconocidos de los griegos, de cuyos puntos se llevaron inapreciables conocimientos, completamente ignorados de los griegos; pero, no es

ménos cierto que ántes de la época de las invasiones árabes estaban ya la Siria y la Persia muy adelantadas en las ciencias griegas y muy versadas en su literatura.

Cuando los árabes penetraron en estas dos regiones, encontraron preparado el terreno para los adelantos científicos, porque tuvieron que habérselas con gentes que estaban al corriente de las obras de los filósofos griegos traducidas á sus respectivas lenguas por los nestorianos y por los profesores y discípulos de las escuelas de Alejandría y Atenas, refugiados en Persia, donde tenían la seguridad de ser bien recibidos y protegidos.

Los pueblos del Asia, en recompensa del asilo que dieron á los sabios expatriados, poseyeron versiones siriacas y caldeas de los autores de la antigüedad más estimados, y, llegada la época de los califas, viéronse traducidas al árabe todas las obras científicas siriacas. Así fué como desde los más remotos confines de la India pasaron á España, propagándose á orillas del Guadalquivir la literatura y filosofía procedentes de las del Tígris y del Éufrates, verificándose así el fenómeno del aumento de conocimientos donde quiera que penetraban los hijos del Islam.

Y á propósito de los conocimientos que propagaban los árabes, no queremos pasar por alto un hecho histórico muy significativo y que no debieran olvidar los hombres que rigen los destinos de las naciones.

El califa Mamoun, hijo del espléndido Haroun-el-Raschid, estaba en guerra con el emperador Miguel III de Constantinopla. Vencedor en la guerra, ofreció la paz y la concedió bajo condicion de que le autorizara el emperador para recoger, á fin de hacerlos traducir al árabe, todos los libros de filosofía, no traducidos aún, que pudieran hallarse en Grecia. Rasgo magnánimo que no imitaría ningun vencedor de nuestros días.

Puede consignarse, como raro fenómeno, que la division política del imperio árabe en distintas sultanías, independientes unas de otras, incapaces por lo mismo de defenderse contra un poderoso enemigo comun, no influyó sensiblemente en el estado científico. Si las ciencias abandonaron las regiones asiáticas, brillaron espléndidamente en África, y sobre todo en España.

La civilizacion árabe en nuestra península adquiere mayor estima, por-

que carecemos de suficientes datos para apreciar el grado de cultura á que llegó la escuela del Cairo, fundada en el siglo x por Ebn-Younis, miéntras consta que España, despues de la conquista por los hijos del Islam, quedó enseguida trocada en centro de una civilizacion espléndida y vigorosa, cuyas huellas se conservan todavía en los soberbios monumentos que ostentan Toledo, Córdoba, Granada y otras ciudades llenas de palacios y templos de inestimable riqueza, admiracion de cuantos los vieron, por su profusion de oro y mármol, y confusion de los que podemos todavía contemplarlos.

Varias veces, en el decurso de esta obra, hemos hecho hincapié en la triste cuanto notable diferencia que se descubre sin trabajo entre las dos clases, únicas que se dibujan ya en las sociedades modernas, de ricos y pobres.

La civilizacion árabe, más adelantada en esto que nosotros, no tenía por qué avergonzarse de esas desproporciones irritantes de la fortuna; ya que, áun cuando no estaba fundada su religion en la caridad, como la nuestra, no daba márgen ni á la extremada opulencia ni á la triste miseria, opuesta á las costumbres de los invasores árabes.

Mayor sería nuestra admiracion al reflexionar en la civilizacion árabe en España, si tuviéramos suficientes puntos de comparacion para establecer paralelos entre aquella y la nuestra; porque, si bien es verdad que, más ó ménos generosos, confesamos nuestra deuda de gratitud á lo importado por nuestros conquistadores en los diversos ramos científicos de medicina, matemáticas, historia natural, química, y otras ciencias y artes, llegando nuestra declaracion hasta reconocer que á no ser por ellos estaría la Europa actualmente muchísimo ménos adelantada de lo que ahora lo está; es asimismo innegable que demasiado vanidosos ó engreídos por el estado actual de las ciencias, y pagados con exceso de nuestra civilizacion, que consideramos muy superior á la de nuestros mayores, no hemos procurado hacernos con todos los datos que nos pondrían en el caso de juzgar bien y acertadamente en la comparacion establecida entre la moderna y la antigua civilizacion, máxime sabiendo, como sabemos, que ignoramos muchas cosas respecto de los adelantos de los árabes en las épocas á que nos referimos.

Nos consta que los árabes llegaron á grados muy avanzados en matemá-

ticas y astronomía, en física y sobre todo en química, en la que sobresalieron mucho, y la ciencia moderna se envanece demasiado de sus adelantos conocidos ó previstos la mayor parte por los sabios árabes, en especial los de la escuela cordobesa.

Nuestras guerras de la reconquista destruyeron gran número de preciosos monumentos que serían ahora un hermoso timbre de gloria para la ciencia; el Escorial, á pesar de esto, guarda tesoros inestimables del saber árabe en Espsña, verdaderos geroglíficos para la mayor parte que no conocen ni siquiera los caracteres de su escritura, y se haría acreedor á la eterna gratitud de las generaciones venideras quien acometiera la laudable empresa de hacer su version española al alcance de todos.

Las revoluciones intestinas sobre los diversos estados desprendidos del verdadero y primitivo tronco árabe y las guerras de las cruzadas en Oriente han destruido con el incendio ricas bibliotecas que eran verdaderas glorias literarias y científicas. ¡Quién sabe el grado que habrían ahora obtenido los diversos ramos del saber humano, si tuviéramos las obras quemadas ó perdidas, fruto delicado y sabroso del adelanto de los árabes!

Para que no le faltara medio ninguno de adelanto á la civilizacion árabe, y á fin de extender aquel pueblo su comercio y relaciones con todos los pueblos cultos, emprendieron tambien los árabes largos viajes á diversas partes, penetrando desde remotos siglos hasta en el interior de la China, segun consta de varias obras de geografía debidas á distintos autores.

En la España árabe se desarrollan simultáneamente las artes industriales con la filosofía, la poesía y las letras, que para todo tiene aptitudes el genio de los hijos de Mahoma.

Al llegar á este punto quisiéramos presentar el contraste moral de los árabes en España y de los primitivos secuaces del Profeta.

Los árabes en España se distinguen por su lujo, por el esplendor de sus palacios, por la riqueza de sus trajes, por la prodigalidad en todo.

Los árabes primitivos se distinguen por su profundo ascetismo que convierte en fanáticos temibles á todos los secuaces del Coran.

Conocemos ya á Mahoma. Su austeridad tuvo un fiel imitador en su yerno y sucesor, austero hasta el heroismo.

La sencillez de los antiguos creyentes llegaba á la pobreza. Su alimento se daba la mano con la escasez y la miseria, que no han tenido igual hasta cuatro siglos más tarde, cuando Pedro el Ermitaño llevaba al Oriente ejércitos de cristianos hambrientos y haraposos.

Omar, el guerrero más fanático de los allegados del Profeta, lleva su sencillez hasta la extremada austeridad, no faltando quien le ha acusado de incendiario de bibliotecas, aunque infundadamente, movido sólo por un exceso de celo contra el lujo. Omar viaja más como apóstol que como guerrero. Su traje es más que pobre, roto é insuficiente: todo su tren un camello sin ningun distintivo, una insignificante provision de dátiles y agua, como el último hijo del desierto, como el último soldado de su fanatizado ejército. Si sus soldados se visten con los ricos trajes de seda robados en su conquista en la Siria, se los hace rasgar teniéndoles encima por no faltar á las palabras con que el Profeta amenazó á los que en la tierra se cubrieran con vestidos de seda. Y sin embargo, ningun precepto fué ménos observado, sobre todo en España, que el no vestir de seda.

Las pasiones humanas viven dentro de los corazones sin distincion de creencias religiosas. Apénas nacido el Islamismo, prescinde ya de los terminantes preceptos del fundador, y por más que Alí predique personalmente con el ejemplo las doctrinas de sencillez y moderacion, presentándose como perfecto modelo del guerrero y místico, mereciendo el nombre de califa perfecto, desaparecerá con él su verdadero tipo, para ceder el puesto, en el reinado ya del tercer califa, llamado Otman, al esplendor y lujo sostenidos por las riquezas procedentes de los saqueos de los vencidos; y uniendo el mandato al ejemplo, los impondrá á los jefes musulmanes dependientes de su autoridad.

Hemos sido difusos hasta el extremo al hablar de la civilizacion árabe en España y fuera de ella, para poder llegar con toda seguridad á la conclusion terminante, cuya conviccion quisiéramos arraigar en nuestros lectores, de que si la civilizacion árabe, exteriormente soberbia tuvo brillo ó esplen-

dor, no tuvo grandeza, no conoció aquel sello inherente á la civilizacion de los pueblos cristianos. Los siglos de existencia que lleva son la prueba más terminante de lo que puede dar de sí el Islamismo sin centro fijo, sin destinos determinados, viviendo al azar, trasladándose de una á otra parte del mundo, con su organizacion viciosa.

Solamente la luz efímera con que brilló en España podría alucinar á quien se detuviera en la contemplacion de la superficie de las cosas; pero por más esfuerzos que se hagan, y por benevolencia que quiera dispensarse, quitado el breve paréntesis de su dominacion en España, no es el Islamismo más que una barbarie de tristes y fatales recuerdos, de vergonzoso orígen. Prescíndase de la civilizacion árabe en España, y es el Islamismo un borron en la historia de las sociedades.

La Europa debe á los árabes—es innegable—la propagacion de la riqueza en los adornos, las sedas de Granada, las hermosas alfombras, los cueros de Córdoba, las telas de Cuenca, el papel de hilo, una arquitectura rica y peculiar, la brújula, el álgebra, las cifras de que se sirve todo el mundo, el riego usado aún en las provincias meridionales de España, mina inagotable de riqueza del país; pero, con esto y mucho más que le debiera, no puede, en rigor de justicia, reclamar la perpetuidad de que carece su religion, su política, su civilizacion, basadas las tres en cimientos deleznables, inseguros, movedizos, sin condiciones de existencia propia.

* * *

España miéntras tanto reponía sus fuerzas. La monarquía castellana se robustecía por efecto de la derrota de Almanzor, y vimos ya que proclamándose independientes los gobernadores de las principales ciudades, se iban consumiendo las fuerzas y recursos del Islamismo, con lo que se rehicieron los cristianos, atendiendo al gobierno de sus reinos y fomentando en todas partes la civilizacion.

Los reyes de los diversos estados españoles se esmeraban á porfía por atraerse al pueblo, contrariando áun las demasías de la aristocracia, convocando córtes y concediendo fueros á los pueblos, con que mejoraban su condicion civil; por más que esto, segun otro concepto, perjudicara en algo á la fuerza hija de la unidad.

Si queremos estudiar el estado de la sociedad en España en aquellas épocas tan agitadas, hemos de acudir á los cuadernos de leyes civiles productos de las córtes formadas por el rey, los prelados y los grandes del reino.

Ateniéndonos al fuero de Leon, descubriremos tres clases de personas: los señores, los hidalgos y los pecheros (1).

Había pueblos contribuyentes y exentos: los primeros se llamaban mandaciones ó villas tercias y los segundos villas ingénuas.

Las mandaciones eran de cuatro clases, á saber: de realengo, en que los vasallos no conocían más señor que el rey; de abadengo, que pertenecían con pleno dominio á las iglesias, monasterios y prelados; de solariego, por el dominio que tenían los nobles sobre los villanos, meschinos y juniores que habitaban en los solares de aquellos, y labraban sus heredades por cierto tributo que se llamaba infurcion; de benefactoría ó behetría, cuyos moradores tenían la facultad de nombrar á su arbitrio señores, á quienes tributaban ciertos pechos, con la precisa obligacion de que los defendiesen.

Encontramos los orígenes de estas distinciones á raíz de la restauracion de la monarquía española cuando algunos de los pueblos dominados por los hijos del Islam, reuniéndose en una misma defensa con los cristianos que iban á la conquista, se amparaban bajo su proteccion, y pactaban reconocer el señorío del poderoso que más se hubiese distinguido en devolverles su libertad perdida.

En justa correspondencia estaban obligados todos los vasallos de algun señor á seguirle cuando iba á la guerra, y si acaso se avecindaban en otra

1) *Nobiles,* ó señores de vasallos; *ingenuos* ó hidalgos, y *juniores* ó pecheros.

mandacion ó jurisdiccion distinta, sin haber obtenido ántes el permiso de su señor, podía éste por derecho propio quitarles la heredad.

Para formarnos cabal idea del vasallaje, cuya palabra ha escrito nuestra pluma, como imponiéndose en fuerza de la narracion sucesiva de las cosas que deberíamos tratar, acudamos á las *Memorias históricas del rey D. Alonso el Sabio,* obra debida á la competencia histórico-crítica del marqués de Mondéjar, quien nos servirá admirablemente para explicarnos las distintas especies de vasallaje conocidas en España.

«La primera es, dice, la que procede de la sujecion y obediencia consecuente al dominio del señor en cuyo territorio nacemos, ó habitamos por largo espacio de tiempo, expresada con el término de *vasallaje natural.*

»La segunda es la que se origina del reconocimiento del feudo que se goza por beneficio ageno, frecuente en Italia, en Alemania y en Flandes, con el título de vasallaje feudal; así como en Cataluña, donde se expresa el feudo con el nombre de *alodial,* se llamará *alodial.* La tercera es la que constituye la necesidad en los príncipes inferiores, obligándoles el peligro de no perder sus estados, á que para conservarlos sin riesgo se hagan *vasallos temporales* de aquellos más poderosos, de quienes se ven amenazados. La cuarta es la que nace del beneficio, pension ú honor que se obtiene por merced agena, obligando por ella á su reconocimiento, el cual se repite con particular prerogativa en todos los actos públicos que otorgan, ó en que concurren los que la gozan, con especialidad propia de España en todas sus historias ó instrumentos; sin que haga á nuestro intento especificar ahora como distinta la especialidad de los vasallos de *behetría* y de *encomienda,* que como clases distintas supone por diferentes D. Alonso de Cartagena.

«La primera especie de *vasallaje natural,* como general á cuantos nacieron súbditos, no se usaba nunca expresarla en los instrumentos; así como la segunda, que procede del feudo, y se omite por la razon misma en aquellas provincias en que todos sus heredamientos ó dominios conservan la naturaleza de feudales, como tambien en los reinos de Castilla, *donde ningunos bienes pertenecen á ella.* La tercera como irregular y procedida sólo de la

necesidad, en honor de aquel en cuyo obsequio la introdujo su mayor poder, se especifica en todos los instrumentos en que él interviene, para manifestar así su obsequio. La cuarta subordinacion ó *vasallaje beneficiario,* que procede del sueldo ú honor que confieren los reyes á otros príncipes, ó á los súbditos suyos, se expresa siempre en los instrumentos, ó por obsequio del príncipe de quien se reciben, ó por especial aprecio de los vasallos, declarando así se hallan favorecidos de su rey» (1).

«En Aragon existió una especie de feudo, conocido con el nombre de *honor*, y cuyo orígen es el siguiente. Por las leyes fundamentales de aquel reino, ó más bien por costumbre, tenían los ricos hombres derecho en el repartimiento de las ciudades y villas que se iban ganando á los moros. En las que les tocaban adquirían el gobierno político, y la jurisdiccion civil y criminal, aunque el rey podía dar, y en efecto daba á veces á estos pueblos, fueros ó leyes municipales con que se gobernasen (2). Tambien correspondían á los ricos hombres las rentas de dichos pueblos, las cuales se distribuían entre los caballeros que bajo sus órdenes militaban, y estos se llamaban vasallos suyos, si bien tenían facultad para despedirse del magnate, su señor feudal, y servir á otro» (3).

El estado social era muy distinto en España de los demás pueblos europeos, por la diversa posicion creada por la necesidad de armarse todos contra el árabe invasor, al que se quería expulsar del territorio por él conquistado. Por efecto de esto no podía aclimatarse en España el sistema feudal, tan arraigado en Europa, porque miéntras los grandes señores vivían en otros paises encerrados en sus fuertes castillos, dominando desde ellos sobre las vidas y haciendas de sus vasallos, debían los señores españoles reunirse bajo un jefe comun que les llevara á las batallas para conseguir de este modo la unidad necesaria al buen término de la empresa de la reconquista.

---

(1) Obra citada, lib. 3, cap. 11.

(2) Dió el rey D. Alfonso II el feudo y honor de Teruel, como se usaba entónces, á un rico hombre de Aragon llamado D. Berenguer de Entenza, y señaló á los que poblaron aquella villa que se rigiesen por el fuero antiguo de Sepúlveda. Así dice Zurita, en sus Anales, tomo I, lib. 2, fól. 79 vuelto, col. 1.ª; siendo lo notable que tomase un fuero de Castilla para dar leyes municipales á otro de Aragon.

(3) ZURITA, *Anales*, tomo I, fól. 44, col. 1.ª, y fól. 102, col. 1.ª, edicion de Zaragoza, año de 1669 (a).

(a) E. DE TAPIA. *Historia de la civilizacion española*, tom. I, cap. 11.

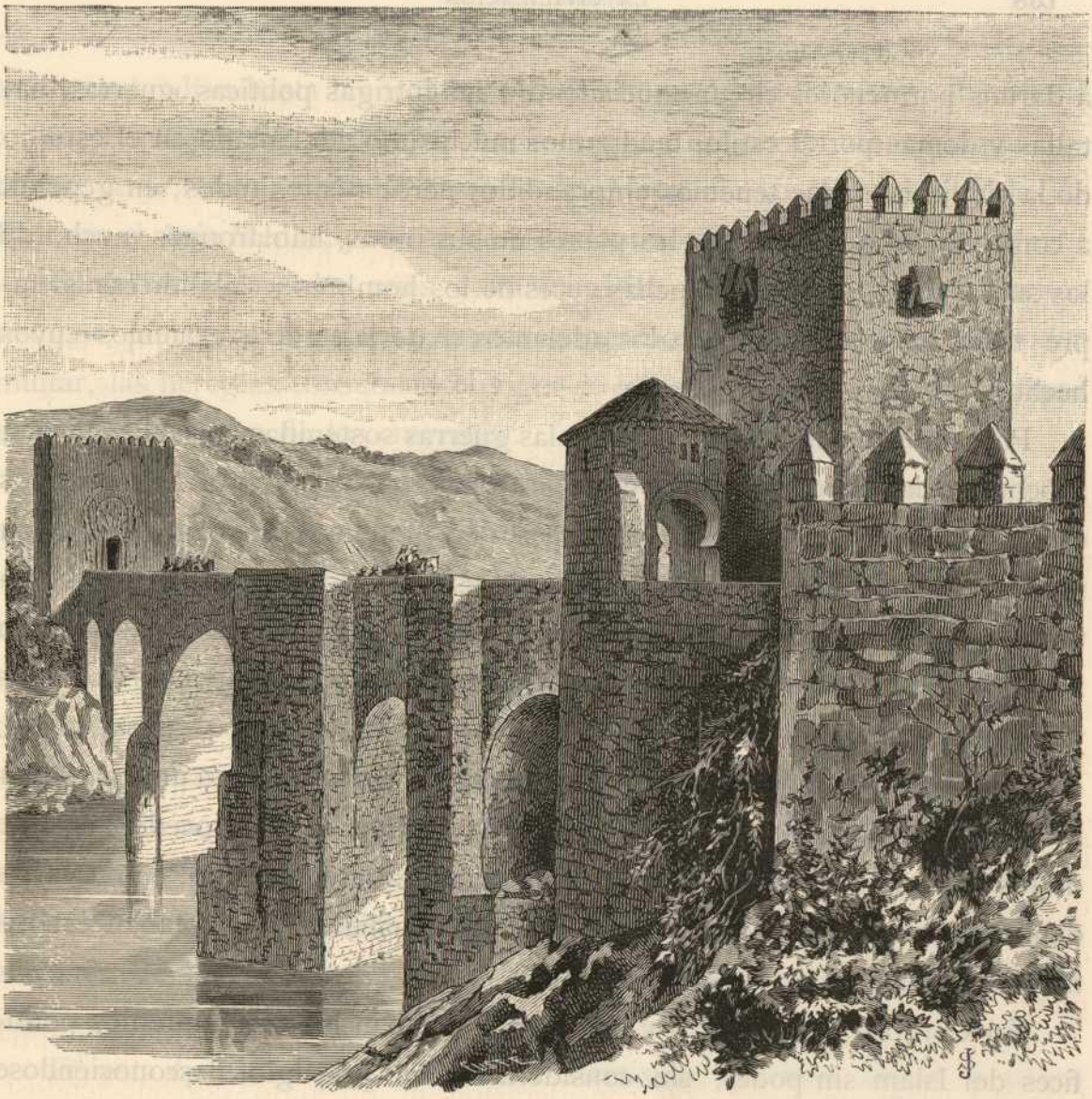
Los verdaderos señores feudales, tal como se encontraban en Francia, estaban tambien en Cataluña, por efecto de la reconquista llevada á cabo por ejércitos franceses, introduciendo en nuestro Principado gran parte de sus leyes, usos y costumbres.

Á pesar de las incesantes guerras de la reconquista de España, vemos progresar contínuamente, durante la dominacion árabe, las artes y ciencias en nuestra península, miéntras las que son hoy naciones europeas tan adelantadas como Alemania, Italia y Francia, arrastraban una vida oscura, sumida en la más completa y absoluta ignorancia, ocupadas únicamente en guerras de ningun provecho.

La media luna lo dominaba todo, y la gloria de España era inmensa. Los árabes sabían fabricar y teñir con magníficos colores las ricas telas con el secreto que Venecia les robará más adelante, y se reservará como exclusivo privilegio suyo. Las maravillas más increibles de las artes y ciencias se reconcentran en las privilegiadas capitales españolas; de todas partes acuden á instruirse en España y esta nacion, hoy tan deprimida y despreciada, tenía excelentes escuelas cuando comenzaba solamente la organizacion de la Universidad de París.

Pero, no adelantemos conceptos que formarán el fundamento del capítulo siguiente.





CAPÍTULO III.

CONTINUACION DEL ANTERIOR. — FILOSOFÍA ÁRABE.

Si los historiadores antiguos, al componer sus obras, se hubiesen dedicado con igual afan á dejarnos verdaderas y exactas noticias de las ciencias y de las artes y de sus perfeccionamientos en las épocas por ellos descritas, como se dedicaron lastimosamente

á darnos pormenores circunstanciados de las intrigas políticas, guerras, batallas y demás por el estilo, tendríamos muchísimo adelantado en el estudio de la civilizacion que tenemos emprendido; pero, atentos todos, en general, á consignar lo que formaba los planes de sus obras, habláronnos mucho de los sucesos, prescindiendo muchas veces de los hombres y callando casi siempre todo lo relacionado con los adelantos materiales de los pueblos cuyos hechos historiaban.

Poseemos muchos datos acerca de las guerras sostenidas por el Islamismo; sabemos cómo crecieron, progresaron, decayeron y murieron sus diversos califatos de Europa, Asia y África; pero no podemos decir otro tanto con igual cúmulo de datos acerca de los progresos de las ciencias, artes é industrias en aquel pueblo dotado de tan excelentes cualidades intelectuales, como nos lo acreditan las noticias que encontramos en sus monumentos literarios y arquitectónicos.

Minado interiormente el poder musulman á fines del siglo undécimo por las guerras civiles, le hemos visto obligado en España á retroceder delante de los cristianos, y en África y en Asia encontrábase dividido entre varias denominaciones que se consumían con sus rivalidades y agotaban estérilmente sus fuerzas.

En Córdoba, en el Cairo y en Bagdad estaban los tres supremos pontífices del Islam sin poder, sin consideracion ni prestigio, desconociéndose mútuamente, lanzándose excomuniones unos á otros, tratándose de usurpadores y herejes, con grave escándalo de los creyentes de sus dominios respectivos.

En el Occidente de Europa están en abierta, contínua y enconada lucha dos religiones poderosas: el combate es á muerte: una de las dos está demás y debe irremisiblemente desaparecer.

Los Califas de Bagdad extendían solamente su poder sobre los musulmanes asiáticos; porque la España primero y el África despues, se habían sustraido á su obediencia, considerándose bastante fuertes para vivir vida propia y afrontar sus iras; y en la misma Asia, sobre las ruinas de la dominacion árabe, se había levantado el terrible imperio de los turcos seldjucidas

que se extendían hasta las fronteras de la China desde las playas del Mediterráneo, aunque este imperio se había tambien desmembrado en cinco sultanías: la de Persia, la de Kerman, la de Alepo, la de Damasco y la de Run, en el Asia Menor, y frente de Constantinopla.

El Islamismo perdía, pues, contínuamente el prestigio de sus buenos tiempos, porque, á la par que sus divisiones políticas debilitaban su poder militar, las heregías consumían el vigor de la antigua fe, con lo que desaparecía el entusiasmo de los creyentes.

Mahoma, como astuto fundador, supo imprimir á su religion un carácter general que es el distintivo de todos sus secuaces: supo hacer que todos sus partidarios blasonaran de un abandono absoluto en Dios. Lo que en los cristianos es una virtud, por reducirse á los límites naturales de las obras humanas perfeccionadas por la gracia de su Dios, es en los musulmanes un grave defecto, porque prescinden de la voluntad del individuo, quedando sólo la voluntad absoluta de Dios, único responsable de los actos humanos, porque obra por los hombres, siendo por consiguiente divinas todas las obras de los hombres. «Está escrito,» hé aquí la fórmula de la resignacion á los decretos del cielo. Esta doctrina borra la libertad humana y quita á las acciones de los hombres todo el mérito y toda la responsabilidad que pudieran tener.

En esta época tan precaria para el Islamismo, que veía llegar á pasos agigantados su penosa agonía, temblaba tambien por su propia suerte el débil imperio bizantino, que hizo no obstante llegar sus ayes á todos los puntos de Europa.

* * *

Dejemos á los sectarios de Mahoma luchando con su conciencia y su ley escrita, de la que decían: «Si la razon la examina, no es más que un tejido de absurdos,» y dediquemos un breve momento al exámen de la civiliza-

cion árabe manifestada en la escuela española en el período de su mayor lucidez.

La civilizacion árabe brillaba esplendente en Edesa poco ántes que en Córdoba y era el centro de todas las ciencias de Caldea, Egipto y Grecia. Cuando las ciencias se vieron obligadas á salir de Atenas, se refugiaron en Edesa y á ella acudían los más aprovechados discípulos de las escuelas de Asia, Europa y África. Su biblioteca contenía infinidad de libros griegos, caldeos y siriacos, y á ellos, á los ilustres profesores que ocupaban sus cátedras y á los medios de que disponía para el estudio, debió la merecida fama con que se la distinguió entre todas.

Digna émula de Edesa fué la escuela de Córdoba, la ciudad mimada por los Califas, la perla del Guadalquivir, recostada, como linda sultana, al pié de Sierra Morena, la más afortunada ciudad de la Arabia española.

Córdoba fué, por su buena estrella, la encargada por la Providencia para difundir en todo el Occidente las ciencias y artes de la antigüedad griega, como fué tambien por mucho tiempo la más sabia de Europa.

Miéntras Córdoba era la primera Universidad del mundo, figuraba Sevilla al frente de las artes que viven de la imaginacion y sentimiento, segun testimonio de un árabe competente citado por un sabio francés contemporáneo.

Las ciencias, en el período que estamos recorriendo, eran patrimonio comun entre los árabes. Veremos una buena prueba de esto en un pasaje que vamos á tomar de un autor moderno, cuya traduccion consta citada por Hoefer en la nueva *Biografía general* de Didot.

En la primera entrevista que tuvo el sabio cordobés Averroés con el sultan Jusuf, de Marruecos, ocurrió lo siguiente: «Cuando fuí introducido por la primera vez, dijo Averroés á uno de sus discípulos, á presencia del jefe de los creyentes, le encontré sólo con Ibn-Tofail. Abou-Beker se puso á elogiarme delante del sultan, á hablar de mi familia, de mis antepasados; y la benevolencia que me profesaba le llevó al extremo de exagerar mi valor personal. Las primeras palabras que me dirigió el jefe de los creyentes, despues de haberme preguntado mi nombre, el de mi padre y de

haberse informado del orígen de mi familia, fueron éstas: «¿Qué piensan respecto del cielo?»—«¿Es eterno ó criado?»—Aludía en estas preguntas á los filósofos de la antigüedad.

»Detenido yo por la vergüenza y la timidez, empecé á excusarme, y á decir que nunca me había ocupado en filosofía; porque yo ignoraba la buena opinion que Ibn-Tofail le había dado de mi persona.

»Comprendiendo perfectamente el jefe de los creyentes que lo que me cerraba la boca era la vergüenza y la timidez, volvióse entónces hacia Ibn-Tofail, y se puso á hablar de la pregunta que acababa de hacerme y referir todo cuanto acerca de este punto dijeron Aristóteles, Platon y los demás filósofos de la antigüedad, cuidando al propio tiempo, de citar los argumentos que aducen los doctores musulmanes contra la opinion de estos filósofos. Dió en todo esto pruebas de tanta erudicion, que no creo la haya habido jamás igual entre las personas que se ocuparon en estas materias y que á ellas se aplicaron. Procediendo de esta manera, procuraba el sultan que desapareciera mi cortedad. Al fin comencé á hablar, y pudo formarse una idea de los conocimientos que yo había adquirido en filosofía.»

Por datos anteriores nos consta que los árabes poseían traducciones en su propio idioma de las obras de Aristóteles, y que las tenían además en latin; pero dichas traducciones, debidas al establecimiento de los nestorianos en Edesa, cuya escuela fundaron, tenían fama de imperfectas, para quien desease poseer completos conocimientos en las materias tratadas por el filósofo griego. Animado de este deseo el sultan de Marruecos, encargó á Averroés la formidable empresa de componer un comentario compendiado pero claro de las obras de Aristóteles. Honroso encargo que, por ser hecho á un árabe español, merece ser conocido en sus pormenores que nos dará el mismo Averroés.

«Ibn-Tofail, dice Averroés, me mandó llamar un día y me dijo:—Hoy he oído hablar al jefe de los creyentes de la vaguedad que reina en la exposicion de Aristóteles ó en la de sus traductores y quejarse de la oscuridad de las ideas de este filósofo, diciendo: «Si sus libros encontraran un sabio que los compendiara aclarándolos, y pusiera sus ideas más al alcance de la

inteligencia, despues de haberlas comprendido él mismo, de seguro que estarían más al alcance del mundo, y, por consiguiente, serían más fácilmente adoptadas.» Hé aquí lo que me ha dicho. Si tú te sientes, pues, con fuerzas para emprender semejante trabajo, hazlo; porque conociendo el despejo de tu inteligencia, la claridad de tu talento y tu aficion á las ciencias filosóficas, estoy seguro del buen resultado que te espera. En cuanto á mí, lo que me aparta de semejante empresa, es, en primer lugar, como tú mismo ves, mi edad avanzada, despues mis ocupaciones administrativas y políticas y los cuidados que reclaman de mi parte los negocios mucho más importantes que este» (1).

Los árabes en España eran, pues, más ilustrados de lo que á primera vista parece. El sucesor de Yakoub fué muy amigo de Averroés y muy aficionado á platicar con él acerca de las ciencias, concediéndole en su presencia el asiento—almohadon reservado para sus más íntimos favoritos,—claro indicio del alto aprecio en que tenía el saber de tan distinguido filósofo.

Es cosa por demás sabida que los árabes en España fomentaban, además de las ciencias, la agricultura, la industria y el comercio; «de manera, dice un autor, que cuando los cristianos conquistaban una ciudad, la hallaban por lo comun floreciente, y en el mismo estado la mantenían despues los cristianos, que, mezclados con los árabes, habían aprendido de ellos el cultivo y las artes. Como todas estas ciudades estaban bien fortificadas, á ellas acudían muchos con sus familias para asegurarse contra las frecuentes incursiones de los enemigos, y ejercer en ellas el ramo de industria á que se habían dedicado» (2).

«Los árabes, pasado que hubo el primer ímpetu de su fanatismo conquistador, luégo que se vieron dueños de las más bellas regiones asiáticas, donde se conservaban esplendorosos restos del saber antiguo, no pudieron ménos de sentirse avasallados por los portentos de las artes que los rodeaban y por la influencia de los que, si bien esclavos suyos, los aventajaban

(1) *Biografía general* de Didot, ya citada.
(2) TAPIA.—Obra ántes citada.

tanto en ilustracion y cultura. Amantes de la poesía, de ingenio vivo y penetrante, de comprension fácil, aunque más sutiles que profundos, abandonaron pronto sus instintos destructores, y se dedicaron al cultivo de las letras y ciencias, dándoles cierto carácter peculiar, que despues influyó no poco en la cultura europea. Preciso es hacerles justicia. Á pesar del descrédito que sobre ellos ha dejado el hecho de Omar, mal comprobado en la historia (1), no estuvieron animados del espíritu devastador que acompañaba á los septentrionales. Trajeron éstos, es verdad, en sus costumbres y leyes, principios que, desarrollados á su tiempo, han sido favorables á la civilizacion del mundo; pero al arrojarse sobre el coloso romano, hubo entre ellos y los musulmanes la enorme diferencia de presentarse como destructores del saber de los vencidos, miéntras los segundos se envanecieron con el papel de sus continuadores. Los árabes, por la influencia que al fin ejercieron sobre el Occidente, hicieron retroceder la barbarie que le cubría. Remontáronse á las fuentes eternas de la sabiduría griega, y no contentos con salvar el tesoro de los conocimientos adquiridos, abrieron nuevas vías al estudio de las ciencias y de la naturaleza. Las matemáticas, la geografía, la astronomía, la medicina, fueron objeto de sus desvelos. Tradujeron la mayor parte de las obras científicas de los griegos, particularmente las de Aristóteles y Ptolomeo; dieron á conocer los guarismos que llevan su nombre y que tanto han influído en la ciencia del cálculo; crearon, por decirlo así, el álgebra, que los griegos no habían hecho más que divisar; fundaron las ciencias químicas, aunque con ellas trataron sólo de hallar el oro y la panacea universal; hicieron la primera medicion del meridiano terrestre; fueron tal vez los introductores del papel, de la pólvora, de la brújula y de otros inventos de suma trascendencia atribuídos á la edad Media; y, en fin, produjeron gran número de sabios que, extendiéndose por todas partes, llevaron al Occidente la fama

(1) La quema de la biblioteca de Alejandría ha sido atribuída á los árabes musulmanes por historiadores muy posteriores á Omar, y hay motivos para creer que es un hecho inventado para desacreditarlos. Gran parte de esa biblioteca se quemó cuando Julio César se apoderó de la capital de Egipto. El historiador Prossio, escritor del siglo IV, dice que la había visitado y que encontró sus estantes vacíos por haberla saqueado doscientos años ántes los sarracenos, pueblo árabe que mucho ántes de Mahoma hacía frecuentes incursiones en la parte oriental del imperio.

de su ciencia y los gérmenes de una nueva cultura. No se quedaron atrás sus hermanos de España, y ántes bien los aventajaron, conservando por más tiempo la antorcha del saber, que en Asia se fué extinguiendo en medio de las continuas revoluciones que sufrieron aquellos desventurados paises, y las escuelas, academias y demás establecimientos de Andalucía, en que muchos encuentran el orígen y modelo de las universidades, juntamente con los hombres doctos que formaban, adquirieron tal celebridad, que desde los puntos más remotos acudían cuantos impulsados por el ánsia de instruccion, querían beber en sus más puras y abundantes fuentes» (1).

La introduccion de la pólvora en España por los árabes, y de consiguiente en Europa, es otro de los tantos hechos que se deben á su célebre invasion en nuestra península. Por los tristísimos efectos que en la civilizacion ha producido tan malhadado invento, vamos á citar aquí un trozo de la biografía del rey D. Alfonso XI, quinto rey de Castilla y Leon, que tenemos á la vista, para escribir en este momento, de la cual tomamos lo que sigue: «.....Con estos avances no dudó la oportunidad de recobrar á Algeciras, si con los servicios que le hicieran sus vasallos, no dejaba la empresa de la mano ántes que Albohacen llegase con poderoso ejército de mar y tierra, que estaba previniendo para la venganza. Hizo D. Alfonso presentes sus intentos en córtes, y condescendiendo los pueblos con dinero, armas y gente, volvió á la frontera para sitiar á Algeciras. Estaba bien prevenido el estrecho con la armada combinada de Génova, Aragon, Portugal y Castilla. Vino la expedicion de Albohacen, y al primer choque fué derrotada por los nuestros. Con esta seguridad, y con mucha prevencion de víveres, puso sitio á Algeciras con gran resolucion en el mes de agosto de 1342. Asentó el rey su campo junto á la torre, que llamaron despues *de los Adalides*, entre el rio Palmones y la ciudad. Dispuso emboscadas para coger prisioneros é informarse por ellos del estado de la ciudad, que supo estar bien proveída

(1) Los mismos cristianos independientes de España, no se desdeñaban de acudir á estas fuentes, áun en los tiempos de más odio y encarnizada lucha. Alonso el Magno envió á sus hijos á estudiar las ciencias naturales en las escuelas árabigas de Zaragoza (a).

(a) A. GIL DE ZÁRATE.—*De la Instruccion en España.*

de víveres y gente, contando hasta ocho mil caballos, doce mil peones de ballesta y saeta, y otros muchos de armas, formando en todos hasta treinta mil. Mandó hacer fosos y estacadas para la defensa, y de día en día crecían las escaramuzas con daño de una y otra parte, aunque eran pocos los nuestros en número. «Pero lo más particular es que los moros lanzaban muchos truenos contra la hueste, en que lanzaban pellas de fierro muy grandes tan léjos de la ciudad, que algunas de ellas pasaban más allá del real, y algunas herían en la hueste: lanzaban asimismo con los truenos, saetas tan grandes y gruesas, que alguna hubo que con trabajo la pudo un hombre alzar del suelo» (1).

No por eso se arredró el rey D. Alfonso, ántes bien, acercó su campo más á la ciudad, previniendo víveres para más tiempo con ánimo de no retirarse hasta que tomase á Algeciras, para cuyo fin empeñó varias villas y lugares con el rey de Portugal, sus coronas de oro y otras alhajas con el de Francia, y pidió al papa nuevas gracias. Entretanto el rey D. Alfonso peleaba contra un número mayor de enemigos, pero con prudencia y paciencia, con lo cual hubiera sin duda adelantado mucho, si las contínuas y abundantes lluvias no hubieran impedido sus maniobras por espacio del otoño é invierno siguientes, en que padeció mucho menoscabo. Agregábase á esto que, además de las contiendas de á pié y á caballo con iguales armas, esto es, con saetas, ballestas, lanzas y espadas, siempre los moros sacaban más ventaja con las armas de fuego, cuyos estragos llegaron ya á hacer temblar á los cristianos, porque en cualquier parte del cuerpo que diesen «llevábanla á cercen, como si la cortasen con cuchillo, y con poco que uno fuese herido luégo era muerto, sin que hubiese cirujía que bastase, lo uno porque venía ardiendo como fuego, y lo otro porque los polvos con que los lanzaban eran

(1) Hemos referido este suceso (dice la biografía), casi con las mismas palabras de la crónica de este rey (cap. 273), para que se vea que este ardid de guerra, ó nuevo género de armas, era desconocido entre los españoles hasta aquel tiempo, y por consiguiente que el primer uso de la pólvora, cañon y bala, lo trajeron los sarracenos á España, de donde empezó luégo á extenderse por Europa; que estos cañones eran de bastante calibre, pues las pellas ó globos de fierro y las saetas eran grandes, y que ignorando los españoles el instrumento y modo de hacerse estos tiros, les dieron el nombre más natural que era el de truenos, al modo que no mucho despues los llamaron así los indios americanos, al oir la primera descarga de mosquetería de los españoles.

de tal calidad, que la herida que hacían era luégo mortal, y venía tan recia que pasaba un hombre con todas sus armas» (1).

No intentaremos quitar á los árabes la triste gloria de la introduccion de la pólvora en España, maldito invento empleado para la destruccion de la pobre humanidad, como si no sobraran los medios de exterminarla; pero bueno es recordar que más de un siglo ántes de emplearla los árabes en España, habíala inventado un oscuro fraile franciscano, cuyo triste destino, en este mundo, fué vivir en la oscuridad y la desgracia, sin dejar, despues de su muerte, ningun recuerdo glorioso entre los hombres por espacio de más de tres siglos.

Ya comprenden nuestros lectores que aludimos al sabio Roger Bacon. En una obra escrita no há mucho por un sabio crítico de primera fila vemos el párrafo siguiente que traducimos del italiano:

«Bacon dirigía tambien á buen fin el descubrimiento de la pólvora pirotécnica, que se le atribuye con justicia, á saber, para que la cristiandad pudiera servirse de ella en las guerras de las Cruzadas contra los sarracenos y otros infieles. No cabe duda que él conocía la manera de hacer la pólvora y los efectos de la misma, pues que despues de haber dicho: «Soni velut tonitrua possunt fieri, et coruscationes in aere, immo majori horrore qua milla quæ fiunt per naturam, nam modica materia adaptata, scilicet ad quantitatem unius pollicis, sonum facit horribilem et coruscationem ostendit vehementem: et hoc fit multis modis, quibus omnis civitas, et exercitus destruatur;» da despues de esto su fórmula ó receta expresando claramente dos de sus ingredientes, pero con letras enigmáticas lo demás, como sigue: «Sal petræ HURU VOPO VIR CAN UTRIET sulphuris, et sic facies tonitruum et coruscationem si scias artificium» (2). Anteriormente ya había escrito un capítulo acerca de los varios modos de ocultar con signos enigmáticos los secretos de la naturaleza, que no conviene manifestar al vulgo» (3).

---

(1) Crónica citada, cap. 292.

(2) *Opus tertium.*

(3) Roger Bacon, acusado de mago, por su mucho saber, había escrito expresamente un tratado para demostrar la nulidad

Sentimos de todas veras no poder extendernos, ante la oportunidad que se nos presenta, en ofrecer á nuestros lectores el inmenso cuadro de los conocimientos del sabio cuanto oscuro fraile, porque si se calificaron de magia en su época, se tendrían ahora por imposibles para ella, dado que, consultando sus escritos, puede verse, dice el citado crítico-historiador, cómo hablaba acerca de los instrumentos para navegar, ya en los rios, ya en los mares, con buques de gran porte, sin remeros, con mucha velocidad; acerca de carros movidos con ímpetu inapreciable, sin que los tiren animales; acerca de una máquina muy útil de muy poco tamaño, para levantar y bajar pesos enormes; acerca de un instrumento para pasear hasta el fondo del mar sin peligro corporal; acerca de puentes en rios anchos sin pilares ó apoyo alguno; en los que se vislumbran claramente ó se preven los buques de vapor, los ferro-carriles, el mecanismo de las palancas, las campanas de los buzos y los puentes de hierro colgantes. Bacon hablaba con certeza de hecho de estas máquinas é instrumentos y añadía: «Únicamente no he visto el instrumento para volar, ni conozco nadie que lo haya visto; pero conozco un sabio que ha pensado llevar á cabo este mecanismo.»

Pero dejemos materias que no son del momento, y volvamos á los árabes.

Los que eran tan amantes de las ciencias y de las artes debían obrar muchas veces á impulsos del sentimiento, y debían estar dominados por rasgos de nobleza no comunes. La caballerosidad debía ser característica de los árabes, bien que sujetos á grandes pasiones.

Permítasenos, ántes de continuar tratando de las ciencias, referir como de paso algun hecho notable que sirva como de confirmacion de lo que dejamos insinuado.

Siendo los árabes señores de Granada hicieron prisionero en una batalla á un caballero cristiano, á quien concedió el rey la libertad movido de su

---

de la magia; en él demuestra lo grande que es el poder de la naturaleza y del arte para obrar cosas admirables, y habla tambien de casi todos los descubrimientos modernos, que entónces no podían considerarse más que como obras de magia (1).

(1) Epístola Fratris Rogerii Baconis de Operibus Artis et Naturæ et de Nullitate magiæ. Pag. 523 (a).

(a) MAGLIANO. Biog. de R. Bacon, cap. X.

belleza, de su garbo y extremada finura, y le empleó cerca del servicio de su persona. No tardó el caballero en conocer que la hija del rey estaba enamorada de él, y la belleza de la princesa le arrastró á aprovecharse de una ocasion digna de un valiente caballero. Á pesar de la vigilancia de los guardias de palacio, los dos amantes hallaron ocasiones de hacerse conocer su amor, y de guardarse mútua fe; porque es muy difícil empresa ocultar una pasion amorosa, y sobre todo entre personas poseídas de vivos sentimientos como los habitantes de los palacios árabes; por lo que no tardó en ser descubierta la de la hija del rey y de su afortunado amante. Temiendo que el rey acudiera á violencias para interrumpir el curso de su pasion, trataron los dos de huir una noche á tierra de cristianos, donde podrían unirse en matrimonio, y poniendo en obra su atrevido plan, realizaron su peligrosa evasion, que fué muy luégo conocida, mandando el rey perseguirles inmediatamente. Viéndose los dos amantes prontos á caer en manos de sus perseguidores, subiéronse á una alta y escarpada roca en la que no tardaron en verse cercados de las tropas musulmanas. Temiendo los amantes el furor del rey y los crueles suplicios que se les preparaban, se abrazaron con la mayor ternura, y de esta suerte se arrojaron de lo alto de la roca. En memoria de este funesto acontecimiento, reza la crónica, se plantó una cruz sobre la roca, á la que se dió el nombre de roca de los amantes ó de los enamorados.

No debiendo nosotros escribir una novela, no podemos continuar en este órden de ideas caballerescas y amorosas que tanto abundan en los poéticos y hermosos períodos de la dominacion árabe en España; porque es innegable que entre los muchos defectos, que no tratamos de ocultar, característicos de la raza árabe, poseían, no obstante, en alto grado, el hermoso sentimiento del amor llevado no sólo hasta la galantería, sino hasta el extremo del heroismo.

Las hermosas provincias del sud de España pueden muy justamente gloriarse del sello que supieron imprimirles la arrogancia, la poesía y el amor de los hijos del desierto, cualidades que se descubren á simple vista en los descendientes de sus antiguos pobladores, y la naturaleza conserva no sólo en los varones, sino tambien en la hermosura y prodigalidad de gracias de

que están adornadas las bellas hijas de aquellas regiones, las más hermosas y ricas en atractivos de todas las mujeres no ya de Europa, sino del universo todo. La belleza de nuestras andaluzas, copia de la que tendrían las compañeras de los secuaces de Mahoma, puede en parte explicar el grosero error del Profeta al prometer á sus fieles creyentes un eden poblado de bellezas femeninas.

El espíritu caballeresco y galante de los árabes españoles parece heredado de los primeros fundadores del Islamismo, por no decir que lo infundió en su religion el mismo Profeta, como se desprende claramente de lo que vamos á referir.

Nueve años solamente contaba de edad la hermosa niña Aichah, hija de Abou-Beker, cuando Mahoma la eligió por su segunda mujer, prendado de ella, ó por lo que ahora se ha dado en llamar razon de Estado. Abundan los datos para creer que fué por esto último, y que en su alma ambiciosa triunfó la política del amor, resignándose á unirse á ella por la influencia que pudiera prestar semejante alianza á los grandes proyectos del falso profeta; porque Abou-Beker era uno de los árabes de más crédito y más distinguidos por su valor. Consta asimismo, por otra parte, que Mahoma la llevaba siempre consigo en sus expediciones, lo cual dice mucho en favor de sus simpatías hacia ella.

Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que Mahoma se casó con Aichah al terminar el primer año de la Egira. En una de las expediciones de que acabamos de hablar, perdió Aichah un collar de gran precio, púsose á buscarlo, y se alejó poco á poco del sitio en que había dejado su camello, el cual, visto por unos musulmanes que creyeron que ella estaba en el palanquin ó litera, fué llevado al campamento.

¡Cuánta no sería la pena de la pobre Aichah, al verse sóla, sin collar, sin camello, y, lo que es peor, sin honra! porque Aichah contemplaba ya perdida su honra, pensando en las murmuraciones que se levantarían contra ella que nunca se había separado de Mahoma, y en los comentarios que suscitaría tan fatal é inesperado incidente.

Por fortuna, ó quizás más bien por desgracia, acudió á aquel sitio Sawan,

guerrero jóven y gallardo, atraído por los lamentables clamores de Aichah que resonaban en el desierto. Ofrecióse á acompañarla hasta el real, en su camello, y ella, que no encontraba otro medio de reunirse á los suyos, tuvo que aceptar por más que le pesara. Llegaron, pues, al real, donde ya se la esperaba con la mayor inquietud, y al verla conducida por un jóven de gentil presencia, crecieron las sospechas de los árabes, que, sin más prueba, no vacilaron en acusarla de infidelidad, diciendo entre otras cosas que la pérdida de un collar no era motivo suficiente para que la mujer del profeta, como quien no dice nada, descendiese al extremo de buscarlo, pudiendo haber dado esta comision á un oficial cualquiera del ejército; y que era muy extraño que hubiese llegado su distraccion hasta el punto de alejarse tanto del campamento.

Las apariencias condenaban á Aichah, y su hermosura la condenaba más aún, y vióse en la precision de responder á tan graves cargos ante su esposo, Abou-Beker y Omur-Rauman, quienes, en vista de las razones que alegó, para defenderse, la declararon inocente. No dice la historia qué razones fueron las alegadas por la hermosa consorte del Profeta, pero de algun peso habrían de ser, cuando, al conocer Mahoma que se le acercaba el fin de sus días, se retiró á la casa de Aichah, permitiendo que sólo ésta le cuidase, pues seguro de su cariño, no temía dar muestras de flaqueza delante de ella.

Una de las personas de quienes más resentida estaba Aichah era de Alí, que había aconsejado á su esposo que interrogase á la criada cuando la pérdida del funesto collar; por ésto, luégo que murió Mahoma, contribuyó directamente su viuda á destruir el califato de Alí; pero habiéndolo éste alcanzado al cabo de algun tiempo, retiróse Aichah á la Meca, donde suscitó grandes facciones contra su enemigo, quien en una reñida batalla derrotó completamente al ejército de Aichah, mandado por Thal-had y Zobeir, cayendo ella misma en poder del vencedor. Léjos de abusar Alí de su victoria, guiado por los sentimientos de caballerosidad innatos en los guerreros árabes, y penetrado de profunda veneracion, respetó á la viuda de Mahoma, mandóla á la Meca y la dió cuarenta mujeres para que la sirvieran, y per-

maneció allí respetada y servida hasta su muerte, mereciendo el título de profetisa y la veneracion de los mahometanos, que la han considerado siempre como una de las cuatro mujeres incomparables que, segun ellos, han aparecido sobre la tierra.

* * *

Tanto como la filosofía de Aristóteles, fué cultivada la medicina, en sus distintos ramos, por los sabios árabes españoles.

Durante toda la época del Renacimiento fueron los escritos de Abulcasis la fuente de los estudios hechos por los cirujanos de Europa.

«Confieso que las obras de Abulcasis, dice un sabio árabe, relativas á medicina y cirujía son de grande utilidad, como lo ha demostrado una larga experiencia; no conozco nadie que haya escrito algo más útil acerca de estas materias, ni más completo, ni más conocido» (1).

Otro sabio, del siglo pasado, dice hablando del mismo Abulcasis: «En pocas palabras os diré lo que refieren los escritores árabes de Alsarali (Abulcasis), de su patria, de su época y de sus obras.

»Los escritos de los árabes de España que yo he visto y leído dicen que es de Córdoba, y que ejerció la medicina con mucha distincion. Ahmed-bar-Yahya-cen-Amir-Eddhobí, de Córdoba, escritor muy exacto del siglo décimo sexto de la Egira, dice que Khalep-ben-Abbas-Aboulcassem-Ezzabaraolli, ejerció la medicina en Córdoba, lugar de su nacimiento, y fué muy hábil cirujano. Dejó excelentes libros acerca de la teoría y la práctica de la medicina, y murió en Córdoba el año de la Egira 500 (1106).»

El nombre de Abulcasis es autoridad de mucho peso en materias quirúrgicas, y todos los autores más célebres que le han sucedido, se apoyan en él y le citan á cada paso.

(1) Abou-Mohammed-Alí, *Historia de los médicos españoles.*

El pueblo árabe tuvo tambien sus defectos muy censurables en materias científicas y manera de apreciarlas.

La necesidad de aclarar un punto negro que aparece en el hermoso horizonte de la ciencia árabe en España, nos obliga á una digresion más larga de lo que nosotros quisiéramos, pero que no disgustará á nuestros lectores.

Las opiniones religiosas de Averroés fueron, segun comun sentir de los historiadores, la causa de la inmensa desgracia de tan ilustre sabio.

Dos son los hechos á que se atribuye su desgracia.

Vamos á referirlos y juzgue el lector por sí mismo.

Impelidos algunos estudiantes de Córdoba por algunos doctores de dicha ciudad, instaron á Averroés que les explicara su sistema de filosofía, á lo que accedió de muy buena gana, creyendo que guiaba á los jóvenes el natural deseo de instruirse en materias filosóficas. Llegada la hora convenida presentóse el filósofo, encontrando llena la sala de numeroso auditorio, y no sospechando ninguna intriga, habló con mucha extension y claridad. Despues de la conferencia, redactaron sus oyentes un informe que presentaron al sultan, certificado con gran número de firmas, y, al leerlo el soberano, dicen que exclamó muy irritado: «¡Está claro que este hombre no es de nuestra religion!»

Esta exclamacion del Sultan podría dar la explicacion de lo dicho por otros autores respecto á las persecuciones sufridas por Averroés, atendida su cualidad, segun ellos, de judío y á su intento de querer que prevalecieran en el imperio de Marruecos las doctrinas judáicas.

Los que suponen judío á Averroés se fundan en el refugio que encontró en casa de un judío, segun testimonio de Leon el Africano, cuando era perseguido por los musulmanes.

El otro hecho aducido por otros autores para explicar satisfactoriamente la desgracia de Averroés se funda en la existencia de una prediccion, muy acreditada en las regiones orientales, segun la cual debía el género humano perecer en un día dado por efecto de un cataclismo universal, cuya prediccion tenía al pueblo aterrorizado.

Por efecto de ese vaticinio, y á fin de prevenir sus funestos efectos, con-

vocóse en Córdoba por el gobernador de la misma una junta de sabios para que emitieran su opinion acerca del terrorífico anuncio.

Averroés, prescindiendo de teologías, examinó la cuestion, objeto de aquella consulta, desde el punto de vista de las ciencias naturales, cuando un teólogo musulman le interrumpió preguntándole si creía lo consignado en el Coran acerca de la tribu de Ad, exterminada por un cataclismo parecido al que se temía. No sería muy á gusto del teólogo impertinente la respuesta de Averroés cuando causó escándalo entre los oyentes.

Parece imposible que hombres sabios dieran tanto crédito al Coran, cuya forma primordial es más que otra cosa una especie de rezo, sin trabazon alguna. Sabido es que ni fué escrito siquiera en tiempo del Profeta, sino que forma una especie de coleccion de sus disposiciones diarias, con bastantes fragmentos posteriores á Mahoma.

Sea como fuere, tocóle á Averroés la suerte de los hombres distinguidos por sus talentos, y la desgracia se cebó en él.

Tratándose de un sabio, de uno de aquellos hombres que influyen innegablemente en la civilizacion de los pueblos que les cuentan en su seno, veamos la relacion de esta desgracia debida al historiador árabe Abd-el-Wahid-Idn.

«Ibn-Roschd (Averroés) tenía en Córdoba enemigos implacables, que aspiraban á igualarle en cuna y nobleza, y cuyo odio y envidia eran violentamente excitados ya por el mérito eminente, ya por la elevada posicion del filósofo. Concibieron el plan de perderle en el concepto del Sultan. Necesitábase para esto una causa de acusacion, ya que no grave en sí misma, especiosa á lo ménos, y acabaron por hallarla. En la época que Ibn-Roschd trabajaba en sus *compendios*, lograron proporcionarse una hoja en la que estaban escritas de su propio puño las palabras siguientes: «Es claro que Vénus es una diosa.» Estas palabras formaban parte de un pasaje tomado de un autor griego citado por el filósofo árabe: atribuyéronse al mismo filósofo como expresion de su opinion personal, y se presentaron como tales al Sultan.

»Al-Mansour, que entónces se encontraba en Córdoba, convocó á los

jefes y principales de cada una de las clases del pueblo, y presidiendo él mismo aquella numerosa junta, hizo comparecer en su presencia á Ibn-Roschd (Averroés).

»Estando presente el acusado, echóle Al-Mansour indignado las hojas donde estaba el pasaje incriminado, dirigiéndole esta pregunta:

—»¿Has escrito tú esto?

—»¡No!—respondió Ibn-Roschd.

—»¡Maldiga Dios al autor de estas líneas! añadió entónces el jefe de los creyentes, y manda luégo á todos los asistentes que le maldigan como él acababa de hacerlo; y despues de ésto, mandó que expulsaran ignominiosamente de la junta á Ibn-Roschd y que le desterraran, junto con cualquiera que aún osara ocuparse en dichas ciencias.

»Además, por un edicto obligatorio en todo el imperio, mandó á sus vasallos que abandonaran el estudio de todas estas ciencias, y quemaran todas las obras de filosofía, exceptuadas las que trataran de medicina, matemáticas, y de la parte de la astronomía que enseña á determinar las horas del día y de la noche, y la direccion de la *Kiblah*.

»En todas las provincias se cumplió este edicto.

»Más adelante, empero, de regreso el Sultan á Marruecos, cambió de opinion acerca de todo cuanto había hecho entónces; hasta cobró tanta aficion á los estudios filosóficos, que volvió á llamar á Ibn-Roschd á su córte, y le colmó de favores; pero, al cabo de muy poco tiempo acometió á Ibn-Roschd una enfermedad de la que murió.»

La intolerancia medra tambien entre los hijos del desierto y el oscurantismo no es procedimiento desconocido entre ellos para conseguir sus fines políticos y religiosos. La intolerancia musulmana se cebó en Averroés y se dejó llevar á actos de salvajismo que desdicen de la cultura á que habían llegado las ciencias y artes en España.

No podemos detenernos en citar todos los nombres célebres de que puede gloriarse la ciencia árabe en España, cuyo número es tan crecído como ilustre, y mucho ménos los que, de paso, acudían en sus viajes científicos á ensanchar sus conocimientos visitando la afamada escuela de Córdoba, de cuyos

conocimientos quedaríamos asombrados si tuviéramos traducidos los muchísimos volúmenes que nos dejaron escritos, y áun solamente si poseyéramos en idiomas más á nuestro alcance que el árabe las obras no traducidas aún y que existen en la biblioteca del Escorial.

Como de paso, recordaremos que al sabio Razi (Rhasés), que residió en Córdoba, ejerciendo la medicina y dedicándose á la química, se le deben varios descubrimientos químicos y entre otros el del aguardiente, cuya fórmula poseemos, segun se desprende del siguiente pasaje de su obra intitulada: *Liber perfecti magistri Rasei:*

«Preparacion del aguardiente por un procedimiento muy sencillo: Toma la cantidad que quieras de *algo oculto*, y machácalo hasta que se convierta en una especie de pasta; déjalo fermentar luégo día y noche; pónlo finalmente en un vaso destilatorio, y destila» (1).

Si recordamos lo dicho al tratar de la fórmula de Roger Bacon para la fabricacion de la pólvora, no extrañaremos el lenguaje enigmático empleado por Rhasés al hablar de la fabricacion del aguardiente. Si nosotros pudiéramos formular un cargo contra los hombres que, como Rhasés y Roger Bacon y tantos otros de la Edad Media, cultivaron las ciencias, se lo formularíamos tremendo, aunque con frase respetuosa, por habernos privado con su lenguaje enigmático de la inteligencia de sus escritos, por sernos ahora inservibles muchos de sus libros, á causa de no podernos formar ideas exactas de muchos pasajes que nos revelarían hechos útiles, pero que desgraciadamente, para nosotros, son verdadera letra muerta.

Á poco que se medite, se verá que las ciencias se deslindaban en España y se iban sujetando á métodos comunes, separándose en cuatro grandes grupos: filosofía, jurisprudencia, teología y medicina, apareciendo celebridades en cada uno de estos distintos ramos. Y es muy de notar que en España adquirieran tanto vuelo las ciencias y se sujetaran á métodos, por cuanto debiendo los españoles atender á la reconquista del país, tenían objeto prefe-

(1) «Præparatio aquæ vitæ simpliciter: Accipe occulti quantum volueris, et tere fortiter, donec fiat sicut medulla, et dimitte fermentari per diem et noctem, et postea mitte in vas distillationis, et distilla.»

rente á donde encaminar sus propósitos; pero esto mismo nos proporciona los datos necesarios para la distribucion de las tareas, á saber: la nobleza entregada por completo á la guerra, en la que sobresalió tanto que, á pesar de las rivalidades y divisiones, pudo conseguir finalmente la expulsion total de los musulmanes del territorio español; el clero regular y seglar dedicado al estudio y adelantamiento de las letras y ciencias, y finalmente, el pueblo cultivando el suelo privilegiado para la agricultura.

«Á tiempo que las naciones europeas estaban sumergidas en la más vergonzosa ignorancia, los árabes de España cultivaban con ardor las ciencias físicas y naturales, la geografía, la historia, la elocuencia y la poesía; siendo varias las causas á que debieron estos progresos intelectuales. En primer lugar tenían abundantes recursos, marina y un comercio extenso con el Egipto y con el Asia, de donde les llegaban libros, maestros y otros medios de instruccion; poseían además las deliciosas provincias meridionales de España, donde no fueron inquietados por los cristianos en los primeros siglos de la restauracion; y por consiguiente podían dedicarse con descanso á las tareas literarias.

»Además, desde que Abderraman I trajo á España la civilizacion asiática, los más de los príncipes árabes cifraron su gloria en fomentar las ciencias, la literatura y las artes, para cuya enseñanza establecieron gran número de escuelas y bibliotecas públicas. Distinguióse entre estos monarcas protectores de las letras y las artes Alhaken, que entró á reinar en 961. De este príncipe refieren las historias arábigas que no tenía otra pasion sino la de adquirir los más preciosos libros de artes y ciencias, y las más elegantes colecciones de poesías y de elocuencia. Su biblioteca estaba ordenada con especial distincion por ciencias y conocimientos, y todas sus salas y alhacenas notadas con elegantes inscripciones, manifestando los libros que contenían y las ciencias ó artes de que trataban. Á ejemplo del rey, los wallíes, wacires y jeques principales de la capital y de las provincias protegían á los sabios y honraban á los buenos ingenios.

»El famoso caudillo Almanzor visitaba las escuelas públicas, y se sentaba entre los discípulos, no permitiendo que se interrumpiese la enseñanza á

su entrada ni á su salida; y para promover los adelantamientos daba premios á los maestros y á los discípulos más sobresalientes (1). Con estos y otros estímulos, que sería prolijo referir, se fueron generalizando los conocimientos y la aficion al saber, en términos que no había territorio dominado por los musulmanes, en el cual faltasen establecimientos públicos de enseñanza, y escritores en uno ú otro ramo de ella. Distinguiéronse entre aquellos los de Toledo, que conservaron los cristianos españoles despues de la restauracion de dicha ciudad, y en ella fué donde se instruyó Gerardo que desde Cremona en Italia, pasó á España con objeto de aprender la lengua arábiga y las ciencias» (2).

Ya es hora de que digamos cuál es la causa de los portentosos adelantos de la civilizacion árabe, anticipándose á otros pueblos de condiciones quizas más ventajosas que las suyas, para no quedarse rezagados en el camino de la cultura.

Todo el secreto consiste en el idioma árabe, ó, mejor dicho, en su estado de perfecto é invariable desarrollo desde los tiempos más remotos. El árabe actual es el árabe de los primitivos tiempos, sin innovaciones, sin ningun cambio, y el mismo que se ha venido hablando siempre y en todas las regiones del globo ocupadas por la raza árabe. El árabe hoy conocido es el mismo idioma de los primitivos siglos y los monumentos literarios de este idioma, no difieren lo más mínimo los actuales de los primitivos. El rico vocabulario árabe es actualmente el mismo, sin variacion de formas, que el usado en composiciones anteriores á la fundacion del Islamismo. Efectos son éstos de la antigüedad y perfeccion de las lenguas semitas á cuyo grupo pertenece el árabe.

Si los musulmanes en España pudieron progresar tanto en el cultivo de las artes y ciencias, merced á la riqueza y perfeccion de su antiguo y fijo idioma, comprenderáse fácilmente lo muy costoso que debía serles á los cristianos españoles el camino que les llevara al estudio de las ciencias, en-

(1) CONDE. *Historia de la dominacion de los árabes*, tomo I, p. 457, 483 y 505.

(2) ANDRÉS.—*Orígen, progresos y estado actual de la literatura*, tomo I, p. 49, de la traduccion castellana (a).

(a) E. DE TAPIA.—*Historia de la civilizacion española*, tomo I, cap. XV.

contrándose en situacion diametralmente opuesta á los árabes en lo tocante á idioma.

«Los cristianos, dice Tapia en la obra poco há citada, por el contrario, adulterado el latin que ántes hablaban y escribían con elegancia, usaban un dialecto rudo é imperfecto, que fué formándose y puliéndose lentamente, como los otros idiomas vulgares que se formaron en Italia y Francia de la lengua latina corrompida.

»Aunque los pueblos septentrionales habían arruinado el imperio latino y casi extinguido las luces de la civilizacion, no habían podido prevalecer sobre aquellas tres naciones para que adoptasen sus toscos idiomas; porque siendo éstos un medio imperfecto de comunicacion para unos pueblos tan cultos, que abundaban en ideas y signos para expresarlos con propiedad, resistieron el aprendizaje y más todavía el uso de un lenguaje que para ellos era bárbara jerigonza, de dura pronunciacion y escaso caudal de voces, en especial para las ideas abstractas (1). Por eso se conservó el latin, no sólo para los instrumentos públicos, sino para el trato comun: pero este latin fué adulterándose con la ignorancia y mezclándose con los idiomas de los pueblos bárbaros, de tal suerte que ya no era el mismo idioma.»

* * *

Se nos reduce el espacio más de lo que desearíamos y nos falta aún muchísimo que decir. Concretaremos pues cuanto podamos y supla por nuestra brevedad la diligencia de nuestros ilustrados lectores.

El imperio de los árabes en España, sufría rudos ataques y hasta contratiempos que amenazaban derrumbarle, y así habría ya sucedido en la época que estamos examinando, á no haber existido, como si se debiera á casua-

(1) Tácito dice de los germanos: *Litterarum secreta viri et fœminæ pariter illic ignorant.—De morib. German.*

Debemos atenernos, dice Gibbon, á esta autoridad decisiva, sin entrar en inapeables disputas sobre la antigüedad de los caracteres rúnicos. El sabio sueco Celsio, humanista y filósofo, es de opinion que aquellos caracteres no eran otra cosa que las letras romanas, convertidas las líneas curvas en rectas, para grabarlas con más facilidad.—*History of the Decline*, etc., cap. IX.

ESCLAVA EN EL HAREM

contrándose en situacion diametralmente opuesta á los árabes en lo tocante á idioma.

«Los cristianos, dice Tapia en la obra poco há citada, por el contrario, adulterado el latin que ántes hablaban y escribían con elegancia, usaban un dialecto rudo é imperfecto, que fué formándose y puliéndose lentamente, como los otros idiomas vulgares que se formaron en Italia y Francia de la lengua latina corrompida.

»Aunque los pueblos septentrionales habían arruinado el imperio latino y casi extinguido las luces de la civilizacion, no habían podido prevalecer sobre aquellas tres naciones para que adoptasen sus toscos idiomas; porque siendo éstos un medio imperfecto de comunicacion para unos pueblos tan cultos, que abundaban en ideas y signos para expresarlos con propiedad, resistieron el aprendizaje y más todavía el uso de un lenguaje que para ellos era bárbara jerigonza, de dura pronunciacion y escaso caudal de voces, en especial para las ideas abstractas (1). Por eso se conservó el latin, no sólo para los instrumentos públicos, sino para el trato comun: pero este latin fué adulterándose con la ignorancia y mezclándose con los idiomas de los pueblos bárbaros, de tal suerte que ya no era el mismo idioma.»

* * *

Se nos reduce el espacio más de lo que desearíamos y nos falta aún muchísimo que decir. Concretaremos pues cuanto podamos y supla por nuestra brevedad la diligencia de nuestros ilustrados lectores.

El imperio de los árabes en España, sufrió rudos ataques y hasta contratiempos que amenazaban derrumbarle, y así habría ya sucedido en la época que estamos examinando, á no haber existido, como si se debiera á casua-

(1) Tácito dice de los germanos: *Adversus caeteros viri et foeminae pariter illic ignorant.—De morib. German.*

Debemos atenernos, dice Gibbon, á esta [illegible], sin entrar en inapeables disputas sobre la antigüedad de los caracteres rúnicos. El sabio sueco Celsio, [illegible], es de opinion que aquellos caracteres no eran otra cosa que las letras romanas, convertidas las líneas curvas en rectas, [illegible].—*History of the Decline*, etc., cap. IX.



Mir Tarradas Comas y Cª Editores.

ESCLAVA EN EL HAREM.

lidades, el llamado reino de Granada que brotó como una bella flor de entre montones de ruinas.

Granada es un nombre que interesa al patriotismo, al arte, á la poesía y al amor; su magnífica vega es un eden de bellos y heróicos recuerdos; comarca privilegiada por la Providencia, surcada por cristalinas aguas, dominada por montes ricos en preciosas minas, en mármoles y otros productos naturales de mucha estima. Granada fué el refugio de los árabes fugitivos de las ciudades conquistadas por el valor cristiano; el último baluarte de la dominacion árabe en España, terminada que estuvo en la península la mision que le había confiado la Providencia.

No debemos, ni podemos hacer la historia del reino de Granada; basta para nuestro objeto una rápida mirada acerca de su civilizacion, y de la influencia que en la general de España ejerció su existencia, desarrollo y caída.

Los desórdenes y vida afeminada de Almostansir, hijo y sucesor de Muhamad, pusieron en peligro el vacilante trono de Granada. Debido á sus pocos años cuando se sentó en el trono, ó á su natural inclinacion, como es lo más probable, deslizábase su vida entre los placeres del harem, donde vivía encerrado como prisionero de sus mujeres y esclavas, y los deleites y disipada vida acabaron con su existencia, al propio tiempo que pusieron término á los temores de los fieles súbditos que deseaban restablecer el prestigio y los buenos tiempos de los reyes granadinos.

Pasemos por alto las revueltas y guerras suscitadas entre los partidarios de Almemun y de Yahia-ben-Anasir, cuyas atrocidades recuerdan la ferocidad de los primitivos sectarios del Islamismo; demos por sabida la tenaz lucha sostenida por otros ambiciosos y desahoguemos un momento el ánimo atribulado recordando lo que hizo el vencedor Alhamar, animoso y gentil guerrero, hermoseando y ensanchando la bella ciudad de Granada, fortificándola, dotándola, además, de hermosos edificios, de escuelas de enseñanza, hospitales y otros puntos de utilidad y beneficencia.

No satisfecho con esto administraba justicia por sí mismo, dando audiencia dos veces por semana á ricos y pobres, visitando personalmente los establecimientos de enseñanza, y haciendo, finalmente, cuanto debe un rey

justo y bueno para la prosperidad de sus gobernados y seguridad de su trono.

Alhamar asistió á la toma de Sevilla por San Fernando y el historiador Conde nos habla así de su entrada en Granada, de vuelta de su expedicion militar: «El día de su entrada en la ciudad, dice el historiador árabe, fué un día de gran fiesta: todos salían á ver á su rey, y resonaban las aclamaciones por todas las calles. Dedicóse Aben-Alhamar á fomentar la industria y aplicacion de sus vasallos, concediendo premios y exenciones á los mejores labradores y artesanos. Así florecieron las artes en sus estados, y la tierra, que de su natural es feraz, con el buen cultivo se hizo feracísima; protegió mucho la cría y fábricas de seda, y llegó en Granada á tanta perfeccion, que aventajaba á las de Siria. Se beneficiaron minas de oro y plata, y de otros metales, y cuidó mucho de que sus monedas fuesen bien acuñadas y hermosas» (1).

Muhamad fué el sucesor de Aben-Alhamar. Las crónicas dicen que era un príncipe muy discreto y de gentil disposicion, tipo de cultura, pundonor y cortesanía como lo eran los príncipes y caballeros de aquellos tiempos, así cristianos como musulmanes.

Á Muhamad sucedióle su hijo Abu-Abdhala, de tan hermoso cuerpo como ingenio, amigo de los sabios, excelente poeta, muy elocuente, de mucha afabilidad, muy aplicado al gobierno, tanto que velaba las noches enteras á fin de terminar los negocios principiados en el día (2). Esforzóse mucho por hermosear á Granada construyendo magníficos edificios, siendo uno de los principales una soberbia mezquita construída de mármoles y verdes jaspes, labrada toda y pintada con gran hermosura.

Abu-Abdhala, excelente príncipe, es una triste prueba histórica de lo poco que valen las más distinguidas virtudes ante las pasiones de los ambiciosos, cuando tienen por auxiliares al populacho. Este saqueó, robó y destruyó cuanto le vino á mano en Granada, impelido por los envidiosos del primer

(1) CONDE.—*Historia de la dominacion*, etc., tomo III, p. 37.
(2) CONDE.—Obra citada, tomo III.

wazir del rey, y en su frenesí penetró en el alcázar real con pretexto de buscar en él al wazir á quien suponían refugiado allí, sin imponerles la presencia del rey que se les presentó para detenerles, robando y saqueando tambien la misma morada del rey. «Cuando el pueblo sale de la debida sumision y con cualquier pretexto se desenfrena, añade el historiador árabe, parece que aprovecha los instantes de su impunidad para vengarse del respeto y de la forzada y necesaria obediencia que ha prestado ántes. Los caudillos de la sedicion en tanto que la desordenada plebe robaba cuanto había, cercaron al rey, y le intimaron el decreto del pueblo para que abdicase la corona, pues quería que reinase su hermano Nazar» (1).

¡El decreto del pueblo! ¡Siempre los mismos los hombres! ¡Siempre los ambiciosos subiendo al poder sirviéndoles de escabel la ignorancia del pueblo! ¡Moros y cristianos empleando iguales procedimientos: moros y cristianos sujetos á unas mismas pasiones, obedeciendo á iguales móviles! ¡El decreto del pueblo! ¿Y cuándo ha sabido un pueblo sacar partido de sus decretos? Contesten por nosotros los empleos, los honores, las haciendas en manos de unos cuantos especuladores, de corazon perverso pero falso, y la miseria, los destierros, las deportaciones, las tiranías en nombre de la libertad reservadas para los que *decretan*. ¿Cuándo abrirán los ojos los pueblos y dejarán de servir los intereses de los tiranos que los explotan en nombre de libertades mentidas y de ventajas nunca realizadas?

Dos años duró el reinado de Nazar, destronado por su sobrino Ismail, el musulman más fanático que conocieron los siglos y enemigo acérrimo del nombre cristiano.

Al reinado de este intruso se refiere el siguiente hecho que da mayor antigüedad, que el citado en este mismo capítulo, al arte de sitiar y rendir las plazas fuertes por medio de la artillería.

«En la luna de Regob del año 724, (1325) dice la historia, fué Ismail á cercar la ciudad de Baza que habían tomado los cristianos: acampó y fortificó su real: combatió la ciudad de día y noche con máquinas é ingenios

(1) CONDE.—*Historia de los árabes*, tomo III, p. 91.

que lanzaban globos de fuego con grandes truenos, todo semejante á los rayos de las tempestades, y hacían grande estrago en los muros y torres de la ciudad, que se entregó por avenencia al rey Ismail el día 24 de la misma luna» (1).

A Ismail, que estuvo en contínua guerra con los cristianos, pero que, esto no obstante, se dedicó al fomento de la prosperidad de sus súbditos, dotando á Granada de hermosos jardines y surtiéndola de fuentes, mandando edificar ricas mezquitas y distribuyendo en gremios las distintas clases de artesanos, le sucedió su hijo Muhamad, amigo de la ciencia, afable con los literatos, muy aficionado á la lectura de composiciones poéticas, de romances é historias amorosas y caballerescas, segun testimonio de las historias árabes.

Su hermano y sucesor Juzef fué excelente poeta, versado en varias ciencias y más amigo del silencio de la paz que del estruendo de la guerra. Reformó en buen sentido las leyes del reino y compuso formularios sencillos y breves para los instrumentos públicos. Como hábil político, se dedicó á la institucion de medios con que recompensar distinguidamente los servicios de los empleados públicos y de los guerreros, y como buen administrador civil dispuso que se escribieran obras con que enseñar los oficios y profesiones, sin descuidar la carrera militar. Granada le debió asimismo varios y elegantes edificios.

Durante el reinado de Juzef tuvo lugar la importante y memorable batalla del Salado, conocida por los árabes con el nombre de batalla de Wadalecito, que decidió de la suerte de Algeciras y fué un golpe mortal para los destinos de los árabes en España.

Juzef, deseoso de la prosperidad de su reino, pactó paces con los enemigos, para ocuparse, como lo hizo, en los intereses morales y materiales de su pueblo, estableciendo escuelas en varios puntos, terminando las obras comenzadas en Granada, y dando nuevo y fuerte impulso á todas las mejoras.

(1) *Historia de los árabes*, tomo III, p. 111.

Como siempre, siguieron los grandes el ejemplo de su rey, y á la manera que él había hermoseado las mezquitas y su palacio con ricos adornos, hicieron ellos lo propio en sus palacios, y en poco tiempo varió el aspecto interior de Granada con las casas elevadas que se construyeron y torres que se levantaron, pudiendo decir el historiador árabe, con su estilo peculiar y poético, que era Granada una taza de plata llena de esmeraldas y jacintos, porque los salones de las casas principales estaban adornados de oro y azul, y en medio de ellos había hermosas fuentes y los suelos labrados de menudas piezas de azulejos á estilo de obra mosáica (1).

La solicitud de Juzef se extendía lo mismo á la administracion civil que á lo concerniente á la observancia religiosa, como lo demuestra el siguiente pasaje relativo á los festejos del fin de la cuaresma árabe, en que se habían introducido muchos abusos, lo propio que en la fiesta llamada de los carneros.

«En una y otra, dice la historia, se habían introducido profanidades y locuras mundanas; andaban las gentes como locas por las calles, echándose aguas de olor, tirándose naranjas y otras frutas; y andaban tropas de mozos y bailarinas con estrepitosas zambras por todas las calles. Prohibió (Juzef) los desórdenes, y mandó que se celebrasen con alegrías virtuosas, con limpias y preciosas vestiduras como cada uno pudiese, con flores y perfumes aromáticos por honra de las pascuas; que se ocupasen en asistir á las mezquitas, visitar pobres, enfermos y sabios, y en distribuir limosnas, segun las facultades de cada uno» (2).

Tantas y tan bellas cualidades no le libraron á Juzef de morir asesinado, presentando la historia de Granada una continuada serie de usurpaciones, asesinatos y revueltas, que parecen incompatibles con los adelantos y mejoras que, esto no obstante, se hacían siempre, así en lo moral como en lo material del reino, porque si se fomentaban las artes y el comercio, como lo hizo Muhamad, hijo de Juzef, no se descuidaba el embellecimiento de la ciudad, por medio de suntuosos edificios, sino que se levantaban asimismo

(1) CONDE.—*Historia*, etc., tomo III, p. 146.
(2) CONDE.—*Historia*, etc., tomo III, p. 141.

hospitales donde recoger á los pobres, con magníficas fuentes y espaciosos estanques de mármol para solaz de los acogidos.

Otro Muhamad, hijo segundo del anterior y usurpador del trono de su hermano mayor Juzef, llevó á cabo la usurpacion con el apoyo de toda la caballería y nobleza de Granada. En la historia que no podemos soltar de la mano, para estos ligeros apuntes, dice el autor tantas veces citado: «Era Muhamad, dice el historiador árabe, hermoso de cuerpo, de ingenio vivo, de grande ánimo y valor, con mucha afabilidad, y gracia para grangearse las voluntades del pueblo. Temeroso de venir á rompimiento con el de Castilla, partió de Granada sin comitiva ni aparato real, con pretexto de recorrer las fronteras, y de secreto fingiéndose embajador de su córte, acompañado de veinte y cinco esforzados caballeros, pasó á Toledo, y se presentó al rey de Castilla, que le honró y trató con muestras de íntima amistad: comieron juntos, y ajustaron paces, renovando los conciertos hechos con su padre. Acaeció este suceso el año de 1397, y el rey de Granada, muy pagado y satisfecho del de Castilla, tornó á su reino, donde nada se sabía de su atrevido viaje» (1).

La civilizacion no puede exigir más cortesía y tolerancia que la revelada en éste y otros hechos por el estilo que nos ofrecen á cada paso las páginas de la historia de la reconquista en España, y estableciendo comparaciones, ¡cuánto camino hemos desandado! ¡cuántos siglos hemos retrocedido, volviendo á la barbarie! Árabes y cristianos en la Edad Media, peleaban tenazmente y luégo se abrazaban y comían juntos y se guardaban caballerescas atenciones: en pleno siglo XIX, llamado enfáticamente el siglo de las luces, del progreso, de la civilizacion, hemos visto... no diremos lo que hemos visto, por respeto á nosotros mismos: díganlo por nosotros las ensangrentadas páginas de la historia de nuestras discordias civiles, y el horror hará caer el libro de nuestras manos, y buscaremos espacio donde librarnos de la atmósfera de sangre que se respira en todas partes.

El desposeido Juzef sucedió á su hermano Muhamad y supo hacerse cé-

(1) Tomo III, p. 172.

lebre por muchas y bellas cualidades. Su córte, nos dice el libro que es nuestro guía, era el asilo de los caballeros agraviados de Aragon y Castilla: allí iban á tratar sus desavenencias y le hacían su juez: dábales campo para sus desafíos y combates de honor, y apenas principiada la lid, los hacía volverse amigos, y salían juntos y honrados de su córte. Esta conducta del rey Juzef le hacía ser muy querido de propios y extraños, en especial de la reina madre de Castilla, con quien mantenía correspondencia muy familiar, haciéndose cada año mútuos presentes; y cuando el rey de Castilla estuvo en edad de gobernar por sí, prolongó las treguas con el rey Juzef, por consejo de su madre. Así pues se mantenía floreciente el Estado con los beneficios de la paz, y los granadinos gozaban con ella, añade el historiador, las anticipadas delicias del paraíso en sus amenas huertas y casas de campo (1).

Los partidos políticos iniciaron la decadencia y ruina de Granada, sujeta, desde la muerte de Juzef, á las ambiciones de los que aspiraban al gobierno, que la precipitaron á la sima de su ruína entregándola á los Reyes Católicos que supieron aprovecharse de la debilidad, efecto de la division.

Nosotros, como el autor español que cierra el cuadro de Granada con la autoridad de un historiador extranjero, completaremos lo que debemos decir del estado de cultura de aquel bello reino, hermosa posesion del territorio español, apelando á la misma cita, más desinteresada é imparcial y concluyente por ser de mano extranjera.

«Los árabes, dice Prescott, apuraron en la vega de Granada todos los recursos del más esmerado cultivo, y para regarla perfectamente, repartieron en centenares de canales las aguas del Genil que la atravesaba. Las cosechas se sucedían unas á otras en cada año; allí prosperaban los frutos y plantas de los más opuestos climas; el cáñamo del norte crecía lozanamente á la sombra de los olivos y viñedos. La seda suministraba el principal artículo del comercio que se hacía por los puertos de Málaga y de Almería. Las ciudades de Italia, que á la sazon iban creciendo en opulencia, aprendieron de los árabes españoles su mayor destreza en esta elegante manufactura. En

(1) Tomo III, p. 189.

particular Florencia les compraba grandes partidas de seda cruda aún en el siglo XV. De los genoveses se refiere que tenían establecimientos mercantiles en Granada, y que celebraron igualmente con este reino que con Aragon tratados de comercio. Henchía los puertos granadinos grande y variada muchedumbre de traficantes de Europa, África y Levante, en términos que Granada, segun el historiador árabe, era la ciudad comun de todas las naciones. Habían cobrado los granadinos tal reputacion de honradez, dice un escritor español, que su mera palabra equivalía á un convenio escrito, y en prueba cita el siguiente dicho de un obispo: «que las obras musulmanas y la fe española era cuanto se necesitaba para formar un buen cristiano» (1).

«Las rentas públicas computadas en un millon y doscientos mil ducados, procedían de impuestos parecidos á los que exigían los califas de Córdoba, y áun más gravosos bajo ciertos aspectos. La corona, además de las ricas posesiones que tenía en la Vega, cobraba la onerosa contribucion de un siete por ciento sobre los productos agrícolas del reino. Además se recogía gran cantidad de preciosos metales, y la moneda de Granada se distinguía por la ley y elegancia del cuño.

»Los reyes de Granada sobresalieron en la mayor parte por su aficion á la cultura; empleaban sus rentas en el fomento de las letras, en la construccion de edificios públicos y suntuosos, y sobre todo en el esplendor y magnificencia de una córte, no igualada por otra alguna de los príncipes de aquellos tiempos. Diariamente ofrecían al público recreaciones y torneos, en que los caballeros granadinos no tanto se esmeraban en imitar las duras proezas de la caballería cristiana, como en hacer alarde de su destreza en la equitacion, y de su soltura en los agraciados pasatiempos propios de la nacion á que pertenecían. La vida era para ellos un prolongado carnaval, y el tiempo de las ilusiones duró hasta que el enemigo se acercó á sus puertas» (2).

(1) El embajador del emperador Federico III, en su tránsito á la córte de Lisboa, á mediados del siglo XV, notó el superior cultivo y la general civilizacion de Granada en aquel período, contraponiéndola á la de otros países de Europa por donde había viajado.—SISMONDI. *Historia de las repúblicas italianas de la Edad Media*. París, 1818, tomo IX, 405.

(2) PRESCOTT. *Historia del reinado de Fernando é Isabel la Católica*. Tomo I, p. 290 y siguientes.

* * *

Acabamos de recorrer períodos excelentes y de leer páginas hermosas de la historia de la dominacion árabe en España; ¡ay! no crean nuestros lectores que ni en un principio, ni siempre, ni en todas partes fueran los árabes los galantes que hemos visto en la córte de Granada y á veces en la de Córdoba tambien.

Historiadores hay, Conde por ejemplo, que tratan con sobrada generosidad varios de los hechos que merecen acerba censura del historiador imparcial; porque no es, desgraciadamente, exacto que en los comienzos de su dominacion trataran los árabes de mostrarse tolerantes con los españoles. Basta leer los preceptos del Coran á sus adeptos, basta saber las órdenes dadas por Mahoma á sus secuaces, y, más que todo, basta recordar las conquistas y hechos de armas de los primeros sucesores del Profeta, para deducir en buena lógica que no se presentarían dulces y afables en España los invasores que imponían su fe con la persuasion de la cimitarra. Los historiadores que atenúan los instintos feroces de los musulmanes incurren groseramente en el error tan comun de no distinguir los caracteres de las fechas que historían. Dos caracteres muy distintos presentan los árabes en España: el guerrero, tosco, fanático de la época de la invasion; el caballeresco, noble, humano y culto adquirido con el roce de los cristianos, y sobre todo, debido á la influencia del bello clima de los territorios del sud de España. Estos eran, relativamente, de afable trato, aquellos eran déspotas y tiranos como el jefe de quien dependían, como la religion intolerante en la que se inspiraban.

Despues que Abderraman hubo triunfado de todos sus adversarios, y despues de haber elegido á Córdoba por capital de su reino, quiso dedicarse como lo hizo, al embellecimiento de su real residencia y á reparar los males causados por las guerras sostenidas entre sí, hasta conseguir la independen-

cia de su monarquía; pero, aunque estaba en pacífica posesion del país conquistado, y aunque apénas si debía hacer más que conservar las grandes obras que habían resistido desde la época romana, á la cual pertenecían, no estuvo exento Abderraman de contrariedades y fuerte oposicion promovidas por los que no miraban con buenos ojos la moderacion y tolerancia de su nuevo rey.

Era, no obstante, tanto ménos justificada la aversion de los musulmanes contra Abderraman, cuanto había procurado instituir un gobierno calcado, por decirlo así, en el mismo de los califas de Oriente, con todas las formas despóticas distintivas de los orientales; pero no carecía el sistema de vicios, ni era el menor de ellos, para la tranquilidad del reino, la multitud de mujeres que daban al soberano enjambres de hijos que debían en momentos dados ceder á los impulsos de las pasiones, al ver entronizado al que tenía quizas ménos derecho á la eleccion paternal, como se vió, entre otras veces, cuando el advenimiento del hijo y sucesor del propio Abderraman, Hixen, que se vió combatido por dos hermanos suyos que le declararon guerra.

Hixen era digno de gobernar como su padre. Hizo cuanto humanamente pudo en pro de la civilizacion, fomentó las obras públicas, y tuvo la gloria de terminar la mezquita comenzada por su padre, verdadera joya del arte, y monumento de gloria de sus constructores.

Merecen especial mencion las máximas de gobierno seguidas por Hixen, recomendadas á su hijo en el lecho de muerte, para que ajustara á ellas su conducta. «Haz justicia igual, le dijo, á pobres y ricos; no consientas injusticias en tu reino, que es camino de perdicion; al mismo tiempo serás benigno y clemente con los que dependan de tí, que todos son criaturas de Dios. Confía el gobierno de tus provincias y ciudades á varones buenos y experimentados; castiga sin compasion á los ministros que opriman á tus pueblos con voluntarias exacciones: gobierna con dulzura y firmeza á tus tropas cuando la necesidad te obligue á poner las armas en sus manos: sean los defensores del Estado, no sus devastadores; pero cuida de tenerlos pagados y seguros de tus promesas. Nunca ceses de granjear la voluntad de tus pueblos, pues en la benevolencia de ellos consiste la seguridad del Estado,

en el miedo el peligro, y en el odio su cierta ruína. Procura por los labradores que cultivan la tierra y nos dan el necesario sustento: no permitas que les talen sus siembras y plantíos: en suma, haz de manera que tus pueblos te bendigan y vivan contentos á la sombra de tu proteccion y bondad; que gocen seguros y tranquilos los placeres de la vida: en ésto consiste el buen gobierno, y si lo consigues serás feliz y lograrás la fama del más glorioso príncipe del mundo» (1).

Alhaken, hijo y sucesor de Hixen, desautorizó, con su feroz conducta, las prudentes y humanitarias máximas de su padre. Como si se hubiese propuesto el hijo de éste hacer diametralmente todo lo contrario de lo aconsejado por su recto y justiciero padre, autorizó en Toledo con su consentimiento, segun el testimonio de Conde, el asesinato de quinientos nobles árabes, conducidos engañosamente al matadero bajo el especioso pretexto de un convite. En Córdoba, donde se fraguó una conspiracion, verdadera ó fingida, hizo degollar trescientos, cuyas cabezas se tendieron en las alfombras de su palacio. En otra ocasion amotinado el pueblo con motivo de un tributo que había impuesto para mantener su guardia compuesta de cinco mil hombres, acometió en persona á la muchedumbre amotinada, cogió á trescientas personas vivas, y clavadas en gruesas estacas á la orilla del rio, presentó á la ciudad este espectáculo horroroso. Además de esto permitió á sus tropas por espacio de tres días el saqueo del arrabal, donde había empezado el motin, y al cabo de este pillaje mandó salir desterradas millares de personas (2).

Alhaken fué un verdadero tirano, sin que registre la historia una sóla virtud ó un sólo acto de nobleza en medio de tanta crueldad, paréntesis terrible de la civilizacion, pronta á desaparecer á no haberle sucedido un reinado largo y próspero en que la civilizacion recibió notable desarrollo como en sus mejores tiempos.

(1) CONDE.—Parte I, cap. 25.

(2) CONDE.—Parte I, cap. 39.

Distinguióse Abderraman II, sucesor de Alhaken, por su decidida aficion á las obras públicas, que costeó en muchos puntos de su reino, nombrando en cada provincia inspectores de vías públicas con determinado número de correos puestos á sus órdenes, para comunicar las órdenes del gobierno á todos puntos; condujo aguas potables á Córdoba, desde la sierra, por medio de cañerías de plomo, hizo empedrar las calles, dotándolas de fuentes y baños de mármol, construyendo además gran número de edificios para embellecimiento y utilidad de su córte.

Las bellas cualidades de Abderraman quedan feamente mancilladas por su intolerante conducta, que ocasionó el martirio de muchos cristianos. Los crecidos gastos ocasionados por las muchas edificaciones llevadas á cabo en su constante afan de hermosear su capital, causaron el aumento de los tributos, y ésto y la ambicion de muchos descontentos, que no faltan nunca ni en los mejores reinados, dieron pié á la rebelion de cristianos y judíos acaudalados, unidos en la comun causa con los musulmanes que suspiraban por un cambio de soberano. Además, segun refiere el historiador Morales, en su Crónica general de España, no hubo nunca armonía entre los fanáticos musulmanes y los cristianos, revelándose sobre todo la antipatía cuando éstos hacían pública manifestacion de su creencia por medio de ceremonias ó actos religiosos. No se necesitaban tantos combustibles para que fuera destructor el fuego el día que se iniciara el incendio. Resentido el rey por sublevaciones anteriores, en vez de aconsejarse de la prudencia para atajar el incendio, lo atizó desahogando su ira contra los cristianos, haciendo perecer á muchos en el martirio (1).

No es aquí lugar á propósito para tratar de los judíos en España; pero dicho ya en otros sitios que los árabes encontraron valiosos auxiliares en los judíos en la época de la invasion, no huelga por esto consignar ahora que en España, durante la dominacion árabe, fué mucho mejor que la de los muzárabes, como á recompensa de su cooperacion en la conquista, y hasta pu-

(1) MORALES, obra citada, lib. 14, cap. 16.

diera asegurarse, por su mayor afinidad de sentimientos religiosos que respecto de los cristianos.

Las turbulencias religiosas y civiles que alteraban la tranquilidad del gobierno de los musulmanes no eran, sin embargo, suficientes para alterar el poderoso desarrollo de la civilizacion árabe que no descuidaba el fomento de las artes y ciencias y en especial de la agricultura, como podrá convencerse de ello quien consulte la excelente obra de Conde, sobre todo en su parte 1.ª, capítulo 79, donde trata del muy largo reinado de Abderraman, hijo de Muhamad.

La actual civilizacion tiene mucho que aprender en muchos de los actos de la vida que distinguen á los caballeros árabes de la época á que nos estamos refiriendo. Sírvanos de prueba algun pasaje de la obra de Conde. Recibió el rey Alhaken mensajeros del rey de Leon y lo refiere como sigue: «Recibiólos con mucho agrado en sus jardines, dice la historia árabe, y estuvieron en Medina Azahra muy contentos y festejados, y se maravillaban mucho de la hermosura de aquella ciudad, y de la riqueza y magnificencia del real alcázar. Cuando partieron á su tierra envió el rey con ellos á un wazir de su consejo con sus cartas para el rey de Galicia, y dos hermosos caballos ricamente enjaezados, con sendas espadas de Córdoba y Toledo, y dos halcones de los más generosos y altaneros para presentárselos al rey de Galicia en su nombre» (1).

Como rasgo característico de sostener la palabra empeñada, debemos continuar aquí otro pasaje del mismo Conde. «Fueron á Córdoba, dice, muchos caballeros de la España oriental, de Galicia y Castilla, todos los cuales fueron muy bien recibidos y honrados. Algunos de ellos solicitaban por sus parcialidades que el rey declarase la guerra á otros cristianos, sus enemigos, y muchos wazires de su consejo y los walíes de las fronteras deseaban ocasiones de rompimiento, pero el rey Alhaken les respondía: «Sed fieles en guardar vuestros pactos, que Dios os pedirá cuenta de ellos» (2).

(1) Conde.—Par. 1, cap. 36.
(2) Id., id., cap. 90.

¡Cuántos hombres, cristianos y caballeros, no sabrían usar hoy semejante lenguaje, y mucho ménos aún atemperarse á él! Por nuestra parte, podemos decir, con sentimiento, que conocemos muchos que ni hablan, ni obran como el moro Alhaken.

La religiosidad de este rey llegaba al extremo de obrar mal para lograr un fin recto. Veamos un interesante pasaje de Conde. «Por mala costumbre y licencia introducida en España, por los de la Iraca y otros extranjeros, se había hecho libre y como lícito el uso del vino, de tal suerte que el vulgo y áun los alfaquíes lo bebían y se permitía en walimías (1) y convites con escandalosa libertad; pero el rey Alhaken que era religioso, abstinente y docto en las exposiciones aprobadas del Alcoran, juntó sus alimes y alfaquíes, y les preguntó en qué podía fundarse el general abuso que había en España, que no sólo se usaba el beber el ghamar ó vino rojo, sino que se bebía el sahba (vino claro), el nebid (vino de dátiles), y el de higos, y otras bebidas fuertes que embriagaban: respondiéronle que desde el reinado del rey Muhamad, se había hecho comun y recibida opinion, que estando los muslimes de España en contínua guerra con los enemigos del Islam podían usar el vino, por lo que esta bebida acrecienta el valor y el ánimo de los soldados para las batallas: que así en toda tierra de fronteras era lícito su uso para tener mayor esfuerzo en las lides. Reprobó el rey estas opiniones, y en odio del abuso mandó arrancar las viñas en toda España, y que sólo quedase una tercia parte de ellas, para aprovechar el fruto de la uva madura en pasas, arrope y otras diferentes composiciones saludables y lícitas» (2).

Mal comprendió Alhaken el ramo de la agricultura, dando una órden tan bárbara y hasta necia, fundada solamente en su profundo fanatismo, pero, á pesar de ésto cuidó mucho del fomento de otros ramos de la agricultura, hasta el punto de que en su época tenían á honra los más distinguidos caballeros dedicarse por sí mismos al cultivo de sus risueñas huertas, abandonando la vida de las ciudades por la de sus haciendas en el campo, sobre

(1) Banquetes en día de boda.

(2) Conde.—*Obra citada*, parte I, cap. 90.



CAUTIVAS PARA

¡Cuántos hombres, cristianos y caballeros, no sabrían usar hoy semejante lenguaje, y mucho ménos aún atemperarse á él! Por nuestra parte, podemos decir, con sentimiento, que conocemos muchos que ni hablan, ni obran como el moro Alhaken.

La religiosidad de este rey llegaba al extremo de obrar mal para lograr un fin recto. Veamos un interesante pasaje de Conde. «Por mala costumbre y licencia introducida en España, por los de la Iraca y otros extranjeros, se había hecho libre y como lícito el uso del vino, de tal suerte que el vulgo y áun los alfaquíes lo bebían y se permitía en walimías (1) y convites con escandalosa libertad; pero el rey Alhaken que era religioso, abstinente y docto en las exposiciones aprobadas del Alcoran, juntó sus alimes y alfaquíes, y les preguntó en qué podía fundarse el general abuso que había en España, que no sólo se usaba el beber el ghamar ó vino rojo, sino que se bebía el sahba (vino claro), el nebid (vino de dátiles), y el de higos, y otras bebidas fuertes que embriagaban: respondiéronle que desde el reinado del rey Muhamad, se había hecho comun y recibida opinion, que estando los muslimes de España en contínua guerra con los enemigos del Islam podían usar el vino, por lo que esta bebida acrecienta el valor y el ánimo de los soldados para las batallas: que así en toda tierra de fronteras era lícito su uso para tener mayor esfuerzo en las lides. Reprobó el rey estas opiniones, y en odio del abuso mandó arrancar las viñas en toda España, y que sólo quedase una tercia parte de ellas, para aprovechar el fruto de la uva madura en pasas, arrope y otras diferentes composiciones saludables y lícitas» (2).

Mal comprendió Alhaken el ramo de la agricultura, dando una órden tan bárbara y hasta necia, fundada solamente en su profundo fanatismo, pero, á pesar de ésto cuidó mucho del fomento de otros ramos de la agricultura, hasta el punto de que en su época tenían á honra los más distinguidos caballeros dedicarse por sí mismos al cultivo de sus risueñas huertas, abandonando la vida de las ciudades por la de sus haciendas en el campo, sobre

(1) Banquetes en día de boda.
(2) Conde.—*Obra citada*, parte I, cap. 90.



Mir-Tarradas, Comas y Cª — Editores

CAUTIVAS PARA EL HAREM.

todo en las estaciones de primavera y otoño. De su época datan muchas acequias de riego en las ricas vegas de Granada y hasta en las huertas de Murcia y Valencia, extendiéndose hasta el reino de Aragon.

«Muchos pueblos, siguiendo su natural inclinacion, se entregaron á la ganadería y conservaban la antigua vida de los bedawis, trashumantes de unas provincias á otras, y procurando á sus rebaños comodidad de pastos en ambas estaciones» (1).

El bienestar material de los pueblos sujetos al dominio árabe en España adquirió entónces notable incremento; porque aumentaron las rentas de una manera portentosa por efecto de la prolongada paz, creciendo tambien por esto mismo la poblacion, de manera que el censo, mandado practicar entónces, arrojó la siguiente estadística publicada por algunos autores árabes: seis ciudades grandes capitales de las capitanías, ochenta de mucha poblacion, trescientas de tercera clase: lugares, torres y alquerías eran innumerables; habiendo doce mil en las solas tierras regadas por el Guadalquivir. Había en Córdoba doscientas mil casas, seiscientas mezquitas, cincuenta hospicios, ochenta escuelas públicas y novecientos baños para el público.

Despues de este brillante período siguióse otro más brillante aún para los que cifran el lustre de los pueblos en el esplendor que les dan las armas guiadas por la victoria. Almanzor, general del niño Hixen, sembró el pánico en todas las monarquías cristianas penetrando hasta en Santiago, cuyas campanas se llevó como en trofeo haciéndolas trasladar en hombros de cautivos cristianos, para más humillar á los vencidos: en todo el mundo resonaba triunfante el nombre del guerrero mimado de la fortuna; pero no por esto decayó el ánimo de los soldados españoles, acostumbrados ya á guerrear desde su infancia. La batalla de las Navas de Tolosa fué el golpe mortal para la monarquía árabe y las armas de Fernando el Santo se enseñorearon de las hermosas regiones andaluzas.

(1) Hé aquí el origen de nuestra ganadería mesteña. Llamábanse mohedinos estos árabes vagantes ó trashumantes, y de aquí pudo derivarse la voz merinos. (a)

(a) E. DE TAPIA, tomo I, cap. XIV.

* * *

Quizas fuera ocasion para tratar ahora de la cuestion de los judíos en España; pero la demasiada extension que debiéramos conceder al presente capítulo nos lo veda, máxime presentándose á su tiempo más oportunidad que ahora, para dedicarles algunas reflexiones.

Hecha ya esta observacion, no podemos prescindir de estampar aquí á la ligera alguna idea que pondrá de relieve lo que á veces hemos indicado ya, respecto á los pueblos divididos por diversidad de creencias religiosas.

Cuando los cristianos practicaban alguna ceremonia ó acto religioso de su fe, escandalizábanse los musulmanes y no sabían llevarlo en paciencia y tapábanse los oídos al toque de las campanas (1); en cambio los cristianos cuando el muezin llamaba á los infieles á la oracion desde la torre de la mezquita, maldecían á Mahoma, clamando: «Guárdanos, Señor, de malas voces» (2).

A esta discordia, gérmen de iras y enconos que debían necesariamente producir sus frutos, añadíase la más honda aún de los judíos, cuya presencia era intolerable en España, á pesar de sus derechos otorgados por la monarquía castellana. (3)

---

(1) E. DE TAPIA. Obra citada. Tomo I, p. 223.

(2) *Salvanos, Domine, ab auditu malo, et nunc et in æternum.*—SAN EULOGIO, en su Apología de los mártires. (a)

(a) Obra citada.

(3) Los judíos maldecian á los cristianos en sus oraciones, segun se ve por las siguientes palabras del ordenamiento en que se les prohibe este bárbaro uso: «Por cuanto nos ficieron entender que en sus libros e en otras escripturas de su Talmut les mandan que digan de cada día la oracion de los hereges, que se dice en pié, en que maldicen á los cristianos, e á las iglesias e á los finados; mandamos e defendemos firmemente que ninguno de ellos non las diga de aquí adelante..... e el que las dijíere ó respondíere á ellas..... que le den cien azotes.» (a)

(a) Obra citada.

Una ligera observacion. La Iglesia católica manda—y ella lo practica—rogar á Dios por la conversion de los judíos é infieles de toda clase; los judíos maldecían pública y privadamente en sus rezos á los cristianos vivos y muertos: ¿de parte de quién está la intolerancia? ¿Quién censura la expulsion de los judíos de España? ¿quién? Dos palabras darán la respuesta: la ignorancia ó la perversidad. El estudio imparcial de la historia abona nuestra respuesta. Todo lo demás es hablar por darse tono: hablar... por decir palabras: nada más.

España hizo cuanto pudo, más de lo que pudo y debió, para rodear de consideraciones á una raza albergada en su suelo, pero que se mostró ingrata en demasía á la generosidad española. Varias disposiciones legales demuestran hasta la evidencia la extremada consideracion en que se les tenía.

Hoy por hoy, personas y periódicos á quienes nadie tachará de intolerantes, alegan á favor de los egipcios, tan maltratados por la escuadra inglesa, el odio natural que deben profesar á la usura de los hijos de Albion que, no ménos que los franceses, les han explotado cínicamente y han intervenido su administracion pública. No seremos nosotros quienes neguemos la sobra de razon que asiste á los habitantes de la antigua tierra de los Faraones, pero ya que no la negamos, no se niegue, por los que de tolerantes blasonan, el perfecto derecho que asistía á los españoles para profesar profundo odio á una raza distinta de la suya en nacionalidad, religion y política, y que, esto no obstante, por sus riquezas y por el arriendo de las rentas públicas—falta política que no debieron cometer los judíos—se atraían la animadversion no sólo de los cristianos sino tambien de los musulmanes.

Para probar las consideraciones excesivas que se les tenían á los judíos, vean nuestros lectores una cita que sacamos al azar de entre las muchas de que podríamos echar mano en favor nuestro.

«No obstante, en la monarquía castellana seguían (los judíos) gozando de sus derechos antiguos, uno de los cuales era nombrar jueces de entre los suyos para sus pleitos civiles y criminales; hasta que esto se modificó por el artículo segundo del ordenamiento hecho en las córtes de Soria el año de 1380, que dice: «Otro sí, por razon que los judíos de nuestros reinos usaban á sacar rabis entre sí é otros jueces, les daban poder para que pudiesen librar todos los pleitos que entre ellos acaesciesen, así civiles como criminales..... ordenamos é mandamos que de aquí adelante non sea osado ningunt judío de nuestros reynos, así rabis como viejos adelantados, nin otra persona alguna de los que agora son ó serán de aquí adelante, de se entremeter de judgar de ningunt pleito que sea criminal..... pero que puedan librar todos los pleitos civiles que fueren entre ellos segunt su ley, é los

pleitos criminales que los libre uno de los alcalles de las villas é lugares, cada uno en su jurisdiccion, cual escogieren los judíos. Pero por cuanto los dichos judíos son nuestros, nuestra mercet es que las alzadas de los dichos pleitos criminales, así de los sennoríos como de los otros lugares cualesquier, que vengan ante la nuestra córte» (1).

A la distancia de algunos siglos, un pueblo citado por los políticos más adelantados ha sintetizado su política en la siguiente fórmula: *América para los americanos*. Nadie acusa de bárbaros ni de intolerantes á los hombres que no sólo profesan, sino que practican de una manera que no calificaremos, la máxima que hemos subrayado, y que realizarán más ó ménos tarde, pese á quien pese. Y, sin embargo, todos los que se titulan filántropos, sin saber el alcance de la palabra siquiera, censuran y reprueban y anatematizan que nuestros padres proclamaran con hechos, no con palabras, la máxima: *España para los españoles*.

Si los judíos hubiesen observado en España las reglas de buena cortesía, impuestas por el sentido comun al admitido por huésped en tierra extranjera; si dedicándose á sus profesiones respectivas se hubiesen contentado con el lucro natural y regular, no incurriendo en usuras que siempre sublevan é irritan al que es víctima de ellas; si no se hubiesen, por su afan de ganancia, encargado de la recaudacion y arriendo de las rentas públicas, á cuyos encargados miran siempre los pueblos como á sus más crueles enemigos, especialmente cuando consideran exagerados los tributos; si los judíos, finalmente, hubiesen olvidado ménos su carácter de advenedizos en España, y no hubiesen, por lo mismo, ofendido la altivez española en sus más caros sentimientos, no registraría la historia hechos que hacen asomar la vergüenza al rostro, pero que las pasiones políticas, que todo lo malean y bastardean, han desfigurado horriblemente, que á ello se presta de molde el carácter de víctimas que se quiere dar á los judíos, faltando á la verdad histórica y mintiendo contra el sentido comun.

(1) Coleccion de los cuadernos de córtes que da á luz y sigue publicando la Academia de la Historia. (a)

(a) E. de Tapia. Obra citada.

Y basta, por ahora, de la cuestion de los judíos en España, que no es para resuelta en pocas líneas.

* * *

Cuestion dificilísima, en nuestro concepto, la de saber si ganó ó perdió la civilizacion española con la dominacion árabe. Si nos atuviéramos á las leyendas y consejas y á las tradiciones populares, responderíamos sin vacilar que salió perdiendo. Y las tradiciones y consejas del pueblo valen siempre más que las elucubraciones de los sabios y las arengas de los políticos para el estudio de los orígenes y costumbres de los pueblos.

En una provincia tan lejana de la dominacion prolongada de los musulmanes como la de Gerona, que, por fronteriza de Francia, fué de las que ménos tiempo vivieron sujetas al yugo árabe, hemos podido aprender en nuestra niñez y meditar en la edad madura, infinidad de tradiciones populares de las que no sale bien librada, ni mucho ménos, la dominacion musulmana. No hay calamidad, no hay contratiempo, no hay agravio ó desafuero en que no intervenga *un rey moro*, ó algun moro que, por mal de sus pecados, ha de ser la pesadilla ó el castigo del lugar, castillo ó persona que forma el asunto principal de la tradicion.

Y no pára aquí todo.

Se ve un pueblo rodeado de muros más ó ménos antiguos, flanqueados de torres con más ó ménos carácter de fortaleza; se descubre en la cima de una montaña un castillo más ó ménos bien conservado, agrietadas sus paredes, entre cuyas hendiduras trepan las yedras y se enroscan arbustos que le dan un aspecto agreste pero que no carece de poesía; hay una ermita en el fondo de un valle ó domina como remate en un monte desde el que se descubre extenso panorama: si se pregunta qué se cuenta en el pueblo vecino de esos muros, torres, castillos y ermitas que llaman la atencion del viajero ó excursionista, preciso es prepararse para oir algun rasgo cruel ó

heróico, bueno ó malo, fantástico siempre, en que no faltará como protagonista algun moro ó mora que han dado celebridad al objeto que forma la más curiosa é interesante leyenda de aquella comarca.

Concretándonos al Ampurdan más meridional, conocido en el país por bajo Ampurdan, ¿quién que le haya visitado no se ha sorprendido al ver tantas casas de campo diseminadas en aquella extensa y rica llanura bañada al Este por el Mediterráneo, con la particularidad de la torre circular ó cuadrada, sin puerta para penetrar en ella, coronada con sus correspondientes almenas, adosada en uno de los ángulos de la casa? ¿Cuál era su objeto? La tradicion os dirá que librarse de los moros los habitantes de la casa de campo respectiva, penetrando en ella por el interior del edificio y subiéndose á la misma por una escalera portátil, de madera, que retiraban con ellos así que estaban todos en el sitio seguro, desde donde se defendían por los medios conocidos de las grandes piedras dejadas caer verticalmente desde las almenas contra los que se aproximaban al pié de su fortaleza.

Particularizando más, hemos recogido de tradiciones antiguas que servían tambien dichas torres para descubrir desde ellas la aproximacion ó llegada de algun buque pirata de los moros que, en momentos oportunos, desembarcaban en aquella playa haciendo una rápida correría en el país y llevándose á bordo los cautivos que podían sorprender para cobrar luégo su rescate ó venderlos como esclavos (1).

Estos y otros recuerdos que abundan en el país y que son generales en España, prescindiendo de los refranes populares nada favorables á los moros, prueban á todas luces que jamás hubo cordiales simpatías entre cristianos y

(1) En el término municipal de Torroella de Montgrí (provincia de Gerona), patria del autor de esta obra, hay una casa de campo (*mas*, que llaman en el país), conocida por el nombre de *Torre Ponsa*, sita en la cima de una vertiente bañada por el mar. Los piratas moros habían hecho aquella casa el blanco de sus excursiones por la seguridad que les ofrecía, así en el ataque como en la retirada. Una de las veces que lograron penetrar en la casa era de noche, y una de las muchachas de servicio estaba en la artesa ocupada en la operacion de amasar. En lugar de acobardarse la muchacha, arroja puñados de pasta á los ojos de los moros y no sólo pudieron salvarse los de la casa, sino que dieron buena cuenta de los piratas, cegados algunos momentáneamente por la feliz idea y valor de la muchacha sorprendida, miéntras los demás de la casa estaban durmiendo y despertaron á los gritos de la sirvienta y de los moros.

Este suceso nos lo había contado varias veces nuestro abuelo como ocurrido aún en los primeros años de su vida, y había él nacido el 18 de marzo de 1769.

musulmanes, por más que, haciendo de la necesidad virtud, aparentaran unos y otros una sinceridad de relaciones que no pasaron nunca de lo que exige la cortesía sin llegar á la verdad.

Ni el tiempo ha podido borrar las hondas impresiones hijas de la permanencia de los árabes en el suelo español, por más que las costumbres revelen todavía rasgos que lo recuerden.

« En Villena y otros pueblos, quémanse quintales de pólvora en las batallas que riñen españoles y musulmanes el día de la fiesta mayor; el pueblo se entusiasma hasta el frenesí durante la simulada lucha que se repite cada año: los bravos y los hurras atruenan el espacio entre el ruido de arcabuces y el estampido de los petardos, cuando el héroe de la jornada planta en las murallas del castillo su enseña vencedora; sin embargo, los hijos de estos pueblos buscan á los musulmanes para vivir con ellos en paz y alegría.

» No echo en olvido que si en alguna parte dejaron arraigada su influencia los musulmanes que á España vinieron, fué principalmente aquí; que hay algo y mucho en estas provincias que lleva á la memoria la dominacion agarena, es innegable: ello es insuficiente, sin embargo, para explicar esa emigracion constante y de mucha importancia. No en vano trascurren los siglos y se modifican los pueblos: no se olvida fácilmente nuestra reconquista en pueblos que consideran todavía á los musulmanes enemigos de su Dios. Es preciso que exista alguna otra causa y que esta causa sea poderosa» (1).

Estas ideas quedan más explicadas en otra correspondencia del mismo autor, fechada en Murcia el 17 del mismo mes, de la que nos permitimos copiar algunos párrafos por la relacion que tienen con la materia de que tratamos:

« En las emigraciones, dice, de los provincianos del Mediodía de la Península, nótase un fenómeno que ha de llamar la atencion. Los emigrantes rara vez se dirigen á las provincias del interior en busca de mayor ventura, casi todos van á Orán, Túnez ó Argel, por más que estos países no prome-

(1) Carta de *El Diario de Barcelona*, del 6 de noviembre de 1881, escrita desde Alhama, ocupándose en la emigracion de españoles á las costas del norte de África.

tan fáciles medros, ni condiciones ventajosas. Compréndese que el Nuevo Mundo atraiga anualmente á gran número de emigrantes ganosos de realizar en breve una fortuna copiosa; el África no parece que deba tener esa fuerza de atraccion para los españoles, que no han de encontrar allí aquello de que carezcan en su patria. He tratado de explicarme este fenómeno, y, aparte motivos especiales, creo que tiene su explicacion en la historia.

»Nuestros antiguos monarcas, tan duramente tratados hoy por algunos escritores modernos, atentos al bienestar y á la paz de sus Estados, expulsaron de España á aquellos que podían comprometer y comprometían más de una vez tan caros intereses, poniendo además grandísimo empeño en impedir que fomentase la levadura que en la nacion había de quedar, á pesar de sus esfuerzos. Un decreto de expulsion no arrancó, ni podía hacerlo, las profundas raices que durante siglos había echado en esta tierra la dominacion musulmana. Los del África tenían sus ojos puestos en las tierras, de las cuales se les había privado, y los de España no olvidaban á aquellos con los cuales les unían quizas comunes intereses y sobre todo, sin duda alguna, relaciones íntimas de orígen, tradiciones y costumbres. Si la historia no asegurase el hecho, demostraría la circunstancia de que ni el trascurso del tiempo, ni la educacion religiosa de estos pueblos han sido bastante poderosos para borrar afinidades y recuerdos, que todavía existen á esta parte del Mediterráneo. Estas relaciones, ántes difíciles por tratarse de pueblos enemigos, son hoy fáciles y frecuentes, pues un viaje de poco más de diez horas, separa las dos costas y todo induce á creer que el mar no debiera ser el límite de las tierras españolas. A estas razones atribuyo principalmente el que alicantinos, murcianos y andaluces de Almería busquen las costas de Berbería, prefiriéndolas á las tierras del interior de la Península, cuando resuelven levantar sus hogares y abandonar el país en que nacieron y se criaron.....»

Resulta demostrado hasta la evidencia que ni los intereses, ni las relaciones de familia, ni una larguísima estancia de siglos pudo hacer que existieran amistades entre árabes y cristianos, y mucho ménos que fuera grato

el recuerdo que nos dejaron, á pesar de cuanto hicieron en pro de los intereses morales y materiales de las comarcas que dominaron.

* * *

Debemos terminar este capítulo y sentimos verdadero escrúpulo de omitir ligerísimos apuntes siquiera acerca de una region de España, tan maltratada como poco estudiada, objeto de envidia de otras muchas por la mayor importancia social que supo adquirirse en todas épocas, formando al frente de todas las de España y de muchísimas de Europa, por su activo comercio, por su navegacion é industria, y por su antigüedad en todo género de legislacion. Esta region privilegiada es Cataluña.

No queremos que nos ciegue el amor propio, porque nuestro amor á Cataluña es tan intenso que excede á todas las pasiones que más nos han dominado en nuestra vida. Amamos á Cataluña como ama el pajarillo el nido donde abrió sus ojos á la luz; como ama el ruiseñor la enramada donde canta endechas celestiales al fruto que le dió su amada; como se aman los sitios testigos de nuestros primeros recuerdos, de nuestros juegos infantiles; como se ama el árbol á cuya sombra se deslizaron las primeras horas de nuestra existencia, recibiendo allí los más tiernos besos maternales, las primeras caricias de los autores de nuestros días y donde oimos las primeras consejas contadas por nuestro abuelo y grabadas en nuestra memoria con caracteres tan indelebles, que los años, las vicisitudes y los sinsabores no han conseguido borrar, ni borrarán jamás.

Á fin de no dejarnos desviar por nuestra imaginacion en días de verdadera prueba para nuestra amada Cataluña, y sintiendo más vivo, más apasionado el amor que la profesamos ahora en que viste de luto por recientes y crueles afrentas, desengaños y reveses, nos acojeremos á la autoridad de Campmany sancionada por un académico no catalan, completándola con el voto de otro catalan, difunto ya, que se ocupó con predileccion en la historia de Cataluña antigua y moderna.

«En órden á los progresos de los catalanes en la navegacion y el comercio, que indiqué arriba, no haré más que copiar lo que refiere de aquellos tiempos el señor Campmany en sus *Memorias históricas sobre la marina, comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona* (1). Dice, pues, así este laborioso y erudito escritor:

«Ya á principios del siglo IX encontramos que esta provincia en la costa recobrada de los moros tenía marina propia para defenderse, y áun para ofender á estos crueles enemigos. En los años de 813, Armengardo ó Armengol, conde de Ampurias, aprestó en sus estados una escuadra, la cual saliendo al encuentro de otra de sarracenos españoles, que volvía de piratear de los mares de Córcega, la batió despues de un porfiado combate en el canal de las islas Baleares, apresando ocho bajeles del enemigo, que llevaban á bordo más de quinientos corsos cautivos (2).

»Á mediados del siglo XI leemos tambien que el conde de Barcelona Raimundo Berenguer II en el Usage *omnes quippe naves*, etc., establece el derecho de proteccion y salvo-conducto á todas las naves que entraban ó salían de aquella ciudad, y la salvaguardia del príncipe desde el cabo de *Creus* hasta el puerto de Salou; pues no hemos hallado que Tarragona en toda la baja edad fuese conocida ni buscada por su abrigo ni fondeadero. Estos principios de civilizacion en la aurora del comercio, oprimido casi en todas partes por las preocupaciones del gobierno feudal, abrirían el puerto de Barcelona y toda la costa del condado á la navegacion doméstica, que debió de fomentarse sensiblemente. Así, pues, cuando en el año de 1114 emprendieron los pisanos la expedicion contra los moros de Mallorca, el conde Raimundo Berenguer III llevó su nobleza y tropas en una escuadra propia que agregó á la armada de los cruzados.

»Poco despues de esta famosa conquista emprendió aquel príncipe otro viaje, pasando á Italia á negociar con el Papa una segunda cruzada contra los moros de España. En el año de 1118 desembarcó en Génova con su es-

(1) Tomo I, págs. 10 y siguientes.

(2) *Chron. de S. Denys. Continuat. Eginardi apud Bonquet*, tomo V, pág. 262.

cuadra barcelonesa, pasando desde allí á Pisa con la mira de ajustar una alianza con aquellas dos repúblicas para llevar á debido efecto la grande empresa que tenía proyectada. Vuelto el conde á sus estados, y deseando remunerar los servicios de los barceloneses hechos en esta última expedicion, con cuyas fuerzas de mar y tierra había combatido á Castellfox en Provenza, eximió á sus escuadras y galeras del derecho del quinto, por privilegio que les concedió en el mismo año. Estas empresas demuestran que la navegacion no estaba enteramente descuidada en Barcelona, pues daba tales recursos á sus príncipes. En efecto, en la vida de San Olegario (1) que siguió al conde en este segundo viaje, leemos que la marina de aquella ciudad á principios del siglo XII había hecho ya visibles progresos; pues este último armamento que se aprestó en su puerto fué magnífico, y grandísimo el número de marineros y remeros de que abundaba entónces Barcelona, para acompañar á su soberano.

»Sin duda despues que los mares del Principado quedaron limpios de las piraterías de los moros baleares, la navegacion debió de tomar considerables aumentos; pues vemos al conde Raimundo Berenguer IV confederarse con los genoveses en 1147 para la expedicion contra la plaza de Almería... (2). Pero, para mayor libertad de su navegacion, faltábale á Cataluña otro triunfo que coronase las hazañas y fortuna de aquel príncipe. Tal fué la conquista de Tortosa, guarida secreta de los sarracenos, y llave de la comunicacion del Mediterráneo con las riberas interiores del Ebro. Por los años de 1148 se rindió aquella plaza importante, en cuya empresa tuvieron tanta parte la constancia y valor de los genoveses auxiliares.»

Hasta aquí Campmany copiado textualmente por el académico Tapia en su *Historia de la civilizacion española*. Podríamos continuar fundándonos en su autoridad y tomando capítulos enteros de otro catalan, D. José Antonio Llobet y Vallllosera; pero ántes preferimos trasladar aquí unas cuantas páginas del propio Tapia, quien, por no ser catalan, merecerá más fe que los dos ántes citados.

(1) *Vita Sti. Olegarii episcopi: ex sanctorali secundo membranaceo ab anno 1360 servatum in S. Eccles. barchinon.*

(2) Con el auxilio de estas fuerzas navales tomó á Almería D. Alfonso VII de Castilla, segun se dijo en el cap. III.

«Á mediados del siglo XIII, debía de ser grande la actividad de los traficantes y la extension de aquel comercio, puesto que en 1266 fué preciso establecer cónsules en las escalas ultramarinas para la proteccion de los navegantes.

»Pero lo que más acredita la cultura y pericia de los catalanes en aquella época, es el código de leyes del consulado de Barcelona, que por más de cinco siglos sirvió de guía para la decision de los juicios en aquel tribunal; y formando la base de la legislacion marítima de la Edad Media, fué adoptado en todas partes como el derecho comun de la jurisprudencia mercantil. Debióse este utilísimo trabajo á los antiguos prohombres de mar de Barcelona, que ilustrados con la experiencia y las luces de los primeros navegantes de su patria, compilaron las costumbres marítimas, que por loables prácticas tradicionales, tal vez dispersas y desordenadas, gobernaban á los pueblos mercantiles de Levante (1).

»El gran consejo municipal de Barcelona, que constaba á los principios de doscientos prohombres de todas las clases de la república, ésto es, de todos aquellos cuyo interés particular era inseparable del general, procuraba por todos medios promover los aumentos de navegacion y del comercio, fomentándole con el auxilio de loables providencias que cimentaron la propiedad comun.

»Por otra parte, la institucion de una lonja consular y del banco público, la policía del muelle, de los seguros, de los cambios y de las correduría, con otras muchas providencias económicas, manifiestan el celo y vigilancia de aquellos magistrados; de que no son la menor prueba las contínuas mediaciones con sus propios reyes para ajustar la paz ó evitar las guerras, en beneficio general de todo el comercio y navegacion.

»El primer monumento que puede citarse acerca de la proteccion que merecian estos dos ramos de la felicidad pública, es del año 1068 en el Usage *omnes quippe naves*, en que D. Ramon Berenguer II, conde de Bar-

(1) CAMPMANY. *Memorias históricas sobre la marina, comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona*, parte 2.ª, libro primero, capítulo I, y libro II, capítulo II. El mismo autor publicó este código marítimo en 1791.

celona, concedió, segun indiqué en el tomo I, su proteccion á todas las embarcaciones que fondeasen y navegasen en las costas y mares de sus dominios. Estos principios de justicia y hospitalidad, fueron confirmados y ampliados por el rey D. Pedro III en las córtes de Barcelona de 1283; lo mismo por D. Alonso en las de Monzon de 1289; y últimamente por don Jaime II en las de Barcelona de 1299 (1).

»Con la conquista de Cerdeña, hecha por este último rey, se aumentaron las relaciones mercantiles de los catalanes, y en especial de la ciudad de Barcelona, á la cual se concedió la facultad perpétua de nombrar y remover cónsules á su arbitrio. En poco tiempo recibió el tráfico tales aumentos, que fué preciso nombrar cuatro cónsules para aquella isla.

»En el siglo XIV el comercio de Cataluña había hecho los mayores progresos, así por la decadencia que experimentó el de otros pueblos marítimos, como por las sabias reglas de economía mercantil que en diferentes córtes celebradas en los reinados de D. Pedro IV, D. Juan I y D. Martin se habían establecido. Por disposicion de las que celebró D. Fernando I en Barcelona el año de 1413 la diputacion mandó recopilar en un volúmen todos los capítulos sobre los derechos de exportacion é importacion que estaban en observancia por aquel tiempo.

»Por edicto del rey D. Alonso V de 1454 se había ordenado que ninguna embarcacion extranjera pudiese tomar carga en los puertos de sus dominios. Esta providencia, capaz por sí sóla de llevar la marina al más alto grado de poder, fué tan mal recibida por algunos súbditos de otras provincias pertenecientes á la corona de Aragon, influídos sin duda por extranjeros con quienes tenían relaciones de comercio, que representaron al rey pronosticando una total obstruccion en el tráfico, así por la falta de buques nacionales, como por el exorbitante valor que tomarían los fletes. Pero la ciudad de Barcelona que conocía bien la importancia de aquella benéfica providencia, recurrió á D. Alonso desvaneciendo aquellos infundados temores. Fué oída, como siempre, en materias de esta naturaleza, y tuvo la

(1) *Memorias históricas*, de CAMPMANY, parte 2.ª, libro II, cap. III.

gloria de sostener los intereses generales defendiendo los suyos. Ultimamente para proteger el comercio y la navegacion se publicó en 1458 un bando municipal mandando que en adelante ningun patron catalan pudiese salir del puerto de Barcelona para levante ó poniente con carga de mercaderes de aquella ciudad, sin ajustar conserva con otra embarcacion que se encontrase en cualquier puerto de la corona, y llevase el mismo destino (1).

»Las nuevas relaciones entabladas con Italia á consecuencia de la conquista de Nápoles hecha por D. Alonso V, adelantaron mucho la industria, la navegacion y el comercio de los estados españoles pertenecientes á la corona de Aragon. De los catalanes dice lo siguiente el señor Campmany, (2) apoyado en respetables testimonios: «El reino de Nápoles »mucho ántes de haber visto las banderas victoriosas de D. Alonso de »Aragon, había sido visitado y frecuentado por los mercaderes de Cataluña.» En efecto, la ciudad de Barcelona tenía ya establecidos consulados en la capital y en Tropea, los que en 1413 fueron provistos en dos sugetos naturales del mismo país; pero despues que las armas aragonesas entraron á tomar posesion de aquel reino, la navegacion de los catalanes creció notablemente con motivo del continuo envío de socorros, y su tráfico tomó nueva extension por las ciudades de la Pulla, Calabria y Basilicata. Así es que desde los años 1423 hasta 1497, vemos repetirse las provisiones de los consulados que tenía establecidos Barcelona en aquellas costas para la proteccion de sus mercaderes. La larga mansion de D. Alonso en aquel reino abrió todos sus puertos, y facilitó todas las comunicaciones á los catalanes, quienes no dejaron de aprovecharse despues del favor que

(1) CAMPMANY, *Memorias históricas*, parte 2.ª, libro II, capítulo V. (a)

(a) ¡Qué reflexiones tan amargas inspiran estas líneas á los catalanes de corazon que ven ahora su comercio, navegacion, industria y prosperidad en manos de cuatro farsantes políticos, tan ignorantes como llenos de presuncion, que pretenden saberlo todo, porque saben vivir holgando y disponen de los destinos de la nacion como fían los más de ellos montones de oro á la suerte de una baraja, de un dado ú otro objeto de azar, únicas ocupaciones en que pasan el tiempo que debieran dedicar á procurarse una manera de vivir decente y honrada, cuyo arte nunca supieron aprender! ¡Cuán otros son para Cataluña estos aciagos tiempos de aquellos venturosos en que disponía ella misma de sus destinos propios, ántes de la desdichada union de su corona á la de Castilla que ningun beneficio le reportó y que tantos desastres le ocasionó en la sucesion de los siglos! ¿Qué pecado habrá cometido Cataluña para que sea tanto y por tan largo tiempo castigada? ¿No tendrán término sus males? Dios lo quiera.

(2) *Memorias históricas*, parte 2.ª, libro I, capítulo VIII. En los siguientes capítulos trata el autor del comercio que hacían los catalanes con las provincias de Langüedoc y Provenza, con Inglaterra y los Países Bajos.

les aseguraba el establecimiento de la real línea aragonesa en aquellos estados hasta la invasion de Cárlos VIII de Francia en 1498.

»La navegacion de los catalanes no se limitaba á un tráfico puramente pasivo, sino que tenía por principal objeto la exportacion de los frutos y artículos industriales del país; y aunque en el día no sea posible determinarlos todos (1), muchos de ellos se hallan especificados en el Reglamento de las leudas de Barcelona, ajustado por el rey D. Jaime I, en 1221, en la tarifa de las del puerto de Tamarit ordenada en 1243, y en las que se exigían por práctica en el puerto de Colliure en el Rosellon.

»Extraían de su país los catalanes cueros, curtidos, miel, sal marina, vino, pez, sebo, alquitran, hierro, vidriado, harinas, cotonías, zumaque, bermellon, coral, frutas secas y otros renglones de menor consideracion. Pero el más importante del comercio catalan era la exportacion de sus manufacturas de lana, ramo de industria que mereció la mayor proteccion y fomento, así de parte de los reyes y las córtes, como de los magistrados municipales. Este era el principal artículo que llevaban los comerciantes barceloneses á Italia, Egipto, Siria y otros países de Levante, sin contar los reinos de Nápoles, Sicilia y Cerdeña que por espacio de dos siglos se proveyeron casi exclusivamente de las fábricas de Cataluña (2).

»Las manufacturas de algodon conocidas en Barcelona desde el siglo XIII formaron tambien un ramo lucrativo de su comercio exterior, además de otros artículos propios del país, que acreditaban el floreciente estado de la industria catalana. Sin embargo, las fábricas de seda no se establecieron en Cataluña hasta el siglo XV; porque este ramo se había cultivado exclusivamente hasta entónces en los reinos de Valencia, Murcia, Granada y Portugal, que tenían abundantes cosechas de este precioso fruto. Habíanle introducido allí los árabes, y las manufacturas de seda hicieron grandes progresos desde el siglo XI, especialmente en Granada, que hacía un inmenso comer-

(1) En la obra del Sr. Llobet y Vallllosera se especifican, en el capítulo V, muchas de las mercaderías que exportaban las naves catalanas y las que importaban.

(2) Campmany, en la obra citada, tomo 1.°, páginas 239 y siguientes, donde trata de este asunto con extension y seguros datos.

cio de sus sederías con el Levante y otros países, por el puerto de Almería» (1).

Completemos esta larga pero interesante cita con otra no ménos autorizada pero de mayor actualidad, y que cierra la boca á los charlatanes que se dan á sí propios el pomposo nombre de escuela libre-cambista, como si se tratara de profundo saber que mereciera clasificarse, como si fuera cuestion, por ejemplo, de la escuela jónica, escuela de Alejandría, escuela de Salerno, etc., etc.

Despues de enumerar el Sr. Llobet y Vallllosera los géneros importados de Levante por las naves catalanas, entre los cuales cuenta algodon en rama y algodon hilado, se expresa de la siguiente manera:

«Véase de cuán antiguo la industria algodonera era cultivada en Barcelona, y véase además qué importancia merecen las declamaciones de nuestros libre-cambistas, cuando aseguran con tanto aplomo que esa industria es en Cataluña ficticia, nueva y exótica. En 1417, el terrible corsario catalan Pedro Santos apresó dos naves venecianas que traían 350 pacas de algodon que habían cargado en Alejandría; lo cual prueba que aquí sabían cómo emplearlo y que estaba en uso.

»Ya que se trata de algodon, he creído que venía al caso citar una noticia sumamente curiosa que trae nuestro celoso cronista D. Narciso Feliu de la Peña y Farell, en el tomo 3.° de sus Anales, pág. 381, dice en resúmen lo siguiente: «Que las artes mecánicas y el comercio estaban perdidos en »parte por las guerras que tantos años había que afligían al Principado, y »aprovechándose los extranjeros de aquel descuido, introducían ropas de »apariencia y poco provecho.» Para alentar de nuevo la industria dió muchos pasos Feliu, empezando por imprimir en 1681 un discurso político que dirigió á la ciudad de Barcelona, y en 1683 trató de plantear fábrica de chamelotes y anascotes, enviando á Flandes ayudado de Martin Piles quien aprendiese á fabricarlos. En este mismo año publicó el *Fénix de Cataluña*,

(1) E. DE TAPIA.—*Historia de la civilizacion española*, tomo II, cap. X.

que remitió á todas las principales ciudades de España. Se nombró una Junta en Madrid al objeto de fomentar la industria, lo cual no tuvo resultado. Feliu, vocal que era de ella por Cataluña, quedó sólo, y para lograr aquel objeto pidió que se autorizase la formacion de compañías, y tampoco pudo ver realizados sus deseos. En 1672, nombró el rey una Junta particular para Cataluña sóla; y el gobernador nombró á dicho Feliu, á D. Manuel de Lupiá, á D. José de Cortella y Zabastida, á Magin Mercader, y á N. Martinez, y no fué esta Junta más feliz por los fatales tiempos que corrían; pero no se arredró por esto Feliu, sino que á sus solas expensas fomentó las fábricas de medias, de sayas y otras, y formó una compañía junto con otros amigos para introducir la fabricacion de lienzos, costándole mucho el sostenerla. Unido despues con D. Bernardo Aymerich y Cruilles, como viesen que muchas fábricas se malograban por poco acierto en los colores, buscaron las recetas antiguas de Cataluña y las hicieron imprimir junto con otras que se procuraron de países extranjeros, sin lograr con ello más que perder su dinero, con motivo de la oposicion que sufrían por parte de los que comerciaban en ropas extranjeras con grande perjuicio de la patria y de la monarquía, lo que equivale á decir que los contrabandistas les hacían la guerra. Estos datos desgraciadamente nos demuestran que siempre el contrabando ha sido el destructor de la industria, y que ésta jamás ha cesado no obstante de trabajar y de luchar, segun lo manifiesta la entrada del algodon en rama, las cotonías y mercaderías de lana enviadas al Levante, las recetas antiguas de colores, que cita Feliu, y los trabajos de éste mismo y sus amigos...» (1).

Quizas se nos diga que nos hemos separado de la cuestion y que debiendo tratar de la civilizacion árabe, nos ocupamos de la catalana, llevados de nuestra pasion al país que nos vió nacer y que no sabemos dominar. Quizas haya algo de exactitud en la observacion; quizas las circunstancias actuales que son tristes para Cataluña y negras para su porvenir, han influído en nuestro ánimo más de lo que hubiesen deseado la mayoría de nuestros lec-

(1) Cataluña antigua y Cataluña moderna, cap. V.

tores; quizas se nos puede aplicar con toda verdad, que no lo sentiríamos, lo expresado en estos dos versos catalanes:

Quan la mare va endolada
es quan creix l' amor dels fills, (1)

que hijos somos de Cataluña y de luto está su corazon y lágrimas vierten sus ojos; si nos hubiésemos desviado algo, sin tratar de enmendarnos, podemos terminar este capítulo hablando de nuestra amada Cataluña, sin dejar de hablar de los árabes, tomándolo tambien de la obra que tenemos á la vista. La importancia de la materia disculpará lo extenso de la cita.

«Este (el comercio) es cosmopolita por esencia, y se doblega y se sujeta á las exigencias y formalidades de los países, en los cuales espera vender sus géneros y adquirir otros, es decir, en donde cuenta sacar lucro y obtener ventajas que le indemnicen de los gastos y penalidades y riesgos á que tiene que exponerse. Los países á que iban los catalanes eran dominados cuasi exclusivamente por gobiernos de una religion enemiga de la suya, llenos de orgullo por las conquistas que habían alcanzado y que continuaban ensayando con más ó ménos resultados. Los súbditos de aquellos gobiernos eran muslimes fanáticos y enemigos de los adoradores de la Cruz, á los cuales miraban con el mayor desprecio. No les pintaré como ignorantes, puesto que no lo eran, á lo ménos los de las clases elevadas, pero si bien éstos conocían que les convenía tener relaciones con los cristianos para obtener la salida de las mercaderías preciosas que sacaban del Oriente, con todo querían mantener ó afectar superioridad sobre los cristianos. Era, pues, necesario á éstos un gran tacto en sus relaciones con los mahometanos de una parte y de otra, apoyarse en cierta proteccion ó en privilegios concedidos y de aquí vino la creacion de esta especie de empleados, mitad jueces, en los altercados entre cristianos y muslimes, mitad representantes diplomáticos para hacer respetar los convenios hechos con los gobiernos mahometanos, y las concesiones ó privilegios acordados á los particulares cristianos; y este es el carácter doble que se nota en los cónsules de las Escalas de Le-

(1) Cuando la madre viste luto—crece el amor de los hijos. — *Lo Llibre de la Patria. (Poesias del modern renaixement).*

vante en la Edad Media, que aún se conserva en parte en los actuales cónsules de aquellos países. Había tambien en muchas de aquellas Escalas, como llamaban entónces á los puertos en que comerciaban los cristianos, lonjas, barrios ó factorías, en las que depositaban los comerciantes sus mercaderías, en donde las vendían muchas veces al por menor, y en donde vivían tambien los cónsules con sus familias: y en estos puntos cercados de paredes, y con una ó más puertas guardadas por empleados mahometanos tenían jurisdiccion y mando los cónsules, dando parte á las autoridades del país de las novedades que en aquellas lonjas ó barrios ocurriesen si podía tener relacion con los de afuera, ó afectar la buena correspondencia entre muslimes y cristianos, dependiendo únicamente en lo demás del gobierno de su nacion respectiva. Había puntos en que cada nacion comerciante tenía su barrio separado como en Constantinopla, Alejandría, Jafa, etc., y otros que en un mismo cercado se albergaban los individuos de varias naciones, haciendo cabeza de todos el cónsul de la que tenía más influencia, por su comercio y privilegios locales.....

»En el comercio del Levante de aquel tiempo podemos reconocer fácilmente tres grupos, uno del puerto de Alejandría y á veces Damieta y Roseta, es decir, de las mercaderías de Egipto, ó venidas por el mar Rojo; otro de Antioquía, Famagosta (Chipre), Jafa y otros puertos de Palestina, por donde se hacía el comercio con la Arabia, la Siria, la Persia, la Armenia, y otros puntos más orientales; y el otro de Candía, Scio, Salónica, Constantinopla y Pera, por donde se comerciaba con las islas y costas del Archipiélago griego, del Asia menor ó Anatolia, y con las costas del Mar Negro y países del norte y nordeste del mismo.....

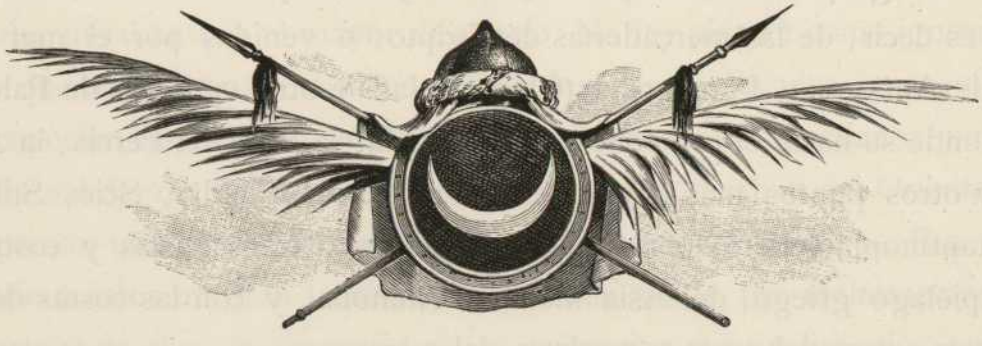
»En los siglos XI, XII y parte del XIII, apénas existían registros, pues que el uso del papel era muy raro en nuestro país, el cual recibíamos del Levante, y lo introdujeron en España los judíos que vivían entre los mahometanos.

»El primer registro en papel, y aún alternando con pergamino, que existe plegado en cuadernillos en nuestro magnífico archivo de la corona de Aragon, es del último tercio del siglo XII; y aún debía ser muy raro el uso

del papel, pues que hasta en tiempo de Jaime I eran escasos los registros en papel, por cuyo motivo pocos datos podemos encontrar de aquellos tiempos lejanos.»

Podríamos dar á este capítulo dimensiones extraordinarias si quisiéramos insinuar tan sólo las glorias catalanas en tiempos remotos, debidas más que todo á su preponderancia marítima, comercial é industrial; pero á pesar nuestro debemos sujetarnos á los límites que tenemos fijados.

No obstante, si debemos terminar aquí este capítulo, no damos por terminada por completo la materia, que continuaremos indirectamente ó por incidencia, cuando se nos presenten ocasiones, que no han de faltarnos en los capítulos sucesivos, al tratar de las guerras religiosas del Occidente contra el Oriente, en las que tiene escritas páginas de oro la historia catalana.





CAPÍTULO IV.

GUERRAS RELIGIOSAS DEL OCCIDENTE CONTRA EL ORIENTE.

Dios *lo quiere!* Este es el grito que repiten los ecos de los montes y de las llanuras, de las ciudades y de las aldeas durante el período histórico que se presenta á nuestro estudio. Grito extraño, inexplicable, si atendemos á las circunstancias de lugares y tiempos en que se pronuncia, y nos paramos un momento en los resultados que él produjo.

Á las contínuas invasiones de los bárbaros del norte y del oriente sucedió el indefectible reflujo, el movimiento de la civilizacion del occidente

obligado á un tremendo y penoso esfuerzo, para llevar á su vez el cristianismo á las regiones de donde había salido; esfuerzo que sólo Dios puede medir y graduar lo que aquel sacudimiento europeo contra las comarcas orientales aprovechó á unas y otras regiones en sus progresos por el camino de la civilizacion.

No cabe, no puede caber en los reducidos límites de un par de capítulos, máximum que podemos destinar á esta materia, lo que de necesidad debiéramos siquiera indicar: el avisado lector suplirá con su natural perspicacia lo que forzosamente omitiremos, encerrando en un breve período, en una frase, lo que desearíamos desarrollar en un capítulo.

Entramos en un período en que la idea religiosa lo domina é inspira todo; y, sin embargo, de la inspiracion de esa idea religiosa, del rescate del sepulcro del Cristo, se producen efectos que nadie pudo presumir, que nadie se hubiera atrevido á esperar.

Humillémonos confusos ante los inescrutables designios de la Providencia. Al grito de ¡Dios lo quiere! se conmueve y arma la Europa toda, se organiza una peregrinacion cuyo igual sólo se ve en las irrupciones de los bárbaros; pero era una peregrinacion formada por hombres cultos, por ejércitos que van á combatir por una idea, por la redencion de un sepulcro glorioso; y esa peregrinacion animada por virtudes cristianas inspiradas en la humildad más profunda, ese ejército impulsado por una idea civilizadora y religiosa, regresa de su expedicion no con la humildad que le llevó allá, no con el rico floron de las virtudes cobijadas á la sombra de sus estandartes sellados con la cruz del Cristo, sino con la imaginacion preocupada por el lujo, las artes, las costumbres de los pueblos recorridos en su carrera victoriosa.

No acertamos á coordinar nuestras ideas.... ¡Se nos abre tan ancho campo! ¡es tan inmenso el cuadro que tenemos á la vista! Los grandes talentos poseen la facultad de encerrar en breves líneas la materia de multitud de volúmenes; los pintores de primer órden presentan en pocos rasgos maestros un cuadro acabado; la falta de estas envidiables facultades nos priva á nosotros de la facultad propia de ellos, y no acertaremos á compendiar con

claridad lo que necesariamente debemos reducir á la mayor brevedad.

Debe reducirse nuestra tarea á juzgar las cruzadas comparándolas con los resultados de las mismas á favor de la civilizacion en general y de las naciones europeas en particular; pero, á fin de hacerlo con el debido conocimiento de causa y con el mayor acierto posible, dentro de nuestras escasas facultades para tamaña empresa, debemos presentar un ligero bosquejo histórico de las mismas, que habrá de facilitar mucho nuestro trabajo y allanar no poco nuestro escabroso camino.

* * *

La cristiandad se indignaba desde mucho tiempo de ver que Jerusalen, la santa, la cuna de la religion, el centro de todos los misterios, estuviese en poder de los infieles. Las naciones cristianas no podían olvidar á su querida Sion que guardaba el sepulcro del Salvador, y desde los comienzos del cristianismo iban los discípulos del Evangelio á orar en él y á implorar misericordia.

La emperatriz Elena, madre de Constantino, emprendió una peregrinacion á los Santos Lugares, y debióse á su celo el hallazgo del precioso madero donde exhaló su postrer suspiro el Divino Mártir de la humanidad. Constantino, hijo de Elena, mandó edificar un magnífico templo al sepulcro del Hijo de Dios, encerrando en su recinto algunos de los principales lugares de su pasion, y para inaugurar la iglesia del Santo Sepulcro celebróse una solemne fiesta, á la que asistieron miles de fieles que habían acudido de todo el Oriente. Creció aún el interés por visitar aquellos venerandos sitios despues de sabidos los vanos esfuerzos del apóstata Juliano por reedificar el templo de los judíos contra lo pronosticado en las Sagradas Escrituras. Estas devociones fueron en aumento diariamente, y lo que comenzó por espontánea devocion de los buenos cristianos, acabó por precepto de penitencia pública ó medio de expiacion impuesto por los confesores á los grandes pecadores.

De estos viajes nacieron las relaciones amistosas y de religion entre los cristianos de Oriente y de Occidente, y de esta manera supo la Europa cristiana la aflictiva situacion de Jerusalen y de sus hermanos en religion que moraban en los países santificados por el Cristo.

Destruido el imperio de los Abasidas, quedó sumamente debilitado por sus divisiones el imperio musulman, y el espectáculo de su decadencia dió algun leve aliento á los griegos. Nicéforo Focas, Heraclio, y, más que todos, Zimisques, hicieron algunas tentativas, victoriosas las más, pero la alevosa muerte de este último fué causa de que los sarracenos recobraran todo cuanto habían perdido. La Judea pasó al dominio de sus nuevos señores los califas fatimitas, establecidos en las orillas del Nilo, y bajo su dominacion experimentaron los cristianos algun alivio, hasta el triste reinado del califa Hakem, fanático furioso hasta la locura.

Dos papas de mucha celebridad histórica por sus extraordinarias cualidades, testigo presencial uno de ellos de las calamidades que pesaban sobre sus hermanos de Oriente, imploraron socorro en nombre de la desolada Jerusalen. Una carta de Silvestre II cuando era aún arzobispo de Rávena, en la cual hacía hablar á la misma Jerusalen llorando sus desgracias é implorando la piedad de sus hijos, conmovió fuertemente á la Europa.

No podemos dar pormenores ni explicaciones de ninguna clase de la historia de cada una de las distintas cruzadas, que nos llevarían mucho más allá de lo que podemos llegar dada la índole de nuestra obra, y con todo el sentimiento de nuestra alma nos vemos precisados á pasar en silencio heróicos hechos de armas, verdaderos prodigios de temerario valor, de religioso arrojo, propios solamente de unas edades esencialmente cristianas, y de hombres cuyo corazon latía á impulso de una fe ardiente y de una caballerosidad increible.

Pasando por alto la primera expedicion marítima de genoveses y pisanos, con el rey de Arlés, Roson, que amenazó á los sarracenos hasta en las costas de Siria, pero que sólo sirvió para despertar la desconfianza de los musulmanes, y hacer más triste la situacion de los cristianos de Oriente; callando tambien las tentativas de Gregorio VII á cuya voz se aprestaron cin-

cuenta mil cristianos para volar al socorro de los oprimidos; fuerza nos es fijarnos en una figura imponente pero humilde, encarnacion de aquellos siglos; personificacion viva de la fe de aquellas sociedades, de la religiosidad de aquellos pueblos cristianos.

Un pobre picardo de imaginacion viva y espíritu aventurero, que, entre el estrépito de las armas, había buscado goces para su alma tan ardiente como inquieta, entregado primero al bullicio del mundo y despues á la soledad y calma de la Iglesia, encerrado últimamente en la silenciosa morada de un claustro, realizó la empresa que Silvestre II y Gregorio VII no acertaron á llevar á cabo. Pedro el Ermitaño, que éste es el nombre consignado por la historia, llevó fácilmente á cabo la árdua empresa de sublevar la Europa, el Occidente todo, contra el Oriente.

Pedro había ido en peregrinacion á Jerusalen: cual otro Jeremías de los antiguos tiempos, derramó abundantes lágrimas á la vista de los desastres de la Santa Sion y de la esclavitud de los hijos del Evangelio del Cristo. El alma generosa de Pedro no se satisfizo con llorar: prometió, con más eficacia que los judíos del cautiverio, no olvidar á Jerusalen, y cumplió su voto.

Desde los Santos Lugares encaminóse á Italia, postróse á los piés del papa, que lo era Urbano II; contóle las miserias que los turcos hacían sufrir á los peregrinos, solicitó y obtuvo su asistencia para libertar á la ciudad santa y dióle permiso el pontífice de predicar en todas partes la guerra santa contra los infieles.

Montado en una mula, con un crucifijo en la mano, desnudos los piés, descubierta la cabeza y vestido de un hábito grosero, anduvo de ciudad en ciudad y de provincia en provincia, predicando en los caminos y plazas públicas, recorriendo de este modo la mayor parte de Europa. Los cristianos sintiéronse conmovidos, y una sorda agitacion, precursora de grandes sacudimientos, se notaba en todas partes.

El mismo papa, á solicitud del patriarca de Jerusalen y del emperador de Constantinopla, convocó un primer concilio en Plasencia y otro en Clermont en 1095, donde en presencia de una inmensa multitud de eclesiásticos y legos se resolvió la guerra santa.

La sesion en que se oyó por primera vez el nombre de Jerusalen fué la décima del concilio, y se celebró en la plaza mayor de Clermont, llena de innumerable muchedumbre, y en la cual se había levantado un trono para el Sumo Pontífice. Habló primeramente Pedro el Ermitaño — dicen las crónicas, — quien con sus lágrimas conmovió á todo el auditorio; y luégo se esforzó el papa Urbano en pintar el patrimonio de Jesucristo entregado á la más vergonzosa esclavitud, á los hijos de Dios perseguidos, y á la Europa cristiana amenazada por los bárbaros victoriosos; concluyendo con llamar á los pueblos y á los príncipes al socorro del Dios vivo. Las exhortaciones del pontífice brindaban á los devotos con la conquista del cielo, y á los ambiciosos con los tesoros y reinos del Asia. Todos los asistentes, como en señal de que se ofrecían á la cruzada, colocaron sobre sus vestidos una cruz encarnada, acogiendo el discurso del pontífice con el grito unánime de *¡Dios lo quiere!* dispersándose en seguida para hacer los preparativos.

Trasladémonos con la imaginacion á la época de los sucesos que narramos y comprenderemos mejor el por qué de la innumerable multitud de cruzados que siguieron á Pedro el Ermitaño. Los obispos, los barones, los caballeros y los fieles que habían asistido al concilio de Clermont, habían jurado ir á libertar á Jerusalen. El papa Urbano, para acabar de inflamar el corazon de los fieles recorrió algunas provincias y convocó concilios en varias ciudades. Seguían al papa gran número de cristianos y el entusiasmo por la guerra se iba propagando.

El concilio en que se decidió la cruzada, habíase celebrado en el mes de noviembre de 1095, y se fijó el mes de agosto del siguiente año para la partida de los peregrinos, debiéndose pasar el invierno en hacer los preparativos del viaje. Los prelados de todas las diócesis estaban ocupados en bendecir cruces, armas y banderas; porque además del fervor religioso contribuían tambien á aumentar el número de los peregrinos y guerreros, los muchos privilegios que se les habían concedido; pues les eran perdonados todos sus pecados, los tomaba la Iglesia bajo su proteccion con sus familias y bienes, y además los peregrinos estaban libres de tributos y al abrigo de las pesquisas de sus acreedores por miéntras durase la cruzada.



PEDRO EL ERMITAÑO PREDICANDO LA 1ª CRUZADA.

La sesion en que se oyó por primera vez el nombre de Jerusalen fué la décima del concilio, y se celebró en la plaza mayor de Clermont, llena de innumerable muchedumbre, y en la cual se había levantado un trono para el Sumo Pontífice. Habló primeramente Pedro el Ermitaño — dicen las crónicas, — quien con sus lágrimas conmovió á todo el auditorio, y luégo se esforzó el papa Urbano en pintar el patrimonio de Jesucristo entregado á la más vergonzosa esclavitud, á los hijos de Dios perseguidos, y á la Europa cristiana amenazada por los bárbaros victoriosos, concluyendo con llamar á los pueblos y á los príncipes al socorro del Dios vivo. Las exhortaciones del pontífice brindaban á los devotos con la conquista del cielo, y á los ambiciosos con los tesoros y reinos del Asia. Todos los asistentes, como en señal de que se ofrecían á la cruzada, colocaron sobre sus vestidos una cruz encarnada, acogiendo el discurso del pontífice con el grito unánime de *¡Dios lo quiere!* dispersándose en seguida para hacer los preparativos.

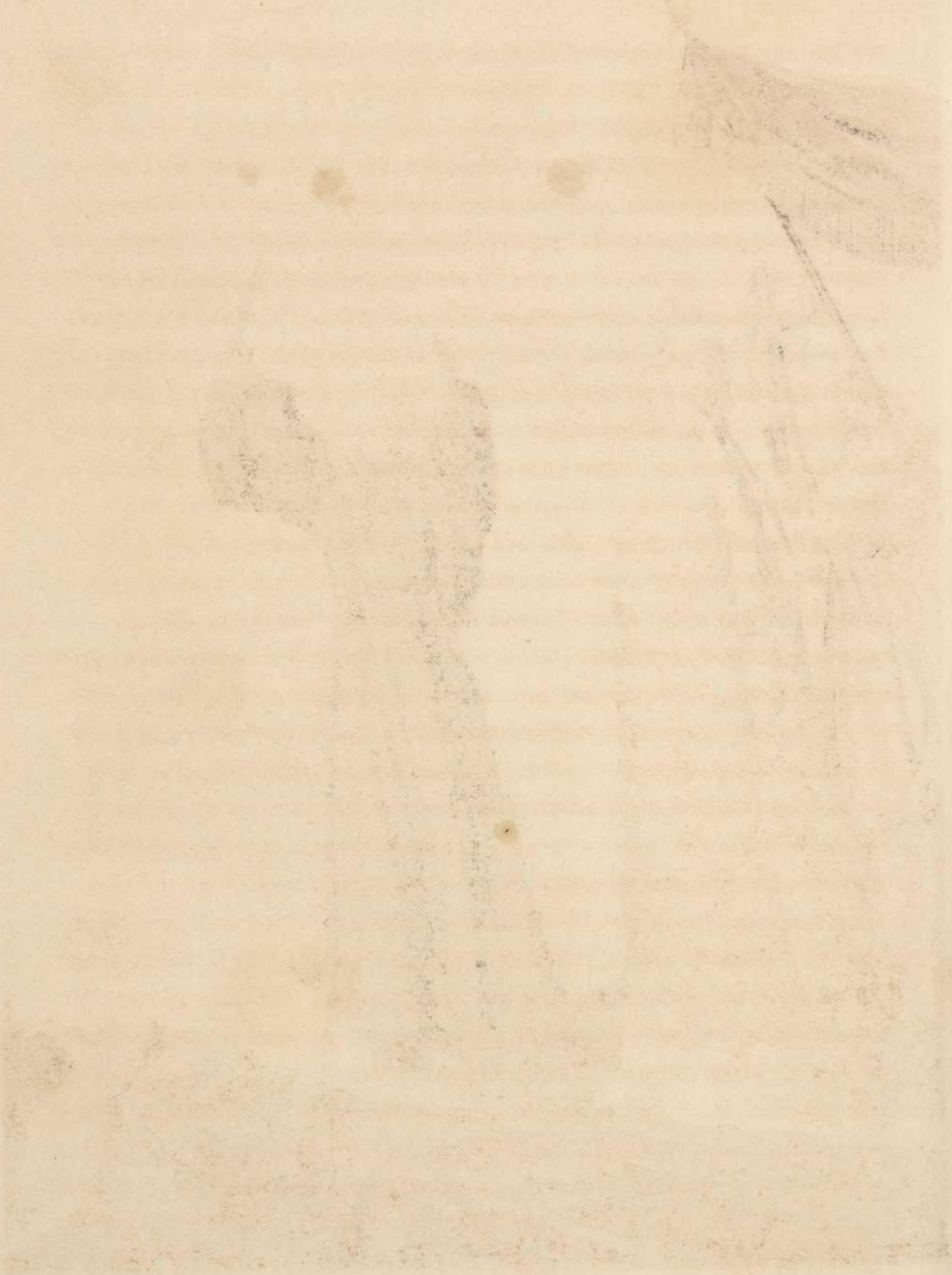
Trasladémonos con la imaginacion á la época de los sucesos que narramos y comprenderemos mejor el por qué de la innumerable multitud de cruzados que siguieron á Pedro el Ermitaño. Los obispos, los barones, los caballeros y los fieles que habían asistido al concilio de Clermont, habían jurado ir á libertar á Jerusalen. El papa Urbano, para acabar de inflamar el corazon de los fieles recorrió algunas provincias y convocó concilios en varias ciudades. Seguían al papa gran número de cristianos y el entusiasmo por la guerra se iba propagando.

El concilio en que se decidió la cruzada, había sido celebrado en el mes de noviembre de 1095, y se fijó el mes de agosto del siguiente año para la partida de los peregrinos: debíanse pasar el invierno en hacer los preparativos del viaje. Los prelados de todas las diócesis estaban ocupados en bendecir cruces, armas y banderas, porque además del fervor religioso contribuían también á aumentar el número de los peregrinos y guerreros los muchos privilegios que se les habían concedido; pues les eran perdonados todos sus pecados, los tomaba la Iglesia bajo su proteccion con sus familias y bienes, y además los peregrinos estaban libres de tributos y al abrigo de las pesquisas de sus acreedores por cuantos durase la cruzada.



Mir. Tarradas, Comas y C.ª Editores.

PEDRO EL ERMITAÑO PREDICANDO LA 1ª CRUZADA.



Nuestra época descreída es incapaz de comprender los móviles que impelieron á los cristianos de aquella edad: la fe lo informaba todo: la religion era la primera de las virtudes: así que se generalizó luégo el deseo de emprender la peregrinacion; pues éste era el único pensamiento, el sólo interés y la única ambicion de todos.

Era tan universal el sentimiento que dominaba por la liberacion del Santo Sepulcro, que se vendían las tierras á bajo precio; todos, mercaderes, labradores y artesanos abandonaban sus acostumbrados trabajos, siéndoles á todos indiferente cuanto no tenía relacion con la cruzada; los conventos quedaban desiertos porque los monjes sustituían á sus votos el de ir á Jerusalen, y hasta los bandidos saliendo de sus guarídas, imploraban el favor de tomar la cruz, é ir á expiar sus crímenes en la guerra contra los enemigos de Jesucristo. Todas las naciones occidentales se confundieron en el sólo y único pensamiento de la liberacion de Jerusalen.

La civilizacion atraviesa una crísis espantosa, de resultados imprevistos, pero trascendentales, porque todos los pueblos, todas las clases, todos los individuos, hombres, mujeres y niños, seglares y religiosos, nobles y plebeyos, no creían digna de sus deseos más que una tierra, los Santos Lugares; no tenían por gloriosa más que una empresa, la cruzada; ni comprendían ni abrigaban más esperanza que la de libertar el Santo Sepulcro. Era aquello el verdadero reflujo de las invasiones bárbaras; y miéntras que los caballeros se armaban, el pueblo ménos lento partió sin esperar nada, lleno de confianza temeraria en la proteccion divina.

A principios de la primavera del año 1096 sintióse en toda Europa una necesidad urgente de emprender el viaje; pues nada era ya capaz de contener el piadoso ardor de los peregrinos. En todos los caminos no se encontraban más que cuadrillas de romeros que llenaban los aires con los gritos de *Dios lo quiere,* y familias enteras emprendían el camino de Jerusalen con sus provisiones y su ajuar á cuestas, fiados en la providencia de Aquél cuyo sepulcro iban á rescatar.

Repetimos que no podemos hacer más que indicar ligeramente los hechos más culminantes de las cruzadas, para ocuparnos despues en sus

resultados comparados con la civilizacion. Haremos constar, pues, que los primeros cruzados, conducidos al Oriente por Pedro el Ermitaño, cuya vanguardia iba mandada por Gualtero, perecieron casi todos en la Bulgaria, llegando muy pocos á Constantinopla, despues de dos meses de una triste y desastrosa marcha. Los que condujo el mismo Pedro el Ermitaño perecieron en gran parte en las lagunas de la Hungría, y sólo un pequeño número llegó hasta Constantinopla. Los que les siguieron fueron aún más desgraciados; pero estos primeros cruzados no eran más que la vanguardia del gran ejército. Este apareció bien pronto, compuesto de cien mil caballeros seguidos de un pueblo de seiscientas mil almas, entre jóvenes, viejos, mujeres y niños, que todos habían querido seguir el pendon de la cruz. No habían reyes á su cabeza, pero sí jefes ilustrados y poderosos (1).

Cuando este numeroso ejército de los cruzados llegó bajo los muros de Constantinopla, sobrecogióse su emperador Alejo que les había llamado.

Alejo Comneno había pedido socorros al Occidente para defenderse de la invasion musulmana; pero, á medida que los príncipes cruzados avanzaron con sus tropas hacia Constantinopla, espantóle el número de sus libertadores, y á aquellas oleadas de naciones que inundaban su territorio, procuró oponer una política pérfida, corrompida y tortuosa.

Apresuróse el emperador á hacerles pasar el Bósforo, ni se contó por seguro hasta que todos los ejércitos del Occidente estuvieron á la otra parte del mismo; porque, á no haber sido por el piadoso Godofredo que no quiso que se olvidasen los juramentos de los cruzados, los estandartes latinos habrían ondeado desde entónces en las torres de Bizancio.

(1) Hé aquí los nombres, registrados en la historia, de los principales personajes que formaron parte de la primera cruzada: Pedro el Ermitaño, Godofredo de Bullon, Tancredo, Adelardo de Estrees, Pedro de Dampierre, Bernardo de Montagusse, el Vizconde de Castellane, Baldovino, hermano de Godofredo, Baldovino de Bourg, su primo, Bohemundo, Raimundo de Saint-Gilles, Roberto, duque de Normandía, Roberto, conde de Flandes, Hugo de Francia, Ademaro de Montell, Estéban, duque de Borgoña, Eustaquio, hermano de Godofredo, Guelto, duque de Baviera, Dudon de Kontz, Alberto de Bailleul, Baldovino de Bailleul, Eberardo de Puisaye, Pedro de Hautpoul, Guillermo de Ferriere, Guillermo de Grandmenil, Alberico é Ivo de Grandmenil, Baldovino de Grandpré, Guillermo de Dubillet, Eleazondo de Montredon, Achard de Montmerlé, Gufier de Lastour, Guillermo de Urgell, Heracio, conde de Polignac, Tomás de Ferriere, Pedro de Narbona, el Vizconde de Turena, Estéban y Pedro de Viel-Castel, Roberto de Sourdeval, Hugo de Montbel, Guillermo de Sabran, Gerardo de Cherizi, Eleazar de Costres, Hugo de Falcombery, Gerardo de Mauleon.

Algunos de estos nombres desempeñan papeles importantes, incluso el de protagonista, en el inmortal poema del Tasso *La Jerusalen libertada*.

La primera plaza que los cruzados atacaron fué la ciudad de Nicea, donde se dieron numerosos combates, que demostraron con su encarnizamiento y crueldad el odio que animaba á los cruzados y á los infieles. Sin embargo, despues de inauditos esfuerzos, prefirió Nicea entregarse á los griegos, y el pendon de Alejo tremoló sobre sus muros. Siguieron entónces su camino los cruzados, batiendo á sus enemigos en Dorilea.

Esta victoria les abrió el paso del Asia Menor, donde la falta de aguas y el clima fueron para los cruzados adversarios más temibles que los mismos musulmanes. El grande ejército, reducido ya á cien mil hombres, llegó despues de una larga y peligrosa marcha ante los muros de Antioquía.

Era esta ciudad el baluarte del islamismo; pero al cabo de siete meses de resistencia tuvo al fin que ceder al valor y constancia de los cruzados, que poco tiempo despues se vieron ellos mismos sitiados en esta ciudad; pero el descubrimiento de la santa lanza inflamó su entusiasmo religioso, y les hizo vencer y dispersar á los musulmanes, que les dejaron libre el paso hacia Jerusalen. Los cruzados llegaron por fin al término de su viaje, que fué tan largo y peligroso como había sido deseado, pues de los seiscientos mil que eran en Nicea, solo veinticinco mil pudieron ver la ciudad santa.

¡Rara coincidencia! El Viernes Santo del año 1099, á las tres de la tarde, el mismo día y hora en que espiró en Jerusalen el Salvador de los hombres, plantaron los cruzados el estandarte de la cruz sobre las murallas de Jerusalen.

La civilizacion queda velada por un momento. Los conquistadores de Jerusalen dan al olvido que son cristianos, para dar rienda suelta á los instintos de fieras. Prefieren el exterminio á la conversion. Jerusalen es una ciudad de raros destinos: sus sitios terminan todos por matanzas horribles.

Los cruzados, dueños de Jerusalen, nada perdonaron. Un terrible exterminio se extendió sobre todos los infieles que habitaban la ciudad. Las mujeres y los niños perecían como los hombres: los caballos caminaban sobre cadáveres. El ánimo desmaya al leer las crónicas antiguas escritas por testigos presenciales de las espantosas matanzas de musulmanes por los cruzados. En el templo y bajo el pórtico de Salomon la sangre llegaba hasta las rodi-

llas y hasta el freno de los caballos. La matanza en la ciudad conquistada duró toda una semana, durante la cual fueron inmolados setenta mil sarracenos.

¿Qué razones pudieron guiar á los cristianos para tanta ferocidad, conseguída ya su empresa piadosa? ¿Por qué los hijos de la civilizacion se entregaban á todos los excesos de los pueblos bárbaros? Obligados á dar explicaciones y consultando autores contemporáneos, estamos en el caso de asegurar que la dificultad de guardar un excesivo número de prisioneros, y la idea de que se tendría que combatir tarde ó temprano con los musulmanes que saliesen de Jerusalen, fueron motivos en que se apoyó una política que ahora llamamos bárbara—y que no sabríamos cómo calificar trasladándonos al sitio y lugar de la accion—para cometer aquellos actos de venganza y furioso fanatismo. Más de una vez hemos observado ya que la civilizacion se propaga siguiendo por caminos señalados con regueros de sangre humana, y es muy sensible tener que ver indicado ese mismo camino trillándolo la civilizacion confiada á ejércitos cristianos.

Las sangrientas escenas que sólo hemos indicado, porque nos faltarían fuerzas para describirlas, fueron finalmente interrumpidas ¡raro contraste! por una fervorosa visita á la iglesia de la Resurreccion para adorar el Santo Sepulcro. ¡Quién creería que aquellos mismos hombres que acababan de degollar en las calles á enemigos vencidos, iban despues descalzos y descubierta la cabeza, prorumpiendo en gemidos arrancados por la piedad, cuando todavía se oían los lejanos y apagados ecos de las víctimas de su rabia!

No entraremos en explicaciones acerca del reparto del botin y altercados á que dió lugar, no obstante los convenios anteriores; ni daremos pormenores muy sabidos acerca de la eleccion de jefe temporal del nuevo reino conquistado y mucho ménos de las intrigas que, sobreponiéndose al mérito segun acostumbra acontecer las más de las veces, consiguieron el nombramiento de jefe espiritual de la ciudad santa para un sacerdote muy distante de ser modelo de buenas costumbres y de capacidad intelectual. Los hombres viven sujetos á las pasiones y éstas son siempre las que inspiran sus obras

áun en los casos en que las virtudes debieran presidir solas y en absoluto.

Harto ya el ejército de sangre y de oraciones más ó ménos fervorosas y devotas, pensaron los jefes en organizar su conquista. Ante la necesidad de un jefe superior, se decidió que la eleccion se hiciese en un consejo compuesto de diez personas, las más recomendables del clero y del ejército, y éstos, despues de haber estudiado atentamente la opinion de los caballeros acerca de cada uno de los caudillos, y áun interrogado á los familiares y servidores de los pretendientes á la corona, proclamaron á Godofredo de Bouillon que rehusó noblemente, diciendo que no aceptaría nunca una corona de oro en la ciudad donde había sido coronado de espinas el Salvador del mundo, contentándose con el modesto título de defensor y baron del Santo Sepulcro. Si el jefe temporal del nuevo reino se mostraba tan humilde y noble, no se le parecía en nada el que se dió á la Iglesia de Jerusalen cuya conducta pública y extraordinaria avaricia le hacen indigno de que estampemos su nombre en nuestras páginas. Dejémosle pues con su propio castigo en su deshonra y continuemos la rápida reseña de la empresa que recibió el nombre de cruzada.

La victoria de Ascalon, tan importante para las armas cristianas y tan fatal para los musulmanes, ganada en Agosto de 1099, aseguró por algun tiempo el porvenir de la tan audaz cuanto reducida colonia de cristianos, recien establecida en medio de infieles.

Por lo mucho que á la civilizacion interesa, no queremos dar por terminado lo que á la primera cruzada se refiere, sin hablar, como de paso, del corto reinado de Godofredo de Bouillon, tomándolo de autores competentes, fundados en crónicas de la época de la conquista.

El reino de Jerusalen, nacido de la victoria, presa de ambiciones interiores y apasionadas exigencias, sometido á constantes é inevitables cambios en las propiedades, habitado por renegados de todas las religiones y aventureros de todos los países, atravesado contínuamente por peregrinos, muchos de ellos grandes pecadores, que no sabían aún lo que era el amor al bien; este reino naciente, donde reinaba todavía el desórden de la conquista, necesitaba una legislacion que le diese formas estables y regulares.

La sabiduría de Godofredo le hizo pensar en ello, y la presencia de los príncipes latinos de Jerusalen le pareció coyuntura favorable para poner en ejecucion sus saludables proyectos. En un día señalado, convocó en su palacio, situado en el monte Sion, una reunion solemne, en la cual los príncipes, los barones, y los hombres más ilustrados y piadosos redactaron un código, que fué depositado en la iglesia del Santo Sepulcro y recibió el nombre de Ordenanzas de Jerusalen, en las cuales quedaron reglamentados y determinados los deberes recíprocos del rey, de los señores y de los súbditos. Los hombres de armas fueron los únicos que ocuparon la atencion de los legisladores, porque la guerra era el principal negocio del reino; así es que los villanos, los cultivadores y los prisioneros no merecieron siquiera que se hablase de ellos, pues eran mirados como una propiedad: igual era el valor de un halcon y el de un esclavo, y se estimaba doblemente un caballo de batalla que un labriego ó un cautivo.

Solamente la religion, como siempre, se encargó de proteger á aquella clase desvalida. Instituyéronse tres tribunales, á fin de que todos los ciudadanos del reino pudiesen ser juzgados por sus pares. Las ordenanzas de Jerusalen ofrecen, al través de la barbarie de las antiguas edades, muchísimos reglamentos que revelan profunda sabiduría por parte de los legisladores. Aquella legislacion, que duró mucho más tiempo que el reino latino, así como fué un beneficio para la Tierra Santa, pudo servir tambien de modelo al Occidente, bárbaro todavía.

Por desgracia, Godofredo murió cuando más necesaria era su vida para los futuros destinos del nuevo reino de Jerusalen; pero espiró recomendando á los compañeros de sus victorias el honor de la cruz y los intereses del reino.

La defensa y seguridad de Jerusalen se fundó principalmente en los caballeros del Hospital de San Juan y del templo de Salomon, asociacion de la vida monástica y de la militar que ahora no sabemos comprender por lo muy distantes que estamos de aquellos tiempos de fe y de generosidad en que la flor de la nobleza de Europa aspiraba á llevar la cruz y á pronunciar los votos de estas órdenes respetables, cuya disciplina y valor fueron el asombro de todo el mundo, sin que se desmintieran jamás.

* * *

La cruz y la espada, lejos de ser enemigas, han contraído íntima amistad: podría llamárselas hermanas; porque si durante los tres primeros siglos del cristianismo se murió por la fe sin defenderse, débese á que Dios quería labrar sus cimientos con mártires; pero, puestos ya los cimientos, ha sido obra muy santa, más que heróica y meritoria, el defenderla con las armas contra toda clase de enemigos.

La primera cruzada había salvado al moribundo imperio griego, internando á los turcos en el Asia Menor. Jerusalen era la ciudadela de la que dependía la suerte del imperio, por ésto era el objetivo de los infieles que dirigían contra ella todos sus esfuerzos.

Como ántes, necesitamos ahora una página de historia, como premisa de lo que habremos de meditar.

Acababa de sucumbir la plaza fuerte de Edesa, que el débil y voluptuoso Joselin no supo defender contra Zenguí, fundador de la dinastía de los Atabeks. Edesa tenía altas murallas, numerosas torres y una fuerte ciudadela: pero los habitantes carecían de jefes que les llevasen al combate y dirigiesen su valor. Los cristianos de la ciudad, el clero y hasta los monjes se presentaron en las murallas, empleándose las mujeres y niños en proveer á los defensores de agua, víveres y armas. La victoria no recompensó tanto valor, digno de mejor suerte; el enemigo penetró en la plaza despues de heróica y obstinada resistencia, y los musulmanes se embriagaron con sangre cristiana. Los ancianos y los niños, dicen las crónicas, los pobres y los ricos, las vírgenes, los obispos y monjes fueron sacrificados sin piedad por los vencedores, durando la matanza desde el amanecer hasta la tercera hora del día. Los cristianos que sobrevivieron, fueron vendidos en las plazas públicas como vil rebaño. Las escenas sangrientas acabaron con insultos á la religion: los vasos sagrados sirvieron para las orgías, en celebracion de la victoria, y el santuario fué profanado con terribles excesos.

Miéntras los musulmanes celebraban ferozmente con regocijos públicos la toma de Edesa, lloraron amargamente los fieles de Siria y de Judea por las desgracias de Edesa y un sombrío terror se apoderó de las colonias latinas. Un rayo que cayó entónces en las iglesias del Santo Sepulcro y del monte Sion, y la aparicion de un cometa, acabaron de acreditar entre los fieles los más lúgubres presentimientos.

Afortunadamente para los destinos del Oriente, á pesar de los cuarenta y cinco años que ya habían trascurrido desde la liberacion del Santo Sepulcro, no había cambiado en nada el espíritu de los pueblos europeos: al contrario, la noticia del desastre de Edesa y los peligros que amenazaban al reino de Jerusalen, conmovieron otra vez al Occidente, y Dios, cuya Providencia lo dispone todo con número, peso y medida, tenía dispuesto lo necesario para el alzamiento en masa que se necesitaba.

Entre el espanto y el dolor que se sintió en todas partes al llegar á Europa las noticias de Edesa, aparece la grandiosa y simpática figura del elocuente y melífluo San Bernardo, el célebre abad de Claraval. Desde la edad de veinte años estaba sepultado en la soledad de la abadía del Cister; pero su virtud y saber le habían vendido y en el retiro de su valle era consultado como un oráculo desde los papas y reyes hasta las más humildes personas y todos acataban la autoridad de su palabra.

San Bernardo compendía todo su siglo: era tan poderosa su oratoria, que nadie resistía á ella, y las madres y esposas escondían á sus hijos y maridos para que no le oyesen, sino querían verlos arrancados de sus brazos. El papa Eugenio III, discípulo suyo, le encargó la predicacion de la cruzada, y á su grito elocuente se lanzó todo el Occidente á la conquista del Santo Sepulcro. Sus palabras fueron tambien acogidas con el grito de otros días. El *Dios lo quiere* resonó otra vez en toda la cristiandad como el estallido de un trueno precursor de formidable tempestad.

De Francia pasó San Bernardo á Alemania. Conrado III partió para la Palestina; pero, su ejército, extraviándose en las montañas de la Capadocia, pereció de hambre, de cansancio y bajo las flechas de los turcos, pudiendo escaparse sólo Conrado. No tuvo mejor suerte el ejército francés. Sólo un

resto de barones y caballeros que abandonaron al pueblo en el tránsito, embarcándose en buques griegos, llegaron á Antioquía, desde donde pasaron á Jerusalen, donde estaba el emperador Conrado, en clase de peregrino, regresando á Europa, sin haber podido citar una sola hazaña que excusase tantos desastres.

La imbecilidad de Alejo, emperador de Constantinopla, que no estaba á la altura de su cargo, y que desconocía la necesidad de conservar para sus propios intereses la ciudad de Jerusalen en poder de los cristianos, la había abandonado á su propia suerte y de ahí la necesidad de la segunda cruzada y el éxito desgraciado y negativo de la misma.

Los temores de que los cristianos de Occidente intentaran apoderarse de Constantinopla produjeron los celos de los griegos contra los latinos y si Alejo miró con malos ojos los resultados de la primera cruzada, no guardó mejores consideraciones á la segunda su nieto Manuel Comneno.

Confunden á la par que asombran los designios inescrutables de la Providencia, y el hombre se siente humillado hasta la vergüenza al meditar friamente en lo ocurrido á la segunda cruzada. Predicada por un santo, bendecida por un papa, llevada á cabo por emperadores y reyes al frente de numerosos y aguerridos ejércitos, no llega siquiera á su destino, contrariada por los mismos elementos en un día célebre en la Iglesia católica.

Apénas entró el ejército de Conrado en el territorio de Manuel, diéronle ya los griegos motivos de queja. Ambos soberanos se enviaron mútuamente embajadores; pero los alemanes correspondían con la violencia á la perfidia griega, y las ciudades de Nicópolis y Andrinópolis fueron testigos de repugnantes y sangrientas escenas.

Una horrorosa tempestad sorprendió al ejército aleman á algunas leguas de Constantinopla, en la llanura de Selivrea, así que acababa de armar sus tiendas para celebrar la solemnidad de la Asuncion de la Vírgen. Los torrentes, precipitándose de las montañas vecinas, engrosaron las aguas del río que atraviesa aquella llanura, y el ejército quedó sumergido por la imprevista inundacion, arrastrando las aguas á hombres, caballos y equipajes.

La civilizacion perdió más que salió gananciosa por efecto de las rivali-

dades de los dos emperadores cegados ambos por la ambicion; porque uno y otro se titulaban herederos de los restos del imperio romano, y sostenían iguales pretensiones á la supremacía; así que el ceremonial de su entrevista dió lugar á tontas pero largas discusiones, decidiéndose por último que ambos emperadores montarían á caballo, y se acercarían así el uno al otro para darse el ósculo fraternal.

El odio de los griegos no cesó de perseguir á los alemanes en su marcha por el territorio del imperio; pues degollaban á todos los rezagados, mezclaban cal en las harinas que suministraban á los cruzados, y, para colmo de perfidia, Manuel Comneno había mandado acuñar cierta moneda falsa, con la cual les pagaban cuando vendían algo, y no querían admitírsela cuando compraban.

Un obispo francés, el de Langres, conocedor de la perfidia que guiaba todos los actos de los griegos, durante la permanencia del ejército de los francos en Constantinopla, é indignado justamente por la traicion de Manuel que mantenía relaciones estrechas con el sultan de Yconium, en perjuicio de los cruzados, á quienes hubiera vendido, y cuyo homenaje exigía al propio tiempo que la devolucion de las antiguas ciudades griegas que llegasen á conquistar, tomó la palabra contra las pretensiones del emperador, y, despues de recordar los lazos y celadas que los griegos habían tendido por todas partes á los cruzados, presentó á Constantinopla como una barrera importuna entre los latinos y sus hermanos de Oriente, y dijo que «era necesario finalmente abrirse paso libre en el camino del Asia, y continuó diciendo que habían dejado que los turcos se apoderasen del sepulcro de Jesucristo y de todas las ciudades cristianas del Oriente : ¿cómo quereis, pues,—decía—que sepan defender á Constantinopla? Antes al contrario, su cobarde imbecilidad abrirá algun día á los infieles el camino de Occidente. Por su parte los soldados de Manuel no pueden tampoco soportar la vista de los batallones de los francos. ¿Por qué, pues, los cruzados no han de establecer en esta capital su dominacion, á la cual parecen llamados por el mismo Dios?»

Si hubiese prevalecido la política proclamada por el previsor obispo de Langres, puede casi asegurarse—humanamente hablando—que ni habría

caído Constantinopla en poder de los turcos, que no estaría en su poder la Tierra Santa, y que la civilizacion no habría sufrido los rudos ataques que le ha dado el fanatismo musulman, ni estaría la Europa empeñada en la lucha continua, comenzada muchas veces pero nunca terminada, de arrojar á los musulmanes á las guaridas de donde no debieran haber salido nunca.

El estudio de las cruzadas, que sirve maravillosamente para el de la civilizacion de aquellos tiempos, es tan penoso como difícil y muy ocasionado á falsas interpretaciones si no se arma el historiador de mucha imparcialidad y recto criterio. Los cruzados no se vieron libres de los excesos á que llevan las guerras hechas en lejanas tierras. Al entusiasmo y abnegacion que dominaba en los momentos de la partida, suceden las pasiones que les impelen á cuanto les presenta ocasion por liviana que sea. La pasion del juego se apodera de los caballeros. Las riquezas arrancadas de los judíos por toda clase de medios fomentan el vicio, y á donde no alcanza el oro procedente de las exacciones, llega el producto de sus tierras vendidas á cualquier precio. Arrastrados por el vicio, cuando no tienen ya que perder ó ganar, juegan á los dados despues de la toma de Constantinopla los pueblos y provincias del imperio griego que ellos mismos se han repartido, y luégo que ni esto tengan, jugarán, como lo hacían los compañeros del infortunado San Luis de Francia, sus caballos y hasta sus armas. ¡Excelente manera de ir á expiar pecados!

Y no es esto todo. Michaud, el historiador más completo de las cruzadas, hace notar que la pompa del Oriente sirvió aún para aumentar la esplendidez desplegada ya por los primeros cruzados al partir para su santo destino. Cuando Pedro el Ermitaño, cubierto con un hábito grosero y desnudos los piés y la cabeza, arrastraba en pos de sí una multitud de seiscientas mil almas casi desnuda, asombraba el bosque movedizo de banderas de púrpura y oro que flotaban agitadas por el viento y el entusiasmo. El movimiento de esa multitud espantosa era imposible por la enorme impedimenta que llevaba consigo. No se veían solamente pesados carromatos tirados por bueyes, sino que había inmenso número de carruajes lujosos con pieles preciosas, almohadones bordados, cortinas de púrpura, camas pintadas y con

incrustaciones de oro y marfíl, tiendas, pabellones entretejidos de oro, con todo cuanto pueda exigir la más refinada glotonería para el servicio de la mesa. ¡Ay! ¿Por qué no impedían los que hubieran podido hacerlo semejante manera de ir á rescatar el Santo Sepulcro? ¿qué juicio de las virtudes cristianas debían formar los musulmanes? ¡Ah! miéntras Jesucristo no ha consentido caballeros al lado de su sepulcro, consiente benigno que la debilidad, representada en la humildad religiosa, tenga la insigne honra de velar por el honor y seguridad del sitio donde estuvo su cuerpo depositado. En lugar de la espada ha preferido el cordon de la penitencia. ¡Qué gloria la de la Órden Franciscana! ¡Qué contraste entre esta Órden de penitencia y las orgullosas de los caballeros que pretendían libertar la ciudad santa! Cien mil caballeros, nobles todos, formaron parte de la primera cruzada con sus trajes fastuosos, hasta extravagantes á veces, con su acompañamiento de damas, nuevas amazonas, contagiadas tambien con el furor bélico que todo lo dominaba entónces, con su generala llamada *la dama de las piernas de oro*, porque calzaba botinas doradas, seguidas de otro ejército de trovadores, ministriles y músicos.

Líbrenos Dios de suponer siquiera que la inmensa mayoría de los cruzados no fué á Palestina movida por el santo y desinteresado propósito de rescatar el Santo Sepulcro, y que no hubo entre los caballeros corazones profundamente cristianos y virtuosos, á cuyos méritos se debió quizas que consintiera Dios la momentánea liberacion de la Jerusalen de la tierra; pero, estudiando imparcialmente aquellas empresas guerreras tan mal organizadas y peor dirigidas, á la par que tan desgraciadas, hemos de reconocer, mal que nos pese, que las incitó en gran parte el móvil que produjo las grandes invasiones de los bárbaros en los siglos cuarto y quinto. No aventuraríamos esta idea si los resultados no la confirmaran con triste evidencia. La ambicion, el deseo de atesorar las inmensas riquezas del Oriente, multiplicadas por la codicia; hé aquí el objeto antepuesto á la liberacion del Santo Sepulcro.

De todo esto debía necesariamente resultar indisciplina y desmoralizacion, orígen de todos los desastres, y como la Providencia ni prodiga mila-

gros ni los obra al acaso, sino que exige de los mortales que se aconsejen de la prudencia y de la sabiduría, de aquí que abandonara á los cruzados á sus propios consejos y contaran sus grandiosos fracasos sin hechos gloriosos que compensaran los sacrificios impuestos y los reveses sufridos.

Más que la primera fueron desatentadas la segunda cruzada y demás que la siguieron; porque al carácter de lujo que revistió aquella, juntaron éstas un espíritu mercantil que las distinguió completamente de su verdadero carácter religioso, que debiera exclusivamente animarlas y dirigirlas. Cristianos y musulmanes se dan mútuamente espléndidos banquetes; los mercaderes de una y otra parte entran en relaciones comerciales, y se cambian los regalos entre los dos campos cristiano y musulman. No recordamos esto en son de crítica, lo consignamos solamente para probar que se había adulterado el orígen de las cruzadas.

Á no ser porque nos lo exige el fiel estudio de la civilizacion, correríamos un velo para que ocultara la carcoma que revelan las cruzadas á quien las mira con toda imparcialidad y sin prevencion. ¡Qué torrentes de amargura inundarían el corazon del santo abad de Claraval, cuando sabría sorprendido el funesto resultado de una cruzada predicada por él en nombre del cielo! Esta amargura la descubre el ménos avisado en la apología que se vió obligado á publicar desde aquella desgraciada empresa, atribuyendo los desastres de la guerra á los pecados de los cristianos. La piedad de San Bernardo retrocede ante la profundidad de los designios divinos.

Perdónenos el melífluo doctor si nosotros, miserables pecadores y viles gusanillos en la presencia de su acrisolada santidad, nos atrevemos á decir que él, como Pedro el Ermitaño, y como todos, equivocaron los medios para conseguir el rescate del Sepulcro de Cristo. Si en lugar de levantar tantos ejércitos de soldados hubiesen formado una compañía sola de buenos misioneros, perfectamente instruidos en la lengua árabe y exactamente conocedores de las costumbres musulmanas, dispuestos á dejar enteramente todo lo de este mundo terrenal para alcanzar con el martirio, si necesario fuera, los bienes imperecederos del cielo, otro hubiera sido el resultado; porque la caridad, la persuasion, el ejemplo de las virtudes y la manse-

dumbre de los misioneros hubieran más pronto y más fácilmente vencido lo que no pudieron dominar las armas de todo el Occidente.

Pero no anticipemos ideas que no tienen aquí toda la oportunidad necesaria, y reservándonos desarrollarlas con mayor amplitud, resumamos la generalidad de las faltas de que adolecieron las cruzadas, para que humanamente hablando, y sin necesidad de recurrir á la Providencia, se vea el por qué de los desgraciados éxitos de aquellas colosales empresas religiosas.

Habiéndose reunido los ejércitos y puesto en marcha en la primera cruzada, no correspondió la ejecucion á las intenciones del papa Urbano y del concilio de Clermont. Había entónces poca disciplina en casi todos los ejércitos y ménos todavía en los cruzados, que se componían de voluntarios de diversas naciones, dirigidos por jefes independientes los unos de los otros, sin que ninguno de ellos tuviese el mando general, fuera del legado del papa, que desgraciadamente no era capaz para sostener semejantes tropas. No aguardaban los cruzados á entrar en el terreno de los infieles para ejercer las hostilidades; lo saqueaban y quemaban todo por donde pasaban, húngaros, búlgaros, griegos, aunque fuesen todos cristianos, y pasaban á cuchillo á cualquiera que intentaba reprimir sus violencias. Muchos morían en aquellas ocasiones, y el ejército llegaba muy disminuido al Asia. El emperador Alejo, había estado desavenido con Roberto Guichard, duque de Pulla, y con pérdida suya; y cuando vió á Bohemundo, hijo de Roberto, en medio de la Grecia al frente de un formidable ejército, se creyó perdido, no dudando que aquel supuesto peregrino aspiraba á su corona, y así no es de extrañar que ofendiera á la cruzada con todo su poder y que en defecto de la fuerza emplease contra ellos la astucia y perfidia.

Además, los cruzados estaban muy mal informados del estado de los paises que iban á combatir; pues en las relaciones de sus hazañas se hallan desfigurados los nombres de los lugares, de los pueblos y de los príncipes. No tenian direccion fija en los caminos y se hallaban en la precision de tomar guías en los pueblos del tránsito, que era lo mismo que confiarse en manos de sus enemigos, que varias veces los extraviaron de intento hacién-

doles morir sin combate, como sucedió en la segunda cruzada. Fuéronse debilitando en el primer viaje, porque habían de dejar tropas en los puntos conquistados de Nicea, Antioquía, y Edesa, en lugar de conservarlas íntegras para la conquista de Jerusalen, que era el objeto de la empresa. Los jefes, por otra parte, tenían tambien cada uno sus miras, y el más hábil de todos era Normando Bohemundo, que se hizo entregar la ciudad de Antioquía, cuidando más, como se echa de ver, de establecer su fortuna que de servir á la religion.

Llegaron por último á Jerusalen, pusieron el sitio, y la tomaron por un accidente que parece milagro, porque no era natural que al través de tantos obstáculos tuviese un término tan venturoso una empresa tan mal conducida. Acaso Dios la concedió á algunos buenos caballeros que obraban con recta intencion en esta empresa, inspirados por verdadero espíritu de religion, como Godofredo de Boullon, en quien los historiadores contemporáneos alababan no ménos el candor y piedad que el valor; pero los cristianos mancharon con oprobio aquella victoria pasando á cuchillo á todos los musulmanes, y llenando á Jerusalen de sangre y mortandad. ¿Se proponían pues exterminar y abolir aquella religion con este grande imperio, que se extendía desde España hasta la India? ¿Y qué idea daban á los infieles de la religion cristiana? ¿No hubiera sido más conforme al espíritu del Evangelio tratarlos con blandura y humanidad limitándose á asegurar la conquista y la libertad de la peregrinacion de los Santos Lugares? Con semejante conducta hubieran asegurado el reposo de los antiguos cristianos del país y hecho amable la dominacion de los recien venidos, proporcionando al mismo tiempo la conversion de algunos infieles. Cuando Saladino recobró á Jerusalen se portó más dignamente que los cristianos, reprendiéndoles de este modo la barbaridad de sus padres.

Y despues de todo esto, ¿cuál fué el fruto de esta empresa que había conmovido y apurado toda la Europa? Quedar el nuevo reino de Jerusalen á disposicion del buen Godofredo, habiéndole rehusado los principales señores de la cruzada, que habiendo cumplido su voto se apresuraron á volverse cada uno á su país. No se hallará en la historia un ejemplo de otro reinado

de tan cortos límites y de tan breve duracion; porque solamente duró ochenta años y no comprendía más que Jerusalen y algunos pueblos del alrededor, los cuales estaban habitados por musulmanes ó cristianos del país, poco adictos á los francos, á quienes miraban como extranjeros y conquistadores. Por esto no podía el nuevo rey contar más vasallos que los que le restaban de cruzados, á saber, trescientos caballos y dos mil infantes, y á esto se redujo aquella conquista tan exagerada por los historiadores y poetas, debiendo causar la mayor admiracion que perseverasen doscientos años en el designio de conservarla ó restablecerla (1).

* * *

Nuredin, príncipe de Mosul, supo aprovecharse de los desastres de los cristianos para atacarlos: era tanto más terrible este enemigo, cuanto que era un santo del mahometismo. Dicho está con esto que no podía consentir que Jerusalen, considerada como la tercera ciudad santa del islamismo, estuviese en poder de manos profanas. Miéntras que su general Saladino hacía gloriosamente la conquista del Egipto, colocaba él bajo su dependencia toda la Siria musulmana y arrebataba Damasco á los cristianos. La muerte atajó sus proyectos; pero Saladino los heredó con su poder y talento.

La Tierra Santa, amenazada, tenía siempre la vista fija en el Occidente esperando de allí el remedio de sus desgracias; pero revuelta la Europa, no podía entónces ocuparse en la defensa de Jerusalen. El patriarca Heraclio, el gran maestre del Temple y el de los Hospitalarios fueron enviados á Europa en demanda de auxilios y apoyo, y á su vuelta á Jerusalen encontró el Patriarca los negocios en peor estado, y para colmo de desdicha, dados aquellos tiempos, no faltaban augurios funestos que anunciaban las futuras calamidades, sucediéndose unos tras otros los terremotos y los eclipses de sol y de

(1) FLEURY.— *Historia eclesiástica.*

luna que traían conturbados los ánimos. Los pocos hombres piadosos vivían sobrecogidos de espanto al ver la extremada corrupcion de las costumbres, completando las negras sombras de tan triste cuadro el ver encargados los negocios á los imprudentes, débiles ó malvados y el no tener al frente del poder más que reyes ó príncipes desgraciados como Balduino IV y su regente Guido de Lusiñan, que á nadie inspiraba la menor confianza.

El poder de Saladino aumentaba miéntras tanto cada día: todos los príncipes de Mesopotamia se habían hecho sus aliados ó tributarios, y esto no obstante, se había presentado una ocasion favorable para vencerle. Guido, que mandaba el ejército cristiano cuando el musulman estaba acampado entre el monte Gelvé y la antigua Escitópolis, vaciló en presencia del peligro, ó mejor dicho, cuando le llamaba la victoria que le llevaba de la mano.

Sólo para que sirva de contraste con la conducta observada por los cruzados cuando entraron en Jerusalen, ponemos aquí, con más pormenores de lo que debiéramos, la conquista de la ciudad de Sion por Saladino.

Antes de atacar la ciudad propuso éste una capitulacion que no aceptaron los cristianos, diciendo además que no entregarían nunca la ciudad donde había muerto su Dios. Fatigados ya del sitio los cristianos, y descubierta una conspiracion tramada por los cristianos griegos y sirios, que soportaban de mala gana la autoridad de los latinos, y querían entregar la ciudad á los musulmanes, resolvieron presentarse á Saladino para proponerle una capitulacion, que no fué aceptada, porque había jurado demoler las fortificaciones de Jerusalen. Desesperados los cristianos hicieron saber á Saladino que si no podían alcanzar misericordia, pegarían fuego á Jerusalen y convertirían la ciudad en un monton de ruinas y cenizas: espantóse Saladino y, previa consulta de los doctores de la ley, otorgó las condiciones propuestas, concediendo la vida á los habitantes, y permitiendo rescatar su libertad. Fijóse el rescate en diez monedas de oro para los hombres, cinco para las mujeres y dos para los niños; y todos los guerreros que estaban en Jerusalen cuando se firmó la capitulacion, obtuvieron el permiso de retirarse á Tiro y á Trípoli. Al acercarse el día en que los cristianos debían alejarse de Jerusalen, la idea de tener que abandonar por siempre los Santos Lugares, y dar un eterno adios

al sepulcro del Señor y al Calvario, causó profundo dolor en aquel pobre pueblo: todos quisieron abrazar por última vez los sagrados vestigios de Jesucristo y rezar por última vez en aquellas iglesias donde habían orado tantas veces, todos derramaban abundantes lágrimas, y nunca habían tenido los cristianos tanto cariño á Jerusalen, como en el momento de desterrarse de aquella patria santa.

Llegó el triste día: cerráronse todas las puertas de la ciudad, ménos la de David; y Saladino, desde un trono que se había levantado, vió pasar delante de sí á todo aquel pueblo desconsolado.

Iba el primero el Patriarca, acompañado del clero, llevando los vasos sagrados, los ornamentos de la iglesia del Santo Sepulcro y los tesoros, cuyo valor, segun dice un autor árabe, sólo Dios conocía. Seguía luégo la reina Sibila, esposa de Guido de Lusiñan, con los principales barones y caballeros; Saladino respetó su dolor, y la dirigió palabras de consuelo; formaban el séquito de la reina gran número de mujeres que llevaban en brazos á sus hijos, y henchían el aire con sus quejidos.

Al pasar por delante del trono de Saladino, suplicaron al Sultan que les devolviese los hijos y esposos que quedaban cautivos, y el caudillo musulman atendió sus ruegos. Muchos cristianos dejaron abandonados sus muebles y sus cosas más preciosas, y llevaban en hombros, unos á sus ancianos padres, y otros á sus amigos enfermos ó lisiados. El espectáculo enterneció el corazon de Saladino, y con generosa compasion permitió á los hospitalarios que permaneciesen en la ciudad para cuidar á los peregrinos, y á los que por enfermedades graves no podían desocuparla, de modo que la mayor parte de los cristianos quedaron libres de la esclavitud.

El culto del profeta de la Meca fué sustituido á la religion de Jesucristo en la ciudad conquistada; todas las iglesias, á excepcion de la del Santo Sepulcro, fueron convertidas en mezquitas; laváronse con agua de rosas, traídas de Damasco, las paredes de la de Omar, y el primer viernes, despues de la toma de Jerusalen, se reunieron el pueblo y el ejército en la principal mezquita, donde el jefe de los imanes pronunció un discurso ensalzando las victorias de Saladino.

Las desgracias de Jerusalen eran tenidas por un castigo del cielo, y todos procuraban desarmar la cólera divina con la penitencia. Piadosas reformas sucedieron á aquella expansion de dolor y remordimiento, y la Europa se halló preparada para marchar á la voz de Gregorio VIII, quien murió ántes de haber dado cima á la obra comenzada, dejando para Clemente III la direccion de la empresa santa.

El emperador Federico Barbaroja bajó el Danubio con un poderoso ejército; Ricardo de Inglaterra y Felipe de Francia tomaron la cruz. Miéntras que éstos se aprestaban, los cristianos de Siria, refugiados en Tiro, tomaron la ofensiva, y fueron á sitiar San Juan de Acre. Durante dos años se concentró toda la guerra alrededor de esta plaza. Finalmente, en la primavera del segundo, las armadas de Francia é Inglaterra se presentaron en la bahía de Tolemaida, y la emulacion de los dos jóvenes reyes, Felipe Augusto y Ricardo Plantagenet, dió un nuevo vigor á las operaciones del sitio.

Sucumbió la plaza, y su rendicion fué la señal de la partida. Felipe se retiró á Francia. Ricardo, á quien sus hazañas y valor merecieron el nombre de *Corazon de Leon*, continuó la empresa de los cruzados, conquistando la costa marítima y las ciudades de Jaffa y Cesarea. Saladino fué constantemente batido hasta los muros de Jerusalen; pero la prudencia ó la envidia de los jefes de Ricardo salvaron á los musulmanes consternados, que atribuyeron á un milagro la imprevista retirada de los cristianos. Ricardo volvió á Inglaterra dejando á Jerusalen en poder de los infieles.

* * *

El fin deplorable de estas empresas y tantas desgracias sin ninguna gloria, habían hecho decaer el piadoso ardor y la devocion belicosa de los fieles; nunca se había pensado ménos en Europa en la libertad de Jerusalen. Veamos qué nos dice del siglo XIII, considerado bajo el punto de vista que á nosotros interesa, un autor contemporáneo de primera nota.

«Bajo este aspecto es el siglo XIII tanto más notable cuanto que el fin del XII distaba mucho de pronosticar felizmente acerca del venidero. Efectivamente; el eco de la gran voz de San Bernardo, que parece haberle llenado por entero, se había debilitado á la postre, y con él la fuerza exterior del pensamiento católico. La funesta batalla de Tiberiades, la pérdida de la verdadera Cruz, y la toma de Jerusalen por Saladino (1187) presentaban el espectáculo del Occidente vencido por el Oriente sobre el terreno rescatado por las Cruzadas. Los desordenes y tiranía de Enrique II de Inglaterra, el asesinato de Santo Tomás Becket, el cautiverio de Ricardo Corazon de Leon, las violencias de Felipe Augusto contra su esposa Yngerburga, las atroces crueldades del emperador Enrique IV en Sicilia, todos estos triunfos de la fuerza bruta eran cierta é inequívoca señal de que la vitalidad católica había sufrido algun tanto; miéntras que el progreso de la heregía valdense y albigense, y el clamoreo universal contra la relajacion del clero y del monácato, revelaban en el seno de la Iglesia la existencia de un mal peligroso. Iba no obstante á declararse muy pronto una reaccion gloriosa. En los últimos años de este siglo (1198) subió á ocupar la silla de San Pedro un hombre en la flor de la edad, que, bajo el nombre de Inocencio III, debía luchar con incontrastable valor contra todos los enemigos de la justicia y de la Iglesia, y dar al mundo el modelo quizas más acabado de un verdadero pontífice, el tipo por excelencia del Vicario de Dios» (1).

Efectivamente; en medio de la indiferencia general de Europa, sólo Inocencio III acogió los lamentos venidos de ultramar, y conservó la esperanza de salvar al pueblo cristiano de Oriente; porque, apénas ascendido al trono pontificio, trató de reanimar el fuego sagrado de las cruzadas, dirigiendo á los obispos, clero, señores y pueblo de Inglaterra, Francia, Hungría y Sicilia una carta en que les anunciaba la voluntad, las amenazas y promesas del Dios de los cristianos. «Habiendo Dios muerto por el hombre, decía Inocencio al fin de su carta, ¿temerá el hombre morir por su Dios? ¿Rehusará hacer el

(1) MONTALEMBERT.—*Historia de Santa Isabel de Hungría*.—Introduccion.

sacrificio de su vida pasajera, y de los bienes perecederos de este mundo, por Aquél que nos abre los tesoros de la vida eterna?»

La nueva cruzada no llegó siquiera al término de su viaje y abandonó á Jerusalen por Constantinopla.

El conde de Flandes, los condes de Blois y de Saint-Paul, el mariscal de Champaña, y muchísimos caballeros tomaron la cruz y pasaron los Alpes siguiendo el camino de Venecia. Uniéronse á la expedicion Eudes III, duque de Borgoña, y Bonifacio, marqués de Montferrato. Seis barones, entre los cuales había Godofredo de Ville-Hardouin, fueron en comision á Venecia para que diese fuerzas navales á los cruzados. Consintieron los venecianos, con la condicion de que los cruzados les diesen una crecida cantidad de dinero, á lo que accedieron, pero despues de agotar todos los recursos, y no pudiendo satisfacer más que parte de ella, contrajeron el compromiso de conquistar la ciudad de Zara en Dalmacia para los venecianos.

Durante esta expedicion, el príncipe Alejo de Constantinopla fué á suplicar á los cruzados que libertasen el imperio griego del poder de un usurpador. Consintieron en ello cruzados y venecianos y partieron para Constantinopla. Setenta mil griegos esperaban á los cruzados en la playa: la accion parecía arriesgada; pero los cruzados obtuvieron una fácil victoria, y entraron bien pronto en Constantinopla, merced á la cobardía de los griegos y á la habilidad de los venecianos.

Alejo no pudo cumplir sus promesas á los auxiliares latinos sin exasperar al pueblo con sus exacciones, no habiendo sido suficientes los vasos sagrados y los tesoros de las iglesias para pagar lo que se debía á los latinos. Segun dice Nicetas, el pueblo se sublevó como el mar agitado por los vientos. Desesperada la muchedumbre por los males que tenía que sufrir, desfogóse de pronto con el mármol y bronce, y derribó una estátua de Minerva que adornaba la plaza de Constantinopla, á la cual, en su supersticiosa credulidad, acusaba de haber llamado á los bárbaros, sólo porque tenía los ojos y los brazos vueltos hacia Oriente. Cuando querían los descontentos que fuesen oidas sus quejas, acostumbraban reunirse en el hipódromo, alrededor del jabalí de Calidon, que ellos tenían por símbolo é

imágen del pueblo irritado; por lo que la sabiduría imperial no halló mejor medio para calmar las pasiones de la muchedumbre, que trasladar aquel jabalí al palacio de las Blaquernas.

El pueblo irritado destronó de nuevo al emperador, y colocó en el trono á un jóven príncipe de la familia imperial, llamado Alejo, nombre asociado siempre á la historia de las desgracias del imperio, y por sobrenombre Mursuflo, así llamado por ser cejijunto. Burlados así los cruzados, sitiaron y tomaron de nuevo á Constantinopla, y más de una legua de esta inmensa ciudad fué enteramente devastada. El incendio abrasó muchos cuarteles, y, segun confesion de los mismos barones, consumió más casas que no tenían las tres más grandes ciudades de Francia y Alemania. Duró toda la noche, y cuando clareó el día, se dispusieron los cruzados para continuar su victoria.

Los guerreros esperaban que habrían de sostener algunos combates; pero cuando vieron que les salían al encuentro mujeres, niños y ancianos, poblando el aire con sus gemidos, y precedidos del clero con cruces é imágenes de los santos, enterneciéronse los caudillos, y dieron órden á los soldados para que salvasen la vida á los habitantes, y respetasen el honor de las doncellas. El clero latino añadió sus exhortaciones á las de los capitanes del ejército, y cesó la carnicería.

Los historiadores dicen unánimes que, en medio de las escenas más terribles de la guerra, no murieron más que dos mil personas; pero si los cruzados perdonaron la vida á sus enemigos, nada fué capaz de moderar ni contener el ardor con que usaron de los tristes privilegios de la victoria, pues todas las casas, sin distincion de palacios ni chozas, fueron objeto por muchos días de sus brutales pesquisas, sin que respetaran ni lo sagrado de los templos, ni el pudor de las vírgenes: el altar de María, que adornaba la iglesia de Santa Sofía, y era admirado como obra maestra del arte, fué hecho pedazos, y rasgado el velo del santuario.

La civilizacion exhaló hondos gemidos con motivo de los excesos de los que abandonaron sus hogares, al grito de *Dios lo quiere*, para ir á rescatar el Santo Sepulcro del Cristo. Los occidentales, vencedores ya de los grie-

gos, jugaban á los dados en mesas de mármol, que representaban á los apóstoles, y se entregaban á los excesos de la embriaguez con los cálices destinados al servicio divino.

Cuenta Nicetas que una prostituta, á quien llama *la criada del demonio*, subió al púlpito patriarcal, entonó una cancion impúdica, y bailó en el lugar santo en presencia de los vencedores. ¡Triste preludio, aunque lejano, de la diosa Razon de la Revolucion francesa, representada por otra prostituta!

La iglesia de Santa Sofía fué entregada al saco, de la misma manera que lo había sido toda la campiña cercana al Bósforo, que ofrecía un espectáculo tan deplorable como la capital, y miéntras tenían lugar estas repugnantes escenas, huía el patriarca implorando la caridad de los transeuntes; todos los ricos habían caído en la indigencia, y la gente de la hez del pueblo, aplaudiendo el público infortunio, llamaba á aquellos días desastrosos, los días de la justicia y de la igualdad.

Un rasgo histórico y algunos datos significativos nos darán cabal idea de la situacion de un pueblo sujeto á dos civilizaciones gemelas, la occidental y la del Oriente.

Refiere el historiador Nicetas de qué modo pudo escaparse de los últimos desastres de su patria. Habíase refugiado con su familia en una casa cerca de Santa Sofía, en la cual un mercader veneciano, á quien él había salvado ántes del sitio del furor de los griegos, prohibió durante algunos días la entrada, hasta que al fin, amenazado tambien el mismo mercader, advirtió á Nicetas del riesgo, que él no podía ya evitar, y le propuso acompañarle hasta fuera de las murallas de Constantinopla, y, de este modo, Nicetas, con su mujer y sus hijos, siguiendo al fiel veneciano, pudieron salir de Bizancio, aunque corriendo mil peligros.

Olvidando todo sentimiento cristiano y hasta de humanidad, entre las muchas escenas que ofrecía la devastacion de la capital, divertíanse los soldados francos poniéndose los vestidos de los griegos, y, para insultar la afeminacion de los vencidos, cubríanse con sus vestidos rozagantes, pintados de diversos colores, y provocaban la risa de sus compañeros, poniendo

en las cabezas de los caballos los turbantes y cordones de seda con que se adornaban aquellos orientales. Otros recorrían las calles llevando en la mano, en vez de sus espadas, papel y recado de escribir, burlándose de este modo de los griegos, á quienes llamaban nacion de escribientes y copiantes.

Constantinopla, que hasta entónces, á pesar de las infinitas y continuas revueltas, había permanecido en pié en medio de las ruinas de muchos imperios, había salvado del naufragio las artes, y mostraba todavía algunas obras maestras, que el tiempo y la barbarie habían perdonado; pero despues de la conquista de los francos, el bronce donde respiraba el genio de la antigüedad, fué convertido en moneda grosera, y los héroes y los dioses del Nilo, los de la antigua Grecia y los de Roma, todo fué destruido por el vencedor.

Nicetas describe en su historia la mayor parte de los monumentos que adornaban entónces el hipódromo y las demás plazas de la ciudad imperial. Constantinopla quedó despojada de preciosidades artísticas y religiosas; porque Venecia, que en aquellos tiempos tenía ya palacios de mármol, se enriqueció con algunos ricos despojos sacados de la capital griega, por haber despreciado aquella parte de botin los de Flandes y los de Champaña, ya que Constantinopla encerraba en su recinto otros monumentos, otros tesoros de más precio para los peregrinos, y hasta para los mismos griegos de aquella época, como lo eran las reliquias é imágenes de santos. Aquellos tesoros sagrados, dice un autor, tentaron la piadosa codicia de los vencedores, y miéntras que la mayor parte de los guerreros buscaban el oro, las pedrerías, los topacios y ricas telas del Oriente, los peregrinos más devotos, y, sobre todo, los eclesiásticos, recogían un botin más inocente, pero más propio para soldados de Jesucristo. Verdad que los jefes prohibieron la devastacion y robo, pero algunos de aquellos no tuvieron escrúpulo en quebrantar la prohibicion de sus jefes y superiores, ni temieron valerse de amenazas y hasta de la violencia, para hacerse con algunas reliquias, objeto de su veneracion, de modo que la mayor parte de las iglesias de Constantinopla perdieron los ornamentos y riquezas que las daban gloria y esplendor, y los sacerdotes y monjes griegos tuvieron que abandonar llorando los restos

de los mártires y apóstoles y los instrumentos de la pasion del Salvador, que la religion les había confiado. Aquellos santos despojos que la violencia arrancó de Bizancio pasaron á adornar las iglesias de Francia é Italia, y fueron recibidos por los fieles de Occidente como el más glorioso trofeo de la cruzada.

Aunque Ville-Hardouin dice que nunca se había visto tan rico botin desde la creacion del mundo, al hacerse la distribucion general no tocaron más que veinte marcos de plata á cada caballero, diez á cada hombre de armas y cinco á cada infante; pues todas las riquezas de Bizancio no habían producido más que un millon y cien mil marcos. Cuando los cruzados se repartieron de este modo los despojos de Bizancio, no pensaron en que la ruina de los vencidos debía causar tambien la de los vencedores, y que dentro de poco serían ellos tan pobres como los griegos, á quienes acababan de despojar.

Despues de tantos desastres los venecianos hicieron dar el título de emperador á Balduino, conde de Flandes, aunque reteniendo para sí una cuarta parte de Constantinopla y todos los puertos del Imperio, desde el Ponto-Euxino hasta el mar Adriático, con Candía y todas las islas del Archipiélago; y desde entónces el dux se apellidó señor de una cuarta parte del imperio griego. Bonifacio de Montferrato retuvo el título de rey de Tesalia y de una parte de la Macedonia; Ville-Hardouin se hizo duque de Tracia; los lugares célebres de la democrática Grecia tomaron entónces por un trastorno raro varios títulos feudales. Así fué que Aténas se convirtió en ducado, la Acaya en principado y Corinto en señorío.

Despues de su coronacion escribió Balduino al papa á fin de anunciarle las victorias extraordinarias con que Dios se había dignado coronar el valor de los soldados de la cruz; y el marqués de Montferrato escribió una carta al pontífice, en que le aseguraba su humilde sumision y cumplida obediencia á todas las decisiones de la Santa Sede. Por último el dux de Venecia, que hasta entónces había despreciado con tanto orgullo las amenazas y anatemas de Roma, reconoció tambien la autoridad soberana del papa, y añadió sus protestas y ruegos á los de Balduino y de Bonifacio.

El justo enojo del gran Inocencio no se había calmado á pesar de las señaladas victorias de los cruzados y de la humilde sumision de los caudillos; porque, como ántes, continuaba acusando al ejército victorioso de los latinos de haber preferido las riquezas de la tierra á los tesoros del cielo, y no podía perdonarle los desórdenes y excesos á que se había entregado en sus conquistas.

La Iglesia de Dios atravesaba entónces una crísis tremenda; los desórdenes que la amenazaban no permitían tampoco á los reinos de la cristiandad socorrer á las colonias cristianas de Oriente: el Languedoc y todo el Mediodía de Francia se hallaban á la sazon desolados por guerras religiosas y en España estaba el islamismo pujante como nunca.

La civilizacion tocaba, al parecer, á su término y hasta se notaron sucesos extraordinarios que parecían ser los precursores del fin de la humanidad. En Alemania y Francia se juntaron cincuenta mil niños que recorrieron las ciudades y campiñas, repitiendo las palabras: «Señor, volvednos vuestra santa cruz,» y cuando les preguntaban á dónde iban, ó qué intentaban hacer, respondían: «Vamos á Jerusalen, para libertar el sepulcro del Salvador.» Muchos vieron en esto una inspiracion del cielo, y otros lo calificaron de grandiosos designios del mismo Dios, para confusion de las empresas anteriores; pero muchos de aquellos niños que Europa no supo detener, se extraviaron en los desiertos, murieron de calor, hambre, sed y cansancio; y otros volvieron á sus hogares diciendo que ignoraban por qué se habían ido.

Los griegos, miéntras tanto, á pesar de que los cruzados les llenaban de menosprecio é improperios, mostraron aún que les quedaba un resto de espíritu nacional. Casi á un mismo tiempo se alzaron tres emperadores griegos en Nicea, Trebisonda y Durazo: el nuevo imperio latino cayó bien pronto en una extraordinaria debilidad, y los griegos de Nicea, auxiliados por los genoveses, entraron otra vez en Constantinopla. Sucedía esto en 1201.

* * *

Insignificantes son las cruzadas que restan, dirigidas más que contra la Palestina, contra el antiguo Egipto, que era el país que más contingentes proporcionaba á los ejércitos musulmanes, suministrándoles, al propio tiempo, toda clase de auxilios.

La nueva, que podríamos llamar quinta cruzada, estuvo capitaneada por Andrés II, rey de Hungría, al que se reunieron Juan de Brienne, que tenía el título de rey de Jerusalen, Hugo, rey de Chipre, y el duque de Austria, Leopoldo III el Glorioso.

Entre los peregrinos que llegaron entónces á las riberas del Nilo, debe hacerse particular mencion del cardenal Pelagio, que llegó acompañado de gran número de cruzados romanos, llevando consigo los tesoros que habían suministrado los fieles de Occidente para los gastos de la guerra santa.

Damieta cayó en poder de los cruzados; pero debe saberse que á la llegada de éstos, contaba la ciudad setenta mil habitantes; y, despues de ganada, no quedaban en ella más que tres mil, que conservaban un débil soplo de vida, y se arrastraban como pálidas sombras en aquel inmenso sepulcro. Tenía la ciudad una célebre mezquita, con seis vastas galerías y ciento cincuenta columnas de mármol, coronada de un minarete, la cual fué consagrada á la Vírgen, madre de Jesucristo, y en ella se reunió todo el ejército cristiano, para dar gracias al cielo por el triunfo que habían alcanzado las armas de los peregrinos.

Á pesar de esta victoria, luégo que los cruzados se internaron en el país, atacados por todas partes por los musulmanes, y diezmados por la peste, se vieron muy pronto obligados á restituir su conquista para obtener el permiso de salir con vida de un país cuyo clima y demás accidentes les era tan contrario y fatal.

Pesaroso el papa al ver el mal éxito de la anterior cruzada, desplegó todo su poder espiritual á fin de obligar al emperador Federico II á cumplir

el voto que había hecho de tomar la cruz, recurriendo á la excomunion para conseguirlo.

No pudiendo resistir Federico las apremiantes instancias del papa, partió finalmente en agosto de 1228 y llegó á Siria el 8 de setiembre, donde, despues de las vicisitudes ordinarias ya, pero que no podemos enumerar, la mala inteligencia y providencial desacuerdo de los sultanes de Egipto y de Damasco les entregó sin resistencia el reino de Jerusalen. Por un convenio firmado el 18 de febrero de 1229 cedióle el sultan de Egipto á Jerusalen, Belen, Nazaret, Ranza y todo el país situado entre San Juan de Acre, Tiro, Sidon y Jerusalen. No obstante, despues de la ausencia de Federico no retuvieron los cristianos por mucho tiempo esta preciosa conquista. Debilitados por las guerras civiles, aliados ya del sultan de Damasco, ya del de Egipto, perdieron á Jerusalen, que volvieron aún á recobrar por algunos años en 1249, y fueron por fin expulsados definitivamente á los pocos años.

Tales son los últimos sucesos de esta, que podríamos llamar sexta cruzada, que vió sucederse cuatro pontificados y duró cerca treinta años. El excesivo número de guerras santas que se predicaron á la vez fué causa de que aquellas expediciones no pudieran conservar su verdadero y primitivo carácter; porque ya se tomaba la cruz para combatir en Asia á los musulmanes, en Francia á los albigenses, en Prusia á los idólatras, y hasta se predicó una cruzada contra el emperador de Alemania; pero en todas aquellas guerras religiosas tomaron demasiado parte las pasiones humanas más atendidas de lo que debiera esperarse de unos y otros contendientes.

A todo esto los legados de los papas y el clero censuraban amargamente en sus sermones el espíritu altanero y envidioso de los capitanes, y no cesaron de rogar al Señor que despertase otra vez en ellos el celo de la cruz y el entusiasmo por las guerras santas.

En la última expedicion á Palestina de que acabamos de hablar, la ociosidad produjo vicios y disensiones que hicieron desesperar de la misma; pero, felizmente para los cristianos estaban tambien los musulmanes divididos entre sí y no atacaban el territorio cristiano. Por su parte los peregrinos no tenían en su inmensa mayoría ningun interés comun, que pudiese con-

servarlos por mucho tiempo reunidos bajo las mismas banderas, pues cada jefe escogía á sus enemigos y hacía la guerra por su cuenta y en su nombre. Así fué que el duque de Bretaña, por ejemplo, hizo con sus caballeros una incursion en las tierras de Damasco, volviendo luégo con una multitud de búfalos, carneros y camellos; despertando la vista de tan rico botin los celos de los demás cruzados, que quisieron tambien ir á saquear las fértiles campiñas de Gaza, en cuya empresa encontraron la derrota todos y la muerte ó el cautiverio la mayor parte.

Podrían darse aquí por terminadas las cruzadas si no les diera un momentáneo, tierno y simpático interés la llevada todavía á cabo por un monarca grande y santo pero muy desgraciado en su noble empresa.

Un voto de San Luis, rey de Francia, que es el monarca á quien nos referimos, hecho en el curso de una enfermedad, fué la causa de la séptima cruzada. El rey veía todos los peligros y conocía todos los trabajos que llevaba consigo una guerra en Oriente, pero como creía obedecer á una inspiracion del cielo, nada era capaz de apartarle de su piadosa determinacion.

Predicóse entónces la cruzada en todas las comarcas de Europa; pero la voz de los oradores sagrados se perdía entre el tumulto de las facciones y el estruendo de las armas. Cuando el obispo de Beiront fué á solicitar á Enrique III para que socorriese á los cristianos de Oriente, estando en guerra el monarca inglés con la Escocia y el país de Gales, rehusó tomar la cruz, y prohibió además que se predicara la cruzada en su reino. Alemania estaba tambien revuelta, y entre los pueblos teutones nadie tomaba las armas sino para defender la causa de Federico, ó la de Enrique, landgrave de Turingia, á quien el papa había hecho dar el imperio. La Italia tampoco se hallaba ménos agitada que la Alemania, y las querellas de la Santa Sede con el emperador habían redoblado la animosidad de los güelfos y los gibelinos. España estaba ocupada en su reconquista, verdadera cruzada más larga y empeñada, pero mucho más gloriosa en resultados que todas las de la Europa entera en Oriente.

Francia era, pues, el único reino de Europa que pensaba seriamente en la cruzada. El rey Luis IX había anunciado ya oficialmente su partida á los

cristianos de Palestina y estaba preparándose para la santa peregrinacion; pero como el reino carecía de marina, ni tenía ningun puerto en el Mediterráneo, adquirió el rey el territorio y puerto de Aigues-Mortes y cuidó de que Barcelona y Génova le facilitaran naves. Ocupóse al mismo tiempo en abastecer el ejército de la cruz, y en hacer preparar almacenes en la isla de Chipre, donde debía desembarcar primeramente.

Ninguna queja produjeron los medios empleados para procurarse dinero, como la habían producido en la cruzada de Luis VII; porque los ricos depositaron expontáneamente el fruto de sus economías en las arcas del rey; los pobres llevaban sus ofrendas á los cepillos de las iglesias; los colonos de los dominios reales adelantaron una anualidad del arrendamiento, y el clero pagó más de lo que debía, y cedió la décima parte de sus rentas.

Las noticias que se recibían entónces del Oriente anunciaban nuevas calamidades. Los karismianos, despues de haber talado la Tierra Santa, habían desaparecido, diezmados por el hambre, la discordia y la espada de los egipcios; pero habían llegado otros pueblos, como los turcomanos, que aventajaban en ferocidad á las hordas del Karismo, y asolaban las riberas del Orontes y el principado de Antioquía.

Embarcóse el rey Luis en Aigues-Mortes y en Marsella en agosto de 1248, dirigiéndose á Chipre donde invernó. Las delicias del clima, y una larga ociosidad, sembraron la corrupcion y relajaron la disciplina en el ejército de los cruzados; y muchos señores empezaron á quejarse de haber vendido sus tierras, y haberse arruinado por seguir al rey en la cruzada, sin que las liberalidades de Luis bastasen para acallar sus quejas.

Dirigióse despues el ejército al Egipto; pero el hambre, los miasmas pestilenciales que salían de los canales de que estaba y está cubierto el Egipto y el terrible fuego griego disminuyó mucho su ejército, y la victoria de los musulmanes en Mausurah le forzó á emprender una retirada desastrosa, en la cual quedó prisionero con los restos del ejército cruzado. Pero ántes de regresar á Francia pasó aún cuatro años en la Palestina como simple caballero, ocupándose en mantener la paz entre los príncipes cristianos y restablecer las fortificaciones de las plazas que aún poseían.

Llegóse entónces á tener las guerras santas de Oriente por una fatalidad desgraciada, y poco faltó para que no acusaran á la Providencia de haber abandonado su propia causa. Los púlpitos, que habían resonado por tanto tiempo con la predicacion de las cruzadas, guardaban un silencio lúgubre; y un poeta contemporáneo, al hablar de las desgracias de la Tierra Santa, exclamaba: «¡Será, pues, verdad que el mismo Dios proteje á los infieles!» El mismo poeta describía la desesperacion de los cristianos con palabras que no dejan de ser impías. «Muy loco debe ser, decía, el que quiera hacer guerra á los sarracenos, cuando Jesucristo les deja en paz, y les permite que triunfen á la vez de los francos y de los tártaros, de los pueblos de Armenia y de los de Persia. El pueblo cristiano recibe cada día nuevas humillaciones; pues el Dios, que acostumbraba velar, duerme, miéntras que Mahoma ostenta toda su fuerza, y dirige el brazo del feroz Bibars.» Lenguaje blasfemo, que si no pinta quizas la opinion comun de la época, revela á lo ménos los grandes reveses de las armas cristianas debidos á la desmoralizacion de todos, á la falsedad de los cruzados, que, aparentando ideas y pensamientos generosos y nobles, aspiraban solamente á medros personales é intereses mundanos.

El rey Luis de Francia se vió obligado á volver á su país por muerte de su idolatrada madre; pero luégo que hubo arreglado los negocios del reino, emprendió una nueva cruzada, que se dirigió desde luégo hacia Túnez. Esta comarca en otro tiempo tan fértil, no era entónces más que una soledad árida y ardiente: á los pocos días de haber llegado, sintieron ya los cruzados la falta de agua, y no tenían por alimento más que carnes saladas. La disentería y fiebres contagiosas causaron tantos estragos en el campamento que murieron los principales jefes de la expedicion, siendo tanta la mortandad que no siendo posible dar sepulcro á los cadáveres, se les echaba confusamente en los fosos.

Luis IX procuraba reanimar á los jefes y soldados con su ejemplo y resignacion, pero cayó tambien enfermo de la epidemia y espiró víctima de la misma.

Aunque no acaban con la muerte de Luis IX las guerras religiosas del

Occidente contra el Oriente, pueden, rigorosamente hablando, considerarse terminadas las cruzadas, y como quiera que nuestro objeto no deben ser los hechos históricos en sí mismos, sino la influencia que hayan tenido ó dejado sentir en la civilizacion de los pueblos, podemos dar aquí por acabada nuestra tarea, reservándonos para estudiar, en el capítulo siguiente, los resultados de las cruzadas, cuyas expediciones, desastrosas en sí, por los vicios de los que las constituían, fueron de inmensa trascendencia para la época en que se llevaron á cabo y para los siglos que les sucedieron.





CAPÍTULO V

Resultado de las Cruzadas en sus relaciones con la civilizacion

Todo se presenta raro, inexplicable, á primera vista, en el estudio de las cruzadas; y no vacilamos en asegurar que son completamente rebeldes á toda explicacion satisfactoria para quien las estudie sin el

concurso de la fe religiosa. En efecto: el éxito de las expediciones fué las más de las veces desastroso á cuanto cabe; las derrotas se contaban casi por el número de las batallas, y de los muchos miles de peregrinos que emprendían el viaje á los Lugares Santos eran contados los que conseguían su objeto y ménos aún los que tenían el consuelo de ver otra vez la patria que habían abandonado.

En cambio, y esto es lo que interesa no perder de vista, se emprendieron las cruzadas al grito de *Dios lo quiere*, con un fin santo, piadoso, noble, desinteresado, eminentemente religioso, y sus consecuencias más inmediatas están en abierta oposicion con la primitiva y fundamental idea que las inspiró; donde debía buscarse la expiacion, sólo domina la alegría fastuosa, el lujo y el afan de riquezas y placeres: donde debía reinar la caridad, imperan todos los vicios inseparables de las soldadescas indisciplinadas y mercenarias; ¡qué mucho que Dios no bendijera empresas tan contrarias á los santos propósitos primitivos!

Prescindiendo de los vicios de los soldados, gente advenediza en todos los ejércitos conquistadores, atraídos como los cuervos hacia los sitios donde hay cadáveres que destrozar, vemos en los jefes cruzados ejemplos de perversion, ó cuando ménos de escándalo para sus ejércitos.

Raimundo de Chatillon quiere arrancar del patriarca de Antioquía dinero y su consentimiento para el matrimonio que se había propuesto, y al ver que eran inútiles sus ruegos y amenazas, manda desnudarle, azotarle, untarle con miel y exponerle así al sol y á las picaduras de los insectos, cediendo de este modo el patriarca y entregándole todo cuanto tenía.

En Chipre vestía Ricardo un manto sembrado de medias lunas de plata, como si quisiera renegar de la religion cristiana y hacer gala de musulman.

Las historias de las cruzadas nos dicen que miéntras los caballeros del Temple y los hospitalarios de San Juan se vestían el sayal y la armadura de hierro, los francos hijos de Siria se vestían con blandas y finas telas, y huían de los combates, entregándose á una vida disoluta, cantando amores, saciándose de deleites, vistiendo trajes orientales de mangas perdidas cerradas con corchetes, con ricos cinturones, collares de piedras preciosas, y

celebrando sus banquetes con coronas de flores en la cabeza y copas llenas de licores en las manos.

Siguiendo ya la pendiente de los placeres, adopta un duque de Edesa la barba larga, traje talar con cola, come sentado en el suelo sobre alfombras, entra en la ciudad precedido de ginetes que tocan la trompeta llevando delante de él un escudo de oro de forma griega, adornado con un águila, y acaba por hacerse adorar por los cortesanos.

Con razon pudo, pues, un historiador árabe aplicar satíricamente el siguiente pasage del Coran á los cristianos salidos de Jerusalen por el precio de su rescate entregado á su conquistador Saladino en 1187: «¡Oh! (les dice) ¡Cuántos jardines y fuentes dejaron entónces, cuántos campos sembrados, y cuántas nobles moradas que hacían sus delicias, y que nosotros dimos por herencia á otro pueblo!»

* * *

Si debiéramos resumir en dos líneas los resultados de las cruzadas, diríamos de ellas que reunieron por primera vez en un mismo campo y con un objeto desinteresado los hombres de todas las naciones europeas y de todas las condiciones sociales, cuya reunion debía ser de inmensos resultados para lo sucesivo. Los señores feudales, abandonando sus castillos y concediendo privilegios á los vecinos de las ciudades para obtener dinero, prepararon la decadencia del poder feudal y el triunfo de los reyes y de los pueblos.

Fundáronse entónces las órdenes militares de los templarios y la de San Juan de Jerusalen ú hospitalarios, y la de los caballeros teutónicos. Inventáronse los escudos de armas, lengua muda, y sin embargo tan fecunda, y creáronse los nombres de familia.

Perfeccionando los cruzados el arte de la navegacion, formaron el gran comercio, dando al mundo un nuevo elemento de poder en la riqueza mobiliaria, destinada un día á derrocar el poder de la riqueza territorial.

Las ciudades marítimas lo engrandecen. Barcelona, Venecia, Génova y Pisa cubren el Mediterráneo con sus buques.

«El contagio del mal no es dudoso, dice un autor de nuestros días, y los cruzados traen á sus hogares nuevas exigencias que en ninguna otra parte son tan notables como en el Mediodía, en el Languedoc, que se penetra de ideas y costumbres orientales. Las cruzadas no fueron ménos un beneficio para la civilizacion material, que vive de lujo útil y agradable, sin que la sirvieran por sus consecuencias generales y por lo que directamente tomaron de las regiones orientales. El aumento de seguridad favoreció el vuelo de las transacciones. Cuando la Europa estuvo al abrigo de los sarracenos de Africa y de Asia, dispuestos siempre á lanzarse contra ella, y se vió libre de los habituales peligros de la piratería, unas órdenes hospitalarias y militares se encargaron de la proteccion de los mares del Levante.

En el interior, la familiaridad guerrera que se había establecido en la comunidad de las tribulaciones y peligros entre las diferentes clases, y la mengua de las riquezas poseídas por los señores, aproximaron á los nobles y á los labriegos. Más fortalecidos éstos por el sentimiento acrecentado de su valor, se lanzaron á nuevas conquistas, tuvieron la idea de nuevos progresos. En vista de la adquisicion de los elegantes esmeros, como de los géneros necesarios, se comienza á querer caminos más seguros, más numerosos, una administracion más reglamentada. Leyes marítimas promulgadas ó codificadas por la vez primera, contribuyen á introducir mayor seguridad en los viajes y transportes. De ahí procede tambien que los mares del Oriente se convirtieran como en punto de cita de los navegantes de todos los países: Brema y Lubek trabando relaciones con Génova y Venecia; el mar Báltico explorado; las ciudades anseáticas cada vez más desarrolladas. El Mediterráneo se cubre de verdaderas escuadras. Marsella aumenta, sostiene en Jerusalen sus derechos de frontera, y conserva en Asia su vizconde y su cónsul: le pertenecen una calle entera de aquella ciudad, una iglesia y un puente. Las ideas de sociabilidad comercial suavizan los rigores de la guerra y encuentran además una expresion admirable en esta declaracion que, «áun cuando se está en guerra con una ciudad ó un Estado, es

preciso respetar las propiedades particulares de aquella ciudad y de aquel Estado» (1).

¡Hé aquí el comienzo de lo que la filosofía y la economía política saludan como una era nueva, la solidaridad! La comunicacion de las ciencias, la imitacion mútua de los descubrimientos y de los procedimientos, datan de aquella época, y sería imposible enumerar todo lo que va á deberle el lujo útil. Apénas se comprendería que las largas relaciones con el Oriente, con pueblos tan inteligentes como los árabes, tan adelantados como los griegos, tan acostumbrados á gozar de ciertos bienes materiales como los pueblos musulmanes de la Siria, no hubiesen inspirado á buenos oficiales, á hombres ingeniosos el ardiente deseo de aprender á poner en práctica los procedimientos que ellos ignoraban. ¿Cómo podían permanecer en Damasco y no averiguar cómo se trabajan allí los metales y los tejidos? ¿Cómo podían visitar á Tiro, sin procurarse allí el secreto de las cristalerías que debían honrar y enriquecer á Venecia, creando toda una clase de objetos de un arte exquisito y de un costoso lujo?.. Hablando de Tiro escribe estas líneas Alberto d' Air: «Se hace tambien con la arena que se encuentra en la misma llanura, la bella cualidad del cristal. El cristal trasladado á las provincias más apartadas, proporciona la mejor materia para hacer los vasos de la mayor belleza, notables sobre todo por su trasparencia» (2).

Yendo á Mosul, á Alejandría, aprendieron á fabricar las hermosas telas de seda, que se continuó recibiéndolas de estas ciudades privilegiadas, y el cultivo de la morera en Sicilia alimentó este ramo del comercio. Los productos orientales fueron sobre todo imitados ó transmitidos por los italianos. «Los más hábiles mercaderes están en Toscana,» dice un proverbio de la época. Los molinos en Europa se deben á los viajes de los cruzados, que introdujeron tambien el maiz ó trigo de Turquía. No tienen todos la candidez de Joinville, quien creía que la pimienta y la canela *venían del Paraíso terrenal*, y que se pescaban las especias en las aguas del Nilo á donde las

(1) Rufi. *Hist. de Marseille.* Depping. *Comm. entre le Levant et l' Europe.*

(2) *Histoire litteraire de France*, t. XVI.—Collection traduite des *Historiens de France;* Albert d' Air.

llevaba el viento (1). El Oriente nos envió el coral, el ámbar, los dátiles, y la planta que produjo un género totalmente de lujo en un principio, y convertida ahora en usual, la caña de azúcar. Diversas especies de frutas y de legumbres preciosas, refinamiento costoso en un principio, de consumo corriente ahora, vinieron igualmente á enriquecer las mesas de nuestros antepasados acostumbrados á un método más basto, pero que aprovechan todavía á sus delicados descendientes (2).

Las cruzadas no aumentaron solamente los elementos del lujo, sino que los esparcieron apresurando los progresos de la igualdad, de la propiedad mobiliaria, del tercer estado. Las ciudades se desarrollan entónces relativamente á los campos. Dan al lujo focos y salidas abundantes. Las cruzadas habían acarreado ya cierta division de la propiedad territorial, miéntras dejaban subsistir grandes dominios y elevadas casas de príncipes: al lado del gran lujo hubo tambien un lujo diseminado, por decirlo así. Es un movimiento que comienza, de estudio tan importante como curioso, fecundo en consecuencias de todo género, ligado en todas sus partes al movimiento general de la civilizacion y cuyos desarrollos seguiremos hasta la revolucion francesa (3).

* * *

Conocemos en resúmen la historia de las guerras religiosas del Occidente contra el Oriente; algo hemos dicho de lo que ofrecen las pasiones que en ellas dejaron sentir su influencia, de sus costumbres y de su gloria; pero falta que condensemos lo que puede escribirse de los bienes y males que produjeron á las generaciones contemporáneas y á la posteridad.

(1) *Mémoires de Joinville*, segunda parte.

(2) Quelques mots empruntés à la langue du commerce et designant des objets alors réputés de luxe nous sont venus des langues orientales, notamment de l' arabe, au temps des croisades. Je citerai les mots: café, bazar, magasin, hara, kiosque, taffetas, jupe, coton, orange, maroquin, etc.—Voir, sur ces mots et d' autres, le *Dictionnaire etymologique* de Brachet, et l' *Histoire de la langue française*, par Ampère, p. 554-560.

(3) H. BAUDRILLART.—*Histoire du luxe*, etc.

Los musulmanes, conducidos por sus califas, se habían apoderado de gran parte del Oriente; habían sujetado el África, invadido la España, infestado el mar Adriático y se habían posesionado de la Calabria, amenazando inundar la Europa, trayéndole corrupcion, barbarie y servidumbre. Jerusalen había caído bajo su empuje, y el Santo Sepulcro, la cuna de la religion y de la civilizacion del mundo, quedaba en su poder, y poco faltaba ya para que la tierra toda fuese musulmana. Este era el estado del mundo ántes de las cruzadas.

Indiquemos ahora el influjo que estas ejercieron, inspirándonos, como siempre, en la más justa y severa imparcialidad.

Con la historia en la mano resulta evidente que la civilizacion debe al influjo de las cruzadas la cesacion de las luchas particulares que mantenían los señores entre sí en la generalidad de las naciones europeas. Aquellas guerras injustificadas, continuas siempre, porque renacían continuamente, diezmaban sin ningun fruto á la nobleza, á la par que aniquilaban al pueblo, y traían en pos de sí, como consecuencia necesaria, la rapiña, el asesinato, y toda clase de violencias y actos los más odiosos, criminales é injustificados siempre.

Crearon, además, las cruzadas, ó á lo ménos desarrollaron, el comercio entre pueblos extraños, y aunque es verdad que las guerras religiosas del Occidente contra el Oriente trasladaron inmensas cantidades de dinero al Asia, mayores las trajeron de allá á Europa, prescindiendo aún de los tesoros y preciosidades artísticas procedentes de los distintos puntos que conquistaban. Los europeos se adiestraron tambien en la marina y se acostumbraron á intentar atrevidas excursiones por mar, preparando de esta manera el descubrimiento del Nuevo Mundo.

En prueba de que los viajes de las cruzadas no fueron totalmente inútiles para el comercio, las artes y hasta las ciencias, veamos lo que nos dice un autor competente respecto á ciertas y determinadas materias, cuyo conocimiento no carece de interés y curiosidad:

«Mezclando las cruzadas los hombres de todas las regiones de Europa con los habitantes del Oriente, hicieron conocer á los occidentales un lujo

y unos usos que no dejaron de imitar, al regreso de sus caballerescas expediciones. Trátase entónces de festines donde se come sentado en tierra, cruzadas las piernas ó estiradas sobre alfombras, y esta manera de sentarse á la oriental se encuentra representada en las miniaturas de los manuscritos de aquella época. El señor de Joinville, el amigo y el historiador de Luis IX, nos dice que el santo rey acostumbraba sentarse de esta manera, en una alfombra, rodeado de sus barones, y administrar justicia de este modo; lo que no es óbice de haberse conservado el uso de las grandes sillas ó sillones, porque nos ha quedado de aquella época un asiento ó trono, de madera maciza, llamado *el banco de monseñor San Luis,* cubierto enteramente de esculturas que representan aves y animales fantásticos ó legendarios. Va sin decir que los pobres no aspiraban á tanto refinamiento, pues que en las habitaciones del pueblo sentábanse en escabeles, banquillos, cofres, y todo lo más en bancos cuyos piés estaban á veces adornados.

«En esta época se comienzan á cubrir los asientos con telas de lana ó seda bordadas al telar ó á mano, ostentando cifras, emblemas ó escudos de armas. Del Oriente se había importado la costumbre de colgar las habitaciones con pieles charoladas, grabadas y doradas» (1).

Es evidente que siendo la guerra el objeto que trajo á los cruzados al Oriente, procurarían todos los adelantos posibles en el arte. Del mismo autor es la siguiente cita:

«Desde la conquista de los normandos hasta las cruzadas, apénas si encontramos para indicar más que la adopcion de un arma muy mortífera, que tomó el nombre de *azote* ó *látigo de armas*, y que estaba compuesto de bolas de hierro guarnecidas de puntas y ligadas con cadenitas al extremo de un palo fuerte. Pero llegamos á una época en que los acontecimientos que se realizaron en Asia tuvieron considerable influencia en las armas y el traje militar de la Europa. La primera y la más notable de las importaciones debidas á esas lejanas expediciones, fué la de la *cota de mallas*, que estaba generalmente en uso entre los árabes, y que despues se ha encon-

(1) P. LACROIX.—*Les arts au moyen age et á l' époque de la Renaissance.*

trado tambien en las esculturas de los Sasanidas, raza real que reinó en la Persia desde el tercero al séptimo siglo.

»No intentamos decir con esto que ántes de la primera cruzada no se tuviese en nuestros países ningun conocimiento del tejido de hierro del que los orientales se hacían sobretodos defensivos; pero no se sabían imitar sino de una manera pesada y tosca. Aquellas armaduras, de un peso abrumador, y que, por otra parte, no hacían en manera alguna invulnerables á los que se cargaban con ellas, no habían pues podido destronar las *coracillas*, *cotas almohadilladas de hierro*, *brigantinas*, *armaduras de macle*, (nombres dados á las corazas de cuero y de tela cubiertas con planchas de metal); pero, cuando se hubieron visto de cerca las armas defensivas, con todas sus buenas condiciones originales, cuando se hubo aprendido á fabricarlas segun los procedimientos orientales, no se tardó en adoptar el largo *tricot* de hierro, flexible á la vez, ligero y en cierta manera impenetrable. No obstante, como la fabricacion de las antiguas armaduras era más sencilla, y, por consiguiente, ménos costosa, no quedaron enteramente abandonadas. Hasta la época de Felipe Augusto y San Luis no llegó á ser general el uso de la *camisa de mallas*, á la que ciertos caballeros agregaban unos *calzones de mallas*, para defenderse los muslos, las piernas y los piés.

»Bajo Luis el Grueso (siglo duodécimo), se encuentra el primer ensayo de una visera móvil adaptada al casco cónico de los normandos, y hacia la misma época debe fijarse la invencion de la ballesta; mejor dicho, se agregó al arco una cureña ó *astil*, que daba más facilidad para tender la cuerda y ayudaba á la mejor direccion del dardo. Esta nueva arma, despues de haber sido exclusivamente empleada para la caza, se usó en los ejércitos; pero en 1139, confirmando el papa Inocencio II las decisiones del concilio de Letran que la había condenado como demasiado mortífera, prohibió su uso. No reapareció en el armamento militar hasta el tiempo de la tercera cruzada, bajo Ricardo Corazon de Leon, quien, por haberla dado de nuevo á sus tropas, pasó despues por su inventor.

»En la época de la primera cruzada, los varones y los caballeros llevaban una loriga de anillos de hierro ó de acero. Cada guerrero tenía un

casco, que era plateado para los principales, de acero para los caballeros y de hierro para los soldados. Los cruzados se servían de la lanza, de la espada, de una especie de puñal llamado *misericordia*, de la maza y del hacha, de la honda y del arco.

»En las vidrieras que Suger, ministro de Luis VII, había hecho pintar para la iglesia de la Abadía de San Dionisio, y que representaban los principales hechos de la segunda cruzada, se ven los jefes de las cruzadas cubiertos de lorigas de anillos ó de *macles* (planchas de hierro); el casco es cónico y sin defensa nasal; finalmente, el broquel en forma de escudo, cubre el pecho, pendiente en general del cuello por una tirilla de cuero.

»A mediados del siglo duodécimo, se ha dicho, apareció el *peto* de hierro, que se colocaba sobre el pecho, para levantar la loriga, cuya presion directa se había reconocido ser perjudicial para la salud. Sin embargo, no se encuentra su descripcion en los libros de caballería, que son el mejor documento para consulta acerca de las armaduras de los siglos duodécimo y décimotercero.

»Bajo Felipe Augusto, que es sabido fué uno de los jefes de la tercera cruzada, el casco cónico pasó á ser cilíndrico, y se le añadió á veces una visera que se llamó *ventalla*, y que tuvo por objeto la defensa de la cara. Ricardo I, rey de Inglaterra, está representado en su sello con este casco de ventalla; al nivel de los ojos y á la altura de la boca se notan dos hendiduras horizontales que permiten ver y respirar. No obstante, el uso del casco cónico sin visera ni nasal se conservó hasta el siglo décimotercero en España, conforme podemos asegurarnos de ello por el que llevaba Jaime I, rey de Aragon, y que se conserva en la *Armería real* de Madrid: es de hierro bruñido, tiene por remate una cabeza de dragon y ricamente dorado en algunas partes.

»Durante la tercera cruzada se generalizó tambien el uso de la *cota de armas*, especie de *sobretodo*, si podemos expresarnos así, que era de lienzo ó de tela de seda, y que en un principio no tuvo más objeto que disminuir el efecto insoportable de los rayos del sol de Oriente sobre las armaduras metálicas; pero muy pronto sirvió además este nuevo vestido, por medio de

diversos colores, para distinguir las diferentes naciones que guerreaban bajo el estandarte de las cruzadas. La cota pasó á ser un verdadero vestido de lujo guerrero en el que se empleaban las telas más ricas, y se bordaban en oro y plata, con excesivo refinamiento» (1).

Continuando la interesante revista de las artes en la Edad Media, en el capítulo titulado *Orfévrerie*, se dan noticias referentes á las cruzadas, tan interesantes como verá por sí mismo el lector:

«Hicimos observar en el capítulo anterior que las cruzadas imprimieron notable actividad en la platería en Europa, á consecuencia del gran número de cajas y relicarios que fué preciso mandar fabricar para recoger los restos venerados de los santos que los soldados de la fe traían consigo de sus lejanas expediciones. Viéronse tambien multiplicarse las ofrendas de votos sagrados y de frontales de altar. Los libros santos recibieron estuches y cubiertas, que fueron otras tantas obras suntuosas confiadas á los plateros. A decir verdad, sin la direccion esencialmente religiosa que recibieron en aquella época ciertos ramos del lujo, que los cruzados habían aprendido á conocer en Oriente, se hubiesen visto quizas las artes, que comenzaban otra vez solamente á vivir con vida propia en Occidente, extinguirse y perecer en cierto modo en el primer esfuerzo de su renacimiento.»

Al hablar de las artes é industrias cuya invencion ó desarrollo en Europa se debe á las cruzadas, no puede pasarse por alto una de las que más perjuicios sociales ha causado, siquiera indirectamente. Nos referimos á la fabricacion de los naipes.

«Sábese actualmente de orígen cierto (Abel de Rémusat, *Journal Asiatique*, sept. 1822) que los naipes, venidos de la India y de la China, estaban, como el ajedrez, en manos de los árabes y de los sarracenos desde el comienzo del siglo duodécimo. Es pues casi cierto que debieron ser traídos á Europa á consecuencia de las cruzadas, con las artes, las tradiciones, los usos, que los occidentales tomaron entónces de los orientales. Debe creerse no obstante que no se propagaron de pronto sino muy lentamente, porque

(1) P. Lacroix.—Obra citada.

en una época en que la autoridad civil y eclesiástica decretaba continuamente órdenes de prohibicion contra los juegos de azar, no se ve que se haya tratado nunca de ellos como de los dados y del ajedrez» (1).

El restablecimiento y la propagacion de las ciencias en Europa se deben á las cruzadas; porque los papas, con la mira de convertir al cristianismo á los paganos y cismáticos de Oriente, mandaron crear escuelas para la enseñanza del árabe y otros idiomas orientales. Roma, Salamanca, Bolonia, Oxford y París tuvieron profesores competentes, costeados por los pontífices romanos en la capital del orbe, por el rey en París y por los prelados y cabildos ó monasterios en los demás puntos.

Ya hemos visto lo que las artes en el Occidente deben á las cruzadas. De la época de éstas arranca la arquitectura gótica, tan en boga actualmente, porque la Europa quería realizar lo que en el Oriente había visto. Si otro ilustre testimonio no tuvieran las cruzadas de sus proezas y beneficios innegables, aparte de sus muchos defectos y evidentes miserias, harían su constante apología esas esbeltas catedrales que nos legaron para admiracion de los venideros y recuerdo eterno de los que los idearon y llevaron á feliz término.

En el órden social fueron aún mayores los resultados de las cruzadas, porque emanciparon á las clases pobres, dándoles la libertad debida á todo hombre en pueblos civilizados y en donde impera la verdadera religion; pues que, al declarar ésta la fraternidad universal sin distincion de razas ni sectas, depositó en todas las almas el gérmen de la libertad universal tambien; pero de aquella libertad que, haciendo iguales en derechos á los hombres, no excluye el poder ni la subordinacion, porque la libertad de la religion es una libertad racional, prudente y hasta necesaria. La Iglesia de Jesucristo, depositaria de estas verdades, luchando incesantemente con las revoluciones que traían trastornado el mundo, no había podido aún hacer sentir los efectos del salvador principio de la fraternidad universal. Es cierto que mucho había conseguido ya el cristianismo para la verdadera emanci-

(1) P. LACROIX.—*Obra citada.*

pacion de los pueblos, dando libertad á muchos millares de hombres, pero faltaba aún hacer mucho, y, al iniciarse las cruzadas, necesitaron los barones y señores fondos para emprender las lejanas expediciones y viéronse precisados á dar libertad á sus siervos ántes de su partida, ó se comprometían solemnemente por voto á emanciparlos si les concedía Dios un feliz regreso.

Y no fueron solamente los cristianos del Occidente los que en su estado social sintieron la benéfica influencia de las cruzadas, puesto que los del mismo Oriente vieron suavizada su suerte, no sólo estando en poder de los jefes latinos sino tambien al volver á caer bajo el dominio de los musulmanes, porque no los trataron ya con la dureza y severidad de ántes.

Pero, como si todo esto no bastara aún, ateniéndonos á la política fueron inmensos los benéficos resultados de las cruzadas, porque acorralaron por decirlo así, el poder mahometano, relegándolo al Asia y poniéndolo por mucho tiempo en la imposibilidad de emprender ataque alguno contra Europa.

* * *

El anhelo y fervor de los contemporáneos de las cruzadas por salvar la Tierra Santa se comprende perfectamente recordando que ellos miraban aquellas guerras religiosas como asunto que atañía directa é inmediatamente al mismo Dios, y si podía haber entónces, como la había, mucha infidelidad á Dios, no había sin embargo incredulidad.

Esta es la diferencia característica que va de nuestro siglo á los pasados.

En la época de las cruzadas, á la que debemos atenernos ahora, se cometieron gravísimas y muy numerosas faltas; se provocó enormemente la cólera divina; dominaron, como siempre, fuertes y hasta viles pasiones; se cometieron excesos deshonrosos que avergonzarían á los hombres de honor de nuestra época: todo esto, sin embargo, con ser muy criminal, no pasaban

de ser infidelidades, flaquezas humanas, que, al fin, corregía el arrepentimiento las más de las veces; pero, no se conocía, como ahora, la incredulidad. Ya lo hemos dicho: aquella era una época de fe, y vivían todos enteramente persuadidos de que la gloria divina estaba interesada en el triunfo de aquellas sagradas empresas, bendecidas y apoyadas por los papas, y llevadas á cabo con el concurso de todas las clases y estados sociales.

Dados estos antecedentes, se comprende tambien perfectamente el profundo estupor que se apoderaba de los cristianos, áun los más santos y sabios, cuando algun desastre detenía á los ejércitos cristianos ó ponía en peligro el éxito de las santas empresas.

Cuando San Bernardo—dice un cronista de las cruzadas,—se lamentaba de las desgracias de la cruzada que él mismo había predicado, admirábase de que Dios hubiese querido juzgar al universo ántes de tiempo, á pesar de su infinita misericordia; y cuando el ejército de los cruzados alemanes pereció entero con su caudillo, los cristianos no se atrevían á interrogar las voluntades del cielo, porque aquellas voluntades terribles eran otros tantos abismos, ante los cuales se perdía el entendimiento humano. Al recibirse la noticia de la cautividad de Luis IX en Egipto, muchos cruzados abrazaron la religion triunfante de Mahoma (1); y en diversas comarcas de Europa flaqueó tambien la fe de muchos. Sin embargo, como no era posible persuadirse de que Dios hubiese abandonado la causa de las guerras santas, atribuíanse los desastres de aquellas expediciones á los pecados y corrupciones de los cruzados: hasta los mismos peregrinos, en los días de desgracia, se acusaban expontáneamente de haber merecido por sus culpas todos los males que estaban sufriendo: de modo que el sentimiento de sus miserias iba siempre acompañado del remordimiento de los culpables, y de las austeridades de la penitencia. Cuando sus banderas volvían á enarbolarse victoriosas, creían los cristianos que se habían vuelto mejores, y daban gracias al cielo

(1) Estas mismas apostasías prueban la fe, mejor dicho, la necesidad de creer que dominaba en aquella época. Ahora no habría, ni hay, cambio alguno de religion: dominaría sólo el hielo de la indiferencia.

por haberles hecho dignos de su misericordia y de sus beneficios. Tambien debemos observar aquí, que el deseo de justificar las cruzadas, inspiró muchas veces á los cronistas y predicadores pinturas satíricas, que, por lo exageradas, no pueden tener cabida en la historia imparcial. Despues de haber explicado los reveses de aquellas expediciones por la justicia ó la cólera de Dios, explicábanlos tambien por la misericordia divina, que quería probar la virtud de los justos y convertir á los pecadores; y tampoco la fe popular dejaba de hallar sus ventajas en las guerras más desastrosas, pues tenía á la vista el crecido número de mártires que cada una de ellas enviaba al cielo. Esas disposiciones de los contemporáneos eran muy á propósito para prolongar la duracion de las cruzadas. La historia de las guerras santas abunda en ejemplos de valor, brillantes proezas, y lo que distingue muy particularmente el heroismo de los caballeros cristianos, es una humildad que el heroismo de los antiguos no conoció nunca.

Los guerreros de la cruz no se gloriaban de sus hazañas, sino que atribuían siempre sus triunfos á Dios y á las oraciones de los fieles. Reflexionando atentamente en la conducta de los ejércitos de las cruzadas, se descubre en ella como la continuacion, más que el ejemplo, de la observada por los antiguos israelitas para con Dios: infidelidades y arrepentimientos, victorias y desastres, como inmediata consecuencia de su conducta fiel ó desleal.

Hemos visto que los cruzados llegaron más de una vez á las manos por la distribucion del botin, pero ninguna por la gloria, y ese espíritu de humildad, del cual no se apartaron nunca, les evitó crueles discordias, y fué tambien muy señalado beneficio para los pueblos, porque se comprende muy fácil y lógicamente que en un siglo en que todo poder era hijo de la espada, y en que las pasiones hubieran podido arrastrar á toda clase de excesos, áun los más violentos, era sumamente consolador y garantía muy eficaz para la humanidad, ver que la fuerza se olvidaba de sí misma, y se sujetaba voluntariamente á la religion.

Y no era esto todo. La caridad, esta virtud cristiana tan distinta de la filantropía, por ser ésta la moneda falsa acuñada con moldes de la caridad, resplandeció magníficamente en los ejércitos cruzados realizando práctica-

mente en aquella época el significado de la fraternidad, cacareada ahora, porque nunca se había estado á tanta distancia de ella. Los predicadores de las guerras religiosas del Occidente contra el Oriente imbuían á todos el sentimiento tan noble como cristiano de la fraternidad, y los reyes y los principales señores de aquellos enjambres de peregrinos fueron los primeros en dar el cristiano ejemplo de la fraternidad de los hombres sin consideracion á posiciones sociales.

Las crónicas de los cruzados están llenas de hermosos y nobles ejemplos del espíritu de fraternidad que animaba á los soldados de la cruz. Ricardo, en la cruzada que acaudilló, demostró muchas veces aquella heróica caridad y generosa magnanimidad que hace olvidar todos los peligros para socorrer al débil. Iba un día á socorrer al conde de Leiscester y dijo á los que trataban de contenerle: «No sería yo digno de ser rey, si no supiera despreciar la muerte, para defender á los que me han seguido á la guerra.» Cuando Luis IX espiraba santamente sobre la ceniza en Túnez, tenía ocupado el pensamiento en la suerte de sus compañeros, y decía: «¿Quién volverá á conducir á Francia á ese pueblo que yo he traído aquí?»

La lectura de las crónicas contemporáneas de las cruzadas embelesa y asombra por el lenguaje ingenuo y tierno con que se expresa el rico idioma latino en que se escribieron. Los pelotones de cruzados figuraban una verdadera familia, y encanta ver que los cronistas emplearon la voz latina *familia*, cada vez que debían designar la servidumbre militar de un príncipe ó de un caballero cruzado. Así es que siempre, al partir de Europa los cruzados, prometían los jefes volverles á conducir á su país y velar por su salud durante la expedicion, y ¡ay de ellos si no hubiesen cumplido la promesa! porque, impelidos por la fe que todo lo animaba, habríanles acusado ante Dios y los hombres de haber faltado á la caridad tanto como á la fe. ¡Qué hermosos sentimientos! ¡Cuán radicalmente han cambiado los hombres!

Examinados imparcialmente los desastres de las cruzadas no tienen explicacion satisfactoria, si en ellos no quiere verse la intervencion de Dios. Nos explicaremos. Ordinariamente, en la inmensa mayoría de las guerras,

no toma el soldado mucho interés por la causa que se ve precisado á defender, y esto revela claramente el por qué de las derrotas si se sufren: esta observacion no es en manera alguna aplicable á las guerras religiosas del Occidente contra el Oriente; porque su objeto era no sólo el triunfo de la creencia religiosa, sino que todos, caudillos y soldados, peleaban por una idea arraigada en lo más íntimo de su corazon; peleaban unidos todos por un mismo fin, les animaba á todos una misma esperanza, y les movía una misma ambicion.

«Si un breton, un aleman ó cualquier otro quería hablarme, dice un cronista francés de la primera cruzada, yo no sabía responderle; pero, aunque divididos por la diferencia de las lenguas, parecía que no hiciésemos más que un pueblo, á causa de nuestro amor á Dios y de nuestra caridad por el prójimo.» ¡Qué fuerza no daría esa comunidad de sentimientos y hasta intereses á los ejércitos de los cruzados, hermanados todos en el campo de batalla, no solamente los jefes y los soldados, sino tambien los procedentes de distintas naciones, con su diversidad de idiomas, usos y costumbres!

Sube de punto la importancia de la reflexion que estamos desarrollando, si recordamos la intervencion del cielo que suponían las más de las veces en sus empresas los ejércitos cruzados, por ser hasta natural que creyeran favorecidos sus esfuerzos por la intervencion manifiesta del Dios cuyos intereses y honra defendían ellos á costa de tantos sacrificios y áun de su vida. Pues bien, consideradas y atendidas todas las observaciones que acabamos de apuntar someramente ¿cómo habían de explicarse, y cómo hemos de explicarnos ahora nosotros los desastres, las derrotas, el mal éxito, en fin, de tantos esfuerzos y la nulidad de tantos y tan inmensos sacrificios?

Quizas se nos objete que los musulmanes peleaban tambien por la religion que ellos profesaban y que ese sentimiento despertaría en ellos un valor á toda prueba, que haría inútil el que demostrasen los ejércitos cristianos. Sobre que la paridad no es exacta, como comprenderá el ménos avisado; porque los cruzados defendían, por su religion, lo que no interesaba por la suya, á los musulmanes, no era en manera alguna religioso el fundamento

sobre el que estribaba para éstos la guerra que sotenían contra los cristianos. No trataban éstos de imponer su creencia á los hijos del Islam, sino de rescatar el sepulcro donde estuvo sepultado el Divino Fundador del cristianismo.

Nosotros que vivimos á la distancia de algunos siglos de los hechos estupendos que no sabían ó no querían comprender los cruzados al verse contrariados en sus nobles propósitos, podemos sin ser temerarios decirnos: si los reinos y los principados que los cruzados fundaron en Constantinopla y en Grecia, en Jerusalen y en Chipre, en Armenia y en Siria, sucumbieron, ¿no fué á causa de sus disensiones y de su inmoralidad, iguales (quizá peores) pero sin duda más culpables que las de los musulmanes?

Esta observacion nos lleva á no despreciar la oportunidad que se nos viene á la mano, para contestar á cuantos hagan semejante objecion que los cruzados en su época.

El castigo de los pueblos y reyes puede ser, ó una prueba momentánea para reducirlos al recto camino, ó un decreto definitivo: así es que los israelitas salen muchas veces del cautiverio... Atalia, triunfante, ve resucitar la raza de David; Manasés, en el cautiverio de Babilonia, vuelve á subir sobre su trono; miéntras que la raza de Saul desaparece, y el reino de Samaria, con su último monarca Oseas, son para siempre dispersados entre los medos y los sirios?

¿Cómo saber si los trastornos que se operan son pruebas pasajeras ó decretos definitivos?

Cuestion es esta tan interesante como difícil de resolver, y acerca de la cual contestará el porvenir con más seguridad que el presente. Puede afirmarse, no obstante, que Dios emplea para ministros de su terrible justicia á sus mismos enemigos; que más tarde serán á su vez destruidos; porque el mal necesita una reparacion ya que nunca se comete impunemente. Puede asimismo afirmarse que las revoluciones, los trastornos que se suceden en los Estados, son los castigos de las prevaricaciones de los súbditos ó de los gobiernos contra Dios y contra la Iglesia, y desde aquel momento se hace necesario arrepentirse.

Debe esperarse que los infortunios y las calamidades serán pasajeros, cuando el órden es todavía más turbado, la obra de Dios más llena de dificultades, y la Iglesia más perseguida, porque este estado es anormal. Saul fué reprobado por su persistencia en ofender á Dios, y David bendecido porque hizo reinar la religion. Ciro triunfó del impío Baltasar, como más tarde triunfaron los griegos de los corrompidos persas. Cuando la depravacion de un pueblo, de una raza, ha llegado á su último límite, entónces suscita Dios otros para reemplazarlos. Abou-Abas exterminó á Merouan y á toda su raza. Los cristianos se unieron al instante á los infieles para dar gracias á Dios por el aniquilamiento de los Ommíadas y felicitarse por la elevacion de los Abasidas.

Pero, cuando Dios suscita sus propios enemigos, los enemigos del mundo entero, para corregir á los fieles, para amedrentarles con tribulaciones, ¡oh! entónces, sobre todo, es cuando Dios castiga para perdonar, porque no entregará nunca el mundo á los malos, ni su Iglesia á Satanás. Los pueblos y los reyes que se hallan en la tribulacion no deben hacer más que clamar á Dios, imitar á los de Nínive, y Dios usará con ellos de misericordia. El Dios de ayer es el mismo Dios de hoy y el de mañana y el de siempre.

Si el pueblo judío no persistiese en su deicidio, no sería un pueblo infamado y disperso. ¡Arrepiéntase, pues!

Si el pueblo del imperio romano, regenerado por la cruz, no hubiese tolerado el arrianismo en el trono y mantenido la inmoralidad pagana que le desorganizaba, ¿hubiera sido derribado por los bárbaros?

Si los mahometanos saquearon el Oriente y el ruin Bajo Imperio, ¿no fué porque habían sus comarcas roto la unidad religiosa y corrompido la fe?

Si la floreciente Venecia, la reina del Oriente y del Mediterráneo, perdió su cetro marítimo y despues su nacionalidad ¿no fué porque por un vil interés, hizo siempre traicion á la causa de la cristiandad, favoreciendo á los turcos? Su brutal dominacion en las provincias del Levante, ¿no hizo que se echara de ménos la de los mahometanos? ¿No llevó al extremo el odio de los griegos contra los latinos?

Si el protestantismo ha trastornado la Europa, despojado la Iglesia, perseguido á los fieles y domina todavía triunfante en gran parte del mundo, es evidente que ni el clero ni las ovejas eran, ni son lo que debieran ser.

Si la Polonia gime en la esclavitud que no ha podido sacudir, á pesar de tantos y tan heróicos esfuerzos, si es ahogada en su sangre, si ha sido dividida por sus enemigos, ¿no armó á sus enemigos contra ella, reconociendo la apostasía y la usurpacion de su pequeño vasallo Alberto de Brandeburgo? Y su nobleza ¿no mantenía los esclavos en la miseria?

Si el Austria se precipita hacia su decadencia ¿no es ella misma la autora de su propio castigo por la prepotencia que ha dejado tomar á los protestantes, á los rusos y á los judíos; por su infame proceder contra Polonia, que le había salvado de los turcos; por el reino que dió á Federico de Prusia, y por su Josefismo?

Si el 91 derribó en Francia soberanos, nobles y clérigos, ¿no habían todos ellos pecado contra Dios y contra la Iglesia?

* * *

Nuestros lectores nos permitirán aclarar y robustecer este punto concreto de la confianza de los cruzados en los decretos divinos para su posesion de los Santos Lugares, poniendo á continuacion dos discursos, pronunciado uno de ellos por los embajadores del califa de Egipto, y el otro por uno de los jefes del ejército latino, durante el sitio de Antioquía.

«Nuestro amo nos ha encargado, caudillo de los francos, que os ofrezcamos sus saludos y su amistad si á su voluntad obedeceis. Por vuestra causa se han reunido en la córte de mi señor numerosos consejos, en los cuales se ha discutido por espacio de siete días lo que se debía hacer, pues se admiran de que hayais venido armados de tal guisa á buscar el sepulcro de vuestro Dios, arrojando á los pueblos de nuestro rey del país que por tanto tiempo han poseído, y, lo que desdice de vuestro carácter de peregri-

nos, pasándolos á cuchillo. Si en adelante quisiérais venir aquí con el bordon y la alforja sereis recibidos con grandes honores, y nada se os escaseará. Los peones tendrán caballos; los pobres no se verán expuestos al hambre ni en la ida ni en la vuelta, y nada os faltará áun cuando querais permanecer un mes para adorar la tumba del Señor. Se os concederá que podais ir por toda la ciudad de Jerusalen á fin de que honreis á vuestro sabor y como sea más de vuestro gusto el templo y el sepulcro. Mas, si despreciais lo que tienen á bien otorgaros, y lo fiais todo á las armas y á vuestro valor, os exponeis á mil y mil peligros. A nuestro modo de ver es una temeridad atacar á los babilonios. Decidnos ahora qué es lo que pensais acerca de estas proposiciones.»

Levantóse, para responder, uno de los jefes francos, cuyo nombre callan las crónicas, y, dirigiéndose á los enviados, les dijo: «Los que están enterados de los hechos no pueden admirarse de que vayamos armados al sepulcro de Nuestro Señor y de que arrojemos á vuestros pueblos de esas fronteras, porque cuantos han venido hasta hoy de los nuestros con bordon y alforja, han sido ignominiosamente insultados y enviados por último al suplicio despues de haber sobrellevado la infamia y los mayores ultrajes. Esta tierra no pertenece á los pueblos que la habitan, por más que la hayan poseído durante muchos años, pues se la arrebataron á nuestros antepasados por medio de la maldad é injusticia. Así que no teneis derecho á ella por haberla habitado mucho tiempo, y el cielo dispone en su misericordia que se devuelva hoy á los hijos lo que se arrebató injustamente á sus padres. No os ensoberbezcais por haber vencido á los afeminados griegos, porque, por órden de la divina omnipotencia, la espada de los francos va á pagar en vuestros cuellos el precio de aquella victoria; y esto es lo que deben saber los que no ignoran que no toca á los hombres derrocar los reinos, sino á Aquel por quien reinan los reyes. Dicen que nos permitirán ir al Santo Sepulcro, si queremos, con el bordon y la alforja: guarden en hora buena su indulgencia, pues, que lo quieran ó no, nos enriqueceremos con sus tesoros, y saldremos de nuestra miseria. Dios nos ha dado la ciudad santa, ¿quién, pues, será capaz de arrebatárnosla? No hay humano valor que

pueda amedrentarnos: para nosotros morir es nacer, y perder la vida temporal es adquirir la eterna. Id, pues, y decid á los que os han enviado que no depondremos las armas que hemos empuñado en nuestro país, hasta que esté Jerusalen en poder nuestro, y que confiamos en el que amaestra nuestra mano á combatir, y vuelve nuestros brazos fuertes como un arco de cobre. Nos abriremos camino con nuestras espadas, vengaremos los pasados escándalos y Jerusalen será nuestra: ella nos pertenecerá entónces, no por la bondad de los hombres, sino por decreto de la justicia del cielo, pues de Dios y sólo de Dios dimana el decreto que va á poner la ciudad santa en nuestras manos.»

Estos discursos están traducidos de la obra de Roberto el monje, testigo presencial, y nos demuestran la fe que alentaba á los cruzados en sus santas empresas.

Es verdad que en las brevísimas noticias que hemos dado de cada una de las principales cruzadas habrá podido observar el lector la innegable corrupcion de las costumbres y el escándalo de los ejércitos cristianos; pero, la imparcialidad obliga á confesar tambien que son en ellos muy frecuentes los ejemplos de edificacion, porque, en aquella multitud de peregrinos de tan diversos pueblos, dominada igualmente por la virtud y el vicio, debían notarse por necesidad muy grandes y visibles contrastes.

Las primeras cruzadas en especial ofrecían el espectáculo nuevo en todas las irrupciones, de un pueblo unido por el sentimiento religioso que transmigra de una á otra parte del globo, pero yendo la principal parte, la numérica á lo ménos, con el sólo y pacífico carácter de peregrinacion, sin empuñar clase alguna de armas, aunque todos militaban bajo las banderas de Cristo. Seguía á los soldados una multitud semejante á la de las grandes ciudades, de la cual formaban parte, además de la gente ociosa, clérigos, frailes, artesanos, comerciantes, mujeres y hasta niños de teta.

Dos viajes recuerdan las historias llevados á cabo por el pueblo de Dios. El Exodo de Moisés nos da una pintura fiel y exacta y hasta minuciosa del que hizo por el desierto el pueblo de Israel, y no parece sino que los de las cruzadas sean una copia exactísima de las penalidades, miserias y traba-

jos de los israelitas. Como si Dios hubiese aceptado los generosos propósitos de los pueblos de Occidente, fueron las cruzadas fuentes inagotables de privaciones, sufrimientos y martirios; porque, segun el testimonio de un escritor del siglo XII, los ancianos, mujeres y niños, al partir para el Oriente, decían en voz alta á los guerreros: «Vosotros pelearéis contra los infieles, y nosotros padeceremos por la causa de Jesucristo.»

Y, en efecto, unos y otros cumplieron exactamente sus propósitos, hasta el punto que jamás se hizo guerra alguna que mereciese como mereció aquella el nombre de guerra de los héroes y de los mártires. Cuando los soldados de Jesucristo se preparaban para la batalla, ó estaban ya empeñados en ella, oraban fervorosamente los peregrinos, asistían á los sermones que les dirigía el clero, ó celebraban devotas procesiones implorando el auxilio divino. Además de la historia que registra estos hechos, tenemos el testimonio del obispo Ademaro, quien, dirigiéndose á los cruzados, les decía lo siguiente: «Cuidad de esos pobres clérigos y débiles peregrinos; pues, aunque ellos no puedan pelear como vosotros, ni procurarse las cosas necesarias para la vida, miéntras que vosotros arrostrais las fatigas y peligros de la guerra, ellos ruegan á Dios que os perdone los muchos pecados que cometeis cada día.»

Estos pecados de los cristianos los conocemos ya en gran parte, por haber aludido á ellos anteriormente. Los cristianos, en su belicosa romería, dice una historia de las cruzadas, conservaron los mismos hábitos y se entregaron á los mismos pasatiempos de la vida europea: la caza, los juegos de azar, los ejercicios militares y la solemnidad de los torneos les servían de diversion en los ratos de ocio que les dejaban las batallas.

Cristianos y musulmanes eran igualmente dados al vicio del juego. Sábese del sultan Kerboga, jefe del ejército sarraceno, que jugaba al ajedrez cuando los cruzados salieron de Antioquía para presentarle la batalla en que fué destruido su ejército.

Roberto, el monje, cronista de las cruzadas, al hablar de las armas usadas por los caballeros de la cruz que derrotaron á Kerboga, dice: «Estando sentado en el suelo Kerboga, jefe del ejército sarraceno, le trajeron una es-

pada y una lanza de los francos, á cuya vista exclamó: «¿Quién nos dirá dónde se han encontrado estas armas y por qué las han traído á nuestra presencia?»—«Glorioso príncipe, honor del reino persa, le contestaron los que las habían traído, las hemos quitado á los francos y te las traemos á fin de que veas y conozcas con qué armas pretenden esos ambiciosos despojarnos á nosotros y á nuestro país y hasta devastar el Asia.»—Entónces Kerboga dijo sonriéndose: «Es indudable que esas gentes son locas ó no piensan, pues se imaginan subyugar con tales instrumentos el reino de los persas.»

No se crea que los cruzados á pesar de su mucha independencia, relativamente hablando, no tuvieran sus reglamentos, pues en sus expediciones á Oriente estaban sometidos á leyes que castigaban severamente á los que hubiesen vendido falsificando el peso ó la medida, y á los que hubiesen engañado en el cambio de las monedas, ó en otro trato cualquiera á sus hermanos en Jesucristo.

* * *

Háse acusado á los guerreros de la cruz de haber creído en la magia, y nada es más distante de la verdad; porque si bien es cierto que la magia era muy conocida entónces en Europa, no lo es que ellos la llevaran en sus guerras sagradas. No necesitaban los cruzados entusiasmos agenos á sus verdaderas creencias, porque, buenos conocedores de la Biblia, sabían los milagros en ella referidos y no ignoraban que la magia estaba reprobada en ella, y fundándose quizas en estos efectos, sin el conocimiento de su causa, pudo decir algun historiador de las cruzadas que la magia no ha sido conocida hasta mucho despues de la primera cruzada, cometiendo con esto un imperdonable anacronismo, é incurriendo en grave error al mismo tiempo.

El historiador que estampó este despropósito desconocía completamente el Deuteronomio, el Levítico, el libro IV de los Reyes y muchos otros testimonios respetabilísimos que prueban todo lo contrario. El Deuteronomio,

por citar un solo texto, dice: «No se vea en tu país... quien consulte á los adivinos... no haya hechiceros ni encantador, ni quien pida consejo á los que tienen espíritu pitónico, ni quien intente averiguar por medio de los difuntos la verdad; porque todas estas cosas las abomina el Señor y por haber cometido semejantes maldades aquellos pueblos acabará con ellos» (1).

La muchísima importancia que tiene en la época que estudiamos la influencia de la magia, nos obliga á detenernos en algunos datos explicativos tanto más necesarios cuanto se ha negado la existencia de la magia por autores poco escrupulosos y mal enterados.

El lector nos habrá de dispensar que aduzcamos citas algo largas, pero que darán ideas claras de la magia, cuyo papel fué tan importante en la Edad Media, siéndolo aún actualmente, bajo formas algo diversas, más de lo que á primera vista parece.

«Los escritores de la antigüedad, historiadores ó poetas, están llenos de numerosos testimonios que certifican la importancia de la magia y de la brujería en el mundo pagano. En la India se confunden constantemente estas supuestas ciencias con la religion: se las encuentra tambien en Egipto, en Tesalia y en Caldea, en la Grecia y en Roma. Algunos de los escritores antiguos, griegos ó romanos, que hablan de la magia, la dividen en dos ramas distintas: teurgica la una, que emana únicamente de la religion y de la ciencia; goética la otra, que no obra sino por la intermediacion de los genios maléficos ó de los dioses infernales, y que sólo busca el mal. Estas dos ramas, así como tienen un objeto y espíritu diferentes, proceden igualmente por medios opuestos.

»En la teurgia el ceremonial es grave y serio. La primera condicion impuesta á los que la practican, es la pureza: no deben alimentarse de cosas que hayan vivido: deben evitar todo contacto con los cadáveres; en sus invocaciones no se dirigen sino á los genios benéficos, á los que velan por la felicidad de los hombres. Las yerbas, las piedras, los aromas son cada uno de ellos el símbolo particular de una divinidad y el teurgista los ofrecía

(1) *Deuter.*, cap. XVIII, v. 10 á 13.

por esto á los dioses que quería hacerse favorables; pero á fin de que tuviera buen éxito la operacion, debía nombrar á todos los dioses y presentar á cada uno de ellos la ofrenda que le era grata. Una cuerda rota, dice Jamblico, echa á perder toda la armonía de un instrumento músico; asimismo una divinidad cuyo nombre se ha olvidado ó á la que no se ha presentado la piedra, la yerba ó el perfume que le agrada, echa á perder el sacrificio.» La teurgia, como la religion, tenía iniciaciones de grandes y pequeños misterios: su invencion se atribuía á Orfeo, que era considerado como el más antiguo de los magos. Esta ciencia no cambiaba nada en las ideas que la teogonía pagana se formaba de los dioses, y las dos seguían los mismos ritos para llegar á los mismos resultados.

»No sucedía así con la magia goética que se dirigía á las divinidades maléficas ó á las que presidían á las pasiones. Esta magia tenía un aparato sombrío; buscaba para sus operaciones los lugares subterráneos, las yerbas venenosas, los huesos de los muertos, las más temibles imprecaciones y no obraba sino para dañar. Por lo demás, la distincion entre las dos ciencias se sostenía muy difícilmente; y si algunos talentos superiores han intentado concretándose á la teurgia, hacer de ella el auxiliar de los cultos paganos en lo que tenían de aspiraciones espiritualistas, la multitud no se fijó jamás en las diferencias. La teurgia y sus misterios quedaron en el estado de doctrinas ocultas: y la goetia, como la brujería de la Edad Media, cuya abuela directa es, ensayó como ella apoderarse del mundo y asegurar al hombre la entera satisfaccion de todas sus inclinaciones, de todas sus pasiones, de todos los deseos de sus sentidos, de todas las ambiciones de su espíritu. Como la brujería, procedía por conjuros y por una multitud de prácticas absurdas ó minuciosas con cuyo auxilio esperaba esclavizar á los dioses, á los séres del mundo suprasensible, los elementos, los astros y todas las fuerzas vivas de la naturaleza. Porfirio nos ha conservado las fórmulas de los conjuros de los magos egipcios: aquellos magos se dirigían al sol, á la luna, á los astros y les decían que sino accedían á sus deseos, trastornarían la bóveda del cielo, descubrirían los misterios de Isis, revelarían lo que estaba oculto en el interior del templo de Abydos, detendrían el curso del

buque del Egipto; y que por complacer á Tifon, dispersarían los miembros de Osiris. Los encantadores de la India procedían tambien por la amenaza y la imprecacion; solamente se dirigían á los genios en lugar de dirigirse á los astros, y les escribían en vez de hablarles.

»La mayor parte de las fórmulas que figuran en tan grande número en los libros de la brujería moderna se encuentran en la antigüedad. Sin hablar de la adivinacion, que formaba parte integrante del culto, los filtros, los encantos, las evocaciones de los muertos, las metamórfosis de hombres en animales, todo esto se encuentra en el paganismo greco-romano. Homero nos muestra al divino Tirisias preparando una fosa llena de sangre para evocar á los manes: nos muestra á Circéa trocando en puercos á los compañeros de Ulises, como Horacio nos muestra á Canidia y Sagone yendo de noche á un cementerio para proceder á sus maleficios: allí entierran vivo á un jóven para preparar un filtro con su hígado y su tuétano; juntan yerbas maléficas, huesos secos, destrozan una oveja negra y derraman su sangre en una fosa abierta con sus uñas; animan, como los hechiceros de la Edad Media, figuras de cera y las queman enseguida. Los poetas, en sus narraciones, no hacen más que traducir las supersticiones populares; porque el mundo pagano no es ménos rico en leyendas de esta especie que el mundo fantástico de la Edad Media.

»Si se trataba de evocar un muerto, podíase con toda seguridad recurrir á los magos de Tesalia; sabíase que, cuando los lacedemonios hubieron hecho perecer de hambre á Pausanias en el templo de Palas, unos magos habían sido encargados de desembarazar el templo del espectro que se dejaba ver en él apartando de allí á la muchedumbre. Con este objeto, evocaron las almas de varios ciudadanos, quienes, durante su vida, habían sido los enemigos declarados de Pausanias; y estos, al encontrar el espectro del hombre á quien habían detestado, le persiguieron de tal manera que no se atrevió á presentarse más, y dejó en completa tranquilidad á los que visitaban el templo. Si quería uno hacerse amar de una mujer, se pedía á los discípulos de los sacerdotes de Menfis, para enterrarla en el umbral de la casa que ella habitaba, la plancha de cobre llena de imágenes lascivas. Sabíase que los

magos hacían caer la piedra, el trueno, que excitaban las tempestades, que viajaban por los aires, que hacían bajar la luna á la tierra, y que trasladaban las mieses de uno á otro campo. Sabíase que para defenderse de sus maleficios, era preciso hacer fumigaciones de azufre, ó clavar en la puerta de su casa una cabeza de lobo. Los mismos grandes hombres aceptaban estas creencias. César tenía su amuleto, y Augusto llevaba por talisman una piel de becerro marino persuadido de que dicha piel le preservaría del rayo.

»En Roma, como entre nosotros, los magos y los brujos, que no eran á menudo en realidad más que malhechores ó envenenadores, ocultando sus crímenes debajo de los misterios de una doctrina secreta, fueron rigorosamente perseguidos por las leyes. En la época de Tácito se habían de tal manera multiplicado en Italia, bajo el nombre de matemáticos, entregábanse allí á tan tenebrosas prácticas, que el grande historiador les coloca en el número de los más temibles azotes del imperio, y á pesar de la severidad de las leyes romanas que les castigaban con las más severas penas, á pesar del destierro ó la muerte, reaparecían siempre más numerosos, y como los hechiceros de la Edad Media, parecían multiplicarse con la persecucion.

»Cuando el Evangelio se hubo propagado en el mundo romano, y hubo derribado los altares de los dioses paganos, vióse realizarse un fenómeno extraño. Entre los nuevos cristianos, aceptando gran número de ellos como un hecho real, la existencia de las divinidades del Olimpo, consideraron estas divinidades como demonios; difundióse la creencia de que Satanás, ligado con todos estos vencidos del pasado contra el vencedor del porvenir, animaba con vida facticia sus ídolos moribundos, y Salviano exclamó tristemente: «El demonio está en todas partes, *ubique dæmon.*» Las locuras del antiguo mundo invadieron, modificándose, la sociedad nueva; cuando cayó el paganismo, sus ritos y formas ceremoniales múltiples y variadas, se convirtieron en prácticas supersticiosas, en magia. Diana pasó á ser el demonio *Dianum*, y acompañó las mujeres el día del sábado, como Mercurio había conducido á las almas en el reino de las sombras.

»La influencia de lo que podría llamarse la agonía de la idolatría en las ciencias ocultas de la Edad Media es un hecho evidente é innegable, y que

se produjo al mismo tiempo para el politeismo y el culto druídico. Sabido es que en el siglo V se manifestó una especie de resurreccion de este culto en la grande y la pequeña Bretaña. Desheredados los bardos de su antiguo poder, como Júpiter y Vénus, fueron igualmente adoptados por las supersticiones populares, y vióse entónces aparecer un sér intermediario entre el mago inspirado y sabio de la teurgia antigua y el brujo de los demonógrafos. Este sér de una naturaleza superior á la del hombre, y que se aproxima á los genios del Oriente, es el hechicero, de quien vamos á hablar con alguna extension á causa del puesto que ocupa en la tradicion y en la literatura de la Edad Media.

»El tipo más perfecto del encantador de la Edad Media es Merlin, personaje real, que, segun es sabido, vivió en el siglo V en la Bretaña armórica, y que se le encuentra en todas partes, al través de la Edad Media, en la historia, la leyenda, la poesía y en los libros de caballería. Las voces proféticas que habían hablado por tanto tiempo en los antiguos bosques de la Galia, no podían callar repentinamente: por esto Merlin es tambien profeta. Fantástica encarnacion de las postreras tradiciones del druidismo, de la mitología escandinava y del politeismo, defiende la nacionalidad bretona como defendía Velleda su patria germana. Ayuda á Arturo en sus largas luchas contra los daneses, como Ulises ayudaba á Agamenon con sus consejos y prudencia.

»En su transformacion nueva, conserva las antiguas costumbres de la idolatría celta. Es aficionado á las fuentes de agua viva perdidas en los bosques, á las encinas seculares; y, como los dioses del Edda, tiene su lobo familiar que va á cazar para él. Los astros, sus confidentes habituales, le descubren todos los secretos del porvenir, el destino de los reyes y el de los pueblos. Sabe todos los misterios de la creacion, conoce á todos los espíritus que presiden á la armonía de las esferas. Merlin era hijo de una religiosa y de un demonio íncubo (1). Su madre le había concebido durmiendo, y, para

(1) Demonio *íncubo* ó *súcubo*: el que tiene comercio con una persona: el primero en forma de hombre y el segundo en la de mujer. Se cree actualmente que todo es una ilusion, y lo es efectivamente.

purificarse de esta mancha, hizo voto, durante el resto de su vida, de no comer más que una vez al día. El misterioso hijo, que no tenía padre entre los hombres, vino al mundo negro y velludo: su madre cambió de color al verle de esta manera semejante á las bestias fieras; pero él, para tranquilizarla la dijo, sonriendo: «Yo no soy un diablo;» pero aún fué mayor el espanto.

»Muy pronto se difundió la fama de un nacimiento tan extraño, y la pobre madre fué citada ante el juez. «Sois una bruja, la dijo el magistrado, y voy á haceros quemar.—Yo os lo prohibo, dijo Merlin saltando de los brazos de su madre. Respetad á esta mujer, ó desgraciado de vos, porque mi poder es mayor que el de los hombres; y si dudais de ello, escuchad lo que va á deciros el hijo del íncubo.» Merlin descubrió entónces al juez ciertos secretos íntimos de su casa, que éste estaba muy léjos de sospechar. El pobre marido olvidó á la bruja para no pensar más que en su propia mujer, porque los pormenores eran tan exactos que no podía dudar de su infortunio. De esta manera reveló Merlin por la primera vez la intuicion misteriosa que tan alto debía ensalzar su nombre en la admiracion de los pueblos, y sin embargo, en dicha época no tenía más que seis meses de edad.

»Una vida que comenzaba con semejantes prodigios debía ser fecunda en maravillas, y fuélo efectivamente. El encantador tenía el don de hacerse invisible ó de darse la semejanza que él quería, frotándose con el jugo de las yerbas. Con una sola palabra trasladaba á grandes distancias las piedras más pesadas, y á sí mismo, montado en su muy amado ciervo, y cruzaba el espacio con la rapidez del rayo. Adicto hasta la muerte al rey Arturo, sírvele en sus guerras y en sus amores; ayúdale á triunfar de los lazos de sus enemigos y de las celadas mucho más temibles aún de la mujer, miéntras que él mismo se deja prender en ellas. Paseándose un día en un bosque, encuentra á una jóven de sorprendente belleza: se detiene sorprendido y turbado, y dícele con voz cariñosa: «Dulce dama, dignáos tomarme benigna; os diré maravillosos secretos. ¿Deseais flores? os haré salir rosales en medio de la nieve. ¿Deseais ser eternamente hermosa? prepararé para vos el baño que quita las arrugas.» La jóven sonrió. Merlin, para probarle su poder,

golpeó la tierra con una varilla y apareció un magnífico bosque. En recompensa de esta galantería, pidió Merlin y obtuvo una nueva entrevista. Viviana, que así se llamaba la jóven, prometió volver y cumplió su palabra; pero, aquel día, el encantador fué vencido. Viviana sorprendió todos los secretos de su arte, y conociendo Merlin que iba á morir, pasó á ver al rey Arturo para darle el postrer adios. Despues fué á encontrar al maestro Blas, que le había educado, y le dijo: «Adios, maestro Blas, os lego una grande tarea. Recoged los recuerdos de mi vida, mis revelaciones acerca del porvenir, y trasmitidlas por medio de un libro á los que vivirán despues de nosotros.—Os lo prometo,» dijo el maestro. El libro fué, efectivamente, escrito; y las predicciones del encantador, convertidas en la Edad Media en los oráculos de la Inglaterra, han sido consultadas, invocadas por ella en todos los momentos solemnes de su historia.

»Al dejar el encantador á su maestro Blas fué á ver á Viviana, y ésta que le veía triste y temía una separacion, le preguntó cómo podía retenerse un preso sin cargarle de cadenas y sin encerrarle en una cárcel. Para esta operacion dióle Merlin una fórmula mágica, ¡fatal indiscrecion que debía expiar muy pronto! Paseándose una tarde en el bosque de Broceliando, sentóse para descansar al pié de un matorral de oxiacanto y se durmió. Desató entónces Viviana su cinturon y trazando con él un círculo alrededor de Merlin, le encerró por siempre en un recinto sin salida. Sobre el cinturon se había levantado una torre indestructible, cuyas piedras había cimentado el mismo aire, y había encerrado á Merlin hasta el fin de los siglos.

»Desde aquel día el bosque de Broceliando extiende sobre la torre sus ramas que nunca se marchitan, y Viviana vela al pié de las murallas, como la piadosa matrona que guarda el sepulcro del rey Eduardo, y trenza sobre la frente del santo rey los cabellos cuyo crecimiento no ha detenido la muerte. En cuanto á Merlin, está siempre vivo y cautivo, y el viajero, al pasar por los verdes senderos de Broceliando, le oye suspirar en su torre.

»Por lo que precede está visto que los encantadores, cuyo tipo más

perfecto, como ya lo hemos dicho, es Merlin, tienen una fisonomía totalmente distinta de la de los brujos. El encantador es un sér sobrehumano que ha recibido, al venir al mundo, un poder sobrenatural, es el hermano de los genios y de las hadas; los brujos son hombres sencillamente. El encantador hace indistintamente el bien y el mal, el brujo no hace más que mal. El encantador es venerado por los pueblos, celebrado por los poetas: el brujo es despreciado por todo el mundo. En una palabra, el encantador es un personaje célebre transfigurado por la leyenda, Aristóteles, Virgilio ó Merlin; y el brujo una especie de truhan, bueno solamente para quemarlo ó prenderlo. Los encantadores, finalmente, han sido siempre mucho más raros que los brujos, y se ha visto un duque de Saboya que gastó miserablemente cien mil escudos por hallar uno sólo de ellos.

»...El contagio fué general en todo el mundo. En todas las comarcas del Oriente sometidas al Islamismo, la magia, en la Edad Media, era mirada como la ciencia por excelencia, y se formaron sobre su historia una multitud de leyendas en las que se confunden, alterándose, las tradiciones cristianas y musulmanas.

»Segun una de estas leyendas el mismo Adan habría inventado la magia: segun otras, los descendientes de Caín habrían sido los primeros de dedicarse á ella, y Cam, en el momento del diluvio, habría sido su depositario y propagador. No atreviéndose á llevar consigo en el arca los libros que tratan de esta ciencia, grabó en tres mil versos, segun unos, y en doscientos mil, segun otros, sus principales dogmas, en piedras muy duras que resistieron al esfuerzo de las aguas: estas piedras fueron recogidas por su hijo Misraim, que fundó numerosas escuelas, entre otras la célebre escuela de Toledo, donde en los siglos XII y XIII, se iba de todas las partes del universo á estudiar las ciencias ocultas.

»Por una singular rareza, se desarrollaron estas ciencias en razon misma del progreso de la civilizacion, y el siglo XVI, que fué verdaderamente el gran siglo del escepticismo, fué tambien el gran siglo de la brujería. Los escritos acerca de las ciencias ocultas se multiplicaron, propagados por la imprenta, y tuvieron entonces marcada relacion con los negocios públicos;

y los hechiceros, los astrólogos y los adivinos fueron á menudo consultados para las cosas del gobierno, como se había hecho con los oráculos en la antigüedad. Sin embargo, en esta época, bajo la presion de los estudios científicos, la magia y hasta la brujería intentaron manifestarse bajo formas nuevas, y se relacionaron con la filosofía y las ciencias exactas, como puede verse en el célebre tratado de Agripa: *De la filosofía oculta*. La brujería fué vivamente atacada por algunos talentos eminentes, conservando no obstante sobre la multitud, su antiguo poder, y solamente en los últimos años del siglo XVII fué cuando perdió el prestigio de que había por tanto tiempo gozado.»

Terminaríamos aquí nuestra cita sacada de la obra de Louandre acerca de la hechicería, pero por la importancia que envuelve con todo lo relacionado con la civilizacion de la Edad Media, y á trueque de ser más extensos de lo acostumbrado, vamos á completar las curiosas noticias acerca de los diversos ramos de la magia, alargando la cita que acabamos de interrumpir.

«Como las mismas ciencias más positivas, tiene la brujería un objeto claramente determinado, y una serie de fórmulas y de prácticas con cuyo auxilio funciona. Su objeto es el mismo en todas partes: quiere dar al hombre el conocimiento de los secretos de la naturaleza, satisfacer todos sus deseos, revelarle lo pasado y lo futuro, hacerle rico, poderoso, invisible como los espíritus, ligero como las aves; quiere someter á su voluntad los séres del mundo supra-sensibles, despertar á los muertos de su sueño eterno, defender los sentidos del anciano de los ataques de la edad, entregar al jóven las mujeres que codicía, librar al amante de sus rivales y al ambicioso de sus enemigos. Es, pues, en su objeto, esencialmente materialista y sensual; es impía en su curiosidad, porque quiere penetrar los secretos que Dios oculta á la vista de los hombres. Es sacrílega, porque parodia las preces y los más venerables misterios de la religion.

»Es absurda en sus prácticas, porque, prescindiendo de la experiencia y de la observacion, atribuye á lo que llama las fuerzas elementales unas virtudes que no poseen y que no pueden poseer. Para la religion no es más que una idolatría, porque presta á las criaturas un culto que no pertenece

más que á Dios, y cuando la Iglesia la proscribe, tiene como la ciencia, completamente razon contra ella. Esto sentado, vamos á indicar primeramente los diversos ramos cuyo conjunto constituye las ciencias ocultas, y que sirven como de prolegómenos á la brujería, vasto pandemonium de todas las observaciones de la inteligencia humana.

»En primera línea, y en las elevadas esferas del iluminismo, encontramos la cábala, especie de degeneracion de la teurgia antigua, que enseña á descubrir el sentido misterioso de los libros sagrados y ponerse en relacion directa con Dios, los ángeles y los espíritus elementales, por medio de ciertas palabras á las que está unido cierto poder sobrenatural. Distínguense dos clases de cábalas: la superior, la más antigua, que se inspira en los diez atributos de Dios, *corona*, *sabiduría*, *inteligencia*, *elocuencia*, *justicia*, *adorno*, *triunfo*, *alabanza*, *base* y *reinado*. Esta cábala reconoce además setenta y dos ángeles, agentes intermediarios entre el hombre y Dios, y que prestan su asistencia al hombre para hacerle superior á la condicion ordinaria. La cábala elemental, mucho ménos abstracta, obra por medio de cuatro especies de espíritus, que son los *silfos* ó *sílfides* que dominan en el aire, las *salamandras* en el fuego, las *ondinas* en el agua, los *gnomos* en la tierra.

»....Aunque la alquimia sea generalmente considerada como una observacion de las ciencias naturales más bien que como una de las subdivisiones de la magia y de la brujería, creemos sin embargo deber darle sitio al lado de la cábala, de la astrología y de la adivinacion, porque es evidente que se ha inspirado en ellas en todas las épocas, como se inspiró igualmente de la demonología. Para Alberto el Grande y Roger Bacon, la alquimia, salvo el tributo de errores que debe pagarse siempre á su siglo, no había sido, es cierto, más que el estudio de las combinaciones agregativas de la materia y de las leyes del organismo. Pero aquello era una excepcion; y desde los primeros tiempos del cristianismo, la escuela de Alejandría había impreso al arte hermético una direccion misteriosa. La *mesa de esmeralda* y sus fórmulas cabalísticas abrieron ancho campo á codiciosas especulaciones; y al traves de los siglos de tinieblas, la alquimia, para el mayor número, como para Nicolás Hamel, tuvo un objeto especial, la produccion del oro. A fin

de dar á sus operaciones un poder más grande, no se limitó la alquimia á ensayar entre los diversos cuerpos organizados innumerables combinaciones: miéntras soplaba en sus hornos para hacer germinar lingotes, invocó la influencia de los astros, tomó prestadas numerosas fórmulas de la cábala, de la astrología, de la ciencia de los números, y tambien á menudo, cuando la miseria desmentía sus esfuerzos, cuando el oro, objeto de tantas vigilias y esperanzas, no hervía en la abrasada estufilla, se dirigía al demonio, y le ofrecía un alma en cambio de una fórmula.

»De esta manera, hacia cualquier parte que uno se vuelva, en este mundo del error y de los delirios, se encuentra siempre al hombre en lucha con la imposibilidad, y esta lucha obstinada tiene por teatro á la creacion entera. Cuando el astrólogo interroga al cielo, la nigromancia interroga la tierra para hacer salir de ella á los muertos. Evoca las almas, como la cábala evocó á los ángeles, como la brujería evocó al demonio. Segun el poeta Lucano, operaba por medio del empleo mágico de un hueso de la persona muerta que quería hacer aparecer. Igual creencia tenían los rabinos: segun ellos, era necesario tomar preferentemente el cráneo, sin duda porque allí era donde el alma había habitado, ofrecerle incienso é invocarle hasta que el mismo muerto hubiese aparecido, ó que un demonio, tomando su figura, se presentara y hablara en su nombre. Con mayor frecuencia se empleaban las preces de la Iglesia añadiéndoles algunas fórmulas sacadas de la brujería. Decíase tambien que cuando podían procurarse algunos restos de los cadáveres, ó algunos puñados de la tierra donde habían descansado, y, á falta de esta tierra, un fragmento de las piedras de su sepultura, un pedazo de su cruz fúnebre, sometiendo estos objetos á la accion del fuego, se llegaba á producir, por la combinacion, espectros que representaban exactamente la figura de los que intentaban llamar del otro mundo; asegurábase además que estos espectros, animados con una vida facticia y efímera, respondían distintamente á todas las preguntas que se les dirigian (1).

»Partiendo de la idea de que el alma, desprendida de los lazos de la

(1) El discreto lector observará que todo esto es el espiritismo actual, trocados los nombres.

carne, ha tomado completa posesion de sus atributos inmortales, y que tiene la intuicion completa de lo pasado y de lo venidero, evocaba la nigromancia á los muertos para conocer el estado de bienaventuranza ó de condenacion en que se encontraban aquellos por quienes se interesaba y de que estaba separada por la muerte; para ilustrarse á sí propio acerca de los misterios de la vida futura; para saber la época de su muerte, la de la de sus deudos ó de sus enemigos; finalmente para ilustrarse acerca de lo que es independiente de la prevision humana. Por lo demas, los muertos no esperaban siempre, como es sabido, que se les llamara de su frío sueño como un hombre á quien se despierta violentamente; volvían á menudo por sí mismos cuando en vida suya habían prometido volver, como el espectro de Marsila Ficin, el traductor de Platon, quien, montado en un caballo blanco, fué á casa de su amigo Miguel Mercato, á quien había empeñado su palabra de revelarle los secretos del otro mundo. Tambien aquí era lógico el error; porque no es más que el resultado de un dogma irrecusable, la inmortalidad del alma.

»La segunda vida, tal como nos la enseña el cristianismo, tal como la esperamos, se continúa con los recuerdos y las afecciones de la vida primera; se ilumina tambien con nuevas luces: de consiguiente, ¿por qué el alma, que se acuerda de la tierra, no volvería otra vez, libre y desprendida de los obstáculos, hacia la tierra que guarda su cubierta mortal, y á donde la llama el recuerdo? Así es, que, en estos misterios de la muerte y de la misma nigromancia, la credulidad que nos provoca á risa, no es más que la consecuencia inmediata de la más querida de las esperanzas que nos consuelan. Á pesar de esta excusa, la nigromancia fué igualmente condenada en la antigüedad y en los tiempos modernos. Bajo Constantino, los que se entregaban á ella incurrían en la pena capital, despues se les quemó, y, en todas las épocas, se les asimiló á los violadores de los sepulcros» (1).

Para demostrar materialmente, si se nos pasa la palabra, que en la épo-

(1) Obra citada de Louandre.

ca de las cruzadas se creía en la magia, veremos qué nos dirán las crónicas contemporáneas de aquellas guerras religiosas.

« Hé aquí un hecho, dice Raimundo de Giles, que no quiero pasar en silencio: miéntras que dos mujeres se esforzaban por hechizar dos pedreros que había delante de la gran muralla de Jerusalen, alcanzólas una piedra disparada por una de aquellas máquinas, é hizo pedazos á las dos y á tres niños, y arrancándolas el alma, desvió el efecto de sus encantamientos. »

En la crónica de Bernardo el Tesorero, excelente documento para la historia de la segunda y tercera cruzada, se encuentra el siguiente pasaje: « Antes de hablaros más del ejército, quiero referiros un suceso maravilloso que pasó. Los de la retaguardia encontraron una vieja hechicera, esclava de un tirio de Nazaret, montada en una burra, y la prendieron y pusieron en cuestion de tormento hasta que les hubo dicho quién era y qué venía á buscar en el ejército. La vieja les respondió que iba al rededor del campamento para hechizarlo con sus sortilegios y palabras: que los había ya rodeado dos noches consecutivas y que si hubiese podido hacerlo por tercera vez hubiesen quedado todos tan ligados que ni uno hubiera salido del combate á que marchaban. Preguntáronle si podía desatarlos y respondió que sí, con tal que volviesen todos á sus tiendas como estaban cuando les ligó. Entónces los arqueros encendieron con sus barracas una grande hoguera para quemarla, y habiéndola echado á ella salió ilesa sin haberse chamuscado siquiera: volvieron á echarla al fuego y tornó á salir como ántes: en fin, viendo que no podían ponerla en ella de modo que no saliese, un hombre de armas le dió un hachazo y la mató. »

Dícese que las crónicas árabes mentan ménos apariciones sobrenaturales que las de Occidente; sin embargo, tenían tambien los musulmanes sus poderes del cielo que acudían á socorrerlos en los peligros de la guerra. Al contar el historiador Kemel-Eddin la derrota de Rogerio, príncipe de Antioquía, habla de un ángel con vestidura verde, que puso en fuga el ejército de los francos é hizo prisionero á uno de sus jefes. Boha-Addin refiere asimismo que una legion bajada del cielo entró de noche en la ciudad de Tolemaida, sitiada por Felipe Augusto y Ricardo Corazon de Leon.

La necesidad de probar el estado de la civilizacion de ambos contendientes, cristianos y musulmanes, en lo tocante á creencias supersticiosas, nos obliga á detenernos en datos que fueran innecesarios si no se hubiese negado el hecho de la existencia de la magia ántes de los cruzados.

Cuenta el autor últimamente citado que, despues de la matanza de los prisioneros musulmanes, ordenada por Ricardo, en la llanura de San Juan de Acre, los mártires del islamismo mostraron sus heridas gloriosas á sus compañeros, que fueron á visitarles, y les contaban los goces que les esperaban en los jardines del paraíso. En el sitio de Margat, el ejército del sultan vió aparecérsele tambien cuatro ángeles, á quienes los musulmanes suelen invocar en sus peligros, y cuya celestial falange animaba á los sitiadores.

Estas creencias y otras por el estilo en ambos ejércitos contendientes, son consecuencias necesarias, más que lógicas, de los principios fundamentales de sus religiones respectivas; porque el fundamento de una y otra es la existencia de otra vida, con la necesaria doctrina de los premios y castigos, para las buenas y las malas acciones. Cierto que en las guerras de la cruz, que fueron de exterminio, como lo son y lo serán todas las religiosas, las piadosas creencias no eran siempre bastantes para poner freno á la barbarie, porque repetidas veces se ve por ambas partes olvidado el derecho de gentes, menospreciada la justicia, violada la fe jurada y ultrajados todos los nobles sentimientos humanitarios. Ni conocieron la compasion los cristianos vencedores, sino que la sangre de los enemigos, derramada pródigamente por ellos, les parecía una ofrenda agradable á Dios.

* * *

Equivocaríase lastimosamente quien creyera que en los campamentos de los cruzados no estuviese reglamentada la disciplina, ó se desconocieran las disposiciones indispensables para refrenar las pasiones dominantes en los ejércitos numerosos y en los paises extranjeros; porque es notorio que se desplegaba sobre todo el mayor rigor contra los que cometían un robo ó eran reos del crímen de fornicacion ó de adulterio.

En la tercera cruzada, el rey de Francia y el de Inglaterra fulminaron tambien severísimas penas contra los desórdenes y crímenes de los peregrinos alistados bajo las banderas de la cruz.

Federico I, al partir para el Asia, publicó tambien «en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» leyes penales para mantener el órden en su ejército: cortábase la mano derecha á cualquier cruzado que hubiese herido á otro; y como era muy importante para el abastecimiento de los peregrinos el inspirar confianza á los que suministraban ó vendían víveres, el que faltaba á su palabra en un trato, ó lo rompía por medio de la violencia, era condenado á pena capital. Ocúrrese naturalmente á cualquiera suponer que al pasar los cruzados al Oriente llevarían los de cada nacion sus respectivas leyes y costumbres, segun las cuales fallarían los juicios que se promovieran entre ellos; esto aparte de las especiales promulgadas por cada jefe de cruzada. Y como complemento á todas aquellas legislaciones brillaría esplendente el código del Evangelio, ley general que lo dominaría todo, aparte del tribunal de la penitencia, que frecuentarían los cruzados con una asiduidad de que no acertamos ahora á darnos cuenta.

Si en alas de la imaginacion retrocedemos á los siglos de las cruzadas y haciendo lo que podríamos llamar una composicion de lugar y tiempo, nos trasladamos á los caminos seguidos por aquellos ejércitos numerosísimos, cruzando paises extranjeros y comarcas desiertas y desconocidas, quedaremos sobrecogidos de espanto al considerar las inmensas dificultades con que debieron luchar aquellas multitudes de séres humanos para atender á su mantenimiento, prescindiendo aún de las mayores que presentarían las enfermedades indefectibles en reuniones tan extraordinarias. Y sube de punto la dificultad inmensa del abastecimiento de tanta gente, cuando se trata no ya de procurarse los víveres, sino de su trasporte en paises despoblados, escabrosos y faltos de vías de comunicacion. Es indudable que todos estos obstáculos contribuyeron por mucho no solamente á que los cruzados aprovecharan los trasportes marítimos, dando así nuevo y poderoso impulso á la marina de los pueblos costaneros del Mediterráneo, sino tambien á estudiar y abrir nuevas vías terrestres con que aumentaría el comercio y trato entre

pueblos separados por grandes distancias, vigorizando así el comercio y aumentando necesaria y diariamente las relaciones entre todos los pueblos.

Entre los adelantos introducidos por las cruzadas, hemos dado alguna noticia de algunos relativos á sus armas y manera de pelear; pero falta todavía mucho por conocer en la materia, y no podemos pasar por alto alguna que otra ligerísima noticia que dará mayor amplitud á lo relativo á la manera de pelear de los cruzados, con lo que tendremos un punto más de comparacion para el estudio que tenemos emprendido.

Las armas ofensivas consistían en la lanza de álamo ó de fresno, terminada con un hierro agudo, y adornada muchas veces con una banderola; la espada larga, ancha, cortante por un solo filo; muchas clases de flechas ó dardos, el hacha y la maza. Entre las armas defensivas distinguíanse los broqueles ovalados ó cuadrados, la loriga tejida de hilo de acero, el yelmo coronado con una cimera, la cota de armas, el jubon de cuero ó de tela forrada de lana, y la coraza de acero ó de hierro.

La armadura de los musulmanes consistía en la coraza, el escudo y la cota de malla. Los cruzados, segun lo tenemos dicho ya, exportaron del Oriente varias de las piezas de sus arneses. En varios pueblos orientales y entre los guerreros árabes del desierto se encuentran usadas todavía, con pocas modificaciones, las mismas armas que en la Edad Media (1).

Antes de hablar de las máquinas de guerra, que eran las mismas de que usaron los romanos, no estará de más decir que el sistema de fortificacion de las ciudades en la Edad Media, era igual así en Occidente como en Oriente, puesto que era imitado del de los romanos. Consistía en una cerca de murallas, llamada técnicamente camisa, flanqueadas de torres y torreo-

(1) Los barones de la Edad Media usaban dos especies de armaduras; la una compuesta de una fuerte coraza, mantíngala, casco y espada; y la otra de una simple cota de malla, guantelete, y túnica ceñida al cuerpo, y de un pequeño escudo. Esta diferencia de traje se nota (segun hemos tenido ocasion de comprobarlo varias veces) en las estatuas de piedra yacentes de los sepulcros en las catedrales antiguas y en otras iglesias de aquella época, y por medio de las cuales se conoce si el caballero ó noble que representan, murió en la paz ó en la guerra. Si la muerte le sorprendió en su castillo, rodeado de sus pajes y criados y al lado de su capellan, si ha obtenido la remision de sus culpas, se ve su estatua yacente con túnica, y muchas veces con el halcon en la mano, el lebrel á sus piés y ceñida la cabeza con la toca feudal; pero si murió en la guerra, en un reñido combate, se ve la estatua yacente con una armadura blasonada, y con su mano apoyada sobre su larga espada, como si la muerte fuese impotente para separarle de ella.

nes, en cuyo centro, sobre una elevacion de tierra, natural ó artificial, se alzaba la torre del homenaje que servía de refugio en un apuro y de última defensa. Los muros de la cerca no estaban tirados á cordel, sino que formaban varios recovecos, á fin de coger á los enemigos de costado y hasta de espaldas desde los puntos salientes de los mismos, y las torres, que eran un tercio, ó poco ménos, más altas que las murallas, formaban de trecho en trecho como otros tantos baluartes. Todavía existen algunos modelos de esta clase de fortificaciones.

Enumerando ya las máquinas de guerra, ocurre hablar del *ariete,* enorme viga con una masa de hierro, que se empujaba contra las murallas por medio de cables y cadenas; del *músculo*, que servía de abrigo á los trabajadores, y, cubierto de cuero y de ladrillos, los defendía del hierro y de las piedras; el *pluteus* y la *vinea*, cubiertos de una piel de buey ó de camello, debajo de la cual se colocaban los soldados encargados de proteger á los que subían al asalto; las *catapultas* y las *ballestas*, que arrojaban enormes dardos, cantos ó piedras, y algunas veces hasta cadáveres de hombres y animales; y las torres movibles de muchos pisos, cuya parte superior dominaba las murallas, y contra las cuales no tenían los sitiados otro medio de defensa que el incendio.

Cuando los cruzados dieron el primer asalto general contra Jerusalen, á las diez de la mañana del día diez de junio de 1099, carecían todavía de máquinas de guerra y no habían descubierto aún el bosque que les abasteció de madera para la construccion de las torres; por consiguiente, los piadosos guerreros no tenían en favor suyo más que el entusiasmo, y como esta arma era insignificante en presencia de las formidables murallas y de la valerosa resistencia de los sarracenos, fueron rechazados.

Confirmemos esta narracion interesante con el testimonio de cronistas contemporáneos. Sea el primero el de Alberto de Aix.

«El tercero día del sitio, dice, se armaron los cristianos con sus corazas y capacetes por órden de sus príncipes, y cubriéndose con sus escudos fueron á asaltar las murallas. Los infieles fueron vigorosamente atacados á pedradas y flechazos, durando el combate la mayor parte del día. Muchos de

los cristianos quedaron heridos y fuera de combate, siendo no pocos los que perdieron los ojos de resultas de las flechas. En vista de esto creció el ardor en los cruzados, y continuaron batiéndose con mayor encarnizamiento, atacando vigorosamente los muros exteriores llamados *barbacana* y destruyéndolos en algunos puntos con mazas de hierro. Aquel día, sin embargo, no pudieron llevar á cabo su arremetida.»

«Un día, dice Raimundo de Agiles, que los príncipes fueron á visitar á un ermitaño que vivía en el monte de los Olivos, les dijo éste: «Si mañana sitiais la ciudad hasta la hora nona, el Señor os la entregará.» Y como aquellos le contestaran que no tenían máquinas de guerra para atacar las murallas, les respondió: «Dios es omnipotente, y si quiere subirá al muro con una escala de junco. El Señor no se separa nunca de los que pelean por la verdad.» Habiendo en consecuencia de esto preparado las escalas, atacaron el día siguiente la ciudad desde la mañana hasta las tres de la tarde, con tal denuedo, que los infieles se vieron obligados á abandonar el muro interior, porque los nuestros destruyeron las obras avanzadas y hasta subieron algunos de ellos á la plataforma de la muralla. La ciudad, por consiguiente, estaba á punto de ser tomada, cuando se apoderaron del corazon de los nuestros el temor y la debilidad y renunciaron á su empresa con grave pérdida.»

La forma de las torres movibles era casi igual á la de una casa de madera de muchos pisos y se componían de gruesas vigas y planchas de madera capaces de resistir á las piedras disparadas por las ballestas.

Godofredo de Bouillon y otros jefes cruzados apelaron al recurso de las torres movibles, contra las cuales no había más seguro arbitrio que el fuego, y pocas veces se dejaba de acudir á él. Los musulmanes tenían, sin embargo, un medio muy sencillo para impedir que los cruzados se acercaran con las torres á las murallas y pudieran estos apoyar en ellas los puentes, y consistía en adelantar unas largas vigas con puntas de hierro que iban á apoyarse en las máquinas. En la Edad Media se llevó á extremado grado de perfeccion el arte de la construccion de máquinas de guerra, que eran mortíferas y devastadoras y horriblemente ingeniosas.

Aunque no sea quizas este el lugar más oportuno, dispense el lector si damos aquí la descripcion de las torres movibles tomada del autor Vejecio, con lo cual se formará exacta idea de lo que eran las torres movibles de la antigüedad, pero usadas tambien por los guerreros de la cruz.

«Las torres movibles, dice, se construyen con vigas y robustos tablones, y se las cubre de cueros para resguardarlas del fuego. A veces se hacen de treinta piés en cuadro, y áun á veces de cuarenta ó cincuenta; su elevacion es proporcionada á su anchura, y excede la de las murallas y hasta la de las torres de piedra, y se las fabrica sobre ruedas á fin de que se las pueda mover más fácilmente por grandes que sean. La ciudad peligra no poco si se logra arrimar la torre á sus muros, porque tiene muchas escalas para subir de un piso á otro y para proporcionar diferentes medios de ataque. Tiene ademas en primer lugar un ariete para abrir brecha, luégo despues en el piso del centro un puente levadizo compuesto de dos vigas que se baja sobre la muralla de la ciudad enemiga y por el cual pasan y se apoderan de ella los sitiadores. Los pisos superiores se llenan de arqueros para disparar incesantemente contra los enemigos. Cuando se logra acercar mucho la torre á las murallas, la ciudad no puede resistirse largo tiempo, porque ¿qué puede esperarse cuando los que tienen puesta la confianza en la elevacion de sus muros ven de repente aparecer una máquina que los domina?» (1).

Los ejércitos de los cruzados llevaban tambien una música estrictamente guerrera y destinada á dar la señal del combate. Los instrumentos más en uso eran: las cornetas de madera, hierro, plata ú oro, las trompetas de bronce, las arpas, los sistros, los timbales, y despues los tambores, imitacion de los usados por los sarracenos.

En los ejércitos de los cruzados como en todos los de la Edad Media la caballería formaba la verdadera fuerza de ellos, y los caballeros de la cruz no tenían ya ninguna confianza en su valor personal cuando perdían sus caballos, hasta el extremo de que preferían á veces montar en camellos, ó asnos y hasta en bueyes, ántes que pelear á pié. No quiere esto indicar que

(1) VEJET.—De re milit., lib. IV, capítulo 42.

la infantería no representara papel muy importante en los ejércitos de los cruzados, pues que la caballería iba siempre acompañada de muchísima infantería, llamada por los cronistas de aquella época con la palabra latina *vulgus,* y prestaba grandes servicios, en los sitios especialmente.

La estrategia era enteramente desconocida de los cruzados, y toda su táctica consistía en arremeter contra el enemigo que se les ponía delante y atacarle á viva fuerza. El mismo Saladino les acusaba de no saber acudir á las estratagemas y ardides guerreros para sacar partido de ellos contra los enemigos.

Oportunamente adelantamos alguna indicacion de las relaciones amistosas entabladas y seguidas entre musulmanes y cristianos; pero el entusiasmo religioso, que no es de provecho para la virtud, impedía que fuesen tan frecuentes y tan íntimas como hubiera sido de desear, para que la civilizacion de unos y otros pueblos hubiese salido gananciosa. Bien es verdad que á veces se celebraron algunas alianzas, así ofensivas como defensivas, entre cristianos y musulmanes; pero jamas fueron duraderas por la mútua desconfianza de ambos contratantes, fundada en los temores religiosos que á unos y otros inspiraban sus máximas religiosas. Es curioso notar que en la negociacion entablada entre Amaury, rey latino de Jerusalen y el califa del Cairo, quedaron escandalizados los musulmanes de que el *príncipe de los creyentes* tuviese que presentar su mano desnuda á los diputados cristianos. ¡Qué progresos podía prometerse la civilizacion entre semejantes gentes!

Y, á pesar de esto, nunca se llevó á tanto extremo de exageracion como entre los caballeros de aquella edad la cortesía, que es la primera base de una civilizacion bien entendida y fundada en sentimientos religiosos, como lo estaba la de entónces. No quisiéramos, ni mucho ménos, que se nos atribuyeran aficiones que no tenemos á los llamados tiempos de la caballería en lo que tienen de refinamiento exagerado; pero estamos completamente de acuerdo con las ideas que vamos á trascribir basadas en uno de los conceptos del poema del Tasso. «Considerada, dice, como escuela de moral, la caballería podía compararse con las más sabias instituciones de la antigüedad. En un sistema en que el honor, la justicia y la humanidad eran las

primeras leyes, en que las más nobles virtudes, los deberes más inviolables, consistían en reprimir la insolencia de los opresores, en socorrer á los desgraciados y en dar proteccion á los débiles, todas las cualidades del alma y del corazon debían ennoblecerse y purificarse. Bajo su influencia, el faltar á sus promesas fué tenido por el primero de los crímenes, y la fidelidad á su palabra por el primer deber de un caballero, y las naciones modernas deben á esas ideas la lealtad y los sentimientos generosos que han sobrevivido á tan grandes revoluciones. Hasta considerada como institucion política, la caballería se hace acreedora á la gratitud de los siglos que la vieron nacer. En una época en que el pueblo gemía abrumado con tantas vejaciones, se crea una asociacion de valientes, cuyo principal deber es la defensa del oprimido. Los caballeros recorren las campiñas, vengan las injusticias y hacen temblar hasta dentro de sus castillos á los barones pérfidos y desleales. La influencia de la caballería sobre el sistema militar fué inmensa en cuanto atenuó los funestos efectos de las guerras con los nobles sentimientos de humanidad que introdujo en ellas. Hasta el siglo XIII el único objeto que se proponían los soldados en las batallas era la destruccion de sus enemigos, sin piedad ni misericordia: el espíritu caballeresco llevó las más felices modificaciones á este estado de cosas, y la guerra se hizo con ménos ferocidad cuando la cortesía fué la virtud característica de los caballeros.»

Excelentes modelos de esta cortesía de caballeros ofrecieron Federico Barbaroja, Felipe Augusto y Ricardo, en sus relaciones con los musulmanes. Federico II de Alemania las sostuvo muy corteses y hasta diplomáticas con el sultan del Cairo. El mismo Luis IX, elevado despues á los honores del altar, las cultivó por mucho tiempo y muy cordiales, con diferentes soberanos musulmanes, y, al terminar las cruzadas, había en la Tierra Santa muchísimas autoridades y hasta jefes de gobierno muy distintos, y todos los cristianos mantenían relaciones con los musulmanes, y así ajustaban tratados como los rompían por autoridad propia.

Este desbarajuste y consiguiente informalidad fué muy perjudicial para el buen nombre de los cristianos, porque no inspiraba confianza ninguna á los musulmanes, quienes obraban las más de las veces ajustando su conduc-

ta al crédito que les merecían los cristianos, hasta el extremo de que era corriente decir entre los musulmanes que «los más pequeños (de los cristianos) deshacían continuamente lo que habían hecho los más grandes.»

De todos modos, nunca se apreciarán bastante los buenos resultados de las cruzadas en el Oriente, porque á los ejércitos cristianos debemos que se iniciaran y llevaran á buen término los tratados de comercio, único objeto de las negociaciones con los musulmanes, y que son una prueba concluyente de los adelantos que en la civilizacion de los pueblos introdujo el continuo roce de los guerreros de ambos ejércitos. «Muchos de estos tratados, dice un historiador de las cruzadas, nos han sido conservados por los historiadores orientales, y, leyéndolos con atencion, se conoce que las potencias musulmanas temieron por mucho tiempo que se renovasen las guerras santas, y que por largos años conservaron respecto de los cristianos de Occidente, la desconfianza que les habían inspirado los cruzados. Desde el papa Lucio III, que escribió á Saladino, invitándole á hacer un canje de prisioneros, hasta Pio II, que por falta de soldados opuso á las armas de Mahomet II los argumentos de la teología, los jefes de la Iglesia mantuvieron relaciones con los infieles; pero aquella diplomacia de los papas era el síntoma más evidente de la decadencia de las guerras santas. En las primeras cruzadas no se pensaba más que en conquistar los reinos del islamismo; pero más adelante la principal mira de los papas fué la conversion de los príncipes infieles, porque iba apagándose ya el entusiasmo belicoso de los soldados. Finalmente, en las últimas épocas de las expediciones contra los infieles, el orgullo de las escuelas pretendía reemplazar el dominio de la espada, y la dialéctica, armada con sus silogismos, esperaba á su vez el dominio del mundo.»

Todo cuanto pudiéramos decir nosotros acerca de las cruzadas en sus relaciones con la civilizacion, consta ya dicho por autores que dedicaron estudios especiales á este punto concreto de tan interesante cuestion. Para no incurrir en repeticiones inútiles y dar más peso á la autoridad de nuestras ideas, nos tomamos la libertad de cerrar este capítulo con el testimonio del mejor historiador de las guerras religiosas del Occidente contra el Oriente.

«La dificultad, dice, de apreciar debidamente las cruzadas, nace de que no triunfaron del todo, ni tampoco se malograron enteramente; pues nada es más difícil que juzgar lo que ha quedado incompleto. Sin embargo, para suplir lo que nos falta, sentemos dos hipótesis. Supongamos primeramente que aquellas expediciones lejanas hubiesen tenido el éxito que podían prometerse, y veamos en este caso el fruto que hubieran dado.

»El Egipto, la Siria y la Grecia hubieran sido colonias cristianas; los pueblos de Oriente y de Occidente hubieran marchado juntos en la carrera de la civilizacion; las costas berberiscas, habitadas por piratas, hubieran recibido las costumbres y leyes de Europa; y haría mucho tiempo que el interior del África hubiera dejado de ser una tierra impenetrable á las relaciones del comercio y á las investigaciones de los sabios y los viajeros. Para saber cuánto hubiera ganado el universo con la union de los pueblos bajo las mismas leyes y la misma religion, no hay más que recordar el estado del mundo romano en el reinado de Augusto y de alguno de sus sucesores, no formando en cierto modo más que un solo pueblo, que vivía bajo la misma ley y hablaba la misma lengua. Todos los mares eran libres, las provincias más apartadas se comunicaban entre sí por caminos fáciles, las ciudades trocaban sus artes y su industria, los climas sus diversas producciones, y las naciones sus conocimientos. Si las cruzadas hubiesen sometido el Oriente á la cristiandad, debemos creer que un grande espectáculo se hubiera renovado con mayor lustre y de una manera más durable en los tiempos modernos; y entónces una hubiera sido la opinion y nadie hubiera dudado de las ventajas de las guerras santas.

»Pero hagamos ahora otra hipótesis y consideremos por un momento el estado en que se hubiera hallado la Europa, si nunca se hubiese pensado en las expediciones contra los sarracenos de Ásia y África, ó si los ejércitos cristianos no hubiesen experimentado más que reveses.

»En el siglo XI muchas provincias de Europa se hallaban invadidas, y otras amenazadas por los sarracenos; dígasenos, pues, ¿qué medios de defensa hubiera tenido entónces la república cristiana, cuyos estados se hallaban en su mayor parte entregados á la licencia, revueltos por la discordia y

sumidos en la barbarie? Si la cristiandad, como observa Mr. Bonald, no hubiese salido entónces por todas sus puertas y por repetidas veces, para atacar á un enemigo formidable, ¿no es creible que aquel enemigo se hubiese aprovechado de la inercia de los pueblos cristianos, les hubiera sorprendido en medio de sus discordias y los hubiera sojuzgado unos tras otros? ¿Quién no se espanta al pensar en que la Francia, la Alemania, la Inglaterra y la Italia podían experimentar la misma suerte que la Grecia y la Palestina? Despues de estas ideas generales, que nos hacen considerar las cruzadas como la grande barrera opuesta á la barbarie musulmana, bueno será que revistemos, por decirlo así, los diversos reinos de Europa, y examinemos lo que ganaron ó perdieron en las guerras de la cruz.

Cuando el papa Urbano quiso excitar á la cristiandad á tomar las armas se dirigió principalmente á los franceses, y esta nacion, al levantar la bandera de las cruzadas, se puso en cierto modo á la cabeza de los principales acontecimientos de la Edad Media: la gloria de la primera expedicion le pertenece entera, y la corona, sin tomar en ella una parte directa, sacó de aquella empresa notables ventajas. En la segunda cruzada, el divorcio de Luis VII de la reina Eleonor dió la Guiena á los ingleses, pero aquella pérdida quedó reparada muy luégo, y Felipe Augusto recobró más de lo que había perdido Luis el Jóven. Si consideramos el papel que hizo Felipe Augusto en la tercera cruzada, parece que sólo fué al Asia para llevar allá á Ricardo, alejando así de Europa á su formidable rival. La Francia fué el pais del Occidente que más se aprovechó de las cruzadas, pues el espíritu y hasta los hábitos de una guerra lejana, contribuyeron poderosamente á humillar el orgullo de los condes y barones. Las expediciones de ultramar destruyeron el desórden y la anarquía feudal, que había estado á punto de destruir á la misma monarquía, y favorecieron el espíritu de nacionalidad, que tendía á hacer de la sociedad francesa una gran familia, sometida á un principio de unidad. De este modo las cruzadas acrecentaron el esplendor de la Francia, dando fuerza á la corona, por cuyo medio debía llegar la civilizacion. Desde los tiempos de las guerras santas, fueron ya una misma cosa la nacion francesa y sus reyes, de modo que un panegirista de San Luis no cree poder honrar

mejor la memoria del monarca francés que encareciendo las maravillas y la gloria de la Francia. Debemos tambien hacer aquí una última observacion, y es que si la dinastía carlovingia debió su establecimiento á las victorias alcanzadas contra los sarracenos que habían pasado los Pirineos, la raza de los Capetos aumentó su poder con las guerras emprendidas contra los infieles, á quienes se fué á buscar á Oriente.»

Por vía de digresion, por la oportunidad especial que reviste, vamos á traducir de una *Revista* que en estos momentos se nos ha venido á la mano, como por casualidad, si se nos permite la frase, porque no admitimos casualidades en el órden y economía providencial del mundo, una excelente página relativa á las ideas que estamos tratando.

«Un distinguido orador ha hecho una interesante relacion de la romería á Jerusalen acabada de realizar ahora felizmente. Por espacio de unas dos horas subyugado el auditorio ante la narracion encantadora, conmovido hasta derramar lágrimas, estuvo pendiente de los labios del nuevo Pedro el Ermitaño. Por nuestra parte, no sabríamos expresar nosotros cuánto hemos sentido en el fondo de nuestra alma durante esa plática.

»Á la vista de tanta multitud conmovida, dominados por no sabemos qué nuevos extremecimientos, nos decíamos á nosotros mismos: «¡Hé ahí, pues, que comienzan otra vez las cruzadas!—¿Y qué? ¿Dios que confunde siempre el poder y la sabiduría de los hombres, habría reservado á los últimos representantes de la Francia cristiana, como indemnizacion de sus tribulaciones, como recompensa de sus plegarias y de sus lágrimas, la incomparable honra de conquistar el sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo?..... ¡Gran Dios! ¿Qué es, pues, lo que se prepara en el mundo? ¿Y á qué raros espectáculos vamos á asistir?

»Miéntras que la revolucion triunfa en Occidente, hé aquí de repente que la bandera de los cruzados, llevada por piadosos hijos de Francia, ha ondeado en los muros de Jerusalen. Háse visto la cruz del Salvador llevada en triunfo por el camino del Calvario, y los musulmanes, vencidos por la piedad de nuestros peregrinos, no han contestado sino con sus lágrimas á este nuevo testimonio de la fe de la Francia.

»Son esto prendas seguras, infalibles presagios de las grandes maravillas que van á realizarse en la tierra que vió nacer, padecer y morir al Hijo de Dios hecho hombre. La cuestion de Oriente planteada desde principios de este siglo á presencia de la vieja Europa no puede tardar á ser resuelta, y, á despecho de los cálculos humanos, las peregrinaciones de la Francia cristiana al sepulcro de Jesucristo van á representar quizas el principal papel en su solucion.

»Es evidente que Dios nos prepara grandes sorpresas. ¿Nosotros que llorábamos por la suerte de nuestra desgraciada patria, nos habríamos atrevido á esperar que Dios, movido por nuestras lágrimas, iba á conceder á los cristianos franceses que han permanecido fieles á las religiosas tradiciones de su país, el emprender otra vez, á últimos de este siglo, la obra de Godofredo de Bouillon y de San Luis y llevarla á feliz término?

»¡La impresion causada en Oriente por la peregrinacion que acabamos de llevar á cabo es inmensa!» exclamaba ayer el entusiasmado orador y nosotros diremos á nuestra vez que no será menor la impresion en Occidente. Los católicos de Francia, de Italia, de España, del mundo entero, se extremecerán ante el relato de los peregrinos de Jerusalen, como se conmovieron antiguamente los cristianos del siglo XI al oir á Pedro el Ermitaño. El libro de oro donde están consignadas las grandes acciones de Dios por los francos, *Gesta Dei per Francos*, no está cerrado todavía, y nuestra generacion está llamada á escribir en él una página que no será la ménos gloriosa.»

Cierto que son inescrutables los juicios de Dios y que no son las reglas de la prudencia humana las que privan en los mismos; pero, parécenos que no es el camino más natural para llegar á la realizacion de estos deseos el emprendido por la nacion francesa.

Y, dejando esto aparte, volvamos á la narracion interrumpida.

«La Inglaterra no sacó ningun fruto de las guerras de la cruz, y tomó muy poca parte en aquellos movimientos que sacudían al mundo; para ella, todo se reduce á la gloria de Ricardo, de quien se han ocupado muy poco los historiadores modernos de la Gran Bretaña. Las cruzadas no ejercieron

nunca en Inglaterra una influencia favorable á la corona; pues vemos que en la liga de los barones contra Enrique III, los enemigos del rey llevaban tambien una cruz como en las guerras de ultramar y los sacerdotes prometían la palma del martirio á los que morían por la libertad; sin embargo tampoco creemos que las guerras santas diesen mucha fuerza á las comunidades, que apénas existían, ni á aquella aristocracia, de la cual debían depender más adelante los destinos del pueblo inglés. La Gran Bretaña ni siquiera supo aprovecharse de las cruzadas para extender su comercio y su industria; no tuvo nunca ninguna factoría, ni una colonia, en los estados cristianos de Oriente, y su navegacion tampoco hizo ningun progreso que merezca mencionarse en la historia. Miéntras que la Inglaterra conquistaba la libertad contra sus reyes y la Francia pedía la suya á la corona, presentaba la Alemania muy distinto espectáculo. El imperio, que tan grande se había mostrado en tiempo de Oton I y Enrique III, marchó hacia la decadencia durante las cruzadas.

La Italia, no obstante de ser la residencia de los papas, no hizo cosa de provecho á favor de las cruzadas. El comercio y la democracia traían perturbada aquella nacion, que gastaba así el entusiasmo y vigor que podía haber destinado á la liberacion del sepulcro del Cristo. Antes de las guerras religiosas contra el Oriente, mantenían ya activo comercio con aquellas regiones algunas de las ciudades marítimas de Italia y lo multiplicaron durante aquellas expediciones, de las que supieron sacar todos los beneficios materiales que proporcionan las revueltas á los más inteligentes ó más osados. Abasteciendo el comercio italiano á los ejércitos cristianos y asociándose á la conquista de las ciudades marítimas de la Palestina, y hasta luchando algunas veces contra las escuadras musulmanas, consiguieron los comerciantes italianos establecer colonias en muchos puntos y poseer parte de las ciudades conquistadas por el esfuerzo de los cruzados.

Ademas, cuando Italia hizo algo asociándose á las guerras santas contra el Oriente, fué allá movida solamente por la codicia, que la tentaba con el lucro, en vez de empuñar las armas por el generoso y santo propósito de la gloria del Señor, que eran entónces las ideas dominantes en los campa-

mentos cristianos; importándole mucho más un beneficio comercial cualquiera que la más brillante victoria alcanzada contra los ejércitos musulmanes; y para colmo de descreimiento y apego á los intereses materiales consigna la historia que muchas veces suministró el comercio italiano víveres y armas á los musulmanes como los suministraba á los cristianos.

«En una palabra, dice un historiador de las cruzadas, los italianos se ocuparon muy poco de hacer triunfar la causa de la cruz, cuando la victoria no podía serles provechosa; y no tememos que se nos tache de injustos si decimos que no tomaron de las cruzadas sino lo que debía enriquecerlos y corromperlos. El reino de Nápoles y de Sicilia, colocado en los confines de Italia, era para los cruzados el camino de Grecia y Oriente; por tanto, aquellas riquezas que parecían estar abandonadas, y un territorio que sus habitantes no habían sabido nunca defender, no es extraño que tentasen más de una vez la codicia ó la ambicion de los príncipes y hasta de los caballeros de la cruz.»

De todo lo antedicho se desprende que la influencia de los cruzados no fué la misma para todas las naciones de Occidente. España, religiosamente hablando, fué la que más partido sacó de ellas, aunque fuera quizas la que ménos parte tomara en las mismas por lo muy ocupada que estaba en la costosa expulsion de los moros de su territorio. Esto nos hace extrañar que un historiador concienzudo de las guerras religiosas del Occidente contra el Oriente diga á propósito de esto: «La España nos presenta tambien su fisonomía particular, entre los reinos sobre los cuales nos hemos detenido por un momento. Durante las cruzadas estaba este país ocupado en defenderse contra los mismos sarracenos que las demas naciones de Europa iban á combatir en Oriente; y la invasion de los moros en España tenía alguna semejanza con la de los francos en Ásia. La religion de Mahoma impelía á los combates á los guerreros sarracenos, del mismo modo que la religion cristiana enardecía á los soldados de la cruz, y más de una vez el África y el Ásia respondieron al llamamiento de las colonias musulmanas de España como respondió la Europa á los gritos de alarma de las colonias cristianas de Siria.

Antes de terminar este capítulo, debemos desvanecer un error. Se ha dicho que los papas habían hecho las cruzadas: quien tal dice ha estudiado muy poco la historia, ó ha sabido sacar muy poco provecho de ella. Cuando se apagó el entusiasmo en los pueblos cristianos del Occidente, no pudieron lograr los Papas, por más esfuerzos que hicieron, que reviviese el espíritu que las dominó desde un principio; pero, á fin de que una autoridad competente refuerce nuestro argumento, véase lo que dice el extracto de la *Historia eclesiástica* del abad de Fleury en el capítulo titulado *Peregrinaciones*:

«Las *Peregrinaciones,* dice, fueron una consecuencia de la veneracion de los lugares santos y de las reliquias, principalmente ántes que se introdujese la costumbre de trasladarlas. Fueron más fáciles bajo el imperio romano por el comercio contínuo de las provincias; aunque tambien fueron muy frecuentes bajo la dominacion de los bárbaros, despues que los nuevos reinos hubieron tomado consistencia. Las costumbres de estos pueblos, que ocupados exclusivamente en la caza y en la guerra, vivían en un movimiento contínuo, me parece contribuyeron mucho á los progresos de una devocion, que se hizo por fin universal entre los pueblos, los reyes, el clero, los obispos y los monjes. Atrévome á decir que era preferir un pequeño accesorio á lo esencial de la religion, el que un obispo abandonase años enteros su diócesis para ir á la extremidad de Francia ó de Inglaterra, á Roma y áun á Jerusalen; que los abades y los monjes saliesen de su retiro; y que las mujeres y áun las religiosas, se expusiesen á todos los peligros de un largo viaje. Por las quejas de San Bonifacio (1) podremos formar idea de los desgraciados acontecimientos que resultaban de unas peregrinaciones indiscretas, en las que sin duda se podía perder más que ganar, y que en mi concepto fueron una de las causas de la relajacion de la disciplina, de lo cual ya se quejaban en el siglo IX. La penitencia fué la que más daño recibió con semejante devocion (2). Antiguamente se encerraba á los penitentes en las diaconías y en

(1) BONIF, ep. 105.

(2) Vide Morin, pœnit, v. t. 15.

otros lugares inmediatos á la iglesia, para que viviesen allí recogidos y separados de las ocasiones de recaída (1); como se puede ver en el sacramental atribuído á San Gelasio, y en una carta del papa Gregorio III (2); pero desde el siglo VIII se introdujo en la penitencia el método contrario. Á los mayores pecadores se les desterraba de su país y se les hacía pasar por algun tiempo una vida errante, á ejemplo de Caín (3). Muy pronto se notaron los abusos de esta penitencia vagabunda, pues ya en tiempo de Carlomagno (4) se prohibió la tolerancia de unos hombres horrorosos, que con tal pretexto corrían por el mundo desnudos y cargados de hierro. Sin embargo, continuó la costumbre de imponerse por penitencia alguna famosa peregrinacion; *y de aquí tuvieron orígen las cruzadas.*»

* * *

El poder de los papas, se ha dicho, se aumentó asimismo con las guerras de las cruzadas. Si con esto quiere manifestarse solamente que una guerra meramente religiosa debe acrecentar el prestigio de la autoridad pontificia, no intentaremos contradecirlo; porque la lucha iniciada por la virtud del poder espiritual del pontificado, debe, por necesidad, redundar en mayor incremento del representante de dicha autoridad; pero está fuera de duda que las guerras del Occidente contra el Oriente, más menguaron que no acrecentaron el poder de los papas, como lo prueba la menor consideracion de los pontífices al terminarse aquellas guerreras expediciones, que no pudieron ellos resucitar cuando les faltó el primitivo entusiasmo que las animaba.

Se ha dicho tambien que las guerras de las cruzadas enriquecieron al

(1) Conc. Gabel, 813.
(2) Greg., cap. 2 ad Leon.
(3) MORIN. Lib. XIX, cap. 15.
(4) Cap. Aquig. an 739, c. 77. Sup. l, XLIX, n. 44.

clero de Occidente. Cierto que la primera expedicion al Oriente, como hija del vivo fervor religioso, se llevó á cabo sin ningun desembolso del clero, ó de la Iglesia, que digamos; pero las demas que le sucedieron, se realizaron á expensas del clero al que se vejó sin atender en lo más mínimo sus reclamaciones, por demas justas. A consecuencia de esto adquirió cuerpo en el mundo la creencia de que el clero debía costear aquellas expediciones, y tanto se arraigó que no hubo medio de sustraerse á ella. «En los primeros tributos que se impusieron al clero, no se tuvo en cuenta más que la necesidad y las circunstancias; pero, despues de la publicacion del *diezmo saladino*, aquellos impuestos fueron fijados por los papas ó por los concilios, y se cobraban con tanto rigor, que hasta las iglesias fueron despojadas de sus ornamentos y los vasos sagrados puestos no pocas veces en almoneda.»

«No tememos afirmar, dice un autor, que en el espacio de doscientos años dió el clero para las guerras santas más dinero del que hubiera necesitado para comprar la mayor parte de sus propiedades. No es pues extraño que se enfriase el celo de los eclesiásticos por la libertad de los lugares santos y que por ellos empezase la indiferencia que sucedió en los cristianos al ardor de las cruzadas. En Alemania y muchos otros paises llegó hasta tal punto el descontento del clero, que los papas no se fiaban ya de los obispos para la predicacion de las cruzadas, y no encomendaban esta mision sino á las órdenes mendicantes.

»Al examinar la influencia de las guerras santas no pueden olvidarse las ventajas que la navegacion y el comercio hallaron debajo de las banderas de la cruz. Aquellas expediciones lejanas abrieron á la navegacion un nuevo camino, pues nada podía favorecer tanto sus progresos como la comunicacion que se estableció entónces entre el Báltico, el Mediterráneo, el Océano español y los mares del Norte.»

Dejando aparte Cataluña, de la que algo hemos dicho de lo mucho que en su elogio puede escribirse, y concretándonos al resto de España, tomemos una página de la obra de Sr. Tapia.

«En el primer capítulo del tomo primero (dice), indiqué de paso que los reyes de Asturias no tuvieron marina para defender las costas de su reino

hasta el siglo XII, en que el arzobispo de Santiago don Diego Galmirez hizo venir de Génova y de Pisa varios conductores y marinos de crédito que fabricaron y dirigieron algunas galeras. Tripuladas estas con gente del país, ahuyentaron las escuadras sarracenas, quemando ó apresando sus naves, y tomándoles muchas riquezas. «Estas campañas, dice el señor Navarrete (1), »fueron la escuela de los marinos de Galicia, y probablemente de los de las »provincias inmediatas; pues ni hay memoria positiva de ningun armamen»to ni expedicion considerable de mar anterior á esta época, ni era natural »que el arzobispo de Santiago, si hubiera hallado dentro del reino y más »próximos, hábiles marineros y constructores, recurriese á las repúblicas »de Italia con tan crecidos dispendios...»(2)

Las comunicaciones que por mar abrieron los cruzados multiplicaron las relaciones de los pueblos y redoblaron la actividad y emulacion de todos; con estas relaciones se rectificaron, acumularon y propagaron conocimientos prácticos; determinóse la configuracion de las costas, la posicion de los cabos, de los puertos, de las bahías y de las islas; exploróse el fondo del mar, observóse la direccion de los vientos, de las corrientes y de las mareas, y de este modo se disipó la ignorancia que multiplicaba los naufragios. La arquitectura naval ganó tambien mucho durante las cruzadas, pues se dieron mayores dimensiones á los navíos, para transportar la multitud de los peregrinos; y los riesgos anejos á aquellas lejanas correrías hicieron asimismo que se diese una construccion más sólida á las embarcaciones, para hacer el viaje á Oriente. Por último, el arte de arbolar un buque con muchos palos, el de multiplicar las velas y ponerlas de modo que se pudiera marchar contra el viento, nacieron igualmente de la emulacion que animaba entónces á los navegantes.

Mucho tiempo ántes de las cruzadas las mercancías del Ásia y de la India llegaban á Europa, algunas veces por tierra, atravesando el imperio griego, la Hungría y la Bulgaria; pero más á menudo por el Mediterráneo, que las llevaba á todos los puertos de Italia. El estandarte de la cruz pro-

(1) Disertacion histórica sobre la parte que tuvieron los españoles en las guerras de ultramar ó de las cruzadas.

(2) TAPIA.—Historia de la civilizacion española.—Tomo II.

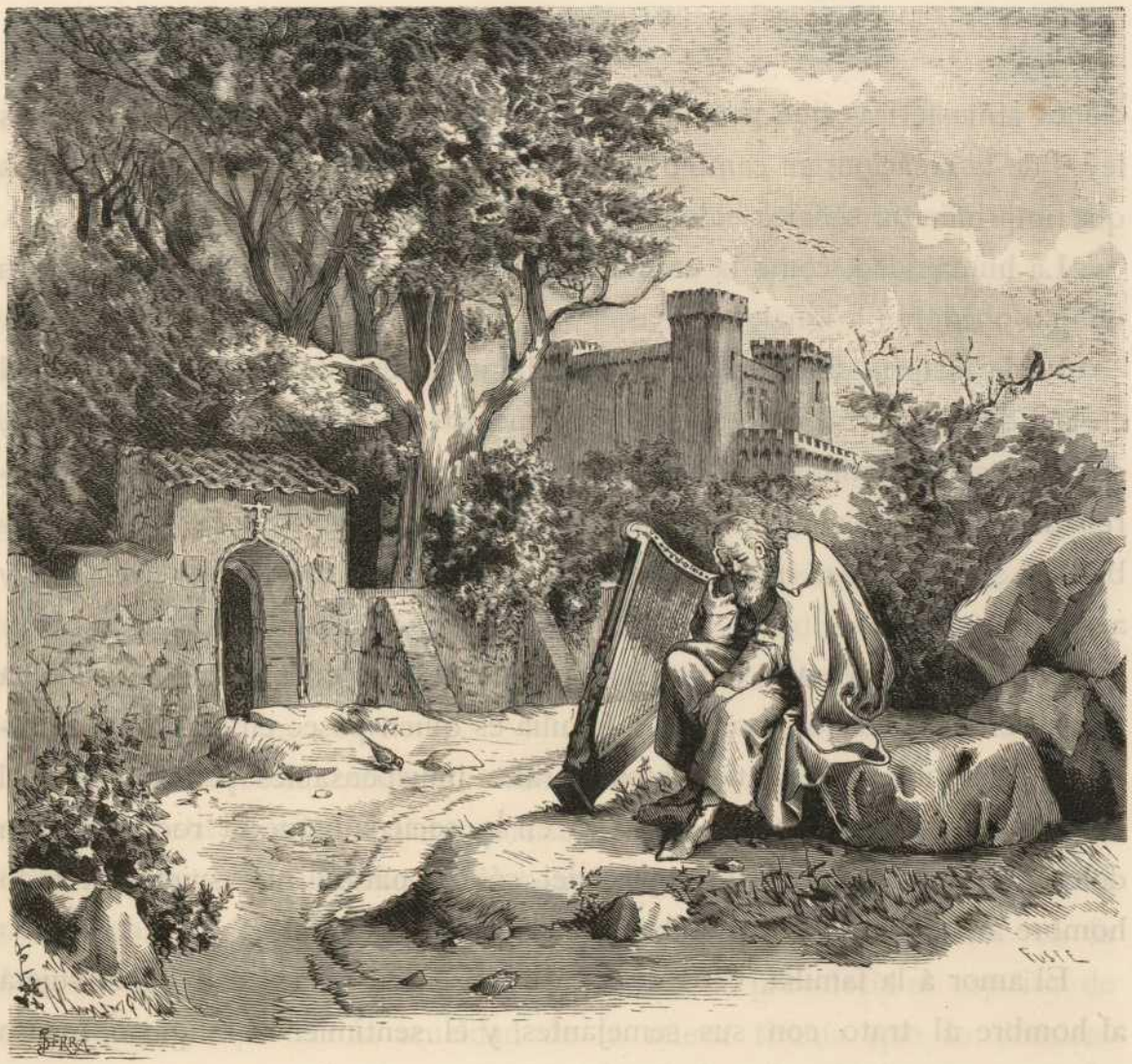
tegió en adelante los caminos, dió mayor rapidez á las comunicaciones y facilitó rápidamente el comercio. El Occidente se enriqueció con las mercancías del Oriente, y por medio de las escuadras que abastecían á los ejércitos cristianos realizaba un comercio que, de otro modo, hubiérale sido imposible ó impracticable por costoso. Los mercaderes del Occidente eran casi dueños exclusivos de las costas del Oriente.

Despues de lo que llevamos dicho acerca de los adelantos que podríamos llamar materiales, cerremos este capítulo con dos palabras acerca de los progresos científicos debidos á las cruzadas.

Nadie ignora que los viajes son uno de los más excelentes medios para adquirir conocimientos y perfeccionar ó desarrollar los ya adquiridos, aquilatándolos con la observacion y experiencia. Las cruzadas fueron un largo y continuado viaje que, abriendo nuevos horizontes á la consideracion de los peregrinos, debían acabar por ser inagotable fuente de ciencia y recuerdos. El espíritu humano debió entónces recibir necesariamente un impulso desconocido que le despertaría del letargo en que le tenían sumido las costumbres debidas á la lucha de pueblos opuestos fundidos en un mismo clima, con iguales necesidades é idénticos medios de satisfacerlas. Sin embargo, si España no hubiese sido entónces un foco poderoso de luz para Europa preciso es confesar que poco habrían hecho adelantar las cruzadas en el camino de las ciencias y de las artes, porque vueltos los caballeros de la cruz á Europa no se acordaban siquiera de los monumentos griegos y romanos, testimonio permanente de las dos civilizaciones que ilustraron la Europa; no obstante, es indudable que fueron las cruzadas el primer paso que dió la sociedad europea hacia la civilizacion que forma actualmente su mayor orgullo.

Si de las poéticas y frescas riberas del Oriente, visitadas por tantos millones de peregrinos europeos que llevaron en su alma una fe viva, como inextinguible astro del firmamento, no hubiera quedado más recuerdo ni hubiésemos recibido más beneficio que imponer respeto á la fiereza musulmana é infundir la veneracion que se merece el Santo Sepulcro, custodiado desde entónces por franciscanos españoles, se habrían hecho merecedoras

las cruzadas y los hombres que las iniciaron, al tributo del respetuoso cariño y duradera admiracion que deben todas las sociedades á los bienhechores de la humanidad.



CAPÍTULO VI.

EDAD MEDIA.—IGLESIA.—FEUDALISMO.—PARROQUIA.—MUNICIPIO.

La naturaleza nos ofrece en todo ejemplos exactos de lo que pasa en la humanidad, y mucho adelantaría la filosofía, y no estaría tan atrasado cuanto á la historia del progreso y vicisitudes de la humanidad se refiere, si supiéramos estudiar las oportunas explicaciones que de un exámen detenido podríamos deducir. Ofrécenos periódicamente la naturaleza, revolu-

ciones atmosféricas que poco ó nada influyen en la constante marcha de las leyes de la creacion; en cambio ha estado sujeta y aún lo está á cataclismos que imprimieron señales indelebles del trastorno de estas leyes.

La humanidad, como la naturaleza, está sujeta asimismo á revoluciones que no obedecen á iguales causas.

En la historia del mundo ocupa un lugar preferente la revolucion social en la Edad Media; porque todos los elementos religiosos, políticos, sociales, sin excepcion de ninguna clase, experimentaron su cambio ó desarrollo, arrebatados con mayor ó menor violencia por el torrente devastador que cambió con su impetuosa inundacion la manera de ser de cuanto encontró y arrastró á su paso.

Está en la conciencia del ménos inteligente que en la familia reside la unidad en la poblacion, porque la familia es quien posee en su propia naturaleza constitutiva los sentimientos morales indispensables para ponerla al amparo de las malas pasiones innatas en la sociedad que la rodea, y á fin de que no desconozca los preceptos del código natural que sujetan á todo hombre al trabajo, á la caridad, y á la virtud en general.

El amor á la familia, verdadera base y esencia de la sociabilidad, sujeta al hombre al trato con sus semejantes, y el sentimiento religioso, innato asimismo en cada hombre, le inspira por una parte, los pensamientos enemigos del apetito de los sentidos y de los desarreglos de la concupiscencia, al propio tiempo que le inclinan, por otra parte, al respeto y consideracion de todas las cosas que por sí mismas lo inspiran.

La religion contiene en sí todos los tesoros de ciencia y sabiduría necesarios para la felicidad de las familias y la edificacion de las mismas, y ¡ay del pueblo que no la tuviera, porque sus corazones sentirían el veneno de la depravacion, se abatirían las inteligencias á la vida material, y en llegando algun fenómeno exterior á introducir el desórden en sus elementos sociales, se romperían todos los lazos que le unían y no habría quien hallase un refugio ó un consuelo, para recobrar la tranquilidad de su alma! Con la idea religiosa vive en nosotros la llama de la fe, que no pueden resistir los espíritus de las tinieblas, porque se estrellan ante el temple de las almas que

viven animadas por la fe, la esperanza y la caridad, triple fundamento en el que se apoya todo el edificio religioso.

El sentimiento religioso ha sido el primer principio constitutivo de las sociedades, porque entre las confusas sombras que nos impiden ver claro en la antigüedad, se dibuja como figura de primer término, aunque vaga y no bien definida, la Parroquia, cuyo orígen se pierde en la noche de los tiempos. En el siglo IV se confunde ya la Parroquia con el Municipio, pero se administraba ella misma para un sólo y determinado objeto, que era el religioso, sobrepuesto al político ó civil.

La Parroquia, en su orígen, era extraña á todo pensamiento político, y, en consecuencia, no dependía su autoridad ni del Estado, ni de sus propios miembros, si bien, en cambio, no hacía uso más que de medios puramente espirituales.

En España deben reconocerse dos causas principales que concurrieron á dar á la institucion de la Parroquia un carácter político, contra lo que debiera de haber sido. Despues de la batalla de Guadalete, tan fatal para la monarquía goda española, viéronse obligados los cristianos á buscar en la Parroquia un centro de unidad, porque en su seno prevalecía el espíritu de concordia y desaparecía la crueldad de la nueva tiranía que lo dominaba todo.

Concretándonos á España, se observa que, expulsados los árabes, recibió el Municipio todo su poderío y continuó la Parroquia ejerciendo su autoridad, aunque funcionando en distinta esfera de la del Municipio, si bien, por fortuna, siempre en perfecta armonía, para hacer vivir en el pueblo la igualdad y la concordia y satisfacer al propio tiempo todas las necesidades de la civilizacion.

El Municipio, ó administracion local, se conoce en España desde la época de la invasion romana, y todas las revoluciones ocurridas desde entónces han sido impotentes para borrar ó destruir aquella institucion destinada á producir, trabajar, proteger y mandar por el Estado, así como la Parroquia tiene por objeto educar y aconsejar por la Religion.

El pueblo, ó localidad, representado por el Municipio, como ántes por

la Parroquia, es la representacion del espíritu de familia, verdadero orígen y fiel espejo de las costumbres públicas: el Municipio y el Estado son dos patrias distintas que conspiran á la formacion de otra que es la comun á los dos factores, que dan por resultado la Nacion.

La civilizacion moderna, desconociendo completamente los orígenes de la Parroquia y del Municipio, mina sordamente las bases constitutivas de esas patrias en miniatura del Estado, ó patria comun; porque, á fuerza de centralizar, y de aspirar á la unidad, produce los elementos que dan por resultado el comunismo; espectro que se dibuja en lontananza, y que sólo no alcanzan á ver los míopes en política.

Los políticos no debieran olvidar que de la familia nace el Municipio, que de éste se forma la Provincia, y que el Estado es el resultado de la agregacion de éstas. Si la política no hubiese borrado estas sencillísimas nociones, se reconocería por verdadero y único patriotismo el de los pueblos, y para fomentarlo, se concedería al domicilio de la familia, en el seno de cada pueblo respectivo, todo el bienestar é importancia política, hasta el punto de que no debiera nunca concebir el temor de conceder algo al interés general, que es precisamente todo lo contrario de lo que actualmente se practica.

La civilizacion tiene mucho que demandar á los políticos de todos los partidos, que han sido y son una rémora pesadísima para el desarrollo del Municipio ó Parroquia, imposibilitados de moverse ni en reducida esfera por la manía centralizadora que ejerce su accion gubernativa interviniendo en todos los actos de los Municipios, ahogando en su raiz todas las nobles aspiraciones que harían del país uno de los más florecientes y envidiables, en todos los ramos, atendidos los infinitos y preciosos elementos que le harían figurar entre los primeros de los más privilegiados.

*
* *

Valiéndonos de alguna que otra mirada retrospectiva y procediendo por partes, veamos el desarrollo histórico de la jerarquía eclesiástica primero,

examinando despues todos los elementos constitutivos de las sociedades cultas y bien gobernadas.

La Iglesia, democrática aunque monárquica, en su orígen, había conocido á medida que se extendía y segun lo hemos tratado en capítulos anteriores, la necesidad de crearse una jerarquía que regularizase su accion sobre las poblaciones convertidas, y entónces se hizo como una gran república, con sus magnas juntas ó congresos, sus magistrados, sus leyes y su jurisdiccion.

En los ocho primeros siglos del cristianismo hubo varios concilios generales, cuyas decisiones reglamentaron la fe y la disciplina y fijaron el dogma y la jerarquía; á pesar de esto, no presentaba entónces la Iglesia la unidad monárquica que supo imprimirle el inmortal Gregorio VII, uno de los papas más sabios, santos é ilustres que han honrado la silla de Pedro.

Los obispos se creían todos iguales entre sí, y el régimen de la Iglesia era una especie de aristocracia episcopal, sobre la cual había, sin embargo, los patriarcas de Roma, Antioquía y Alejandría, de Constantinopla y Jerusalen. Otras provincias, como la Abisinia, la Persia y la Armenia, tenían tambien sus patriarcas; y, finalmente, una ó varias provincias se hallaban reunidas bajo un obispo metropolitano, á quien se le daba el nombre de arzobispo.

La jerarquía eclesiástica y extension de su autoridad podía producir y produjo conflictos entre las dos potestades, la eclesiástica y la civil.

Desde el siglo XII, se hacen tan frecuentes las controversias y pretensiones entre eclesiásticos y seglares en materia de jurisdiccion que merecen por su importancia un estudio á que nosotros no podemos descender ni por el carácter de nuestro trabajo, ni por el espacio de que podemos disponer.

Diremos únicamente que para juzgar con acierto de ellas, se necesita ante todo conocer fundamentalmente la jurisdiccion propia y esencial de la Iglesia, y distinguirla con mucho cuidado de la que ha recibido en la sucesion de los tiempos, ya por diversas concesiones de los reyes, ya por costumbres introducidas poco á poco é insensiblemente.

La enseñanza en general y la administracion de los sacramentos constituyen la jurisdiccion esencial de la Iglesia, conferida á ella por Jesucristo, al concederla á sus apóstoles despues de su resurreccion (1).

La institucion de los obispos se remonta á la primera edad del cristianismo: elegidos por el pueblo y los eclesiásticos de sus diócesis, la autoridad espiritual era igual á la de los metropolitanos y á la de los patriarcas, á quienes el tiempo y las necesidades del gobierno general de la iglesia dieron ciertos privilegios exteriores.

Platon dijo que en una república de hombres de bien había tanto conato en apartarse de los empleos, como lo hay comunmente en procurarlos.

Esta máxima del gran filósofo tan al reves practicada hoy, porque no hay repúblicas de hombres de bien, se ve muy á menudo practicada en la historia de la Iglesia, como que dió lugar á la máxima de *nolentes querimus*, para el buen acierto en la eleccion de los prelados.

Para tener buenos obispos se tomaban todas las precauciones posibles y de ordinario se confiaba el gobierno á los ancianos más experimentados. Tomábase un sacerdote ó diácono anciano de la misma iglesia, que hubiese recibido en ella el bautismo sin haberse apartado ó salido de ella, de modo que todos conocieran su vida, costumbres y capacidades. Por otra parte, él conocía tambien el rebaño que debía apacentar, por haber servido bajo muchos obispos sucesivos que le habían promovido por grados á los diferentes órdenes. No hacía más que subir al primer puesto y continuar lo que había visto hacer toda su vida. No se podía creer que el pueblo ó el clero de una iglesia pudiese poner confianza en un desconocido, ni que un extranjero pudiera gobernar bien un rebaño desconocido.

Los obispos más vecinos hacían la eleccion con el consejo del clero y pueblo de la iglesia vacante, ó sea, de todos los que podían conocer mejor la necesidad de aquella iglesia. El metropolitano asistía con todos los comprovinciales. Consultaban con el clero, no de la catedral sino de toda la

(1) San Mateo, cap. 28, v. 18.

diócesis, con los monjes, magistrados y el pueblo; pero los obispos decidían y su eleccion se llamaba el juicio de Dios, segun dice San Cipriano. Luégo se consagraba el nuevo obispo y se le ponía en ejercicio; pero era tanta la mira que se tenía por el conocimiento del pueblo, que si rehusaba recibir á uno áun despues de ordenado, no se le obligaba á recibirle; al contrario, se le daba otro que fuese de su agrado.

El poder temporal no tomó parte en las elecciones hasta despues de la conversion de los emperadores por lo que toca á los obispos de las grandes sillas y de los lugares donde residía el príncipe; por esto fueron las más expuestas desde entónces á la ambicion, como la de Antioquía y de Constantinopla. Esta promocion de los obispos, tal como acabamos de verla, duró solamente en los seis primeros siglos y casi igual en los cuatro siguientes. Con esto se explica satisfactoriamente el gran número de santos obispos que presenta la historia de aquellos siglos en todas las partes del globo cristiano.

Los obispos elegidos de esta manera vivían pobres ó á lo ménos frugalmente y algunos trabajaban para vivir. Los procedentes de la vida monástica continuaban guardando sus prácticas.

El amor que hemos sentido siempre á los buenos tiempos de la Iglesia y á las costumbres santas y puras de aquella época, por las que suspiramos siempre, y más ahora en que la cizaña crece arrogante y en espantosa abundancia en el campo escogido del Señor, nos precisa á descender á pormenores que no quisiéramos tratar, y que son casi inoportunos en nuestra obra. Para mayor autoridad, pediremos una página al historiador Fleury.

«El título de siervo de los siervos de Dios y otros semejantes no han venido á parar en mera fórmula sino porque al principio se tomaron en un sentido muy serio. No sé que príncipe alguno, ni magistrado, haya tomado tales títulos. Los primeros que los emplearon tendrían sin duda presentes aquellas palabras del Evangelio (1): «El que de vosotros quiera ser el primero, sirva á los demas; así como el hijo del hombre ha nacido para servir

(1) San Mateo, cap. 20, v. 26 á 28.

y no para ser servido.» No creían, pues, que el clero y áun los obispos debiesen distinguirse del pueblo por sus comodidades temporales, sino por su aplicacion á instruirle, corregirle y aliviarle en todas sus necesidades espirituales y temporales. No se trata, decía Platon (1), de hacer en nuestra República cierta especie de gente feliz; trátase sí de hacer lo más feliz que se pueda á la república entera, aunque sea á costa de algunos particulares. Con mayor razon en una república espiritual, como la Iglesia, es justo que los que gobiernan y sirven al público olviden sus intereses temporales para procurar la salud de los otros con sus trabajos y sufrimientos.

»Pero á esto se opondrá lo que dijo San Pablo (2) «que los sacerdotes que gobiernan bien, son dignos de un duplicado honor;» y que este honor es la retribucion temporal. Es verdad, pero tambien dice (3): «teniendo que vivir y vestir, contentémonos con ello.» Los santos obispos de los primeros siglos no negaban, sin duda, á los buenos operarios las comodidades necesarias; pero sabían que la naturaleza siempre se lisonjea y no guarda con facilidad la medianía. Temían poner á los obispos con tanta comodidad que por ella dejasen de serlo. Un labrador es muy útil en el Estado, y su profesion merecería ser honrada. Bajo este pretexto, dadle, decía Platon (4), un arado de marfil, un vestido de púrpura, vajilla de oro, una mesa abundante y delicada, y vereis que ya no querrá exponerse al sol y á la lluvia, andar por el lodo, aguijar los bueyes, en una palabra, no querrá orar sino alguna vez en buen tiempo para su recreo: lo mismo sucedería con un pastor si se le vistiera como en los teatros. En cualquiera profesion que sea, el artesano demasiado rico y con demasiadas conveniencias no quiere trabajar en su oficio; se abandona á los placeres y á la pereza y arruina á su arte con los mismos medios que se le habían dado para ejercerlo con más comodidad.

(1) 4. Rep. init.
(2) I, ad Timot., cap. 5, v. 17.
(3) Rep. 4.
(4) Tomo I.

* * *

¿Cómo se gobernaba la Iglesia? Cautiva, á la par que admira, el régimen de gobierno de la Iglesia, funcionando en todas partes sin rozaduras ni envidiosos recelos á pesar de las muchas ruedas que constituían su complicado mecanismo. Y es que los obispos, que para nada se acordaban de lo temporal, dirigían todos sus esfuerzos al bien espiritual de sus subordinados, es que, ocupados enteramente en sus funciones, no se acordaban de pensar en cómo iban vestidos, ni cómo estaban alojados. Sus ocupaciones contínuas y únicas eran la oracion, la instruccion y direccion de sus rebaños.

«Tenían, dice Fleury, un conocimiento muy circunstanciado de todas las cosas, y por esta razon las diócesis eran tan pequeñas, á fin de que un sólo hombre pudiese ser suficiente y conocer por sí mismo su rebaño. Para hacerlo todo por otros y de léjos hubiera bastado un obispo en toda la Iglesia. Es verdad que tenían sacerdotes para aliviarlos áun en lo espiritual; para presidir el rezo y celebrar el santo sacrificio en caso de ausencia ó enfermedad del obispo; para bautizar ó confesar en caso de necesidad. Algunas veces el obispo les confiaba tambien el ministerio de la palabra, porque regularmente sólo él predicaba. Los sacerdotes eran sus consejeros y el senado de la iglesia, elevados á esta distincion por su ciencia eclesiástica, su sabiduría y experiencia.»

Llamábanse ancianos los sacerdotes encargados por el obispo de ejercer sobre una parte del pueblo de su diócesis el poder espiritual que no podía ejercer por sí mismo; y había ademas los diáconos ó servidores, destinados á las más humildes funciones del ministerio. Todos los miembros del clero, exceptuados los diáconos, eran iguales en lo espiritual, pero existía entre ellos una gran diferencia en lo tocante á la disciplina. El sacerdote estaba sometido al obispo, éste y los mismos sacerdotes en casos graves lo estaban al concilio provincial, presidido por el metropolitano; finalmente, los patriarcas, que no dependían sino de los concilios ecuménicos, creaban los metropolitanos y vigilaban las iglesias.

Todo se hacía en la Iglesia por consejo, porque sólo se pretendía hacer reinar la razon y la voluntad de Dios. Tenían siempre los obispos fijo en su mente el precepto de San Pedro y del mismo Jesucristo de no imitar la dominacion de los reyes de la tierra, que siempre aspira al despotismo. No creían conocer sólos la verdad, porque no eran presumidos; desconfiaban de sus luces sin estar celosos de las de los otros.

En cada iglesia el obispo no hacía nada de importancia sin el consejo de los sacerdotes, diáconos y de los principales de su clero. Áun muchas veces consultaba al pueblo, cuando el negocio se relacionaba con sus intereses, como las ordenaciones.

Para tratar de los negocios más generales, reuníanse los obispos de la provincia y celebraban concilios. Este era el tribunal ordinario, en el que regularmente debían terminarse todos los asuntos, y por esto se reunían dos veces al año. Estos frecuentes congresos producían dos grandes beneficios: conservaban la union y la amistad entre los obispos y la uniformidad de la disciplina.

Esta última palabra exige una explicacion que no queremos omitir por más que parezca inoportuna.

En el lenguaje religioso ó teológico existe diferencia entre el dogma y la disciplina. El dogma debe ser y es invariable, y es uno por lo mismo en todas las iglesias que tienen establecida su comunion con Roma; pero puede no ser así respecto de la disciplina; porque, entre los dogmas de fe y la disciplina hay la notable diferencia de que, al paso que aquellos son inmutables, esta, sin embargo, es variable.

Los dogmas del cristianismo se sostienen, como sobre una piedra fundamental, en la infalible verdad de Dios que habla, lo que Dios ha revelado á los hombres, y así como una vez ha sido, así es y será siempre verdadero. Pero, en lo tocante á la disciplina es variable, bien que es necesario poner excepciones si no se quiere incurrir en gravísimos errores. Por esto tendían los concilios antiguos al sostenimiento de la uniformidad de la disciplina.

¿Es variable toda disciplina? No; porque no puede variarse la que instituída inmediatamente por el Fundador del cristianismo, ha llegado hasta

nosotros. Ateniéndonos al testimonio de San Agustin podemos decir que Jesucristo no determinó precisamente el comulgar en ayunas ó despues de los *ágapes*, sino que lo dejó á la disposicion de los apóstoles; de manera que no debe sorprendernos que en este punto haya sido varia desde el principio la disciplina. Si Jesucristo hubiese mandado que se tomara la comunion despues de comer «no creo, dice el mismo santo doctor, que hubiese tenido nadie el atrevimiento de mudar esta costumbre» (1).

Podríamos aducir infinitas pruebas que corroborarían la doctrina de la mutabilidad é inmutabilidad de la disciplina, segun sea su orígen; pero sabemos á qué nos obliga la índole de nuestro trabajo y no nos extralimitaremos á sabiendas.

Pero, si no podemos extendernos en explicaciones acerca de esas diferencias, debemos á nuestros lectores un rayo de luz para ver claro en la materia.

¿Puede conocerse si un punto de disciplina debe su institucion al mismo Jesucristo? No vacilamos en contestar afirmativamente con toda seguridad. Un buen método dilucidará todas las dudas y disipará todas las sombras.

Á fin de conocer la procedencia de la institucion, es necesario primeramente ver si el punto de que se trata nos ha sido trasmitido por los Apóstoles, y fijar la atencion en la materia sobre que versa. Para distinguir si una tradicion nos viene de los Apóstoles, hay, entre muchas, dos reglas muy principales que reduciremos á brevísima fórmula, sin atavíos explicatorios que suplirá la perspicacia del inteligente lector. Es la primera que el punto en cuestion debe haber llegado á nosotros por los Apóstoles, y nos habrá llegado por estos, si, observado en toda la Iglesia, no puede fijarse su principio, ni siquiera en un concilio ecuménico. Es la segunda regla que el punto en cuestion debe versar sobre una materia á la cual sólo la autoridad divina pueda extenderse.

Como ejemplo de esta materia pueden citarse los pertenecientes á la constitucion y gobierno esencial de la Iglesia; lo sustancial de los sacramen-

(1) Epíst. 118 ad Januar.

tos; del culto divino, y otros que no están escritos sino solamente observados por tradicion. Si así no fuera, ¿no sería un error gravísimo, y sin embargo no lo es, el bautizar un niño que no cree, ni puede creer actualmente?

Y hablando de la Iglesia, de sus dogmas y disciplina, es de todo punto imposible, máxime en nuestra época, no hablar de un punto de disciplina exterior de vivo interés en todos tiempos, pero de mucho mayor en la actualidad.

¿Es monárquico el régimen de la Iglesia establecido por Jesucristo?

Antes de contestar esta pregunta, queremos presentar á nuestros lectores algunas ideas que, estampadas en obras oficiales, pasan entre algunas naciones europeas, como la moneda corriente en la materia, con grave detrimento de la verdadera doctrina católica y notable perjuicio de los que las aprenden sin otro criterio, para reformarlas debidamente.

Para mayor claridad, debemos retroceder un tanto.

«...La Iglesia conoció bien pronto la necesidad de una unidad mayor. Cuando los árabes conquistaron á Alejandría, Jerusalen y Antioquía, sólo quedaron dos patriarcas, que se disputaron la supremacía. Muchas circunstancias militaban en favor del de Roma. Fundada por San Pedro, el jefe de los Apóstoles, la Sede romana tenía en su favor la tradicion de la Iglesia, el prestigio de los recuerdos, y algunos edictos imperiales. Los obispos de Italia, de la Galia y España reconocieron su supremacía, y los de Inglaterra, Alemania y Escandinavia la aceptaron sucesivamente. El papa se halló pues sin esfuerzo jefe espiritual de la cristiandad en todo el Occidente de Europa; pero las provincias del imperio de Oriente y los pueblos convertidos por sus misioneros permanecieron fieles al patriarca de Constantinopla y á la herejía de la iglesia griega.

Tal era la situacion de la dignidad papal cuando la elevacion de la casa carlovingiana vino á acrecentar su poder; y la intervencion de la Santa Sede en los negocios interiores de las demas iglesias se hizo cada día más frecuente y más extensa. Nicolás I sustituyó á los concilios los decretos de los papas. Este mismo pontífice anuló el poder de los metropolitanos, llamando á sí todos los procesos criminales en que se hallaba envuelto algun obispo,

y atribuyéndose el derecho de consagrarlos sin el concurso del metropolitano, el de alzar de su propia autoridad la excomunion lanzada por un obispo, y, finalmente, el de ejercer en cada iglesia en particular los derechos del episcopado.

Ademas, el envío del *palio* á los metropolitanos colocó á éstos en una estrecha dependencia de la Santa Sede, pues el que no pedía esta investidura á los tres meses de su eleccion se consideraba destituido. Miéntras que la Iglesia pasaba así de la aristocracia á la monarquía, los obispos, despojados por una parte por el papa, se vieron ademas forzados á entrar en la sociedad nueva, formando parte del feudalismo. Poseedores de bienes considerables cedidos á sus iglesias, fueron por este hecho vasallos del rey; como todo propietario de tierra, tenían la jurisdiccion criminal, el derecho de acuñar moneda, etc.; pero tambien se vieron obligados á recibir la investidura feudal y con ella á cumplir todos los deberes feudales. No obstante, como señores espirituales de su diócesis, los obispos conservaron y extendieron el derecho de excomunion. En los primeros tiempos era esta una simple pena eclesiástica que separaba al culpable de la comunion de los fieles, pero en el siglo x los obispos obtuvieron que en muchos casos el brazo secular ejecutase sus sentencias.

Fuera del clero secular se hallaban los monjes, institucion que había sido trasportada desde el Oriente, donde existió en todas épocas, en todos los cultos y en todas las doctrinas, al Occidente, donde la vida contemplativa de los cenobitas de Tebaida y del monte Carmelo, fué reemplazada por una vida activa y útil. Del monasterio de Serins salieron numerosos predicadores, intrépidos misioneros, ilustres prelados, sabios distinguidos y monjes labradores, que desmontaron los valles del monte Sura. Pero el fundador, ó más bien, el regulador de la vida monástica en Occidente, fué San Benito de Nursia, que fundó la órden de los Benedictinos.

El papa comprendió pronto cuán útil sería esta institucion para la iglesia y su jefe. Así los benedictinos, adoptados por la Santa Sede, se hicieron sus agentes, sus misioneros, y trabajaron incesantemente en extender, con la fe, la autoridad pontificia. En pocos años los conventos de benedictinos

se propagaron por toda Europa, y su prosperidad fué tan rápida, que desde principios del siglo IX fué preciso que San Benito de Aniano les sometiese á una reforma severa. Ya entónces había estallado entre ellos y los obispos una terrible rivalidad, que se terminó sustrayendo á los monjes de la dominacion de las iglesias locales y colocándoles bajo la del jefe de la Iglesia universal.

« Los monjes empero no comprendieron su verdadera posicion, y olvidaron la regla y las austeridades por goces mundanos. En el siglo X el escándalo fué tan grande, que fué preciso pensar en una reforma. Entónces se creó hacia el año de 910 la célebre abadía de Cluny, que fué como la metrópoli de un número inmenso de monasterios. »

En todo lo que antecede no se ve más que el intento de presentar como plan de política humana lo que es á todas luces innegable disposicion divina. El espíritu de secta, la pasion protestante, en lucha contra la verdad, informan todos los períodos que acabamos de trascribir.

No podemos bajar á la controversia, ni debemos perder de vista el punto concreto á donde nos dirigimos en nuestro trabajo, pero, sea como fuere, podemos y debemos poner la verdad en su lugar, sin miramientos ni consideraciones, que es la obligacion de todo hombre honrado.

Respecto á la supremacía del papa, tiene el gran canciller Gerson un pasaje precioso, y que no tiene réplica, especialmente recayendo en un personaje que, ademas de su incuestionable autoridad, reune la atendible circunstancia de merecer los mayores elogios de todos los adversarios de Roma. A fin de no cargar el texto con autoridades latinas, y al objeto de no privar del gusto de saborearlo á los que poseen el latin, lo ponemos por vía de nota para que vea el lector los pomposos dictados que regala el ilustre canciller á los que se atreven á negar la supremacía de la cátedra romana (1).

A los que tengan á Gerson por demasiado adicto á las prerogativas de los

(1) Status Papalis institutus est á Christo supernaturaliter et immediate tanquam primatum habens monarchicum et regalem in ecclesiastica hierarchia, secundum quem statum unicum et supremum Ecclesia militans dicitur una sub Christo; quem statum quisquis impugnare, vel imminuere, vel alieni statui ecclesiastico particulari coæquare præsumit, si hoc pertinaciter faciat, hæreticus est, schismaticus, impius atque sacrilegus. —*De statib. Eccles. consid. I.*

papas, podemos citarles á Bossuet, nada sospechoso por sus muchas aficiones galicanas, quien se expresa de la manera siguiente á propósito de los privilegios de la Sede Romana y del gérmen de unidad visible en la persona del primer Obispo de Roma:

«Pedro aparece siempre el primero en todas maneras; el primero en confesar la Fe, el primero en la obligacion de ejercitar la caridad, el primero de todos los Apóstoles que vió al Salvador resucitado de entre los muertos, como había sido el primer testigo de esta verdad delante de todo el pueblo; el primero cuando fué preciso llenar el número de los Apóstoles; el primero que confirmó la fe con un milagro; el primero para convertir los judíos; el primero para recibir á los gentiles; donde quiera el primero. Mas, yo no puedo referirlo todo: sólo diré que todo concurre para establecer su primacía; sí, todo, hasta sus faltas..... El poder dado á muchos lleva su restriccion en su particion misma, en vez de que el poder dado á uno solo, y sobre todos y sin excepcion, encierra en sí mismo la plenitud..... Todos reciben el mismo poder, mas no en el mismo grado, ni con la misma extension. Jesucristo empieza por el primero, y en este primero desenvuelve el todo..... á fin de enseñarnos que la autoridad eclesiástica establecida primeramente en la persona de uno solo, no se ha extendido á otros, sino bajo condicion de ser reducida siempre al principio de su unidad, y que todos los que habrán de ejercerlo, deben estar inseparablemente unidos á la misma Cátedra.

»Esta es la Cátedra tan celebrada de los Padres, en donde ellos han exaltado, como á porfía, el principado de la Cátedra apostólica, el principado principal, la fuente de la unidad, y en el lugar de Pedro, el eminente grado de la Cátedra sacerdotal; la Iglesia madre, que tiene en su mano el cuidado de todas las demas iglesias; el Jefe del Episcopado, de donde parten los radios del gobierno; la Cátedra principal; la Cátedra única, en la cual sólo todos guardan la unidad. Con estas palabras se expresaban, y en ellas oís á San Optato, San Agustin, San Cipriano, San Ireneo, San Próspero, San Avito, San Teodoreto, el Concilio de Calcedonia y los demas; el África, las Galias, la Grecia, el Asia, el Oriente y el Occidente, todos unidos..... Pues entraba en los designios de Dios permitir que se levantasen

cismas y herejías, por esto no había constitucion más firme para sostenerse, ni más fuerte para destruirlas. Por esta constitucion todo es fuerte en la Iglesia; porque en ella todo es divino, y todo está unido; y como cada parte es divina, su union tambien es divina, y su conjunto es tal, que cualquiera parte de él obra con la fuerza del todo. Por esto nuestros predecesores han dicho que obraban en nombre de San Pedro, por la autoridad dada á todos los obispos en la persona de San Pedro, como vicarios de San Pedro; y así lo han dicho áun cuando obraban por su autoridad ordinaria y subordinada; porque todo se ha puesto primeramente en San Pedro, y la correspondencia de todo el cuerpo de la Iglesia, es tal, que lo que hace cada obispo segun la regla y el espíritu de la unidad católica, toda la Iglesia, todo el obispado, y el Jefe del Episcopado lo hacen igualmente con él.» (1)

En la obligacion de decir algo de los monjes, confesamos con toda franqueza que nos asusta ocuparnos en una cuestion que de puro conocida de todo el mundo, no puede tratarse sino repitiendo lo que nadie ignora y sin poderse librar de la nota de pretencioso en vana erudicion. Á reserva, empero, de estampar alguna que otra idea oportuna cuando la ocasion se presente, y atendiendo á que los benedictinos salen mal librados del juicio que anteriormente hemos trascrito, é ignorando muchos la regla de la Órden, nos permitiremos un ligerísimo extracto de la misma, para que el lector imparcial y despreocupado juzgue de una obra que si algunos concilios calificaron de santa y un gran papa la llamó eminente en ciencia, discrecion y gravedad y admirable por su sencillez, la leían con frecuencia el célebre Cosme de Médicis y otros muchos experimentados legisladores, considerándola como un fondo rico en excelentes máximas para aprender el arte de gobernar bien.

Comienza mandando San Benito que se reciba en su órden á toda clase de personas sin distincion alguna: á los niños, á los adolescentes, á los adultos, á los pobres y á los ricos, á los siervos y á los que nacieron libres, á los doctos y á los ignorantes, á los legos y á los clérigos. Para admirar

(1) Sermon sobre la unidad.

como se debe en justicia la profunda sabiduría y el vasto conocimiento de la sociedad, que revela esta primera disposicion de la regla benedictina, deben recordarse las circunstancias de lugar y tiempo sobre todo en que Benito instituyó su órden.

¿Cuál era entónces la situacion de Europa? Un diluvio de bárbaros la tenía enteramente circundada y todo el mundo antiguo se derrumbaba á la vista de los vencedores. Aparece Benito cuando la catástrofe social amenaza acabar con la sociedad europea y su regla es la nueva arca abierta á cuantos desean salvarse, «y con toda verdad puede decirse que, como la antigua, llevaba la nueva arca las primicias de un nuevo mundo; en ella se refugiaron las tradiciones de las ciencias y de las artes; de ella salieron los infatigables trabajadores que más tarde desmontaron parte de la Europa y la emanciparon de la barbarie.»

Los religiosos benedictinos se levantaban á las dos de la mañana, y el abad en persona debía tocar los oficios; despues de los maitines empleaban el tiempo que les quedaba hasta la aurora en leer y en meditar; trabajaban desde las seis de la mañana hasta las diez, y luégo comían; entre la fiesta de Pascua y la de Pentecostés no había ayuno, pero desde esta festividad hasta el 13 de Setiembre ayunaban los miércoles y viernes, y todos los días desde el 13 de Setiembre hasta Pascua.

Era perpétua la abstinencia de carne, y si eran pobres en su alimento lo eran tambien en su vestido. En los climas templados se componía de una cogulla, de una túnica y de un escapulario; la cogulla era una especie de capuchon con que cubrían su cabeza para librarla del ardor del sol ó del rigor del frío; la túnica era el vestido interior, y el escapulario el exterior durante el trabajo, pues concluido éste se despojaban de él para ponerse la cogulla, que usaban durante el resto del día. Todos los vestidos eran de lana y de las telas más comunes y baratas. Para evitar todo motivo de propiedad, el abad daba á cada religioso su pequeño ajuar, esto es, ademas de sus vestidos, un pañuelo, un cuchillo, una aguja, un puntero para escribir y una cartera. Su cama consistía en una estera de paja, una sábana de jerga, una cubierta y una almohada.

Los que acusan de holgazanería á la vida monástica, por la sola razon de ser ellos solemnes holgazanes, ignoran que su vida religiosa se dividía entre la oracion, el trabajo manual y el trabajo intelectual: el benedictino, que era leñador, agricultor, albañil, arquitecto, cortaba inmensos bosques, sujetaba al cultivo tierras ántes vírgenes que luégo eran fértiles por sus acertados y asíduos cuidados; en solitarios valles ó en sitios de salubridad reconocida levantaba edificios que todavía nos admiran por sus excelentes cualidades de solidez, extension y elegantes proporciones.

El amor á la verdad y el respeto que nos inspira el sentimiento de justicia nos obliga, aún á trueque de pasar por molestos, ó de atraernos la nota de fanáticos—que no merecemos por ningun concepto—á detenernos en un punto que la civilizacion actual debe agradecer.

Comprendiendo el benedictino que el hombre no vive de sólo pan, miéntras el monje agricultor regaba con el sudor de su frente la tierra cubierta de bosques y ruinas, el monje sabio, encerrado en su *scriptorium*, «desmontaba los eriales de la inteligencia, y legaba á los siglos futuros las riquezas de los siglos pasados (1).» Y esto lo hacían los monjes sin retribucion de ninguna clase, sin ambicion de gloria, sin esperar el lauro para un nombre que debía quedar enterrado dentro de la oscuridad del cláustro, en el silencio de la celda. Ahora el más insignificante folletinista, el más insulso zurcidor de novela tiene la arrogancia de encabezar las páginas de sus necedades con su *vera effigies* grabada, litografiada ó debida á otro de los procedimientos en uso, miéntras la espantosa sabiduría de los benedictinos ha quedado individualmente oscura. Cuando vemos grandes edificios, trabajos que nos asombran por su magnificencia, duracion y solidez, decimos: es obra de romanos; á la manera que decimos: es obra de benedictinos, cuando consultamos obras cuya extension compite con la profundidad del saber.

«En el órden de la ciencia, dice un publicista moderno, los *escritorios* formaban una de las partes más importantes de los monasterios, y consistían en unas grandes salas, construídas de piedra de sillería y con espesas

(1) En todos los monasterios había un *scriptorium* (escritorio).

bóvedas, á fin de ponerlas al abrigo de las llamas, y en ellas sobre filas de pupitres más ó ménos largas estaban sujetos con cadenas de hierro los manuscritos de las obras antiguas: á ellos les retenía una cadena más fuerte aún, la excomunion; sí, pues aquellos papas, aquellos obispos, aquel clero católico, á quienes se acusa de ser enemigos de las ciencias, habían prohibido bajo pena de excomunion trasladar de un pupitre á otro aquellos preciosos manuscritos. En efecto, manuscrito había que era el único, y permitir que fuese cambiado de sitio, que fuese trasladado de una parte á otra, era exponerlo á perderse ó á alterarse, pérdida que hubiera sido irremediable. Ahora bien, frente de uno de aquellos pupitres pasaba el benedictino su vida, ¿qué digo su vida? á veces la vida de un religioso no bastaba para transcribir, descifrar y poner en órden una sola obra; entónces, al morir, legaba su puesto y su puntero á uno de sus hermanos, que continuaba el empezado trabajo, y aquellas vidas añadidas á otras vidas, aquellas inteligencias que se continuaban, han enriquecido al mundo moderno con las obras maestras que nos es lícito admirar, pero no reproducir.

»Los benedictinos no sólo conservaron los libros depositarios de las ciencias, sino que fueron tambien los apóstoles de gran parte de la Europa..... En fin, aquella Órden, inspirada evidentemente por Dios para salvar los restos del mundo antiguo y para preparar un mundo nuevo, se derramó por todas partes con tal rapidez, que bien puede decirse que, si bajo el aspecto intelectual como bajo el material, es hija la Europa de los benedictinos, en breve no hubo provincia en que no se conociese la regla de San Benito, y en 1336 eran tan numerosos los monasterios de aquella Órden, que el papa Benedicto XII los dividió en treinta y siete provincias, incluyendo en una sola reinos enteros, como la Dinamarca, la Bohemia, la Escocia, la Suecia, etc., lo que manifiesta la prodigiosa extension de la Órden y el número de sus monasterios.»

Inglaterra recibió la civilizacion de manos de los benedictinos. Antes de la llegada de éstos á aquella isla, vivían los ingleses entregados á toda clase de vicios y sumidos en la más crasa ignorancia, como lo prueba que al desembarcar en la gran Bretaña no conocían el uso de las letras, y que todos

los progresos que hicieron en las ciencias hasta el tiempo de los benedictinos se redujeron á aumentar el alfabeto de los irlandeses. Su crueldad era tanta que vendían á sus propios hijos como esclavos, inhumanidad que apénas se encuentra actualmente entre los negros.

*
* *

Despues de lo que antecede subleva á toda persona recta é imparcial leer la continuacion de lo que anteriormente decíamos tomada de una obra oficial para varios puntos de Europa que no deshonraremos citándolos nominalmente.

«La reforma, dice, que San Benito hiciera en los monjes de Cluny, San Romualdo en los de Camaldoun, San Gualberto en los de Vallehumbroso, la emprendió en todo el mundo cristiano, para el clero secular, un monje de Cluny: Hildebrand, papa, bajo el nombre de Gregorio VII, la emprendió en todo el mundo cristiano, para el clero secular. Este papa se proponía dos objetos: primero, poner fuera de toda disputa, de todo exámen, el poder absoluto de la Santa Sede sobre el clero; segundo, hacer reconocer esta supremacía por el mismo poder temporal y establecer en Europa una vasta teocracia (1).

»Respecto á la primera parte de su plan, hemos visto ya en otro lugar que tuvo un éxito completamente feliz. La confirmacion de los obispos pasó de los metropolitanos al papa, y éste estableció el uso de enviar á los diversos reinos legados que representando la autoridad pontifical en la plenitud de sus derechos anularon por todas partes el poder de los obispos. El derecho de dispensa, que sólo pertenecía á éstos en los límites de sus diócesis, pasó á la Santa Sede para toda la extension de la cristiandad. La enérgica voluntad de Gregorio VII y su austeridad de costumbres logró sin obs-

(1) Recuerde el lector que son protestantes quienes hablan.

táculos toda esta reforma; pero tambien dijimos ya el éxito de la lucha con el poder temporal. Los más ilustres sucesores de Gregorio VII continuaron su plan, y lucharon por el establecimiento del poder de la Iglesia sobre las dominaciones del siglo.»

Hemos escrito el nombre de la figura más colosal de su siglo y quizas de todos los siglos desde que existe la Iglesia cristiana; por lo que habrán de dispensarnos nuestros lectores que, descubriéndonos respetuosos ante tanta majestad de saber y virtudes, suspendamos por un momento nuestro viaje para estudiar este carácter, ya que así habremos abarcado un siglo y las inmensas consecuencias que en lo venidero notaremos como salidas inmediatamente de la poderosa fuerza que supo hacer sentir aquel fenomenal organismo.

Oigamos ántes resumido un dictámen protestante.

«La unidad católica en la época de su prestigio y de su fuerza, el reinado de lo espiritual, que fuera de su órbita ha invadido completamente todos los poderes humanos, la choza de los humildes sucesores de San Pedro, convertida en el soberbio palacio de los dominadores del mundo, el pastor de Roma, arrebatado de su excesivo celo, disponiendo de todas las cosas de la tierra, declarando guerras, ajustando paces, dando y quitando coronas; pero al mismo tiempo la corrupcion cauterizada, la simonía perseguida, el catolicismo emancipado, el derecho algunas veces respetado y la tiranía de los monarcas acaso reprimida, tal es la época encarnada en Hildebrando, uno de los gigantes históricos que más merecen nuestro respeto, por ser la figura que sola descuella entre las más altas de su tiempo, y el único que hizo una realidad de ese sueño que ha agitado ántes y despues las cabezas de tantos reyes y conquistadores: de Alejandro, de César, de Felipe II, de Luis XIV y de Napoleon I. Todos intentaron, por la fuerza de las armas, la conquista del mundo y el establecimiento de la monarquía universal, y todos murieron sin haber dado cima á una empresa que Hildebrando llevó á cabo por el poder de su voluntad y la eficacia de la jerarquía católica.»

La política protestante de pacotilla se ha manifestado sin ambajes en las anteriores líneas, á pesar de ser un elogio digno de envidia del gran Hildebrando, hijo de un pobre carpintero.

Reservándonos alegar autoridades protestantes para justificar el poder temporal de los papas en la Edad Media, no estarán de más cuatro palabras acerca de las pretensiones al mismo poder que, sin conocimiento de la materia, achacan algunos ignorantes ó maliciosos á Hildebrando.

Para juzgar con acierto acerca de ellas, es preciso eliminar nuestras ideas actuales y tomar las del siglo en que este papa vivió. El derecho que Gregorio reclamaba era consecuente al régimen feudal, idéntico al que ejercían en aquella época todos los señores y soberanos, siendo tan ridículo acriminarle sus aspiraciones á la soberanía de Hungría y Dalmacia, etc., por ejemplo, como lo sería increpar al emperador de Alemania que pretendiese la de Borgoña y de Lorena; pues el derecho era el mismo en uno y en otro caso, y en ambos conforme al espíritu de la época. Ya ántes del advenimiento de Gregorio VII, muchos soberanos, viendo que Roma se distinguía por su tino, justicia é ilustracion, y por su autoridad tutelar, al morir dejaron sus reinos como en feudo de la Santa Sede, no ya incitados del sólo estímulo piadoso, sino de su propio interés, pues declarándose vasallos de la Santa Sede, aseguraban para sí y sus hijos una poderosa proteccion contra las usurpaciones de sus vecinos y la rebeldía de sus pueblos, los cuales á su vez eran más dóciles viendo en el papa un amparo contra los desafueros de sus monarcas; amparo no insignificante en unos tiempos en que la autoridad pontificia era la única universalmente reconocida y respetada áun de los pueblos más bárbaros.

«En efecto, siempre que un emperador quería posesionarse de algun estado vasallo de Roma, se lo atajaba el papa prohibiéndole salvar la frontera, y diciéndole lo que San Gregorio VII á Vecelino: «Mucho nos admira que habiendo vos tiempo há prometido ser fiel á San Pedro y á Nos, pretendais sublevaros contra el que la autoridad apostólica ha establecido por rey de Dalmacia; así, de parte de San Pedro os vedamos que hagais armas contra este rey, pues el ir contra él sería atacar á la misma Santa Sede. Si algun motivo teneis de queja, acudid á Nos y os haremos justicia; de otra manera sabed que desenvainaremos la espada de San Pedro para castigar la

audacia y tenacidad de cuantos os favorecieren en semejante empresa (1).»

»Tal era el lenguaje del papa; y siendo así, ¿qué extraño que los príncipes fuesen con él tan liberales, si tanto les impulsaba su interés? Cualquier reyezuelo débil, mal seguro en su trono, se acogía á la proteccion del Padre Santo, recibiéndolo como verdadero favor. Así Demetrio, rey de los rusos, envía su hijo á Gregorio para suplicarle, con vehementes instancias, que acepte su reino en feudo de San Pedro, segun resulta de una mision del mismo Gregorio. «Tu hijo, le dice al monarca, habiendo venido á visitar los sepulcros de los apóstoles, se ha presentado á Nos y declarado humildemente *(devotis precibus)*, que deseaba recibir ese reino de nuestras manos, asegurando que tú aprobarías su peticion. En atencion, pues, á ello y á la piedad del postulante, hemos deferido á su deseo, y, otorgádole lo que solicitaba (2).»

Este derecho de soberanía libremente impartido á los papas en interés de los mismos reyes y de sus pueblos, explica toda la historia política de la Edad Media. En aquellos tiempos de anarquía, pueblos y señores se burlaban de sus monarcas, y sólo respetaban á los obispos y pontífices; los monarcas á su vez, para asegurar su trono, tuvieron que echarse en brazos de los papas, y hé aquí como éstos llegaron á ser grandes y poderosos medianeros entre soberanos, reyes y pueblos, y áun jueces suyos en caso de disidencia; y si por un lado sostenían la monarquía, por otro le servían de contrapeso en sus extralimitaciones; de manera que en este concepto prestaron inmensos servicios á la causa de la humanidad, servicios que han sido debidamente apreciados por los hombres pensadores de todas las opiniones.

«El poder papal, dice un ministro protestante, siendo dispensero de las coronas, impedía que el despotismo se hiciera feroz; y esto explica por qué en aquellos tiempos de tinieblas no se ve un solo caso de tiranía comparable á la de Domiciano, por ejemplo. Un Tiberio era ya imposible, porque Roma lo hubiera despachurrado: los grandes despotismos acaecen cuando

(1) S. Gregor., *Epist.* XVII, 4.
(2) S. Gregor., *Epist.* XI, 74.

los reyes creen que nada hay superior á ellos, pues entónces la embriaguez del poder ilimitado ocasiona los excesos más monstruosos (1).»

«No existiendo órden social en la Edad Media, dice tambien otro protestante, la sóla autoridad del papa salvó quizas á la Europa de una completa barbarie, pues creó relaciones entre los pueblos más distantes, atrajo como á un centro comun á las naciones aisladas, se elevó como tribunal omnímodo en medio de la universal anarquía, siendo sus fallos algunas veces tan respetables como respetados; previno ó atajó el despotismo de los emperadores, reemplazó el desequilibrio y aminoró los inconvenientes del régimen feudal (2).»

Si de estas ideas generales queremos hacer aplicacion á un caso particular, oigamos la siguiente autoridad:

«En cuanto al imperio de Alemania en especialidad, los papas tenían sobre esta corona un poder propio, emanado del derecho público; los príncipes sajones, de acuerdo con gran número de lombardos, franceses, bávaros y suevos, se dirigen á Gregorio VII y le dicen no convenirles que un soberano tan protervo como el emperador Enrique IV, conocido más aún por sus delitos que por su nombre, siga llevando la corona, máxime no habiendo recibido la investidura de Roma; por tanto, siendo necesario devolver á Roma su derecho de establecer los reyes, importa que el papa y la ciudad romana con el consejo de sus señores elijan un príncipe que sea digno de la soberanía por su prudencia y buena conducta; recuerdan ademas que el Imperio no es sino un feudo de la ciudad eterna. Insiguiendo ese testimonio, es indudable que Roma confería la dignidad real con derecho de nombrar ó desposeer, de acuerdo con sus señores, á los reyes del Imperio germánico, y este derecho se reconoce paladinamente, y su ejercicio se invoca en una circunstancia solemne por los hombres más interesados en negarla, si negarla fuese posible (3).»

---

(1) *Ensayo sobre la historia de Jesucristo*, por Ch. Coquerel, pág. 75.

(2) ANCILLON. Cuadro de las revoluciones del sistema político de Europa.

(3) AVENT. Vida de Gregorio VII.

Séanos lícito consultar ahora una respetable opinion protestante acerca del poder temporal de los Sumos Pontífices en la Edad Media.

«Bella era la soberanía que los Inocencios y Gregorios osaron establecer sobre las inteligencias..... «Respetadme, decía, sometéos, obedeced, y yo en cambio os daré el órden, el saber, la union, la organizacion, el progreso, y áun, en cuanto esa revuelta época permite, la paz y la tranquilidad.» ¡Nada se advierte en este predominio de concreto, de personal, ni de bárbaro; él ensancha los límites del orbe cristiano, ataja las invasiones del islamismo y contrabalancea, con un poder inteligente y moral, el poder brutal y sangriento de los cetros de hierro y de las lanzas de buen temple! Con una mano el poder papal lidió contra la media luna, miéntras con la otra ahoga los restos del paganismo enérgico del Septentrion: aúna como en un punto céntrico las fuerzas morales y espirituales de la especie humana: es déspota á la manera del sol, que hace rodar el globo.

»Cuando la barbarie y ferocidad universales tendían á desorganizarlo todo, ella lo hacía revivir todo. Conculcaba, decís, las diademas de los reyes y los derechos de las naciones, hincando insolente planta sobre la cerviz de los monarcas, y nada se hacía sin el visto bueno de Roma. Enhorabuena, pero esta dominacion *jactanciosa* era un inmenso beneficio: la fuerza del espíritu obligaba á la fuerza bruta á la rendicion; acaso de todos los triunfos reportados por la inteligencia sobre la materia, ese es el más sublime.

»Trasladémonos á aquellos tiempos en que la ley enmudecida, acotada por la espada, se revolvía en sangriento fango: ¿no es cosa admirable ver á un emperador aleman, cuando en la plenitud de su pujanza va á lanzar sus soldados para ahogar el gérmen de las repúblicas italianas, detenerse súbitamente sin poder dar un paso más? ¿No lo es ver á unos tiranos, cubiertos de hierro, rodeados de sus cohortes, un Felipe Augusto de Francia, ó un Juan de Inglaterra, suspender su venganza y sentirse como heridos de inercia? Y todo esto, ¿á la voz de quién se opera? ¡Á la voz de un pobre anciano, habitante de una ciudad remota, con dos batallones de malas tropas, y

(1) AVENT. Vida de Gregorio VII.

poseyendo apénas algunas leguas de un terreno sin cesar disputado! ¿No es este un espectáculo capaz de elevar el espíritu, y una maravilla más extraña que todas las que llenan la leyenda cristiana? (1)»

* * *

Contra nuestra voluntad y faltando á nuestro propósito, nos vemos obligados por la fuerza de la ilacion de las ideas á detenernos un momento en el período anterior al advenimiento de Gregorio VII, para decir dos palabras solamente acerca del manantial de escándalos y desórdenes que dieron celebridad á aquella agitada época so pretexto de las investiduras.

Llámanse investiduras eclesiásticas la entrega de algunas insignias que denotan jurisdiccion y dignidad espiritual. Las reprobadas por la Iglesia son las que los príncipes seculares practicaban, entregando al nuevo obispo el báculo pastoral y el anillo, como emblemas de la jurisdiccion episcopal, y fueron definitivamente abolidas por el concilio general de Letran en 1123.

Estas investiduras fueron durante el espacio de un siglo próximamente el fecundo pero funestísimo manantial de las más horrendas iniquidades, en las que se distinguió Alemania. Aquí, como en todas partes, los emperadores, reyes, magnates y señores, se habían arrogado el derecho de nombrar sin intervencion del poder eclesiástico, todas las dignidades sacerdotales que hubiese en sus dominios y en los de sus vasallos, á los cuales promovían las más de las veces, no á personas ejemplares, sino cortesanos que adulaban sus pasiones, ó favoritos que secundaban sus planes ó miras segun convenía; y como solía haber necesidad de dinero, ya para el gasto de sus vanidades y despilfarros, ya para sostener guerras y contiendas, era muy frecuente poner los obispados y abadías en almoneda y concederlos al mejor postor. La conducta regular y eclesiástica del candidato era lo que ménos se atendía en semejantes casos.

(1) *Quaterly Review.*

«¡Júzguese (dice un autor moderno) qué innumerables males acarrearía á la Iglesia semejante sistema! Siendo el dinero el alma de todo, el afan dominante era ganarlo, no parándose en los medios, y de aquí concesiones, vejaciones, codicia, dilapidacion de los bienes del pobre, y violencias odiosas contra el pueblo. Más aún: la mala eleccion conducía á veces á conferir la dignidad episcopal á sugetos los más indignos, como siervos y troneras, para que desde sus puestos no cuidaran de atajar los excesos de los grandes sus protectores, que precisamente los elegían por esto. Así pues, los desórdenes del clero nacían principalmente de que el siglo se había entrometido en el santuario, sembrando en él todos sus vicios y sus hábitos criminales; y la Iglesia, santa é incorruptible, como siempre, podía decir al mundo con plena verdad: *Si malos sacerdotes tengo, es porque tú los has hecho así.*

»Esta especie de nombramientos de parte de los príncipes y señores laicos era una usurpacion notoria de los derechos eclesiásticos, pues la Iglesia desde su cuna había atendido sabiamente á la eleccion de sus pontífices, previendo los funestos males que sucederían de dejar á los soberanos de la tierra la privativa de elegir obispos; y por esto en los cánones apostólicos se pronuncia la destitucion de aquellos prelados que obtuviesen su dignidad del poder secular sin participacion de la Iglesia (1). Á ella, en efecto, pertenece esencialmente el derecho de nombrar sus ministros, y si bien llamó el auxilio del pueblo en sus elecciones, concediéndole hasta el derecho de emitir voto, más fué por favor que por otra cosa, pues en último resultado los obispos eran quienes decidían, y el pueblo, asistiendo como testigo, más bien designaba que nombraba.

»Al impulso de sus pasiones los magnates temporales hollaron este divino precepto, de suerte que humanamente puede decirse que tocaba la Iglesia á su término. Avasallada de un lado por el brazo secular, deshonrada de otro por sus ministros, conculcada hasta en sus constituciones fundamentales, iba á sonar su última hora y la de la sociedad con ella; pero la inmortalidad es su patrimonio y nunca mejor que entónces se vió la verdad

(1) Can. 30.

de estas palabras: «¡Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella!» Faltaba un reformador: Dios lo suscitó en la persona del santo papa Gregorio VII.»

¡Ah! Estas últimas palabras contristan amargamente nuestra apesarada alma; porque si la Providencia deparó un reformador, cuando la Iglesia y la sociedad estaban al borde del abismo en cuya sima debían hundirse por siempre ambas; si en otras épocas azarosas, como en el siglo XIII, suscitó un Francisco de Asis para el mundo en general y un Domingo de Guzman para el mediodía de Francia; si más adelante frente á frente de la Reforma opuso un Loyola; ahora en que corren días azarosos para el catolicismo, ahora en que de todas partes soplan vientos huracanados que amenazan descargar tremendas tempestades que engullan la sociedad actual, ya que no á la Iglesia, porque nos consta que no puede sucumbir, aunque no nos consta dónde deba residir, ahora, repetimos, y sin faltar al respeto debido á las disposiciones divinas que no están al alcance humano, ¿en dónde está el hombre providencial en las esferas de la santidad, del poder, de la ciencia, destinado por el cielo para encauzar la sociedad actual, descreída, desmoralizada, sumergida en los lodazales de los goces, de las pasiones, de todos los vicios y defectos?

«Sesenta años, dice un apologista católico moderno, contaba Gregorio cuando su eleccion. Enviado de Dios para extirpar abusos y contrastar la iniquidad, ya se presentara rodeada del prestigio de la ciencia ó del aparato de la majestad, reunía este nuevo Atanasio á una gran santidad y larga práctica de los negocios las cualidades naturales más eminentes: rectitud y sensibilidad de corazon, justicia en los planes, prudencia y firmeza en ejecutarlos, actividad increible, vigilancia universal desde el sólio de los reyes hasta la celdilla del cenobita, valor capaz de arrostrar todos los peligros, genio vasto, rico y fecundo en recursos, creciendo á medida de las dificultades, igualmente versado en las letras sagradas y profanas, fuerte en la adversidad, moderado en la prosperidad, modesto, sobrio, casto, hospitalario, y debiendo toda su elevacion á su sola virtud y merecimiento.

»Apénas elegido, el nuevo pontífice procuró justificar las grandes espe-

ranzas fundadas en él: «salvar á la sociedad por medio de la Iglesia, tal fué el objeto de todos sus trabajos.» Para conseguirlo, era ante todo necesario emancipar á la Iglesia de los poderes bastardos que la tenían esclavizada y la mancillaban dándole ministros indignos. Gregorio emprendió esta gloriosa liberacion; luchó mucho y con porfía, pero al cabo lo consiguió... Pueblos modernos, postráos de hinojos ante el Moisés de la Edad Media, á quien sois deudores de la libertad que gozais, de vuestras luces, de vuestra gloria, de vuestra civilizacion, porque él es quien salvó á la Iglesia, madre de todos estos beneficios. Con respecto al emperador Enrique IV, Neron de su siglo, tuvo que desplegar grandes medidas de rigor; esto ha dado pié á los impíos para que insultaran la memoria del Romano Pontífice; pero, la verdad, hija del tiempo, ha resplandecido al cabo, y los impíos con sus imputaciones calumniosas han sido juzgados, y actualmente los mismos protestantes son los primeros en vindicar al Santo Padre y proclamar su profunda sabiduría.»

* * *

Las ideas se aglomeran, los sentimientos se amontonan y crecen así en importancia como en número, á medida que nos internamos en la Edad Media, quedándonos el sentimiento de no poder tratarlos, como le queda al curioso viajero que ve de léjos risueños y ricos sitios que quisiera visitar, pero que se lo impiden absolutamente las exigencias de su itinerario.

Retrocediendo ahora en la revista que estamos rápidamente trazando de lo que atañe á la constitucion de la Iglesia, y sabiendo ya el criterio á que debemos atenernos, vean nuestros lectores cómo presentan los enemigos de la Iglesia los sucesos cuya influencia y desenlace conocemos.

Al propio tiempo, dicen en sustancia, que la dignidad pontificia hacía reconocer su autoridad absoluta sobre las iglesias nacionales, los obispos se veían despojados en sus diócesis de la mayor parte de sus derechos por los

cabildos. En una época remota los obispos reunieron todos los eclesiásticos de sus casas episcopales en una especie de hermandad, cuyos miembros vivían en comun y comían á la misma mesa. Estas hermandades sirvieron en un principio de consejo á los obispos; y luégo con el tiempo el uso estableció que el obispo no podía emprender nada sin consultar de antemano al cabildo. Paulatinamente los canónigos formaron unos estatutos, y se atribuyeron el derecho de proveer las plazas vacantes en el cabildo, y hasta el de elegir el obispo, imponiéndole de antemano capitulaciones favorables á sus intereses.

Así la aristocracia episcopal, tan fuerte desde el siglo VII al IX, era á la vez atacada por la dignidad pontificia, que se elevaba sobre todas, por los cabildos, y finalmente por los monjes, que heredaban la antigua popularidad episcopal y su influencia sobre las clases bajas. Desde fines del siglo XI se multiplicaron admirablemente. Pero la reputacion de todas estas congregaciones se borró con la de los franciscanos, fundada por San Francisco de Asis en 1210, y con la de los dominicos, establecida en 1215 por Santo Domingo de Guzman. El establecimiento de la tercera órden de Santo Domingo y de San Francisco, por las cuales se afiliaron á estos religiosos infinita multitud de gentes que permanecían en el siglo, acrecentó su prosperidad y su influencia.

Todas estas órdenes, que fueron como el ejército activo de la Santa Sede, recibieron de los papas grandes y muchos privilegios. Los frailes podían confesar y predicar en todas las iglesias, donde acudía el pueblo á la voz de estos hombres de sayal y enflaquecidos por las austeridades, mucho mejor que á la de los prelados suntuosos, que reposaban sobre púrpura y oro en sus espléndidas catedrales. La propagacion de las órdenes religiosas, minando la influencia del alto clero, volvió al cristianismo el carácter democrático que había tenido en la primitiva iglesia, y que se mostró con tan terrible energía durante las guerras religiosas.

* * *

No se asusten nuestros lectores. Si la historia de la civilizacion nos obliga á hablar ahora de frailes y de sus órdenes religiosas, no teman que les hablemos del fuego de las hogueras de la Inquisicion, sino del fuego de los corazones de los fundadores de la salvacion de las sociedades del siglo XIII. No nos achaquen á nosotros la culpa, sino á la historia que nos lo dice.

Circunstancias especiales, que no son del caso manifestar, nos han puesto en condicion de poder hablar con algun conocimiento de causa de la fundacion y efectos de las órdenes religiosas y muy especialmente de la franciscana cuya historia tenemos obligacion de saber.

Lo que fueron Francisco y Domingo en el campo cristiano lo dice Dante en su inmortal poema: «Cuando el emperador inmortal quiso salvar á su ejército comprometido, envió al socorro de su esposa á estos dos campeones; y con hechos y palabras redujeron al extraviado pueblo (1).»

Oido el oráculo de la sublime poesía italiana, veamos qué nos dice el oráculo de la Iglesia, el más directamente autorizado en la presente materia.

«Estas dos órdenes (franciscana y dominicana) á manera de los dos rios primeros del paraíso de las delicias, han regado la tierra de la Iglesia universal, por su doctrina, sus virtudes y sus méritos, y la hacen de cada día más fértil: estos son los dos serafines que, levantándose en alas de la contemplacion sublime y de ámor angélico, sobre todas las cosas de la tierra, por medio del canto nunca interrumpido de las alabanzas divinas y la mani-

(1) Quando lo 'mperador che sempre regna
Provide alla milizia ch' era in forse...
.....á sua sposa soccorse
Con duo campioni, al cui fare, al cui dire
Lo popol disviato si raccorse.
(DANTE, *Paradiso.*)

festacion de los inmensos beneficios dispensados por Dios, obrero supremo, al género humano, traen sin cesar á los graneros de la Santa Iglesia las abundantes gavillas de la pura cosecha de las almas rescatadas con la sangre preciosa de Jesucristo. Estas son las dos trompetas de que el Señor se sirve para llamar á los pueblos al banquete de su Santo Evangelio (1).»

Conocidos los dos oráculos anteriores, consultemos la crítica moderna, y concretándonos á la gran figura del poético pobrecillo de Cristo, no nos pese leer, en extracto, un magnífico capítulo de A. F. Ozanam, tomado de su obra: *Los poetas franciscanos en Italia en el siglo* XIII.

»La poesía italiana, como toda poesía, surge de dos manantiales, sensual el uno, religioso el otro, que mezclan á veces sus aguas, pero cuyas dos corrientes distintas pueden seguirse desde sus primeros tiempos hasta nosotros.

«Los primeros versos italianos se encuentran á fines del siglo XII y en Sicilia, en medio de los encantos de aquella ardiente comarca, en aquel pueblo mezcla de sangre griega y árabe, ingenioso, desenfrenado en sus placeres como en sus venganzas. Este arte nuevo floreció en la corte de Federico II, grande y malvado príncipe, cuyo genio é impiedad fueron durante cincuenta años el asombro de Europa y el terror de la Iglesia, capaz de todas las empresas y de todas las codicias y que compartía sus ocios entre un serrallo de bellas cautivas y una academia de sabios mahometanos, de trovadores y juglares. Él mismo no se había desdeñado de componer asuntos en el armonioso idioma. Su canciller Pedro des Vignes, sus hijos Enzo y Manfredo, le imitaron; y muy pronto, desde Palermo á Mesina, no se oyeron ya más que los acentos de una poesía peligrosa, en la que la galantería de los provenzales se mezclaba con las pasiones ardientes del Oriente. Allí comienza la vena harto fecunda que se ve correr á torrentes en las condenables narraciones de Boccacio, en las comedias y los dramas pastoriles del antiguo teatro italiano. De ahí procede la literatura muelle y voluptuosa, que acabó por

(1) El papa Sixto IV.

enervar los caracteres al mismo tiempo que las inteligencias, y que acostumbró á la juventud italiana á pasar su vida en las rodillas de las mujeres olvidando la patria y la libertad.

»Afortunadamente, empero, para la Italia, vemos tambien chorrear allí á grandes borbotones la poesía cristiana, desde la *Divina Comedia* hasta la *Jerusalen libertada*, hasta los himnos de Manzoni. Sin embargo, quizas no se sabe bastante de qué alturas baja este anchuroso río. Cierto que se conocen los nombres de un corto número de toscanos que Dante recuerda con honra, que cita como antecesores y maestros suyos; pero ni la ciencia de Brunetto Latini y de Guido Cavalcanti, ni el sentimiento platónico de Guido Guinicelli, ni la piedad de Guiton de Arezzo, son suficientes para explicar la súbita abundancia del númen cristiano que brota en los quince mil versos del *Infierno,* del *Purgatorio* y del *Paraíso*. Es preciso remontarse más alto y buscar en otro punto de la Italia algo semejante á lo que se ve en Sicilia, otra reunion de hombres inspirados bajo un poderoso maestro, y, finalmente, el concurso de grandes causas, sin el cual no hay grandes efectos.

»Saliendo de Roma, dirigiéndose hacia el norte, despues de haber cruzado el admirable desierto de la campiña romana y pasado el Tíber un poco más allá de Civita-Castellana, éntrase en un país montañoso que va levantándose á manera de anfiteatro, desde las orillas del Tíber hasta las cumbres del Apenino. Esta region retirada, pintoresca, saludable, se llama la Humbría. Tiene las agrestes bellezas de los Alpes, las cimas soberbias, los bosques, las torrenteras donde se precipitan las cascadas bramadoras, pero con un clima que no experimenta nieves eternas, con toda la riqueza de una vegetacion meridional que confunde con el roble y el abeto el olivo y la vid. La naturaleza ostenta allí tanta suavidad como grandeza tiene, no inspira más que admiracion sin terror; y si todo hace sentir allí el poder del Criador, todo habla tambien en aquellos sitios de su bondad. La mano del hombre no ha echado á perder aquellos magníficos cuadros de la naturaleza. Ciudades antiguas como Narni, Terni, Amehir y Espoleto, están como colgantes de las peñas ó descansan en los valles, almenadas aún completamente, llenas todas de recuerdos clásicos y religiosos, orgullosas por algun santo

cuyos restos conservan, por algun gran artista cristiano cuyas obras guardan. Muy pocas cumbres hay, tan ásperas como peladas, que no tengan su ermita, su santuario visitado por peregrinos. En lo más interior del país se abre un valle más ancho que los demas; el horizonte es en él más extenso; las montañas vecinas dibujan curvas más armoniosas; aguas abundantes surcan una tierra hábilmente cultivada. Las dos entradas de este paraíso terrenal están guardadas por las dos ciudades de Perusa en el norte y de Foligno en el sud. Al occidente hay la pequeña ciudad de Bevagna, en donde nació Propercio, el poeta de los delicados deleites; al oriente y en un collado que domina todo el país, se levanta Asis, donde debía nacer el cantor de un mejor amor.

»No basta que una comarca sea bella y fecunda, es necesario que haya sido profundamente removida por los acontecimientos, para producir grandes hombres. No le faltaba á Italia esta preparacion cuando terminaba el siglo duodécimo. Acababa de terminar gloriosamente, bajo el gobierno de Alejandro III, la segunda lucha del sacerdocio y del imperio. Había ganado en ella la libertad, el poder, la gloria, todo lo que conmueve á los pueblos, lo que les inspira, lo que les da el derecho y la necesidad de eternizarse por monumentos. Todas las artes se conmovían. Las ideas religiosas y políticas que durante un siglo habían llevado á los italianos á los campos de batalla debían ser servidas por la palabra, como lo habían sido por las armas: dueñas de las inteligencias, era preciso que se expresaran, no en el idioma de los sabios, sino en el lenguaje de todos, y que despues de haber hecho una nacion, fundaran una literatura. El ejemplo estaba dado. La Francia tenía ya una poesía cuyos cantos pasaban los Alpes, circulaban en los salones de los castillos y en las plazas públicas. Si no era todo irreprensible en estos modelos, si las trovas de los romanceros y los serventesios irreverentes de varios trovadores se dirigían á los ánimos desarreglados, había cantos piadosos como los de Rambaud de Vagueiras, narraciones heróicas, como las batallas de Carlomagno y la muerte de Rolando, muy capaces de entusiasmar á las imaginaciones cristianas. Cierto que la actividad política y las comunicaciones literarias se dejaban sentir mejor en las ciudades lombardas,

que habían sostenido el principal esfuerzo de la guerra y recogido los primeros frutos de la paz; sin embargo, las ciudades de la Humbría no habían sido las últimas en alistarse bajo la bandera del papado y de la libertad. Apresurábanse á usar de la victoria haciendo acto de soberanía, fortificándose con murallas y alistando tropas. Asis tenía sus caballeros, sus milicias, que enviaba á guerrear contra Perusa. Tenía tambien sus moradores que comerciaban allende los Alpes, sacando de ello grandes beneficios y alguna ilustracion. Así es que un vendedor de lienzos llamado Pedro Bernardone, habiendo visitado la Francia en 1182, y encontrando á su vuelta que su mujer le había dado un hijo, le llamó Francés (Francisco), en memoria del bello país en donde acababa de enriquecerse. Distaba mucho el oscuro mercader de pensar que el nombre, de su invencion, sería invocado por la Iglesia y llevado por reyes (1).

»Confiado muy pronto el jóven Francisco á los sacerdotes de la iglesia de San Jorge, había recibido de ellos los primeros elementos de las ciencias humanas. Harto á menudo se le ha representado, tal como él se pintaba á sí propio, como un hombre inculto é ignorante. De sus cortos estudios le quedó el suficiente latin para entender fácilmente los libros santos, y un particular respeto á las letras. No fué este sentimiento de aquellos que abjuró cuando su conversion, y lo llevó tan allá que si en su camino encontraba un pedazo de escrito, levantábalo con cuidado, por temor de pisar el nombre del Señor, ó algun pasaje que tratara de las cosas divinas; y como quiera que uno de sus discípulos le preguntara por qué recogía con igual escrúpulo los escritos de los paganos, le respondió: «Hijo mio, porque en ellos encuentro las letras de que se compone el glorioso nombre de Dios.» Y, completando su pensamiento, añadió: «Lo bueno que hay en estos escritos no pertenece al paganismo, ni á la humanidad, sino solamente á Dios, que es el autor de todo lo bueno.» Y, efectivamente, todas las literaturas sagradas y profanas ¿son acaso más que los caracteres con que Dios escribió

(1) Este capítulo de la interesante obra de Ozanam, se titula: SAN FRANCISCO. El deseo de que se conozca, no por *Agiografía*, sino por vía de la *Literatura*, la incomparable figura de San Francisco, nos obliga, á pesar nuestro, á ser muy extensos. No le pesará al lector.

su nombre en la inteligencia humana, como lo escribió en el cielo con las estrellas?

»No obstante, la educacion literaria de San Francisco se hizo ménos por los estudios clásicos, á los que dedicó poco tiempo, que por la lengua francesa, considerada ya en Italia «como la más deleitable de todas,» y la custodia de las tradiciones caballerescas que pulimentaban la rudeza de la Edad Media. Sentíase secretamente inclinado hacia el país de Francia, al que debía su nombre; era aficionado á su lengua; aunque se expresaba difícilmente con ella, la hablaba con sus hermanos. Hacía resonar con cánticos franceses los bosques vecinos; en los primeros tiempos de su penitencia se le ve mendigando en francés en la escalera de San Pedro de Roma, ó miéntras trabajaba en la reconstruccion de la iglesia de San Damian, dirigiéndose en francés á los habitantes y transeuntes, para invitarles á levantar otra vez la casa de Dios. Si hablaba el idioma de nuestros padres, si se alimentaba con su poesía, encontraba en ellos sentimientos de cortesía, de generosidad, que se traslucían en su corazon y en su conducta. El era el alma de aquellas alegres compañías que se formaban entónces, bajo el nombre de *corti*, en la ciudad de Asis como en toda la Italia, y que popularizaban el gay-saber, las costumbres romancescas, los placeres delicados de los provenzales. Maravillados sus compañeros á menudo de su buen porte y de la nobleza de sus maneras, le escogieron por su jefe, y, como decían ellos, por el *señor* de sus banquetes. Al verle pasar ricamente vestido, con el baston de mando en la mano, en medio de sus amigos que recorrían las calles cada noche con antorchas y canciones, admirábale la multitud, y le proclamaba «la flor de los jóvenes.»

»Él mismo aceptaba los lisonjeros rumores murmurados á su paso. Este hijo de mercader, que contristaba á su padre con sus liberalidades, no desconfiaba de llegar á ser un gran príncipe. Los libros de caballería no tenían aventuras que él no soñara. En un principio concibió la idea de conquistar su principado con la punta de una lanza, alistándose en los ejércitos de Gualtero de Brienne, que iba á reivindicar contra Federico II el hermoso reino de Sicilia. Tuvo entónces un sueño misterioso: vióse en medio de un sober-

bio palacio, cuyos salones parecían llenos de armas y de ricos arneses resplandecientes que colgaban de las paredes, y al preguntar él á quién pertenecían aquel castillo y aquellas armaduras, fuéle contestado que todo aquello sería para él y sus caballeros. No debe creerse que en lo sucesivo olvidara este sueño el siervo de Dios, en cuyo sueño no vió más que una ilusion del maligno espíritu: vió en él un aviso del cielo; creyó interpretarlo, fundando la vida religiosa de los Frailes Menores, que era, en su concepto, como una caballería errante, instituída, como la otra, para vengar agravios y defender á los débiles (1). Agradábale esta comparacion y cuando quería elogiar á aquellos de sus discípulos que él prefería á causa de su celo y de su santidad, decía: «Esos son mis paladines de la Tabla Redonda.» Como todo buen caballero, debía corresponder al llamamiento de las cruzadas. En 1220, pasó el mar, y se reunió al ejército de los cristianos delante de Damieta; más osado que todos los héroes cargados de hierro, penetró hasta cerca del Sultan de Egipto, predicó públicamente la fe, y desafió á los sacerdotes de Mahoma á la prueba del fuego. Finalmente, despedido con

(1) Debemos una palabra á nuestros lectores acerca de los sueños misteriosos. Quizas no se nos presentaría una ocasion tan oportuna como esta, y vamos á aprovecharla para decir dos palabras acerca de ellos.

Sería supersticion dar fe á todo sueño, pero sería temeridad no creer en ninguno. Es seguro que hay sueños misteriosos y vamos á dar la prueba de ello. Un buen católico no puede abrigar la menor duda acerca de ellos ateniéndose á las inspiraciones de la fe. En efecto, en todos tiempos se sirvió Dios de los sueños, ó ensueños misteriosos, para revelar á los hombres sus santas voluntades. La Sagrada Escritura refiere ejemplos tan sorprendentes por sí mismos, tan multiplicados y tan conocidos de los fieles que es una de las verdades que pocas personas pueden ignorar.

En el Antiguo Testamento dijo Dios en términos expresos y muy formales que, «cuando suscitará Profetas les hará conocer sus voluntades por visiones y ensueños.» Pues bien, si, segun la seguridad que el mismo Dios nos ha dado, se ha valido así á menudo para con sus propios Profetas, es decir, para con todos aquellos hombres inspirados que debían anunciar sus órdenes, ¿no habría impiedad en decir ó en pensar que nunca por la vía de los sueños nos manifiesta el cielo sus voluntades?

Sin remontarnos hasta los tiempos de los Patriarcas y de los Profetas para hallar ejemplos de esto, abramos el Evangelio, y desde las primeras páginas veremos que fué en otros tantos sueños misteriosos cuando el ángel dijo á José: «No temas recibir á María por esposa...» «Deja el Egipto con el Niño y su Madre...» En todas estas ocasiones, encontraremos que fué en sueños cuando «el ángel se apareció á José,» para anunciarle las diferentes órdenes del Señor. ¿Por qué los reyes magos no volvieron á Jerusalen, como Herodes se lo había exigido? Es, dice siempre el Evangelio, que «habiendo sido advertidos en sueños... etc.» ¿Qué serían José y los magos, si, regulando su conducta segun el falso principio de que no se debe *jamas* creer en ningun sueño, no hubiesen hecho ningun caso de los sueños misteriosos que acabamos de recordar?

Bossuet, uno de los más poderosos genios del siglo de Luis XIV, no temía creer en ciertos sueños. En sus oraciones fúnebres nos habla de un sueño de la princesa Palatina, que no continuamos aquí por ser ya demasiado extensa esta nota. Si conviniera, podríamos corroborar la proposicion con multitud de ejemplos y datos irrecusables; pero basta, para nuestro objeto, lo que dejamos apuntado.

respeto por los infieles, dejó en los Santos Lugares una colonia de sus discípulos, que se perpetuaron allí bajo el nombre de Padres de Tierra Santa, donde están todavía como custodios del Santo Sepulcro y de la espada de Godofredo. Despues de esto, ya no se sorprende uno cuando los biógrafos de San Francisco le otorgan todos los títulos de la gloria militar, y cuando San Buenaventura, á punto de terminar la narracion de la vida y de los combates de su maestro, exclama: «Y ahora pues, valeroso caballero del Cristo, llevad las armas de este jefe invencible que pondrá en fuga á vuestros enemigos. Enarbolad la bandera de este rey Altísimo; al verla, todos los combatientes del ejército divino redoblan su valor. En lo sucesivo queda realizada la vision profética segun la cual, jefe de la caballería del Cristo, debíais vestir celestial armadura.»

»Pero, como no había verdadero caballero sin servicio de dama, había sido preciso que Francisco se escogiera la suya: y efectivamente, pocos días ántes de su conversion, encontrándole pensativo sus amigos y preguntándole si pensaba en tomar esposa, les replicó: «Vosotros lo habeis dicho; por que pienso en darme una dama, la más noble, la más rica, la más bella que hubo jamas.» De esta manera designaba lo que había llegado á ser para él el ideal de toda perfeccion, el tipo de toda belleza moral, esto es, la pobreza. Gustábale personificar esta virtud, segun el carácter simbólico de su época: figurábasela como una hija del cielo, á quien llamaba alternativamente la dama de sus pensamientos, su novia, su esposa. Atribuíale todo el poder que los trovadores atribuían á las nobles mujeres celebradas en sus versos; el poder de arrancar á las almas enamoradas de ella de los pensamientos é inclinaciones terrestres y de elevarlas hasta la conversacion de los ángeles. Pero miéntras que en los trovadores no eran estos amores platónicos gran cosa más que fantasías, la invisible belleza que había arrobado á San Francisco le arrancaba los más apasionados gritos. Leed todos los poetas de la Edad Media, y no encontrareis en ellos canto más osado, palabras más de fuego que esta plegaria del penitente de Asis (1):

(1) Por no privar á nuestros lectores del gusto que han de tener al saborear las increibles bellezas de este canto, lo ponemos por nota y es como sigue:

»Si era decoroso llevar los colores de una noble dama y glorioso hacerse matar por ella, no era mucho ménos honroso saberla cantar. Nada le faltaba ya á la educacion caballeresca de un jóven señor, cuando se esforzaba por componer versos y repetirlos acompañándose en el laud ó en la guitarra. Francisco se había entregado tambien á tan dulces pasatiempos. Era aficionado á la música, y sus biógrafos elogian la belleza de su voz suave y fuerte, clara y flexible. En su juventud había llenado las calles de Asis con sus alegres chistes. Despues de su conversion hacía repetir himnos á los ecos del desierto. Una noche en que estaba conmovido hasta derramar lágrimas por el canto de un ruiseñor, sintióse inspirado para contestarle, y hasta muy avanzada la noche cantó alternativamente con él las alabanzas de Dios. La leyenda añade que Francisco fué el primero en sentirse fatigado y elogió al ave que le había vencido. Jamas, en sus más vivos recuerdos de lo que él llamaba los extravíos de su primera vida, en sus más amargos desdenes hacia los deleites mundanales, se le ocurrió la idea de condenar ese arte melodioso, que ponía en el número de los placeres del cielo. Cuéntase que hacia el término de su vida, y en una época en que sucumbía ya bajo las fatigas y las austeridades, este hombre, desprendido de todos los consuelos terrestres, deseó oir un poco de música, para despertar, decía él, la alegría de su alma; pero, como la regla no permitía que el santo hombre se concediera aquel solaz por los medios ordinarios, ántes que verle privado de él, quisieron los ángeles cumplirle sus deseos. La noche siguiente, miéntras velaba y meditaba, oyó repentinamente el sonido de un laud de maravillosa

«Señor, apiadáos de mí y de la señora Pobreza. Y hé aquí que está sentada en el estercolero, ella que es la reina de las virtudes; quéjase que sus amigos la han desdeñado y se han hecho enemigos suyos..... Acordáos, Señor, que vos descendísteis de la mansion de los ángeles, á fin de tomarla por esposa, y tener de ella un gran número de hijos que fueran perfectos.....

»Ella os recibió en el pesebre y en el establo, y, acompañándoos miéntras vivísteis, cuidó de que no tuviérais donde descansar la cabeza. Cuando comenzásteis la guerra de nuestra redencion, la Pobreza vino á aliarse á vos como un escudero fiel; mantúvose á vuestro lado durante la lucha, y no se retiró cuando los discípulos huían.

»Finalmente, miéntras que vuestra madre, quien á lo ménos os siguió hasta el fin y tomó su parte de todos vuestros dolores, miéntras que semejante madre, á causa de la elevacion de la cruz, no podía llegar hasta vos; en aquel momento la señora Pobreza os abrazó más fuertemente que nunca. No quiso que vuestra cruz fuera pulimentada con cuidado, ni que los clavos fueran en número suficiente, puntiagudos y limados; sino que no os preparó más que tres, y los hizo duros y groseros para que fueran más adaptados á las intenciones de vuestro suplicio. Y miéntras que moríais de sed, cuidó que se os negara un poquito de agua, de manera que dísteis vuestra alma entre los estrechos abrazos de esta esposa. ¡Oh! ¿Quién no amará pues á la señora Pobreza sobre todas las cosas?»

armonía y de suavísima melodía. No se veía nadie; pero por las gradaciones del sonido que se alejaba ó aproximaba, creíase distinguir el andar de un músico que iba y venía debajo de las ventanas. Arrebatado el santo en Dios, quedó tan penetrado de la dulzura de aquellos acordes, que por un momento creyó haber pasado á una vida mejor.

»El hijo del mercader de Asis había recibido, pues, toda la cultura que formaba los poetas de su época; porque los poetas de aquella época borrascosa no se hacían grandes á la sombra de la escuela: la musa les visitaba en los azares de una vida militante, en los torneos y las batallas. Aun á menudo, como Wolfram d' Eschenbach, estos hombres elocuentes no sabían leer. Inspirábanse en los romances que se hacían recitar, en los cantos que habían oido, pero sobre todo en las enseñanzas secretas del amor, á quien reconocían por su único maestro. Esta señal decisiva no debía faltar á la vocacion poética de San Francisco. Es necesario asegurarse de que hubo en él algo más que el ardor de una imaginacion entusiasmada por recuerdos y lecturas: es preciso ver qué amor poseyó su corazon.

»Apénas acababa Francisco de cumplir su vigésimo cuarto año de edad, entregado á los placeres con todo el fuego de su edad y de su temperamento, cuando repentinamente se vió atacado de una larga enfermedad. Como quiera que se restablecía lentamente, y un día, para recobrar algo sus fuerzas, hubiese salido apoyado en un baston, púsose á considerar desde lo alto de las azoteas de Asis las risueñas campiñas que dominan; pero, la belleza de los campos, lo apacible del paisaje, y todo lo que agrada á la vista, no tenían ya cabida en su alma. Asombrábase de semejante cambio, y, desde entónces, hízose despreciable á sus propios ojos, y comenzó á desdeñar todo cuanto había admirado entre los hombres. Sentía aquel inexplicable fastidio que precede al estallido de las grandes pasiones. En vano se esforzaba el jóven por librarse de él refugiándose en la estrepitosa compañía de sus amigos, en sus proyectos de guerras y aventuras. Los sueños de sus noches le llamaban á otro género de vida que él no comprendía: un instinto poderoso le empujaba á la soledad. Á menudo emprendía el camino de una caverna cercana, y, dejando á sus compañeros en la entrada, penetraba solo en ella

so pretexto de buscar allí un tesoro. Pasaba en aquel sitio largas horas en una agonía de ánimo que no podía expresar, turbado por pensamientos tumultuosos, temores y remordimientos. Inspirábale su corazon que no hallaría reposo ántes de haber llevado á cabo algo desconocido, pero más que humano. Rogaba entónces á Dios que le mostrara el camino, y salía de su oracion tan quebrantado de fatiga, que sus compañeros, al verle otra vez, le hubieran tomado por otro hombre. Pues bien, cierto día que perseveraba de este modo en la oracion, creyó ver delante de sí la cruz del Calvario y al Salvador clavado en el madero; y ante esta vision, dice el historiador de su vida, su alma pareció fundirse en él, y la pasion de Cristo imprimirse tan profundamente en sus entrañas y en la médula de sus huesos, que no podía fijar ya su pensamiento en ella sin quedar inundado de dolor. Se le encontraba errante en el campo, dando libre rienda á sus lágrimas y sollozos, y cuando se le preguntaba si padecía algun mal, exclamaba: «¡Ah! Lloro la Pasion de Jesucristo, mi Señor, por la que no debiera avergonzarme de ir llorando por todo el mundo.» Hé aquí el amor que llenó la vida de San Francisco, la chispa que esperaba su genio. Algunos dudarán quizas que semejante amor, bueno para formar solitarios y llenar conventos, tenga el poder de suscitar poetas. Es cierto que la antigüedad pagana no conoció nada semejante. La antigüedad pudo conocer á Dios, pero no le amó jamas. Mirad, empero, los tiempos cristianos, y vereis que este amor llega á ser en ellos el dueño del mundo. Él es el vencedor del paganismo en los anfiteatros y en las hogueras; quien ha civilizado á los pueblos nuevos, les ha llevado á las cruzadas, y ha hecho héroes más grandes que todas las epopeyas. Es la antorcha de las escuelas donde revivieron las letras durante los siglos bárbaros: ¿y quién puede dudar de su poder sobre las inteligencias, si inspiró todo cuanto hubo de hombres elocuentes desde San Pablo y San Agustin hasta Bossuet; si dictó los salmos de David y los himnos de la Iglesia, es decir, los cantos más sublimes que hayan consolado el fastidio de la tierra?

»Al mismo tiempo que el penitente de Asis, en la contemplacion de la cruz, aprendía á amar á Dios, comenzaba tambien á amar la humanidad, la humanidad crucificada, desnuda, doliente; y por esto sentíase impelido

hacia los leprosos, hacia los miserables, hacia todos aquellos á quienes el mundo rechaza. Desde entónces no tuvo más paz hasta el día en que en presencia de su obispo, se despojó públicamente de los vestidos de su condicion para tomar una capa de mendigo. Los primeros que le vieron pasar medio desnudo, descalzo, por las plazas de la ciudad donde había sido el ornato y orgullo, le tenían por insensato, y le arrojaban barro y piedras. Y sin embargo, haciéndose pobre, fundando una órden nueva de pobres como él, honraba á la pobreza, es decir, la más despreciada y más general de las condiciones humanas. Mostraba que en ella podía encontrarse la paz, la dignidad, la dicha. De esta manera calmaba los resentimientos de las clases indigentes, las reconciliaba con los ricos, que aprendían á no envidiar ya. Apaciguaba la antigua guerra de los que no poseen contra los que poseen, y robustecía los lazos relajados ya de la sociedad cristiana; de manera que no hubo política más profunda que la de ese insensato, y había tenido razon al predecir que llegaría á ser un gran príncipe; porque, miéntras que Platon no halló jamas cincuenta familias para realizar su república ideal, el siervo de Dios, al cabo de once años, contaba un pueblo de cinco mil hombres comprometidos en pos de él en una vida de heroismo y de combates. Pero esta vida, la más dura que pudiera concebirse, era tambien la más libre, y, por consiguiente, la más poética. Efectivamente, una sola cosa encadena la libertad humana: el temor, y reduciéndose todo temor al de padecer, nada detenía ya al que se había hecho del padecimiento un gozo y una gloria. Libre de todas las servidumbres, de todas las preocupaciones triviales, vivía Francisco en la contemplacion de las ideas eternas, en la costumbre de la abnegacion que ensalza todas las facultades, en un comercio familiar con la creacion, que tiene encantos más vivos para los sencillos y los pequeños. Iba errante, mendigaba, comía el pan ageno, como Homero, como Dante, como el Taso y Camoens, como todos los pobres gloriosos á quienes no ha dado Dios ni techo ni descanso en este mundo, pero que quiso guardar para su servicio, errantes y viajeros, para visitar los pueblos, descansarles y á menudo instruirles.

»El último rasgo de semejanza, y por decirlo así de parentesco, entre San

Francisco y estos grandes ingenios, era su pasion por la naturaleza. El amor de la naturaleza es el lazo comun de todas las poesías. No hay trovador que no celebre del mejor modo que sabe el hermoso mes de mayo, la vuelta de las flores, los dulces conciertos de las aves y el murmullo de los arroyos en los bosques. Pero viendo otra vez las mismas imágenes por el mismo órden y los mismos términos, se reconoce harto á menudo que se trata ménos de expresar un sentimiento que de satisfacer una conveniencia literaria; porque no es tan comun, ni tan fácil como se piensa, amar á la naturaleza, es decir, salir de sí, considerar el mundo exterior con desinterés y respeto, buscar en él no placeres sino lecciones. Por esto el cristianismo, tan á menudo acusado de pisotear la naturaleza, es el único que ha enseñado al hombre á respetarla, amarla verdaderamente, manifestando el plan divino que la sostiene, ilustra y santifica. Con esta claridad consideraba Francisco la creacion; él recorría todos sus grados para buscar en ella los vestigios de su Dios; encontraba al que es soberanamente bello en las criaturas bellas; no desdeñaba á las más pequeñas, las más despreciadas, y, acordándose de su comun orígen, las llamaba sus hermanos y sus hermanas. En paz con todas las cosas, y devuelto en cierto modo á la primitiva inocencia, su corazon rebosaba de amor no solamente para los hombres, sino por todos los animales que pacen, vuelan y que andan arrastrándose por el suelo; era aficionado á las rocas y á los bosques, las mieses y las viñas, á la belleza de los campos, al frescor de las fuentes, al verdor de los jardines, y á la tierra y al fuego, y al aire y á los vientos, y les exhortaba á que se mantuvieran puros, honraran á Dios y le sirvieran. Donde otros ojos no veían más que bellezas perecederas, él descubría como por doble vista las relaciones eternas que ligan el órden físico con el moral, y los misterios de la naturaleza con los de la fe. Por esto no se cansaba de admirar la gracia de las flores y de respirar sus aromas pensando en la flor mística que salió de la vara de Jessé, y cuando encontraba muchas juntas, les predicaba como si hubiesen estado dotadas de razon. Pasábasele á veces el tiempo elogiando la industria de las abejas; y él, que carecía de todo, les hacía dar en invierno miel y vino, para que no murieran de frío. Proponía por modelo á

sus discípulos la diligencia de las alondras, la inocencia de las tortolillas. Nada empero igualaba su ternura á favor de los corderitos, que le recordaban la humildad del Salvador y su mansedumbre. Refiere la leyenda que viajando en compañía de un fraile en la Marca de Ancona, encontró un hombre que llevaba en sus hombros dos corderitos colgados de una cuerda. Oyó el bienaventurado Francisco sus balidos y se conmovieron sus entrañas, y acercándose al hombre le dijo: «¿Por qué atormentas á mis hermanos los corderos, llevándolos de esta manera atados y colgando?» Contestóle el otro que, necesitando dinero, los llevaba al mercado vecino para venderlos á los carniceros, que los matarían. «¡No lo permita Dios! exclamó el santo; ántes bien toma la capa que llevo y regálame estos corderos.» No exigiendo más el otro, los dió, y tomó en cambio la capa, que valía mucho más, y que un cristiano fiel había prestado al santo aquella misma mañana á causa del frío. Pero Francisco tenía los corderos en sus brazos sin saber qué hacer de ellos, y, despues de haberlo deliberado con su compañero, los devolvió á su primer dueño, imponiéndole la obligacion de no venderlos jamas y de no causarles ningun mal, sino de conservarlos, alimentarlos y cuidarlos mucho. Todo es encantador en esta relacion y en ella no sabe uno qué admirar más, si la tierna debilidad del santo á favor de los corderitos ó su cándida confianza en su dueño.

»Si Francisco, por su inocencia y sencillez, había vuelto por decirlo así á la condicion de Adan, cuando este primer padre veía todas las criaturas en una luz divina y las amaba con fraternal caridad, las criaturas, á su vez, le prestaban la misma obediencia que al primer hombre, y entraban otra vez para él en el órden destruido por el pecado. Es un rasgo notado en varios santos, que esas almas regeneradas habían recobrado el antiguo imperio del hombre sobre la naturaleza. Los Padres de la Tebaida eran servidos por los cuervos y los leones; San Gall mandaba los osos de los Alpes; cuando San Colunbano atravesaba el bosque de Luxeuil, las aves que él llamaba iban á recrearse con él y las ardillas bajaban de los árboles para posarse en su mano. La vida de San Francisco está llena de semejantes hechos certificados por testigos oculares, y que es preciso admitir, ora se les explique por el poder

del amor que tarde ó temprano manda y obtiene el amor, ora más bien que en presencia de los siervos de Dios no experimenten ya los animales el horror instintivo que les inspiran nuestra corrupcion y dureza. Cuando el penitente de Asis, totalmente extenuado por ayunos y vigilias, salía de su celda y se dejaba ver en las campiñas de la Humbría, parece que sobre aquel rostro enflaquecido, en el que no había casi nada de terrestre, no veían ya los animales más que el sello divino, y rodeaban al santo para admirarle y servirle. Las liebres y los faisanes se refugiaban en los pliegues de su túnica. Si pasaba cerca de un rebaño, y, segun su costumbre, saludaba las ovejas con el nombre de hermanas, dícese que levantaban la cabeza y corrían en pos de él, dejando estupefactos á los pastores. Él mismo, privado desde tanto tiempo de los goces humanos, sentía un dulce placer en aquellas caricias que le prodigaban las bestias de los campos. Cierto día que había subido al monte Albernia para orar en él, rodeáronle gran número de aves con gritos de alegría y aleteando como para felicitarle por su venida. Entónces el santo dijo á su compañero: «Veo que es la voluntad divina que nos quedemos aquí un poco por lo muy consolados que parecen nuestros hermanos con nuestra presencia.» No acabaría si quisiera repetir todos los ingénuos relatos de los contemporáneos; pero no puedo dejar de citar un último ejemplo, en el que brilla particularmente la facultad poética que tenía San Francisco de animar, transfigurar todas las cosas y ponerlas en escena. Cuando comenzaba la carrera de sus predicaciones, sucedió que al cruzar el valle de Espoleto, cerca de Bevagna, pasó por un lugar donde había una gran multitud de aves, y especialmente de gorriones, cornejas y palomas. Habiéndolo visto el bienaventurado siervo de Dios, á causa del amor que profesaba tambien á las criaturas faltas de razon, corrió hacia aquel sitio, dejando por un momento á sus compañeros en el camino. Pues bien, á medida que él se aproximaba, vió que las aves le esperaban y él las saludó segun su costumbre; pero, admirando que no hubiesen huido al verle, llenóse de alegría y les suplicó humildemente que escucharan la palabra de Dios. Y les dijo: «Hermanos mios pajarillos, debeis alabar particularmente á vuestro Criador y amarle siempre; porque os ha dado plumas para cubriros, alas para volar y

todo lo que os es necesario. Os ha hecho nobles entre todas las obras de sus manos, y os ha escogido una mansion en la pura region del aire. Y sin que necesiteis sembrar ni segar, sin dejaros ningun cuidado, os alimenta y gobierna.» Al decir esto, segun lo refirió él mismo y lo afirmaron sus compañeros, levantándose á su manera las aves, comenzaron á aletear; pero él, pasando por entre ellas, iba y venía, y les rozaba con los bordes de su túnica; finalmente, las bendijo, y, haciendo sobre ellas la señal de la cruz, les permitió que se fueran; despues de lo cual fuése el bienaventurado padre con sus discípulos, penetrado de consuelo. Pero, como era perfectamente sencillo, por el efecto, no de la naturaleza, sino de la gracia, comenzó á acusarse de negligencia por no haber predicado á las aves hasta aquel día, puesto que escuchaban la palabra de Dios con tanto respeto.

»No debe despreciarse en demasía lo que pueda encontrarse de pueril en esta amistad de San Francisco para con los corderos y las palomas, en la que se ve la misma pasion que le llevaba hacia todo lo que era pobre, débil y pequeño. Ademas, este exceso de amor tenía su utilidad, en un país en donde no se supo amar bastante, en la Italia de la Edad Media, que pecó, que se perdió por el exceso, por la terquedad de los ódios, por la guerra de todos contra todos. Nada había de mayor ejemplo que ese horror de la destruccion, llevado hasta apartar los gusanos del camino, hasta salvar las ovejas de la carnicería, en una época que toleraba las crueldades de Federico II y de su lugarteniente Ecelino el Feroz, que debía ver el suplicio de Hugolino y las Vísperas Sicilianas. Este hombre, bastante sencillo para predicar á las flores y á las aves, evangelizaba tambien á las ciudades güelfas y gibelinas; convocaba á los ciudadanos en las plazas públicas de Padua, Brescia, Cremona y Bolonia, y comenzaba su discurso deseándoles la paz. Exhortábales despues á extinguir las enemistades y concluir tratados de reconciliacion; y segun el testimonio de las crónicas de la época, muchos de los que se habían horrorizado de la paz se abrazaban detestando la sangre derramada. Así es como San Francisco de Asis parece ser como el Orfeo de la Edad Media, domando la ferocidad de las fieras y la dureza de los hombres, y no me admira que su voz conmoviera á los lobos

del Apenino, si desarmó las venganzas italianas, que no perdonaron jamas.

»Un corazon tan apasionado no se desahogaba suficientemente por la predicacion. Esta no sale de la prosa, y esta, por elocuente que sea, no es, al fin, más que el lenguaje de la razon. Cuando la razon ha producido en una forma exacta y luminosa la verdad que concibe, queda satisfecha; pero el amor no se contenta tan fácilmente: es necesario que reproduzca las bellezas que le conmueven, en un lenguaje que conmueva y arrebate. El amor es inquieto; nada le satisface; pero tampoco nada le cuesta. Aumenta la palabra, dále el vuelo poético, le presta el ritmo y el canto, como dos alas. San Francisco veía la poesía honrada por la Iglesia, que le da el primer lugar en su culto, hasta en el coro de sus basílicas y al pié del altar, miéntras que la elocuencia queda en el púlpito, más cerca de la puerta y de la multitud. Él mismo experimentaba la impotencia de la palabra ordinaria para expresar todo cuanto agitaba su alma. Cuando se le asomaba á los labios el nombre del Salvador Jesús, no podía pasar adelante, y su voz se alteraba, segun la admirable expresion de San Buenaventura, como si hubiese oido una melodía interior cuyas notas hubiese él querido recoger. Era sin embargo preciso que la melodía que no le abandonaba nunca, acabara por estallar en un canto nuevo, y hé aquí en efecto lo que refieren los historiadores:

«En el año décimooctavo de su penitencia, habiendo el siervo de Dios pasado cuarenta noches en vela, tuvo un éxtasis, á consecuencia del cual mandó á fray Leonardo que tomara una pluma y escribiera, y entonó entónces el cántico del Sol; y despues que lo hubo improvisado, encargó á fray Pacífico, que en el siglo había sido poeta, que redujera las palabras á un ritmo más exacto, y mandó que los frailes las aprendieran de memoria para recitarlas cada día.....»

»El poema de San Francisco es muy corto, y no obstante, se encuentra en él toda su alma: su fraternal amistad para con las criaturas; la caridad que impelía á ese hombre humilde y tímido al traves de las contiendas públicas; aquel amor infinito que, despues de haber buscado á Dios en la naturaleza y haberle servido en la humanidad doliente, no aspiraba sino á encontrarle en la muerte. Siéntese en él como un soplo del paraíso terrestre

de la Humbría, en donde el cielo es tan dorado y la tierra tan cargada de flores. El lenguaje tiene toda la ingeniosidad de un idioma naciente; el ritmo toda la inexperiencia de una poesía poco ejercitada, y que contenta á poca costa oidos todavía indulgentes. Algunas veces la rima está reemplazada por el asonante, algunas veces no se muestra sino en medio y al fin del versículo. Los meticulosos tengan quizas alguna dificultad en reconocerle las condiciones regulares de una composicion lírica; pero no es más que un grito, y es el primer grito de una poesía naciente, que crecerá y sabrá hacerse oir de toda la tierra.

»Ya no es este el carácter de otro poema citado por San Bernardino de Sena y que él atribuye á San Francisco. Bernardino, posterior de un siglo al santo fundador, pero alistado desde su juventud en la familia franciscana, puede ser admitido como intérprete fiel de las tradiciones que ella había conservado. Esta obra, dividida en diez estrofas de siete versos cada una, de muy sencilla construccion, con un número regular de sílabas y de rimas generalmente correctas, descubre perfectamente el trabajo de una mano hábil, quizas de un discípulo encargado de retocar la improvisacion del maestro. Pero en el fondo se le encuentra aún toda la osadía del genio de San Francisco, toda la precision de su lenguaje, finalmente toda la impresion del grande acontecimiento que marcó su persona con el sello milagroso. Aludo al éxtasis en que el siervo de Dios, orando en el monte Albernia, vió ir á él de lo alto del cielo una figura alada con seis alas y pegada á una cruz. Y como en dicha contemplacion experimentaba indecible consuelo, mezclado con un dolor extremado, se encontró que sus manos y piés estaban traspasados con clavos cuya cabeza redonda y negra se tocaba lo propio que la punta remachada. Los que no admiten nada sobrenatural en la historia pueden negar este hecho; pero no pueden borrar las declaraciones de los innumerables testigos que lo certificaron jurídicamente, ni romper los cuadros de Giotto que conservan su recuerdo, ni destrozar el poema que parece escrito en el fuego de los arrebatos divinos (1).

(1) Atendido el carácter de nuestra obra omitimos este bellísimo canto: *In foco l' amor mi mise*, pero suplicamos á nuestros lectores que lo saboreen, seguros de que han de agradecérnoslo.

»Seguramente que era imposible traducir al lenguaje humano lo que sucedió entre Dios y San Francisco en el monte Albernia; pero, cuando descendiendo el santo de aquel nuevo Sinaí, dejaba estallar sus transportes en un canto lírico, no debe asombrar ver otra vez en él el giro habitual de su mente y los ricos colores de su imaginacion. Se reconoce al aventurero jóven de Asis, al que renunció el servicio de Gualtero de Brienne para convertirse en el caballero errante del amor divino; se le reconoce perfectamente cuando representa su éxtasis como un asalto de armas, y sus arranques hacia el cielo como una cabalgada en la tierra del Cristo.»

Si nuestro objeto hubiere sido dar una idea acabada del genio poético del fundador de la órden religiosa más popular en la Edad Media y en los tiempos modernos tambien, debiéramos poner punto aquí, como podíamos haberlo hecho ya mucho ántes; pero, vamos más allá en nuestros propósitos. La influencia ejercida por el pobrecillo de Asis fué más profunda y extensa de lo que á primera vista parece á los ánimos superficiales, y como quiera que la sociedad actual, sin darse cuenta de ello, siente aún aquellos efectos, en lugar de suspender aquí la bella lectura de las elocuentes páginas del historiador de los poetas franciscanos en Italia en el siglo XIII, no nos sentimos con ánimos para suspender una lectura de tanto interés y que tanto debe ayudarnos, deleitándonos, á formarnos una idea justa y completa del carácter de la Edad Media relacionada con la Iglesia.

«La mision poética de San Francisco, prosigue diciendo Ozanam, ocultada, por decirlo así, por los demas cuidados de su vida, no tuvo nunca mayor brillo que en el siglo siguiente al de su muerte. Él mismo se había escogido su sepultura en una colina al oriente de Asis, donde se ajusticiaba á los criminales, llamada por esto la colina del Infierno; pero apénas se le hubo depositado en el sepulcro, sintióse allí no sé qué de poderoso que removía por decirlo así la tierra y solicitaba los ánimos. El papa Gregorio IX puso al muerto en el número de los santos, y decidió que el sitio de su reposo se llamara la colina del Paraíso. Desde entónces ya no hubo honras demasiado grandes para aquel pobre; los pueblos se acordaron de su amor, y quisieron devolverle más de lo que él había dejado para ellos. Y

como él no había tenido ni techo ni servidor, fué preciso que se le construyera una habitacion magnífica como el palacio que había soñado en su juventud, que viera entrar en su servicio todo cuanto había de excelentes obreros en las artes cristianas. Regularmente el catolicismo piensa haber hecho bastante por sus santos colocando su caja en un altar, en una iglesia que toma su nombre. Para el pobre de Asis, debióse abrir primeramente la peña á profundidades inusitadas, á fin de ocultar el cuerpo al peligro de los robos de reliquias, tan frecuentes en la Edad Media. Sobre el sepulcro se debió erigir una primera basílica para recibir la multitud de los peregrinos, y encima de ésta construir otra que llevara la oracion más cerca del cielo. Un arquitecto del Norte, Jaime el Aleman, consiguió levantar el doble edificio, empleó en él todos los recursos del arte gótico, todas las tradiciones del simbolismo cristiano. Hizo de la basílica inferior una nave sólida, pero sin adorno, con arcadas abocinadas y aberturas que no admiten más que una luz dudosa, como para recordar la vida penitente de San Francisco en la tierra. Hizo la iglesia superior con paredes ligeras, bóvedas atrevidas, rasgadas ventanas inundadas de luz, para representar la vida gloriosa de San Francisco en el cielo. El plano del monumento recordaba la cruz del Salvador; las paredes eran de mármol blanco, en memoria de la purísima Vírgen y adornadas con doce torrecillas de mármol encarnado, en memoria del martirio de los apóstoles. El campanario tenía una flecha atrevida que inquietó la timidez de las generaciones siguientes. Se la derribó; pero el nombre de Jaime el Aleman quedó célebre, la posteridad le honró como maestro del grande Arnolfo, que debía construir los más bellos edificios de Florencia, y abrir una nueva época en la historia de la arquitectura.

»Pero los hombres de la Edad Media no creían haber acabado un monumento por haber levantado piedra sobre piedra: era necesario que las piedras hablaran y hablaran el lenguaje de la pintura, comprendido por ignorantes y pequeños; que el cielo se hiciera en él visible, y que los ángeles y los santos quedaran allí presentes por sus imágenes, á fin de consolar y predicar á los pueblos. Las bóvedas de las dos basílicas de Asis se cubrieron de un campo de azul sembrado de estrellas de oro. En las paredes se

desarrollaron los misterios de los dos Testamentos, y la vida de San Francisco se puso á continuacion de las revelaciones divinas. Pero, como si hubiese sido imposible acercarse impunemente al milagroso sepulcro, los pintores llamados para adornarlo con sus frescos, sintiéronse agitados por un nuevo espíritu: comenzaron á concebir un ideal más puro, más animado, que los antiguos tipos bizantinos, que habían tenido su grandeza, pero que, al cabo de ochocientos años, iban degradándose siempre. La basílica de Asis vino á ser la cuna de un renacimiento cuyos progresos todos vió ella (1). Aquí fué donde Guido de Sena y Giunta de Pisa se desprendieron poco á poco de los maestros griegos cuya sequedad suavizaron y cuya inmovilidad sacudieron. En seguida vino Cimabue, quien representó toda la historia santa en una serie de pinturas que decoraban la iglesia superior y que ha mutilado el tiempo; pero seiscientos años no han empañado el esplendor de las cabezas del Cristo, de la Vírgen y de San Juan, que pintó en la cima de las bóvedas, ni las imágenes de los cuatro grandes doctores, en los que la majestad bizantina se une ya con un aire de vida y de juventud inmortal. Vino finalmente Giotto, y una de sus obras fué el Triunfo de San Francisco, pintado en cuatro compartimientos debajo de la bóveda que corona el altar de la iglesia inferior. Nada hay más célebre que estos hermosos frescos; pero yo no conozco nada más conmovedor que aquél donde están figurados los desposorios del siervo de Dios con la santa Pobreza, la Pobreza bajo las facciones de una mujer perfectamente bella, pero flaco el rostro, rotos los vestidos: un perro ladra contra ella, dos niños le tiran piedras y arrojan espinas en su camino. Ella, no obstante, tranquila y gozosa, tiende la mano á Francisco: el mismo Cristo une á los dos esposos; y entre nubes aparece el Eterno, acompañado de los ángeles, como si no bastaran el cielo y la tierra para asistir á las bodas de los dos mendigos. Nada recuerda aquí los procedimientos de la pintura griega; todo es nuevo, libre, inspirado. El progreso no se detiene ya entre los discípulos de Giotto lla-

(1) Fíjese el lector en este dato (sin olvidar otros muchos) para comprender por qué le hablamos aquí tanto del fundador de los *Menores*.

mados á continuar su obra: Cavallini, Tadeo Gaddi, Prucio, Capanna. En medio de la variedad de sus composiciones se reconoce la unidad de la fe que irradía en sus obras. Cuando se pára uno delante de las castas representaciones de la Vírgen, de la Anunciacion, de la Natividad, delante de las imágenes de Cristo crucificado, con ángeles tan tristes llorando alrededor de la cruz, ó recogiendo en copas la sangre divina, sería preciso tener el corazon muy duro para no sentirse acudir las lágrimas á los ojos, no arrodillarse, golpeándose el pecho, con los pastores y las pobres mujeres que oran al pié de estas imágenes. Entónces solamente se descubre que San Francisco es el verdadero maestro de la escuela de Asis y se siente el calor y la fuerza que la comunicó. Compréndese finalmente cómo salió Giotto de allí, capaz de comenzar el apostolado harto poco conocido que hizo de él un hombre tan grande, que le condujo á Pisa, á Padua, á Nápoles, á Aviñon, dejando á su paso en cada ciudad, no solamente obras admirables, sino discípulos á centenares para estudiarlas, excederlas, y echar de esta manera la Italia entera en la vocacion nueva donde debía encontrar su última gloria.

»La inspiracion que había tenido el poder de formar esta fecunda escuela de pintura y arquitectura debía suscitar otros esfuerzos. Si he insistido en este renacimiento de las artes, débese á que descubro en él las señales precursoras de un grande período literario. Cuando veo un pueblo que saca la piedra de las canteras, la amontona en columnatas, en ogivas ó en flechas, cubre las paredes de sus edificios con cuadros y mosáicos, y no deja en ellas un rincon que no llene alguna figura ó algun emblema, puedo creer que aquel pueblo está animado por una idea que trasluce ya debajo del simbolismo arquitectónico, que se traduce más claramente por los contornos del dibujo, y que encontrará muy pronto en la palabra una expresion exacta y armoniosa. En pos de los grandes artistas cuyo cortejo acaba de pasar delante de nosotros, veremos bajar de la colina de Asis toda una generacion de poetas» (1).

(1) Sabido es que son muchos los poetas que, cual astros brillantes de mundos desconocidos, fulguran al rededor del cantor de la naturaleza, el pobrecillo de Asis. Jacopone de Todi bastaría por sí solo para darle un lustre imperecedero. Jacopone, uno

* * *

Quisiéramos extendernos algo más en todo lo relativo á la Edad Media y la Iglesia de aquellos tiempos, pero se nos reduce el espacio y nos vemos precisados á omitir materias muy interesantes, y que sentimos en el alma no poder tratar.

La Edad Media es un período digno de ser conocido y estudiado, porque comprende dos empresas que la harán por siempre imperecedera: las cruzadas, que ya conocemos, y la lucha del sacerdocio y del imperio, de la que algo hemos insinuado tambien.

El pontificado había tenido atletas ilustres y gloriosos que siguieron las huellas de Gregorio VII. El imperio había tenido representantes dignos de mejor causa, y Federico II recuerda cómo quedan vencidos los poderes materiales ante la piedra angular del edificio cristiano, que podrá ser rudamente atacado, pero nunca vencido.

Italia se había visto anegada en mares de propia sangre derramada por las luchas intestinas de güelfos y gibelinos, que en lugar de representar in-

---

de los poetas más tiernos que han existido, fué el precursor é inspirador del Dante, y la *Divina Comedia* no es más que un eco inmortal de los cantos de los primeros franciscanos, verdadera raza de grandes poetas. Por sabido, y porque Ozanam lo trató completa y concienzudamente, omitimos más detalles; pero lo que no supo Ozanam, y lo que ignoran muchos de nuestros lectores, se lo vamos á decir nosotros, tomándolo de una publicacion italiana de circunstancias ó de actualidad titulada: *Settimo Centenario di San Francesco d' Assisi:*

«El muy distinguido y preclaro Antonio Cristofani acaba de descubrir en los archivos de Asis un poema latino compuesto de más de dos mil quinientos versos. De las varias y exactas observaciones de Cristofani se infiere que el autor de dicho poema es un fraile llamado Juan de Kunt, autor de otros dos poemas inéditos, uno de los cuales lleva por título: *De mysteriis rerum quæ fiunt in Ecclesia*, y el otro canta las glorias de Santa Clara. Parece que este es el primer poeta franciscano despues de San Francisco. En este poema describe con sencillez, y casi diríamos con cierta rusticidad, la vida de San Francisco, pero sus elevados y severos conceptos nos demuestran que su autor era hombre de profundo ingenio y de vastos conocimientos. La mucha y variada doctrina que concentra en su poema, y que si no es enteramente ajena al objeto que se propone, dista bastante de él, prueba con toda claridad que el autor era hombre de vastos conocimientos, dice Cristofani, el cual trata de publicar dicho poema en la celebracion del séptimo Centenario de nuestro Padre San Francisco.....»

Esta es una prueba más de que la Edad Media no fué tan ignorante, ni las órdenes religiosas tan faltas de instruccion como quieren suponer los que quisieran que así fuese, para apoyar en algun fundamento sus injustos despropósitos.

terés de alguna idea, grande, buena ó mala, no eran más que la feroz expresion de indomables odios.

En la imposibilidad de tratar estas diversas y vastas materias, fijémonos en una de las creaciones de la Edad Media: el feudalismo, y en su representacion material, el castillo.

Dos son los principios en que descansa el feudalismo que examinaremos rápidamente: el derecho de sucesion de la propiedad, con ciertos cargos y obligaciones y la fusion de la soberanía con la propiedad.

Recuerde el lector las tres especies de propiedades, ó tres estados, por los cuales pasaron todas las tierras, despues de la conquista, en los países conquistados: las tierras alodiales, beneficiales y tributarias. Recuerde tambien que todas estas tierras se convirtieron poquito á poco en beneficiales, y, por último, que éstas se hicieron hereditarias.

Carlo-Magno y ántes que él Ebroin, siguió la política de no conceder los destinos reales de duque, conde y margrave á los propietarios de beneficios hereditarios; pero poco á poco se fué perdiendo esta costumbre, y los grandes propietarios fueron á la vez revestidos de estos cargos; pero no solamente lo fueron sino que se persuadieron de que debían ser hereditarios como los beneficios. La debilidad del poder real, que se acrecentó en gran manera con la acumulacion de los beneficios y de los cargos reales, obligó á algunos monarcas á conceder el derecho de sucesion en los beneficios y en los cargos reales: entónces heredó el hijo no sólo las tierras de su padre sino la porcion de autoridad real de que se hallaba revestido. De esta fusion de la propiedad y de la soberanía resultó la jerarquía de las tierras y las personas: el conde tuvo bajo de sí al vizconde, al baron y al simple oficial real; cada uno tenía su jerarquía aparte, mayor ó menor, que le provenía de la autoridad real. La jerarquía se multiplicó poco á poco por las subinfeudaciones, y desde el simple caballero hasta el duque se colocó una larga serie de señores, vasallos y soberanos, alternativamente unidos entre sí por recíprocas obligaciones.

Juzgando al feudalismo en general, prescindiendo de localidades y de circunstancias especiales, y considerando que toda sociedad necesita en sus

instituciones de algunas garantías de órden y de justicia, podemos afirmar que la sociedad, que podríamos llamar feudal, tuvo á falta de garantías establecidas por leyes, otras que podrían considerarse como personales, en que la fuerza reemplazaba á la justicia.

Considerado despues el feudalismo por sus resultados generales, se ve desde luégo que se le debe á él la institucion de la caballería y los torneos y la formacion de una gran aristocracia territorial. Si nos fijamos en el órden moral más inmediatamente relacionado con la civilizacion, vemos que produjo el feudalismo el desarrollo de los sentimientos de familia y el de la dignidad individual, de qué salieron por una parte el derecho privado, y por otra el sentimiento del honor, rasgo característico de aquella interesante época, que produjo tantos actos de heroismo, cuando no se confundían con la temeridad que engendra la crueldad ó la barbarie.

* * *

Ya que no podemos estudiar el feudalismo en sus diversas manifestaciones sociales y morales, examinemos su representacion material que veremos en su residencia ó castillo feudal.

Regularmente ocupa el castillo feudal la cima de una montaña peñascosa, abrupta, rodeada de algunos abetos achaparrados, á la que lleva un sólo camino tortuoso y apénas practicable. Hay en este punto una grande barbacana, rodeada de una sencilla pared de mampostería, almenada, precedida de un puente echado sobre un foso abierto en la peña. Este puente que, en caso de sitio, es fácilmente levantado, está protegido por dos grandes torres entre las que se abre la puerta, defendida por una buharda y cerrada por hojas y un rastrillo. Cuando se ha salvado el pasillo abierto entre las dos torres, se penetra por una pendiente suave, se entra en el primer patio, rodeado de altas paredes almenadas y en frente de las cuales, en el interior, están dispuestas caballerizas y alojamientos para domésticos y servido-

res. Estas construcciones están hechas de madera y pueden ser rápidamente destruídas si se teme que el patio caiga en poder del enemigo y si toda la guarnicion debe encerrarse en el castillo, separado del patio por un segundo foso profundo, abierto igualmente en la peña.

Delante del puente del castillo hay una pequeña barbacana defendida por una sencilla empalizada. Este puente dispuesto como el anterior, está protegido por dos torres con puerta entre ellas. Salvado el paso, se entra en otro patio rodeado de elevadas murallas con fuertes torres en los ángulos. La habitacion está por entero encerrada en el grande edificio y el pabellon. Una ancha escalera circular con gradería más adentro permite llegar á los diferentes pisos del edificio, que se defiende del lado exterior dominando un escarpe inaccesible.

Desde el patio se baja al piso inferior abovedado, reservado para las cocinas y almacenamiento de las provisiones, que se bajan por medio de una tolva. Estas bodegas reciben la luz por anchas claraboyas. Los bajos están abovedados, divididos en dos como las bodegas por una hilera de pilastras que sostienen las bóvedas. Algunos tabiques de madera dividen estos bajos en varios aposentos con una ventana cada uno que recibe luz del patio. En estas habitaciones viven los familiares del señor. Encima hay la gran sala que ocupa toda la longitud del edificio hasta el pabellon. En cada uno de los extremos hay una grande chimenea. La sala principal está cubierta por un artesonado de madera, sobre cuyos tirantes, en caso de sitio, puede establecerse un piso de madera propio para el alojamiento de una numerosa guarnicion que se encuentra entónces á poca distancia y al nivel de las defensas, consistente en un camino de ronda almenado, al que se añade, en caso de necesidad, escombros de madera, propios para defender el pié de las murallas y preservar á los arqueros y ballesteros.

Desde la grande sala no se comunica al pabellon sino por una puerta pequeña fuertemente atrancada y cerrada ademas por un rastrillo. En el pabellon vive el señor. Este pabellon se divide en dos en toda su altura por una pared divisoria, y no se puede penetrar de la una á la otra de las dos piezas sino por corredores estrechos y desviados. Regularmente para pene-

trar el señor en sus habitaciones sube por la escalera principal, atraviesa la grande sala y entra en ellas por la puerta pequeña. Para ir á las piezas de los bajos y á las bodegas, es preciso bajar desde el primer piso del pabellon por una escalera recta, interior, de madera. Desde las bodegas puede salirse á las peñas exteriores por un corredor estrecho, abierto en el grueso de la pared y una poterna disimulada por la torrecilla de un ángulo del edificio. Las defensas del pabellon dominan las del piso principal, y una de las torrecillas contiene una escalera que lleva del primer piso al segundo y á las almenas superiores que pueden proveerse de escombros de madera. La capilla está en una de las salas del pabellon, y pozos abiertos en la peña en distintos puntos proporcionan agua abundante, buena y cristalina.

Las cruzadas influyeron extraordinariamente en la manera de construir los castillos feudales y en el régimen interior de los mismos, así como en los siglos XII y XIII sintieron el movimiento debido á las ideas de libertad y seguridad que partía de los municipios.

En sus primeros días no tenía el castillo feudal nada de agradable ni halagador en cuanto se refiere á las necesidades de la vida material ó animal y sólo á comienzos del siglo duodécimo se introduce en él algo de lo mucho que despues admiramos tocante á lo que podríamos llamar mueblaje de lujo. Aun cuando se ha desplegado ya cierta suntuosidad en los manjares, quedan relativamente imperfectos los demas medios de satisfacer las necesidades de la vida. La vela de sebo es un artículo de lujo para el señor feudal, cuyo castillo alumbran pedazos de leña seca.

Bancos y escabeles sirven de asiento, cuando los reemplazan al heno, que es el asiento más generalizado, y debajo de las mesas, en las horas de los banquetes, se extiende una capa de bálago para preservar del frío los piés de los convidados. La paja servía asimismo para acostarse: el lecho de más lujo era entónces una capa de paja en el suelo.

Esto sucedía ántes de terminar el siglo undécimo; porque á principios del duodécimo engalanaban ya las habitaciones feudales ricas alfombras y colgaduras y ostentaban grandiosos relojes, como los tenían ya los monasterios, sujetos más que nadie á la precisa division del tiempo.

El castillo feudal, en el siglo duodécimo, deja ya de ser el simple pabellon, que conocemos, para convertirse en habitacion permanente, con todo el servicio necesario para la vida y las comodidades compatibles con la época.

El mobiliario, más que todo, nos indicará la transformacion del castillo feudal en el siglo duodécimo que se desprenderá insensiblemente del marcado y exclusivo carácter militar.

Conocemos ya la gran sala, que sirve de punto de reunion. La moda ha introducido en ella una ancha mesa fija en el suelo; los aparadores, las credencias, la cama con dosel, la silla del señor, los cofres con la lencería y los vestidos de invierno y de verano, con las armas y demas objetos de ostentacion, sin excluir los mismos géneros procedentes del Oriente como perfumerías y especies, indican un paso hacia el refinamiento y el lujo de costumbres, hasta entónces rudas y austeras.

Á pesar de este progreso de lujo no abundan todavía los muebles para sentarse, reducidos aún á bancos y escabeles, almohadones colocados en el pavimento y sillas de tijera. En general sólo hay en el castillo dos sillas, para el señor la una y para la señora la otra, pero ostentan grandiosa magnificencia, con incrustaciones de oro, plata, marfíl, cobre, con embutidos y telas lujosas, almohadones y tapices movibles, adheridos por medio de correas ó sencillamente puestos sobre el maderámen de roble.

Ántes hemos indicado que el castillo feudal debió á las cruzadas todo su desarrollo, y, efectivamente, despues que los señores llevaron á sus castillos los brillantes recuerdos de Constantinopla y del sud de Italia, despues que el comercio, fomentando la industria á consecuencia del trato del Occidente con el Oriente, se introdujo en Europa con todos los adelantos y vicios de los pueblos asiáticos, dejó el castillo feudal de ser un solitario nido de águilas para dar paso al bienestar, producto de las artes.

Despues de las cruzadas se siembra la Europa de castillos feudales, verdaderas cortes de amor y de poesía, con anchos y vastos patios rodeados de pórticos, de caballerizas, de habitaciones para los huéspedes y los domésticos en el exterior del recinto del palacio. Los aposentos interiores contienen

la sala principal de grandioso aspecto, que apénas sabemos ahora concebir, en donde se reunen los vasallos, se dan fiestas y banquetes, se tratan los negocios que exigen reunion de gente y en donde se administra justicia. Los cuadros que representan hechos reales ó legendarios, los retratos de familia que juntos forman una rica y extensa galería, introducen el arte en el castillo á la sombra de los recuerdos generosos y del orgullo indómito de raza que forma el carácter caballeresco de los señores feudales. Los aposentos del señor ostentan ricas armaduras y los gloriosos trofeos conquistados á los hijos del Islam.

Una escalera de forma espiral conduce al salon principal del primer piso. En el siglo XII el mármol reemplaza á la madera, no sólo en esta escalera sino tambien en las demas partes del edificio. Las alfombras de lanas de color sustituyen á los tendidos de flores ó verdura con que se cubría ántes el suelo. En el salon principal, que sirve á veces de dormitorio, se pone una suntuosa cama formando lujoso juego con una rica coleccion de muebles.

Todas las artes cooperan al embellecimiento de la rica morada feudal: el pintor, el escultor, el músico, el poeta, tienen allí un puesto y mil ocasiones para lucir su habilidad. Las artes decorativas pregonan el desarrollo impreso: los delicados relieves del exterior y las figuritas del interior ostentan los progresos del escultor y grabador. Los enmaderamientos de roble cubren las paredes hasta la mitad de su altura y se recortan en tableros elegantes, miéntras que la pintura mural distrae y alegra aquellos interiores severos.

Los poetas y cronistas porfían por mostrarnos, con exageracion fabulosa á veces, pero con fondo de realidad siempre, los bordados de azul y encarnado, las pinturas de animales, serpientes, aves y centenares de columnas de mármol, cubiertas de oro fino que enriquecen aquellas moradas; y no crea el lector que los antiguos romances donde se encuentran estas raras descripciones sean debidos por completo á la imaginacion de sus autores, sino que su entusiasmo pintaba las más de las veces reproduciendo lo que la realidad del castillo les inspiraba.

Antes de las cruzadas no adornaba ningun espejo los severos salones feudales. Los hombres de aquella época no habían sabido reemplazar por

otra cosa mejor las planchas de metal bruñido de la antigüedad. El comercio sostenido por Venecia con el Oriente introducirá en Europa el espejo, ese mueble tan recomendado por el lujo como por la necesidad, y desde últimos del siglo XIII no será ya un misterio para la Europa la fabricacion de espejos de cristal.

Sino temiéramos hacernos molestos á nuestros lectores, nos extenderíamos en la lista de las cosas útiles, por no decir necesarias, á lo ménos en nuestro actual estado de civilizacion, que se vieron introducidas en el castillo feudal andando el siglo XIII; pero dejaríamos un vacío inmenso si diéramos aquí por terminado lo que se nos ofrece de interés notorio.

Los vidrios pintados reemplazan en el siglo XIII las baldosetas de mármol agujereadas que había en las ventanas del castillo feudal para dar paso á la luz, al propio tiempo que los candeleros de cobre bruñido se introducen en los aristocráticos salones, alternando en las grandes fiestas con las linternas y faroles alimentados con candelas de sebo y alguna que otra vela ó algun cirio. La cera se empleaba rarísimas veces, como no fuera en alguna ceremonia pública.

¿Quién de nuestros lectores no conoce alguna de las miles de leyendas de la Edad Media, en la que habrá entrado como elemento necesario la clásica chimenea con el fuego alimentado por robustos troncos de encinas y robles, á cuyo rededor están sentados en toscos taburetes los individuos de la familia que, en la pesada y larga velada de invierno, al amor de la lumbre, y al descompasado silvido del viento huracanado al azotar los ventanales del vasto salon apénas alumbrado por la incierta luz de la llama de la chimenea, escuchan atentos y devotos la lectura de la Biblia por el venerable religioso de la casa, de luenga y canosa barba y autorizada voz, confundiéndose así en majestuoso grupo la humildad de la fe con la arrogancia de la alcurnia, la virtud de la religion con el estrépito de las pasiones desenfrenadas?

Pues bien, aparte las comodidades que podía proporcionar el hogar en las interminables horas de las veladas de invierno en sitios solitarios y tristes como el castillo feudal, sepa el lector que tenía la chimenea el interés de



INTERIOR DE SALON DE UN CASTILLO FEUDAL.

otra cosa mejor las planchas de metal bruñido de la antigüedad. El comercio sostenido por Venecia con el Oriente introducirá en Europa el espejo, ese mueble tan recomendado por el lujo como por la necesidad, y desde últimos del siglo XIII no será ya un misterio para la Europa la fabricacion de espejos de cristal.

Sino temiéramos hacernos molestos á nuestros lectores, nos extenderíamos en la lista de las cosas útiles, por no decir necesarias, á lo ménos en nuestro actual estado de civilizacion, que se vieron introducidas en el castillo feudal andando el siglo XIII; pero dejaríamos un vacío inmenso si diéramos aquí por terminado lo que se nos ofrece de interés notorio.

Los vidrios pintados reemplazan en el siglo XIII las baldosetas de mármol agujereadas que había en las ventanas del castillo feudal para dar paso á la luz, al propio tiempo que los candeleros de cobre bruñido se introducen en los aristocráticos salones, alternando en las grandes fiestas con las linternas y faroles alimentados con candelas de sebo y alguna que otra vela ó algun cirio. La cera se empleaba rarísimas veces, como no fuera en alguna ceremonia pública.

¿Quién de nuestros lectores no conoce alguna de las miles de leyendas de la Edad Media, en la que habrá entrado como elemento necesario la clásica chimenea con el fuego alimentado por robustos troncos de encinas y robles, á cuyo rededor están sentados en toscos taburetes los individuos de la familia que, en la pesada y larga velada de invierno, al amor de la lumbre, y al descompasado silvido del viento huracanado al azotar los ventanales del vasto salon apénas alumbrado por la incierta luz de la llama de la chimenea, escuchan atentos y devotos la lectura de la Biblia por el venerable religioso de la casa, de luenga y canosa barba y autorizada voz, confundiéndose así en majestuoso grupo la humildad de la fe con la arrogancia de la alcurnia, la virtud de la religion con el estrépito de las pasiones desenfrenadas?

Pues bien, aparte las comodidades que podía proporcionar el hogar en las interminables horas de las veladas de invierno en sitios solitarios y tristes como el castillo feudal, sepa el lector que tenía la chimenea el interés de



Mir Tarradas Comas y C.ª Editores.

INTERIOR DE SALON DE UN CASTILLO FEUDAL.

la novedad. La chimenea fué para el castillo feudal un artículo de lujo, un adelanto del que no sabemos darnos cuenta en nuestro actual estado de bienestar general.

Ántes de la invencion de la chimenea, debía salir el humo de los calefactorios por un agujero practicado en el techo, y no hemos de ofender á nuestros lectores esforzándonos por ponderarles los gravísimos inconvenientes que debían resultar del continuo y molesto humo que habría siempre en las habitaciones del castillo, sobre todo las más inmediatas al calefactorio.

Si el lujo material supo introducirse en los salones feudales y abrirse paso por entre las breñas defendidas por inaccesibles pasos y las espesuras de los abetos y seculares robles, tambien halló medio de entrar no obstante los robustos muros y orgullosas almenas, la tierna y dulce poesía, llama privilegiada de la inteligencia humana. Los romanceros, trovadores y juglares han encontrado en la Edad Media el recto y seguro camino para penetrar en los castillos sin serles obstáculos ni lo tortuoso del camino, ni los recelos de los puentes levadizos y rastrillos, ni la perspicaz vigilancia de los arqueros en las torres que flanquean el edificio.

Ellos son los encargados de «esparcir la baja poesía dramática de su época en la mesa de los ricos, en las bodas, en los funerales, en los juegos, en las plazas, y la asociaban á los mil prestigios de su charlatanismo. La invasion los maltrató sin destruirlos: cambiaron muy pronto de dueños. En todas partes descubrimos sus huellas, ántes como despues de Carlomagno. Hé aquí lo que la Edad Media ha recibido de los tiempos anteriores: estos elementos primitivos se mezclaron, sufrieron inevitables modificaciones, y así se formó la especie de hombres en la que encontramos, á contar desde el siglo undécimo, á los autores é intérpretes de las canciones de hazañas» (1).

La poesía representada por los trovadores adquirió inmensa importancia en las manifestaciones lujosas del castillo feudal, y tanto supo aquilatar su mérito que los mismos caballeros no se desdeñaron de ser á su vez trova-

(1) C. Aubertin. *Historia de la literatura francesa en la Edad Media.*

dores tambien, manejando el laud con igual habilidad que la espada.

El señor feudal, si quería pasar plaza de munificencia y riqueza, debía tener á su servicio romanceros de profesion, ó asalariados que acudieran á sus salones para alegrar los ocios del castillo, y los reyes y grandes señores se disputan los trovadores y los colman de beneficios y honores, convirtiéndose finalmente los trovadores en accesorio original, sí, del feudalismo, pero necesario en igual grado.

Si la introduccion de la poesía, por medio de los trovadores, en los castillos feudales, prueba un adelanto en las rígidas y casi fieras costumbres de aquella raza esencialmente militar y orgullosa satánicamente, merece por otra parte ser conocida la ritualidad de su aparicion en los salones feudales.

El trovador es introducido en el salon de la fiesta vistiendo un traje de colores vivos, y va las más de las veces acompañado de toda una orquesta de músicos. El auditorio, compuesto de infinidad de convidados, le escucha con apasionado interés, que llega á frenético entusiasmo, al delirio, cuando canta el trovador una poesía guerrera en memoria de proezas que producen afan de imitacion entre los oyentes. Cuando, llegado á su colmo el entusiasmo, ve el trovador entregados los espectadores á los trasportes del aplauso, no se descuida de sí propio; y llueven sobre él los dones, que sabe atraerse sin pedirlos, consistentes en pieles, mantos, sombreros y mil objetos distintos, sin contar el dinero que recibe del dueño de la casa, amen de algun caballo por añadidura.

El lector ménos reflexivo y pensador habrá observado que en la Edad Media, que estamos recorriendo, á continuacion de la irrupcion de los pueblos del Norte, se encuentra la sociedad compuesta en gran parte de elementos nuevos y bárbaros que el cristianismo se esfuerza por dulcificar y modelar, y que, despues de trastornada hasta en sus cimientos no consigue sino muy lentamente disfrutar de todos los beneficios de la nueva civilizacion.

Afortunadamente durante la Edad Media se abren paso las artes con la favorable circunstancia ademas de seguir generalmente las inspiraciones del espíritu cristiano, espíritu que informa tambien todo el mundo nuevo, con-

siguiendo por fin reproducir admirablemente el ideal cristiano, como lo demuestran palpablemente todos los recuerdos que aún nos quedan de aquella gloriosa y memorable época.

* * *

¡Cuán vasto es el horizonte que se presenta á nuestra vista! ¡Cuánta diversidad de objetos pasan rápidamente aparentando formas vagas, fantasmagóricas en su vertiginoso movimiento! Todo es interesante, excepcional. Ciencia, artes, literatura, comercio: todo despierta la atencion y excita la curiosidad. Si las artes, dejando aparte las ciencias, consideradas en su conjunto, son, se ha dicho, la más íntima expresion de la sociedad, porque nos revelan sus aficiones, sus ideas, su carácter, demostrándonos todo esto en sus obras, ¿qué asombro no ha de producir en nosotros una época cuya arquitectura levanta las iglesias catedrales y las abadías, los palacios y los monumentos públicos, los castillos-fortalezas y las fortificaciones de las ciudades; cuya escultura, adornando y completando todas las artes por medio de sus obras en piedra, mármol, bronce, madera y marfíl, les imprime un sello indeleble y característico; cuya pintura, comenzando por el mosáico y los esmaltes, concurre á la decoracion de los edificios por los vidrios y los frescos, historiando é ilustrando los manuscritos ántes de llegar á su más elevada perfeccion; cuyo grabado, en los distintos ramos que comprende, marca por grados el camino que dará por resultado final la invencion de la imprenta? Es todo un período grandioso, período en que el género humano deja á las generaciones venideras huellas indelebles de sus elevadas ideas y sentimientos.

Esas ideas y esos sentimientos convergen todos á un centro comun, sublime, la religion que todo lo santifica y ensalza y engrandece. Esa idea religiosa crea una nueva arquitectura y llega rápidamente en alas de la religion á su mayor grado de desarrollo perfecto; produce la arquitectura de la

ogiva, cuyas obras maestras nos revelan nuestras magníficas catedrales, que son nuestra admiracion como lo fueron de nuestros mayores y lo serán de nuestros venideros. Giotto, Rafael, Fra Angélico y todo el ejército de pintores que les precedieron y siguieron, representarán en sus cuadros y frescos el bello ideal del alma religiosa, reflejada en el rostro, en sus hechos y aspiraciones; y la escultura, hermana gemela de la pintura, sigue las indicaciones de esta y las inspira tambien al grabado. ¡Qué grandioso espacio el de los diez siglos en que la humanidad, presenciando el derrumbamiento del imperio romano, sigue las inspiraciones del espíritu cristiano que informa todo el mundo nuevo que se forma paulatinamente entre las ruínas de las invasiones, hasta llegar á reproducir admirablemente el ideal religioso, consiguiendo, por último, hallar la belleza de las formas é iniciar el no ménos grandioso período del Renacimiento, en que la literatura y las artes recobrarán el dominio que habían perdido.

Un estudio detenido de la civilizacion en la Edad Media nos revelará claramente los obstáculos invencibles que se oponían al desarrollo de las instituciones por cuyo medio debía cambiarse la sociedad bárbara en general de aquella época. Todo lo comprendido dentro de lo llamado imperio romano no era aún más que una mezcla confusa de diversos pueblos, con costumbres, ideas, idiomas y usos diferentes, y para que pudiera adelantar la civilizacion iniciada ya desde la época de Carlo-Magno, hubiera sido preciso que hubieran existido ya costumbres y usos semejantes ó análogos y una lengua comun entre las clases más en inmediato contacto.

Todos los esfuerzos de la civilizacion hubieran quedado inútiles á no haber dispuesto de un elemento digno de la gratitud de la humanidad entera, porque fué el conducto por el cual nos vino constituido en hermoso y fuerte conjunto cuanto había destruido y dispersado la bárbara invasion de los pueblos del Norte.

Á las corporaciones religiosas debe la humanidad la conservacion de los libros de la antigüedad en medio de la crasa ignorancia de los siglos séptimo y octavo. En los conventos se copiaron, reprodujeron y se libraron de todo menoscabo. Las celdas se habían convertido en otros tantos talleres

de librería. Entre los frailes tenía cada uno señalada la tarea que debía desempeñar, y para su cabal cumplimiento, era cada uno dirigido, instruído, ilustrado, por los talentos de sus hermanos. Tambien se hacía este trabajo en los conventos de mujeres. Las religiosas estaban ocupadas en copiar y encuadernar manuscritos durante la mayor parte del día. El arte de iluminar y encuadernar los manuscritos era, en la Edad Media, una verdadera profesion, en la que se habían formado diversas especialidades distintas, por un efecto natural de la subdivision del trabajo.

Del arte de copiar los manuscritos se pasó naturalmente al arte de traducirlos y hasta de componer obras nuevas. Durante el siglo décimotercio se vió gastar en los cláustros una actividad intelectual muy grande. Las órdenes monásticas tenían el privilegio de distribuir y propagar la instruccion, ó lo que se llamaba con este nombre, entre las diversas clases de la sociedad. Había entónces muchas escuelas de niños y de niñas, á cuyo frente estaban en unas los frailes de las órdenes mendicantes, de los franciscanos ó de los dominicos, en otras las religiosas.

En los conventos fué tambien donde, en el siglo décimotercio, se vieron formar las primeras colecciones de historia natural, estudiar y practicar la medicina, asociar el cultivo de las letras y de las ciencias á los trabajos manuales de la pintura, de la cristalería, la alfarería, etc.

En una palabra, en la Edad Media, las comunidades y las congregaciones religiosas, contribuyeron poderosamente al desarrollo de la civilizacion moderna.

¿Quién dirían nuestros lectores que es el autor de los antecedentes párrafos acerca de la influencia de los *frailes* en la civilizacion europea? El deista Luis Figuier, en su *Cuadro del estado de las ciencias en Europa en la Edad Media,* y en su tomo primero de *Vidas de hombres ilustres.*

Pero no anticipemos ideas y, dando una mirada retrospectiva, procuremos generalizar.

* * *

El feudalismo no comprendía la sociedad entera. Fuera de la jerarquía de los propietarios, existían los grandes centros de actividad, industria y comercio, que el imperio romano al retirarse dejó en tan gran número detras de sí, sobre las márgenes del Danubio y del Rhin, en Inglaterra, Francia, España é Italia.

Los desastres que se siguieron á la invasion y al aislamiento en que vivieron los descendientes de los conquistadores, contribuyeron á disminuir en mucho la importancia de las ciudades. No obstante, como era únicamente en su seno donde se hallaba aún algun resto de industria y de comercio, los señores feudales se vieron obligados á transigir con estas asociaciones de ciudadanos, concediéndoles algunos privilegios en cambio de sus telas y pieles.

No es empresa fácil la de fijar el número de estos privilegios, porque cada ciudad tuvo los suyos, que le fueron concedidos en diferentes épocas, ya por el rey, ya por el príncipe, ya por el obispo, y áun algunos por el papa. En un principio los vecinos no formaban parte de ninguna asociacion, pero luégo se fueron reuniendo los ciudadanos que ejercían una misma profesion, formándose así en el seno de la ciudad asociaciones parciales, cuyos jefes no tardaron en obtener elevada categoría en la ciudad.

Entre estas ciudades las había que estaban dotadas de una constitucion particular que, con el nombre de *comunas,* venían á ser con corta diferencia lo que en España se llamaron concejos. Una ciudad de esta clase era una verdadera república, puesto que gozaba de una magistratura electiva, con una jurisdiccion particular, la seguridad de las personas y las propiedades, y, finalmente, de todos los derechos de las antiguas repúblicas.

Sin perjuicio de hacer un ligero alto en alguna que otra de estas ciudades tan privilegiadas, diremos, generalizando, que las más gloriosas de estas

ciudades privilegiadas fueron las de Lombardía, que, enriquecidas por el comercio, sacudieron el yugo de los condes para formar asociaciones particulares que les dieron el carácter de repúblicas: entre estas gozaron de más importancia Milan y su rival Pavía, Lodi, Cremona, Asti, Como, Parma, Plasencia, Verona, Pádua, y en una época posterior en la Romanía y Toscana, Ancona, Siena y Florencia, y las ciudades mercantiles Génova, Luca, Pisa y Venecia.

Inglaterra, Alemania, España y Francia tuvieron tambien sus *comunas* como Italia, porque el establecimiento violento ó pacífico de estas ciudades republicanas fué un hecho general en la Edad Media como el mismo feudalismo que las produjo.

En España los ciudadanos pagaron con su sangre sus privilegios, puesto que conquistaron sus libertades en el campo de batalla contra los moros. Desde principios del siglo XI el fuero de Leon estableció que los regidores y los alcaldes fuesen nombrados por los habitantes y revestidos por una jurisdiccion particular, como los corregidores de las ciudades del norte de Francia ó los cónsules de las del Mediodía.

En Alemania, los emperadores comprendieron muy pronto que podían hallar un apoyo en los ciudadanos de las ciudades contra sus poderosos vasallos, y favorecieron su prosperidad con importantes concesiones que formaron, paulatinamente, una masa de privilegios de donde nació para las ciudades imperiales una independencia igual á la superioridad territorial.

Las libertades de las ciudades inglesas parecen anteriores á la conquista normanda.

Las ciudades libres francesas fueron más humildes y pobres, pero quizas más heróicas, puesto que salieron por su mayor parte de la insurreccion, y su corta existencia fué una larga lucha contra el feudalismo, del cual sólo pudieron librarse arrojándose en los brazos del rey, que borró uno tras otro los privilegios que tan gloriosamente conquistaran. Gran parte de estas ciudades se habían formado en virtud de cartas en que estaban consignados sus privilegios, que les concedieron los señores feudales en cambio de sus riquezas ó artefactos. Luégo que la ciudad libre había pagado la indemniza-

cion fijada por la carta, cerraba sus puertas y se organizaba á su modo. Si el conde, el obispo ó el señor, querían atacar sus privilegios y se aproximaban con fuerza armada, el que velaba en la torre de la iglesia tocaba la campana de las señales, y al instante toda la ciudad se armaba y cubría de hombres sus baluartes, que combatían con el valor, fuerza y altivez de los hombres libres.

* * *

Al propio tiempo que los habitantes de las ciudades obtenían sucesivamente privilegios, los villanos del campo aumentaban tambien cada día su peculio y compraban tambien los suyos. Merced á la influencia de la religion cristiana y á la Iglesia que velaba por su pureza, á los progresos de las ideas de caridad y beneficencia, á las necesidades nuevas que el lujo creaba para los señores, los siervos participaban del movimiento ascensional de las clases inferiores y por mil causas se multiplicaban las manumisiones.

El terror de que fueron sobrecogidos todos los ánimos por el año de mil, con motivo de la proximidad del fin del mundo, y especialmente las cruzadas, produjeron la emancipacion de gran número de labriegos que aumentaron la clase de los hombres libres. Formada ésta por los vecinos diversos de las ciudades, por los habitantes revolucionarios de las comunas y por los siervos emancipados del campo, recibió del poder real, á quien dió asistencia contra el feudalismo, una unidad que le reveló su fuerza. Los oficiales reales, tomados de su seno, la iniciaron en los negocios públicos; los juristas que suministró al parlamento del rey, le hizo ver á los jefes del feudalismo humillados, degradados y condenados por los villanos; finalmente, el clero, que nacido del pueblo iba á sentarse sobre los príncipes y los reyes en las cátedras episcopales ó en la Santa Sede, los profesores y los legistas que discutieron en sus escuelas el derecho del rey, del papa y de los barones, elevaron su orgullo y su ambicion.

Así los plebeyos, despues de haber permanecido por mucho tiempo como fuera del Estado, formaron por fin una clase, luégo un órden, y desde 1130 fueron admitidos en las Córtes de Aragon; en 1169 en las de Castilla; en 1231 en las de las Dos Sicilias; en 1254 en los Parlamentos del rey de Francia; en 1264 la Inglaterra tuvo sus diputados de las comunas, que se sentaron al lado de los lores, y la Dieta del Imperio admitió en su seno en 1293 á los diputados de las ciudades inmediatas. El trabajo, la agricultura y algunas artes industriales, emanciparon á los campesinos y sus vecinos; el comercio elevó las más ricas ciudades libres y las democracias más gloriosas de la Edad Media.

De esta manera, de las ciudades en general, y de las comunas en particular, quedó formado el tercer estado.

Veamos ahora el comercio.

Ante todo, recuerde el lector que, generalizando, segun nuestra costumbre, reservamos para más adelante dar mayor interés á los detalles que no pueden aquí tener cabida. Dicho esto, podemos indicar ya que el comercio en el período histórico que examinamos, no tenía la extension que adquirió posteriormente, pero que, sin embargo, tenía quizas una importancia mayor.

Con ménos facilidad y seguridad, participaba algo del carácter atrevido y aventurero de los tiempos heróicos. Entónces, como ahora, el comercio daba el poder, y las ciudades de la Hansa, de Flandes, de las orillas del Rhin y del Danubio, y especialmente las de Italia, Provenza y Cataluña le debieron su prosperidad.

Amalfi hizo desde muy luégo un comercio extenso, especialmente con la Siria y Egipto. Génova procuró especialmente apoderarse de la parte occidental del Mediterráneo, pero los diversos tratados de comercio que concluyó con diversas potencias, le dieron por algun tiempo el primer puesto entre las potencias comerciales de Europa. El comercio de Pisa fué por algun tiempo más extenso y poderoso que el de Génova, pero la lucha del partido gibelino produjo su decadencia. Florencia debió, por el contrario, su esplendor á la misma lucha y á la victoria de los güelfos; pero su

comercio fué más interior que exterior. Venecia extendió principalmente su comercio por la costa oriental y por el Adriático. No obstante, esta poderosa república extendió su poder con su comercio, colocando en las ciudades en que lo ejercía ciertos magistrados, que lograron grande influencia, puesto que en algunas ciudades era el señor y juez de los venecianos que iban á hacer el comercio en ellas, teniendo sobre ellos derecho de vida y muerte. Este magistrado veneciano se llamaba *Bailo;* pero la república le reemplazaba cuando quería y le obligaba á dar cuenta de su administracion. Venecia tuvo estos magistrados en Túnez, Alejandría, en el Cairo, en Francia, en España, en Flandes y en Inglaterra.

Aquí omitimos hablar del comercio de Cataluña, porque anteriormente hemos adelantado ya lo más interesante relacionado con esta materia.

Constantinopla fué tambien por largo tiempo, en la época que examinamos, una de las ciudades más importantes del comercio europeo, y sobre todo desde que las cruzadas hicieron más activo el comercio de Oriente.

Egipto conservó la importancia comercial que le daba su posicion geográfica. En nueve días llegaban las caravanas de Aden á Chus, y de allí al Cairo y Alejandría.

Finalmente, el norte de Europa tuvo tambien su comercio, y la venta en el norte de las producciones del sud produjo el poderío de la Hansa, de esta gran liga comercial de las ciudades del norte y del oeste de Alemania.

* * *

Los primeros siglos que se siguieron á la invasion de los bárbaros del norte vieron desaparecer la lengua y la civilizacion romanas, pero es histórico que los cláustros les ofrecieron un asilo.

Es natural que la literatura, cultivada por monjes, se hiciera paulatinamente del todo religiosa, y que la teología acabara por asimilársela. Hasta

el siglo XII la ciencia permaneció así, sacerdotal y teológica. No obstante, dicen los que sienten tener que deber su civilizacion á los cláustros, desde esta época, la teología les pareció más árida y el recinto del cláustro demasiado estrecho, y la doble necesidad de la libertad política y de la independencia intelectual creó las universidades. Así, continúan diciendo, á las antiguas escuelas monásticas se habían paulatinamente sustituído escuelas seglares en París, Oxford, Bolonia y en todas las grandes ciudades.

Poco á poco se regularizó la organizacion de estas escuelas y se formaron como todas las profesiones de esta época, en corporaciones, que tomaron el nombre de universidades.

Las ciencias que se enseñaban en estos establecimientos eran las siete artes liberales: esto es, la gramática, la retórica y la dialéctica, que formaban el *trivium;* el canto llano, la aritmética, la geometría y la astronomía, que formaban el *cuadrivium.*

Tratar del establecimiento de las universidades es empresa más difícil de lo que á primera vista parece, y sube de punto la dificultad del asunto, debiéndolo tratar en límites reducidos y á la ligera, como necesariamente debemos hacerlo nosotros por la índole de nuestro trabajo y por el poco espacio de que disponemos en el estado actual de esta obra.

Concretándonos á España y yendo á buscar el orígen más remoto de sus universidades, debemos decir que las escuelas existentes durante la monarquía goda, restos las más de las creadas por los romanos y establecidas las otras por el clero, desaparecieron casi completamente con la invasion de los árabes. En aquella calamitosa y revuelta época, obligados primero los españoles á defenderse contra tan numerosos y formidables enemigos, y á recobrar despues disputándolo palmo á palmo el terreno de sus mayores, ni tiempo les quedaba para ocuparse en el cultivo de su inteligencia. Porque los españoles de entónces no necesitaban maestros sino caudillos, ni libros, sino armas, ni escuelas sino castillos y estas necesidades materiales enteramente reñidas con el desarrollo de las intelectuales, sintiéronlas en grado superior por espacio de tres siglos, período bastante para borrar de un pueblo hasta las más rudimentarias nociones, necesarias al entendimiento. Sin

embargo, tantas contrariedades no fueron suficientes para apagar por completo la luz de la ciencia en el suelo español, porque continuó iluminando todavía en algunas iglesias y monasterios en cuyas escuelas se enseñaba gramática, retórica, aritmética, geometría y astronomía.

Despues de la conquista de Toledo, viéndose más seguros los españoles en sus respectivos pueblos, diéronse á la creacion de establecimientos de enseñanza diseminados en los distintos reinos que nacían con nueva forma al compás de la reconquista. Á medida que se arrancaba del poder de los musulmanes un pueblo, con la fundacion en él de una iglesia ó de un monasterio, abríase al mismo tiempo una escuela, no exclusivamente para la enseñanza de las ciencias eclesiásticas, sino tambien para las primeras letras y para las llamadas artes liberales. Tal importancia supieron adquirir algunos de estos estudios, especialmente el de Sahagun, en el reinado de Alfonso VI, que pasaron á constituir focos de enseñanza, sirviendo de preparacion que digamos para la fundacion de establecimientos de mayor desarrollo. No obstante, para el objeto á que aspiraban los centros que llamaríamos de enseñanza, erigidos á la sombra de la iglesia de los pueblos, estableciéronse otros independientes de las iglesias y monasterios dirigidos empero por maestros pertenecientes al clero, porque á pesar de todo, eran los únicos entónces que tenían el saber como un depósito exclusivo de su propiedad.

De ahí arranca el orígen de los estudios particulares y generales que sacando del silencio de los cláustros, á principios del siglo duodécimo, la instruccion, deben considerarse como la primera etapa de la civilizacion de toda Europa.

El lector ménos avisado comprenderá por estas breves indicaciones que no podemos extender más, que, ántes de la fundacion de las universidades á principios del siglo décimotercio, había ya en España muchas y muy célebres escuelas, siendo las universidades, no la creacion ú orígen de la enseñanza, sino una nueva forma que vinieron á imprimirle en virtud de nuevas circunstancias.

En esta época en que la superficialidad lo domina todo sea quizas difícil

para muchos convencerse de que establecidos los estudios generales por la sola autoridad de los reyes, no pasaban sus privilegios ni la validez de sus títulos de los reducidos estados donde estaban creados, y que fué preciso acudir á una autoridad más caracterizada y universal para la mayor extension de la validez de la enseñanza, siendo este el comienzo de las universidades distintas de los estudios generales, en que por virtud de la autoridad del Papa se hicieron extensivos á toda la nacion la validez de los grados ó títulos de los mismos.

El vuelo que tomaron las universidades al amparo de la autoridad pontificia, la fama que adquirieron en todo el mundo aquellos centros á donde convergían las eminencias científicas y literarias de la Iglesia, debiera tranquilizar á los meticulosos que sólo ven oscuridad, tinieblas y retroceso donde presiden los consejos de los pontífices.

«El vencedor de las Navas de Tolosa (Alfonso VIII de Castilla) queriendo sin duda coronar sus glorias en la guerra con los laureles de la paz, estableció en Palencia una academia general de estudios que, sancionada despues por el Papa, en los años de 1212 á 1214, es tenida como la primera universidad de España. Estimulado Alfonso IX de Leon por este ejemplo, fundó poco despues el estudio general de Salamanca, que elevado á universidad con la autorizacion del Papa en 1255, llegó á ser la lumbrera de España y una de las cuatro universidades principales de todo el Occidente; pues juntamente con la de París, Bolonia y Oxford, fué considerada como estudio general del orbe, y adquirió tal renombre y tanta celebridad, que á principios del siglo XVI llegó á ser el emporio de las ciencias y de las letras en la vasta monarquía española.

»Sucedieron á estas universidades las de Lérida, Múrcia, Valladolid, que pretende ser la de Palencia trasladada; Huesca, Luchente, Barcelona, Gerona, Sigüenza, Zaragoza, que sin embargo de que hace subir su orígen hasta los romanos, es lo cierto que su, en efecto, de antiguo famosa escuela creada por San Vicente Ferrer con la reunion de las muchas particulares á que había dado orígen el fuero de libertad de enseñanza por Jaime I á Zaragoza concedido, no adquirió el carácter distintivo de universidad hasta el

año 1474; Ávila, Valencia, Santiago, Alcalá, completamente organizada por el gran Jimenez de Cisneros; y otras muchas hasta más de treinta á que llegaron en el siglo XVI, á las que hay que agregar algunas cátedras de latinidad, de humanidades y de lógica, presentando así nuestra nacion más medios de aprender que ninguna otra.

»Pero á pesar de que la enseñanza era gratuita y estaba tan generalizada, á pesar de que á nadie, para seguir una carrera, se le preguntaba por su orígen, y todo el que lo intentaba veía en perspectiva como premio de su aplicacion y talento una mitra, una toga ó un asiento en los consejos del Estado, (en oposicion con lo que en estos tiempos sucede, exigiendo para algunas carreras ciertos privilegios de familia), la masa de los ciudadanos permanecía envuelta en la más completa ignorancia, porque, al paso que se daba mucha importancia á los estudios superiores, yacía completamente abandonada la instruccion primaria.

»De cualquier modo, en esta época fué cuando las universidades de España se distinguieron hasta el punto de enseñar todas las ciencias, entónces conocidas, con más perfeccion quizas que ninguna otra; siendo tal su adelanto que sus maestros eran llamados á la universidad de París y otras de Europa, donde brillaron por su saber, y que miéntras Galileo era perseguido en Italia por enseñar el sistema de Copérnico que se suponía contrario á los dogmas religiosos y Colon despreciado en todas partes por loco en la manifestacion de su gigantesco proyecto, la universidad de Salamanca admitía la teoría de aquél como más conforme á la observacion y nada opuesta á la verdadera doctrina de la Iglesia, y léjos de rechazar el atrevido pensamiento de éste, lo recomendaba á la consideracion de los católicos monarcas. Sea esto dicho en honra de aquella célebre universidad y para gloria de sus filósofos y cosmógrafos, y sobre todo del convento de dominicos agregado á aquel establecimiento, cuyo prior y maestros, con especialidad fray Diego de Deza, no sólo apoyaron el pensamiento de Colon sino que acompañaron á éste á Madrid y le introdujeron con los reyes á quienes informaron de la seguridad é importancia del asunto, quitando así los obstáculos que hubieran podido presentarse á la expedicion más gloriosa que han visto los siglos.

»En esta época, repito, fué cuando la España dominante en Europa por el poder de sus armas, dominó tambien por el poder de su inteligencia; en esta época, en fin, fué cuando la España se hizo famosa por sus guerreros, como por sus sabios; por sus soldados como por sus artistas; y los Nebrija, los Cisneros, los Cano y los Casarrubias, como lumbreras del derecho y de la teología; y los Perez de Oliva, los fray Luis de Leon, Ávila y Granada, como fuentes inagotables de elocuencia; y Lope de Vega, trazando el camino al teatro moderno; y Blasco de Garay, dando el primer paso en la locomocion por el vapor; y los Herrera, los Cano, los Murillo y los Velazquez, elevando las bellas artes á una altura desconocida hasta entónces y no traspasada hasta hoy, nos dan el irrecusable testimonio de que en España, á la victoria entónces de sus armas iba unida la victoria de su inteligencia.»

No vayan á creer nuestros lectores que los párrafos trascritos sean debidos á la pluma de algun fraile, ó los haya inspirado algun ultramontano ó fanático retrógrado: los escribió en 1860, el furibundo progresista señor Sagasta, cuyas ideas políticas le libran de la nota de sospechoso y le dan carácter de testigo de mayor excepcion en el caso concreto de la ilustracion de la Iglesia representada por los frailes y sacerdotes en todo el período que abarcan los párrafos de su artículo que hemos presentado á la consideracion de nuestros lectores, para que se convenzan, y conste: que es tan intensa la luz de la verdad, que se abre paso á despecho de la preocupacion y fanatismo de la secta que, falsificando la historia, quiere á todas horas presentarnos á las órdenes religiosas como compuestas de ignorantes, holgazanes y malvados, para hacerles objeto de odio en concepto de las pobres masas faltas de instruccion, que aceptan como artículos de fe cuantas mentiras les dicen en letras de molde en los periódicos, novelas y dramas, ó en los discursos epilépticos berreados en los clubs, los que se valen de ellos para vivir holgando y esquilmando á los contribuyentes que no saben librarse de ellos colgando un par de docenas de tales vividores en cada esquina de todas las poblaciones grandes y pequeñas, con cuyo remedio (heróico sí pero eficaz) se acabaría con la política, criadero de tan mala semilla.

Si así se hiciera, se evitaría la vergüenza, que lo es y no pequeña, de

ver escritos datos estadísticos de los partidos políticos, verdadera plaga que acabará hasta con la nacionalidad donde tales divisiones conspiran contra ella, y donde pueden escribirse borrones como este que vemos en un periódico del 26 de este mes (setiembre de 1882):

«Como ahora se trata de hacer un nuevo partido, no es ociosa esta estadística de los que ya existen ahora.

»Carlistas nocedalinos. Carlistas antinocedalinos. Ultramontanos de la union. Ultramontanos pidalistas. Moderados. Conservadores. Fusionistas. Disidentes partidarios de la Constitucion del 76. Disidentes partidarios de la Constitucion del 69. Demócratas dinásticos partidarios de la Constitucion del 76. Demócratas dinásticos partidarios de la Constitucion de 1869. Republicanos, miéntras se forma la izquierda. Republicanos definitivos, á su pesar posibilistas. Zorrillistas. Figueristas. Demócratas ultramarinos. Federales sin pacto. Pactistas con careta. Pactistas sin careta. Anarquistas. Colectivistas. Socialistas. Total, 22, y dentro de un par de meses serán 24 ó 26.»

Un país donde tales cosas se escriben y pasan, está desgraciada pero definitivamente juzgado. La disolucion es sólo cuestion de más ó ménos tiempo; pero ya está en la pendiente de la disolucion; porque se repelen y luchan contra sí las partes que debieran formar el todo. Son elementos heterogéneos y estos no se suman; no pueden dar un total homogéneo. ¡Y á esto se le da el nombre de ilustracion, de progreso, de civilizacion! ¡Qué befa!

* * *

La verdad ultrajada exige de los hombres honrados que se la defienda y vindique á todo trance. El escritor público debe su pluma á la verdad como en la Edad Media, que recorremos ahora, debían los caballeros su espada á la honra de las damas. Esto sentado, nos dispensarán nuestros lectores si hasta

nos gozamos en mortificar á los falsificadores de la historia, á los que acusan de enemigas de las luces á las instituciones religiosas, demostrándoles que mienten y que, en su cacareada ilustracion, no pasan de ser unos pobres ignorantes. Tengan calma y oigan.

Si decimos que las ciencias en general se refugiaron, despues de las invasiones, en los monasterios é iglesias, nada nuevo decimos. Debemos hacer constar, en particular, que la medicina especialmente ¡la medicina! se refugió en la soledad de los cláustros, y que en ellos nació la escuela de Salerno, *merced á la perseverante ciencia de algunos frailes.*

Aquí podríamos extendernos en consideraciones que demostrarían nuestro aserto; pero el entusiasmo que sentimos por las grandezas históricas de la Edad Media, que es de todas la más fecunda en ellas, podría hacernos sospechosos á cierta clase de lectores, no bien avenidos quizas con nuestras ideas, y á fin de presentarles autoridades convincentes y aceptables, cederemos la palabra á personas competentes, traduciendo algunas páginas de Figuier, que encontramos en su obra: *Vidas de hombres ilustres:*

«El contacto de esta civilizacion (la árabe) el conocimiento de las obras literarias y científicas de la Arabia española, ejercieron la más afortunada influencia en la civilizacion de Occidente. En efecto, en aquella época se ven aparecer en Europa las primeras universidades.

»Las primeras que se fundaron, fueron la universidad de Salerno, y despues la de Montpeller (1). Hasta más adelante no vino la universidad de París, es decir la Sorbona.

»En el interior de un ancho golfo, que está á continuacion del de Nápoles, bajo el clima más delicioso, cuyos encantos y salubridad había ya celebrado Horacio, rodeado de montañas que son su más dulce abrigo, se levantaba la ciudad de Salerno. Antigua colonia romana, de la que se habían apoderado los lombardos, habíanla alternativamente tomado los árabes y los griegos, y finalmente, la conquista en 1075 el normando Roberto Guiscar.

(1) Dispénsenos el Sr. Figuier si aquí, como otras muchas veces en otros trabajos hemos debido hacerlo, nos vemos precisados á decirle que no está en lo cierto. Las universidades más importantes por su antigüedad y fama fueron: la de Oxford, fundada en 1206; la de Palencia, en 1208; la de Salamanca, en 1224; la de Nápoles, en 1224; la de Tolosa, en 1233; la de Viena, en 1236; la de Cambridge, en 1231; la de Upsal, en 1240; la de Montpeller, en 1283; la de Lisboa, en 1290.

En esta deliciosa mansion, designada verdaderamente por la naturaleza para sitio de reunion de filósofos y médicos, y por consiguiente de enfermos, se estableció la célebre escuela de Salerno, cuya nombradía duró más de cinco siglos.

»Hoy es posible formarse una idea casi exacta, si no completa, de esa antigua escuela, merced á las perseverantes investigaciones hechas por el doctor de Renzi en los archivos del reino de Nápoles, y el descubrimiento hecho por el doctor Heuschel (de Breslau) de un manuscrito que contiene treinta y cinco tratados de orígen salernitano.

»El doctor de Renzi deja sentado que la escuela de Salerno existía desde el siglo nono; ya que, tomándolos de los archivos del reino de Nápoles, nombra los médicos que formaban parte de ella en el año 846. Pero la escuela de Salerno tomó un gran desarrollo, sobre todo, en los siglos undécimo y duodécimo.

»Daremberg, en la introduccion que ha puesto al frente de la traduccion en versos franceses de la *Schola Saliternitana*, de la que tendremos ocasion de hablar más adelante, se hace las siguientes preguntas: ¿En qué época nació la escuela de Salerno? ¿Cuáles son las circunstancias que favorecieron sus primeros desarrollos? Para contestar Daremberg á estas preguntas, se ha entregado á investigaciones que, sin ofrecerle ninguna respuesta directa y perentoria, le llevaban no obstante á presumir que la doctrina de la escuela salernitana se había adquirido en las obras literarias y científicas de los griegos, *y que los primeros profesores se habían formado en los conventos*.

»Casiodoro, que escribía á principios del siglo décimo, dice á sus monjes (1): «Si no os es familiar la literatura griega, leed á Dioscórides, Hipócrates, Galeno, traducidos al latin, y Celio Aureliano, y muchos otros libros que encontrareis en la biblioteca.» Así es que en los monasterios se tenían entónces, no solamente los textos, sino tambien traducciones latinas de los libros sabios de Grecia. Por lo demas, no se necesita haber estudiado mucho

(1) *De Instit. divin. litt.*, cap. XXXIII.

la historia, para saber que, en aquel período de desórden y trastorno social, *si había en algun punto algunos hombres dedicados al estudio, era precisamente en los conventos.*»

La escuela de Salerno nació, pues, en la soledad del cláustro merced á la perseverante ciencia de algunos frailes.

Las teorías médicas de los salernitanos no consistieron primeramente sino en copias de diversos autores antiguos, que pasaron poco á poco de los frailes á los laicos.

Es indudable que la escuela de Salerno existía desde algun tiempo en el estado de asociacion libre, cuando recibió unos estatutos que la transformaron en una corporacion regular, ó en otros términos, cuando pasó á ser universidad. De este modo se formaron más tarde, en el siglo décimotercio, la mayor parte de las universidades de Europa.

Daremberg, que fué á examinar en Breslau los treinta y cinco antiguos tratados descubiertos en 1837 por Neuschel, asegura que estos manuscritos eran todos de orígen salernitano, y probablemente se compusieron en una época en que la escuela de Salerno era ya brillante. Pero ¿cuál es esa época? Ni Daremberg, ni Renzi (1) nos dan ninguna indicacion exacta acerca de este punto.

Meyer piensa que la escuela de Salerno fué fundada desde el principio por médicos constituídos en sociedad á la manera de los francmasones.

Pacimoti dice que fué instituída por una corporacion de benedictinos, á la que poquito á poco se afiliaron laicos (2).

«Esta conjetura nos parece la más probable de cuantas se han hecho sobre el particular por los eruditos más versados en las tradiciones de la Edad Media. *Podríamos citar muchos conventos donde los religiosos enseñaban y practicaban la medicina.*

»En cada monasterio había á lo ménos un médico de profesion, escogido entre los monjes. El pasaje de Casiodoro, que hemos citado, prueba que

(1) *Storia documentata della escuola medica di Salerno*, Nápoles, 1857.

(2) *Storia della medicina*. Liorna, 1855.

los monjes benedictinos estudiaban la medicina, lo mismo que las demas ciencias, desde el siglo octavo, y que se les debía á los mismos las traducciones latinas que en aquella época se poseían de las obras de Hipócrates, Dioscórides y Galeno.

»Es indudable que en los conventos de benedictinos estuvieron establecidas las primeras escuelas médicas donde se admitieron laicos, y estos mismos, formados por la enseñanza y preparados bajo la influencia del espíritu de asociacion, fueron los que, despues de haber terminado sus estudios, ejercieron su facultad en las ciudades y abrieron escuelas donde se enseñaron los principios del arte de curar.

»Todo induce á creer que la escuela de Salerno, que no era en un principio más que una simple reunion de médicos, se constituyó en corporacion organizada hacia el siglo nono, cuando comenzaron á afluir á Salerno los estudiantes y los enfermos, atraídos unos por la ciencia de los profesores, y los otros por la nombradía de los médicos y la benignidad del clima.

»Á la escuela de Salerno llegó un hombre que debía ejercer grande influencia en el desarrollo de las ciencias en la Edad Media.

»Era ese—continúa diciendo Figuier,—Constantino el Africano, cuya vida escribió Paulo el diácono.»

Ni las noticias compendiadas daríamos nosotros de la vida de ese médico y hombre científico eminente, sino hubiese pasado gran parte de su vida, hasta su muerte, en el silencioso retiro de un cláustro.

«Constantino era natural de Cartago. Apasionado por el estudio y no encontrando aparentemente en su país natal bastante instruídos á los profesores, dejó el África y se fué al Asia. En Babilonia aprendió la gramática, dialéctica, medicina, geometría, aritmética, astronomía y música. Habiendo adquirido ya todo cuanto podían ofrecerle de útil ó interesante las ciencias caldea, árabe y persa, llegó hasta la India, donde consultó á los sucesores de los sabios filósofos que, quince siglos ántes, habían instruído á Pitágoras. Luégo despues emprendió la vuelta á su país natal, y de paso se detuvo en Egipto para completar sus estudios.

»Entró en Cartago despues de treinta y nueve años de ausencia. Desgra-

ciadamente se apresuró demasiado en exponer á sus compatriotas los conocimientos y los curiosos secretos que traía de sus largas peregrinaciones científicas, de modo que, si hemos de dar crédito á Malgaigne (1), le miraron como hechicero. Segun dice Leon de Ostia, su grande saber excitó la envidia de algunos personajes. Finalmente, es posible que sus compatriotas le reprendieran por haber abrazado el cristianismo.

»Sea de esto lo que fuere, se formó un partido violento contra Constantino. Supo que su vida peligraba y emprendió la fuga. Fué á ocultarse, dice Leon de Ostia, en un buque dispuesto á hacerse á la vela para Sicilia. Por temor de que le conocieran, se disfrazó de mendigo, y de este modo llegó á Salerno.

»Había ya algunos días que estaba allí, cuando le encontró por casualidad y le reconoció un hermano del rey de Babilonia, que entónces se encontraba en la corte del duque Roberto Guiscar. El príncipe lo recomendó al duque como hombre de mérito superior y digno de su proteccion, bajo todos conceptos.

»Guiscar nombró á Constantino su primer secretario, pero éste, viejo y fatigado, prefería el descanso y la soledad á los honores. Dejó la corte del rey Roberto, entró en la órden de San Benito, y se retiró al célebre convento de Monte-Casino, situado entre Roma y Nápoles.

»Pasó en este retiro el resto de su vida, ocupado en traducir al latin diversas obras árabes, y en componer ó compilar libros de la medicina. Fué tan grande la fama que adquirió Constantino, que se le dieron los títulos de *nuevo Hipócrates* y de *maestro del Oriente y del Occidente* (2).

»Es indudable que en sus viajes en el Asia Menor, en la Persia é India, había Constantino recogido libros preciosos, desconocidos hasta entónces en Europa. No solamente tradujo algunos de estos, sino que se dedicó á propagar lo que encontraba de más adecuado en ellos para llamar la atencion de los occidentales. De este modo se explicaría cómo doscientos

(1) *Introduccion á las obras de Ambrosio Paré*, pág. 20.

(2) *Chronic. Mont-Cassin*, libro III, cap. XXXV, y de *Viris illustribus*, citado por Tiraboschi, tomo III, libro IV.

años despues, á saber, en el siglo décimotercio, pudo Roger Bacon tener noticia de varios descubrimientos científicos realizados antiguamente entre los orientales, y en los que no se ha comenzado á creer hasta que la ciencia ha llegado á renovarlos.

»Daremberg dice que en la época en que Constantino vivía retirado en el Monte-Casino, había la medicina tomado un desarrollo tan grande en Salerno que no bastaba ya para sostenerla la base en que se apoyaba.

»Por sus traducciones hizo Constantino conocer los árabes, pero no solamente éstos, sino tambien los sirios y persas. No se había entregado por espacio de cuarenta años en Oriente á investigaciones é inmensos estudios, sin haber recogido muchísimas ideas y hechos enteramente nuevos para los estudios de Europa, en los diversos ramos de los conocimientos humanos.

»Si el nivel de los estudios parece elevarse rápidamente en la universidad de Salerno, al cabo de poco tiempo de la llegada de Constantino, ¿á qué órden de hechos debe atribuirse su causa, sino á un método más exacto y á nociones más precisas, más verdaderas, más extensas que las que hasta entónces habían constituído todo el fondo de la enseñanza de esa escuela? Ademas, no vemos que nadie, sino Constantino haya podido introducir en Salerno este método y estas nociones nuevas. Efectivamente, si se considera que la teoría médica abarca una multitud de nociones generales adquiridas en todas las ciencias, se comprenderá que la extension de la medicina haya podido contribuir al descubrimiento de muchas otras ciencias.

»Constantino era médico: todavía existen las obras de medicina que escribió.»

La escuela de Salerno cedió despues el puesto á la de Bolonia que adquirió luégo mucha fama y crédito justificado. El desarrollo de las ciencias era general en Europa, y la civilizacion iba á emprender un nuevo rumbo con la creacion en todas partes de universidades.

El papa Inocencio IV instituye en Roma una escuela de derecho, y concede á los estudiantes todos los privilegios que se concedían entónces al *studium generale*. Despues fundan los papas, sucesores de Inocencio, las universidades de Pisa, Ferrara y Bolonia.

Un sacerdote fundó la célebre Sorbona de París despues del 1250. En 1209 el papa Nicolás V añadió á la escuela de Montpeller el derecho canónico, el romano y las artes liberales.

Pero hagamos punto, demos una ojeada á la situacion general de Europa, en aquella época, para ocuparnos otra vez en los progresos de las ciencias.

* * *

La lucha que sostenían entre sí el poder real y el feudalismo, ocupa casi exclusivamente á la Francia en el período de las cruzadas.

Cuando Luis VI subía al trono en 1108, estaba el poder real reducido á la isla de Francia y á una parte del Orleanés. Los señores feudales poseían el resto de la Francia, como que á fines del siglo décimotercero estaba el territorio francés cubierto con más de cuarenta mil castillos feudales, residencias fortificadas de otros tantos señores, verdaderos reyezuelos en sus reducidos dominios. Estos caballeros sólo prestaban un estéril homenaje al monarca.

A pesar de este estado de cosas, poco favorable en verdad al poder real, comenzó Luis VI con energía la lucha, y hasta el fin de su vida no cesó de combatir la anarquía feudal, haciendo respetar los privilegios del clero y de los comerciantes, y fueron sometidos varios señores que desolaron con robos la Francia.

Su hijo Luis VII perdió muy pronto el fruto de los afanes de su padre. Este rey emprendió la segunda cruzada, y el repudio de su esposa Eleonor, heredera de Guyena, fué una falta política que no debía haber cometido y que detuvo por más de un siglo los progresos de la autoridad real en Francia. Despues de haber reinado por el largo espacio de cuarenta años, dejó el trono á su hijo Felipe II, que desde su nacimiento se había distinguido con el sobrenombre de Augusto.

Felipe II tuvo varias disensiones domésticas que sofocó con su actividad y firmeza. Ya sabemos que este rey emprendió con Ricardo Corazon de Leon, rey de Inglaterra, la cruzada de que oportunamente hablamos.

El asesinato de Arturo por su tío Juan sin Tierra, rey de Inglaterra, fué causa de que Felipe secuestrara todos los feudos que éste poseía en Francia, á saber, la Normandía, el Maine, el Anjou y el Poitou, dejando sólo la Guyena á los ingleses.

Felipe Augusto dejó á Luis VIII la corona de Francia en 1223, quien ya en vida de su padre había disputado la corona de Inglaterra al rey Juan, excomulgado por el Papa y rechazado por los barones.

La civilizacion europea registra como principal acontecimiento de este reinado la guerra contra los albigenses.

Los albigenses se llamaron así, en el siglo XIII, no porque fuese Alby el punto principal de su residencia, sino porque los soldados de la cruz que los combatieron se dirigieron principalmente contra su protector el vizconde de Alby. El fondo de la doctrina de los albigenses era el maniqueismo modificado segun los caprichos de sus caudillos. Contra estos sectarios particularmente desplegó su apostólico celo el ilustre español Santo Domingo de Guzman.

Las provincias meridionales de Francia estaban desde mucho tiempo como aisladas de las del norte, y el conde de Tolosa era el señor más poderoso de todas aquellas ricas y hermosas comarcas. Los albigenses dominaban con sus errores todo el Langüedoc. El papa predicó una cruzada contra ellos. Hablando de la guerra que se encendió con este motivo ha dicho de ella un escritor francés más poeta que historiador: «Inocencio III fué el alma de esta guerra, Santo Domingo el apóstol, el conde de Tolosa la víctima, y Simon, conde de Montfort, el jefe.» Sabido es que este jefe murió bajo los muros de Tolosa.

Amoury, su hijo, continuó la guerra, pero conociéndose sobradamente débil, cedió sus derechos sobre el Langüedoc al rey de Francia, que no hizo cosa digna de mencion.

La muerte de Luis VIII dejó la administracion del reino en manos de

Blanca de Castilla por ser madre y tutora del jóven rey San Luis.

Este rey se halló pronto dueño por sí ó por sus hermanos de parte del mediodía de Francia.

La civilizacion registra de este rey mucha moderacion, justicia y firmeza en su política exterior; y en el interior sus disposiciones legislativas, aún respetando los derechos adquiridos, ejercieron grandísima influencia para arruinar al feudalismo.

* * *

La necesidad de formarnos una idea del estado general de la civilizacion europea en la grandiosa época de la Edad Media, nos obliga á dar rápidas y cortas miradas á la historia. Hemos visto algo de la de Francia, veamos ahora algo de la de Inglaterra.

Muerto Guillermo el Rojo, apoderóse de la corona su hermano Enrique en perjuicio de su otro hermano Roberto que se hallaba entónces en la Tierra Santa; pero al regresar éste invadió la Inglaterra, muriendo en una cárcel despues de haber caído prisionero.

Como precio de su victoria, reunió Enrique á Inglaterra el ducado de Normandía, y desde entónces el rey de Francia vió con temor este vasallo coronado, y no dejó de inquietarle siempre que se le presentó ocasion. Enrique reinó aún hasta 1135, y su muerte dió orígen á algunas guerras que desolaron por algun tiempo la Inglaterra.

Enrique había casado su hija con el emperador de Alemania, y luégo con Godofredo, hijo mayor del conde de Anjou, instituyéndola por su heredera; pero un partido numeroso se negó á reconocer á Matilde, y dió el cetro á Estéban de Blois, conde de Bolonia. Los amigos de Matilde organizaron la guerra civil, que terminó por un tratado por el cual Estéban declaró su heredero á Enrique Plantagenet, hijo de Matilde y del conde de Anjou.

Cuando este Enrique subió al trono de Inglaterra, casi todo el oeste de

Francia le pertenecía como feudo, y en 1171 reunió aún la Irlanda á su extenso dominio. Afortunadamente para Francia las guerras civiles de su país no hicieron temible este poderoso vasallo.

Enrique gobernó con vigor sus estados, restableció la tranquilidad pública, destruyó gran número de castillos, desde donde ejercían los nobles sus rapiñas, y se creyó bastante fuerte para querer colocar al clero bajo la jurisdiccion real.

De aquí nacieron sus altercados con el arzobispo de Cantorbery á quien le costó la vida una palabra indiscreta del rey. Entónces el Papa lanzó la excomunion contra Enrique, quien pasó el resto de su vida luchando con su pueblo y con sus hijos y murió de disgusto en 1189.

Sucedióle en el trono Ricardo Corazon de Leon, cuyo extraordinario valor y caballeresco ánimo conocemos ya por las cruzadas, en que le hemos visto tomar tan activa parte. El emperador de Alemania le detuvo injustamente cuando regresaba de Palestina, pero el 13 de marzo de 1194 entró de nuevo en su reino que encontró en el mayor desórden.

Su hermano Juan sin Tierra le había usurpado el trono desde 1191, y continuaba luchando con los amigos del monarca. Ricardo perdonó á su ingrato hermano y murió en 1199 de una herida recibida en el sitio de Limoges.

Sucedióle su hermano Juan sin Tierra, en perjuicio del heredero legítimo Arturo de Bretaña, que protegió la Francia, que arrebató al rey de Inglaterra todos los feudos del territorio francés por haberse negado á responder ante el tribunal de su soberano Felipe Augusto de la muerte de Arturo. Miéntras que así perdía sus posesiones francesas, se enagenaba Juan el amor de sus barones por su cobardía y el de toda Inglaterra por sus exacciones y por los escándalos de su vida privada, y, finalmente, incurrió en la cólera del Supremo Pontífice, Inocencio III, el más digno sucesor de Gregorio VII, que puso primero su reino en interdicto en 1208, le excomulgó en 1209, y, finalmente, le declaró inhábil para reinar en 1212, desatando á sus vasallos del juramento de fidelidad, predicando contra él una cruzada, y dando su reino á Felipe Augusto, con el encargo de cumplimentar la sentencia de la Iglesia.

Sometióse á la Santa Sede en mayo de 1213, y esta sumision, y el homenaje que prestó al Papa de su corona, salvó por entónces al indigno monarca. Indignados empero sus vasallos por lo que ellos llamaron humillacion, formaron contra él una vasta coalicion, y sólo pudo salvarse de este nuevo peligro aceptando la *Carta magna,* acta fundamental de las libertades inglesas, en 17 de junio de 1215.

No obstante, luégo pensó en violarla, á cuyo efecto reunió un ejército de aventureros brabanzones, y obtuvo de Inocencio III un acta de anulacion, por cuyo motivo los barones llaman al rey de Francia Luis VIII. Juan murió poco tiempo despues llevándose al sepulcro las maldiciones de todo su pueblo. Dejó por sucesor á un niño que fué reconocido por rey en 1216 con el nombre de Enrique III.

Este príncipe fué gobernado por algunos hombres que su familia había siempre favorecido, y cuando efectuó su matrimonio con Leonor de Provenza, muchos provenzales y saboyanos fueron á Inglaterra en busca de fortuna. El favor de que gozaban todos estos extranjeros produjo general descontento. Simon, conde de Leicester, fué el jefe de la oposicion, y, á la cabeza de los descontentos, obligó al rey á jurar las *provisiones de Oxford* y á consentir en el establecimiento de un consejo de veinte y cuatro barones encargados de reformar el estado. El Papa, no obstante, desató el juramento de Enrique y la guerra civil comenzó de nuevo. Leicester hizo prisionero al rey y á su hijo; pero el jóven Eduardo, más valiente y belicoso que su padre, habiendo logrado fugarse, le restableció en el trono.

*
* *

La corona imperial pasó por muerte de Enrique V á las sienes de Lotario, duque de Sajonia, quien abandonó todos los derechos que le daba el tratado de Worms, y pidió al Papa la confirmacion de su eleccion. No fué muy brillante que digamos el reinado de Lotario, y cuando murió en

1138 de regreso de una expedicion contra los normandos, los electores nombraron por su sucesor á Conrado de Hohenstaufen, príncipe de la casa *Gibelina* y enemigo de la casa *Güelfa* de Sajonia y de Baviera. (1)

El reinado de Conrado presenta pocos acontecimientos importantes, si exceptuamos la expoliacion de la casa de Sajonia, en que comienza la lucha de los güelfos y gibelinos, que trasportada al otro lado de los Alpes, ensangrentó la Italia durante varios siglos.

Conrado fué llamado á ponerse al frente de la república que habían formado los romanos; pero la predicacion de San Bernardo no le permitió pensar en otra cosa que en la cruzada.

La eleccion de Federico I Barbaroja que Conrado había designado por sucesor suyo, no encontró obstáculos. El nuevo emperador fué uno de los príncipes más notables de Alemania. Su primer cuidado fué pacificar esta comarca. Al efecto suspendió entónces las hostilidades entre los güelfos y los gibelinos, haciendo mutuas concesiones á las dos casas.

Federico pensó luégo en Italia, cuya península, desde Oton el Grande, formaba siempre un reino que estaba reunido á la corona de Germania. No obstante, el emperador no conservaba más que el título de rey de Italia. Abandonada á sí misma esta region, había ido sacudiendo el yugo monárquico y feudal, y casi todas sus ciudades eran otras tantas repúblicas. Por desgracia, todas estas ciudades eran demasiado ricas y poderosas y su individualidad era demasiado grande, para que pudiesen consentir en formar un solo estado, desprendiéndose todas á favor de una sola de toda su preponderancia y orgullo.

Á pesar de esto, formaban dos ligas rivales: Milan estaba al frente de una, Pavía figuraba en primer término de la otra, y sus sangrientas enemistades turbaban toda la Normandía. Al sur de la península, el rey normando de Sicilia había puesto fin al principado de Cápua, y en Roma había esta-

(1) *Gibelino*, de Wiblingen, nombre del castillo perteneciente á la familia de los Hohenstaufen; y de Welf, nombre de la antigua casa de Baviera. Una rivalidad funesta se encendió entre estas dos casas, las más poderosas de Alemania, que fué orígen de grandes desastres.

llado una revolucion republicana. La licencia reinaba en la antigua capital del mundo y hasta los pontífices habían sido víctimas del furor popular.

En esta época tumultuosa apareció un agitador terrible, un verdadero enemigo del pueblo y de su santa libertad. Este agitador fué Arnaldo de Brescia. Su herejía es uno de los episodios más notables del siglo XII. Atrevido y libre en sus pensamientos, racionalista, no sólo en el sentido filosófico y teológico, sino en el político, predicó la reforma del clero, sin saberse reformar primero á sí propio, el restablecimiento de la pobreza evangélica y de las costumbres de la primitiva iglesia, é imprimió á la política su espíritu revolucionario.

La fermentacion fué grande en Italia, y continuó áun despues del destierro de Arnaldo, en virtud del decreto del concilio de Letran. Miéntras que andaba errante por las selvas de Alemania, sus doctrinas hallaron eco en Roma, como lo hallan en todas partes y siempre las que fomentan las pasiones humanas. Los nobles y el pueblo reunidos en el monte Capitolino, restablecieron la república romana.

Arnaldo entró entónces triunfante en Roma, escoltado por dos mil suizos. Durante diez años no cesó de recordar á los ciudadanos todos los recuerdos de la antigua Roma y de la pobreza de los apóstoles.

Ya que hemos estampado el nombre de Arnaldo de Brescia, á quien la Italia de nuestros días ha dedicado espléndidas fiestas, llevada de un entusiasmo que nada bueno podrá producirle, será útil continuar alguna reflexion de oportunidad, tanto más cuanto al escribir estas líneas dedica Italia y el orbe todo, la más solemne de las fiestas á otro italiano, gloria de su siglo, de su patria y de la humanidad entera. Aludimos al tierno pobrecito Francisco de Asis.

Su Santidad Leon XIII, — dice un escrito que tenemos á la vista, — despues de agradecer vivamente las manifestaciones de los católicos de toda Italia, dijo que desde que recibió á la diputacion de Roma ha tenido que deplorar nuevos ultrajes á la Iglesia, como lo han sido las fiestas oficiales de Brescia, en honor de un hombre que sólo sembró discordias religiosas y fué el enemigo encarnizado de la Iglesia Romana y del Pontificado. El

espíritu sectario que ideó estas fiestas es el que prepara á Italia las catástrofes que sólo podrán evitar el sentimiento católico de sus hijos, con la energía de su actitud y de sus sacrificios que el Señor sabrá recompensar. El Padre Santo hace enseguida con elocuencia el paralelo entre el humilde pobre de Asis y el agitador de Brescia. Aquél, pobre y despreciado, pudo reanimar en el mundo corrompido el espíritu de Jesucristo que le había predestinado á grandes empresas y apartándose del siniestro camino en que poco ántes le había precedido el reformador de Brescia, no fomentó las discordias intestinas, sino que predicó la paz, no excitó la ira en las almas, inculcándolas por el contrario constantemente el perdon; no arrastró los pueblos á la rebelion, sino que con su ejemplo enseñó la sumision á la autoridad. No se hizo el propagador de peligrosas doctrinas, é hijo sumiso de la Iglesia, hizo conocer y amar el Evangelio. Léjos de combatir el Pontificado, como Arnaldo, no se atrevió ni á comenzar la mision que le había confiado la Providencia, sin recibir primero la bendicion del Vicario de Jesucristo. Amó con vivísimo amor al pueblo, sin lisonjear sus pasiones, y verdadero amigo de los pobres y de los oprimidos, se esforzó siempre por mejorar su suerte sin violar los derechos de los demas, uniéndose admirablemente en Francisco la sumision á la Iglesia, la caridad al prójimo y el amor de la patria.

La agitacion producida en Italia por el hereje Arnaldo, fué causa de que todos apelaran al emperador, viéndose de esta manera Federico solicitado á la vez por el pueblo romano, por el Papa, por las ciudades normandas y por todas las pequeñas rivalidades italianas. Federico reunió una dieta en Roncalia. De allí penetró en Italia y se dirigió á Roma, y habiendo hecho prisionero al apóstata Arnaldo, enemigo declarado de la Iglesia y especialmente del papado, le hizo condenar á ser quemado vivo.

Á pesar de esto no tardó Federico en enemistarse con el Papa, hasta que algunas explicaciones restablecieron la armonía entre la Santa Sede y el imperio. En tiempo de Alejandro III se renovó la cuestion de las investiduras, en la que se puso el Papa al frente de las ciudades normandas. Federico demolió á Milan y sembró de sal el asiento de sus murallas, pero los

venecianos las volvieron finalmente á levantar y las ciudades normandas formaron una estrecha asociacion, logrando vencer las fuerzas alemanas en Sognano. En su consecuencia, Federico tuvo que pasar á Venecia á humillarse á los piés del Papa.

La paz de Constanza hizo reconocer la independencia de las ciudades lombardas bajo la soberanía nominal del imperio. Federico se vengó de la defeccion de Enrique el Leon despojándole de los ducados de Sajonia y Baviera, y para restablecer su reputacion, comprometida con tantos reveses, emprendió en 1190 el viaje á la Tierra Santa, en cuyo camino murió.

Su hijo Enrique IV heredó la corona, pero los esfuerzos que hizo para hacer hereditaria la corona imperial, y su conducta para con Ricardo de Inglaterra, que retuvo prisionero contra el derecho de gentes, descontentó á los alemanes, y la crueldad que mostró en Italia le enagenó el afecto de sus vasallos del reino de las Dos Sicilias. Enrique era dueño de esta corona por su esposa Constanza, pero los sicilianos dieron el solio á su compatriota el conde Tancredo. Enrique reclamó la herencia de su esposa, y con pocos esfuerzos recobró la Sicilia. Su fácil triunfo debiera haberle moderado, pero con sin igual barbárie hizo quitar los ojos al hijo del conde y exhumar el cadáver de éste para cortarle la cabeza por mano del verdugo.

Aún castigó más inhumanamente una nueva insurreccion; pero tantas crueldades produjeron un alzamiento serio, donde perecieron cuantos alemanes se hallaban en Sicilia. El veneno, que segun algunos historiadores le administró Constanza, puso fin á la vida de Enrique. Su hijo Federico II era demasiado jóven para que pudiese ser agraciado con la corona imperial, por esto los electores del partido gibelino eligieron á su tío Felipe, y los partidarios de la casa güelfa á Oton de Brunswick.

Esta doble eleccion fué como el preludio de la deplorable anarquía que debía desolar la Alemania hasta el reinado de Maximiliano. Felipe de Suabia murió asesinado por el conde palatino de Baviera. Las concesiones hechas al Papa decidieron á éste á consagrar á Oton; pero luégo que éste se vió asegurado en el trono, quiso recobrar cuantos derechos había cedido á la Santa Sede. El Papa comenzó por excomulgarle, y luégo hizo conducir

á sus estados al jóven príncipe Federico II. Este tenía entónces diez y ocho años y la mayor parte de los príncipes alemanes le reconocièron por legítimo emperador. Oton, derrotado por Felipe Augusto, pasó el resto de su vida entregado totalmente á sólo actos de devocion. Federico, por su parte, dueño del imperio por el influjo del Sumo Pontífice, confirmó á éste todas las cesiones que había prometido Oton, y se comprometió á ir á libertar el Santo Sepulcro.

Honorio III, sucesor de Inocencio, solicitó bien pronto del emperador el cumplimiento de este voto. Federico obtuvo algunas treguas, é hizo elegir á su hijo Enrique rey de los romanos. El Papa instó de nuevo á Federico; éste prometió cuanto se le pedía y fué coronado emperador por el Papa. Entónces se ocupó en reducir á la obediencia á los grandes de su reino de Nápoles y libertó la Sicilia.

Federico, de vuelta de la cruzada, atacó las ciudades lombardas, que formaron una nueva liga y se pusieron bajo la proteccion del Papa. En este estado de cosas, su propio hijo Enrique levantó el estandarte de la rebelion contra su padre. Este pasó los Alpes, y consiguió encerrar á su hijo en un castillo de la Pulla, donde murió.

Antes de volver á Italia sujetó Federico al turbulento duque de Austria Federico el Belicoso.

En el interior los jefes gibelinos trabajaban por Federico, esperando su regreso.

Ecelino el Feroz, tirano de Pádua, hacía dominar el partido imperial en el nordeste de la Italia. Verona, Crémona, Parma, Módena y Regio estaban á favor de Federico. A la liga lombarda pertenecían Milan, Brescia, Placencia, Alejandría, Asti, Vercelli, Bolonia y algunas otras. Así las ciudades gibelinas separaban contra sí las ciudades lombardas. La toma de Pádua por Ecelino fué decididamente el ascendiente á los gibelinos en la Marca Trevisana.

El regreso de Federico á Italia redujo aún más la liga; pero el Papa le excomulgó en la semana de Pasion, acusándole de profesar la doctrina de que el mundo había sido engañado por tres impostores, Moisés, Jesucristo

y Mahoma. Federico, por su parte, regaló al Papa los dicterios de Anticristo, Balaan y Príncipe de las tinieblas.

Para que se vea cómo se escribe, ó mejor dicho *cómo se hace* la historia, vean nuestros lectores qué nos dice de este emperador tan cortés para con el Sumo Pontífice, el llamado vulgarizador de la ciencia en los tiempos actuales.

«Un emperador, Federico II (Federico Barbaroja), fué el primero que, en Alemania, se puso al frente del movimiento intelectual.

»Este príncipe había adquirido conocimientos que le hacían desear ardientemente la posesion de otros. Ambicionaba la gloria de contribuir al progreso de las ciencias y de las letras. Era poeta, filósofo, naturalista, y hablaba casi todas las lenguas de Oriente y de Europa. Distribuía su vida entre la guerra y el estudio, como lo hizo, algunos siglos despues, Federico de Prusia, su ilustre homónimo. Deseaba reinar sobre su época todavía más por el talento que por el poder de las armas.

»Un hombre que tenía tal superioridad debía estar poco dispuesto á someterse en todo á las decisiones de la córte romana. Sus contínuas contiendas con el papa Gregorio IX acabaron por atraer una excomunion sobre su persona.

»Por esto no dejó de caminar resueltamente hacia el cumplimiento de sus designios. Restauró las escuelas antiguas y fundó otras nuevas. Mandó buscar y traducir todos los libros que le parecieron contener algun medio de instruccion. Por su órden se tradujo Aristóteles al latin y se enseñó en las escuelas. Trajo de África diversos animales desconocidos hasta entónces en Europa, entre otros una girafa, segun nos dice Alberto el Grande, en su tratado *de Animalibus*. Autorizó la diseccion de los cadáveres humanos en las escuelas de medicina. Es verdad que no estaba autorizada la diseccion más que una vez cada cinco años (1); pero semejante autorizacion era seguramente un paso muy adelantado en una época en que la supersticion dificultaba en gran manera los estudios anatómicos.

(1) PONCHET.—*Alberto el Grande y su época.*

»Apasionado Federico II por la historia natural, daba él mismo el ejemplo de una constante aplicacion al estudio. Compuso obras acerca de la historia natural, que han parecido muy notables para la época en que vivía. Dice Sprengel (1), que este príncipe ejerció enorme influencia. Sus largos viajes y la lectura de Aristóteles habían sin duda contribuído muchísimo á que amara el estudio de la naturaleza. En su *Tratado de la Cetrería*, obra preciosa para aquella época, dió pruebas de un verdadero talento de observacion, lo que no era ordinario en la Edad Media.»

Consecuente Federico en su sistema contra el Papa, despues de muerto Gregorio IX, intrigó con los gibelinos para retardar cuanto le fué posible la eleccion del nuevo pontífice. El cardenal Fieschi, con el nombre de Inocencio IV, ocupó finalmente la cátedra de San Pedro, y el nuevo papa, burlando la vigilancia de los gibelinos, convocó un concilio general en Leon.

Este concilio lanzó una nueva excomunion contra Federico, deponiéndole de la autoridad imperial y ofreciendo esta corona á todos los príncipes alemanes.

El período que nos ocupa es uno de los más delicados que nos ofrece la historia de la humanidad en sus relaciones con el Pontificado. La lucha de güelfos y gibelinos, ó sea la lucha entre la libertad y el cesarismo, merece toda la atencion é imparcialidad de quien aspire á estudiar con todas veras las disensiones y guerras entre el sacerdocio y el imperio. Por una fatalidad inconcebible se han invertido los términos del problema, pues que en esta época los hombres que más blasonan de amor á la libertad defienden el cesarismo contra los papas, verdaderos representantes de la libertad de Italia en la Edad Media contra las pretensiones dominadoras de los emperadores alemanes.

Un elocuente orador español pudo decir á propósito de este raro fenómeno, rebatiendo á uno de los que quieren pasar por representantes de la libertad, frases tan elocuentes é irrebatibles como estas:

(1) *Historia de la medicina.*

«La tésis que ha sentado esta tarde el señor Castelar, es que era necesario que el poder temporal desapareciese, no sólo para bien de Italia, sino para bien de las relaciones de los dos poderes en el universo reunido; de manera que el señor Castelar sienta una tésis en completa oposicion con la mía. Es decir, que el señor Castelar, el poeta de todos los idilios federativos, reniega de la tradicion güelfa y republicana de Italia, para defender, enamorado de la unidad, la tradicion gibelina del imperio opresor de Italia, y, en vez de ser partidario de aquel principio que dice, y con razon, que trajo el cristianismo, se declara partidario de su confusion, olvidando que, como dijo Odilon Barrot, «es necesario que los dos poderes estén unidos en Roma para que estén separados en el resto del mundo,» y como en vez de la libertad de Italia cante su unidad violenta, y en vez de la separacion de los dos poderes en Roma entona himnos á su confusion, de donde nace el cisma de las iglesias nacionales, resulta que el señor Castelar, más que el apóstol de la democracia, es el apologista del Cesarismo» (1).

Ya en otras ocasiones, presentándosenos oportunidad, hemos declarado que los papas fueron los primeros y principales amigos de la libertad de Italia. A pesar de ser muy conocidas las ideas de Voltaire en su *Ensayo sobre la historia general* acerca de esta cuestion concreta, no sabemos resistir al deseo de estampar aquí algunos párrafos para satisfaccion de nuestros lectores.

«Esos príncipes (los alemanes), todo lo allanaban con la espada; pero ciertamente tenían los italianos un derecho más natural para ser libres que el que podían tener los alemanes para subyugarlos. Los italianos nunca obedecían sino por fuerza á la sangre germánica; y esta libertad que era el ídolo de las ciudades de Italia, respetaba muy poco la posesion de los Césares alemanes. En estos desgraciados tiempos el papado se ponía en subasta, como casi todos los obispados, y si esta autoridad de los emperadores hubiese durado, los papas no hubieran sido más que unos capellanes suyos y la Italia hubiese sido esclava» (2).

(1) Discurso del señor Pidal en las Córtes españolas: Noviembre de 1881.

(2) Obra citada, tomo I, cap. 38 y otros.

«Despues de los tres Otones, el combate de la dominacion alemana y de la libertad itálica, permaneció largo tiempo en los mismos términos. Parece bastante claro que el fondo de la disputa consistía en que ni los papas ni los romanos querían emperadores en Roma» (1).

«No parece que la Alemania en tiempo de Enrique el Pajarero pretendiera ser el imperio; pero no fué así en tiempo de Oton el Grande. Este príncipe, que conocía sus fuerzas, se hizo consagrar, y obligó al papa á prestarle juramento de fidelidad. Así, pues, los alemanes tenían esclavizados á los romanos y estos rompían sus cadenas siempre que podían..... Áun el derecho de sucesion (este paladion de la tranquilidad pública) no parecía entónces establecido en ningun Estado de Europa. Roma no sabía lo que ella era, ni á quién pertenecía. Se había establecido el uso de dar las coronas no por derecho de sangre, sino por los votos de los señores. Nadie sabía lo que era el imperio. No había leyes en Europa. No se reconocía ni el derecho de nacimiento, ni el de eleccion; y la Europa era un caos, donde el más fuerte se elevaba sobre las ruínas del más débil, para ser despues precipitado por otros. Toda la historia de estos tiempos no es más que la de algunos capitanes bárbaros que disputaban con algunos obispos la dominacion sobre siervos imbéciles» (2).

«No había, pues, realmente imperio ni de derecho, ni de hecho. Los romanos que se habían entregado á Carlomagno por aclamacion, ya no quisieron reconocer á unos bastardos y extranjeros que apénas eran dueños de una parte de la Germania. Era singular el imperio romano. El cuerpo germánico se apellidaba *el Santo Imperio Romano*, miéntras que realmente ni era santo, ni imperio, ni romano. Parece evidente que el gran designio de Federico II era el establecer en Italia el trono de los nuevos Césares; por lo ménos es muy seguro que él quería reinar sobre la Italia sin particion ni límites. Este es el nudo secreto de todas las contiendas que tuvo con los papas, en que empleó alternativamente la astucia ó la violencia, y la Santa Sede lo combatía con las mismas armas. Los güelfos, partidarios

(1) Ibid.

(2) Obra citada, tomo I, cap. 32.

del papa, y aún más de la libertad, balancearon siempre el poder de los gibelinos, que eran partidarios del imperio. Las diferencias entre Federico y la Santa Sede nunca tuvieron por objeto la religion» (1).

¡Qué inmenso valor tienen esas confesiones históricas en boca de Voltaire! De ellas se desprende con toda evidencia que fué constante objeto de los papas la libertad de la Italia, y que hacían cuanto humanamente estaba en su mano para arrancarla del poder del imperio aleman.

La índole de nuestro trabajo no nos permite extendernos en más consideraciones acerca de esta determinada materia de las dos tan famosas facciones que asolaron la Italia durante tantos años, sembrando el país de ruínas y sumiendo á las familias en luto y llanto; pero no estará de más recordar que «los papas por su carácter respetable, y por la inmensa autoridad de que gozaban, se hallaron naturalmente puestos á la cabeza del noble partido de las conveniencias, de la justicia y de la independencia nacional.

* * *

Antes de entrar en el terreno de los progresos intelectuales notables en el período que recorremos, veamos qué sucedió despues de muerto Federico II.

La muerte de éste comenzó un período de veintidos años, conocido con el nombre del gran interregno. Y en efecto, desde el año 1250 hasta 1272 la Alemania se encontró sin jefe, no por falta de emperadores, porque tuvo varios á la vez, sino porque ninguno ejerció una autoridad real.

En 1250 dos príncipes poseían el título de rey de los romanos: Guillermo, el rey de los clérigos, y Conrado IV, hijo de Federico, quien murió asesinado por su hermano Manfredo en 1252; y poco tiempo despues Guillermo, que había pasado su oscura vida en un rincon de Alemania.

(1) Obra citada, tomo II, cap. 52.

De resultas de las revueltas de Roma, habíanse erigido aquellos príncipes en soberanos independientes, considerando al emperador ó rey de los romanos como jefe de una república. Así es que nadie ambicionaba este título que los electores resolvieron vender á los príncipes extranjeros. Unos eligieron á Ricardo, hermano del rey de Inglaterra; otros á Alfonso X, rey de Castilla. Jamas fué éste á Alemania: su competidor Cárlos de Cornualles, fué varias veces á esparcir entre sus partidarios las riquezas que le proporcionaban sus minas. No obstante, aquellos años de anarquía fueron favorables al poderío de las ciudades, porque Francfort, Maguncia, Colonia, Worms y Spira se asociaron para su comercio y para defenderse de los señores de los castillos, que eran otros tantos nobles bandidos.

Muy pronto la mayor parte de las ciudades alemanas entraron en la Hansa.

Miéntras que las ciudades comerciales procuraban así sus ventajas particulares, los caballeros de la órden teutónica procuraron extender el cristianismo sobre los restos vándalos que vivían en la Prusia y sus cercanías. (1) De este modo, la Alemania, aunque privada de la unidad de accion, por la ausencia de un verdadero emperador, veía circular la vida por su interior. Si el emperador era débil, los estados á lo ménos eran fuertes.

* * *

La Edad Media fué la edad de las rivalidades, de los grandes hechos en todos conceptos.

Dice de Blainville que los reyes y los obispos rivalizaron en celo en el siglo décimocuarto para la extension de las ciencias y de las luces. La reina Juana de Navarra fundó en 1305 y dotó con rentas suficientes el colegio de

(1) Los *teutónicos* eran una órden de caballeros alemanes, establecidos en 1190 por Federico de Suabia para socorrer á sus paisanos abandonados en Palestina. Vivían bajo la regla de San Agustin y fueron completamente suprimidos por Napoleon I el año 1809.



TORNEO—COSTUMBRES DE LA EDAD MEDIA.

De resultas de las revueltas de Roma, habíanse erigido aquellos príncipes en soberanos independientes, considerando al emperador ó rey de los romanos como jefe de una república. Así es que nadie ambicionaba este título que los electores resolvieron vender á los príncipes extranjeros. Unos eligieron á Ricardo, hermano del rey de Inglaterra; otros á Alfonso X, rey de Castilla. Jamas fué éste á Alemania: su competidor Cárlos de Cornualles, fué varias veces á esparcir entre sus partidarios las riquezas que le proporcionaban sus minas. No obstante, aquellos años de anarquía fueron favorables al poderío de las ciudades, porque Francfort, Maguncia, Colonia, Worms y Spira se asociaron para su comercio y para defenderse de los señores de los castillos, que eran otros tantos nobles bandidos.

Muy pronto la mayor parte de las ciudades alemanas entraron en la Hansa.

Miéntras que las ciudades comerciales procuraban así sus ventajas particulares, los caballeros de la órden teutónica procuraron extender el cristianismo sobre los restos vándalos que vivían en la Prusia y sus cercanías. (1) De este modo, la Alemania, aunque privada de la unidad de accion, por la ausencia de un verdadero emperador, veía circular la vida por su interior. Si el emperador era débil, los estados á lo ménos eran fuertes.

* * *

La Edad Media fué la edad de las rivalidades, de los grandes hechos en todos conceptos.

Dice de Blainville que los reyes y los obispos rivalizaron en celo en el siglo décimocuarto para la extension de las ciencias y de las luces. La reina Juana de Navarra fundó en 1305 y dotó con rentas suficientes el colegio de

(1) Los *teutónicos* eran una órden de caballeros alemanes, establecidos en 1190 por Federico de Suabia para socorrer á los peregrinos abandonados en Palestina. Vivían bajo la regla de San Agustin y fueron completamente suprimidos por Napoleon I el año 1809.



Mir. Tarradas, Comas y Cª. - Editores.

TORNEO.—COSTUMBRES DE LA EDAD MEDIA.

Navarra, honra de París; y el papa Clemente V erigió en 1306 la universidad de Orleans, atribuyéndole derechos iguales á los que gozaba la de Tolosa.

La época que estudiamos, célebre por sus justas y torneos en los que lucían los caballeros su valor y habilidad, no lo es ménos por otra clase de justas y torneos, más pacíficos y más provechosos para la civilizacion. Aludimos á las disputas públicas sostenidas por los dialécticos que profesaban doctrinas opuestas. Las doctrinas de Platon y las de Aristóteles ofrecían vasta é inagotable materia para aquellas lides en que había vencedores y vencidos sin derramamiento de sangre.

Los que, sin conocimiento de causa, acusan á la Edad Media de época de tinieblas é ignorancia, debieran recordar, ó aprender á conocer estas luchas literarias nacidas á la sombra de la libertad de enseñanza dominante entónces, libertad de enseñar sin las leyes restrictivas que ahora existen contra el bien y á favor del mal.

El arte de disputar en público, la profesion de recorrer un país yendo de ciudad en ciudad, de escuela en escuela, para combatir á favor de una escuela filosófica, en una época llamada bárbara por las ilustraciones de nuestro siglo, debieran confundir de vergüenza á los que, creyéndose llenos de ciencia, porque saben politiquear ó pueden exhibir un título que representa pago de derechos pero no caudal de ciencia, serían incapaces de presentarse ante un dialéctico, siquiera adocenado, de los que reunían en torno suyo millares de estudiantes y enjambres de doctores que argumentaban *de cuanto podía saberse y algo más.*

Se nos objetará quizas que las disputas de los dialécticos no podían conducir á ningun buen resultado práctico por la poca importancia de los asuntos que motivaban las argumentaciones, y que podían éstas tender á la resurreccion de los sofistas. Sea como quiera, es innegable que semejantes disputas, especialmente en los siglos de Abelardo y San Bernardo contribuyeron á vigorizar la actividad intelectual sacando á los talentos del entorpecimiento en que estuvieron sumidos durante el siglo nono.

Ademas, la multitud de romanceros y trovadores, nuevos heraldos de

las musas, debió contribuir no poco al desarrollo científico á la par que á la formacion de los individuos neo-latinos que tanto debían favorecer el desarrollo de la civilizacion, que se iba abriendo paso por medio de los grandes genios que, cual refulgentes astros de primer órden, brillan entre aquellas tinieblas que ocultan la civilizacion antigua por ceder el puesto á la nueva que va á dominarlo todo.

*
* *

Hay fenómenos tan extraordinarios en la Edad Media, hay grandezas tan ilustres y asombrosas, hay figuras cuyos resplandores iluminan todo un siglo, tantas en número, tan admirables por sus portentos de inteligencia, que recelosos nosotros de que se nos crea apasionados, renunciaremos á emitir ideas propias muy á menudo para ceder la palabra á autoridades que no infundan sospecha por su carácter religioso ó científico.

«Imagínese el lector,—dice una celebridad contemporánea—una celda donde penetran con dificultad, al traves de los vidrios de colores, algunos rayos de luz de diversos matices, y en ella, delante de una mesa grande cubierta de minerales, libros y manuscritos, contemple, sentado en una silla elegantemente esculpida, á un religioso que parece absorto en una meditacion profunda. Está pálido, flaco, y es de baja estatura; pero todas sus facciones llevan impreso el sello de aquella voluntad fuerte y perseverante, que es atributo del genio. Nótanse en la celda, velados por una luz indecisa, por una parte, diferentes instrumentos de física y astronomía, hechos con las añadiduras de adornos propios del período del arte de la Edad Media. Por otra parte, se ven colocados acá y acullá, sin órden aparente, vasos, retortas, matras, hornillos de forma extraña, y diferentes aparatos destinados á experimentos de alquimia.

»Hé aquí como el arte del grabado nos ha trasmitido la imágen del sabio Alberto el Grande, segun lo representaban los pintores de la Edad Media, reflejo exacto de las preocupaciones de la época» (1).

(1) L. FIGUIER.—*Vida de hombres ilustres.*—Tomo I.—Vida de Alberto el Grande.

Observe el lector que tenemos hasta aquí la descripcion de una celda de un fraile en la Edad Media: circunstancias todas que entran de lleno en lo que se ha dado en llamar oscurantismo, ignorancia, etc., etc.

¿Qué era, científicamente hablando, este fraile, que pasaba su vida en una celda olvidado de los hombres y hasta de sí mismo?

Alberto el Grande — nos dice el mismo Figuier — fué una de las más elevadas y completas expresiones del estado de las ciencias y del desarrollo del talento humano en la Edad Media, por su poderosa inteligencia, por su vasta erudicion, por el prodigioso éxito de su enseñanza. Sus obras (esto es, las que se le pueden atribuir con más ó ménos fundamento, porque no se imprimieron hasta cuatrocientos años despues de su muerte), no forman ménos de veinte y un tomos en fólio. Ademas, es imposible que un hombre sólo haya podido hallar bastante tiempo y bastante fuerza para escribir ó dictar ese inmenso trabajo, despues de haber hecho todas las investigaciones previas y reunido todos los materiales que á él se refieren. Su trabajo fué pues colectivo por necesidad. No lo compuso íntegro el hombre eminente que le ha legado su nombre, sino que se efectuó bajo su direccion y á su vista, por muchos colaboradores ó discípulos.

¿Ofrecían los conventos medios adecuados para dedicarse los sabios á profundos y continuados estudios? ¿Eran los conventos en la Edad Media centros de oscurantismo ó de saber?

El mismo Figuier, en la propia vida de Alberto el Grande, nos dice que «durante la Edad Media estaba Europa frecuentemente perturbada por discusiones y guerras; así es que los simples particulares se encontraban expuestos en la vida civil á todos los géneros de opresion; por consiguiente la vida monástica era la única que convenía á los hombres dominados por la pasion del estudio. Sólo en el cláustro, asilo inviolable y tranquilo, y bajo la proteccion de una órden poderosa, se hallaba la calma, la seguridad, y hasta aquella independencia de ánimo sin la cual es difícil entregarse con buen resultado al cultivo de las ciencias y de las letras.»

Que las ciencias estaban muy adelantadas en la época de Alberto el Grande, y que la civilizacion en sus manifestaciones científicas y literarias

había logrado un esplendor como pocas veces, se deduce de las siguientes palabras del propio autor:

«Luégo que Alberto—dice—hubo terminado sus estudios, sus superiores le enviaron á Colonia.

»Allí estaba la principal escuela de los dominicos, y se deseaba tener en ella un hermano capaz de ponerse en primera línea como orador y catedrático. Muchas y difíciles eran las condiciones exigidas para semejante puesto. Se necesitaba gran saber, inteligencia privilegiada, amor real de la ciencia, unido al deseo de comunicarla; notable talento de exposicion, un carácter vigorosamente templado, y á pesar de todo esto, una obediencia absoluta á las decisiones de la órden. Esperábase hallar todas estas cualidades en Alberto, y no se habían engañado.»

No hemos de presentar, ni mucho ménos, la biografía de Alberto el Grande; pero como representacion grandiosa de la Edad Media, bien podemos, aunque sea hablar de un dominico, reproducir los rasgos más salientes como demostracion de que no era todo ignorancia en la edad de Alberto y en los conventos.

«.... Su saber, su genial apacible y benévolo, su extremada afabilidad, nobles cualidades por las que se distinguen regularmente los hombres superiores, y que le tenían mucho tiempo ocupado, no se parecían en nada á las de un hombre ocioso que, inquieto por el empleo de su tiempo, no busca sino distraer su fastidio. Alberto viajaba á pié, no por los caminos mejores, sino por los atajos y senderos. Visitaba tambien las bibliotecas de los conventos, para recoger en ellas materiales de erudicion. Cuando registrando antiguos pergaminos, llegaba á descubrir algunos manuscritos ignorados, hacíalos copiar por los religiosos, amigos ó discípulos suyos, que le acompañaban y ayudaban en sus investigaciones. Estos viajes fueron bastante frecuentes durante diversos períodos de su vida.

»Rodeado Alberto del prestigio de una gran fama, dotado de excelente talento de exposicion, sostenido por la más vasta erudicion, que era enteramente la especial aficion de su siglo, obtuvo en nuestra universidad (la de París) un éxito prodigioso. De todos los conventos esparcidos en muy gran

número en las diversas partes de Europa, se enviaron á París para oirle alumnos que fueron recibidos en las comunidades de la universidad. La reputacion de Alberto los atraía á miles. Muy pronto fué tan grande la afluencia de los oyentes, que no hubo cláustro bastante capaz para contenerlos, viéndose obligado el ilustre maestro á instalarse en una plaza pública y dar sus lecciones al aire libre.

»La enseñanza de Alberto tenía por base los restos de las ciencias de la antigüedad, conservados para el mundo por el genio de Aristóteles, á saber, un conjunto de hechos observados, estudiados y coordinados segun los sabios métodos de investigacion y raciocinios propios de la civilizacion griega. Ese fué el rayo luminoso que en la Edad Media sirvió para alumbrar á la inteligencia humana y guiarla por el camino del progreso.

»Los antiguos maestros universitarios rechazaron de pronto una doctrina que iba á reducir á su justo valor la nebulosa metafísica de la escolástica; pero la elocuente palabra de Alberto, su saber, que parecía prodigioso, sus ideas, á menudo exactas y grandiosas,—y sabido es hasta qué punto influyen la exactitud y grandiosidad de las ideas en las formas del lenguaje,—asombraron y subyugaron la ardiente imaginacion de la juventud. Tan grande entusiasmo excitó el ilustre dominico, que los clérigos no querían otro maestro, y esperaban aprender lo más adelantado de la ciencia humana de aquel religioso pálido, débil, flaco. Se le miraba como un sér único en el mundo. Ni el cielo ni la tierra tenían ningun secreto para él. La ciencia de Alberto comparada con la de sus rivales, era lo que la deslumbrante luz del sol es á la pálida luz de una lámpara sepulcral.»

Y, sin embargo, ¡Alberto era un fraile, y un fraile de plena Edad Media! ¡Qué sarcasmo! ¿Dónde tienen los tiempos modernos, con tantas facilidades, un genio que pueda comparársele? Pero continuaremos oyendo á Figuier, eco de la opinion universal.

«La fama del ilustre dominico atraía alrededor de su cátedra algunos de los más notables talentos de aquella época. Entre estos se distinguieron sobre todo dos hombres, á quienes les estaba reservada grande celebridad.

»El uno, de rostro ancho y fresco, pero grave y meditabundo, iba vesti-

do con un hábito de paño burdo, y calzaba unas sandalias que revelaban un fraile franciscano. Ese fraile que con la boca abierta y atento el oído, parecía no querer perder ninguna de las palabras del maestro, era Roger Bacon.

»Un fraile dominico, más grave, pero más atento aún, se ponía siempre cerca de Roger Bacon. En su aspecto había algo áspero y rudo. Jamas desarrugaba la austeridad de su frente el más ligero sonrís. Permanecía inmóvil en medio de una juventud agitada y á menudo tumultuosa, y su boca no se entreabría sino con raros intervalos. Era Tomás de Aquino.»

No lo hemos hecho adrede, ni es nuestra la culpa, sino de Figuier, si se presenta á la vista este célebre triunvirato de frailes y en plena Edad Media. Alberto el Grande, Roger Bacon, Tomás de Aquino: ¿qué siglo puede presentar tres hombres de genio tan extraordinario? ¿Qué son al lado de estos tres astros de primer órden los miles de charlatanes que pretenden rebajar la reputacion de las órdenes religiosas calificándolas de enemigas de las luces y del progreso, y regalando á la Edad Media los epítetos de bárbara, oscurantista y enemiga de las ciencias?

Faltando á lo que hemos dicho de que no debíamos escribir la biografía de Alberto, veamos qué era ese hombre tan sabio y qué importancia se atribuía á sí mismo.

«Comenzó Alberto—continúa diciendo Figuier—á desempeñar los deberes de su cargo (de obispo), visitando á pié la provincia sujeta á su jurisdiccion. Sus aficiones y costumbres eran extremadamente sencillas, sus maneras naturalmente dulces y afables. Parecía ignorar que era, por el talento, uno de los primeros personajes de Europa. La modestia, la sencillez y el desinterés constituían realmente el fondo de su carácter, como lo prueba muy bien que ni los favores de los papas, ni la obsequiosa acogida de los príncipes y reyes, ni los honores, ni las grandes utilidades que de todas partes se le ofrecieron, pudieran decidirle jamas á salir de Colonia, ni abandonar por mucho tiempo su querida celda de las orillas del Rhin.....

»Despues de haber narrado la vida de Alberto el Grande, que fué tan laboriosa y tan aprovechada, vamos á estudiar sus trabajos. Por un exámen minucioso de los hechos, procuramos reconocer en qué libros de ciencia ó

condicion pudo recoger el gran número de los materiales que empleó, ó en otros términos, cómo se han formado de veinte y un tomos en folio impresos bajo su nombre, y que seguramente no fueron todos compuestos por él. Los que saben el tiempo que se necesita primeramente para reunir todos los materiales de una obra relativa á las ciencias ó á la historia, y para componer luégo con ellos un tomo en 8.° de 600 á 700 páginas, no admiten que un hombre, por sí sólo, pueda escribir veinte y un tomos en folio, ni áun pasando toda su vida escribiendo ó dictando. Las obras de Voltaire ocuparían apénas seis tomos en folio del tamaño de los que contienen lo escrito por Alberto el Grande; y Voltaire, rico, independiente, libre de toda ocupacion impuesta, dueño absoluto de su tiempo, que lo pasaba entero leyendo, escribiendo y dictando, trabajó desde la edad de veinte años hasta la de ochenta y tres, con una facilidad y fecundidad de las más raras.

»Alberto, muy fatigado á menudo por sus lecciones orales,—porque es una tarea ruda tener que hablar frecuentemente en presencia de varios miles de oyentes,—debía ademas, por intervalos, hacer algun viaje, y desempeñar alguna comision. Si su inteligencia era vigorosa, estaban necesariamente limitadas sus fuerzas físicas, aunque sobreexcitadas por una inspiracion ardiente. Luego, pues, no pudo componer sus inmensas obras sino con el concurso de varios auxiliares ó colaboradores instruídos.

»Efectivamente, en aquella época los religiosos trabajaban en todos los conventos. Ejecutaban en comun las obras de mucho empeño, que hubieran exigido, por parte de un hombre sólo, no ya mucho tiempo, sino aptitudes varias, cuya reunion no existe en uno sólo sino muy raras veces.

»Un sabio contemporáneo, Mr. F. Pouchet, ha escrito un libro para probar que Alberto el Grande fué el creador de las ciencias en la Edad Media (1). Nosotros no podríamos ser de la opinion del ilustre naturalista de Ruan. La creacion de las ciencias no puede ser obra de un individuo, pues exige el concurso sucesivo de generaciones enteras. En la parte científica de las obras

(1) *Alberto el Grande, creador de las ciencias en la Edad Media.*—Un tomo en 8.°, París, 1845.

de Alberto el Grande se pueden encontrar algunos hechos de experimento y observacion, algunas ideas nuevas resultantes de una vasta mira, en conjunto, pero dista mucho todo esto de la creacion de un vasto sistema en el que entran todos los conocimientos humanos, desde la gramática hasta las ciencias físicas y naturales.»

Nos haríamos interminables si debiéramos copiar todos los pasajes que, referentes á la vida de Alberto el Grande, probarían la increíble ilustracion de los conventos en la Edad Media, y si bien renunciamos á trasladarlos aquí, séanos lícito permitirnos una excepcion en gracia de la importancia del sabio cuyo testimonio reproducimos.

«De Humboldt, dice Figuier, habla con elogio de la manera con que Alberto escribió acerca de la física del globo. Dice que su tratado *De natura locorum* contiene el gérmen de una excelente descripcion física de la tierra. Su capítulo acerca de los *aerólitos* ó piedras caídas del cielo, es muy curioso, si se tiene en consideracion la época en que se escribió. En la explicacion que ha dado Alberto del orígen de las aguas termales, se ha elevado casi al nivel de la ciencia moderna. En un capítulo habla de las propiedades del iman y de la aguja imantada: cree que en tiempo de Aristóteles se tenía un instrumento para dirigirse en el mar.

Corresponderíanos ahora hablar de los dos aventajados discípulos de Alberto el Grande, Tomás de Aquino y Roger Bacon, lumbreras no de su siglo sino de la humanidad entera, representacion ilustre de las dos órdenes religiosas, dominicana y franciscana, que tantos días de gloria dieron á la Iglesia y tantas celebridades á la ciencia; pero nos excederíamos infinito de los límites á que debemos concretar nuestro trabajo. Así que, presentaremos un resúmen histórico general de otro de los períodos de la Edad Media, reservando para luégo tratar en particular de algunas ciudades, sobre todo italianas, célebres por el impulso que imprimieron á la civilizacion en general y á las artes en particular.

* * *

Había muerto delante de Túnez San Luis de Francia con la mayor parte de su ejército y de los príncipes de su familia. Su hijo Felipe III el Atrevido regresó á Francia llevando consigo cinco féretros. Comenzado su reinado bajo tristes auspicios, fué poco brillante y empeñó á Francia en una serie de guerras inútiles, como las de Nápoles y Aragon.

Felipe IV el Hermoso, que le sucedió en 1385, se apresuró á desembarazarse de todas estas guerras. Esta paz dejaba á Felipe la libertad de atacar al rey de Inglaterra, que no queriendo comparecer ante la corte de los pares fué despojado de la Guyena. Ocupóse éste entónces contra los escoceses, y no pudo venir á defender sus posesiones continentales, pero amenazó al rey de Francia con la formidable liga de todas las potencias feudales del nordeste de su reino. La intervencion de Bonifacio VIII y la derrota de los flamencos, suspendió la lucha. Despues de un tratado, tomó Eduardo por esposa en 1229 á la hermana de Felipe el Hermoso.

Esta paz permitía á los dos reyes continuar el objeto de su ambicion, á Eduardo, la conquista de la Escocia; á Felipe, la sujecion de Flandes. No obstante, Eduardo perdió tres ejércitos, y Felipe tuvo que reconocer la independencia de Flandes en 1305. La paz del monarca francés é inglés se había ratificado en 1305 con la union de Isabel, hija de Felipe, con el jóven Eduardo II.

Felipe el Hermoso comenzó empero poco tiempo despues su larga lucha con Bonifacio VIII.

Este pontífice, digno heredero de Gregorio el Grande, había resuelto mantener y extender los privilegios de la tiara; pero encontró en el rey de Francia un adversario que, poseyendo la fuerza material, no tuvo escrúpulo en utilizarla para defender y acrecentar las recientes conquistas del poder real.

Bonifacio lanzó contra él la famosa bula *Ausculta Fili;* pero Felipe le condujo ante el concilio de Leon, donde le hizo sufrir los mayores ultrajes. Su sucesor Benito XI sólo vivió algunos meses, y desde entónces se verificó la traslacion de la Santa Sede á Aviñon por Clemente V, hechura de Felipe, dando por resultado la abolicion y exterminio de los caballeros templarios y la *cautividad de Babilonia*.

A Felipe el Hermoso sucedióle Luis X que reunió la corona de Navarra á la de Francia. Bajo su reinado hubo una reaccion violenta contra el despotismo real, de fecha tan reciente, y sin embargo ya tan fuerte. Luis el Altivo, que no tenía la energía de su padre, se vió obligado á devolver á los señores del norte y del centro de Francia sus antiguos derechos feudales y á reconocer las libertades de que gozaban algunas ciudades municipales. Este rey murió en 1316 despues de una expedicion inútil á Flandes.

Aplicando el parlamento á la dignidad real las disposiciones de la ley sálica respecto á los alodios, excluyó de la corona á la hija del difunto rey, y el cetro de Francia pasó á manos de Felipe V el Largo, que murió en 1322 sin dejar tampoco sucesion de varon, por lo cual la corona recayó en Cárlos IV, llamado el Hermoso, que sólo reinó seis años. Ninguna cosa notable señala sus reinados; pero el príncipe que les sucedió comenzó una casa nueva: la rama de los Valois, que subió al trono con Felipe VI y se extinguió en el siglo XVI en la persona de Enrique III.

* * *

Eduardo I, último príncipe cristiano que fué á la cruzada, trajo de ella un deseo inmoderado de guerras y luchas. Por esto, á su regreso y ántes de su llegada á Inglaterra, celebró en Chalons un torneo, que fué uno de los más numerosos, donde mil caballeros ingleses combatieron contra mil burguiñones, pero la justa se terminó con una lucha formal entre los combatientes. A su llegada á Inglaterra atacó Eduardo el país de Gales, hacién-

dole tributario de Inglaterra. Luégo trató de arrebatar su libertad á Escocia contra la cual y su héroe Walace tuvo que sostener una terrible lucha. La sumision de los escoceses y de los habitantes del país de Gales le decidieron á hacer la guerra á Francia; pero sus varones no quisieron seguirle. Eduardo lloró de rabia, y, á pesar de todo su orgullo, se vió obligado á conceder á los varones y á los comunes el derecho de no pagar más que las contribuciones que hubiesen votado, fundamento de la libertad inglesa. Durante el reinado de Eduardo se introdujo tambien de una manera regular el sistema representativo en Inglaterra.

Á Eduardo I sucedió el débil y jóven Eduardo II. Este rey era desgraciado, tanto por sus costumbres y cobardía, como por su completa nulidad política. Incapaz de reinar por sí mismo, abandonó siempre el gobierno á sus favoritos, el primero de los cuales fué el hermoso y valiente caballero Galveston, á quien derribó el mal éxito de los negocios de Escocia, que había alzado el pendon de la independencia y tenía á su cabeza al valeroso Roberto Bruce.

El nuevo favorito del rey fué el jóven Spencer, que murió en el cadalso. El instrumento de esta revolucion fué la reina, princesa de singular hermosura, pero que tenía la crueldad de su padre Felipe el Hermoso y las infames costumbres de su marido, á quien hizo deponer con el auxilio de los flamencos y franceses, quitándole luégo la vida. Esta escena de asesinato pasaba en 1327, y en 1328 se extinguía en Francia la rama primogénita de los Capetos.

*
* *

Dando una mirada á la situacion política de Inglaterra debemos decir que, desde la primera época de la conquista, el rey de Inglaterra fué un verdadero rey, reconocido como tal por todos los señores, que eran sin embargo muy ricos y poderosos. Así desde un principio se hallaron frente á frente

con una aristocracia rica y un rey poderoso, que no tardaron en entrar en lucha, produciendo las alternativas de despotismo y libertad que se encuentran tan pronto en la historia de Inglaterra.

Ya Enrique I se vió obligado á conceder una carta de libertades.

Estéban dió otras dos, la una para los barones y la otra para el clero.

Enrique II consagró una quinta; pero estas cartas eran concesiones poco extensas que hacía por sí mismo el monarca, y no podían fundar la libertad, porque es preciso que se la conquiste y no que se conceda.

Los desaciertos de Juan sin Tierra le forzaron por fin á conceder la Carta-magna en 19 de junio de 1215. En ella se reconocieron las inmunidades y franquicias del clero, los derechos de los poseedores de feudos, la suerte de las viudas y de los hijos, disminuyéronse las multas, y, finalmente, el derecho de imponer una contribucion extraordinaria se reservó al gran consejo nacional, estableciéndose algunas garantías. Así, ningun hombre libre podía ser detenido, ni preso, ni despojado ni puesto fuera de la ley, ni desterrado sino en virtud de un juicio legal por sus pares y segun la ley del país.

Enrique III confirmó la Carta-magna. En 1264 obtuvieron los barones que por la Pascua y San Miguel la Carta-magna y las cartas de los fueros se leyesen en cada condado á presencia de los pueblos. Así á la subida al poder de Eduardo III poseía Inglaterra en la Carta-magna la declaracion de sus derechos, y en el Parlamento, donde Eduardo I había dado entrada á los diputados de las comunas, la garantía de sus libertades.

*
* *

Despues de muerto Cárlos IV, su primo Felipe VI de Valois ocupó el trono de Francia, y su sobrino Eduardo III el de Inglaterra.

Felipe hizo ostentar en la corte de Francia una gran magnificencia, y pretendía ser el primer caballero del reino.

Con el espíritu caballeresco renació la idea de las cruzadas, pero asuntos más serios detuvieron al rey en sus estados.

Eduardo, por su parte, hizo tres expediciones inútiles contra la Escocia. Así las cosas, el cervecero Artevelle insurreccionó á los flamencos contra Felipe, y consiguió persuadir á Eduardo, enemistado entónces con Felipe, á disputar á éste su corona, tomando el título de rey de Francia. Una tregua de un año puso fin á estas primeras hostilidades, ruinosas para ambos reinos.

Sin embargo, en 1341, ambos monarcas comenzaron de nuevo la lucha, aunque indirectamente, en la Bretaña, que fué durante los veinticinco años que duró la guerra, la cita de los más famosos caballeros y el teatro de las más brillantes hazañas.

El motivo de la guerra era la posesion del condado entre Cárlos, conde de Blois, sobrino de Felipe, y el conde de Montfort, protegido de la Inglaterra y candidato nacional de la Bretaña.

Finalmente, ambos monarcas se cansaron de este género de lucha, y Eduardo comenzó otra más seria, desembarcando en Normandía, penetrando hasta París y esparciendo por todas estas comarcas la desolacion. No obstante, sesenta mil franceses obligaron á Eduardo á replegarse; pero su imprudencia hizo conseguir á éste una brillante victoria, cerca de Crecy, en 1346, en la que quedaron en el campo de batalla treinta mil franceses, dos reyes, once príncipes y mil doscientos caballeros; y la toma de Calais fué el resultado más funesto de este desastre.

Eduardo no era ménos feliz en la Escocia; sin embargo, firmó una nueva tregua con Felipe. Este murió en 1350. A su muerte la peste diezmaba sus estados, y el dominio real había adquirido Montpeller y el Delfinado. Desde esta época los hijos primogénitos de los reyes de Francia tomaron el título de Delfines.

Por muerte de Felipe ocupó el trono de Francia su hijo Juan apellidado el Bueno.

Este rey fortaleció el espíritu caballeresco é instituyó la órden de la Estrella, para rivalizar con la de la Jarretiera, que había instituído Eduardo,

y con cuyo motivo celebró suntuosas fiestas, y á fin de obtener subsidios con que sustentar su regia magnificencia concedió á los diputados de cada provincia muchísimos privilegios. Finalmente, cuando estalló de nuevo la guerra con Inglaterra, tuvo que convocar en París los estados generales, que no quisieron conceder nuevos subsidios sin que la corona hiciese importantes concesiones á los pueblos.

Miéntras los estados intentaban conquistar los derechos políticos y comprometían su triunfo con su inexperiencia, Eduardo III asolaba la Picardía, y su hijo el príncipe Negro devastaba las provincias de la otra parte del Loira.

No obstante, Juan reunió por fin un ejército y marchó contra los ingleses á la cabeza de seiscientos mil hombres, y los halló cerca de Poitiers, apostados sobre una colina cubierta de viñedos, pero una nueva imprudencia dió la victoria á los ingleses, siendo Juan hecho prisionero y conducido á Lóndres. Eduardo y el príncipe Negro, dando muestras de civilizados, usaron del triunfo con noble generosidad.

Miéntras que la imprudencia y la cobardía de los caballeros entregaban la Francia á los ingleses, el delfin Cárlos, revestido de la regencia, imitaba el gobierno de su padre y procuraba llenar el tesoro alterando las monedas; pero si la monarquía perseveraba en sus conatos, el pueblo encontró tambien ardientes defensores, y por vez primera desde San Luis, tuvo el poder que humillarse ante las atrevidas reclamaciones de los estados generales.

Efectivamente, el Delfin se vió obligado á reunir estos el 17 de octubre de 1356, diez y ocho días despues de la batalla. Estos estados propusieron reformas que colocaban toda la autoridad en manos de un consejo elegido por los diputados. El rey no pudo resolverse á abdicar así sus prerogativas, disolvió los estados y continuó la alteracion de las monedas. Entónces se presentaron hombres que mancharon sin duda su conducta con la violencia, pero que no por eso dejan de ser los primeros defensores de las libertades del pueblo.

Los asesinatos ocasionados por las luchas que de ahí se originaron,

separaron la nobleza de los estados que, reunidos en París, y componiéndose exclusivamente del clero y los vecinos, estaban bajo la influencia de la municipalidad de esta ciudad y ratificaban sin vacilar todos los actos de su presidente. Este, á fin de aumentar su partido, envió á los vecinos de la Lengua de Oil, el gorro azul y encarnado que llevaban los de París, como signo de union, y muchas ciudades lo aceptaron; pero su distancia, dejando aislado á París, produjo la ruína del partido popular. La muerte del jefe de éste y de sus partidarios produjo, como era consiguiente, una reaccion realista, despues de la cual, como así debía suceder, se encontró el regente más absoluto que ántes.

Entónces llegó de Lóndres la vergonzosa proposicion de paz que el rey Juan había aceptado, y que concedía á Inglaterra la tercera parte de Francia; pero rechazado por unanimidad el tratado, reapareció Eduardo en el territorio francés, y por fin se firmó el tratado de paz de Bretigny, en 1360, por el cual los ingleses conservaron Calais, Guines y todas las provincias del antiguo ducado de Aquitania.

El rey Juan regresó á Francia; pero habiéndose escapado uno de sus rehenes, volvió generosamente al cautiverio y murió en Lóndres en 1364. Antes de su muerte dió á su hijo Felipe el Atrevido el ducado de Borgoña, y fundó la segunda casa de este nombre.

El Delfin regente ocupó entónces el trono de Francia bajo el nombre de Cárlos V, abriéndose el reinado de este príncipe bajo felices auspicios. Las armas francesas eran victoriosas en Navarra y Bretaña, y la paz podía cicatrizar las llagas de Francia. Esta no podía olvidar los ultrajes de Inglaterra; pero Cárlos ántes de atacarla directamente procuró privarla de sus aliados. Así favoreció el destronamiento del rey de Castilla Don Pedro el Cruel y la elevacion al poder de Enrique de Trastamara.

En 1370 la alianza de este monarca y la prosperidad renaciente del país animaron á Cárlos á comenzar de nuevo las hostilidades. Las quejas de los gascones contra las exacciones del príncipe Negro sirvieron de pretexto para este rompimiento. Los ingleses atravesaron dos veces la Francia desde Ca-

lais á Burdeos, sin poder conseguir reparar sus pérdidas. Poco tiempo despues Eduardo y su hijo murieron.

Cárlos hizo sufrir á su vez á Inglaterra los males de la invasion, y cinco ejércitos lucharon contra los ingleses en 1387; pero cuando estaba próximo el completo triunfo, la muerte arrebató á Cárlos tras de su competidor. No obstante, este primer período de la guerra de cien años se terminó en beneficio de Francia; pero la Inglaterra había ganado en libertades públicas lo que había perdido en conquistas dispendiosas é inútiles. Eduardo había confirmado la Carta-magna; el Parlamento, dividido en cámara alta ó de los lores y cámara baja ó de los comunes, se había declarado en 1343 cuerpo legislativo, había obtenido su convocacion anual y el derecho de juzgar á los ministros declarados responsables. Francia, por el contrario, victoriosa, pero cansada de largos tumultos, despues de una vana tentativa dejó al monarca recobrar el poder absoluto.

* * *

El sucesor de Cárlos V era un niño de once años y algunos meses. Los duques de Anjou, de Berry y de Borgoña, hermanos de su padre, y el duque de Borbon, su tío materno, se disputaron su tutela y la regencia, que tuvo finalmente el de Anjou; pero este príncipe, adoptado como heredero por Juana de Nápoles, sólo pensó en reunir tesoros para conquistar su corona. Varios motines, entre otros el formidable de París, estallaron contra las exacciones del regente. Los flamencos se insurreccionaron, pero fueron batidos en Rosebecque, y la entrada en París del ejército real decidió á la corte á comenzar las hostilidades contra Inglaterra.

Acababa este país de ser teatro de sucesos muy semejantes á los de Francia.

Un rey menor, Ricardo II, hijo del príncipe Negro, había subido al trono tres años ántes que Cárlos VI. La regencia recayó en sus tres tíos, que

abusaron de su poder y conmovieron al pueblo con sus exacciones. Cien mil paisanos guiados por el herrero Walt Tyler y por el cura Juan Bull se dirigieron á Lóndres, cuyos vecinos les abrieron las puertas; pero los señores del séquito de Ricardo asesinaron á Tyler en una entrevista que tuvo con el rey, quien, no obstante, se vió obligado á conceder una amnistía y abolir el impuesto, aunque más tarde hizo perecer á muchísimos de la turba insurreccionada. Una expedicion contra Escocia no fué tan afortunada como la de Cárlos contra Flandes.

Así las cosas, Francia é Inglaterra comenzaron otra vez la guerra; pero una tregua firmada en 1387 y renovada en 1395, suspendió por veinte años las hostilidades.

Este reposo de guerras extranjeras se empleó en guerras civiles, que es maldicion contra la humanidad la lucha continua y el derramamiento de sangre de un hermano por otro hermano.

La expedicion contra el duque de Bretaña privó al rey de Francia de la razon, volviéndole á París como incapaz de gobernar. Sus tíos, los duques de Berry y de Borgoña, se apoderaron de la regencia. Desde entónces el estado se constituyó como en saqueo, y la tranquilidad pública se vió sin cesar turbada por las instigaciones de la corte.

Felipe el Atrevido, duque de Borgoña, abandonó á la avaricia de su colega el Languedoc para reconcentrar en sus manos todo el poder. No obstante, el duque de Orleans, hermano del rey, é Isabel de Baviera, esposa de éste, le disputaron la regencia, promoviendo la anarquía y la guerra civil.

La muerte del duque de Borgoña aumentó el peligro, pues su hijo, Juan sin Miedo, que le reemplazó en la regencia en 1404, no retrocedió ni ante el asesinato ni la guerra civil.

El 23 de noviembre de 1407, hizo asesinar en París al duque de Orleans.

Juan sin Miedo, unido con la reina, el duque de Anjou, el rey de Navarra y otros, fué entónces más poderoso que nunca. Sin embargo, los hijos del duque de Orleans, creciendo en edad, pensaron en vengar á su padre. El ma-

yor, Cárlos, se había casado con la hija del conde de Armagnac, que, como jefe de los orleanistas, comenzó la guerra civil, asolando las cercanías de París. Ambos partidos solicitaron entónces los socorros de Inglaterra, prometiéndole varias concesiones. El duque de Borgoña siguió á los partidarios de Armagnac hasta Berry, donde se hizo finalmente una aparente reconciliacion.

Miéntras que esto pasaba en Francia, la Inglaterra era tambien teatro hacía veinte años de una sangrienta revolucion. Ricardo quiso ahogar con la fuerza los primeros síntomas. Su tío, el duque de Glocester, fué trasportado secretamente á Calais y asesinado, y su primo, Enrique de Lancáster, desterrado á Francia.

Estas ejecuciones no pudieron empero afirmar el trono de Ricardo.

Desde el año de 1393 se había revolucionado Irlanda, á donde pasó Ricardo para reprimir la rebelion; pero, Enrique de Lancáster, sospechando la ausencia del rey, regresó á Inglaterra, se apoderó de Lóndres é hizo prisionero á Ricardo á su regreso. El parlamento le depuso y algun tiempo despues sufrió la pena de muerte. El mismo parlamento proclamó rey en su lugar á su vencedor Enrique IV, que comenzó la rama de Lancáster. No obstante, la posicion del nuevo rey, que no era el heredero legítimo, era difícil, por lo que empleó los catorce años de su reinado en consolidar su usurpacion, resistiendo á las revoluciones de varios señores, ganando el favor del clero con la persecucion de los partidarios de Wiclef, y de la nacion con la concesion de varios privilegios á la cámara de los comunes.

Su hijo Enrique V recogió el fruto de su prudencia, y pudo aprovecharse de los tumultos de Francia.

Efectivamente, Enrique V resolvió hacer valer las pretensiones de Inglaterra sobre varias provincias de Francia. La negativa de los príncipes franceses, entónces momentáneamente reconciliados, condujo de nuevo las armas inglesas al territorio francés. La victoria de Azincourt llevó al colmo la gloria militar inglesa; pero afortunadamente para Francia, no supieron aprovecharse los ingleses de su victoria.

Este triunfo, debido en gran parte á la impericia de los Armagnacs, preci-

pitó su partido, y el del duque de Borgoña hizo en ellos una horrible carnicería. En pocos días perecieron mil quinientas personas, entre ellas seis obispos, el condestable y el canciller.

Sin embargo, el duque de Borgoña perdió paulatinamente su popularidad, máxime desde que había deshonrado su causa con el tratado criminal concluído con los ingleses, de concierto con la reina madre Isabel de Baviera, que sacrificó los derechos de su propio hijo el delfin Cárlos. No obstante, el duque de Borgoña quiso reconciliarse con éste, que le atrajo á una entrevista en el puente de Monterezu, donde fué asesinado por las gentes que rodearon al jóven príncipe; pero con este crímen sólo consiguió empeorar sus asuntos.

Felipe el Bueno, hijo de Juan sin Miedo, uniéndose más íntimamente á Isabel y Enrique V, hizo firmar al rey de Francia el vergonzoso tratado de Troyes, por el cual Enrique V, uniéndose á Catalina, hija de Cárlos VI, fué declarado regente del reino y heredero del trono á la muerte de su suegro.

Francia se encontró entónces dividida entre los burguiñones y el Delfin: aquellos eran dueños del norte del Loira, éste del resto de la Francia. Pero en medio de su gloria murió Enrique V en el castillo de Vincennes, y en el mismo año Cárlos terminó su desgraciada carrera.

El Delfin se hizo coronar inmediatamente en Poitiers, donde organizó un parlamento y una universidad con los miembros de estos dos cuerpos que habían huído de París, capital entónces de los ingleses.

Cárlos VII se formó así una especie de corte, y olvidó alegremente la pérdida de sus provincias en medio de bailes y placeres; pero nuevos reveses condujeron los negocios al mayor extremo.

Orleans se hallaba sitiado; pero, la muerte de Enrique V, cuyos hermanos, los duques de Bedfort y de Glocester, habían sido nombrados tutores de su hijo, con el gobierno el uno de la Francia y el otro de la Inglaterra, hizo variar el aspecto de los negocios.

Cárlos recobró la alianza de la Bretaña: algunos caballeros franceses fueron á ponerse bajo el estandarte real; y, finalmente, apareció entónces

para la felicidad de la Francia la jóven heroína Juana d' Arc, quien contribuyó en gran manera á hacer levantar el sitio de Orleans, desde donde acompañó al rey para ser coronado en Reims.

El tratado de Arras en 1435 terminó la lucha de Francia con la Inglaterra.

Cárlos VII recobró París y demas ciudades de Francia ocupadas por los ingleses. Cárlos negoció en 1444 el matrimonio de Enrique VII con Margarita de Anjou, union fatal para Inglaterra,

Finalmente, á mediados del siglo XV la Francia se hallaba libre de la guerra extranjera, y la monarquía no necesitaba ya, para hacerse omnipotente, más que abatir algunos grandes vasallos, últimos restos del antiguo feudalismo.

*
* *

El estado de la civilizacion europea exige que dediquemos dos líneas siquiera al estado del imperio griego é imperio otomano en el período que recorremos, por su inmensa trascendencia en el desarrollo de los sucesos relacionados con la civilizacion en general y con la de ciertos puntos de Europa en particular.

La historia del imperio griego desde el momento en que los cruzados llegaron á Oriente, está íntimamente enlazada con la de estas expediciones religiosas que ya conocemos.

Alejo IV fué restablecido en el trono imperial por los cruzados, que tomaron á Constantinopla el 17 de junio de 1203. Arrojado del trono por Alejo V, los cruzados tomaron de nuevo á Constantinopla en 12 de abril de 1204, y Balduino I, conde de Flandes, fué elegido emperador.

En 1221 Roberto recobró á Constantinopla, y esta capital fué casi la única ciudad de su imperio.

Los emperadores griegos de Nicea aumentaron luégo la parte que se

habían reservado en este inmenso desmembramiento, y Miguel Paleólogo consiguió finalmente apoderarse de Constantinopla el 25 de julio de 1260 y restablecer por un momento el imperio griego.

Los turcos, empero, fueron debilitando paulatinamente este imperio, y Mahomet II terminó su ruína con la toma de Constantinopla el 24 de mayo de 1453.

El último emperador de Oriente fué Constantino XII Paleólogo, que murió gloriosamente en las murallas defendiendo su capital, que fué luégo la del nuevo imperio de los turcos otomanos.

Dos palabras acerca del imperio otomano.

Aprovechando la debilidad del seldjucida de Iconium, muchas familias turcas se habían retirado á las montañas del Asia Menor desde 1260, y sus jefes ó emires se mantenían en ellas en una completa independencia.

Otoman, uno de ellos, fijó su residencia en Kaisar por los años de 1280, y extendió su dominacion hasta la Bitinia. Fué su sucesor su hijo Orcan, quien tomó, en 1326, el título de sultan, y extendió rápidamente sus estados. Un cuerpo de tropas permanentes que creó, y que fueron llamadas *genízaros,* esto es, jóvenes soldados, le facilitó la toma de Nicea y extendió sus conquistas hasta las playas del Helesponto y del mar Negro. Tomó tambien á Gallípoli, fundando así el primer estado de los turcos en Europa.

Amurates, su hijo y sucesor, despues de haber subyugado todo el país hasta el monte Hemus, trasladó su residencia á Andrinópolis, desde donde hizo la guerra á Hungría, y pereció despues de haber ganado á los húngaros la célebre batalla de Casovo en 1389.

Bayaceto, apellidado el Relámpago, le excedió aún en hechos de armas.

En Asia sometió la Anatolia; en Europa recorrió la Macedonia, la Tesalia y el Peloponeso; conquistó la Bulgaria y la Bosnia y llevó sus armas hasta la Valaquia, venciendo á Segismundo en Nicópolis.

Cuando se disponía á la conquista de Constantinopla, fué detenido en sus proyectos por el valeroso y temible Tamerlan, jefe de los mogoles, que le derrotó completamente en Angora y le hizo cautivo. No obstante, despues

del regreso del conquistador bárbaro á sus estados, un nieto de Bayaceto, Amurates II, hizo recobrar al imperio turco su fuerza y esplendor. Amurates sitió de nuevo á Constantinopla, y sometió la mayor parte de la Grecia. En su lucha con la Hungría, Huniade le hizo sufrir grandes y repetidas derrotas.

No obstante, Amurates venció al héroe de la Hungría en Nicópolis y en Casovo, aunque al fin el infatigable *soldado de Jesucristo* le obligó á dejar en paz á la Hungría hasta su muerte.

Su hijo Mahoma II estaba destinado á establecer de una manera harto durable el poder turco en Europa con la conquista de Constantinopla. El imperio otomano se extendió entónces desde la extremidad del Asia Menor hasta las fronteras de la Hungría, y se hizo dueño del importante estrecho de los Dardanelos, nuevo estado añadido á los que ya se dividían la Europa.

El imperio otomano, fundado por Mahoma II, que aumentó las conquistas de sus predecesores con Atenas, Lesbos, Negropontos, Imbros, Lemnos, la Morea, la Albania, el imperio de Trebisonda, Amastro, la Crimea y los puertos del mar Negro, entró bajo Soliman con la alianza de este príncipe con Francisco I, en el sistema de equilibrio de los estados europeos.

* * *

Despues de la rápida reseña histórica que de la Edad Media acabamos de ver, despues de las consideraciones que sucesivamente se habrá hecho el lector acerca de la confusion y casi falta de carácter que domina generalmente en ese interesante cuanto agitado período, en que todo anda revuelto, monarquía, nobleza, clero, pueblo, y en que todos los elementos del órden social giran en un mismo círculo, no estará de más que pasemos como revista á varias fracciones de estas épocas representadas por algun pue-

blo ó ciudad importante que imprimía carácter á los sucesos desarrollados en aquel espacio de tiempo de transicion que preludió los tiempos actuales.

Hemos visto las luchas entre Inglaterra y Francia, luchas duraderas, desoladoras, y, sin embargo, en medio de ellas, la civilizacion se abría paso al traves de todas las dificultades.

Ya de la época de Felipe Augusto recibe París un sello impreso por su soberano que hará duradero el recuerdo de las mejoras debidas á la iniciativa real. Entre ellas no es la menor dotar de empedrados las calles de París, que habían estado hasta entónces sin empedrar, llenándose de barro y aguas que se corrompían cuando llovía medianamente siquiera.

El Louvre y Nuestra Señora se comienzan en los mismos días que se manda cercar con paredes el cementerio, en que se dictan reglas higiénicas, se inauguran fuentes y baños y se favorece el comercio al por menor encargado de suministrar víveres al pueblo.

Las pieles finas tomaban el puesto ántes ocupado por las de zorro y cordero. La seda iba introduciéndose en todas partes, y se la tejía en no pocos castillos á la vista del señor y para sus usos. Los bordados preciosos adquieren cada día mayor boga y Felipe el Atrevido se jacta de haber gastado por valor de cincuenta mil pesetas—equivalencia actual—en un bordado de su blason. Como dato curioso de las costumbres de aquella época no holgará recordar aquí que Joinville se lo reprendió noblemente diciendo al rey «que habría hecho mejor empleando aquel dinero en limosnas y mandar hacer aquellas prendas de traje en buen tafetan donde estuvieran sus armas, como lo había hecho su padre.»

Sería curioso seguir el desarrollo de la civilizacion por el cambio de las modas que podríamos consignar en los materiales y en las formas de los trajes usados por los caballeros y los nobles de los castillos, con cuyos detalles, relativos al lujo de cada época, conseguiríamos el conocimiento de las diferencias de una época á otra.

Ademas de estos progresos que pertenecen á todas las clases, podemos señalar uno que indica lo que será luégo el lujo desplegado en las cortes de los reyes.

Concretémonos á una ceremonia, que pudo considerarse elocuente expresion representativa del trono y del altar, y que nos dará la medida del respeto profundo que á los dos profesaban los hombres de aquellos tiempos, inspirados siempre en todos los actos de su vida por el sentimiento religioso ó por el de la guerra.

Aludimos á la consagracion de los reyes de Francia.

Todas las insignias que debían servir para adorno de la persona real, emblemas de su mismo poder, militar y civil, la espada, el cetro, la mano de justicia, la dalmática y demas se colocaban sobre el altar y el sacerdote se las entregaba. El rey prestaba juramento puesta la mano en los santos Evangelios: el arzobispo le ceñía la espada que pone sobre el altar, de donde la irá á retirar el rey despues de algunos instantes: la misma mano que aplica la uncion santa al monarca arrodillado le pone el anillo en el dedo y le coloca la corona en la cabeza.

El esplendor de estas ceremonias sigue siempre en aumento. La coronacion de Luis IX, en 1227, costó 4,333 libras 14 sueldos torneses. Los gastos de su consagracion, pagados por él mismo, de las rentas del arzobispado de Reims, que tenía por regalía, ascendieron á 5,053 libras 14 sueldos.

La coronacion de Felipe el Atrevido costó 12,931 libras 8 sueldos, dos dineros torneses; la de Luis el Temerario, 20,723 libras, 15 sueldos, dos dineros; la de Felipe el Hermoso, 23,500 libras.

La coronacion de María de Brabante, esposa en segundas nupcias de Felipe el Atrevido, revela una magnificencia en las costumbres no vista aún en los países occidentales. Todos los señores acuden á la ceremonia con vestidos y mantos de púrpura; las damas vestidas con telas de oro, con collares de perlas y piedras preciosas. Un cronista dice: «Todas las personas *estaban adornadas como un templo.*»

La necesidad nos obliga á ser breves y terminaremos estos ligeros apuntes dando una breve idea de los elevados empleos en la corte.

Para comprender exactamente la existencia de estos destinos, hay que recordar las costumbres feudales en las que tienen su razon de ser, porque el servir era entónces un privilegio que no lo obtenía la ambicion sola.

Había nobles que tenían hereditariamente el derecho de servir al rey; otros debían la facultad de ejercer sus empleos á privilegios inherentes á las tierras que poseían. En las comidas de etiqueta, el gran senescal era el primero que recibía los manjares que hacía pasar por las manos del *major* al rey y á la reina; pedía el agua á los chambelanes para lavar las manos del rey. En todas épocas tenía autoridad en la mesa real, sin que esto fuera óbice para desempeñar un mando superior en el ejército. El senescal ordinario del rey, que era de inferior categoría, servía al príncipe á la mesa, llevando una varilla blanca en la mano y en la cabeza una corona de rosas.

Todos los pueblos europeos, en la época que recorremos, contribuyen, por su parte, á las manifestaciones de la civilizacion bajo todos conceptos. Inglaterra y Alemania contribuyen con sus adelantos superiores á los de los demas pueblos al movimiento de civilizacion que se nota en todos puntos.

La conquista normanda decidió de un modo muy notable la influencia sobre todos los ramos de ostentacion, porque los conquistadores trajeron consigo ideas más adelantadas de legislacion, artes más completas, una fuerza organizadora reñida con la anarquía, y un espíritu que, bajo muchos conceptos, podría merecer el de perfecta civilizacion. Segun autoridades competentes, Inglaterra ganó, con la conquista, el tener un gobierno más fuerte y concentrado, y la monarquía desenvolvió su esplendor al propio tiempo que su poder. Resultado de esto fué tambien la constitucion de una aristocracia rica y de un clero opulento. Como en todas las invasiones y conquistas, la expoliacion llenó las manos de los vencedores de riquezas en demasía, y los jefes se repartieron terrenos y tesoros, tocando á los simples vasallos dinero, muebles y casas.

La iglesia de Cantorbery es la representacion característica que dominaba en el ducado de Normandía. Las magníficas catedrales de algunas ciudades importantes de Inglaterra deben su fundacion á la conquista, hasta el extremo de que, segun los historiadores de la arquitectura, de las veintidos catedrales actualmente subsistentes en aquel país, hay quince que conservan aún partes considerables de su construccion normanda. Las construcciones anteriores, debidas á los sajones, se habían levantado segun las reglas y

arquitectura enseñadas por los romanos; á lo ménos revelaban condiciones degeneradas de la época de la invasion.

Con la invasion de los normandos penetró en Inglaterra la aficion á los excesos del lujo, porque aquellos se distinguían por sus suntuosidades y todo género de relajacion. Un cronista de la época acusa á un duque de Normandía de haber introducido modas extravagantes en Francia, segun se lee en este párrafo: «Él es, dice, el primero que toleró que los jóvenes con quienes se acompañaba remedasen el vestir de las mujeres; aprobó que se le presentaran caballeros con el cogote recargado de rizos y el cuerpo envuelto en vestidos que barrían el pavimento.»

Como no debemos presentar la historia de la indumentaria, ni disponemos ya de espacio para estampar cuanto se nos ocurre con relacion á la materia, debemos omitir hablar de las vanidades á que eran muy dados los jefes normandos, como lo prueba, entre otros datos, el no haber admitido uno de ellos un vestido muy hermoso por la sola razon de que no le pareció bastante caro el precio del mismo.

La religion empero podía más en aquellos ánimos guerreros que las aficiones á las modas y manjares. Véase sino una elocuente prueba de ello. Los predicadores de la época declamaban contra el abuso (que así lo calificaban) de llevar largos los cabellos y las barbas, y movido el rey Enrique I por la uncion del obispo de Seez, le entrega su larga barba al furor de las tijeras, por haberse encargado el mismo prelado de cortársela en presencia de todos los asistentes. ¡Cuánto cambian las costumbres!

Si bien debe Inglaterra á los normandos algunos adelantos en artes y refinamiento en ciertos objetos de lujo, débeles tambien entre otras cosas la introduccion de la caza con halcon, la mayor parte de los juegos ruinosos y la pasion por los excelentes caballos. La aristocracia inglesa se divierte ya desde el siglo duodécimo con las carreras de caballos. Los barones se muestran muy aficionados á lo que podríamos llamar corridas de toros, porque les anima una frenética pasion para la lidia con semejantes fieras.

Los siglos XII y XIII se distinguen en Inglaterra por el desarrollo de varias artes, algunas de ellas de mucho lujo en sus productos, como en la pla-

tería y joyería. Algunas abadías de la época encierran tesoros de inestimable precio. La iglesia de Wolsingham, en el condado de Norfolk, poseía uno valorado en más de seis millones de pesetas. La abadía de San Albano tenía plateros entre sus monjes. La tradicion celta, hermanada con el arte moderno, producía obras de combinaciones inapreciables en la riqueza y finura del trabajo, con adornos esmaltados.

Hasta últimos de la Edad Media ofrece Inglaterra un arte de platería digno del mayor aprecio; y los tesoros de los reyes ostentan magníficas muestras de lo que producían los artistas de aquella isla. Los irlandeses sobre todo mostraban una originalidad todo particular en la construccion de cajas. El renacimiento modifica el arte dándole aún mayor desarrollo, y Norwick, el centro más notable de este arte en Inglaterra, producirá artistas de tanta valía como Pedro Peterson, eminente platero de la época de Isabel. El lujo del arte desaparecerá con la reforma, que dejará frías y tristes las iglesias despojándolas de objetos de arte, y solamente se reanimarán los artistas, para continuar las buenas tradiciones antiguas, animados por el comercio y la industria que, si bien profanas, imprimirán proporciones colosales especialmente á la joyería y platería.

Salgamos de Inglaterra para pasar á Alemania y despues á Italia.

En Alemania la rudeza de las costumbres no es óbice para que desde el siglo undécimo no revele ya tendencias á ostentacion y lujo. El genio de Carlomagno influía aún al traves de los siglos en los destinos de aquel país como en Francia. El lujo religioso lo domina todo en aquel país y las iglesias de Maguncia y de Hildesheim acreditan la ostentacion desplegada por uno de los hombres más extraordinarios que han visto los siglos. Durante muchísimo tiempo se vió en Maguncia un crucifijo colosal de oro macizo, cuyo interior estaba lleno de reliquias montadas en pedrería de extremada riqueza. Y no escaseaban las muestras de espléndida ostentacion en los adornos religiosos de mero lujo, como lo acreditaban el sin número de puertas de bronce de varias catedrales y las esculturas en marfil y madera, de manera que ya en el siglo XII consistían los adornos en esculturas en piedra en los coros, los púlpitos, las puertas y hasta en los monumentos funerarios

sin hablar de las miniaturas de los manuscritos, de los bordados y tejidos de los tapices, y otros mil objetos á cual más raros y preciosos .

Oton el Grande parece querer emular al gran Carlomagno.

«Para honrar las reliquias de San Mauricio, dice Zeller, llegadas de Ratisbona, y las de San Inocencio, pedidas á Borgoña, hace traer de léjos Oton el Grande las columnas de mármol, el oro y la plata, y adorna de esta manera, á orillas del Elba, en Mersebourg, en medio de los pantanos, la iglesia que él había prometido por la victoria alcanzada contra los húngaros. El hermano de Oton, el arzobispo Bruno, levanta en Colonia la iglesia de San Pantaleon. La influencia de la italiana Adelaida y de las relaciones cultivadas muy pronto por Oton, siendo emperador, con la corte de Constantinopla, se revelan en los progresos de un arte que la tierra alemana no conocía, ni siquiera en Quedhisbourg, en Meissein y en Memlebar, país enteramente salvaje poco tiempo há todavía.»

Con el comercio de Levante sintiéronse en Alemania, como en los demas países europeos, los efectos de aquella civilizacion asiática que gastaba sedas en los trajes y especias en los manjares; pero no bastando las importaciones, comenzaron á fabricarse, especialmente en Ratisbona, telas de algodon y lana encarnada. Los conventos, como siempre y en todas partes, llevaban la delantera en la civilizacion alemana, puesto que la reina Matilde aprendió á trabajar recibiendo lecciones de una abadesa que la enseñó tambien la lectura.

Alemania, como otras muchas naciones, en períodos de pujante riqueza, tiene tambien su período de esplendor cuando los descubrimientos de las minas de oro y plata del Hartz, despues de las muchas que ya poseía. La opulencia que otros descubrimientos permitirán á todas las clases sociales, producirá inmensos males á la civilizacion alemana. No obstante, un emperador, amigo de las artes y protector de las ciencias, realizará con esto la armonía de las artes alemanas con las del sud de Europa, y unas y otras bendecirán el nombre de Federico Barbaroja.

La aristocracia alemana en el período que recorremos, no satisfecha con la ostentacion del lujo, se entrega al desenfreno y á la ridiculez más extra-

vagante y exagerada. Á pesar de la gravedad que debiera parecer característica de su raza, se entregan los señores alemanes á la pasion del juego, de los festines, de la bebida sobre todo, buscando no sólo los vinos del Rhin y de la Alsacia, sino los de Francia é Italia y especialmente los de Grecia. Y podemos decir de las damas alemanas lo mismo que acabamos de escribir de los caballeros.

Los trajes de la aristocracia alemana de ambos sexos en el período á que nos referimos se calificarían de extremadamente bufos en nuestra época, porque está realmente probado que hombres y mujeres llevaban colores abigarrados y vivos, pero variados hasta el exceso en un mismo vestido.

Era tanto el mal gusto, eran tan exageradas las pretensiones, que llevaban los hombres una manga azul, por ejemplo, y otra verde, siguiendo igual extravagancia las demas prendas del traje.

Esta ridiculez entrañaba tambien su galantería, y todo era alegórico en medio de tanta confusion y de tan extravagantes caprichos, porque los colores representaban un lenguaje: así el blanco representaba la esperanza de una favorable acogida; el verde una pasion naciente, y así por el estilo, de manera que la significacion simbólica de las prendas de vestir, es una de las más interesantes curiosidades de las costumbres germánicas de la Edad Media.

* * *

Varias veces hemos dicho ya que despues de las cruzadas, entraron los pueblos europeos en caminos nuevos y desconocidos que les condujeron á una civilizacion desconocida, pero que tenía todos los caracteres de las costumbres orientales. Quizas ninguna de las naciones de Europa sintió aquellos efectos tanto como Italia, cuyo papel importante en la civilizacion, se descubre á primera vista áun por los ménos versados en la historia de las naciones europeas en la Edad Media.

Y ¡raro fenómeno digno de profundo estudio! Italia, por su inmensa influencia en los destinos del mundo, es la primera potencia en la Edad Media, y es la primera sin poder hablar de dominacion, siendo presa contínua del extranjero, sin ninguna fuerza material, sin influir en el consejo de las naciones, y es la primera por su inmensa, única fuerza moral, conocida en el mundo por: el Papado!

Y esta Italia, única por su fuerza moral, es única en la vida del arte: la Italia, sin fuerza material, la tiene inmensa en la vida de la idea, en la vida que anima el mármol y el bronce y que traslada á los lienzos las inspiraciones de las esferas celestiales.

«La Italia de la Edad Media, dice un autor moderno, tiene la elegancia de la vida privada; tiene todo el esplendor de las fiestas; tiene el puesto más elevado por el número y la belleza de sus monumentos: por las letras, por las ciencias, por la misma industria, forma en la vanguardia, y esparce en la Europa los productos de Oriente. Sus comunas son repúblicas importantes por la vida política y el comercio marítimo. Sus mismos palacios son museos. Su corrupcion refinada no hace desgraciadamente ménos escuela que sus artes. Entrega contra su oro á las aristocracias voluptuosas sus armas más embriagadoras, presta á la política sin escrúpulo de las cortes sus venenos más sutiles, como les prestará más adelante sus sofismas más depravados. Su poesía ofrece la misma mezcla de grandeza moral y de refinamiento sensual: aquí Dante, allí Bocaccio ó Ariosto.»

Ninguna nacion europea dispone de tantos puertos de primer órden como Italia, para sostener el comercio por medio de los grandes depósitos, y ningun otro pueblo como el italiano presenta la armónica distribucion de las fortunas que hagan más llevaderas las condiciones distintas de pobres y ricos. Las comodidades de todas las clases se ven mejor distribuídas que en ningun otro país, con lo que las costumbres privadas son más dulces y la ilustracion más comun á pesar de las malas pasiones suscitadas por la política. Italia es de entre todas las naciones europeas la que presenta más pueblos más llenos de habitantes, con viviendas más holgadas, cómodas y elegantes y más puntos convertidos en otros tantos centros de la actividad

humana. La agricultura corre parejas con las artes, y entre todos los pueblos puede presentarse Italia formando en primera línea y al frente de todos los ramos científicos, industriales, mercantiles y artísticos.

Hasta el siglo décimoquinto es Florencia el verdadero centro de donde parten los rayos que ilustran la Italia toda, y está convertida en cuna, no solamente de las artes, sino de la civilizacion. Todas las grandezas de la civilizacion están representadas en la que podría llamarse nueva Atenas, cuya poesía estará representada por el Dante, las bellas artes por Miguel Angel, la política por Maquiavelo y las ciencias por Galileo.

Perrens y otros historiadores de Florencia que nos sirven para estos apuntes, nos dirán que Florencia no llegó á ser independiente sin haber pasado ántes por el yugo de la dominacion extranjera, sin, empero, abandonarla nunca el esplendor material, ni en sus épocas más calamitosas.

Margraves hubo en Toscana, en los siglos X y XI, que por reunir tesoros se daban el placer de matar. Reinados hubo en que las mujeres se vieron reducidas á ocultar sus tesoros de joyas.

En el siglo XI hay un margrave llamado Bonifacio, que se entrega á las más necias extravagancias en su pequeña corte de Luca, sobresaliendo en la de mandar poner á sus caballos herraduras de plata con clavos mal remachados para que se les cayeran y marcaran el sitio por donde había pasado.

Florencia se distingue en la Edad Media por su iniciativa en las industrias y artes. Corporaciones hubo que supieron imprimir elegancia y variedad á varios productos, especialmente la lana y seda. En el siglo décimocuarto contaban estas corporaciones con más de treinta mil obreros artistas de los que iban á salir ejércitos de nobleza; porque de esta acumulacion de riquezas y de esta influencia sobre tan numerosos dependientes, debía salir una importancia política que había de ejercer necesario predominio. Por esto, desde últimos del siglo décimotercio, toma carácter político la cuestion del lujo en Florencia.

No sólo había desigualdad de riquezas entre los hijos de una misma familia, sino que había tambien entre ellos diversidad de miras políticas, y si

hacían por ventura la guerra á la ostentacion privada ó particular, era solamente para reservar el dinero para las empresas militares. Preferían á todas la alianza de Luca, porque no querían que la sobrepujara Génova ó Venecia. Otros, indiferentes á las empresas, al comercio y á la guerra, deseaban la existencia del lujo para vivir á sus expensas y las fiestas para divertirse en ellas.

Todo favorecía en Florencia el irresistible progreso del espíritu democrático, y con la libertad y vigor de las asociaciones podía, enriqueciéndose, el más humilde florentino pasar de un arte menor á otro mayor y abrirse paso á la vida pública y llegar á los más elevados destinos. El espectáculo es grandioso é interesante porque presenta la nobleza formándose en el trabajo, no en la guerra como en otros puntos. Más aún: en Florencia, al revés de lo que pasa en las naciones europeas, está ya formada la clase media con todos sus caracteres distintivos: vive de presente sin esperar el tiempo venidero; cuenta realidades, no esperanzas. La clase media de Florencia, enriquecida por su industria, contrae alianzas con casas de noble alcurnia por medio de los matrimonios que le permiten llegar al nombramiento de caballeros cuya dignidad se confería con un ceremonial muy pomposo.

Florencia, empero, como otras tantas ciudades antiguas, nos demostrará cómo los excesos de vanidosa ostentacion arruínan por necesidad la libertad en donde imperan las democracias; porque donde abunda la corrupcion privada debe seguir indefectible y prontamente la corrupcion política, y llegada ésta no se hace esperar la muerte de las libertades de los pueblos. Y no se equivoquen los pueblos. Para que haya corrupcion política, no basta notar este defecto en los gobiernos, es preciso que exista en los gobernados; es preciso que los gobernados vivan indiferentes para lo bueno y lo malo, prefiriendo sólo á los deberes públicos los goces dictados por el egoismo, porque miéntras la corrupcion, producto de los vicios, queda limitada á cierta medida, no corre peligro de muerte la libertad necesaria para la dignidad humana, y cuando muere la libertad por el exceso de vicios, más cede á la consuncion gradual y sucesiva que á la violencia que produzca la muerte.

La corrupcion en Florencia se presenta bajo formas groseras, porque lo

es bajo todos conceptos la dominante pasion de los florentinos por los placeres de la mesa, á la par que se entregaban sin elegancia ni discernimiento á los excesos de una galantería necia, sin ningun destello de talento y hasta faltos de todo género de instruccion. En vano acudirá la ley á reglamentar las ceremonias nupciales, fijando hasta el número de platos que pueden servirse en los banquetes de bodas y sujetando á reglas precisas, pero que se burlarán, la moda de los trajes y de cada prenda de vestir. El rigor de la ley se estrellará contra la decidida resolucion de eludirla. Si la ley prohibe á la florentina un adorno de lujo, su ingenio sabrá inventar otro que le exceda en valor. Desde el siglo décimocuarto se hacían en Florencia esfuerzos dignos de mejor causa á fin de apurar los recursos de la moda elegante: para sustituir á las perlas se acudirá al vidrio, y la que no pueda ostentar el adorno precioso, se valdrá del falso, imitado hasta la perfeccion. Las mismas campesinas quedan contagiadas del mal ejemplo, sin que sea dique para contener la invasion del mal el impuesto de cincuenta libras anuales que deberá pagar toda mujer que se adorne con pedrerías ó metales verdaderos ó falsos. Ricas y pobres ceden á la tentacion, y las pieles finas, el terciopelo, la seda, formarán el traje de aquellas esclavas del lujo, miéntras se disputa tan á porfía la superioridad en los anillos, piedras preciosas y collares de perlas con que recargar sus extravagantes caprichos.

* * *

Abandonemos esa atmósfera asfixiante en la que no aparece un sólo punto que ofrezca lenitivo al ánimo pronto á sucumbir, y asistamos al renacimiento de las artes que se anticipan á lo general en Europa durante el siglo décimosexto. La escultura y la pintura rompen con las tradiciones y aspiran á resucitar las obras maestras de Roma y de Bizancio, huyendo empero de la fea sequedad bizantina y de la fría imitacion del arte romano. Cimabue y Giotto abren un camino inmenso, desconocido, á la ornamentacion religiosa, dando

vida á la mística, que nos representa los embelesos del amor divino y los espantosos horrores de las penas del infierno.

Como si la aparicion de las grandes celebridades artísticas trajera en pos de sí la grandiosidad en todos los conceptos, el Estado se encarga no sólo de salvar de la destruccion las obras de arte sino que contribuye con sus pomposos aparatos á la celebracion de fiestas y diversiones públicas, así religiosas como civiles. El suceso más insignificante se presta para el entusiasmo. La reunion del parlamento, la llegada ó partida de un personaje importante, se prestan para una fiesta pública, como se presta asimismo la llegada del día primero de mayo en representacion de la primavera, así como se festejará el invierno el día de la fiesta de los Reyes magos.

De buena gana daríamos aquí, si nos lo permitiera el espacio, la descripcion circunstanciada de las fiestas públicas en las calles con que se celebraban todas las funciones religiosas, precedidas las lujosas procesiones de innumerables y ricas banderas, con sus acompañamientos de clarines y tambores, á la luz de miles de hachas de cera, seguidas despues de las retretas á la luz de antorchas, y prescindiendo, por no ser prolijos, de recordar el sin número de mesas puestas en las plazas públicas, alrededor de las cuales se danzaba alegremente, terminando todas las fiestas con grandes regocijos á la sombra de ricos entoldados de variados colores, que hacían resaltar fantásticamente los vestidos blancos de las rubias florentinas festejadas por los jóvenes, obsequiadas por los juglares y bufones y admiradas de todos durante los muchísimos días y hasta meses que eran de contínua fiesta.

«Al ver tantas magnificencias, dice Amenirato, ¿quién hubiera podido creer que los florentinos estaban acostumbrados á una vida modesta? Hubiérase dicho que desde mucho tiempo ántes frecuentaban los palacios de los reyes. Temían algunos encontrar en ellas un síntoma de molicie; pero un dinero gastado en fiestas públicas sólo era á propósito para aumentar la gloria de Florencia y destruir la áspera fama de la parsimonia florentina.»

La civilizacion florentina nos ofrece en esta época la armoniosa union de la riqueza y de las artes, y si estas llegaron al envidiable grado de esplendor



GRUPO EN BARRO DE CAPODIMONTE

(Museo de artes industriales - Milano)

vida á la mística, que nos representa los embelesos del amor divino y los espantosos horrores de las penas del infierno.

Como si la aparicion de las grandes celebridades artísticas trajera en pos de sí la grandiosidad en todos los conceptos, el Estado se encarga no sólo de salvar de la destruccion las obras de arte sino que contribuye con sus pomposos aparatos á la celebracion de fiestas y diversiones públicas, así religiosas como civiles. El suceso más insignificante se presta para el entusiasmo. La reunion del parlamento, la llegada ó partida de un personaje importante, se prestan para una fiesta pública, como se presta asimismo la llegada del día primero de mayo en representacion de la primavera, así como se festejará el invierno el día de la fiesta de los Reyes magos.

De buena gana daríamos aquí, si nos lo permitiera el espacio, la descripcion circunstanciada de las fiestas públicas en las calles con que se celebraban todas las funciones religiosas, precedidas las lujosas procesiones de innumerables y ricas banderas, con sus acompañamientos de clarines y tambores, á la luz de miles de hachas de cera, seguidas despues de las retretas á la luz de antorchas, y prescindiendo, por no ser prolijos, de recordar el sin número de mesas puestas en las plazas públicas, alrededor de las cuales se danzaba alegremente, terminando todas las fiestas con grandes regocijos á la sombra de ricos entoldados de variados colores, que hacían resaltar fantásticamente los vestidos blancos de las rubias florentinas festejadas por los jóvenes, obsequiadas por los juglares y bufones y admiradas de todos durante los muchísimos días y hasta meses que eran de contínua fiesta.

«Al ver tantas magnificencias, dice Amenirato, ¿quién hubiera podido creer que los florentinos estaban acostumbrados á una vida modesta? Hubiérase dicho que desde mucho tiempo ántes frecuentaban los palacios de los reyes. Temían algunos encontrar en ellas un síntoma de molicie; pero un dinero gastado en fiestas públicas sólo era á propósito para aumentar la gloria de Florencia y destruir la áspera fama de la parsimonia florentina.»

La civilizacion florentina nos ofrece en esta época la armoniosa union de la riqueza y de las artes, y si estas llegaron al envidiable grado de esplendor



Mir. Tarradas, Comas y Cª - Editores.

A. Casanovas, Lit.

GRUPO EN BARRO DE CAPODIMONTE.

(Museo de artes industriales - Milano.)

que supieron adquirirse, debiéronlo en gran parte á la proteccion de los magistrados y á las larguezas de los ricos que supieron dar su mano á los artistas. La proteccion prestada por Florencia á todas las artes, borra todas las iniquidades á que la arrastró su inmoderada pasion por el lujo; porque, segun feliz expresion de un autor: «Florencia pecó mucho, pero amó mucho al arte, es decir, lo más bello que existe despues de la virtud.» Refiriéndose Maquiavelo á la inmoralidad de Florencia acusa indirectamente de ella á Sforza (Galeas) quien hizo su entrada en Florencia trayendo consigo quinientos pares de perros de caza y un número infinito de halcones, ofreciendo con tal motivo un frenesí de danzas y placeres. «La ciudad, dice Maquiavelo, comenzó desde entónces á llenarse de cortesanas, y los jóvenes, más libres que de costumbre, aprendieron á prodigar el dinero en trajes, festines, placeres de toda especie, á gastar el tiempo y sus haciendas en juegos y mujeres, esforzándose por brillar por sus adornos y lenguaje rebuscado.»

La autoridad del depravado florentino podrá ser sospechosa de exageracion quizas; pero prueba de todos modos la existencia, aunque antigua, de perversidad de costumbres, recrudecida tal vez entónces. Veamos, empero, otra autoridad que compara los dos siglos, décimotercero y décimocuarto, en Florencia y sabremos á qué atenernos.

«El siglo décimotercio, dice, tuvo los vicios y las virtudes de los pueblos todavía bárbaros; el décimocuarto nos ofrece la corrupcion de las naciones civilizadas. Los golpes y heridas, los asesinatos, las violencias privadas, las rebeliones contra los señores opresores, los vicios, en una palabra, y los crímenes que provienen de la violencia y de la barbarie, eran quizas más frecuentes en el siglo décimotercero; pero encontramos tambien la fe en el matrimonio y en los contratos, monedas de buena ley, vestidos sencillos, alimentacion frugal, y, en las cargas públicas, una probidad tanto mayor en cuanto el pueblo era ménos tolerante. El siglo décimocuarto, al contrario, se nos presenta con sus pompas y sus molicies orientales, un abuso casi tan grande de la fuerza con ménos lealtad: ningun respeto á la fe conyugal, las uniones ilegítimas frecuentes, ningun pudor en los padres para reconocer sus frutos, ninguna vergüenza en los hijos en llamarse bastardos, aunque en

la lengua culta de los italianos, se llamaran ellos hijos del amor» (1).

De este mismo historiador es el siguiente párrafo: «Dos príncipes, ó mejor dicho, dos malvados, tiranos de Lombardía, Bernabo y Juan Galeas Visconti, llamado conde de Virtu, y Pedro el Cruel, el rey feroz de España, fueron los primeros en querer honrar la cualidad de concubina y elevar á esta á la categoría de la esposa. Dómina, querida de Bernabo; Nisota, de Juan Galeas, y doña María de Padilla, tenían una especie de corte, músicos y ministriles á su servicio, y las primeras enviaban á los reyes vecinos, perros, caballos, cascos, y recibían de ellos otros presentes en cambio.

Las costumbres democratizadas de Florencia tienden á una feroz desmoralizacion que aumenta de cada día más y más. Ya no se ven más que opresores en todos los campos. La vida pública y privada ha entrado en un período de excesos, y la nobleza tendrá que hacerse pueblo si quiere librarse de las iras democráticas. En todas partes hay desbordamientos de excesos; hasta la naturaleza, con la peste que despuebla la Italia, quiere al parecer cooperar al frenesí de excesos que lo domina todo. En vano acudirá la Iglesia, en la persona de Clemente VI, publicando un jubileo para que los ánimos se calmen y reporten. El impúdico poeta del *Decameron* hará constar eternamente que, viciosos por sistema, «aseguraban que la mejor medicina era beber, ir cantando y burlarse de todo.»

En medio de ese furor de diversiones y de tanta locura queda pálido cuanto podríamos decir del despilfarro florentino por dar variedad, riqueza y capricho á la manera de vestir hombres y mujeres, á pesar del espíritu democrático que lo ha invadido todo. La ridiculez se extremó sobre todo en los zapatos y en los sombreros. Entónces aparecieron por primera vez los zapatos de puntas largas y encorvadas que alcanzaban hasta dos piés de largo para los nobles, debiendo atarlas á las rodillas por medio de una cadenita; y aparecieron tambien entónces aquellos sombreros que llegaban á costar más de veinte mil pesetas de nuestra moneda, gastando estas inmensas sumas en días calamitosos y de tremendas tribulaciones sociales, como

(1) CIBRARIO.—*Historia de la economía política en la Edad Media.*

si el delirio se hubiese apoderado de aquellas gentes, ó les dominara el afan de morir riéndose de la muerte y burlándose de las grandes catástrofes. La violencia en las venganzas y en los más viles sentimientos de odio, adquiere proporciones monstruosas y degrada el corazon humano porque le lleva al paroxismo de la rabia. La democracia estaba revuelta contra la nobleza á la que cercenaba y quitaba los derechos civiles, para cuya conservacion debían los que deseaban no perderlos matricularse en los gremios como simples artesanos. Hasta la clase media, tantas veces unida con el pueblo contra la nobleza, tuvo que hacer concesiones á la democracia exigente; pero ni estas concesiones, ni la humillacion de la nobleza, salvaron á la democracia, que al fin quedó, como siempre, dominada por aquellas. Los ricos supieron, como siempre, apoderarse de las multitudes: los ricos no retrocedieron ante los sacrificios pecuniarios para ganarse las masas, y, como siempre y como en todas partes, los más ricos y los más mimados de la fortuna consiguieron en Florencia desplegar más habilidad para deslumbrar y satisfacer al pueblo que de puro libre pasa siempre á ser esclavo de los jefes que, predicando democracia, se constituyen en señores y amos, y esclavizan, como con hechizos, á los que no supieron seguir contentos los caminos de su fortuna.

* * *

Las extraordinarias dimensiones de este capítulo nos avisan que es hora de ponerle punto y sentimos en el alma tener que hacerlo, porque mucho nos falta aún que decir de la sociedad civil y de la sociedad religiosa en el importante período que vamos recorriendo más al vapor de lo que hubiéramos deseado, á fin de fijarnos más en su innegable importancia, por lo mucho que influyó en los destinos del mundo.

Hemos visto que la república y la monarquía eran los dos medios que tenía la sociedad en la Edad Media para salir del caos bárbaro del sistema

feudal. Acabamos de ver la existencia efímera de las repúblicas de las ciudades italianas á pesar de sus riquezas y esplendor. Vimos los derechos civiles y casi independencia popular de los habitantes del campo y de las ciudades de España. Sabemos que Francia tuvo en su Mediodía comunas y ciudades florecientes, aunque de existencia más precaria que la de las de Italia. El feudalismo triunfó en Flandes impidiendo allí el triunfo definitivo de la forma republicana, que tampoco pudo establecerse en Alemania, porque debe considerarse como una excepcion en el órden general del imperio germánico el glorioso destino de las ciudades anseáticas. Tocante á las libertades inglesas, nadie las calificará de democráticas. Sólo en un punto casi ignorado de Europa obtiene un triunfo definitivo la lucha contra el feudalismo.

«Así, pues, dice un autor de este siglo, despues de haberse ensayado en toda Europa el régimen republicano, sólo había podido establecerse en las montañas de la Suiza, manteniéndose allí para que no hubiese, por decirlo así, prescripciones en esta noble forma de gobierno, que la antigüedad nos dejó como uno de sus más preciosos legados, pero tambien el más difícil de realizar, porque supone una civilizacion superior en la cual la inteligencia y el corazon del hombre han llegado á igual grado de desarrollo.»

Las baladas y los cantos guerreros de Suiza, ecos siempre oídos y nunca perdidos en las inmensidades de aquellas gigantescas montañas, son un curioso monumento del espíritu de aquellos pueblos, tan dignos un tiempo de la forma de gobierno que supieron conquistarse contra los tiranos que intentaban tenerlos dominados en los encantadores paisajes de sus verdes montañas, entre el estrépito de sus altas cascadas, y la espesura de sus inmensos bosques. Si la Suiza es libre é independiente es porque sólo la libertad é independencia podían ser la justa y merecida recompensa de sus heróicas virtudes é inmensos sacrificios, para ser tan libres como las aves de sus montañas, las aguas de sus impetuosas cascadas, como el aire que allí se respira más puro que en ningun otro país de Europa.

Aunque no sea este un sitio oportuno, ni se preste á ello la índole de la materia, no sabemos, ni casi queremos resistirnos á la tentacion de traducir

aquí, lo ménos mal que sepamos, algun trozo de sus frescas, hermosas y sin igual baladas, recuerdos históricos de sus luchas á favor de su independencia.

Dediquemos un recuerdo á la batalla de Naefels, librada en 1388, en la que un puñado de valientes del canton de Glaris lucharon y vencieron contra miles de austriacos.

«El capitan de los señores les gritó: Herid con el corazon lleno de gozo y que no escape uno sólo de esta miserable cuadrilla. El capitan de los hombres de Glaris gritó al Señor Dios del cielo: ¡Concédenos tu socorro, ven á ayudarnos, Señor Jesús!

»Á esto replicó el enemigo con orgullosa alegría: Hoy no se hacen prisioneros, hoy se pasa todo á degüello. Pero el bravo Matías de Buëley respondió: Enhorabuena, y muchos de los vuestros serán de este número.

»¡Estrechad vuestras filas, valientes de Glaris, formad vuestro batallon invocando á Dios, que Él os guarda!...

»Arrojáronse alternativamente sobre el enemigo, en lo que cejaron abrumados; varios sucumbían, ¡ay!... los otros continuaban una lucha desesperada.

»Avanzaron de nuevo, debieron ceder y se replegaron sobre el Rüti. El enemigo caía sobre ellos, les envolvía, no dejándoles punto de reposo, ni descanso. Entónces aquel puñado de valientes comenzó otra vez el combate y aplastó á muchísimos enemigos con trozos de roca.

»Las piedras zumbaban sobre los cascos y las montañas repetían sus zumbidos. Vióse de todas partes correr á las piedras; todas las manos estaban llenas de ellas. La piedra habló entónces, púsose á silbar, pero tan bien que los caballeros perdieron su lengua y sus orejas.

»Entónces, en medio del combate, aparecieron como un relámpago treinta bravos soldados de la fiel Schwyz; apoderóse entónces la inquietud de aquellos hombres jactanciosos, y gritaron: ¡Sálvese quien pueda! Y huyeron Linth abajo hasta los juncos de la llanura.

»En el puente de Wesen les aguardaba un trance terrible; cayóse el puente y muchos caballeros quedaron sumergidos. Los que no se sumergie-

ron allí, los que no bebieron allí, bebieron en el Limmat y se ahogaron en el lago.»

Dios, patria y libertad son los gritos que se destacan del canto suizo..... ¿Por qué no había de ser libre é independiente un pueblo que invoca á Dios ántes de la batalla, un pueblo que escribe tan valioso mote en su escudo y lo tremola en sus estandartes? La nacionalidad suiza formada al amor de sus valles no es más que la justa recompensa otorgada por Dios á un pueblo que pide su auxilio para sacudir el yugo que quieren imponerle algunos señores ambiciosos; y al librarse de la dominacion de una raza francesa, primero, y al separarse de la Alemania, despues, luchando contra el emperador Maximiliano, funda su nacionalidad que debieran imitar, no envidiar, los pueblos grandes, pero grandes por sus virtudes religiosas y sociales. ¿Dónde están estos pueblos? ¿Dónde están las naciones dignas de ser libres? ¿Dónde están los pueblos cuya inteligencia y corazon han llegado á igual grado de desarrollo? ¿Dónde están las banderas nacionales que ostentan el lema de Dios, patria y libertad?

* * *

Al terminar este ligerísimo ensayo de estudio acerca de la Edad Media, parécenos oir como una acusacion formulada contra nosotros por ciego entusiasmo á favor de la Edad Media y sus instituciones, y como consecuencia necesaria é inmediata tachársenos con los epítetos que impropia y neciamente se regalan á las personas calificadas de *laudatores temporis acti.*

Antes de emitir ninguna idea que parezca un descargo ó defensa que no queremos hacer de nosotros mismos, séanos permitido decir con voz muy alta que no conocen los tiempos comprendidos en el período distinguido con el nombre de Edad Media los que les aplican los calificativos de bárbaros, ignorantes y otros por el estilo. Hoy por hoy está suficientemente juzgada

la Edad Media, y ninguna persona medianamente ilustrada la acusa de bárbara, ni atrasada. Ni tienen aquellas generaciones nada que envidiarnos, ni podemos nosotros, en justicia, inculparles por rezagadas. Lo que hoy quiere llamarse progreso siguió su curso con la regularidad debida sin solucion de continuidad, cumpliendo los hombres de aquella revuelta y perturbada época la mision impuesta á la humanidad por la Providencia mucho más cumplida y perfectamente que los de la nuestra, que á cada paso cometen la inmodestia de titularse hijos de las luces, del progreso y otros calificativos tan huecos de sentido, como huecos están de juicio los que tal dicen.

Ni es más sabia la sociedad actual, ni sus costumbres son más puras: la Edad Media puede envanecerse de un sin número de genios de primer órden cuyos iguales esperan aún los siglos sucesivos, y aunque la santidad no haya caducado en la Iglesia de Dios, ni sean los hombres los autorizados para graduar los merecimientos y virtudes de los escogidos del Altísimo, no creemos aventurar una proposicion atrevida si decimos que la Edad Media puede gloriarse de unos santos más ilustres que ninguna otra época así por su santidad como por su saber.

No sabemos, ni queremos negarlo: la Edad Media se atrae todas nuestras simpatías. La religion, la literatura, las artes, la filosofía, las empresas atrevidas, la galantería, las pasiones borrascosas, todo cuanto hay de noble, grande, impetuoso, en el corazon humano, todo, así en virtudes como en vicios, en religion como en política, se llevó á un grado de exageracion á donde llegan solamente los grandes temperamentos. ¿Quién se atreve á acusar de ignorante á la Edad Media? ¿Eran ignorantes las escuelas de Córdoba, de Salerno y de Bolonia, eran ignorantes las escuelas de donde salían Alberto, Roger, Tomás, Beauvais, Arnaldo, Lull, Abelardo, Bernardo, Dante, Petrarca, Weber, Chancer, y otros mil? ¿Eran ignorantes los hombres que fundaban universidades como las de Oxford, Salamanca, La Sorbona, Alcalá de Henares y otras mil? ¿Eran ignorantes los hombres que ponían los cimientos de las ciencias que ahora no hacemos más que ampliar, pero no crear, como ellos? ¿Eran ignorantes los hombres que edificaban las góticas catedrales que hoy admiramos, y que no sabríamos ni podríamos cons-

truir? ¿Eran ignorantes los hombres que fundaban instituciones tan santas y tan filosóficas como las órdenes religiosas de Menores Observantes y de Predicadores? ¿Ignorantes, hombres que daban á la Iglesia de Dios santos como Francisco de Asis y Domingo de Guzman, y á la sociedad civil reformadores como estos dos patriarcas? Ninguna época tuvo caballeros tan galantes en la paz, tan valientes en la guerra, tan corteses siempre como los guerreros de la Edad Media.

En el decurso de esta obra creemos haber dado pruebas de saber y no olvidar que los hombres fueron y serán siempre hombres y esclavos, por consiguiente, de sus pasiones, que han sido y serán siempre las mismas y el patrimonio de la humanidad miéntras peregrine en este mundo, y dicho se está con esto que ni ignoramos ni desconocemos los ayes arrancados á la Edad Media por los crímenes y guerras y luchas que entónces hubo, como las hay ahora y las habrá hasta la consumacion de los siglos. Pero sabemos tambien que media una distancia inmensa entre los males de aquella época y la nuestra.

No sabríamos nosotros expresar esta idea con más elocuencia que lo hizo años há un ilustre escritor francés, cuyas reflexiones en este punto coinciden exactamente con las nuestras, y por esto las trascribimos íntegras:

«En primer lugar, dice, la energía del mal se encontraba por doquiera con la energía del bien aumentada por la misma provocacion al combate, y coronada con repetidas, brillantes victorias sobre el mal. Esta resistencia gloriosa tenía su principio en la fuerza de las convicciones reconocidas, y la influencia de estas sobre la vida entera: quien quiera que diga que esta fuerza no ha disminuído ni menguado á medida que se han retirado de las almas la fe y las prácticas religiosas, se pone en abierta contradiccion con la experiencia histórica y los recuerdos del mundo. En manera alguna trato de negar el brillante progreso operado en muchas cosas y bajo ciertos aspectos; pero tambien diré con un elocuente escritor de nuestros días, cuyas palabras muestran bien claro que su parcialidad hacia los tiempos antiguos no debe parecer sospechosa: «Cierto que es hoy la moral más ilustrada; pero ¿es más fuerte?... ¿Quién no salta de gozo contemplando la victoria de la

igualdad?... Sólo que yo temo que al adquirir tan exacto sentimiento de sus derechos, haya tal vez perdido el hombre algo del sentimiento de sus deberes. Oprímese el corazon al ver que en medio de este general progreso, la fuerza moral no se ha aumentado en nada.

»En segundo lugar, estos males que afligían al mundo, y de los cuales se quejaba con razon, eran más bien materiales que morales. El cuerpo, la propiedad, la libertad física, en ciertos países eran cosas de continuo expuestas á la violacion, al atropello y al insulto; así es ciertamente. Pero el alma, la conciencia, el corazon, estaban sanos, puros, escudados contra los golpes, libres de esa horrible enfermedad interior que hoy los corroe y mata. Todo el mundo sabía á punto fijo lo que tenía que creer, podía conocer y debía pensar acerca de todos esos problemas sobre la vida y destino del hombre; problemas que son hoy para las almas otros tantos suplicios, logrado ya el empeño de paganizarlas de nuevo. La desgracia, la pobreza, la opresion, no más extirpadas del mundo hoy que entónces, tenían la ventaja de no alzarse cual hoy ante el hombre á manera de una fatalidad horrible que se ceba en él como en una víctima inocente. El hombre las soportaba, pero las comprendía; podía sucumbir bajo el peso, pero no desesperarse, pues le quedaba el cielo, y aún no se había interceptado entónces ninguna de las vías que conducen desde la prision del cuerpo á la patria del alma. Existía una inmensa salud moral que neutralizaba todas las dolencias del cuerpo social, oponiendo á ellas un omnipotente antídoto, un consuelo positivo, universal, perpetuo por medio de la fe. Esta fe que había penetrado el mundo, que llamaba á todos los hombres sin excepcion, que se había infiltrado en todos los poros de la sociedad, cual benéfica savia, ofrecía para todas las enfermedades un remedio seguro, sencillo, igual para todos, al alcance de todos, comprendido por todos, aceptado por todos.

»Hoy el mal existe todavía; y no sólo existe, sino que está conocido, analizado, estudiado con escrupuloso esmero; se le conoce tan á fondo que, si nos pusiéramos á disecar el cuerpo social, resultaría una autopsia exacta. Pero, ¿dónde están los remedios para evitar que este vasto cuerpo quede cadáver? Los flamantes médicos han gastado cuatro siglos en desecarlo y

extraerle aquella divina, salutífera savia que constituía su vitalidad. ¿Qué pondrán ahora en lugar de ella?»

Quisiéramos copiar aquí las excelentes páginas que el autor de la *Vida de Santa Isabel,* cuyas son las anteriores, supo escribir en la magnífica introduccion á su excelente obra, pero el deber nos llama á otros capítulos que ya no podrán tener la extension que debieran, por ser excesivas las de éste; sin embargo, debemos hacer constar que la Edad Media fué muy grande é ilustre, porque lo fué de las artes y sobre todo del arte cristiano.

Á Dios gracias no conocemos la baja pasion de la envidia, pero perdónenos Dios y dispénsennos nuestros lectores si confesamos que muy á menudo se la tenemos á los hombres que vivieron en los poéticos y religiosos días de la Edad Media.

Á menudo, en nuestras mocedades, cuando los cuidados de la vida no absorbían nuestro tiempo ni nos privaban de nuestras aficiones; cuando el mundo no nos había envuelto en el torbellino de sus negocios; cuando los últimos rayos del día reflejados por las murallas romanas de una catedral que visitábamos se extinguían suavemente, como se extingue la vida humana, íbamos á errar lentamente al pié del edificio sagrado, donde nos habían precedido siglos ántes afortunados religiosos, y á meditar debajo de las bóvedas tranquilas del cláustro capitular. Al traves de las arcadas ojivales y de sus bruñidos cruceros, veíamos las acacias sombrías del patio doblegarse bajo la brisa de la tarde; y el armonioso columpio de sus ramas nos hacía pensar en las alas invisibles de los ángeles de Dios. Encima de nosotros se dibujaban las naves y las torres de la basílica sobre del cielo cruzado por los majestuosos y graves sonidos del *Angelus*, como por un eco de las arpas de los elegidos. Las tumbas que se levantaban á nuestros lados ó que se extendían á nuestros piés, nos hablaban tambien de esperanza y de eternidad. Leíamos en ellas las historias de pasados siglos, les interrogábamos por aquellos días en que vivieron los personajes en ellas encerrados, y ¡ay! sentíamos el frío terror de la muerte apoderarse de nuestros miembros, al propio tiempo que nuestro corazon latía violentamente animado por las santas inspiraciones de la fe y del amor de Dios, suspirando por la mansion habi-

tada por aquellos séres cuyas sombras veíamos desfilar ordenadamente al traves de las robustas arcadas de los sombríos corredores del cláustro envuelto ya por la vaga y misteriosa oscuridad del último crepúsculo vespertino. Y miéntras que sumidos en profunda meditacion medíamos con nuestros sosegrados pasos las bovedillas del cláustro solitario, pasábamos y volvíamos á pasar delante de antiguas esculturas, olvidada una en un ángulo oscuro, adosada otra en una cerca, miradas todas con descuido por los hombres que no guardan amor á las glorias de un arte que ya no volverá. ¡Ay! para nosotros los siglos de su existencia eran motivo de más para nuestro profundo respeto y honda veneracion... ¡Cuán ingénuas eran para nosotros en sus desmañadas formas! ¡Cuán piadosa la misma fealdad material de varias de ellas! ¡Cuán luminosa y cuán sabia era para nosotros su humildad! El encanto de su simbolismo era siempre vivo, siempre nuevo para nosotros, y ¡cuán llena de frescor estaba todavía para nosotros la idea que las inspiró! ¡Felices, felices mil veces los hombres que vivieron al amor y al amparo de aquellas generaciones animadas por la fe y el valor!..... ¡Ay! el proscrito que sediento y fatigado ve desde lejanos montes desaparecer, como perdida nubecilla en el espacio, el humo de los hogares de su patria que no volverá á ver; el errante peregrino que al cruzar un desconocido valle escucha anheloso el confuso eco de una campana cuyo tañido le recuerda la primera que oyó desde su cuna; el moribundo que, próximo á su fin, cuenta los instantes que le quedan para dar el postrer adios á séres y objetos queridos que se le arrancan por una eternidad, ¡ay! todos esos séres desgraciados lo son ménos que nosotros que suspiramos por tiempos que no han de volver, por instituciones que no veremos, por cosas que pasaron y no reaparecerán en nuestra vida. ¡Ay! si la maldicion no fuera un crímen; si nuestros labios no se abrasaran al pronunciar un anatema; si Dios, con su sonrís que entrevemos al trasluz de la inmensidad del espacio, no nos infundiera consuelo; si no supiéramos que Dios no hizo las naciones para perderlas; si no creyéramos que el hombre vino al mundo para amar siempre, aquí y en la eternidad, á Dios y al prójimo, nos dejaríamos llevar de la desesperacion y maldeciríamos con toda la robustez de nuestra voz y toda la energía de nuestro corazon á los

verdugos de nuestra madre, á los que la cargaron de cadenas, á los que la tienen en afrentoso encierro, y nos privan, ¡crueles! de las tiernas, simpáticas y afectuosas espansiones á que nos hubiéramos entregado siempre, si nuestros tiempos hubiesen sido los de la época que ridiculizan de bárbara y tenebrosa, porque la espada del caballero y la cruz del cenobita vivían en santa y celestial armonía, amparándose la una en la otra, para ser fuertes en este mundo y santas en el otro... ¡Generaciones afortunadas de la Edad Media, recibid nuestro más afectuoso saludo, miéntras absortos por las grandes virtudes que en vosotras admiramos y por el profundo saber que revelásteis, os suplicamos una mirada compasiva para los pobres ilusos que quisieran afrontaros, si les fuera posible, porque ni os conocen, ni os comprenden! ¡Perdonadles!





CAPÍTULO VII.

Renacimiento.—Descubrimiento de América.

Los escritores superficiales, pero que buscan la aprobacion del mayor número, y ya sabemos que este se compone de ignorantes, cuando tratan del Renacimiento se expresan con estas ó parecidas palabras, muy de moda entre ciertas gentes: «El siglo del Renacimiento señala la fecha de la renovacion intelectual de Europa. Es la época exacta de la gran revolucion moral que, al salir de las tinieblas de la Edad Media, viene á manumitir la inteligencia humana y abrir una senda entera-

mente nueva al desarrollo de los conocimientos exactos. En esta época no se ven más que revoluciones ó reformas en las ciencias ó en la filosofía.»

Para acreditar erudicion y tomando siempre por blanco de sus tiros á la Iglesia, amplifican el párrafo de sensacion con otro por el estilo: «Un simple fraile agustino, Martin Lutero, emancipa la idea religiosa, crea el libre exámen en teología, y quita á la Iglesia romana toda la Inglaterra, la mitad de Alemania, los reinos del Norte, las Provincias-Unidas y millones de franceses.»

Apresurémonos á decir, anticipando ideas y previniendo juicios, que le sucedió á Lutero, con su reforma, lo que á Colon con el descubrimiento del Nuevo Mundo.

Está actualmente demostrado y fuera de toda duda que, al morir Colon se fué al otro mundo ignorando por completo la trascendencia de su descubrimiento, pues su proyecto no pasaba de buscar y hallar un camino por mar para las Indias, y jamas supo Colon que hubiese descubierto un hemisferio, un nuevo mundo, la mitad de la creacion divina.

Esto es, ni más ni ménos, lo que le sucedió al lascivo Lutero, falto de talento, de iniciativa y medios para proyectar y llevar á efecto una *relajacion*,—no reforma.—Los elementos venían preparados de mucho tiempo ántes, los ánimos estaban divididos, las tres razas principales que se contaban entónces en Europa estaban dispuestas para la separacion por los odios antiguos políticos y más aún de raza... Lutero fué, sin él saberlo, conocerlo ni quererlo, la chispa que pegó el fuego al combustible preparado, y ardió y se propagó el incendio, que ni él supo dirigir ó gobernar, ni extinguir.

*
* *

Como siempre, ántes de entrar en materia, presentemos una rápida reseña histórica que nos sirva de guía y luz.

El punto de partida del estudio que ahora emprendemos se ha fijado á

mediados del siglo décimoquinto, porque entónces desaparece la época de transicion de la Edad Media, y entra la Europa en una nueva carrera, cuyo carácter se revela por importantes descubrimientos: la imprenta, la pólvora, la brújula.

En el órden político sucumbía por do quiera el feudalismo, se robustecía el poder monárquico, se organizaba la administracion y la política tomaba carta de naturaleza entre las ciencias.

Españoles, italianos y franceses formaban las razas meridionales ó latinas; formaban el segundo grupo las razas septentrionales, casi todas germánicas por su orígen, á saber: ingleses, escandinavos y alemanes; quedando despues las razas orientales, de orígen eslavo la mayor parte, á saber: polacos, húngaros y rusos.

El período histórico que debemos recorrer para comprender el estado de la civilizacion en Europa durante el mismo, acostumbra dividirse en otros cuatro principales, para la mejor inteligencia de los sucesos.

Abarca el primer período desde la toma de Constantinopla por los turcos en 1453 hasta la predicacion de la reforma en Alemania en 1517.

El segundo desde esta predicacion hasta el tratado de Westfalia en 1648.

El tercero desde la paz de Westfalia hasta la muerte de Luis XIV en 1715.

El cuarto desde la muerte de éste hasta la Revolucion francesa.

Cada uno de estos cuatro períodos lleva impreso un carácter distintivo y propio.

El del primero es la debilidad progresiva del poder nobiliario y feudal y el progreso de la autoridad real en las grandes monarquías del occidente de Europa.

El del segundo es el movimiento religioso de la llamada impropiamente reforma en Alemania, Francia é Inglaterra y un deseo vehemente de libertad política no conocido hasta entónces.

En el tercer período llega Francia al apogeo de su gloria y unidad y aspira á dominar en Europa, pero se opone Inglaterra á los progresos de

su poder, y las primeras guerras de coalicion sostienen el equilibrio europeo.

En el cuarto período, que comprende todo el siglo XVIII, deja Francia de ser la potencia preponderante en Europa; pero continúa dominándola fatalmente con sus perversas ideas y corrompida literatura. Inglaterra ensancha su poder por todo el mundo; y una potencia, asiática y europea al mismo tiempo, la Rusia, se levanta en el Oriente y rompe el equilibrio de los estados europeos.

* * *

El lector desapasionado ha visto que al derrumbarse el imperio romano el Evangelio civilizaba á la Europa.

No obstante, faltaba todavía mucho que desarraigar, porque el salvajismo de las invasiones de los bárbaros dejaba un fondo de rudeza que sólo podía desaparecer informando el cristianismo las costumbres, las artes y las instituciones, cuya tarea ímproba desempeñó perfectamente la Edad Media.

El observador atento descubrirá en todas partes vestigios muy marcados del paganismo; vestigios que tienen vida hasta en el mismo seno de la Iglesia y que se manifiestan en la superficie, reflejándose en las costumbres del clero, que no eran siempre las más adecuadas para la edificacion del prójimo.

Lenta, pero seguramente, prosigue el cristianismo su marcha civilizadora, y alcanza en la Edad Media su más brillante apogeo, porque se propaga y hasta populariza su idea sublime por el genio y santidad de los grandes talentos, que serán siempre el orgullo de su época y la gloria de la humanidad.

Para dar á cada época su merecido y saber lo que debemos al Renacimiento, recuerde el lector que el cristianismo había creado ya obras maestras de arte desde los primeros siglos de la Edad Media, y que estas obras

se convierten en inspiraciones divinas desde principios del siglo undécimo. No hay pueblo que no rivalice con los demas para levantar templos y monumentos que excedan á los demas en belleza y grandiosidad. Una sola de las catedrales de la Edad Media necesita más torrentes de oro y más caudales de ciencia y más tesoros de paciente laboriosidad que todos los monumentos, áun los más colosales, que nos legaron los romanos. La arquitectura, pintura, escultura y cinceladura, nos dan obras incomparables que los siglos venideros admirarán y ni siquiera imitarán. Y lo gigantesco y atrevido de las cúpulas y agujas lanzadas á los aires por el genio de aquellos artistas sin rival, reunen la más acabada armonía á la elegancia más pura, á la robustez más colosal. ¿Quién es capaz de comprender la sublime belleza arrancada de la piedra por el cincel que dibuja, como encajes afiligranados, millares de admirables estatuas cuya majestad, posicion y ropajes, forman indecible armonía con la delicadeza y primor de todos los detalles y la severa religiosidad del edificio?

Y no esto sólo. Al lado de Cimabue y Giotto, de Fra Angélico y Pisani, de Alberto Durer y Vannucci y otros mil que nos dejan inmortalmente representadas las sublimes escenas del Evangelio y del cristianismo, con una profusion de bellezas que son la desesperacion de los pintores modernos, forman infinidad de artistas en mosáico, pueblos enteros de pintores de cristales, que llenan los pavimentos, las bóvedas y los ventanales de las catedrales y palacios, de jardines de encantador aspecto, de narraciones del Evangelio que en vano procurarán imitar los artistas de los siglos sucesivos. Los plateros, los joyeros, los bordadores, émulos de los demas artistas, compiten y rivalizan con aquellos y siembran por el mundo sus tesoros en miles de objetos de arte con que se enriquecen hasta los más olvidados templos ó la iglesia de más humildes condiciones.

Esta era la Edad Media que convertía toda la Europa en un vasto y rico museo, pero museo de obras inimitables, de obras inspiradas, á donde acudirán los siglos que se llamarán de las luces para estudiar y aprender en ellos, como si hubiese sido fruto de un arte divino, de un arte sobrenatural.

Cierto que la Edad Media fué la edad de la fe, como lo fué de la galantería y amor; pero en vano se buscarán más virtudes en todo género y más condiciones de saber y estudio y adelanto que en ella.

La razon, hija dócil de la fe,—dice uno de los hombres más sabios de nuestros días,—y tomando por punto de partida las verdades que aprendió en esta escuela infalible, procuraba descubrir sus relaciones ocultas, hacía resaltar su riqueza y variedad infinita, les pedía aplicaciones fecundas en resultados útiles. Unidas íntimamente las ciencias formaban una familia perfectamente subordinada. La teología era la madre y la reina; las demas ciencias eran sus hijas y súbditas. La madre mandaba é imprimía la direccion; las hijas trabajaban cada una en su esfera para el bien comun. De ahí salen las grandiosas síntesis que hacen de las obras de San Agustin, San Anselmo, Alberto el Grande, Alejandro de Alés, San Isidoro, y, sobre todo, de Santo Tomás de Aquino, vastas auroras que iluminan con su esplendor todas las cuestiones más abstractas del órden religioso, político, civil y doméstico. Las ciencias de raciocinio, herederas de la filosofía de los Padres de la Iglesia, apoyadas en creencias inquebrantables, unidas y firmes en principios ciertos, alcanzan en trabajos seculares una grandeza y extension que despues no se han igualado jamas. La filosofía era entónces una antorcha luminosa que alumbraba con espléndida luz todas las cuestiones relativas á Dios, al hombre y á las sociedades. Ya no faltaba más que sondear los misterios del mundo material y viviente, y veíanse ya aparecer en el horizonte los fundadores de la química, de la física, de la astronomía y de la fisiología modernas, Roger Bacon, Ramon Lull, Paracelso, Guttenberg, etc.

En resúmen, la Edad Media, ó mejor dicho, porque es su verdadero nombre, la Edad de fe, tan rebajada, tan calumniada, tenía la verdadera grandeza. En vano se buscaría en la historia de todo el mundo entero, un rey más grande que Carlomagno ó más perfecto que San Luis; un genio más profundo y más universal que Santo Tomás de Aquino; un escritor más atractivo, un orador más elocuente que San Bernardo; monumentos más vivificados por el espíritu cristiano que nuestras antiguas catedrales;

decoraciones más resplandecientes, mejor inspiradas, más instructivas que las vidrieras de nuestras catedrales basílicas; más fervor generoso y verdadero valor que los cruzados; más intrepidez caballeresca que en las órdenes militares y hospitalarias; más abnegacion y amor al pueblo que entre los frailes mendicantes; más caridad sublime que en los religiosos consagrados á la redencion de cautivos. No, jamas se vieron tan grandes creaciones y tan grandes hombres, por la razon de que nunca hubo tampoco tantos santos de virtudes heróicas.

El paganismo, queda completamente vencido y como borrado de la tierra.

Este es el verdadero punto de vista desde el cual deben juzgarse la Edad Media y el Renacimiento. Los amantes del arte pagano, los enemigos del reinado de las doctrinas cristianas, pregonan con las cien trompetas de la fama las excelencias del Renacimiento y deprimen hasta la bajeza las virtudes y verdaderos caracteres que no pueden negarse á la Edad Media.

Veamos una pequeña muestra.

«Un modesto doctor de la Facultad de las artes, Pedro de la Ramea, arroja el primer grito de guerra contra Aristóteles. Combate de frente la antigua escolástica y rompe el círculo de hierro que, despues de tantos siglos, encadenaba las manifestaciones del pensamiento á las fórmulas tiránicas de la explicacion del maestro.

»La reforma que Ramea intenta en la filosofía pura, la realizan otros con igual buen éxito en las ciencias exactas.

»Copérnico destruye el antiguo sistema de Tolomeo, y revoluciona la astronomía, fijando al sol en el centro de nuestro universo.

»Vasco de Gama y Magallanes revolucionaron la geografía y la navegacion: el primero, descubriendo el derrotero marítimo de las Indias por el cabo de Buena Esperanza; el segundo, penetrando en el Océano Pacífico, que dobla la importancia de la posesion del Nuevo Mundo, y siendo el primero de entre todos los hombres que realiza la circunnavegacion del globo terrestre.

»Paracelso quebranta el edificio carcomido de la medicina galénica, introduciendo en el tratamiento de las enfermedades los remedios nuevos suministrados por la química, el mercurio, el antimonio, los compuestos del azufre, del arsénico y del antimonio.

»Andrés Vesale echa por tierra la anatomía de Galeno, ó más bien crea con todas las partes la anatomía, cubierta hasta entónces con un velo impenetrable, y cambia de este modo las bases de la medicina y de la cirujía.

»Ambrosio Paré completa esta transformacion saludable elevando muy alto el nivel de la cirujía, por sus benéficos descubrimientos y observaciones prácticas.

»Jerónimo Cardan, Juan Bautista Porta, Guillermo Gilbert, Leonardo de Vinci, reforman la física, rompiendo con el sistema de Aristóteles, á saber, observando la naturaleza, buscando por el experimento, las leyes que rigen sus fenómenos, examinando las cosas en vez de contentarse con palabras.

»Conrado Gesner, Pedro Belon, Bernardo Palissy, Guillermo Rondelet, realizan igual reforma en la historia natural. Forman catálogos rigurosos de los hechos adquiridos, y componen grandes obras didácticas, tomando por guías la observacion y el experimento, poniendo por cima de todo el testimonio de los sentidos y el imperio de la razon.

»Jorge Agrícola sienta los verdaderos principios de la explotacion de los minerales y de los yacimientos metálicos, y crea de este modo un manantial de riqueza pública, al propio tiempo que arroja inmensa luz á la química de los metales» (1).

No puede pedirse un ditirambo más entusiasta á favor del Renacimiento. No parece sino que los hombres anteriores á esta época tan elogiada fueron unos solemnes ignorantes, ó poco más que los brutos que arrastran sus cuerpos por los suelos, sin dirigir nunca una mirada á los cielos.

Miéntras tanto, veamos qué fué el Renacimiento. Para que no se nos tache de parciales, cedemos la palabra á un autor nada sospechoso para los lectores más exigentes:

(1) L. FIGUIER.—Prólogo del tomo III de *Vidas de hombres ilustres*.

«Es un espectáculo curioso para el hombre reflexivo, ver la civilizacion greco-romana herida de muerte y enterrada por el cristianismo, salir lentamente de su sepulcro, llena de odio y sedienta de venganza, precipitarse á su vez sobre su enemigo, hostigarle, combatirlo continuamente, empujarle con la punta de la espada en el cuello, y precipitarlo finalmente al abismo del protestantismo, del filosofismo, del volterianismo y finalmente de la Revolucion. ¡Qué raro revés de fortuna! ¡Qué extraño efecto de la gran ley de báscula que se encuentra en todas partes! No es ménos curioso ver la Francia empleando primeramente el hierro, el fuego, la rueda y la horca para comprimir en su seno la reforma, aceptarla despues con un traje prestado, y dejar que los filólogos, anticuarios, poetas, moralistas, fabulistas y dramaturgos derramen en los ánimos la duda, el amor de la licencia, el sensualismo, los principios anticristianos de los pensadores griegos. ¡Mimar de este modo á su adversario, partir con él el agua y el fuego, la mesa y la cama, porque ha tomado otro nombre, se ha vestido otro traje!

»¡Hé aquí lo que se llama dar pruebas de discernimiento! ¡Y lo que aún debe parecer más extraordinario, es que el clero, dueño de toda la enseñanza, le abriera sus puertas, le ofreciera un asiento junto al hogar, y le entregara las llaves de su habitacion! ¿Podía acaso esperarse que los mismos jefes de la religion la entregaran, como lo hicieron, sin defensa, al politeismo y al escepticismo disfrazados?» (1)

Como que en todo nos guía un espíritu imparcial de justicia, que nos obliga á dar á cada uno lo suyo, no podemos atribuir á los sabios europeos el mérito que les regalan sus encomiadores, partiendo del principio de debérseles á ellos el mérito del paganismo general del Renacimiento.

Europa, que había sufrido tantas invasiones guerreras de los bárbaros del norte y de los árabes, sufrió á su vez otra invasion científica, en el siglo décimoquinto, despues de la toma de Constantinopla por Mahomet II. La ciudad de Florencia, que la hemos visto al frente de la civilizacion

(1) M. Michiels.—*Revista contemporánea*, 1853. Enero.

europea, se vió literalmente inundada de literatos griegos que trajeron consigo la peste del paganismo que inocularon valiéndose de la filosofía de la elocuencia y del arte que rebosaban doctrinas paganas en su totalidad.

Desgraciadamente estaba entónces la Europa occidental completamente perturbada y dividida por el cisma, y los nuevos apóstoles encontraron facilidades en todas partes para la propagacion de sus doctrinas. Al cabo de poco tiempo, y sin darse cuenta de ello, se encuentran las naciones europeas dentro de una atmósfera donde no se respiran más que ideas sembradas por escritores romanos y atenienses, ni se conocen más obras que las de Augusto y Pericles. Llamóse Renacimiento á este cambio, y, efectivamente, por la ley providencial que dispone que los nombres convengan las más de las veces á las cosas que designan, dióse con toda exactitud, pero sin quererlo, el nombre de Renacimiento al cambio del cristianismo en paganismo. Y es que *renacía* el paganismo.

Nos sobran los datos, los textos y las autoridades para escribir volúmenes enteros en comprobacion de las proposiciones que vamos estampando, pero, créanos el lector, no nos atrevemos á escribirlo por cuenta propia, y acudiremos, por consiguiente, á un sabio de primera fila, cuya autoridad no podrán recusar los hombres que sólo admiten garantías científicas del ramo de las físicas y exactas por parecerles sospechosas las teológicas.

«El movimiento pagano se hace inmenso y lo arrastra todo. Fué aquello una manía universal. La mitología pagana invade la literatura y sube á los teatros. Hace ostentacion de principios y sentimientos enteramente carnales que presenta á la vista y hace resonar en los oídos, é insinúa en las almas de sus pinturas y descripciones. Los maestros de la antigüedad, pasan á ser los supremos reguladores de las costumbres y del gusto. «Ciceron,—exclama Erasmo, uno de los corifeos del Renacimiento,—me hace mejor por su divina elocuencia y su santidad.» (¡La santidad de Ciceron!) El fanatismo pagano se ha hecho dueño de todos los ánimos: la literatura es pagana, la poesía es pagana, hasta el lenguaje es pagano.

»Las artes á su vez, sufren una direccion más pagana aún. El pincel de los pintores ya no se inspira más que en las divinidades y las fábulas del paganismo. Los dioses del Olimpo, en estado de completa desnudez, adornan las galerías y los museos públicos ó secretos de los palacios de los magnates. No se ven en todas partes más que Vénus, Ninfas, Gracias, etc. Hasta se ultraja la santidad de los templos del verdadero Dios. Los ángeles se convierten en genios desnudos; los santos, las santas, las virtudes, son hombres y mujeres apénas vestidos. ¡Qué monton de carne, por ejemplo, no hay en el harto célebre cuadro del juicio final de Miguel Ángel! ¿No se diría que son los gigantes amontonando Polion sobre Osa, y deteniéndose espantados ante la ira de Júpiter tonante? Entrad en el santuario por excelencia del arte pagano del Renacimiento, el palacio Pitti en Florencia, formado de doce salones consagrados cada uno de ellos á una divinidad pagana que brilla en el techo con sus atributos impuros. ¡Qué inimitable perfeccion en los asuntos paganos! La regularidad de las proporciones, lo natural de las posiciones, la expresion de las fisonomías, la verdad y la riqueza del colorido, la belleza de las formas, la delicadeza del sentimiento, nada, absolutamente nada dejan que desear. Pero, ¡qué doloroso contraste para los asuntos religiosos! El pintor los hizo á su antojo, ó más bien, á imágen de sus modelos paganos. Los santos, las santas, los ángeles, los mártires tienen un aire de familia con Apolo, Júpiter, los héroes y las heroínas de la antigüedad. En todas partes hay la inspiracion pagana, en todas partes la carne, que, destacándose con descaro, hace bajar la vista de la inocencia ó salir los colores al rostro de la virtud. Á contar desde el Perugino de los primeros años del Renacimiento, no hay un sólo lienzo que ore, que haga vibrar los corazones al unísono de los sentimientos cristianos.

»Á su vez la escultura reproduce á porfía los dioses y las diosas en bronce, mármol, piedra, barro cocido y yeso. Júpiter, Apolo, Vénus, las Gracias, las Ninfas, los Sátiros se levantan triunfantes en las plazas de las ciudades, adornan las fuentes, pueblan los paseos públicos, embellecen los parques y los jardines; encuentran un pedestal hasta en el seno del hogar doméstico, etc., etc. El grabado sobrepuja todavía á la pintura y escultura,

y multiplica á lo infinito la apoteósis de la sensualidad y del vicio...

»El Pontífice por siempre célebre que se hizo el protector declarado de las letras idólatras, que no titubeó en pagar cinco mil pesetas, cantidad entónces enorme, por el manuscrito de los primeros libros de Tácito, que celebró con entusiastas fiestas el descubrimiento de algunas estatuas de la antigüedad, que mereció se diera al siglo del Renacimiento el nombre de siglo de Leon X ó de Médicis; que permitió le dijeran los poetas de su época que era Sumo Pontífice por los decretos de los dioses inmortales, vivió lo bastante para ver las espantosas consecuencias de su fatal ligereza, y oir la terrible reprension que el piadoso y sabio cardenal Pallavicini no temió dirigirle: «Vos habeis faltado á vuestro deber, descuidando el estudio de las letras cristianas. Habeis agravado vuestra culpa entregándoos con pasion al culto frívolo de la antigüedad. Llevais la justa pena de esta doble falta, cuyas consecuencias desastrosas han recaído sobre la misma Iglesia» (1).

Aunque ciertos y fundados, no nos hubiéramos creído nosotros con autoridad bastante para formular tan severos cargos, cuya gravedad aumenta al recordar los orígenes del protestantismo, hijo natural y legítimo del Renacimiento.

Despues del capítulo de cargos que acabamos de ver formulados por la imparcialidad y la justicia, no holgará presentar ahora el concepto que del mismo Leon X emite el *vulgarizador* de la ciencia y el entusiasta apologista del Renacimiento:

«Nacido el papa Leon X en el seno de la opulencia, hombre de talento y de gusto, amaba apasionadamente las artes, y quiso hacerlas florecer en Europa. Tuvo pues una corte rica, magnífica, voluptuosa y pródiga. Distribuyó su tiempo entre la política y los placeres. En medio de las guerras que ensangrentaban la Italia, hacía acabar la basílica de San Pedro, comenzada bajo su predecesor Julio II. Daba fiestas á sus cardenales, prodigaba sus tesoros á los artistas, á los poetas, á los literatos. Estimulaba las bellas artes y todos los géneros de literatura. Hacía representar en su presencia

(1) Moigno.—*Los esplendores de la fe.*—Tomo I.



FIESTAS POR LA CORONACION DE LEON X

y multiplica á lo infinito la apoteósis de la sensualidad y del vicio...

»El Pontífice por siempre célebre que se hizo el protector declarado de las letras idólatras, que no titubeó en pagar cinco mil pesetas, cantidad entónces enorme, por el manuscrito de los primeros libros de Tácito, que celebró con entusiastas fiestas el descubrimiento de algunas estatuas de la antigüedad, que mereció se diera al siglo del Renacimiento el nombre de siglo de Leon X ó de Médicis; que permitió le dijeran los poetas de su época que era Sumo Pontífice por los decretos de los dioses inmortales, vivió lo bastante para ver las espantosas consecuencias de su fatal ligereza, y oir la terrible reprension que el piadoso y sabio cardenal Pallavicini no temió dirigirle: «Vos habeis faltado á vuestro deber, descuidando el estudio de las letras cristianas. Habeis agravado vuestra culpa entregándoos con pasion al culto frívolo de la antigüedad. Llevais la justa pena de esta doble falta, cuyas consecuencias desastrosas han recaído sobre la misma Iglesia» (1).

Aunque ciertos y fundados, no nos hubiéramos creido nosotros con autoridad bastante para formular tan severos cargos, cuya gravedad aumenta al recordar los orígenes del protestantismo, hijo natural y legítimo del Renacimiento.

Despues del capítulo de cargos que acabamos de ver formulados por la imparcialidad y la justicia, no holgará presentar ahora el concepto que del mismo Leon X emite el *vulgarizador* de la ciencia y el entusiasta apologista del Renacimiento:

«Nacido el papa Leon X en el seno de la opulencia, hombre de talento y de gusto, amaba apasionadamente las artes, y quiso hacerlas florecer en Europa. Tuvo pues una corte rica, magnífica, voluptuosa y pródiga. Distribuyó su tiempo entre la política y los placeres. En medio de las guerras que ensangrentaban la Italia, hacía acabar la basílica de San Pedro, comenzada bajo su predecesor Julio II. Daba fiestas á sus cardenales, prodigaba sus tesoros á los artistas, á los poetas, á los literatos. Estimulaba las bellas artes y todos los géneros de literatura. Hacia representar en su presencia

(1) [illegible]



FIESTAS POR LA CORONACION DE LEON X.

poemas musicales y á menudo hasta comedias. El placer que Leon X y su corte sentían por la representacion de las piezas de Ariosto y Maquiavelo era un motivo de emulacion que contribuyó mucho á hacer cultivar mucho más la lengua italiana. Está fuera de duda que la Italia debe á este Pontífice la mayor parte de los progresos que hizo en la poesía y en las artes.

»Pero en cambio ese culto de la poesía y de las artes hizo perder á la Iglesia católica la mitad de Alemania, los reinos del Norte, las Provincias-Unidas, Inglaterra y millones de franceses» (1).

* * *

Necesitaríamos muchos tomos para completar nuestro humilde trabajo, y nos vemos, sin embargo, obligados á muy reducidos límites que no pueden contener ni sumariamente parte de lo mucho que nos falta recorrer en la historia de la civilizacion en los importantes períodos á que hemos llegado.

La civilizacion debe la mayor parte de sus adelantos en la Edad Media á la eficaz proteccion y apoyo de los Sumos Pontífices romanos, mérito que sostendrá el papado hasta en el siglo décimosexto, apellidando por su nombre dicho siglo. ¡Ojalá que sólo debiera considerarse bajo este concepto al supremo poder temporal de los pontífices, y se hubiesen mantenido estos apartados de los demas movimientos que dieron pié á varios santos para clamar contra ciertos abusos y defectos que prepararon, con el Renacimiento, la gran revolucion religiosa de Lutero y comparsa! Si la córte de Roma hubiese estado limpia enteramente de toda mancha, no hubiera tenido la supuesta Reforma tantos motivos de queja en que apoyarse y desde los cuales proponer los cambios que en otros términos habían pedido algunos Padres griegos y el mismo San Bernardo desde siglos anteriores á la predicacion del tristemente célebre dominico Savonarola.

(1) L. FIGUIER.—*Prólogo y tomo citados.*

La Edad Media, célebre por la santidad y virtudes de los pontífices romanos, forma triste contraste con los del Renacimiento. Nunca, como entónces, pudo decirse con más verdad: *Optimi pessima corruptio;* porque, humanamente hablando, parecían llegados los postreros momentos de la religion materializada ya y pervertido á la par todo sentimiento moral.

Si nos referimos á varios papas aludiendo á la época del Renacimiento, oblíganos á ello un deber de justicia para que no recaiga toda la culpa contra el que aparece en el primer puesto, cual blanco al que se dirigen todos los tiros. Si Leon X es el papa que carga con todas las responsabilidades de los tristes resultados del Renacimiento considerado ademas como orígen del protestantismo, hagamos constar tambien que otros papas antecesores suyos deben compartir con él, sino el mérito, las censuras á que se hicieron dignos por la proteccion que dispensaron á las artes constituyendo en Roma un centro comun de ellas, y dedicándose al propio tiempo á excavaciones para desenterrar de la Roma antigua las preciosidades artísticas que debían atraer á Roma no ya sólo á los artistas, sino á todos los hombres de todas las naciones aficionados á las obras maestras de la antigüedad.

Dirutas ac labantes urbis restaurabit ecclessias, dice la inscripcion de una medalla del papa Martin V, inscripcion que puede atribuirse con igual justicia á su sucesor Leon X, continuador de las aficiones artísticas de sus ilustres antecesores. No en la época de Leon X sino en la de Martin V se convierte ya Roma en punto de reunion de los artistas extranjeros más eminentes. Si se quiere una prueba concluyente de la iniciativa de Martin V para convertir á Roma en un centro de todas las artes, nos la ofrecerán brillantísima los encargos de dicho papa tocante á grandiosos trabajos de bordado, de ricas joyas y esmaltes que ostentan hasta las más insignificantes piezas del enjaezamiento de sus caballos ó mulas; y, más que todo, el encargo hecho al famoso escultor Ghioberti para la fabricacion de una tiara y de un broche de exquisito lujo.

Esta ostentacion impropia tomó creces bajo el reinado de su sucesor Eugenio IV, gran protector de los artistas tambien; pues, aunque como simple particular vivía modesta y sencillamente, no obstante, como papa

gastaba enormes sumas en su representacion de deslumbradora magnificencia, como lo prueba el peso de veinte libras de una tiara que confió al ya dicho escultor Ghioberti, habiendo invertido en la pedrería que la adornaba la enorme suma de treinta y ocho mil ducados de oro.

Todo el lustre de estos papas queda eclipsado ante la esplendidez insuperable de Nicolás V, cuyos vastos planes exigían más condiciones de las concedidas á un sólo hombre por grande, poderoso y sabio que éste sea.

Para la realizacion de sus gigantescos planes llama á Roma verdaderos ejércitos de pintores, vidrieros, calígrafos, plateros, bordadores y artistas en varias especialidades, que encuentran en el Vaticano, y bajo los auspicios del papado, un palenque glorioso donde brillar en lo más perfeccionado de todas las artes.

La esplendidez de Nicolás V lleva el culto tributado á Dios á un grado de magnificencia que nunca había obtenido; de la misma manera que la suntuosidad de los ornamentos y vestiduras sacerdotales adquiere una riqueza tan considerable que bien pudiera merecer el nombre de lujo.

Quizas un exámen minucioso de los tesoros de Nicolás V nos llevaría á una distincion poco favorable en algun término á la disposicion cuyo resultado era un brillo extraordinario en las fiestas religiosas; porque entre los innumerables relicarios, crucifijos, incensarios y cálices fabricados por los más hábiles plateros, se nos presentan multitud de objetos de usos más profanos como vajillas de plata, vasos de cristal de roca, jarros de oro, confundido y revuelto todo entre montones de esmeraldas y topacios é infinidad de piedras preciosas, con esmaltes, tapicerías, incrustaciones de metales preciosos en muebles de todo género, áun los más sencillos, para que sean dignos de figurar en la suntuosidad del palacio pontificio.

La esplendidez de Nicolás V se extiende á todo, pero no por esto se libraron los artistas de la preocupacion comun todavía entónces que envilecía todo trabajo manual; y es hasta tal punto exagerada la pasion por todo género de magnificencia que el Sacro Colegio compuesto de cardenales ricos y enamorados de la suntuosidad de las artes, se arrepienten casi de haber elegido por sucesor de Nicolás V á Calixto III, que indignado al ver los tesoros

artísticos amontonados por aquel, exclamó: «¡Hé aquí en qué empleó este hombre los tesoros de la Iglesia de Dios!»

Esta sentida y evangélica exclamacion hará que durante el espacio de casi un siglo no elijan los cardenales sino papas continuadores de las aficiones de Nicolás V, como se verá especialmente en Pío II, Alejandro VI, Julio II y el más célebre de todos, Leon X.

Pío II, uno de los papas más sabios é ilustres, conocido ántes en la república de las letras con el nombre de Silvio Eneas, fué un apasionado del arte pero enemigo del lujo. Con su severa austeridad reprende elocuentemente la magnificencia de cuantos le rodean. Á pesar de llamar y tener á su lado á lo más sobresaliente de todos los artistas que honran la Italia, en miniaturistas, bordadores, plateros, arquitectos y escultores; á pesar de invertir cantidades crecidas en un objeto de arte, ó en la construccion de un edificio, es tan severo en los gastos de la mesa que, no obstante de componerse la casa pontificia de doscientas ochenta personas, no permitía que excediera el gasto diario de seis á ocho ducados, cantidad más que insuficiente para atender á las necesidades de tan crecido personal.

Líbrenos Dios de la intencion siquiera, que no tenemos, de presentar estos datos como ofensivos á ninguno de los papas en particular, ni al papado en general, como institucion divina; pero necesitamos acreditar que el Renacimiento fué hijo del paganismo y padre de la mal llamada Reforma, y que las ideas del Renacimiento, cuyos efectos sentimos todavía, se infiltraron hasta en el seno de la misma Iglesia. Por lo demas, sabemos, y lo probaríamos hasta la evidencia, que ninguno de los papas del Renacimiento faltó en lo más mínimo en cosa alguna concerniente á la fe, incluyendo en este número al mismo Alejandro VI, cuyos *supuestos* crímenes y escándalos rechazan indignadas la verdadera historia y la severa é imparcial crítica.

Cáusanos honda pena ver que hay autores ilustrados que, al hablar del Renacimiento, y al ocuparse de la vida de Alejandro VI, no vacilan en citar la obra de Berchard, capellan de dicho Alejandro, cuando se sabe que su autor no quiso que viera la luz pública, lo que hicieron, alterándola, los protestantes, interesados en ridiculizar y calumniar á todos los papas. Hecha

esta salvedad, necesaria para que el lector sepa á qué atenerse, y continuando en las observaciones que nos probarán la espléndida magnificencia no sólo del papado, sino de otras instituciones en la época que examinamos, pasemos por alto la entrada de Lucrecia, la hija legítima de Alejandro VI, en la ciudad de Roma, acompañada de doscientas damas magníficamente vestidas, yendo todas montadas en caballos y acompañadas cada una de ellas de un gentil-hombre.

Este lujo en los acompañamientos era muy comun entónces en Italia. El duque de Milan, Sforza Galeazzo, visitó la ciudad de Florencia acompañado de cien ginetes, de quinientos infantes, cincuenta lacayos á pié vestidos de seda y terciopelo, de dos mil gentiles-hombres y domésticos de comitiva, de quinientos pares de perros é infinito número de halcones. Entre muchos acompañamientos de este género que pudieran citarse, como signos de la civilizacion de la época, descuella el de Alejandro al visitar á Luis XII. Las piedras, adornos y perlas en cantidades fabulosas, están descritas por Brantome de un modo casi increíble. «En cuanto al dicho duque, dice,—alude á Alejandro,—iba montado en un grande y grueso corcel, muy ricamente enjaezado, con un traje de raso encarnado y tela de oro por mitad... y bordado de muy ricas pedrerías, y gruesas perlas. En su sombrero estaban en doble hilera, cinco ó seis rubíes, del tamaño de una haba gruesa, que brillaban mucho. En el borde de su sombrero había tambien gran cantidad de pedrerías, hasta en sus botas, que estaban enteramente bordadas de perlas y cordones de oro. El caballo que él montaba estaba todo cargado de hojas de oro y cubierto de buena platería, con multitud de perlas y pedrería. Tenía ademas una hermosa mula pequeña para pasearse por la ciudad, que tenía todo su arnés, como silla, freno, petral, cubiertos enteramente de rosas de fino oro, de un dedo de espesor.»

Sin salirnos de este órden de ideas, debemos descubrirnos respetuosos ante la figura colosal de Julio II, el digno compañero de Rafael y de Miguel Angel. A no ser por esto, no podríamos perdonarle la destruccion de la antigua iglesia de San Pedro con los mosáicos griegos, los bajo-relieves y todos los preciosos fragmentos que recordaban los primitivos tiempos de la

Iglesia. Bramante fué el encargado de la realizacion de este grandioso proyecto. Nombrado por el papa Julio II inspector de los edificios públicos, le decidió á que demoliese la primitiva iglesia de San Pedro, contra la opinion de los cardenales que se oponían á ello, para construir otra más magnífica que fuera la maravilla del mundo. Adoptado el plan de Bramante, se echaron los cimientos de la nueva basílica en 1505, y en muy pocos años se levantaron las paredes hasta el cornisamento, pero el artista no pudo lograr ver concluída su obra, pues le arrebató la muerte en 1514. Posteriormente fué aquel célebre monumento continuado por Miguel Ángel, aunque con notables variaciones en el plan primitivo.

El primer acto del gobierno de Julio II fué mandar edificar ese famosísimo templo-basílica de San Pedro, cuya maravilla de las artes, ya que no tuviera Julio II otros títulos, bastaría para darle inmortalidad, por su gigantesca idea, ademas, de dotar al mundo católico y á Roma del primer templo cristiano para sepulcro del príncipe de los apóstoles.

La índole de nuestra obra no tolera que descendamos á los pormenores á que se presta la hábil é inteligente conducta de Julio II con los grandes talentos artísticos, pero no podemos dejar de emitir, aunque de paso, que nunca nos ha parecido más grande este ilustre papa que al visitar el taller de Miguel Ángel miéntras trabajaba en la inmortal escultura que representaba al gran profeta de la ley antigua, Moisés.

Los acontecimientos se iban preparando para dar mayor realce á un pontificado célebre entre todos: el de Leon X.

Como el gobierno de Leon X es la pintura de un siglo entero, y como su figura es tan importante desde todos los puntos de vista, es indispensable que le tratemos con alguna más extension de la que acostumbramos.

Nació en Florencia en diciembre de 1475 de Lorenzo de Médicis, apellidado el *Magnífico* por la proteccion que dispensaba, como todos los miembros de tan opulenta familia, á las letras y artes. Su educacion confiada á los más hábiles y entendidos maestros en aquella época, como Pico de la Mirándola, Marcelo Ficin, Ángel Politien y otros, correspondió á la opulencia y fama de su casa; pero desde luégo manifestó más inclinacion por los



JULIO II VISITA EL TALLER DE M. ANGEL

Iglesia. Bramante fué el encargado de la realizacion de este grandioso proyecto. Nombrado por el papa Julio II inspector de los edificios públicos, le decidió á que demoliese la primitiva iglesia de San Pedro, contra la opinion de los cardenales que se oponían á ello, para construir otra más magnífica que fuera la maravilla del mundo. Adoptado el plan de Bramante, se echaron los cimientos de la nueva basílica en 1505, y en muy pocos años se levantaron las paredes hasta el cornisamento, pero el artista no pudo lograr ver concluída su obra, pues le arrebató la muerte en 1514. Posteriormente fué aquel célebre monumento continuado por Miguel Ángel, aunque con notables variaciones en el plan primitivo.

El primer acto del gobierno de Julio II fué mandar edificar ese famosísimo templo-basílica de San Pedro, cuya maravilla de las artes, ya que no tuviera Julio II otros títulos, bastaría para darle inmortalidad, por su gigantesca idea, ademas, de dotar al mundo católico y á Roma del primer templo cristiano para sepulcro del príncipe de los apóstoles.

La índole de nuestra obra no tolera que descendamos á los pormenores á que se presta la hábil é inteligente conducta de Julio II con los grandes talentos artísticos, pero no podemos dejar de emitir, aunque de paso, que nunca nos ha parecido más grande este ilustre papa que al visitar el taller de Miguel Ángel miéntras trabajaba en la inmortal escultura que representaba al gran profeta de la ley antigua, Moisés.

Los acontecimientos se iban preparando para dar mayor realce á un pontificado célebre entre todos: el de Leon X.

Como el gobierno de Leon X es la pintura de un siglo entero, y como su figura es tan importante desde todos los puntos de vista, es indispensable que le tratemos con alguna más extension de la que acostumbramos.

Nació en Florencia en diciembre de 1475 de Lorenzo de Médicis, apellidado el *Magnífico* por la proteccion que dispensaba, como todos los miembros de tan opulenta familia, á las letras y artes. Su educacion confiada á los más hábiles y entendidos maestros en aquella época, como Pico de la Mirandola, Marcelo Ficin, Ángel Politien y otros, correspondió á la opulencia y lujo de su casa; pero desde luego manifestó más inclinacion por los



Mir. Tarradas, Comas y C.ª Editores.

R. Rocabert-Lit.

JULIO II VISITA EL TALLER DE M. ANGEL.

escritos de los filósofos de la antigüedad, que por lo tocante á las cosas de religion.

Aún no contaba catorce años de edad cuando fué nombrado cardenal, pero se dió muy pronto á conocer en Roma por su gracia en el hablar, el despejo de su talento y la firmeza de sus modales; de manera, que ni los grandes se creían ensalzados, ni los literatos honrados si no lograban la distinguida amistad del jóven cardenal. De regreso á Florencia cuando la muerte de su padre, continuó allí las tradiciones de su familia en lo liberales y generosos para con los artistas y gente de saber.

Las discordias intestinas de Italia le obligaron á viajar por Alemania, Flandes y Francia, donde su bellísimo trato le grangeó gran número de amigos, entre los cuales debe citarse el célebre Erasmo, cuya amistad cultivó con preferencia, y á quien consultó en todas las críticas circunstancias que le rodearon despues.

Á la muerte de Julio II fué elevado al sumo pontificado. Su coronacion fué magnífica y espléndida cual nunca, y sus discursos llenos de gracia y de amenidad, le conciliaron el amor de los romanos.

Autores contemporáneos describen con largos pormenores esta fiesta espléndida que le dió Roma para celebrar su coronacion, su cortejo espléndido de cardenales y embajadores cristianos, al traves de las calles cubiertas de flores, en medio de la ciudad colgada con ricas alfombras y telas, debajo de arcos de triunfo que mostraban en los asuntos representados todos los extravíos del gusto y de la religion: Jesús, Apolo, la Vénus antigua, etc. Doscientos caballeros—segun escribe un testigo presencial—abrían la marcha, empuñando una lanza cada uno; sus cascos y calzados estaban sembrados de cintas blancas y encarnadas, signo distintivo de la casa de los Ursinos; seguían detras de estos señores y condes, pertenecientes á las más ilustres familias de Italia, los Colonna, los Savelli, los Gonti, con trajes de terciopelo. Seguía numerosa comitiva de músicos, ostentando la librea del papa: uno vestido de terciopelo, otro de tela blanca, encarnada ó verde, y llevando en el pecho un diamante rodeado de tres plumas. Iba despues la vanguardia de los griegos, con la librea pontificia, gorra en la cabeza, lanza en

la mano, escudo en el pecho; despues las maletas de los cardenales, bordadas de oro y adornadas con sus escudos de armas. Dos de ellas no tenían bordados ni insignias. Los caballos que las llevaban iban montados, el uno por el barbero y el otro por el sastre de Su Santidad. Iban detras, mezclados y confundidos, los mercaderes principales de Florencia, vestidos todos suntuosamente de terciopelo, de raso carmesí, y tela veneciana de color de rosa; á cierta distancia iban dos mayordomos de la casa del papa, seguidos de doscientos sesenta escuderos, alineados de dos en dos, y vistiendo trajes de color de rosa, cascos de damasco satinado y aterciopelado, ó sobretodos de raso carmesí. Lo restante del cortejo no es ni ménos imponente, ni ménos variado. Este lujo, esta diversidad de telas dan no sé qué aspecto de alegría á la par que de solemnidad á esta marcha triunfal. Añádanse á esto los caballeros y barones, en número de más de doscientos que acompañan al duque de Este y al duque de Urbino, los doscientos cincuenta y seis camareros con sus capuchas forradas de armiño, y tan gran número de caballeros y caballos cubiertos de tejidos preciosos y de ricas pedrerías.

El primer acto de Leon X, despues de su advenimiento al trono pontificio, fué perdonar á los que habían atentado contra su vida en Florencia, entre ellos al famoso Maquiavelo, que desde entónces le guardó buena lealtad.

* * *

Nos vemos precisados á considerar á Leon X bajo tres distintos conceptos: como político, como religioso y como artista; sólo dividiendo así el órden de consideraciones podemos formar cabal concepto del hombre y de su época en sus relaciones con la civilizacion.

Veámosle como político.

Obligados los franceses á dejar el Milanesado, sólo habían dejado guar-

necidas muy pocas plazas fuertes. Confiando Luis XII en la inaccion de Alemania, con la que había firmado una tregua, y en la fidelidad de los venecianos, había juntado nuevas fuerzas para recobrar sus estados de Italia. Leon X, á quien su prision había grabado cierto rencor en el alma contra la Francia, y no conviniéndole ademas tener un enemigo cerca de los suyos, trató de oponerse con todo su poder á esta segunda invasion, y auxiliado de los suizos, á quienes tomó á sueldo, batió á los franceses en la batalla de Novara, que dió fin á la dominacion francesa en aquel país. Una victoria no bastaba, empero, al sagaz Leon para contentar su resentimiento y cimentar su política; era preciso ademas anonadar al rey francés, para que se humillase y le obedeciese. Coaligado con Enrique VIII de Inglaterra, favoreció sus miras sobre el continente, miéntras que él por su parte destruía á los venecianos que se habían mantenido neutrales en la anterior contienda.

Luis XII, que se veía por doquiera amenazado y sin aliados que le auxiliasen, pidió á la corte romana la paz, no tan sólo para verse libre de las importunidades de la Gran Bretaña, sino para prevenir los proyectos del emperador Maximiliano de Alemania, que quería transferir el ducado de Milan al príncipe que despues fué conocido con el nombre de Cárlos V ó primero de España.

Absuelto el monarca francés de las censuras que le había impuesto el papa, quien alcanzaba un doble triunfo, pues humillaba á su enemigo y ponía un término á la oposicion que se formaba contra él, todavía se aumentó el gozo de Leon, al recibir sucesivamente la noticia de haber sido derrotados los turcos en Hungría, y de haber doblado el portugués Vasco de Gama el cabo de Buena Esperanza. Tan faustos acontecimientos no hicieron olvidar al pontífice que la situacion de Italia reclamaba su atencion. Luis XII, que no renunciaba á recobrar el Milanesado, procuraba hacer un tratado de union con los suizos; pero habiendo fracasado este proyecto por las diligencias de Leon, quiso entablar una nueva alianza con las casas de Austria y España por medio de un enlace de familia. Juan de Médicis, que previó al momento que si se llevaba esto á cabo podría resultar la particion de Italia

entre las tres potencias, hizo todos los esfuerzos imaginables para impedirlo, pero nada alcanzó.

Mejor éxito tuvo entónces con Enrique VIII, cuya hermana había casado recientemente con el rey de Francia, logrando por este medio detener la terrible borrasca, que de ratificarse la triple alianza, hubiera concluido con los Estados italianos.

Conseguida la paz, aprovechóla Leon X en engrandecer y cimentar la autoridad de su familia. Dando fiestas suntuosas, acostumbraba á los florentinos á los goces del lujo, preparando los ánimos á soportar el yugo de unos príncipes que en otro tiempo habían amado tanto y por tantos títulos respetado.

Otros más vastos proyectos se reservaba aún el magnífico pontífice. Previendo la muerte de Fernando, destinaba el reino de Nápoles á su hermano Julio de Médicis, miéntras que Lorenzo, su sobrino, se guardaba el gobierno de Toscana. Con este objeto, pues, hizo acallar su antipatía por la Francia, y se unió con su rey Luis, ofreciendo secundar sus deseos de volver á ocupar el Milanesado; pero debilitado el monarca francés por sus pasiones y entregado al cariño de su nueva esposa, se cuidó muy poco de adelantar estas negociaciones: por consiguiente, el tratado no pudo llevarse á debida conclusion.

Leon X, que vió perdida, por este lado, la esperanza, sólo contó con sus propios recursos; y para mejor defender sus posesiones, compró el ducado de Módena, cuya situacion facilitaba la comunicacion entre el patrimonio de San Pedro y las ciudades de Reggio, Parma y Plasencia.

Entre tanto, el emperador de Alemania, Maximiliano, y Don Fernando de Nápoles, activaban sus preparativos contra los venecianos; los turcos alcanzaban algunos triunfos y se preparaban á invadir la Europa; y el papa, inquieto de aquel estado de cosas, procuró restablecer por todos los medios posibles la tranquilidad y la paz, aún cuando no fuera más que entre los príncipes de Italia: para ello envió al cardenal Bembo, su secretario, á persuadir á los de Venecia se separasen de la alianza de los franceses y se uniesen al emperador. Ningun éxito tuvo esta mision, y la amistad de venecianos y franceses no se alteró.

Tales fueron los acontecimientos en los primeros meses del reinado de Leon X.

Muerto Luis XII, Francisco I, sucesor suyo, heredó, con la corona, el proyecto de invadir la Italia. Sostenido, como su antecesor, por los venecianos, y dueño de Génova, se disponía á pasar los Alpes, cuando Leon X, viendo que le sería imposible guardar neutralidad, se ligó con Sforcia y los suizos, que Francisco I no había logrado atraerse; pero la victoria de Marignano dejó á los franceses dueños de Milan y de los ducados de Parma y Plasencia.

Leon, que vió con este suceso desconcertados sus proyectos, trató de ganar tiempo con la astucia, entrando en negociaciones con el vencedor por medio del duque de Saboya, cuya hermana estaba casada con Julio de Médicis, y era tía del monarca francés. Propúsose, al efecto, una entrevista, señalándola para el 7 de noviembre de 1515, en Bolonia. Todo se reunía para hacerla notable: la naturaleza de los negocios, tanto políticos como religiosos, que iban á discutirse, y la importancia de los personajes. El uno, jóven, ardiente, guerrero, esclarecido por su valor y caballerosidad; el otro, con toda la madurez de la edad, grande por sus muchos y variados conocimientos, astuto, hábil y espléndido; ambos á dos disputándose, el primero por las armas, el segundo por la política, el dominio de la Europa. Firmóse, no obstante, por Francisco I el concordato que aseguraba la paz de Italia, y que Leon ratificó más tarde.

Esta alianza, sin embargo, no dejó de inquietar al Austria y á la España, quienes, para fortificarse contra ella, trataron dé ganar el apoyo de la Inglaterra. Enrique VIII, por consejo del cardenal Volsey, su ministro, aceptó el tratado, que no se llevó á cabo por haber ocurrido en este intermedio la muerte del rey de Nápoles. Francisco I, al saber la noticia, se aprestó á apoderarse de aquel bellísimo reino. Leon X, que á pesar de su alianza con Francisco, temía su vecindad, insta y logra del emperador Maximiliano que invada y se apodere del Milanesado; y el papa, al mismo tiempo, dió órden á su general Marco Antonio Colonna para que se una con las tropas del emperador; pero el general francés Lautrec opone á estas fuerzas una resistencia invencible.

El rey de Francia conoció entónces que Leon X le engañaba; y aunque continuaba siempre demostrándole mucha amistad, disimuló su resentimiento, esperando más favorable coyuntura para demostrárselo. Leon X aprovechó, no obstante, este estado de cosas, para aumentar el engrandecimiento de su familia. Desde la muerte de su hermano Julio, todo su afecto se había reconcentrado en su sobrino Lorenzo, para quien destinaba el ducado de Urbino, que poseía La-Rovere, á quien había sido donado por su tío Julio II. Valiéndose de la acusacion que pesaba sobre él de haber asesinado al cardenal de Pavía, y haber maltratado á las tropas del papa en varias ocasiones, le excomulgó Leon X, y atacándole con buen número de tropas, le despojó del ducado, que cedió inmediatamente á su sobrino. Pero, en medio de estos cuidados de familia observaba sin descanso la conducta política que seguían las diversas cortes de Europa. No sin dolor supo el tratado firmado en Noyon entre Francisco I y el jóven archiduque Cárlos; mas, siempre diestro en oponer obstáculos, propuso un contra-tratado entre Maximiliano de Alemania, Enrique de Inglaterra y el rey de España, Firmóse el acta preliminar en Lóndres el 25 de octubre de 1516; pero no pudo ratificarse, porque el emperador Maximiliano se separó de él para acudir al de Noyon.

En aquella época se vió expuesto el pontífice á ser víctima de una conspiracion urdida contra su vida, dirigida por el cardenal Petrucci.

La intencion ó proyecto de los conjurados fué al principio asesinar al papa con el puñal, pero luégo resolvieron deshacerse de él con el veneno, para lo cual lograron ganar á Vercelli, su cirujano, quien no pudo cometer el crímen por no haber hallado ocasion propicia. Interceptáronse en este intermedio las cartas de los conjurados; pero como Petrucci se encontraba ausente, mandóle volver á Roma, donde se le puso preso públicamente, á pesar de las vivas reclamaciones del embajador español, en cuyo palacio se había refugiado.

Encerrado en el castillo de San Angelo con el cardenal Sauli, é instruído el proceso, aparecieron como los principales culpados los ya mencionados cardenales y el cirujano Vercelli. Probóse que varios individuos del Sacro Colegio estaban iniciados en la conjuracion.

Petrucci y Vercelli fueron decapitados; á Sauli le fué conmutada la pena con la degradacion y confiscacion de todos sus bienes, y otros dos cardenales pagaron una multa de veinticinco mil ducados.

Bien conoció Leon X que estos actos de severísima justicia le habían grangeado muchos enemigos; pero, para borrar, en parte, aquella mala impresion, distribuyó cuantiosas recompensas, é hizo una promocion de treinta y un cardenales que eligió entre sus parientes, amigos y personas distinguidas por su talento, cuna y riquezas.

La libertad del comercio, el fomento de la agricultura, y la esquisita proteccion dispensada á las artes lograron borrar el odio que naturalmente inspiraba un pontífice que todo lo dirigía á elevar á los suyos al más alto grado de esplendor y de poder.

Entre tanto, Selim, nuevo soberano del imperio de Constantinopla, vencedor de la Persia y conquistador del Egipto, amenazaba seriamente á la Europa. Leon X, para oponerse á sus ataques, trató de formar una confederacion general de todas las naciones europeas contra el enemigo comun; pero los monarcas se mostraron bastante tibios, y sólo aceptaron una alianza defensiva, dando al papa el efímero título de jefe de la liga.

Leon, que vió la apatía de los príncipes, olvidó la cruzada y continuó ocupándose de engrandecer á los suyos. Al efecto pidió y obtuvo para el nuevo duque de Urbino la mano de Magdalena de la Tour, de la familia real de Francia.

Francisco I y Leon X rivalizaron en fausto y esplendor en las bodas, y con este pretexto se reunieron de nuevo ambos soberanos, y se hicieron muchas concesiones. El papa cedió al rey de Francia el total del diezmo percibido con motivo de las cruzadas contra los turcos, y el monarca devolvió á Leon X la ciudad de Módena, y al duque de Ferrara la de Reggio.

No tardaron, empero, en surgir en Europa acontecimientos de la más alta importancia.

El rey de España, Cárlos I, aspiraba al título de rey de Romanos y á la posesion del reino de Nápoles, y el papa se negaba á concederlo so pretexto de incompatibilidad. Muere en esto el emperador Maximiliano, y el mis-

mo Cárlos se presenta como pretendiente en concurrencia con Francisco I.

Leon, que no quería en Italia ni franceses ni españoles, apoyaba al duque de Sajonia. Los electores eclesiásticos titubeaban; el rey de Francia, esperando ganarles, envió presentes; pero el de España, mejor conocedor, envió tropas y venció.

La noticia de la eleccion de Cárlos V fué un golpe duro para el papa; pero supo ocultar su afliccion con la que le causó otra nueva que le sobrevino, perdiendo á su sobrino por quien había hecho tantos sacrificios. Con este motivo, despues de arreglar la Toscana, agregó á los dominios de la Santa Sede el ducado de Urbino con Pesaro y Sinigaglia.

Miéntras Cárlos I se ocupaba en calmar los movimientos de Castilla, y Francisco de Francia buscaba ocasion de estrechar relaciones con Enrique de Inglaterra, Leon X parecía dormirse en sus glorias adquiridas, pero aquella inaccion ocultaba un vasto y útil pensamiento.

Varias ciudades de Italia, vecinas de los Estados Pontificios, se hallaban dominadas todavía por sus señores, que eran verdaderos tiranuelos. Uno de los más odiosos era Juan Pablo Baglioni, que tenía bajo su despótico yugo la ciudad de Perusa, de la que anteriormente le había despojado Julio II. Mandóle Leon comparecer ante el tribunal romano, y Baglioni, demasiado confiado en sus propias fuerzas y en el terror que inspiraba su nombre, se presentó. Leon, sin darle oídos, le mandó encarcelar, y convicto de muchos crímenes, fué decapitado en la plaza pública, y se unió Perusa al patrimonio de la Iglesia.

Quiere rebelarse el hijo de Baglioni, y se refugia en Pádua, cuya ciudad pertenecía entónces á los venecianos. Aprovechando este pretexto, se apodera Leon X de Fermo, que pertenecía á la república, y juntamente con ella toda la Marca de Ancona, cuyos príncipes sufrieron igual suerte que Baglioni.

Los restos del feudalismo italiano quedaron así completamente exterminados.

Como la constante idea de Leon X era expulsar de Italia á todas las familias reinantes extranjeras, oponiéndolas unas á otras, se ocupó asimismo

en engañarlas con negociaciones dobles, cuyo objeto era únicamente asegurar la independencia de su país.

Consiguiente á este plan, indujo primero al rey de Francia á que expulsase á los españoles del reino de Nápoles, prometiendo darle la mayor parte de la conquista y obligándose á auxiliarle con seis mil suizos, que atravesando el Milanesado, irían á acantonarse en las plazas de la Romanía y Marca de Ancona.

Acostumbrado Francisco I á desconfiar de Leon, pidió tiempo, y nada resolvió; pero sobre todo nada dijo de restituir á Parma ni á Plasencia. Viendo Leon que nada lograría del de Francia, se dirigió al jóven emperador y rey, firmando con él un tratado para volver á Francisco Sforcia el ducado de Milan y asegurar varios derechos á los Médicis.

Así las cosas, cuando Cárlos I rompió con Francisco I con motivo de la sucesion del ducado de Bouillon, aprovechando la ocasion que se le presentaba de medirse con su rival. Sentadas las bases de la alianza con el papa, dióse órden á las galeras pontificias de juntarse con la escuadra del emperador, la que desde Nápoles debía dirigirse sobre Génova para libertar á esta ciudad de la influencia que en ella ejercían los franceses. La empresa se malogró, pero estallaron algunos movimientos en Lombardía; Lescuir, que mandaba en ausencia de Lautrec, estuvo á punto de caer prisionero en un ataque que intentó contra Reggio, y entónces la sublevacion se hizo general.

Vuelto á encargarse Lautrec del mando del Milanesado, logra, en union con el duque de Ferrara, hacer levantar el sitio de Pádua al ejército romano-español. Vivamente afligido Leon X por estos contratiempos, hace todos los esfuerzos imaginables para repararlos. Todo el éxito de la campaña pendía de los suizos. El papa se apresuró á enviar al cardenal de Sion y á Julio de Médicis, quienes les ganaron á fuerza de presentes. Este desamparo arruinó á los franceses; pronto perdieron á Milan, de que se apoderó Colonna el 20 de noviembre de 1521. Toda la Lombardía se sometió al vencedor, así como Parma y Plasencia. Estas alegres nuevas llegaron tarde para Leon X, porque falleció pocos días despues de haber humillado á la Francia.

* * *

Leon X ha dado su nombre á todo un siglo; en este siglo dos hechos célebres han señalado el pontificado de Leon X: el concordato con Francia y el principio del cisma de Lutero, so pretexto de las indulgencias.

La civilizacion sufre aquí un paréntesis prolongado, que influye en la marcha de los sucesos por espacio de siglos, y parece lógico tratar ahora de Leon X con relacion á los asuntos religiosos; pero como es imposible sin hablar rápidamente del apóstata y de su apostasía, y como fuera fácil que se moviera nuestra pluma á impulsos de la indignacion al tratar de un personaje tan repulsivo por sus muchos vicios y abominaciones, pediremos las notas á escritores protestantes para presentar una biografía de Lutero que nos ahorrará entrar en consideraciones fáciles de ocurrirse á la penetracion de nuestros lectores (1).

«Yo he nacido, dice el mismo Lutero, de padres pobres. Mi padre fué cavador de montes, y mi madre llevó sobre sus espaldas toda la leña necesaria para las cosas de la casa. Mi bisabuelo, mi abuelo y mi padre, fueron rústicos por naturaleza.»

Parece que sus padres, á pesar de quererle mucho, no le escaseaban las reprimendas, ni los castigos; pues el mismo Lutero cuenta que un día que había quitado una miserable nuez, su madre le sacudió hasta hacerle sangre; y que tenía tal miedo á su padre, que iba á refugiarse en el hueco de la chimenea cuando había tenido la desgracia de desobedecerle.

Á los seis años sabía leer y escribir de corrido.

En mayo de 1497, caminaban dos escolares por el camino real de Mansfeld á Bernburg, la alforja al hombro, un palo en la mano, y el cora-

(1) Nuestra imparcialidad llega al extremo de que la siguiente noticia biográfica parezca un panegírico. No nos acusen por ello los timoratos. Lutero está juzgado.

zon preñado de lágrimas y de tristeza. Uno de ellos era Martin Lutero, que sólo contaba entónces catorce años, y que abandonaba el hogar paterno, dirigiéndose á Magdeburgo á frecuentar los célebres gimnasios de la Edad Media. En ellos, cada jóven pagaba su alimento, su asistencia y enseñanza, con el auxilio de algunas limosnas con que los socorrían los pudientes, al pié de cuyas ventanas iban á cantar dos veces por semana, ó con lo que recogían en las iglesias salmodiando en el coro.

Preciso es confesar, empero, que los ricos de Magdeburgo serían poco caritativos, pues que Lutero, á pesar de su voz sonora, no pudo reunir para pagar á sus maestros, sino un año.

Martin, pues, luégo que hubo apurado su última moneda, dejó en 1498 aquella ciudad de corazon de piedra. Despues de dar su doloroso adios á todos sus compañeros, cargando de nuevo con su alforja y su palo, se dirigió á Eisenach, ciudad pequeña de la Turingia, que pertenecía á los duques de Sajonia, en donde tenía su madre numerosos parientes.

Pasando un día por una de sus calles, llamó su atencion una casa de bella apariencia, ante cuyos umbrales se detuvo, y colocando su saco en el suelo, se puso á cantar una de sus canciones acostumbradas. Inmediatamente se asomó una mujer á la ventana, la cual, conmovida de aquella entonacion de voz infantil que la necesidad hacía más simpática, arrojó al niño dos ó tres monedas de cobre, que éste recogió lleno de entusiasmo, dándola una mirada llena de gratitud.

Aquella mujer, que se llamaba Úrsula Cotta, rica viuda del pueblo, al ver aquel imberbe que tenía arrasados en lágrimas los ojos, le hizo seña que subiese, y un momento despues se hallaba en el comedor, donde encontró una comida preparada, vino y frutas.

Una vez apagadas su sed y su hambre, se levantó de la mesa pidiendo á Dios por aquella que tan piadosamente se compadecía de los pobres, dando despues en muestra de agradecimiento un beso al niño de Úrsula, á quien de paso dirigió alguna que otra pregunta acerca del catecismo.

Preparábase ya á bajar la escalera, cuando la viuda le detuvo y le dijo que se quedase. Aquel era un nuevo hijo que la Providencia le mandaba, y

de quien quería cuidar en lo sucesivo, y Martin había encontrado una segunda madre.

En la mesa de su bienhechora, jóven aún, fué donde oyó por la vez primera aquel dístico aleman, que colocó despues á manera de glosa al márgen de su Biblia en lengua vulgar en el capítulo treinta de los Proverbios: «Nada hay en la tierra más dulce que el amor de las mujeres, cuando el hombre es bastante venturoso para merecerlo.»

Á cubierto ya Lutero de las necesidades más imperiosas de la vida, se dedicó al trabajo con ardorosa asiduidad, y repetía á menudo: «Nadie hable mal de los pequeños cantantes que van de puerta en puerta pidiendo el pan del buen Dios; porque yo tambien he cantado para obtenerlo, y lo he obtenido.»

Viendo despues Úrsula que aquel niño que tenía tan hermosa voz era aficionado á la música, le regaló una flauta y una guitarra, que aprendió á tocar sin maestro, llevado solamente de su aficion.

Es verosímil que en esta especie de existencia errante y aventurera, en que se había visto obligado á triunfar de la miseria, so pena de una muerte segura, adquirió aquellos gérmenes de fuerza contra la adversidad, que la edad desarrolló despues; y aquella cólera siempre creciente contra la sociedad, á la que se había visto obligado á pagárselo todo, incluso el aire que respiraba.

Lutero estudió en Eisenach la gramática, la retórica y la poesía. La vivacidad de espíritu, su natural elocuencia, la rara facilidad de elocucion y la sorprendente habilidad de componer en verso y prosa, le hicieron en breve distinguirse, y áun puede asegurarse que no tuvo rival entre sus condiscípulos.

Cuando ya llegó á saborear la dulzura de las letras, quiso pasar á Erfurt, donde brillaba una academia célebre. Allí se abandonó con toda la efervescencia de su pasion al difícil estudio de la dialéctica, que abandonó, satisfecho ya su deseo, por el estudio de los clásicos latinos, Ciceron, Virgilio y Tito Livio. Leía sus libros, no como estudiante que no trata más que de adivinar palabras, sino como hombre inteligente, curioso é investigador,

que procura beber sus consejos y sus máximas, para formar su porvenir.

En aquel tiempo, cada convento de Alemania tenía sus bibliotecas, compuestas en parte de manuscritos, con preciosas miniaturas, donde estaban reproducidos los tesoros de la antigüedad profana, y que sin el cuidado de los monjes, se hubieran perdido irremisiblemente para siempre.

En la biblioteca de los agustinos de Erfurt era donde Lutero pasó las horas más deliciosas de su vida.

Gracias á Guttenberg, se iban á romper para siempre las trabas que de aquel trabajo resultaba á los cenobitas: el arte de la imprenta había cambiado el mundo, y Maguncia y Colonia reproducían ya los libros santos.

El convento había comprado á un precio exhorbitante algunas biblias latinas, que con mucha dificultad se enseñaban á los jóvenes estudiosos. Lutero abrió una, y sus ojos se fijaron en seguida, con arrobamiento difícil de explicar, en la historia de Hanna y de su hijo Samuel. «¡Dios mío! ¡Dios mío! murmuró, no quisiera mi ambicion más en la tierra, que poseer un libro como este.»

Aquella lectura produjo en su alma una revolucion extraordinaria. La palabra humana engalanada con la poesía, le pareció desde entónces ruín y miserable comparándola con el mérito y grandeza de la palabra inspirada, y hasta su buen maestro de cánones le pareció pequeño al lado de Moisés y de San Pablo.

Dos años hacía que había recibido sus grados filosóficos, y que se ocupaba en estudiar la física y la moral de Aristóteles, cuando un suceso imprevisto vino á dar nueva direccion á sus ideas. Un íntimo amigo suyo murió de repente á su lado, herido por el rayo... Lutero cerró los libros del filósofo griego, y espantado por aquella catástrofe, hizo voto de abrazar la vida monástica.

Llegada la noche, dejó su estancia sin despedirse siquiera de sus compañeros de estudio, y cogiendo un pequeño lío debajo del brazo, en el que había colocado su Platon y su Virgilio, se dirigió al convento de los agustinos.

—En nombre del cielo, abrid, dijo llamando á la puerta.

—¿Qué quereis? le preguntó el portero.

—Consagrarme á Dios, respondió Martin.

—¡Amen! replicó el lego, y le abrió al instante.

Al día siguiente devolvía Martin á la universidad las insignias y título de maestro que había recibido en 1505.

Lutero entró en el convento turbada todavía la imaginacion por la súbita muerte de su amigo, y temiendo se abriera la tierra á cada instante bajo sus piés. Esta vision le atormentó por mucho tiempo en sus sueños; de noche le parecía oir la voz del muerto, que le advertía hiciese penitencia. Su vocacion no era, pues, la de una persona llamada á la perfeccion por el Espíritu Santo.

Para aplacar la cólera de Dios, se mortificaba como un solitario de la Tebaida, creyéndose un gran pecador. Sobre todo, de quien tenía más miedo era del demonio; y sólo á fuerza de plegarias y de oracion consiguió ahuyentar de su imaginacion tales fantasías. A tal extremo llegó, que oyendo cantar un día el evangelio que dice: «y Jesús arrojaba al demonio,» sobrecogido de terror se levantó y echó á correr gritando: «¡No soy yo! ¡No soy yo!» ¡Terribles presentimientos de su futuro destino!

Su vida claustral, empero, hubiera sido de un verdadero eremita, si la humildad no hubiese sido para él una virtud desconocida.

«Si en algun tiempo, decía él, se fué San Agustin al cielo en derechura, por las tapias de una abadía, lo que es yo merezco ciertamente entrar en él: apénas habrá alguno de mis hermanos que no crea lo mismo que yo; porque yo ayunaba, velaba, me mortificaba y practicaba los rigores de la disciplina cenobítica, hasta poner en peligro mi salud.»

¡Nunca habló así el hombre verdaderamente virtuoso!

Su noviciado, como es ya de suponer por sus antecedentes, fué muy penoso; sus superiores, que habían notado ciertas tendencias orgullosas que abrigaba, pusieron á prueba su vocacion por una serie de experimentos á cual más duro. Encargáronle desde luégo la limpieza de los escusados, se le obligó á barrer los dormitorios, abrir y cerrar las puertas de la iglesia, dar cuerda al reloj, y, finalmente, tener que ir públicamente con la alforja al hombro, pidiendo limosna para el convento.

Esto fué lo que más le incomodó; pero la ciudad de Wittemberg intervino, y se puso término á las pruebas.

En el año 1507 profesó, y en el mismo fué ordenado de sacerdote, teniendo entónces veinticinco años de edad.

—¿Prometeis, le dijo el prelado, vivir y morir en el seno de nuestra madre la Iglesia católica?

—Sí, prometo; respondió Lutero.

Su padre, que no había querido consentir nunca que Martin, su hijo, abrazase la vida religiosa, asistió, no obstante, vencido de sus ruegos, á su primera misa. Durante la comida que se sirvió despues, Lutero, que estaba sentado á su lado, le dijo:

—Mi querido padre, decidme por favor: ¿por qué os veo tan triste, y de qué proviene que no nos hayais dejado tomar el hábito de monje, sino con harto dolor vuestro?

Á lo cual contestó el anciano, levantándose:

—¿No habeis leido en la Escritura que un padre y una madre deben respetarse siempre?

—Verdad es que así está escrito, respondieron los asistentes.

—Pues plegue al cielo, añadió el padre, que no ande por medio la tentacion y sea esto un artificio del demonio... pero... en fin, bebamos y brindemos para que Martin sepa amarnos algo más.

Si el estudio formaba todas las delicias de Lutero, el sacerdocio exaltaba su piedad, tanto que sus superiores temieron que aquella fiebre de devocion perjudicaria juntamente á su cuerpo é inteligencia, y pusieron desde luégo los medios para evitarlo. Staupitz, vicario general de su órden, que le había cobrado grande aficion, le decía con frecuencia:

—Basta, hijo mío; tú hablas sin cesar del pecado, y no sabes lo qué es; si quieres que Dios te asista, no pugnes con los escrúpulos, como si fueran juegos de muñecos.

Á pesar, empero, de estos fraternales consejos, continuaba Lutero más y más agobiado por ellos, hasta que un día que se estaba paseando entregado á su habitual melancolía, se encontró al paso con un anciano y ve-

nerable monje, á quien interrogó dolorosamente, pidiéndole su consejo.

—Hermano mío, le contestó éste, yo conozco un remedio eficacísimo contra los males que os atormentan.

—¿Y cuál es? preguntó Martin con voz miedosa.

—La fe, dijo el monje.

—¿La fe? replicó Lutero, á quien esta palabra había trastornado completamente; ¿la fe?

—Sí, hermano mío; creer es amar, y el que ama se salvará.

Los ojos del enfermo brillaron entónces con nuevo fuego.

—¡La fe!... creer... amar... repetía como despertando de un profundo letargo.

—Sí, continuó el monje; ¿no habeis leido este pasaje de San Bernardo en el sermon de la Anunciacion, «cree que por Jesucristo tus pecados serán perdonados?» Este es el testimonio que el Espíritu Santo ha grabado en el corazon del hombre, porque dice: cree y tus pecados te serán perdonados.

La fe por el amor, la justificacion por la fe, y la justificacion gratuita, hé aquí todo lo que vió Lutero en las palabras del monje agustino.

Á contar desde esta conversacion tan corta, pero de tan inmensas consecuencias, en que apénas tuvo tiempo cada uno de los interlocutores más que para cambiar algunas frases, desaparecieron como por encanto todos los terrores del sacerdote visionario. Aquella noche durmió ya con tranquilidad.

En el espacio del día, nada de espantos interiores, la fantástica vision había huído quizas para siempre, y en este caso podía entregarse al estudio sin distraccion: oraba, meditaba, ayunaba, y ya no se creía desheredado del cielo. Una sola palabra había operado aquella súbita trasformacion: la fe; mediante ella todo para él tenía explicacion.

Si ántes se había visto atacado de frívolos espantos; si había caído en la desesperacion; si dudaba, en fin, de su salvacion y de la misericordia de Dios, era señal de que no creía. Si había sufrido en su alma, despues que se conocía, era prueba de que no tenía fe. Si sus superiores habían intentado vanamente consolarle, es que no entendía el lenguaje que tan admirablemente hablaba el pobre monje, ó que tal vez no sabía amar como él. Pero

ahora con su fe ha recibido una nueva vida, y si aún se encuentra enfermo, es de una afeccion distinta, enfermo de amor, no de temor ni desesperacion, porque en él todo era exaltacion, todo fuego, todo pasion.

La fe gratuita ó la gracia llegó á ser para él un símbolo que explicaba la pura esencia del cristianismo; un espejo ó una verdad, como él la llamaba, que se había oscurecido y ocultado hasta entónces, ó bien reemplazado por prácticas y observaciones más ó ménos significativas; un culto exterior ó un conjunto de tradiciones, que sería preciso desterrar tarde ó temprano, si se quería volver á la pureza primitiva de la palabra divina.

Un capítulo de San Pablo á los corintios, que leyó por casualidad al despedirse del monje, retirado ya en su celda, le pareció como una iluminacion del mismo Dios para confirmarle en la verdad que acababa de descubrir. En su vista, volvió á cerrar el libro, satisfecho de su buena fortuna, pero llevado de su imaginacion acalorada, no juzgó Lutero que, á pesar suyo, aquel trasporte fugaz le llevaría más allá de lo que él quisiera.

La fe protestante tal como la concebía el orgullo de Lutero, no se asemeja en nada á la fe católica; es, segun él, una perla que Jesús deposita en nuestro corazon, que brilla con su único fuego, y que no tiene necesidad alguna del amor ni de la obra para esparcir sus rayos; porque esta fe, segun él, se apodera de Dios, como se apodera la luz de las tinieblas.

Sólo partiendo de esta absurda y tonta teoría que prescinde de la mayor de las tres virtudes teologales, la caridad, pueden comprenderse una infinidad de máximas de Lutero, tales como que el hombre no puede ser desheredado del cielo sino por el pecado de incredulidad; que arrepentimiento y confesion, satisfaccion y obras, no son más que verdaderas superfetaciones humanas, y que el que tiene la fe, no debe esperar tener juez en el cielo, sino un padre lleno completamente de amor.

En esto se hallaba ocupado el futuro reformador, cuando, por encargo del vicario general de su órden, marchó á Roma para ciertos asuntos ó diferencias que se habían suscitado entre los conventos de agustinos de Alemania y la corte pontificia.

Para una imaginacion ardiente, orgullosa y un tanto fanática como la

de Lutero, la vista de Roma, en la época que él la visitó, no podía producir sino una impresion desagradable. Obligados los papas á contrarrestar á los soberanos extranjeros, que todos á porfía trataban de apoderarse por la fuerza y la astucia del patrimonio de San Pedro, no eran lo que se habían figurado en la idealista Alemania, y la magnificencia de los templos, la riqueza de los ornamentos sagrados y la hermosura de las bellas artes reunidas á porfía en la capital del orbe católico, contrastaban con la idea de autoridad y de severa moral que suponían en las primeras dignidades del catolicismo.

Lutero soñaba contínuamente en su orgullo con una religion austera, ceñida la frente con una corona de espinas, que se arrojaba, para descansar, en el duro suelo, que apagaba su sed con el agua del cielo, vestida pobremente como los apóstoles, y dirigiéndose al traves de caminos pedregosos, cargada con la cruz del Salvador (1).

En cambio, dice él, sólo veía cardenales en litera, á caballo ó en coche, é indicando su tránsito por las nubes de polvo que frecuentemente le impedían poder recibir su bendicion. Si quiere orar, continúa diciendo, á millares se le presentan las iglesias, que eran para él verdaderos mundos, en donde veía centellear los brillantes en los altares, el oro en los artesonados, el mármol en las columnas y el mosáico en las capillas, en vez de los rústicos templos de su país que no tenían más ornato que las flores que depositaba los domingos y las fiestas alguna mano piadosa. Si tenía sed, en lugar de uno de esos manantiales que corren por entre un caño de pino, como se ven aún en Wittemberg, encontraba á cada paso elevadas fuentes de blanquísimo mármol, iguales en magnitud á un palacio de Alemania. Si se hallaba fatigado, en vez de un banco rústico de madera, tropezaba con un blanco sitial de antiguo alabastro recientemente descubierto entre las infinitas excavaciones que ocultan una opulencia olvidada. Procuraba encontrar una santa

(1) Fiel y consiguiente Lutero á este continuado sueño, se *reformó* á sí mismo, dando ejemplo, y se han *reformado* sus secuaces, entregándose á toda clase de penitencias, mortificaciones y austeridades, *folgando* él con Catalina Bora, y tomando *esposa* los *pastores* que le han sucedido para guardar mejor el rebaño, vistiendo y viajando *apostólicamente* con buenos trajes, mejores sueldos y multiplicada familia... ¡Qué sarcasmo, y qué *reforma*, y qué *reformadores*... y sobre todo, qué *evangélicos!*

imágen, y no veía más que paganas fantasías, divinidades olímpicas, como Vénus, Apolo, Marte y Júpiter, trabajadas por los mejores escultores de la Grecia. Allí estaban los dioses de Demóstenes y de Praxiteles, las fiestas y pompas de Delos, el movimiento del foro y todas las locuras y extravagancias mundanas; pero el exaltado agustino, falto enteramente de fe y caridad y sobrado de orgullo, precursor de todos los malos cristianos que al visitar Roma dejan la humildad en las puertas de la santa capital, no comprendió que todas aquellas grandezas que le escandalizaban, toda aquella pompa que le aturdía y todo aquel ornato cuyos orígenes ignoraba, servía de escabel y de manifestacion de los triunfos de la religion del Crucificado, que había sojuzgado y puesto á sus plantas lo que un tiempo reinó; porque no comprendió nada absolutamente, creyó soñar, como soñó siempre hasta su muerte; indignóse al ver que Roma no era lo que en su presuncion se había figurado, y salió de ella casi maldiciéndola.

Pero el odio á Roma le venía de antiguo. Embebido en la lectura del heresiarca Juan Hus, concibió violenta ojeriza á la Iglesia romana, y ardiente, impetuoso, infatuado hasta el extremo, no tardó en verter su virulencia y veneno en varias tésis públicas. En estas tésis las personas ilustradas vislumbraron ya el gérmen de los errores que despues enseñó el fraile apóstata agustino (1).

Con tan erradas ideas regresó á su país á tiempo que Federico, elector de Sajonia, había pedido al papa permiso para fundar la universidad de Wittemberg, y otorgada la licencia por el pontífice, nombró á Lutero catedrático de filosofía en propiedad, y poco despues fué nombrado predicador de la ciudad. Su voz y sus ademanes eran impetuosos, y por la primera vez se vió á los oradores sagrados separarse de la senda ántes seguida de citar en los discursos á los filósofos de la antigüedad, y tomar las sentencias de los libros santos, interpretándolos á su antojo.

El texto de la Vulgata era el que Lutero explicaba, version que miraba

(1) Tambien personas ilustradas vislumbraban, pocos años há, los errores del nuevo apóstata en las conferencias celebradas en *Nuestra Señora* de París, por el entónces padre Jacinto.

entónces como una creacion sublime, sin embargo de que había de denigrarla más tarde.

Como el papa Leon X publicase á la sazon una indulgencia á favor de los que contribuyesen á la obra de San Pedro de Roma, quitóse de todo punto la máscara, y empezando por atacar las indulgencias, siguió por la libertad del hombre, por la confesion, por la primacía del papa y por los votos monásticos. Con bula del año 1520 el Sumo Pontífice condenó sus errores; pero la respuesta del fraile apóstata fué quemar este documento en la plaza de Wittemberg.

Entónces dió á luz su tratado *Del cautiverio de Babilonia*, en que despues de declarar que siente haber sido tan comedido, expía su falta desatándose en las mayores injurias que el más violento frenesí puede inspirar á un hereje, y concluye estimulando á los reyes á que se emancipen del yugo papal suprimiendo de una plumada nada ménos que cuatro sacramentos. Como esas osadas tentativas motivasen fuertes reclamaciones, Lutero, para abonar su conducta en cierto modo, escogió por juez la facultad de teología de París, cuyo profundo saber había siempre respetado; pero la facultad le condenó por unanimidad. Entónces la respuesta del fraile apóstata fué vomitar nuevas y más groseras injurias contra los que así le reprobaban.

Desde la manifestacion pública de sus doctrinas contra las indulgencias dejaba Lutero de ser el sacerdote católico para transformarse en apóstol de la mal llamada reforma; porque ha de tenerse entendido, para despejar bien la cuestion, que no combatió el reformador el abuso del remedio espiritual, para expresarnos así, y sí pudo haberlo, sino que se enconó contra el remedio mismo que combatió radicalmente.

Su sermon contra las indulgencias no fué ya un discurso cualquiera, sino una revolucion completa y la bandera que se alzaba contra una creencia establecida: era el grito de guerra á muerte contra Roma.

El discurso de Lutero no era únicamente un ataque contra un supuesto abuso ó una prerogativa reconocida, sino una rebelion abierta contra la autoridad. Era el satánico *non serviam* presentado con otra fórmula: el orgullo dando al viento un grito y una bandera. El grito de Lutero, aisladamente

considerado, no hubiera producido más que duda ó desprecio; pero había muchas personas interesadas en rebelarse contra la autoridad, para que no tuviese aquel alzamiento contra el pontífice una favorable acogida.

El innegable é inmenso interés del período histórico que examinamos, merece algunas observaciones acerca de la situacion político-religiosa de Alemania en aquellos críticos días.

En la época en que Lutero concibió su proyecto reformista, si bien había cesado toda contienda entre el papa y el emperador, todavía conservaba el pueblo cierto odio al sacerdocio; tachábale que se mezclaba con sobrada frecuencia en los negocios temporales, olvidando con excesiva ingratitud que en las diferencias que ántes habían existido entre el papado y el imperio, el sacerdocio había salvado á la Alemania de la esclavitud, y que los restos de libertad que quedaban á los pueblos, los debían especialmente al clero

Ciertas tendencias de independencia religiosa, habían contribuído poderosamente á persuadirles que podrían romper el yugo que les ligaba á la autoridad sacerdotal. Así en el siglo XV, el estado llano de Francfort sobre el Oder, excomulgado por no haber querido separarse de su margrave, había permanecido por largo tiempo sin sacerdotes, y cuando se levantó la excomunion había acogido con risas burlonas el regreso de sus pastores.

Los nobles, por su parte, aborrecían tambien al clero. Verdaderos bandidos en tiempo de turbulencias, querían ejercer en paz su lucrativo oficio, y temían mucho más al papa que al emperador. Vasallos formidables, podían hacer estremecer al monarca, pero jamas al pontífice; pero como pagaban un tributo á la Santa Sede, era esto precisamente uno de los resentimientos que más les animaba contra el papado; por esto querían que reviviese la antigua Alemania, suspirando por la vuelta de aquella edad de hierro en la que el sacerdote besaba la espada del caballero.

El estado llano, pues, y la nobleza teutónica acogieron desde luégo con marcadas muestras de simpatía el manifiesto de Lutero contra la autoridad.

Quizas tendría presentes estas observaciones un célebre publicista español de nuestros días al escribir en su *Historia de los heterodoxos españoles*, los siguientes párrafos alusivos á las causas de la propagacion de los errores

de Lutero entre las gentes germanas, contrastando con la lentitud con que adelantaba entre las del Mediodía.

«La propagacion rápida del protestantismo, dice, ha de atribuirse, entre otras causas, al odio inveterado de los pueblos del Norte contra Italia; á esa antipatía de raza que explica gran parte de la historia de Europa desde la invasion de los bárbaros hasta las luchas del sacerdocio y del imperio, ó cuestion de las investiduras, y desde ésta hasta la Reforma. En los germanos corre siempre la sangre de Arminio, el que destruyó las legiones de Varo. Hay en ellos una tendencia á la division que ha tropezado siempre con la unidad romana y con la unidad católica. Por eso los pueblos del Mediodía han rechazado y rechazan enérgicamente la Reforma.»

El terreno estaba ya muy de antemano preparado con los folletos y publicaciones de Reuchlin, Pfefferkorn, de Hans, Rosconblert, de Baumman, de Juan Gesler de Kœnigsberg, de Hutten, y sobre todo, de Erasmo

Hutten había hecho reimprimir el libelo de Lorenzo Valle contra la donacion de Constantino, añadiéndole un prefacio dirigido á Leon X en el que trata á los predecesores de este pontífice nada ménos que de ladrones y estafadores.

Digamos dos palabras de Erasmo. Como siempre, las pediremos á un entusiasta del Renacimiento, para que no se nos tache de parciales.

«Erasmo, dice Figuier en su prólogo y obra ya citada, era un hijo natural nacido en Rotterdam hacia el año 1466. Se le hizo estudiar el latin, el griego, la lógica, la metafísica y moral. El obispo de Cambray le retiró de un convento donde le habían hecho entrar á pesar suyo, y despues de haberle tenido á su lado por algun tiempo, en calidad de secretario, le envió á estudiar teología en París, prometiéndole una pension que, por otra parte, pagó muy mal. Erasmo, en París, careció á menudo de lo necesario, pero llegó á ganarse su subsistencia dando lecciones de literatura. En calidad, sin duda, de preceptor, había entrado en casa de un caballero inglés, y esto era para él una posicion llevadera; pero cayó enfermo y se vió obligado á volver á Cambray, para restablecer su salud. Cuando se encontró restablecido, las liberalidades de una gran dama que apreciaba sus talentos, le

pusieron en estado de ir á encontrar otra vez en París al caballero ingles, y muy luégo despues partió con él para Inglaterra. Primeramente fué á Oxford, despues á Lóndres. En 1498 volvió á París, donde enfermó otra vez. Encontrándose en profunda miseria, pidió auxilios, y le procuraron los medios necesarios para ir á restablecer en Italia su salud quebrantada.

Entónces trabajaba mucho: tradujo diversos tratados de Luciano, Plutarco, Sócrates, Jenofonte, etc., que dedicó á príncipes. El papa Julio II le permitió dejar el hábito de fraile, que llevaba desde la época en que, muy jóven aún, se le había metido en un convento contra su voluntad. Por cierto que era el hábito lo que ménos convenía á su carácter y á su género de vida.

Efectivamente, Erasmo amaba apasionadamente la libertad. Cuando Francisco I hubo concebido el designio de fundar un colegio para las lenguas sabias, encargó á Budé, sabio francés, que escribiera de su parte á Erasmo y le hiciera ofrecimientos. Erasmo rehusó concurrir al establecimiento de un colegio donde se enseñaba el griego y el hebreo, porque no quería exponerse al odio de los teólogos, y no se atrevía á aceptar los ofrecimientos del rey, porque temía, decía él, el género de esclavitud que va anexa á la condicion de los que sirven á los reyes.

A su regreso de Italia, en 1506 ó 1508, estaba hospedado en Lóndres, en casa de su amigo Tomás Moro, canciller de Inglaterra. La fatiga del viaje y un violento dolor de riñones le tenían detenido en su aposento. No podía continuar sus trabajos teológicos, porque no habían llegado aún los libros que habría necesitado. Buscó, pues, en su mente, un asunto que distrayendo su mal humor, pudiera hacerle olvidar sus padecimientos. Entónces imaginó aquel ingenioso *Elogio de la Locura*, sátira fina, en la que, pasando revista á todos los estados y profesiones, pinta con la más chistosa originalidad, las costumbres y extravagancias de sus contemporáneos. Bastáronle unos cuantos días para componer esta obra de unas 200 páginas en octavo. Luégo que la tuvo terminada, la comunicó á sus amigos; y muy luégo se imprimió en París el *Elogio de la Locura*, en cuya capital se vieron salir á luz, casi al mismo tiempo, siete ú ocho ediciones.

Esta obra alcanzó una venta y fama enormes; pero si la apreciaron los hombres de talento y los verdaderos sabios, suscitó contra el autor la multitud de los ignorantes, de los frailes y de los falsos devotos (1). Es verdad que salía á luz en una época en que dominaba ya en los ánimos aquella inquietud general, pero vaga y sin objeto determinado que, regularmente, precede á las grandes revoluciones y facilita su realizacion. Por esto, luégo que á la voz de Lutero hubo comenzado á agitarse toda la Alemania, de uno á otro extremo de Europa, en los púlpitos y en los conventos resonaron estas palabras: «*Erasmo ha puesto el huevo del que nacieron Lutero y los demas.*»

El *Elogio de la Locura* se tradujo por todas partes en lengua vulgar, y aquellas traducciones sirvieron para introducir en la lengua moderna, términos, expresiones y giros propios para hacer con más ó ménos exactitud, las chistosas y originales observaciones y las críticas empleadas por el autor.

De todas las obras de Erasmo fué innegablemente esta la que más contribuyó á su reputacion y ejerció más real influencia en el ánimo del público. Vivamente atacado por unos pero no ménos vivamente defendido por otros, suministró materia para una multitud de escritos. Durante varios años fué una verdadera pendencia entre los sabios y literatos. Finalmente, despues de la muerte de Erasmo, la Sorbona puso en el *Index* el *Elogio de la Locura* y declaró que el autor, al componerlo, se había mostrado loco, insensato, hasta impío, injurioso á Dios, á Jesucristo, á la Vírgen, á los Santos, á los preceptos de la Iglesia, á los teólogos, á las ceremonias eclesiásticas, á los religiosos mendicantes, á quienes se había atrevido á insultar con boca corrompida y blasfema.»

Toda Alemania pedía reformas: hombres había verdaderamente pacíficos y verdaderos hijos de la Iglesia, que deploraban sus males sin acrimonía, proponían con respeto su reforma, cuya demora deploraban tambien

(1) ¡Siempre la misma *modestia!* Los *verdaderos sabios* son los que no son frailes, ni falsos devotos; *ergo*... la consecuencia *per se patet*. ¡Qué humildes son los *verdaderos sabios!*

con humildad, y léjos de querer procurarla por la violencia, miraban por el contrario ésta como el mayor de los males; pero ademas de estos había otros espíritus soberbios, llenos de hiel, que irritados por los desórdenes que veían en aquella Iglesia, y principalmente entre sus ministros, no creían que las promesas de su perpetuidad pudiesen subsistir en medio de los abusos. La aversion que habían concebido hacia los doctores, les hacía aborrecer todo á la vez, lo mismo la doctrina que enseñaban que la autoridad que habían recibido de Dios para enseñar.

En el concilio de Basilea decía ya el cardenal Juliano al papa Eugenio IV, hablando de la relajacion del clero aleman: «Estos desórdenes excitan el encono del pueblo contra el clero, y si no se les corrige, es de temer que los legos se arrojen sobre el clero á la manera de los husitas, puesto que así nos amenazan en alta voz. Porque se dirá que el clero es incorregible y no quiere aplicar el remedio oportuno á sus desórdenes y el pueblo se arrojará sobre nosotros cuando ya no abrigue esperanza alguna de nuestra correccion. El espíritu humano está en espectativa de lo que se hará, y, al parecer, debe surgir en breve algun acontecimiento trágico. El veneno que contra nosotros se abriga, se declara por momentos, y pronto se creerá hacer un servicio agradable á Dios despojando á los eclesiásticos, como hombres odiosos á Éste y sumergidos en los últimos excesos del mal. El órden sagrado acabará de perder el poco prestigio que le queda. Se imputará la causa de todos estos desórdenes á la corte de Roma, á la cual se mirará como el orígen de todos los males, porque habrá descuidado el aplicarles el oportuno correctivo. El hacha está aplicada á la raíz; el árbol se inclina ya hacia el suelo, y en vez de sostenerlo cuando todavía es tiempo, lo precipitamos: los cuerpos perecerán con las almas. Dios nos priva de ver nuestro propio peligro, como acostumbra hacerlo con aquellos á quienes quiere castigar: el fuego está encendido ante nuestros ojos, y, no obstante, corremos á precipitarnos en él.»

Todas estas prevenciones y dolorosos gemidos habían inducido á Julio II á convocar un concilio en Letran, que se ocupase en examinar todos estos males y aplicar el conveniente remedio, á Leon X á publicar una bula de

reforma de la curia, digna por todos títulos de aquel sabio cuanto ilustrado pontífice. Esta, empero, no aplicaba sino un remedio parcial, y semejantes medidas eran por lo tanto, incapaces de parar el movimiento que por todas partes se iniciaba, y cuya explosion estaba reservada al agustino Lutero, el renegado.

Iríamos mucho más allá de lo que nos permiten los límites, que se nos van reduciendo más de lo necesario, si entráramos en los detalles de las disputas orales y escritas entre Lutero y el dominico Tetzel, y demas circunstancias que precedieron y acompañaron el escándalo de la apostasía del primero.

El ruído de estas disputas llegó hasta la corte de Roma y en su consecuencia creyó que debía entender en el negocio.

Lutero escribió una carta al papa en la que podría hacer creer al ilustrado pontífice que toda aquella algazara podría aplacarse fácilmente. «Estas son proposiciones que yo emito, Santísimo Padre,—decía terminando el reformador en su carta,—bajo la forma de tésis y no de doctrinas, enigmas verdaderos escritos en estilo enigmático. Si yo hubiera podido prever el miedo que han causado, hubiera procurado ponerlas más al alcance de los inteligentes. ¿Qué debo hacer ahora? ¿Retractarme? esto no es posible... Para aplacar el enojo de mis adversarios y contestar á mis amigos, ahí teneis mis ideas, que para la explicacion de mi tésis, hoy doy á la luz pública; atendiendo á mi seguridad, las pongo bajo el amparo de vuestro augusto nombre y de la sombra protectora de Vuestra Santidad, á fin de que se sepa cuál es el culto y el respeto que me merece el poder del sucesor de San Pedro, y cuán injustamente se me prodiga el epíteto de hereje con que se trata de infamárseme..... Vivificad, Santo Padre, matad, llamad, recordad, aprobad y reprobad; vuestra voz es la de Jesucristo que en vos preside y habla» (1).

Miéntras el falso escribía esto al jefe supremo de la Iglesia, añadía á la

(1) Cuando Lutero escribía esto, ó *creía* ó *meniía*. Escojan sus secuaces el término del dilema que más les plazca, porque en los dos casos queda muy mal parada la conducta ulterior del embustero y apóstata.

publicacion de un libro ascético «Sobre la muerte de Adan,» un prólogo en el que hablaba con menosprecio del poder del papa.

En Roma reinaba indecision acerca del partido que debía adoptarse acerca de Lutero: parte de los cardenales querían que se le condenara á la hoguera; otros que el papa le declarase hereje contumaz sin citarle, ni procesarle; pero, los más sabios y los que mejor conocían la Alemania opinaron que se le llamara á Roma, que se le dieran jueces, y sólo se le condenara despues de oirle.

Leon X se adhirió á estos últimos, prefiriendo probar una reconciliacion «con el hermano Martin, como él decía, dotado de un gran genio, y á quien se aborrece por celos de convento.»

Agréguese á esto que el emperador Maximiliano había escrito al pontífice para que cortase de una vez todas aquellas cuestiones que turbaban la paz de Alemania; por lo cual Leon X nombró al obispo de Ascoli para que intimara al fraile su comparecencia en Roma dentro de sesenta días, á contar del 7 de agosto de 1518, para contestar sobre sus doctrinas ante un tribunal nombrado por Su Santidad; encargando al mismo tiempo al sabio cardenal Cayetano, su legado en la corte imperial, que en caso de desobediencia reclamase el auxilio de los príncipes del imperio y de las universidades, para apoderarse del rebelde, y retenerlo encerrado hasta recibir nuevas órdenes de Roma.

Leon X envió un breve á Federico de Sajonia, previniéndole que acababa de citar á Lutero, reclamando del duque todo su poder para obligarle á presentarse en Roma, diciéndole en dicho breve: «Si está inocente, le dejaremos ir en paz; y si culpable, le abriremos los brazos para que se arrepienta.»

El reformador estaba, empero, muy léjos de obedecer, y aun cuando de pronto fingió estar dispuesto á partir, pronto, so pretexto de las fatigas del viaje y lo incómodo de la estacion, rogó y obtuvo de Federico se interesase con el papa para hacer la declaracion de sus doctrinas en Augsburgo, ante el cardenal Cayetano.

Avínose el pontífice, contra lo que todos esperaban; pero ni aún así se decidió Lutero á defenderse. Llegado á Augsburgo, se negó á presentarse

ante el legado si no recibía un salvo-conducto del emperador. El 11 de octubre el secretario de S. M. I. remitía el salvo-conducto reclamado con tan vivas instancias; y á la mañana siguiente, Lutero, despues de sus rezos acostumbrados, se presentó al legado. Este se adelantó hacia el monje, y le abrazó. Lutero, entónces, arrojándose á sus piés, exclamó: «Perdon, monseñor, si se me han escapado algunas expresiones imprudentes: estoy pronto á retractarme si me demostrais que hay en ellas culpabilidad.»

Cayetano le levantó del suelo, diciéndole: «Hermano mío, mi objeto no es disputar: os pido, de órden de Su Santidad, la retractacion de vuestros errores, y que de hoy en adelante nada propagueis que pueda turbar la paz de la Iglesia.»

Largas horas duró la entrevista, hasta que obligado por el legado á declarar si se retractaba ó no, pidió Lutero tres días de plazo para contestar.

No esperó tanto el apóstata, porque, á la mañana siguiente, acompañado de cuatro senadores, de numerosos testigos y un notario, entregó al nuncio una protesta en forma, declarando: «que jamas había enseñado nada con intencion de atacar á la doctrina católica, los sagrados libros, la autoridad de los santos padres, ni los decretos del papa. Que por otra parte, si había caído en algun error, como hombre débil que era, estaba dispuesto á someter sus escritos al exámen del Padre Santo, de las universidades de Basilea, Friburgo, Lovaina y París, modelo de todas las universidades.»

Staupitz, que le acompañaba, pidió entónces al cardenal se permitiese á Lutero el defenderse por escrito. Despues de alguna discusion convino el nuncio, y aquella noche escribió su defensa, que no era más que la apología de sus doctrinas, declarando al mismo tiempo que recusaba el arbitraje de Cayetano. Indignóse éste al leer la defensa de Lutero: dominóse, sin embargo, y volvió á pedirle una retractacion, pero nada pudo conseguir.

Al día siguiente salió Lutero apresuradamente de Augsburgo, dejando escrito un reto que un carmelita fijó en las puertas de su convento, en el cual *apelaba del papa mal informado al papa mejor informado*, que es el último disfraz con que se encubren todos los heresiarcas miéntras se tapan el rostro con la máscara de la hipocresía.

En este estado regresó á su convento de Wittemberg.

La Sajonia contemplaba en aquel momento, ébria de orgullo, á uno de sus hijos, oscuro fraile, luchando sólo contra Roma, y sostenía á Lutero con sus votos y sus simpatías.

La opinion pública acababa tambien de adquirir un poderoso auxiliar: la imprenta traducía en lengua vulgar aquellas graves cuestiones, y las arrojaba desnudas, animadas, en tono austero ó burlon, para que sirviesen de pasto á los ánimos.

El pueblo no había aún tomado parte en esta clase de discusiones, contentándose con hacerse representar por sus sacerdotes. Pero, por fin, despues de tan larga interdiccion, dicen los entusiastas defensores de Lutero, sentábase el pueblo á la par de los doctores de la ley, podía interpelarles, escuchábales, y creía comprender su doctrina, gracias á la polémica suscitada por el monje sajon.

Esta rehabilitacion de su sér, decía el pueblo, que se la debía á Lutero, que había herido la roca cual otro Moisés, y hecho brotar el agua cristalina de la ciencia: Lutero había amasado su pan de gracia.

Por esto, dado el primer paso, ya no pudo volver atras, y se vió forzado á multiplicar los errores, á mostrarse más seguro de sí, á ser, en una palabra, más apóstata cada día. Puesto ya en esta pendiente, y temiendo muy fundadamente que *el papa mejor informado* condenara sus doctrinas, negó desde luégo su infalibilidad, y apeló de él al futuro concilio.

Así las cosas, falleció el emperador Maximiliano, y la eleccion del nuevo jefe del Imperio hizo olvidar por un momento al fraile de Wittemberg. Nombrado emperador de Alemania Cárlos I de España, Lutero, que había guardado absoluto silencio durante las muchas intrigas que precedieron á la eleccion, volvió á publicar sus escritos contra Roma, y Leon X, que quería á toda costa apaciguar la tormenta, nombró por nuncio apostólico para avistarse con el reformador, á Militz, canónigo de Maguncia.

La entrevista se verificó en Altemburgo el 5 de enero de 1519. Concertáronse al fin, y Lutero lo prometió todo, segun se ve por la carta que escribió dos días despues á su protector y amigo Federico de Sajonia.

«He visto, dice, á Cárlos de Militz, y hemos convenido los artículos siguientes: 1.° Cesaré de predicar, y viviré en el reposo; pero con el bien entendido que lo mismo han de hacer mis adversarios. 2.° Escribiré á Su Santidad que yo siempre he sido su hijo sumiso, y que siento vivamente que mis últimos sermones hayan promovido tantas prevenciones y tantos odios contra la corte de Roma. 3.° Invitaré al pueblo á que persevere en su obediencia á la Santa Sede, y á que interprete mis obras, no como hostiles, sino como llenas del mayor respeto por el papado. Y 4.° Someteré mi fe y mis escritos al juicio del docto arzobispo de Salzburgo.»

Lutero cumplió solamente en parte su palabra empeñada: á primeros de marzo escribió á Leon X en el sentido que él prometió á Militz; pero el falso agustino amaba demasiado las disputas para resignarse á la oscuridad, y era sobrado vanidoso para abdicar el título de fundador de una creencia nueva por más que se apoyara en una relajacion.

Roma abrigaba aún la esperanza de atraerse al monje rebelado. Lutero, sin embargo, no quería someter sus doctrinas al fallo del papa, y prefirió sujetarlas al exámen de las universidades; pero ni en la de Lovaina, ni en la de Leipsick, ni en la de Colonia pudo encontrar aprobacion.

Furioso entónces, recusa su sentencia, y él, que las había nombrado como jueces, desecha su opinion como incompetentes (1).

Al fin Roma no pudo sufrir más, y Leon X publicó una bula condenando las doctrinas del fraile agustino, pero asegurándole que todavía le perdonaría si prometía retractarse de sus errores, y esto es precisamente lo que no quería hacer Lutero.

Fijóse la bula pontificia en todas las iglesias de Sajonia, pero en muchas fué arrancada por el populacho y arrojada á las llamas.

Lutero apeló de ella al concilio general; pero no le bastaba esto, y era preciso quemar solemnemente la misma bula. Merecen conocerse los pormenores de este auto de fe.

(1) Esta y mil otras faltas de probidad que llenan la vida de Lutero debieran avergonzar á los imbéciles que *dicen* seguir sus doctrinas.

En 10 de diciembre de 1520, cerca de la puerta oriental de Wittemberg, se levantaba una inmensa hoguera, á cuyo rededor fueron reuniéndose sucesivamente varios miembros de la universidad, algunos frailes agustinos y muchos estudiantes y vecinos de la ciudad. A poco rato apareció Lutero vestido con el traje de doctor, llevando debajo del brazo las decretales de los papas, las constituciones llamadas extravagantes, y la bula de Leon X, impresa en gruesos caractéres. Seguíanle varios amigos con las obras de los defensores y apologistas de Roma.

El pueblo, al verle, prorumpió en vivas á Lutero, quien, despues de reclamar silencio, mandó se prendiera fuego á la hoguera preparada de antemano. Cuando prendió la llama, Lutero arrojó la bula en medio de ella diciendo: «Que el fuego te devore, por haber querido turbar la paz de la casa de Dios.»

La guerra quedó desde entónces declarada, y verificada la division y consumado el cisma.

El nuevo emperador, despues de prestar el juramento en Aquisgran, partió para Worms, donde había reunido la Dieta para arreglar varios asuntos del Imperio. Las disensiones religiosas habían llegado á turbar la unidad política, y Cárlos V necesitaba del concurso de los príncipes alemanes para ceñirse la aureola de gloria que por sus heróicas acciones le ha dado la posteridad.

Las disputas de Lutero habían conmovido los ánimos y apoderádose de las conciencias; un fraile apóstata, con su orgullo, creaba al monarca más poderoso de su siglo, dificultades más insuperables que las que había de suscitarle en Italia su ilustre rival Francisco I, su copretendiente al Imperio. Cárlos podía triunfar fácilmente del rey de Francia, en un sólo día, con los cañones de Gante y las lanzas de Namur; pero éstas y aquellos eran impotentes para domar la rebelion religiosa y política que cada día iba conquistando nuevos terrenos.

La Dieta estaba dividida en tres partidos. El católico, que reconocía á Alberto, arzobispo de Maguncia, como jefe espiritual, y como secular á Jorge, duque de Sajonia, ambos de grande energía y de fuertes conviccio-

nes; el luterano, que tenía por jefe al elector Federico, de indeciso carácter y débil por consiguiente, y el político que seguía las inspiraciones de Glapion, fraile franciscano, confesor de Cárlos V.

Empeñóse, éste, para resolver de una vez todas las dificultades que se presentaban, en reconciliar á Lutero con el papa; pero fueron vanos todos sus generosos esfuerzos. Lutero no quería retractarse, y esta era, como es de suponer, la base principal.

En este estado, el jóven emperador envió un salvo-conducto al apóstata, para que pudiese presentarse libremente ante la Dieta, y si bien fué aceptado, no quiso valerse de él sin ir acompañado de otro del elector Federico.

Su viaje á Worms, fué una completa ovacion, y por un momento pudo figurarse Lutero que él era el absoluto y verdadero dueño de la Alemania.

Aún á riesgo de ser molestos ó prolijos, no podemos dispensarnos de entrar en ciertos pormenores, que es necesario sepan todos para juzgar con suficiencia de datos y conocimientos en la repugnante y por todos términos asquerosa causa de la apostasía de Lutero.

Ulrico de Pappenheim, feld-mariscal del imperio, acompañó al apóstata ante la Dieta reunida en el palacio imperial. Las miradas de todos abandonaron al monarca, para fijarse en el ex-fraile. Juan Eck, nuncio del papa, empezó el interrogatorio en esta forma:

—Martin Lutero: su sagrada é invencible majestad, por consejo de las órdenes del Imperio, os llama aquí para que respondais á dos preguntas que voy á haceros. 1.ª ¿Reconoceis ser el autor de los escritos publicados en vuestro nombre?—2.ª ¿Consentís en retractar algunas de las doctrinas en ellos consignadas?

Iba á contestar Lutero cuando el jurisconsulto Jerónimo Schurf, consejero suyo, pidió que se leyesen los títulos de las obras.

El secretario leyó entónces:—«Comentarios sobre los salmos.—De las buenas obras.—Ejercicio sobre la oracion dominical.—Libro de la cautividad de la Iglesia en Babilonia.»

Lutero, que inclinaba la cabeza á cada uno de los títulos en señal de asentimiento, se levantó en seguida, y dijo:

—S. M. me hace proponer dos preguntas: la primera, si reconozco por míos los libros citados; y la segunda, si consiento en retractar las doctrinas que contienen.

No puedo negarme á reconocerlos como obra de mi pluma: jamas negaré haberlos escrito.

En cuanto si consiento ó no en retractarme, debo decir que en esta cuestion de fe, en la que se interesa mi salvacion eterna y la libre expresion de la palabra divina, sería muy peligroso responder en este momento ántes de meditarlo en silencio.

Los jefes de las órdenes deliberaron, y el secretario se levantó de nuevo, diciendo:

—Martin Lutero, aunque sabíais de antemano el motivo de vuestro llamamiento, y debiérais venir prevenido, sin embargo, la insigne clemencia del soberano os concede un día para preparar vuestra respuesta. Compareced, pues, mañana á la misma hora, con la condicion que debeis dar vuestra respuesta de viva voz y no por escrito.

Lutero volvió al día siguiente, y al repetirle la segunda pregunta, contestó el acusado con la apología de sus doctrinas; pero como el secretario observase que el objeto de la Dieta al reunirse no había sido el de discutir estas cuestiones, sino el de saber si quería retractarse, contestó Lutero con más firmeza:

— Supuesto que vuestra sagrada majestad y vuestras dominaciones exigen una respuesta sencilla, la daré: no será ambigua ni rebuscada, oidla. Como no se me convenza de error por el testimonio de la Escritura ó de la evidencia, porque no creo en la única autoridad del papa y de los concilios que con tanta frecuencia han errado y se han contradicho, y no reconozco otro maestro que la Biblia y la palabra de Dios, no puedo ni quiero retractarme. Tal es mi profesion de fe. No espereis de mí otra cosa.

Dicho esto se retiró, acompañado de las burlas y sarcasmos de la guardia imperial.

Dos días despues el emperador envió un mensaje á la Dieta, anunciando

que, vista la obstinacion de Lutero, no quería oirle más, y que podía retirarse resguardado por el salvo-conducto que se le había entregado, sin que pudiese por el camino predicar ni excitar al desórden.

En la Dieta había, sin embargo, algunos príncipes que opinaban se le debía castigar, pero Jorge, duque de Sajonia, defendió con nobleza la causa de su enemigo.

—Debe cumplirse, dijo, lo que se le ha prometido. El faltar á nuestra palabra, sería una mancha indeleble para nosotros, y nuestros antepasados se cubrirían el rostro de vergüenza.

—Muy bien, noble duque, le dijo entónces el emperador, muy bien: si la lealtad y la buena fe desapareciesen del mundo, deben refugiarse en el corazon de los príncipes.

Sin embargo, las simpatías que excitaba Lutero entre los príncipes y los caballeros teutónicos, inquietaban al emperador. Dispuesto á atravesar los Alpes, temía dejar en Alemania un instrumento de discordias intestinas. Una lucha con el monje apóstata de Wittemberg turbaba su sueño, y con el objeto de poner término á tantos males, acudió á que se tentara particularmente vencer su obstinacion y resistencia, á cuyo efecto tuvo Lutero una entrevista con el arzobispo de Tréveris y varios príncipes; pero ni en esta, ni en otra, que se verificó pocos días despues, pudo lograr el prelado ni una sola palabra de sumision.

Agotados todos los medios conciliatorios, se le notificó la sentencia imperial, y el apóstata-hereje se retiró de Worms dirigiéndose á Wittemberg.

Pocos ignoran las doctrinas de Lutero, que no resisten el más ligero exámen, cuando lo guía la buena fe y la verdadera ciencia; no obstante, para que el lector se pueda formar una idea de tales doctrinas, y de la longanimidad que así el Sumo Pontífice como el emperador habían tenido con él, esperando atraerle á la comunion católica, ponemos aquí las máximas ó proposiciones que, sacadas de sus mismos escritos, se le presentaron en Worms, y que Lutero afirmó de nuevo.

«El cristiano bautizado no puede perder el reino celestial por cualquier pecado que cometa, con tal que crea.»

Á esto contestó Lutero:

—Porque la fe borra todos los pecados del mundo.

«La Iglesia y los ángeles pueden imponer creencias al cristiano.»

Á esto contestó Lutero:

—Es la doctrina de San Pedro.

«No hay estado que pueda regirse felizmente por reyes.»

Confirmólo Lutero, diciendo:

—Es la doctrina de la experiencia.

«Todo hombre puede confesar y absolver.»

—Está escrito, contestó Lutero, en San Mateo: «Lo que ligarás en la tierra, será ligado en los cielos; y lo que desatarás en la tierra, será desatado en los cielos.» Estas palabras se dirigen á todos los cristianos.

«El pecado es por naturaleza siempre el mismo; no se agrava porque se cometa con una madre, una hermana, una hija.»

—Cristo lo dijo, replicó Lutero.

«Todo hombre puede confesar, consagrar una iglesia, conferir las órdenes.»

—Bajezas, replicó Lutero, que deben abandonarse á los subalternos: el obispo debe practicar el Evangelio.

«¿Aunque el mismo San Pedro gobernase en Roma, vos no lo reconoceríais por papa?

—El pontificado, blasfemó Lutero, no es más que una charlatanería.

«El libre albedrío es una quimera y una locura; la necesidad nos arrastra y nos rige.»

—El hombre, contestó Lutero, no puede obrar más que la iniquidad: lo he probado.

«El papa es hereje, cismático, idólatra, y ¡Satanás es la salvacion!»

—Es verdad, dijo otra vez Lutero.

Despues de tanto escándalo y de tenacidad tanta, ya no pudo Cárlos V ni debía permanecer silencioso, y ántes que se disolviese la Dieta, declaró en presencia de los electores del Imperio, de los nuncios de Su Santidad, y de gran número de miembros de los Estados, que había hecho redactar un

edicto en la forma de los antiguos edictos imperiales, contra el religioso agustino, que leído en alta voz, fué aprobado por todos los presentes, ménos por el elector Palatino y el de Sajonia, que se habían ausentado, el último por no autorizar ninguna medida severa contra su protegido.

Los discípulos de Lutero, envidiosos de la gloria que podía adquirir su maestro con sus llamadas reformas, tomaron la Biblia por su cuenta, la comentaron á su antojo, y lógicos segun la doctrina del maestro, sacaron de su propia y falsa interpretacion la abolicion del celibato eclesiástico y la de la misa, la destruccion de las imágenes de los santos y la supresion del bautismo.

Lutero no tuvo poder ni medios bastantes para oponerse á todas las extravagancias que de día en día surgían de aquellas cabezas acaloradas, y á fin de no perder completamente su objeto, acabó por ceder y adoptarlas.

Especialmente las doctrinas sobre el celibato de los eclesiásticos y frailes produjeron el efecto desastroso que se deseaba: muchos de ellos que de tiempo atras vivían abarraganados, elevaron á la categoría de esposas á las que mantenían como concubinas.

Iguales estragos hicieron en el sacrificio augusto de la misa. Carlostadio, arcediano de Wittemberg, fué el primero que, suprimiendo lo más esencial del sacrificio, repartió á los asistentes el pan y el vino, en memoria tan sólo de la última cena del Señor.

Nada, empero, tan elocuente para formarse una idea del desórden de los ánimos en aquella época como las últimas frases de una carta de Carlostadio á Lutero, haciendo la apología de sus máximas contra el celibato.

«Puesto que no has hallado, le decía, ni yo tampoco, texto alguno en los libros santos contra la bigamia, seamos bigamos, trigamos, y tomemos esposas cuantas podamos alimentar. Creced y multiplicaos, ¿lo entiendes?»

La civilizacion debe aquí vestirse de luto, porque retrocede á la barbarie, porque se plantean pavorosos problemas sociales cuya solucion correrá á cargo de los siglos venideros, que verán nacer errores sin cuento y desgracias irreparables debidas todas á las sectas políticas, hijas legítimas de la

Reforma, que trastornarán el mundo con los nombres de socialismo, comunismo, colectivismo, prescindiendo de los filosóficos, como el racionalismo, naturalismo y otros que tenderán de consuno á la demolicion y barrenamiento de las bases de toda sociedad constituída.

La secularizacion de los frailes produjo naturalmente y por consecuencia necesaria la apropiacion de los bienes de los conventos en favor de los príncipes, que aceptaron con premura este medio de aumentar sus riquezas. Esto, empero, no podía satisfacer á los pueblos, que, en virtud de las nuevas doctrinas, se creían con fundado y sobrado derecho para distribuirse dichos despojos.

Alzáronse, en efecto, y devastando los templos y los conventos desiertos ya por haberlos abandonado los frailes, guardó cada uno para sí la parte que pudo en el saqueo general de las alhajas y demas preciosidades que encerraban.

Y, de paso, obsérvese la falta de mision del supuesto reformador en estos sucesos y en sus consecuencias.

Quiso oponerse Lutero á estos desmanes populares, pero su palabra, falta de mision, fué desoída, y su cólera menospreciada. ¡Justo castigo! porque, para congraciarse Lutero con los príncipes y contar siempre con ellos para la defensa de su persona y de su doctrina, había escrito un libro para demostrar que sólo á ellos correspondían los bienes y propiedades de los conventos suprimidos, y en manera alguna al pueblo, ¡pobre pueblo! que clamaba por su distribucion.

Viendo en tanto que la autoridad de su palabra no podía convencer á los sublevados, desertando de la causa del pueblo que ántes había defendido con ardor, y adulando de nuevo al despotismo, trató de conseguir el perdon de sus apostasías, á cuyo fin escribió á Enrique VIII de Inglaterra, que había combatido con gran fuerza y vigor sus doctrinas, al arzobispo de Maguncia y á Jorge de Sajonia, pidiéndoles encarecidamente no se mostrasen hostiles á las doctrinas de Wittemberg; pero los dos príncipes desdeñaron contestarle, y el de Sajonia le replicó echándole en cara la sangre de los paisanos derramada, la profanacion de los templos, la mendicidad á que se veían re-

ducidos los sacerdotes, la violacion de las vírgenes, el destierro de los frailes que habían permanecido fieles á sus votos, el alarde escandaloso que en calles y plazas se hacía del incesto, la idolatría que se había propagado, el incendio de las ciudades, la incredulidad que se enseñoreaba en las cátedras de las universidades y colegios, concluyendo por preguntarle si era posible hacer la paz con un hombre que tantos males había causado á la Alemania. «Guarda tu evangelio, le decía Jorge; yo guardo el mío que es el que la Iglesia ha recibido de Cristo, y que ella misma me ha dado.»

Es evidente, pues, que Lutero no podía retroceder en su obra, y los desengaños, las contrariedades, las repulsas que recibía no podían dejar de aferrarle de cada vez más en su propósito. Por otra parte, no era improbable que alguno de los grandes talentos que había seducido con sus arranques heréticos, volvieran arrepentidos al gremio de la Iglesia. Arrastrados en un principio por la pasion de la novedad, á que tan fácilmente se abandona el corazon humano, se detenían luégo de repente, y, asombrados de su caída, volvían en sí, y por lo ménos permanecían en la vacilacion. Así sucedió con los que al principio fueron admiradores del apóstata, Staupitz, Miltisch, Crotus y Erasmo, que concluyeron por reconocer sus errores, y se reconciliaron y defendieron luégo la ortodoxia católica.

Lutero sabía, pues, perfectamente que el abismo más insondable que podría abrirse entre el catolicismo y la mal llamada Reforma, era el casamiento de los clérigos, y tanto era esto verdad, que de los frailes que tomaron mujer, ninguno volvió á reconciliarse con Roma (1).

Era, pues, de todo punto imposible, que Lutero, tan acérrimo defensor del matrimonio de los clérigos, tan vicioso y tan apasionado, pudiera continuar por más tiempo guardando las apariencias del solemne voto de castidad, y muriera en el celibato; pero como buen hipócrita y malvado, ántes de dar público testimonio de su lascivia, trató vilmente de atraer á su partido al cardenal arzobispo de Maguncia, pintándole el grande y sorprendente

(1) Sabido es el tan vulgar y manoseado refran: «No hay hereje sin mujer.» Ahora mismo no habría un sólo pastor protestante si Roma permitiera el matrimonio.

ejemplo que daría al mundo,—escandalizándolo,—si él tan altamente distinguido en dignidad, se casaba públicamente.

Como era de presumir, no le contestó el arzobispo; pero el ex-fraile Martin, ofendido de su silencio, volvió á dirigirle otra carta, en la que desahogó toda su cólera con tan obscenas expresiones que se mancharía el papel y se faltaría al decoro debido á los lectores trascribiéndolas aquí.

Si Lutero, como jefe, no hubiese dado ejemplo, yendo al frente de lo que él llamaba la Reforma, hubiérale rodeado el desprestigio, y su causa hubiera perecido ántes que él hubiese desaparecido del mundo. En su consecuencia, resolvió casarse, pero lo efectuó tan secreta y repentinamente, que su enlace sorprendió á sus amigos y enemigos: los primeros lo deploraron, los segundos se regocijaron.

Por cierto que á todos les sobraban motivos para los encontrados sentimientos que respectivamente les movían.

Es máxima indefectible que un abismo llama á otro abismo. No bastándole á Lutero el escándalo de amancebarse, debía agravar su crímen con horrendo sacrilegio, eligiendo por cómplice una monja, llamada Catalina Bora, quien, al profanar su hábito, fué más digna compañera de su digno apóstata.

La historia del matrimonio de Lutero con Bora, tiene más carácter de escenas dramáticas del *Don Juan Tenorio* que la seriedad inseparable de acto tan formal en la vida del hombre. Para que Catalina sea una verdadera Inés, le falta sólo la pasion amorosa dignificada que nos hace simpática á esta última, miéntras aquella nos repugna y se nos hace odiosa.

La vida del cláustro no debió acomodarse mucho al carácter de la jóven Bora, pues no pudiendo recabar de sus padres que la sacaran del convento, acudió al doctor Martin Lutero, pidiéndole amparo y proteccion, que no supo prestarle por sí mismo, como debiera, si su corazon hubiese estado á la altura de su orgullo y vanidad. Incapaz Lutero de arranques nobles confió el acto de galantería amatoria á dos jóvenes aventureros, quienes se introdujeron una noche en el convento, violando la santidad del lugar, con fractura de puertas, como criminales vulgares, esperando detras de las puertas Catalina Bora y otras compañeras.

Entónces conoció Lutero á Catalina, y aún cuando ántes de amancebarse con ella había tenido ya otros amores, quiso distinguirla á ella con el pomposo título de esposa, con el objeto de ocultar su desliz.

Para que se conozca el carácter lascivo del apóstata Lutero, debe saberse que Catalina tenía hermosos cabellos que cubría por la noche, con negligencia, en su sencilla papalina de dormir, y el ex-fraile, al despertar, se regocijaba en verlos esparcidos en el incestuoso lecho.

La Providencia, empero, no bendijo aquella union ilícita, porque en los escritos del apóstata se encuentran hartos pasajes donde se descubre la infelicidad del hogar doméstico del doctor Martin. Uno solo de estos servirá de buena prueba: «Paciencia con el papa; paciencia con los entusiastas; paciencia con mis discípulos; paciencia con Catalina Bora; mi vida es un continuado ejercicio de paciencia.»

Para el historiador imparcial son páginas negras todas las que á la civilizacion deben dedicarse miéntras ocurrían los desvaríos del ex-fraile agustino; pero si deben llorarse lágrimas de sangre al recordar tan tristes sucesos, no puede reprimirse la noble indignacion, prescindiendo de religiones, al recordar un hecho abominable, vil, por todo extremo, cobarde y asqueroso que manchará eternamente con el más bajo baldon el nombre de Lutero. No ya su patria, sino la Europa entera maldecirán y cubrirán de oprobio al ex-fraile de Wittemberg.

Hé aquí el hecho en toda su desnudez.

La Turquía vencedora arrojaba sus fanáticas legiones por las fronteras de Europa, y trataba seriamente de sustituir la media luna á la cruz, la fuerza al derecho y la muerte sin proceso á los fueros eternos de la justicia.

La Dieta había pedido y votado subsidios para la guerra contra los sectarios de Mahoma, y los católicos habían ofrecido cuanto tenían; pero las riquezas de los católicos no bastaban para hacer frente á la invasion musulmana.

Doscientos mil turcos, despues de apoderarse de Hungría, habían llegado hasta los muros de Viena.

Lutero podía sólo con una palabra ofrecer la cooperacion de los príncipes protestantes; pero Lutero, imbécil como siempre, había exclamado: ¡Paz á los turcos! y su voz, eco del infierno, fué más poderosa que los lamentos de la patria y el terror de la esclavitud.

La historia repele de sus páginas, despues de consignada en sus anales, la conducta miserable y afrentosa que en aquellos críticos y angustiosos momentos ofrecieron Juan, elector de Sajonia; Jorge, marqués de Brandemburgo; Ernesto y Francisco, duques de Limburgo; Felipe, landgrave de Hesse; Wolfang, príncipe de Anhalt y los diputados de catorce ciudades que se negaron ¡cobardes! á oponerse á las huestes de Turquía. Pero tambien recuerda la noble cuanto heróica respuesta que Cárlos V dió á estos mismos disidentes, cuando pocos días despues le presentaron la protesta que habían hecho en la Dieta de Spira el año anterior. «Dios os juzgará, les dijo el emperador. Os habeis negado á socorrer á vuestros hermanos y rehusado vuestro dinero á vuestros príncipes sitiados, y por ello habeis violado una ley fundamental del Imperio.»

No nos haremos pesados diciendo una vez más que Lutero había puesto en combustion á todo un grande imperio; desde que principió á predicar sus doctrinas no había la Alemania disfrutado ni un solo momento de paz, y en su suelo se habían renovado las más deplorables escenas de los tiempos de la barbarie. ¡Y aún se quiere por hombres obcecados que el protestantismo haya contribuído á la civilizacion europea, cuando la ha retrasado por infinito número de siglos! ¡Cuando actualmente es el protestantismo lo que tiene encallada la civilizacion! ¿Qué podía esperarse de una doctrina que envenena las inteligencias con el dogma fatal de la infalibilidad de las Sagradas Escrituras dejadas, sin ninguna autoridad, á la interpretacion individual, con cuyo procedimiento es imposible la fe, y sin la fe, segun la secta luterana, no es posible la salvacion?

Miéntras tanto, se habían apurado en vano todos los medios de conciliacion: los papas y los reyes habían sucumbido ante la influencia y el poder del apóstata.

El imperio aleman presentaba un cuadro desolador á principios de 1530.

Cárlos V no podía ver con indiferencia la ruína de aquella parte de sus estados, y, para hacer el último esfuerzo, convocó una dieta en Augsburgo.

Lutero no asistió á dicha Dieta, porque proscrito por el edicto de Worms se hacía reo de estado si se hubiera atrevido á presentar ante el mismo emperador que había fulminado aquella severa sentencia; pero tuvo por representante principal á Melanchton, que presentó en nombre de los príncipes la profesion de fe de los reformados, conocida en la historia con el título de *Confesion de Augsburgo*, y á Jonas y Spatasino, sus discípulos predilectos.

Grande asombro causó entre los doctores católicos la lectura de esta confesion, sobre todo por la forma aparentemente modesta y moderada con que se había redactado. Reuniéronse los doctores de órden del emperador, y despues de examinarla, condenáronla como ofensiva en diferentes artículos al dogma de la Iglesia Romana; pero, ya fuera por cansancio y postracion de los defensores de la llamada reforma, ya fuera que sus argumentos para sostenerla fueran victoriosamente refutados por los teólogos católicos Eck y Faber, lo cierto es que propusieron un medio de reconciliar las dos doctrinas opuestas.

Semejantes tentativas irritaron de tal manera el carácter furibundo de Lutero, que durante el tiempo de la Dieta permaneció enfermo en Coburgo, que no sólo escribió una carta llena de improperios á sus discípulos, como acostumbraba hacerlo, sino que instigó á Felipe de Hesse para que desobedeciendo las órdenes del emperador saliese repentinamente de la ciudad.

Este suceso inesperado dió un nuevo giro á las sesiones de la Dieta, que volvió á proscribir las doctrinas luteranas y anatematizar á los que las profesaban, miéntras que los príncipes y estados que las habían adoptado como su símbolo de fe, formaban á instigacion de Felipe la liga llamada de Smalkalde, que secundada y fomentada activamente por Lutero, volvió á turbar la paz de Alemania encendiendo una terrible guerra religiosa: ¡Triste destino el de Lutero, dejar innumerables regueros de sangre por dar satisfaccion á su insaciable orgullo!

Ni en los postreros días de su vida quiso desmentir Lutero el odio que

tenía contra Roma, objeto constante de su ira, de la que se despidió en un folleto lleno de hidrofóbia, en el que se leían entre otras rabiosas diatribas y sandeces: «Es verdad que si yo fuera emperador obraría á mi manera. Á toda esa canalla de papas, de cardenales y de esa familia papal, la metería en un saco y la arrojaría al mar tirreno, cuyas aguas son un excelente específico para curar las llagas, postemas y toda clase de enfermedad papal. Si tuviesen miedo al agua, porque los energúmenos y los locos son hidrófobos, les ataría la piedra sobre la que está fundada la Iglesia, y las llaves que sirven para atar y desatar todo lo que hay en el cielo y en la tierra... Colgaría de su pescuezo los decretos, las decretales, las clementinas, las extravagantes, las bulas, las indulgencias, la manteca y el queso, y respondo que en media hora quedarían lavados de todas sus manchas.»

Pocos adeptos hubiera tenido Lutero con sus nécios escritos (1) si á sus sandeces no hubiese añadido el incentivo del botin y de la lujuria, que le proporcionaron más parciales que todas sus obras, y su partido se formó y engrosó con toda clase de gente de malas costumbres y de reyezuelos ambiciosos.

La fijeza de ideas en Lutero era cosa enteramente desconocida, pues tan arrebatado con sus parciales como con los católicos, si le contradecían aquellos amenazaba con retractarse de todo lo que había enseñado. ¡Rasgo que pinta por sí sólo la *verdad* de su doctrina! Por haberle una vez disgustado los zuinglios, escribió de ellos: «Tienen el diablo en el cuerpo y están endiablados, superendiablados; su lengua es lengua de mentira, movida á gusto de Satanás, embebida, saturada de su veneno infernal.» Y no sólo se deshacía en improperios contra los demas, sino que, en sus arrebatos, no se perdonaba á sí propio, regalándose los dicterios de satanizado, persatanizado, lleno de diablos, y así por el estilo.

Ya mucho ántes de sentir el vértigo que da la celebridad á los hombres

(1) No somos nosotros quienes calificamos el estilo de Lutero. A propósito de la frase *Veniatis domine Henrice, ego docebo vos,* dirigida á Enrique VIII de Inglaterra, dijo Erasmo que ya que Lutero endilgaba groserías, debía siquiera escribir en buen latin. La observacion es exacta.

de mediano talento y faltos de virtud para resistirla digna y humildemente, escribía lleno de orgullo á Tetzel: «Yo me burlo de tus escritos como de los rebuznos de un asno; en lugar del agua te aconsejo que hagas uso del jugo de la vid, y en lugar del fuego puedes, amigo mío, aspirar el olor de un ganso asado. En Wittemberg me encuentro. Y yo, la persona de Martin Lutero, hace saber á todo inquisidor de la fe, que como tú, se traga el hierro hecho ascua, hiende y divide de un sólo mandoble las más elevadas montañas, que aquí se encuentra muy buena hospitalidad, puerta franca al que llega, mesa á pedir de boca y cuidados esquisitos, merced á la hidalguía y generosidad de nuestro duque y príncipe, el elector de Sajonia» (1).

* * *

Tomemos de nuevo el hilo de la relacion interrumpida, recordando, aunque sea con largas pinceladas, los más notables y abultados hechos del pontificado de Leon X en sus relaciones con el siglo en que vivió y con el Renacimiento, padre legítimo de la Reforma.

Las cruzadas, al abrir nuevas vías de comunicacion al comercio, inauguraron, sin darse cuenta de ello, una revolucion que fué la causa de la caída del imperio griego, arrojando á Italia, segun hemos visto, una verdadera plaga de literatos griegos, que despertaron en la Europa occidental una aficion mal dirigida hacia los estudios de la antigüedad. En casi todas las ciudades italianas se encontraban literatos, hombres de ciencia, y artistas de nombradía, pero las discordias civiles que traían revuelto todo aquel país y las guerras exteriores que debían sostenerse, les privaban á menudo

(1) Confesemos que hoy se encerraría en un manicomio á un escritor que se produjera por el estilo, despues de haber ensayado ántes un tratamiento de urbanidad, haciéndole aprender de memoria un pequeño tratadito al alcance de los niños.

de la tranquilidad necesaria para el estudio y de las comunicaciones tan indispensables como útiles al talento.

Leon X, animado de buenos propósitos, aunque equivocando los medios de su realizacion, concibió el proyecto de reunir en un centro comun todos estos rayos dispersos, fundando un inmenso depósito, en el cual se conservaran con exquisito cuidado los elementos de todos los conocimientos humanos, para que fuera como una fuente inagotable de saber y emulacion.

Bajo esta idea restableció el gimnasio romano, al que restituyó sus rentas, que desde muy antiguo habían sido destinadas á otros usos extraños, reuniendo en él los profesores más aventajados de Europa. La teología, el derecho canónico y civil, la medicina, la filosofía moral, las ciencias naturales, la lógica, la retórica y las matemáticas, tuvieron sus cátedras públicas ricamente dotadas por el papa. Concedió varios privilegios á los estudiantes, mereciendo su particular cuidado el estudio de la lengua griega, por considerarla cuna del saber. Juan de Lascaris, que atrajo de Venecia, y Marco Musuro, llevaron consigo una colonia de helenistas escogidos, verdadera plaga, que propagaron la aficion de aquella antigua literatura tan funesta orígen del Renacimiento, de donde salió la supuesta Reforma protestante.

«Los reformadores Lutero, Zuinglio, Calvino, Melanchton, Enrique VIII, eran no teólogos ó filósofos, sino literatos, ó como se les llamaba entónces, humanistas apasionados por los autores paganos, adoradores de la carne, insurreccionados contra las leyes, harto severas para ellos, de la disciplina religiosa, de la abstinencia, de la continencia, del celibato, de la santidad del matrimonio.

»Erasmo, tan parlanchin y ruidoso, iba repitiendo en todas partes y en todos los tonos: «El Renacimiento es el huevo, la Reforma es el ave que de él ha salido.»

»Zuinglio dijo tambien: «Las nuevas luces que se han derramado desde el Renacimiento de las letras, debilitan la credulidad del pueblo, abriendo los ojos acerca de una multitud de supersticiones, y le privan de adoptar á ciegas lo que le enseñan los curas.»

»El animoso síndico de la Facultad de teología de París en 1526, Beza,

decía muy alto: «La herejía se propaga por los literatos, enemigos jurados de la Edad Media, y orgullosos por su jefe (Erasmo). Porque tienen una ligera tintura de las bellas letras, se creen capaces de discurrir acerca de todas las ciencias sagradas. Merced á esta táctica, el mal aumenta y se hace tanto más incurable en cuanto los médicos llamados para curarlo, es decir, los maestros de la religion, son tratados de teologastros por los humanistas, que les desprecian como hombres completamente ignorantes de lo que enseñan. El objeto de estos grecisantes no es otro que hacerse pasar por los verdaderos maestros de la ciencia sagrada. Nosotros, dicen ellos, estudiamos las Escrituras en los textos originales..... nosotros leemos las obras de los antiguos doctores..... Hé aquí los títulos que se atribuyen los humanistas;... al mismo tiempo califican á los doctores de la escuela de botarates, mugrientos, ignorantes en materia de bellas letras, y, por esto mismo, de enemigos de las luces.»

»Finalmente, un historiador protestante, Buhle, escribió: «Esta revolucion memorable que Martin Lutero, Felipe Melanchton y sus amigos ó sectarios comenzaron en 1517, fué obra del perfeccionamiento de la filosofía, seguida del Renacimiento de las letras.» Y añadía: «Sembrad humanistas, y recogereis protestantes.» No hay un historiador sincero que no diga con un escritor moderno, Mr. Alloury: «para producir un incendio, la antorcha de la Reforma tuvo que encenderse en la del Renacimiento» (1).

La imprenta, descubrimiento de aquella época, contribuyó poderosamente á la propagacion, porque en breve las prensas tipográficas de Aldo Manucio dieron á luz una edicion de las obras de Platon.

Homero y Sófocles salieron de la oscuridad en que se hallaban sepultados.

El impulso dado por Leon X animó á los particulares. El comerciante Chigi compró una magnífica casa en el Trastevere, para convertirla en museo de pintura y escultura.

El tipógrafo Calhiergi, rivalizando con Manucio, publicó las obras de Píndaro y de Teócrito.

---

(1) Moigno.—*Les Splendeurs de la Foi*, tomo I.

El ilustrado pontífice no descuidó, á pesar de todo lo que llevamos dicho, la lengua latina.

Por una cantidad entónces fabulosa compró un ejemplar de los cinco primeros libros de Tácito, que se hallaba en la abadía de Corwer (Westfalia) para que los imprimiese Pervaldo el jóven, conminando al mismo tiempo con excomunion al que los falsificase.

Tambien protegió Leon el estudio de las lenguas orientales: el hebreo fué enseñado por Agacio Guidacerio y Santos Pagnini á quien confió la traduccion de los libros santos; y á ambos una edicion políglota de los salmos, y la de un manuscrito árabe, titulado: *Filosofía mística de Aristóteles.*

La poesía nacional se enriqueció con todos los tesoros de la literatura clásica; los escritores de mayor mérito se ejercitaron en la versificacion latina, y muchos alcanzaron una doble corona en sus producciones bilingües.

Las obras de Aristóteles y de Platon fueron acertadamente comentadas. La astrología judiciaria empezó á decaer ante los cálculos de una astronomía metódica, y lo que parecía indescubrible se puso al alcance de los ménos instruídos. Tantos y tan notables descubrimientos inspiraron á Leon X el proyecto de reformar el calendario; pero estaba reservada á otro papa la gloria de tan útil como científica reforma.

El descubrimiento de la América abría nuevos horizontes á la civilizacion. El Sumo Pontífice, gloria de aquel siglo, no se contentó solamente con hacer á los monarcas descubridores, concesiones que entónces se creían imaginarias, sino que extendió su benéfica autoridad, hasta los desgraciados indios.

La liberalidad del pontífice convirtió en útiles y agradables las incansables tareas de los sabios.

No olvidó tampoco el recoger en públicos depósitos todos los monumentos con que había enriquecido á su siglo. Había acometido este proyecto siendo todavía cardenal; la biblioteca empezada á formar por sus cuidados, estaba destinada para Florencia. La extension que dió despues á este establecimiento, le obligó á construir más tarde un edificio particular que confió á la habilidad de Miguel Ángel.

Este es el orígen de la biblioteca Laurentina.

Adornóse el palacio del Vaticano con pinturas y dibujos de Rafael, entónces en todo el apogeo de su gloria artística.

Miguel Ángel enriqueció con sus obras la capilla Sixtina, encargándole al mismo tiempo la construccion de la iglesia de San Lorenzo en Florencia.

El grabado al buril y al agua fuerte nacieron al mismo tiempo, para propagar las bellísimas creaciones del pincel, y darles una duracion que de otro modo no podían prometerse.

Como aficionado á la música y conocedor de su teoría, favoreció sus estudios y en particular el canto, que da tanto esplendor y grandeza á las majestuosas ceremonias de la Iglesia católica.

Tanto esplendor, tantos beneficios é ilustrada proteccion en aquel país de las majestuosas y poéticas ceremonias, que celebraba las bodas del mar con la poderosa república de la época, con un lujo y magnificencia que sólo es dable ver en ciudades italianas, transformaron la corte de los papas en una mansion deleitosa, y en punto de reunion de todos los hombres amables é instruídos, cuyas obras propagaban el saber y hacían entónces el encanto de aquella sociedad hechizada al influjo del paganismo que resucitaba.

Nacieron tambien en aquella época los improvisadores ejercitándose en esos esfuerzos de la inteligencia. Leon X promovía y fomentaba estas luchas del ingenio en medio de los espléndidos banquetes que daba á los literatos, y cuya profusion, delicadeza y familiaridad que con ellos usaba, ha dado motivo y pábulo para la crítica de las costumbres particulares de aquel notable é ilustre pontífice.

Y sin embargo, segun el testimonio de autores contemporáneos, era Leon X sumamente sobrio, ayunaba con frecuencia, y deslucía tan relevantes cualidades mandando que, miéntras comía, le leyesen las páginas calificadas de más bellas de los escritores paganos de la antigüedad.

Un autor protestante, Guillermo Roscoe, despues de examinar las varias opiniones emitidas acerca de Leon X, las resume diciendo: «Tenemos las pruebas más completas acerca de la pureza de costumbres de este papa, tanto en su juventud, como cuando ciñó la triple corona de pontífice; pero,

al desechar acusaciones escandalosas y sin fundamento, hemos de convenir en que las distracciones de Leon X, no eran siempre conformes á su alta dignidad.»

* * *

Para cerrar el rápido estudio acerca del siglo de Leon X, fáltanos examinar la conducta de este ilustre pontífice con respecto á los asuntos religiosos, pero lo mucho que nos hemos ocupado en la Reforma, al hablar de Lutero, nos dispensa de ser extensos, por no incurrir en frecuentes repeticiones que no podremos ahorrarnos por completo.

Leon X deseaba terminar el concilio de Letran, convocado cuando ocurrieron las primeras desavenencias entre él y el rey de Francia, al que acababan de adherirse sucesivamente todas las potencias que se habían opuesto á su convocacion, especialmente la misma Francia y el Imperio. Una de las últimas actas de este concilio, era la aprobacion del concordato entre Su Santidad y el monarca francés.

Este tratado tomó, desde entónces, el carácter de ley eclesiástica. Ya anteriormente había sido firmado otro convenio igual entre Nicolás V y Federico III para las iglesias de Alemania, sin que se hubiese suscitado reclamacion alguna; pero no sucedió así con el concordato francés, al que se opusieron todos los poderes del Estado con toda energía, tratando de defender las llamadas en mal hora libertades de la iglesia galicana; pero el rey, con mejor acuerdo, se mantuvo firme en sostenerlo, y así lo llevó á cabo con gran fuerza de voluntad.

Desde entónces, el concordato ha sido la ley comun de las elecciones eclesiásticas, puesto que léjos de destruir la antigua pragmática francesa había conservado los puntos principales, como la abolicion de las espectativas, el restablecimiento de la jerarquía en los tribunales eclesiásticos, y la revocacion de las antiguas cuotas que sólo subsistieron, desde entónces,

como un subsidio voluntario para contribuir á los gastos de la Santa Sede. La única innovacion que se adoptaba era respecto al nombramiento de los obispos, que se confería al rey y al papa juntamente, retirándolo de los cabildos metropolitanos, para evitar las disputas y desórdenes que frecuentemente resultaban al recurrir al trono pontificio.

Debiéramos ahora tratar el gravísimo asunto de las indulgencias, que sirvió de pretexto á Lutero para su llamada Reforma. No siendo, empero, de nuestra incumbencia esta materia, por no permitirlo la índole de nuestra obra, observaremos únicamente que andan equivocados, por malicia ó ignorancia, los que dicen que Leon X hizo nacer entre los dominicos y los agustinos una rivalidad que debía ser funesta para Roma, dando á los dominicos la mision, desempeñada hasta entónces por los agustinos, de recoger el dinero de las indulgencias. Y decimos que andan equivocados por malicia ó por ignorancia, porque Pallavicini ha probado hasta la evidencia que semejante mision fué concedida á los franciscanos en tiempo de Julio II, antecesor de Leon X, en tres distintas ocasiones.

Ademas, y lo hicimos notar oportunamente ya en su sitio correspondiente, Leon X publicó las indulgencias el año 1517, y es cierto, hasta la evidencia tambien, que desde el año 1516 había Lutero hecho sostener en Wittemberg algunas tésis públicas, en las que sin grande esfuerzo de inteligencia, por demasiado trasparentes, vislumbraron ya las personas ilustradas el pernicioso gérmen de los funestos errores que despues, quitada la máscara, enseñó el apóstata fraile.

El espíritu de reforma vivía en estado latente en dos partidos. Los concilios de Constanza y Basilea, cuyos decretos fueron anulados por el de Letran, pueden servir de mucha luz para estudiar la agitacion de aquellos aciagos tiempos (1).

---

(1) Constanza es una ciudad en el gran ducado de Baden. El concilio que se celebró en ella el año 1414, al que debe su fama, tuvo por objeto extinguir el gran cisma de Occidente, y condenar las doctrinas y errores de Wiclef, Juan Hus y Jerónimo de Praga. Este concilio no se halla en el catálogo del Vaticano, porque los papas no han querido jamas aprobarlo en su totalidad, por motivo de haberse establecido en él la sentencia que enseña que el concilio general es superior al papa, lo que es una herejía.

Basilea es una ciudad sufragánea de Friburgo, en Suiza. Es famosa por el concilio que se celebró en ella el año 1431, y que por fin degeneró en conciliábulo.

Uno de los partidos que pedían la reforma componíase de gentes animadas de un celo sincero, pero pacífico, que deploraban los abusos sin encono, proponían el remedio con respeto, y no querían destruir, sino consolidar.

El otro reunía los ánimos altivos é inquietos, los cuales querían nivelarlo todo, so pretexto de restablecer la pureza de los principios, derribando la jerarquía que ofendía á su indomable orgullo.

Formaban este último partido los waldenses, (1) los albigenses, Wiclef, Juan Hus y Jerónimo de Praga.

A pesar de los esfuerzos para comprimir la rebelion, permanecía vivo, aunque oculto, el fuego, y sólo esperaba una ocasion propicia para estallar.

Obligados los papas durante el siglo décimoquinto á valerse á veces de las armas para acudir en defensa de su autoridad, y á ser políticos á pesar suyo para recobrar los dominios de la Iglesia invadidos por los usurpadores, habían contraído ciertas costumbres más guerreras en apariencia que religiosas, redundando esto hasta cierto punto en desdoro del respeto que se merecía el sacerdocio.

Pero no es esto todo; y aquí hemos de repetir una vez más, con íntimo dolor, que la literatura, paganizada ya, contribuía poderosamente por su parte, y segun lo confiesan los mismos escritores protestantes, á desacreditar á los pontífices romanos y á todo el cuerpo eclesiástico.

Los poetas italianos, abandonando la buena escuela, y otros muchos ingenios, mezclando á sus bellas producciones sútiles gracejos con sarcasmos mordaces, dejaban en los ánimos impresiones que preparaban á un rompimiento.

---

(1) Estos sectarios tomaron su nombre de Pedro Valdo, que vivió en el siglo duodécimo. Sus principales errores consisten en afirmar que todos los hombres, aunque no sean eclesiásticos, están autorizados para predicar, consagrar la Eucaristía, perdonar los pecados, etc., etc. De estos sectarios existen todavía algunos miles en los valles del Piamonte, donde tienen algunas iglesias, y se les da comunmente el nombre de *Barbetti*.

Por lo dicho se ve que no le queda á Lutero ni la gloria de la invencion ó iniciativa de sus errores; pero le sobraba de orgullo lo que le faltaba de talento y por esto logró fortuna y celebridad.

De los albigenses y demas sectarios ó herejes, hemos dicho ya lo más indispensable para no carecer de los datos más preciosos al objeto de saber á qué atenerse el lector.

El admirable descubrimiento de la imprenta, vino á dar nuevo y más poderoso pábulo á la tempestad que rugía, propagando con sus irresistibles resortes máximas é ideas enteramente contrarias á las entónces dominantes, entre las clases más ínfimas y ménos ilustradas de la sociedad.

En estas críticas circunstancias publicó Leon X la indulgencia general, que sirvió de pretexto á Lutero para su apostasía ó supuesta reforma que, principiada en Alemania en 1517, fué introducida en Suecia en 1521, en Dinamarca en 1527, en Suiza hacia el mismo tiempo por Zuinglio y Ecolampadio, en Holanda en 1528, en Francia, por Calvino, en 1533 y en Inglaterra en 1534 por Enrique VIII.

Y pondríamos aquí punto para que, dando tregua á esas luchas religiosas que enconaron los ánimos hasta el completo olvido de todo sentimiento de caridad, pudiéramos pasar á otra materia más agradable, útil é interesante desde todos los puntos de vista para la civilizacion, objeto único y constante de nuestro estudio, si la importancia ulterior de tan trascendentales sucesos nos lo permitiera.

Miéntras se encontraba reunida la Dieta de Worms, se hallaba Lutero encerrado en el castillo de Wartburgo, regularizando en calma su reforma, y traduciendo el Viejo y Nuevo Testamento, para probar que en estos libros sagrados no se hacía mencion del papa, ni de la misa, ni del purgatorio, ni de la transubstanciacion, ni del celibato del clero, ni de los votos monásticos, ni de la veneracion de los santos. Lutero, negando la autoridad de la Iglesia y de los concilios, y admitiendo el exámen y la duda en materias de fe, ignoraba por culpa suya las consecuencias y la disolucion moral y religiosa á que conducía su necia y herética doctrina.

Sin embargo, y hasta sin comprenderlo Lutero, segun hemos dicho ya algunas veces, seguía su camino la reforma y se extendía por desgracia con sobrada rapidez. Á fines de diciembre de 1521 reuniéronse en Wittemberg los agustinos de Misnia y de Turingia, y votaron la supresion de las misas y la abolicion de los votos y reglas monásticas, especialmente las de las órdenes mendicantes.

Poco tiempo despues, Carlstadt, el antiguo discípulo de Lutero, celebró

la misa en aleman, suprimió la elevacion, y distribuyó sin previa confesion, la comunion bajo las dos especies.

Así, desde que Lutero había sentado el principio de la libre interpretacion de la Escritura, por todas partes se levantaban nuevos y falsos profetas que, como él, engañaban al pueblo, despertando un misticismo popular al que se sintió siempre propensa la poblacion del norte de Alemania.

Algunos sacerdotes habían dado ya el ejemplo de casarse y otros movimientos populares habían destruído los altares de Wittemberg.

Lutero conoció entónces su error; pero ya no era tiempo de que su orgullo volviera atras. Quiso no obstante contener la reforma, que, desbordada, se escapaba de sus manos; por esto, sin pedir permiso al elector, salió de Wartburgo el 5 de marzo de 1522, y se presentó en Wittemberg, donde predicó la obediencia á las leyes políticas.

Sin embargo, como era natural y lógico, las predicaciones de Lutero comenzaban á dar sus amargos frutos.

El protestantismo, dice un publicista moderno, es la causa primordial de todas las calamidades que han pesado sobre la Europa de trescientos años acá (1). Díganlo por nosotros los hechos. Apénas sus flamantes apóstoles hubieron sembrado la mala semilla entre el pueblo, un dilatado incendio recorrió la Alemania, la Francia, la Suiza y la Inglaterra; una guerra de treinta años, el saqueo de cien mil monasterios, sagrados asilos del saber, monumentos de la caridad de nuestros mayores; la devastacion y el despojo de más de doscientas mil iglesias; ríos de sangre desde el Norte al Mediodía de Europa; fechorías inauditas, odios atroces, perjuicios, escándalos capaces de abochornar al mismo vicio, tales fueron los resultados inmediatos del protestantismo.

Un autor nada sospechoso define al protestantismo de esta manera: «El amor de los bienes eclesiásticos fué el causante principal de la Reforma en Alemania, así como en Francia fué el amor á la novedad, y en Inglaterra el

(1) Dícelo Grocio, famoso protestante: «*Ubicumque invaluere Calvini discipuli, imperia turbavere.*»

amor impuro.» Tres grandes amores, grandes por lo que tenían de abominables pasiones.

El eco de las predicaciones de Lutero fué la sublevacion de los campesinos de Suabia, quienes, dando libre vuelo á los sentimientos de venganza, no perdonaron ni edad, ni sexo. La Alemania católica y luterana se aterró ante esa demagogia religiosa y política, que presagiaba á los futuros niveladores de Inglaterra. El mismo Lutero, cuyo nombre habían invocado los insurrectos, vaciló, y, por fin, se declaró contra ellos.

Quizas fué este el paso más político de Lutero para el triunfo de sus doctrinas disolventes. Demostrando habilidad y astucia, hizo primero el papel de mediador, condenando en nombre del Dios de paz á quien tan gravemente ofendía, á los nobles y á los plebeyos; pero, ¿cómo debía hacer caer de las manos las armas que empuñaban doscientos mil campesinos decididos á hacerse justicia á sí mismos?

Viendo entónces Lutero que no había llegado aún el tiempo de echarse en manos del pueblo, y que el poder monárquico estaba destinado á obtener el triunfo en toda la Europa, dando muestras de criminal y punible egoismo, se decidió resueltamente á favor de este principio, antítesis de sus doctrinas. Sacrificando, pues, inhumanamente á la multitud que sus doctrinas habían extraviado, intimó á los príncipes, los caballeros y los nobles «se alzasen contra la raza execrable de los campesinos perjuros, y la exterminasen sin misericordia.»

El 30 de mayo de 1525 escribía: «Creo que todos los campesinos deben perecer ántes que los príncipes y los magistrados, porque toman las armas sin autoridad divina... No son dignos de misericordia ni tolerancia, sino de la indignacion de Dios y de los hombres, puesto que están fuera de la ley de Dios y del emperador. Pueden, pues, tratarse como perros rabiosos.»

Estas duras palabras,—dice un historiador amigo del Renacimiento,—hacen caer la máscara hipócrita de que ha sabido cubrirse el reformador.

Aquel á quien parece que sólo los abusos del clero y una piedad mal

entendida había extraviado; aquel á quien parece que el terror que le inspiraron las máximas maquiavélicas y la impiedad de la Italia, lanzaron en la carrera azarosa de la reforma, sigue él mismo una conducta impía y maquiavélica, con el único objeto de hacer triunfar unas doctrinas de que es evidente que no estaba convencido, ó autorizaba, por lo ménos, los medios reprobados por él mismo para conseguirlo.

De todos modos, esta conducta malvada afianzó el triunfo de la Reforma.

Lutero consumó su separacion del pueblo para apoyarse en un poder entónces más seguro. Pero Dios es justo, y la Iglesia nueva, que sacrificaba de esta manera las libertades populares, debía como en castigo de esta falta permanecer siempre sujeta al poder temporal de los príncipes.

Esta observacion explica satisfactoriamente, aún al ménos avisado, el singular y constante contraste de la servidumbre política al lado de una gran libertad de pensar, de escribir y de profesar. La emancipacion de Dios recompensada por la ley del contraste con la servidumbre del poder humano. La inteligencia libre, el cuerpo esclavo.

Sea como quiera, los nobles respondieron al llamamiento de Lutero y el elector palatino y la liga de Suabia exterminaron más de veinte mil campesinos, como si el destino del protestantismo fuera cimentarse en sangre y apoyarse en la esclavitud.

Miéntras que se terminaba esta sangrienta guerra, que costó la vida á cien mil desgraciados que los fanáticos sectarios de Lutero habían extraviado, y á quienes el mismo Lutero condenaba tan inhumanamente á perecer como perros rabiosos, el elector Federico de Sajonia, protector de la Reforma, murió dentro de la nueva comunion.

Su sucesor, Juan Constante, celoso luterano, auxilió al reformador para constituir una nueva iglesia, cuya tarea era por demas ardua y costosa.

Lutero había destruído con facilidad: tratábase ahora de edificar, porque era necesario llenar el hueco que la Reforma había dejado.

Lutero había dado el ejemplo de la libertad de exámen; ¿quién tenía

derecho á imponer una ley, un órden en el caos que había dejado el espíritu revolucionario? ¿De dónde manaría la autoridad que se impusiera á la inteligencia? ¿Quién tenía mision de Dios para imponer esta autoridad espiritual? ¿Qué pruebas convincentes podía dar de su divina mision el que se atribuyera tamaña honra? ¿Y cómo habían de creerle y seguirle los pueblos que le oyeran?

Lutero que era solamente hombre de accion y de lucha, falto enteramente de saber, vió en la obra de paz y conciliacion que había de emprender un negocio superior á sus fuerzas; no obstante, el mal estaba hecho: el cisma había separado una parte de la Alemania de la comunion con la Santa Sede, y la nueva sociedad religiosa necesitaba una regla.

Auxiliado Lutero de su moderado sectario Melanchton, publicó en 1527 una instruccion para los pastores. Abolió ademas la confesion, el culto de los santos, la exposicion de las reliquias, la doctrina del purgatorio, la misa en latin, los votos monásticos, el celibato del clero y otras. Finalmente, advertido de la necesaria unidad, que forma la esencia del catolicismo, al que trataba de destruir, él, que había rechazado la autoridad de los prelados, la concedió á unos visitadores nombrados por el elector de Sajonia, que debían recorrer las iglesias, informarse de la conducta y doctrina de los pastores, rectificar la fe de los que se extraviasen y despojar del sacerdocio á aquellos cuya conducta no fuese ejemplar. Este fué el orígen del consistorio de las iglesias protestantes.

La Reforma miéntras tanto, á pesar de estas ridiculeces, progresaba en Alemania, siendo el acontecimiento mayor la secularizacion de la Prusia.

Los caballeros de la órden teutónica, arrojados del Oriente, invadieron la Prusia, cuyos habitantes eran todavía idólatras, y desde mediados del siglo décimotercio poseyeron esta comarca como feudo de la Polonia. Durante este intervalo hubo grandes desavenencias entre los soberanos de Polonia y los grandes maestres del Órden. Alberto, uno de ellos, abrazó las opiniones de Lutero, y la Prusia fué erigida en ducado feudal de Polonia. Alberto, de la casa de Brandeburgo, fué electo duque en 8 de abril de 1515. Los

caballeros fueron arrojados de la Prusia, cuyo país adoptó las ideas nuevas en materia de religion.

Este acontecimiento conmovió vivamente la Alemania católica, y el mismo emperador Cárlos V, que acababa de obtener la tan gloriosa victoria de Pavía, se alarmó ante la actitud hostil de los partidos religiosos. Los luteranos formaron en mayo de 1549 la liga de Turgo, y su actitud forzó á la Dieta á decretar el registro de que los estados de Alemania interpretasen libremente el edicto de Worms.

Una segunda dieta de Spira, reunida en 1529, se esforzó en detener los progresos de los innovadores, pero sólo sirvió para producir una enérgica protesta de los príncipes luteranos. El 19 de abril el elector de Sajonia, el margrave de Hesse, el duque de Brunswick, el príncipe de Anhalo y catorce ciudades imperiales *protestaron* contra el registro de la Dieta de Spira, de cuyo hecho tomaron los partidarios de la reforma el nombre de *protestantes* que se ha hecho general á todas las sectas salidas de aquel cisma. De esta manera se aprestaban ambos partidos á una lucha feroz.

Miéntras tanto Selim, hijo de Bayaceto, acababa de dar nueva fuerza al poder otomano con la conquista de la Armenia, Siria, Arabia y Egipto.

Su hijo Soliman, el Magnífico, continuó la realizacion de sus proyectos, y con sus ataques contra la Hungría y Austria detuvo en cierto modo la lucha que iba á estallar formidable entre los católicos y protestantes de Alemania.

En efecto, Soliman conquistó la Bosnia, tomó á Belgrado, redujo á cenizas las fortificaciones de Rodas, apaciguó la insurreccion de Egipto, y penetrando despues en Hungría en 1525, obtuvo la célebre victoria de Monatz, donde perecieron veintidos mil húngaros, entre los cuales se contaban siete obispos, veintiocho magnates y el rey Luis. La insurreccion de la Caramania suspendió por un momento la agresion de Soliman contra Alemania.

Cárlos V había dejado á su hermano Fernando la administracion de las posesiones austriacas, y la muerte de Luis aumentó éstas con la sangrienta herencia de Hungría y Bohemia. Una vez en posesion de las dos coronas, envió

un embajador á Constantinopla á pedir á Soliman la devolucion de Belgrado; pero el Sultan, léjos de acceder á esta demanda, se puso de nuevo á la cabeza de su ejército, que condujo hasta las mismas puertas de Viena, cuyo defensor obligó á Soliman á retirarse despues de haber bárbaramente asesinado á gran número de prisioneros. Cárlos V, que conoció que esta retirada era sólo momentánea, hizo reunir una Dieta en Augsburgo para deliberar sobre los medios de oponerse á los progresos de los turcos y restablecer la paz en la Iglesia.

Los teólogos de ambas religiones, contra lo que era de esperar, llegaron á entenderse y convinieron en concesiones mutuas; pero los principios cuyos intereses temporales les impulsaban á mantener la lucha, hicieron por desgracia imposible toda reconciliacion.

Efectivamente, los príncipes protestantes abandonaron la dieta, y ésta publicó entónces un registro amenazador que, manteniendo la antigua fe y culto, condenaba todas las opiniones de los reformistas, nombrando ademas á Fernando rey de los romanos.

Comprendieron los protestantes el peligro que les amenazaba, y se reunieron el 27 de febrero de 1581 para formar una confederacion que debía durar seis años, y cuyo objeto era la defensa comun de todos los miembros de la liga.

Pero la invasion turca amenazaba á todos como un peligro comun, y este acontecimiento consiguió reconciliar momentáneamente á los partidos que, en 1532, firmaron *la paz de religion de Nuremberg.*

Furioso Soliman por el reves que había experimentado la media luna bajo los muros de Viena, apareció de nuevo en Hungría á la cabeza de un formidable ejército, esparciendo por todas partes el terror y la desolacion. No obstante, miéntras que Soliman detenía de nuevo su camino triunfante debajo de los muros de Guntz, Cárlos V pacificaba la Alemania en la Dieta de Ratisbona, y supo animar de tal manera el celo de los católicos y protestantes, que se armaron contra el enemigo comun con prontitud y concierto sin ejemplo. Soliman, á quien la escuadra del almirante Doria amenazaba ya en Constantinopla, emprendió la retirada, en la cual fué dispersada y hecha prisionera su caballería ligera.

La retirada de los turcos hizo comenzar de nuevo en Alemania las discusiones religiosas; no obstante los hombres moderados de ambos partidos consiguieron hacer firmar una nueva paz en Cadau, pero en ella se excluyó á los sacramentarios y anabaptistas (1).

La Reforma comenzó en Munster en 1522 por un predicador luterano. Más tarde, Juan Leide, jóven sastre, llevó allí la doctrina de los anabaptistas, cuyas reuniones secretas fueron muy pronto tan numerosas, que, católicos y protestantes se armaron para expulsarlos de la ciudad. Muy pronto se empeñó la lucha, y aunque con diversas vicisitudes, los anabaptistas se apoderaron del gobierno de la ciudad, saquearon las iglesias y los conventos, recorriendo la ciudad tumultuariamente, expulsando á cuantos no eran de su opinion. El jefe ó supremo profeta de estos fanáticos mandó poner todos los bienes en comun, é hizo quemar todos los libros, exceptuando la Biblia y el Nuevo Testamento. Despues de muerto este jefe, Juan Leide se casó con su viuda, y se declaró tambien profeta, predicando la poligamia. De esta manera los anabaptistas, no reconociendo ningun freno moral, se entregaron á los más horribles excesos, lo que unido al hambre hizo entregar la ciudad al obispo que la sitiaba (2).

Miéntras tanto seguían los progresos de los protestantes. Pasáronse los años siguientes en vanas negociaciones con el papa y los protestantes para la celebracion de un concilio que nadie deseaba. Sin embargo, todo hacía presagiar una próxima lucha. En efecto, los protestantes se reunieron en febrero de 1537, renovaron la liga y arrojaron en cierto modo el guante á los católicos. Aceptaron estos la señal del combate, y en junio de 1538, Cárlos V, Fernando, el arzobispo de Maguncia, el obispo de Salzburgo, los

---

(1) Los sacramentarios negaban la existencia real de Jesucristo en la sagrada Eucaristía. Sus jefes principales fueron Zuinglio y Ecolampadio.

Los anabaptistas aparecieron en Alemania el año 1526. Negaban la validez del bautismo dado á los niños ántes del uso de razon, y afirmaban que se habían de rebautizar los que lo habían recibido en aquella edad. Enseñaban tambien otros muchos errores. Esta secta existe aún en Inglaterra, Estados-Unidos y otras partes. Su jefe y autor principal fué Tomás Munzer.

(2) No fueron solamente los sacramentarios y los anabaptistas las ramas secas desprendidas de la principal, que se desgajó del árbol frondoso del catolicismo. En la actualidad es materialmente imposible reducir á número las sectas protestantes. ¡Qué *unidad* de doctrina! ¡Qué frutos ha dado la Reforma!

dos duques de Baviera, Guillermo IV y Luis Jorge, Eric, duque de Sajonia, y Enrique de la casa de Brunswick, concluyeron en Nuremberg la *Santa Liga*, encargada de vigilar á los protestantes. Pero estos ganaban cada día más terreno.

* * *

Pasemos por alto la guerra entre el emperador y los protestantes y la conducta de Mauricio de Sajonia, y por la importancia que tiene relacionada con la civilizacion, digamos dos palabras de la Reforma en Suiza.

Los dos sistemas que debían dividirse la Europa reformada habían nacido casi al mismo tiempo en los puntos extremos de Alemania y Suiza, representados aquellos por Lutero en Wittemberg y por Zuinglio en Zurich.

La reforma suiza tuvo orígen en el monasterio de Nuestra Señora de las Ermitas en Einsiedeln. Situado este monasterio cerca de los cantones heróicos que habían sido como la cuna de la independencia helvética, en un estrecho valle del canton de Schwitz, estaba rodeado de bosques y dominado por altas montañas. En 1516 un hombre célebre ya por sus extrañas predicaciones y furibundo patriotismo, fué nombrado cura de Einsiedeln. Este hombre era Zuinglio. Sus errores, seguidos principalmente en Suiza, son semejantes á los de Calvino.

El calvinismo es una de las grandes fracciones del protestantismo que domina principalmente en Francia, Ginebra y Holanda. Sus errores son innumerables; pero son notables sobre todo los que enseñó contra la presencia real y la jerarquía eclesiástica.

El primer destino de Calvino fué la iglesia, pero luégo de haber estudiado en París humanidades y filosofía, abrazó la carrera de la jurisprudencia. Sus primeros escritos van encaminados á persuadir á su siglo de la necesidad de la tolerancia, doctrina de la que luégo se apartó tan extraña-

mente al verse jefe de una secta que quiso hacer exclusiva, convenciendo como los turcos con la cimitarra.

Refugiado en Basilea, se erigió en jefe y doctor de una nueva iglesia reformada de la de Lutero, para lo cual publicó sus cuatro famosos libros de las *Instituciones de la religion cristiana*. Las doctrinas que en ellos vierte (1) son generalmente copia de las de Ecolampadio, Melanchton y Lutero, pero añadiendo un buen número de máximas erróneas, especialmente sobre la predestinacion, la justificacion, las leyes, ministros y sacramentos.

Al leer la doctrina fundamental de Calvino, se descubre sutileza de ingenio, y que estaba muy versado en el estudio de la Sagrada Escritura, y de los Santos Padres; pero si se examina con alguna detencion, se observa que hay, en lo general, poco discernimiento en la eleccion de las opiniones y mucha temeridad en sus decisiones.

Los principales errores de que adolece, son afirmar que el libre albedrío fué enteramente perdido por el primer pecado de Adan, y que Dios ha creado los hombres para ser patrimonio del infierno, y no porque lo merezcan sus culpas. Como Lutero y Zuinglio, pasaba por un mismo rasero la doctrina, la moral y los ritos de la Iglesia en cuyo seno nació, rechazando culto externo, santos, jefe visible, obispos, sacerdotes, fiestas, cruz, y todas aquellas ceremonias y objetos que la religion tiene por tan útiles al culto de Dios, y la filosofía, tan necesarias á unos hombres materiales y groseros que sólo por los sentidos, en cierto modo, se elevan á contemplar las cosas espirituales. Su doctrina era, en resúmen, el fatalismo de Mahoma.

Establecida ya su reforma, recorrió la Suiza y varios pueblos limítrofes de Italia, adquiriendo buen número de adeptos, estableciéndose por fin en Ginebra, donde fué nombrado predicador del consejo y catedrático de teología, hasta que de resultas de una disputa que se originó sobre la manera

(1) La semejanza de los errores de Calvino con los de Zuinglio, nos obliga, por la necesidad de ser breves, á tratar del calvinismo prescindiendo de la secta del reformador suizo.

cómo debía celebrarse la cena ó comunion, fué expulsado de la ciudad trasladándose á Estrasburgo.

Aplacadas á los tres años las disidencias que habían dividido á los secuaces de Calvino, volvió á Ginebra, siendo recibido con gran pompa, y como papa de la nueva iglesia: desde entónces fué siempre tenida aquella ciudad como la sede del calvinismo.

Aplicóse desde luégo á establecer una disciplina severa, fundar consistorios, coloquios y sínodos; crear diáconos, él, que nunca fué sacerdote, celadores y dependientes de los templos. Arregló la fórmula de las oraciones y de las predicaciones, la manera de celebrar la cena y el ceremonial para bautizar á los niños y enterrar á los muertos. En union con los magistrados del canton, redactó y promulgó una coleccion de leyes civiles y eclesiásticas, que aprobadas por el pueblo, forman la base de su código fundamental.

Más aún,—y llamamos acerca de esto la atencion del lector,—para obligar ¡qué tolerancia! á que todos se sujetasen á la nueva ley, estableció una especie de inquisicion y un tribunal consistorial, para castigar con censuras y excomuniones á los que se separasen de su creencia.

Este consistorio, revestido del ejercicio de las penas canónicas, inclusa la excomunion, fué un instrumento terrible para los adversarios del maestro. Este tribunal, establecido para la conservacion de las buenas costumbres y de la *santa doctrina*, dictó á los jueces temporales sus fallos, y apoyó con el terror de los suplicios la severidad de su censura. Calvino llegó á reunir en sus manos, el poder temporal y eclesiástico; por esto, sus adversarios le llamaban el papa de Ginebra. ¡Y para llegar á estos resultados, se hizo una revolucion religiosa! ¡Qué inconsecuencia!

Es, por consiguiente, muy extraño que el calvinismo, que se ha creído ser la religion más favorable á la libertad, que es la base esencial de las repúblicas, tuviera por jefe y autor á un hombre de carácter tan duro é implacable que rayaba en la más feroz tiranía.

No podía Calvino sufrir la menor contradiccion en sus opiniones: todo el mundo sabe el fin funesto del médico español Miguel Servet. Escribió

éste á Calvino algunas cartas relativas al misterio de la Santísima Trinidad, y de ellas se valió Calvino para que le sentenciasen á ser quemado vivo públicamente, olvidando y desentendiéndose de los principios de tolerancia que él mismo había contínuamente proclamado.

Calvino que, como los demas reformistas, estableció su iglesia, fundada en el principio del libre exámen, con lo que solamente pudo ser posible la reforma, luégo que la hubo consumado, quiso imponer á los demas su nueva doctrina sin exámen y condenó á perecer á los que le resistieron. El que atacó la autoridad temporal del papa se apoderó á su vez de esta misma autoridad, y el apóstol de la tolerancia se convirtió en el más intolerante fanático. Su razon quedaba siempre oscurecida por el interés.

Perseguido en Francia, declamó contra los intolerantes, y dueño de Ginebra, sostuvo que era preciso condenar al fuego á los que no pensaban como él: este hombre que para nada reconocía la autoridad de la Iglesia, se erigió en árbitro de las conciencias, dando pruebas del más tiránico despotismo intelectual.

Comenzaba por aquel tiempo á meter mucho ruído con sus opiniones arrianas un tal Gentilis, y el patriarca de Ginebra manda prenderle y condenarle á hacer una pública retractacion, que evitó refugiándose en Lyon. Su partido ha sido siempre considerado por los demas protestantes como altanero, díscolo y sedicioso. ¿Dónde está pues la verdad, que no puede ser más que una? ¡Pobre civilizacion europea! ¡Y luégo se nos vendrá diciendo que el protestantismo ha sido un elemento civilizador! ¿Cuándo ha sido la variacion favorable á la verdad? ¿Cuándo la desunion ha contribuído á la fuerza de los pueblos ó de las ideas?

Calvino trató siempre á sus adversarios con una cólera indigna, no solamente de un teólogo, sino de un hombre honrado y de mediana educacion. Los epítetos de *puerco*, *jumento*, *perro*, *buey*, *borracho*, *rabioso*, eran sus ordinarios cumplidos. Esto no obstante, y para acreditarse una vez más á qué hondos abismos puede llegar el hombre, entregado á su propio sentido, no impidió esta brutal grosería que tuviera muchos sectarios.

Aunque parezca fuera del caso en un trabajo como el nuestro, debemos

hacer constar que Calvino murió de una enfermedad horrible y en estado de desesperacion, segun consta del testimonio de discípulos suyos, testigos oculares de su muerte. Otro dato que debe ser conocido es que el desarreglo de sus costumbres, siendo aún muy jóven, le valió ser marcado con hierro en mitad de la espalda.

Dícese que si Lutero era más elocuente de viva voz, Calvino era más puro y correcto en sus escritos. El amor propio de Lutero dimanaba de su carácter violento; el de Calvino era más delicado y no se manifestaba sino á medias. Calvino era, sin embargo, más sobrio, casto, laborioso y desinteresado. Las costumbres de Lutero fueron estragadas. «Consérvase todavía cierta Biblia, al pié de la cual hay una oracion en verso aleman escrita de puño de Lutero, cuyo sentido es el siguiente: «Dios mío, por vuestra bondad proveednos de vestidos, de sombreros, de capotas y de mantos, de becerros, de cebones, de cabritos, vacas, carneros, terneras, y de todo lo necesario para satisfacer todos nuestros apetitos: comer bien y beber bien, hé aquí el gran medio para pasar los días sin fastidio» (1). Esta especie de oracion, en que la indecencia, la impiedad, la lujuria y la glotonería rivalizan entre sí, da una cabal idea del caudillo de la supuesta Reforma, el cual murió de una indigestion á la edad de sesenta y dos años (2).

*
* *

El pretexto especioso de la Reforma en Alemania como en Suiza, en Francia como en todas partes, fué los supuestos desórdenes de la corte de Roma, el recuerdo de los Borgias y los desarreglos del clero. El espíritu de reforma que animaba á los falsos reformadores, lo hemos visto ya en la

(1) CRISTIAN JUNCKER.—*Vita Luteri*, pág. 226.

(2) GAUME.—Tomo VI.

mejora de sus costumbres y en el mayor grado de civilizacion que lograron infundir en los paises llamados reformados, sumidos en la relajacion más escandalosa.

La Reforma penetró en Francia con Calvino, quien, como teólogo y jurisconsulto, supo imprimir á su iglesia, creada en Ginebra, una fuerte organizacion que, desde su orígen, presentó los síntomas de un poder capaz de llevar la alarma á los palacios reales y al de los pontífices. Lutero había destruído; Calvino se dedicó á edificar. Intolerante en Ginebra, sus sectarios predicaban hipócritamente la tolerancia allí donde eran débiles, para seguir luégo la conducta de su apóstol cuando eran fuertes. Sin embargo, los calvinistas en Francia fueron en un principio en muy corto número, pero paulatinamente la Reforma fué minando todo el edificio social, y penetró particularmente en la nobleza, natural adversaria del poder real en Francia.

Si lo permitiera el carácter de nuestra obra y no se nos opusiera la escasez de espacio de que disponemos, continuaríamos aquí la historia de la Reforma en Francia, hablando de la conducta de Francisco I con los protestantes; de Cárlos IX y de la guerra de religion, haciendo hincapié en la *Saint-Barthélemy*, acontecimiento enteramente político cuya responsabilidad es imposible hacer pesar sobre la religion ó sobre la Iglesia, segun lo prueba sin ningun género de duda la verdadera historia; pero con hondo sentimiento nuestro nos vemos precisados á omitir todos estos sucesos, en gracia de la brevedad, y decir dos palabras solamente de la Reforma en Inglaterra.

*
* *

La causa de la Reforma anglicana fué por todo extremo mezquina. Efectivamente, enamorado Enrique VIII de Ana Bolena, resolvió elevarla al trono, repudiando á su esposa Catalina de Aragon, tía de Cárlos V, con la cual estaba casado hacía veinte años. A este efecto solicitó del papa Cle-

mente VII el divorcio; pero, no habiendo podido obtenerlo, reunió un parlamento en 1531 que limitó la autoridad del papa en Inglaterra. El capellan de la casa de Bolena, Tomás Cramer, nombrado arzobispo de Cantorbery por el rey, pronunció la sentencia de divorcio, y Enrique VIII se enlazó con Ana, haciendo pronunciar por el Parlamento un fallo que prohibía la apelacion á la corte de Roma por causa de matrimonio.

Clemente VII anuló, como debía, la sentencia de divorcio del titulado obispo, y amenazó al rey con la excomunion si persistía en romper sus primeros lazos. No contestó Enrique, y el papa lanzó en 1534 la excomunion que debía separar por siglos la Inglaterra de la Santa Sede.

El Parlamento, abrogándose atribuciones que no tenía y que nadie podía concederle, ratificó el matrimonio de Enrique VIII con Ana, declaró ilegítimo el de Catalina, privó á la princesa María, habida en este matrimonio, de sus derechos á la sucesion á la corona, y confirió al rey el título de *jefe supremo de la iglesia anglicana*. Esta acta, que consagraba el cisma, fué sancionada por el rey en 30 de marzo de 1534, despues de haberse discutido en ambas cámaras.

La civilizacion en Inglaterra sufre un eclipse, á favor de cuya oscuridad se cometerán crímenes sin cuento que dejarán muy atras los más execrables de Neron y otros tiranos.

La Reforma comenzó, pues, en Inglaterra por la lujuria del rey, que se apropió ademas el poder de los papas. Enrique VIII supo aprovecharse de este poder, de que le había revestido un Parlamento dócil, declarando suspensos todos los poderes eclesiásticos, que sólo recobraron su poder mediante la autorizacion real.

Satisfecho Enrique de esta humillacion, dejó subsistir el episcopado; pero las comunidades religiosas, gloria de Inglaterra, que habían dado á conocer su repugnancia por los actos del reformador real, y cuya opulencia excitaba la codicia de éste, fueron suprimidas por un auto del Parlamento, y sus rentas confiscadas en beneficio de la corona.

El rey disipó locamente todo este dinero, distribuyendo entre sus cortesanos los bienes de las órdenes monásticas.

mente VII el divorcio; pero, no habiendo podido obtenerlo, reunió un parlamento en 1531 que limitó la autoridad del papa en Inglaterra. El capellan de la casa de Bolena, Tomás Cranmer, nombrado arzobispo de Cantorbery por el rey, pronunció la sentencia de divorcio, y Enrique VIII se enlazó con Ana, haciendo pronunciar por el Parlamento un fallo que prohibía la apelacion á la corte de Roma por causa de matrimonio.

Clemente VII anuló, como debía, la sentencia de divorcio del titulado obispo, y amenazó al rey con la excomunion si persistía en romper sus primeros lazos. No contestó Enrique, y el papa lanzó en 1534 la excomunion que debía separar por siglos la Inglaterra de la Santa Sede.

El Parlamento, abrogándose atribuciones que no tenía y que nadie podía concederle, ratificó el matrimonio de Enrique VIII con Ana, declaró ilegítimo el de Catalina, privó á la princesa María, habida en este matrimonio, de sus derechos á la sucesion á la corona, y confirió al rey el título de *jefe supremo de la iglesia anglicana*. Esta acta, que consagraba el cisma, fué sancionada por el rey en 30 de marzo de 1534, despues de haberse discutido en ambas cámaras.

La civilizacion en Inglaterra sufre un eclipse, á favor de cuya oscuridad se cometerán crímenes sin cuento que dejarán muy atras los más execrables de Nerón y otros tiranos.

La Reforma comenzó, pues, en Inglaterra por la lujuria del rey, que se apropió ademas el poder de los papas. Enrique VIII supo aprovechar de este poder, de que le había revestido un Parlamento dócil, declarando suspensos todos los poderes eclesiásticos, que sólo recobraron su poder mediante la autorizacion real.

Satisfecho Enrique de esta humillacion, dejó subsistir el clero, pero las comunidades religiosas, gloria de Inglaterra, que habían dado á conocer su repugnancia por los actos del reformador real, y cuya riqueza excitaba la codicia de éste, fueron suprimidas por un auto del Parlamento y sus rentas confiscadas en beneficio de la corona.

El rey disipó locamente todo este dinero, distribuyendo entre sus parciales los bienes de las órdenes monásticas.



ENRIQUE VIII Y ANA BOLENA.



Mir Tarradas, Comas y Cª - Editores.

E. Piqué - Lit.

ENRIQUE VIII Y ANA BOLENA.

Los desgraciados religiosos anduvieron errantes por las campiñas sin pan y sin asilo, puesto que las pensiones que les fueron asignadas comenzaron por ser mal pagadas, y terminaron por no pagarse. Estos hechos produjeron el descontento en la clase ínfima y en la más elevada de la sociedad. Efectivamente, los pobres echaban de ménos las limosnas y la subsistencia que se les daba en las puertas de los conventos; y los nobles, que no habían tenido parte en este rico botin, pretendían que las rentas de los conventos debían pertenecer á los descendientes de los primitivos donatarios. Estas rentas ascendían á cuatro millones de pesetas.

El descontento había cundido más en los condados del norte, donde estalló una revolucion en 1537 que puso sobre las armas á treinta mil hombres, quienes marcharon sobre Lóndres; pero merced á falaces promesas se les dispersó y ahorcó á centenares.

Enrique VIII, á pesar de estas reformas, se creía buen católico, y trataba de herejes á los partidarios de Lutero, que habían afluído en gran número á Inglaterra, para aprovechar la revolucion religiosa que el monarca inglés había emprendido. Este decretó el mantenimiento de la fe católica, persiguiendo á ambos partidos con igual violencia. Los protestantes eran quemados como herejes; los católicos ahorcados como traidores.

El papa Paulo III renovó la excomunion lanzada por su predecesor contra Enrique; pero éste, merced á la docilidad y servilismo del parlamento inglés, estableció su infalibilidad en materia de religion, y hasta consiguió el poder absoluto en materias políticas. Así Enrique VIII miró como sagrados sus caprichos y sus pasiones. De las seis mujeres que tuvo, dos fueron expulsadas de su tálamo, dos decapitadas bajo pretexto de adulterio, y la última hubo de serlo por sostener las opiniones protestantes.

Luégo que Enrique hubo consolidado á su manera la reforma en Inglaterra, resolvió establecerla tambien en Escocia; pero la mayor parte del pueblo escocés no sólo estaba sinceramente adicto á la religion católica, sino que detestaba á los ingleses, aunque sus esfuerzos fueron inútiles. La suerte del país de Gales fué distinta, y esta comarca se sometió durante el reinado de Enrique á todas las formas regulares de la administracion inglesa. La

Irlanda, despues de una corta lucha, se sometió tambien á la autoridad inglesa.

Murió Enrique VIII dejando dos hijas, María é Isabel, y un hijo que había tenido de Juana de Seymour. Isabel, hija de Ana Bolena, había sido en un principio declarada bastarda; y María, hija de Catalina de Aragon, había tenido igual suerte. Ambas habían sido privadas del trono, pero más tarde Enrique VIII, autorizado por un nuevo acto del Parlamento para arreglar su sucesion, había decidido que Eduardo sería su inmediato sucesor; por su falta, María; y por la de ésta, Isabel.

Eduardo fué, pues, proclamado rey bajo el nombre de Eduardo VI. Su tío materno fué nombrado protector; éste, partidario de la Reforma, educó al rey en las doctrinas del protestantismo, suspendió la autoridad episcopal, envió á todas las provincias comisarios encargados de modificar las ceremonias de la Iglesia romana, estableciendo el culto anglicano bajo los mismos usos de las iglesias reformadas; protegió á los protestantes escoceses; hizo anular por un parlamento el estatuto de los seis artículos; ratificó la supremacía del poder real; prohibió las imágenes, y autorizó el matrimonio de los sacerdotes.

Sentada María en el trono de Inglaterra por muerte de Eduardo, que falleció á la edad de diez y seis años, pensó en restablecer la religion católica en Inglaterra. Los obispos depuestos recobraron sus sillas. Un parlamento abolió los estatutos favorables á la reforma. Despues de su matrimonio con Felipe II de España, otro parlamento restableció completamente el culto católico, reconociendo la autoridad del papa.

Poco duraron estos días felices para el catolicismo, porque terminado el efímero reinado de María, subió Isabel al trono por el consentimiento unánime de las dos cámaras del parlamento, que se hallaban entónces reunidas.

Las cortes extranjeras se obstinaron en sostener que Isabel era bastarda, y que, por consiguiente no podía ser reina legítima de Inglaterra.

La religion reformada, á la manera que había sido establecida bajo el reinado de Enrique VIII, triunfó de nuevo bajo el de Isabel.

Tres partidos religiosos dividían entónces la Inglaterra: los católicos, los puritanos, y la iglesia anglicana, que era la iglesia oficial.

El consejo de Isabel se compuso en un principio de un pequeño número de católicos, y de un número mayor de celosos protestantes, algunos de los cuales gozaron de gran influjo con la reina.

El primer parlamento y todos los que le siguieron fué tambien extraordinariamente favorable al protestantismo, por manera que á fines de 1559 la iglesia anglicana era la dominante, y, por consiguiente, perseguidora de sus enemigos. Los dos estatutos conocidos bajo el nombre de *Actas de supremacía* y *de uniformidad*, forman la base de las leyes restrictivas que oprimieron por más de dos siglos á los partidarios de la religion católica. Los primeros obligaban á reconocer á la reina como gobernadora suprema de la iglesia; los segundos prohibían absolutamente el rito católico. Por esto los católicos no podían dejar de ser hostiles á la reina durante su largo reinado.

En virtud de las leyes de 1581 y 1584 todos los jesuitas fueron expulsados del reino.

Los puritanos fueron tambien adversarios temibles de la reina. En efecto, los presbiterianos ó puritanos querían una reforma más amplia, más decididamente hostil á lo pasado. Llamaban un resto de paganismo católico al culto de las imágenes, las ceremonias, los altares y demas que conservaba la iglesia anglicana. Ademas, no reconocían ni la supremacía del papa, ni la del soberano, ni querían se conservase la antigua jerarquía de arzobispos, obispos, etc. Estos puritanos se creían más ortodoxos que los demas, eran por lo comun de buenas costumbres, fanáticos sinceros que aspiraban á la santidad de los primeros cristianos, y cuyas doctrinas, en política, tendían exclusivamente á la democracia.

Isabel tuvo algun presentimiento de los peligros que los puritanos preparaban á la monarquía, y quiso emplear contra ellos medidas de rigor; pero sus ministros se opusieron hasta convencerse de que querían abiertamente derribar la iglesia anglicana. No obstante, quedaron á los puritanos dos medios para propagar su doctrina: la prensa y el parlamento, y ambos se emplearon para templar los rigores del gobierno.

La iglesia anglicana, cuyos partidarios, si no eran los más numerosos de las tres sectas religiosas de Inglaterra, eran por lo ménos los más ricos, y, por consiguiente, los más poderosos, conservaron la supremacía durante todo el reinado de Isabel.

Las empresas de Inglaterra bajo el reinado de Isabel, tuvieron por única causa la necesidad de defender la religion anglicana y la reina. Por esto luégo que Isabel triunfó de sus enemigos interiores, previno los ataques de sus adversarios exteriores fomentando y suscitando disturbios intestinos, á cuyo fin promovió las rebeliones de Escocia, prestó socorro á los protestantes de Francia, y sostuvo los insurgentes de los Países Bajos contra el rey de España.

*
* *

La Reforma se introdujo tambien en Escocia, pero sus progresos fueron en un principio poco rápidos. Había ademas un partido sometido á la influencia francesa que era especialmente opuesto á la religion nueva; pero la Reforma encontró muy pronto sectarios, y tomó un carácter de fanatismo y de entusiasmo superior al del resto de Europa.

En 1547 el fanático Knox dió nueva vida á la Reforma. Este famoso propagandista del protestantismo se contentó en un principio con reclamar una simple tolerancia; pero luégo que aumentó el número de sus sectarios se hizo el más intolerante de los hombres (1). Las imágenes fueron derriba-

(1) Las leyes de la lógica son invariables y eternas y sólo se combaten para sujetarse más á ellas sin advertirlo.

Hoy mismo leemos en un periódico el siguiente suelto, más digno de meditarse de lo que á primera vista parece. Dice así: «Consigna el *Imparcial* que los obreros afectos al socialismo no saben organizarse sino por los medios mismos que combaten. Enemigos de la autoridad, no se reunen sin presidente; enemigos de la jerarquía, nombran jefes y funcionarios que los dirigen y á quienes obedecen sin restriccion; enemigos del capital, tienen sus cajas y sus tesoros. Y es que, á juicio del *Imparcial*, no pueden hacer otra cosa; es que no hay organizacion posible más que la del órden, de la responsabilidad de funciones y del establecimiento de la autoridad.»

¡Gracias á Dios que hay *Imparcial* que dice verdades tan antiguas como el mundo á últimos del siglo XIX! ¡Y para llegar á descubrir estas verdades se han hecho tantas revoluciones y se buscan *fórmulas!!!*...

das, los monasterios trastornados y sus edificios derruídos en pocas horas; y contando con la proteccion de Isabel de Inglaterra y con sus numerosos partidarios, prohibió, de acuerdo con el parlamento, el rito católico.

María Stuart, durante su permanencia en Escocia, pudo hacer muy poco en favor de la religion católica.

En 1567, Jacobo VI, que sucedió á su madre, protegió decididamente el culto protestante, segun las indicaciones de Knox, que sucumbió el 24 de noviembre de 1572, dejando la Reforma sólidamente establecida en su patria.

*
* *

El Renacimiento está juzgado. Si por el fruto se conoce el árbol, el protestantismo recomienda por sí solo al Renacimiento que lo produjo.

Atendiendo á los hombres que establecieron el protestantismo, libertinos todos, tiranuelos de nueva especie en nombre de una libertad que escarnecieron siempre, se hace odioso por toda persona que no desoiga la voz de la conciencia y estime en algo el decoro personal.

Fijando la atencion en sus causas, asombra la mezquindad de todas ellas y repugna la codicia, ofende el orgullo y causa asco la sensualidad que le dieron el sér.

Si se examinan sus dogmas, no se comprende que haya un sólo partidario de una doctrina cuya recomendacion mayor consiste en la absoluta falta de toda lógica; porque si cada cual es libre para admitir ó negar lo que le diga la Biblia, segun su libre exámen, debe ser la negacion de todo el fundamento de una religion sin criterio, sin autoridad y sobre todo, sin *credo*.

Pero no nos alarmemos. El protestantismo no existe ya. El protestantismo se ha convertido en incredulidad. No lo decimos nosotros: es doctrina comun entre los doctos de la Reforma.

«Nuestra religion se encuentra absolutamente disuelta á consecuencia de la multiplicidad de confesiones y sectas que han ido surgiendo durante la Reforma y despues de ella. Y no sólo la apariencia exterior de nuestra iglesia ha sufrido modificaciones innumerables, sino que áun interiormente está desunida y fraccionada así en principios como en opiniones» (1).

«La Reforma, en sus iglesias segregadas y en su poder espiritual, se parece á un gusano cortado en diminutos fragmentos, los cuales siguen meneándose miéntras conservan su primera vitalidad, pero al último acaban por perder la vida y el movimiento que habían conservado» (2).

La contradiccion, la inconsecuencia forman la base de la Reforma: dejémosla, pues, que se contradiga, seguros de que sus contradicciones é inconsecuencias, si bien son una afrenta para la civilizacion, en cambio son y serán con los siglos el más bello floron de la diadema del catolicismo, que brillará esplendente sobre los escombros hacinados por el orgullo, la codicia y la sensualidad de unos cuantos lascivos, mal avenidos con las eternas leyes de la moral que presiden los destinos de la humanidad.

* * *

Cuando los reinos de Castilla y de Aragon se reunieron bajo el cetro de los reyes Católicos, D. Fernando y Doña Isabel, existían aún en España otros tres reinos independientes: Portugal, Navarra y Granada. Estos tres estados reunidos no podían luchar con Fernando, dueño de Aragon y Castilla.

El 2 de enero de 1492, Fernando é Isabel entraron triunfantes en Granada, cuya conquista era precursora de otra más notable: el descubrimiento de la América.

(1) WESSE.—*Los Protestantes.*

(2) *Las iglesias cristianas*, 1835.

Para los sucesos prósperos como para los adversos, dispone ó permite la providencia un encadenamiento de circunstancias que terminan en el punto exacto y preciso, que es, digámoslo así, el blanco á que van dirigidas.

La civilizacion iba á entrar en períodos nuevos y distintos por completo de los que la habían precedido; habría necesidad de medios que la hicieran posible, y disponíalos la Providencia con economía sorprendente.

Los navegantes europeos de la antigüedad reducían sus viajes marítimos á distancias relativamente cortas, por no poseer instrumentos que les permitieran abandonarse á merced de los elementos y en medio de la oscuridad. Descubrióse la brújula y ésta recompensó al hombre con el hallazgo de un Nuevo Mundo.

Fiado en este instrumento, un hombre de genio, guiado ademas por congeturas, observaciones y vagas noticias alteradas ya, pero fundadas, concibió el atrevido proyecto de hallar un camino más corto para ir á las Indias, navegando hacia el Oeste. Este hombre era Colon.

«En nuestra época se ha querido atentar contra la gloria de Cristóbal Colon, fundándose en el hecho de que quinientos años ántes que él, habían unos navegantes noruegos atravesado los mares septentrionales y penetrado en el continente del Norte de la América. Efectivamente, desde el siglo décimo, unos aventureros á cuyo frente debe citarse Erico el Rojo, hijo de un jarl escandinavo, partidos de la Islandía se habían establecido en la Groenlandía; otros aventureros noruegos bajaron despues hasta el territorio actual de los Estados-Unidos. Hasta se contaban obispos nombrados por la curia de Roma en medio de las colonias noruegas que se dispersaron en la América, y se asegura que hasta el año 1418 pagaron esos colonos á la Santa Sede una contribucion de 2600 libras de peso, por derecho de morosos, á título de diezmo y de dinero de San Pedro.

»Hasta los monumentos atestiguan la historia ante-colombiana de la América. En algunas regiones del Norte de dicho continente se han encontrado ruínas de antiguas iglesias, que habían sido edificadas durante la per-

manencia de los europeos, lo mismo que varias inscripciones *rúnicas* (1).

Colon, para llevar á cabo sus designios, necesitaba la proteccion de alguna potencia que sufragase los gastos de la empresa.

Dirigióse primero al senado de Génova, su patria; pero sus ofertas fueron despreciadas y él tratado como un visionario. Encaminóse despues á Portugal, porque los portugueses, encerrados entre la España y el Atlántico, tenían sólo el mar por teatro de sus hazañas, por cuya razon se lanzaron los primeros á explorar las costas occidentales del África.

El rey D. Juan II hizo examinar su proyecto por hábiles marinos que, instados por gente aviesa, quisieron arrebatarle la gloria del nuevo descubrimiento, á cuyo efecto, miéntras entretenían á Colon hicieron una expedicion siguiendo la ruta que indicaba; pero despues que su enviado recorrió durante varias semanas mares desconocidos, volvió á Lisboa poseído de un terror pánico, tratando á Colon como extravagante.

Indignado éste pasó entónces á España, y dirigiéndose hacia la movible residencia de la corte, llegó con su hijo de corta edad al convento de Santa María de la Rábida, cerca del pequeño puerto de Palos.

No se asuste el lector si ve llegar al descubridor de un Nuevo Mundo á las puertas de un retirado convento, centro de ignorancia y estupidez por ser morada de frailes, segun se escribe en novelas y se representa en teatros, cuando viene á mano, un monasterio, un fraile, ó algo que trascienda á Iglesia.

Los dos viajeros, padre é hijo, extranjeros por más señas, llenos de polvo, inundados de sudor, cansados de un viaje tan largo á pié, y bajo los ardientes rayos del sol de la primavera en el Sud de Andalucía, llamaron á las puertas del monasterio para pedir agua que calmara su sed y reposo que restaurase sus fuerzas.

Los frailes, franciscanos por más señas, enternecidos al aspecto de la nobleza del hombre y de la gracia del niño, que contrastaban con la pobreza de su equipaje, en lugar de rechazarlos cual correspondía al carác-

(1) FIGUIER.—*Vidas de sabios ilustres.—Cristóbal Colon.*

ter de los frailes, faltos de buenas cualidades al decir de los ignorantes, les dieron benévola acogida en aquel lugar de retiro, y despues de ofrecerles de buena voluntad cuanto necesitaban, dieron parte al prior de su llegada.

Era éste Juan Perez de Marchena, antiguo confesor de la reina Isabel, hombre de santidad, de ciencia y de recogimiento, que había preferido la oscuridad de su cláustro á los honores de la corte, (¡fraile al fin!) pero que conservaba, por su mismo retiro, un gran influjo en palacio y en el ánimo de la reina.

Informado del extraño interés que inspiraban los dos viajeros, acudió á conversar con ellos, y cuando hubo sabido por boca del mismo Colon la sublime relacion de sus desgracias y sus proyectos, se sintió arrastrado por una oculta é irresistible simpatía á remediarlos y favorecerlos.

Fray Juan Perez, era más versado en las ciencias relativas á la náutica de lo que pudiera esperarse de un hombre de su profesion, de un *oscuro* fraile, al fin; así es que, conmovido primero de piedad, despues de entusiasmo y de convencimiento por las ideas de Colon, invitó á éste que permaneciera algunos días en el convento.

Aceptó Colon, y durante aquel tiempo convocó el prior á algunos de sus amigos de Palos, para que acudieran á apreciar las teorías de su huésped.

No podemos descender á pormenores agenos de nuestra obra, pero no queremos tampoco pasar tan por alto que no consignemos datos curiosos y dignos de saberse.

Despues de la conquista de Granada, se decidieron los reyes Católicos á favorecer al audaz navegante, dándole el mando de tres buques con el título de almirante. Colon partió del puerto de Palos para su expedicion el 3 de agosto de 1492. Hízose á la vela recibiendo la bendicion del P. Juan Perez de Marchena, despues de haberse preparado á su peligrosa expedicion comiendo el pan de los fuertes. Colon acometía su empresa entregándose totalmente en brazos de la religion, que fortifica á los que creen, léjos de debilitarlos como mienten los que la desconocen y persiguen.

Al llegar á Canarias, debió ya reparar sus buques; dejó estas islas y se lanzó en el mar desconocido, luchando á la vez contra los elementos y contra los terrores pánicos de la mayoría de la tripulacion.

Á cuatrocientas leguas de Canarias, encontraron nuestros navegantes el mar tan cubierto de plantas marinas, que retardaban la marcha; pero un viento fresco les desembarazó de aquel obstáculo, que comenzaba á atemorizar la tripulacion.

Apénas habían corrido otras doscientas leguas, cuando un nuevo motivo de terror les sobrecogió á todos: la aguja constantemente vuelta hacia el Norte, se dirigió de repente hacia el Oeste. Los marineros quisieron obligar á Colon á volver atras; pero éste los reanimó dándoles, como pudo, una explicacion de la desviacion de la brújula.

Siguieron aún varios días la misma direccion sin hallar tierra, lo que causó tal desaliento, que los marineros se insurreccionaron de nuevo. Despues de tres días todo anunciaba la proximidad de la tierra: la sonda tocaba al fondo, veíanse aves en gran número, y la gente de la *Pinta*, uno de los tres buques de la expedicion, recogió una rama de árbol fresca que flotaba en las olas.

Las esperanzas de Colon iban á realizarse. Á las once de la noche del día 11 de octubre, distinguieron una luz á alguna distancia. Á media noche la tripulacion de la *Pinta* gritó alborozada: *¡Tierra! ¡Tierra!* y al amanecer distinguieron perfectamente una isla verde, cubierta de bosques y surcada de varios arroyos.

La tripulacion entonó un solemne *Te-Deum* en accion de gracias. ¡Cuán consoladora es la comunicacion entre la criatura y su Criador por un canto de gracias salido espontáneamente del corazon, alentado por nobles sentimientos! ¡Qué espectáculo el ofrecido por hombres del viejo mundo bendiciendo á su Dios en otro nuevo por ellos descubierto! Y ¡qué noble la figura de Colon rindiendo tributo de adoracion en América al Dios adorado en Europa!

Á la salida del sol—como anuncio de una civilizacion que nacía en un mundo nuevo,—todas las chalupas, llenas de hombres, se adelantaron hacia

la isla con banderas desplegadas, al sonido de una música militar, al estruendo de la artillería, y con todo el aparato guerrero, tan majestuoso en aquellos buenos tiempos de fe y valor.

Colon, ricamente vestido, y con la espada en la mano, fué el primero que desembarcó en el Nuevo Mundo que acababa de descubrir. Siguiéronle sus compañeros. Todos besaron la tierra y erigieron en seguida una cruz. Pagado así el tributo á Dios y á la religion, tomaron posesion del país en nombre de los reyes de Castilla y de Leon.

A los naturales del país dióles Colon el nombre de indios, porque creía que la tierra que acababa de descubrir, pertenecía al vasto continente de la India.

Aquellos naturales tenían la tez cobriza, las facciones regulares, los cabellos lacios y flotantes; pero carecían de barba, y no tenían ningun vello en ninguna parte de su cuerpo. Sus adornos consistían en unas pequeñas placas de oro que llevaban pendientes de las ventanas de la nariz. Por mucho tiempo fijaron la atencion en los españoles, á quienes consideraron hijos del sol que habían descendido en animales alados para visitar la tierra, armados con el rayo.

Preguntóles Colon de dónde sacaban el oro, y los naturales le indicaron el sitio: dirigióse á dicho punto y descubrió á Cuba y Haití. Los habitantes de esta isla le dijeron que en lo interior habitaba un pueblo feroz que los haría prisioneros para comerlos.

Jamas en el mundo se habían encontrado frente á frente dos civilizaciones tan opuestas. Una, llegada ya á su edad madura, revestida del augusto carácter que imprime un desarrollo completo de facultades y adelantos, otra, verdadera razon de niños hermanos que necesitan la tutela de que debe encargarse el viejo mundo. Colon quiere ser su padre, su amparo, su ángel de luz.

¿Estaba Colon á la altura del hombre que debe inocular la civilizacion en un pueblo salvaje? Veamos la pintura que de él nos hace Lamartine.

«Era, dice, un hombre de elevada estatura, formas robustas, actitud majestuosa, frente noble, fisonomía franca, mirada pensadora, dulce y graciosa

sonrisa. Sus cabellos, de un rojo oscuro en su primera juventud, se habían teñido prematuramente hacia las sienes, de esas canas que anticipan el trabajo intelectual y la desgracia. Su tez, primitivamente sonrosada, se había vuelto pálida con el estudio, y el sol y el mar le habían dado un tinte de bronce. El sonido de su voz era varonil, sonoro y penetrante como el acento de un hombre habituado á proferir pensamientos profundos. Nada de ligero é irreflexivo se revelaba en sus gestos; todo era grave y simétrico hasta en sus menores movimientos; parecía respetarse modestamente en sí mismo, y obrar siempre con la reserva de un hombre piadoso en un templo, como quien se halla en presencia de Dios: todos los verdaderos caractéres de un grande hombre se reunieron en él. Genio, trabajo, paciencia; oscuridad de la suerte vencida por el trabajo de la naturaleza; obstinacion dulce, pero infatigable hasta el fin; confianza en la Providencia; lucha contra las cosas; larga premeditacion del pensamiento en la soledad; ejecucion heróica de este mismo pensamiento en la accion; intrepidez y sangre fría contra los elementos en las tempestades, y contra la muerte en las sediciones; confianza en la estrella, no de un hombre, sino de la humanidad; vida gastada con abandono y sin mirar nunca á lo pasado; estudio incesante; conocimientos tan vastos como el horizonte de su tiempo; manejo hábil, pero honrado, de los poderosos para reducirlos á la verdad; conveniencia, nobleza y dignidad de formas exteriores, que regulaban la grandeza de su alma y encadenaban los ojos y los corazones; lenguaje proporcionado á la grandeza de sus ideas; elocuencia que convencía á los reyes y dominaba á los revoltosos; poesía de estilo que igualaba sus relaciones á las maravillas de sus descubrimientos y á las imágenes de la naturaleza; amor inmenso, ardiente y activo de la humanidad; prudencia de un legislador y dulzura de un filósofo, en el gobierno de sus colonias; solicitud paternal para con aquellos indios, niños de la raza humana, cuya tutela quería dar al viejo mundo, no su servidumbre y esclavitud; olvido de las injurias; magnanimidad de perdon para sus enemigos; piedad, en fin, esa virtud que contiene y diviniza todas las demas, cuando es lo que era en el alma de Colon; recuerdo constante de Dios; justicia en la conciencia; reconocimiento en la victoria; resignacion en los reveses;

adoracion por todas partes y en todas ocasiones. ¡Tal fué aquel hombre! No conocemos ninguno más acabado; contenía muchos en sí mismo; era digno de personificar el mundo antiguo ante ese mundo desconocido que él abordó el primero, y de llevar á aquellos hombres de otra raza, todas las virtudes del viejo continente, sin uno sólo de sus vicios. Nadie por su grande influencia, mereció mejor el nombre de civilizador. Completó el universo; acabó la unidad física del globo; y esto era adelantar, mucho más de lo que se había hecho hasta él, la obra de Dios, la unidad moral del género humano.....»

Podemos contestar afirmativamente á la pregunta que nos hemos hecho de si estaba Colon á la altura de lo que exigía la civilizacion que llevaban los descubridores del Nuevo Mundo á tan remotas regiones: y estaba Colon en condiciones de civilizar aquellos pueblos porque estaba dominado racionalmente por la religion, único medio indicado para la conversion de idólatras salvajes á doctrinas más racionales que las por ellos profesadas.

Lo visto hasta ahora nos ha demostrado que la religion católica es el único elemento poderoso y estable de conquista. Los intereses materiales, por muy estimados que sean, no son capaces de fundir los sentimientos de dos pueblos distintos para convertirlos en uno solo y con iguales aspiraciones.

La religion, al contrario, llamando á los hombres á un centro comun de ideas y aspiraciones de órdenes elevados y superiores á los de la tierra, forma uno solo de todos aquellos corazones que alientan por igual, sin diversidad de ambiciones. Por la oposicion que en sí contienen los ejemplos de los godos y de los árabes en España, se robustece la fuerza del argumento que aducimos. De conquistadores pasaron los godos á conquistados, aceptando la religion cristiana de los españoles; miéntras que despues de ocho siglos de sangrientas luchas tuvieron que abandonar los árabes el suelo español, á pesar de la superioridad de su cultura, por la notable inferioridad de su grosera religion.

La ambicion española en América, la codicia de los presidiarios llevados allá para colonizar aquellas tierras, amargaron hondamente el corazon

bondadoso de Colon, que lloró con lágrimas de su alma el exterminio de aquellas razas tan pacíficas y tan dignas de la dulce calma que disfrutaban ántes del descubrimiento. Y no se culpe de ello á los reyes Católicos.

«Los reyes de España,—dice un autor extranjero y nada afecto á nosotros,—léjos de adoptar semejante sistema de destruccion, se ocuparon de continuo en conservar sus nuevos súbditos. El principal motivo que la reina Isabel tuvo para alentar las expediciones de Colon fué el deseo de extender la fe cristiana y de llevar el convencimiento de la verdad y los consuelos de la religion á los pueblos privados de las luces del Evangelio; y así es que despues del descubrimiento, se ocupó en planes piadosos y mostró un grandísimo celo, no sólo para instruir á los indios, sino tambien para asegurar un tratamiento dulce á esa raza de hombres pacíficos, convertidos en vasallos suyos. Sus sucesores adoptaron las mismas ideas, y su solicitud en favor de los indios parece que fué en aumento al paso que se dilataban sus conquistas. Ese esmero llegó hasta el punto de hacer promulgar y mantener en su vigor leyes que promovieron una peligrosa revolucion en una de sus colonias y sembraron el descontento en las otras.»

Y no se diga que entrara la política en las miras civilizadoras de aquella época y de los religiosos encargados de difundir la luz de la fe cristiana en aquellas tribus, porque nos sale al paso el mismo autor que acabamos de citar diciéndonos:

«Los primeros misioneros de América, aunque sencillos y de poca instruccion, eran hombres piadosos. Muy desde sus principios prohijaron la causa de los indios y defendieron á ese pueblo de las calumnias con que procuraban afearlos los conquistadores, quienes los suponían incapaces de acostumbrarse á la vida social, y de comprender los principios de la religion, presentándolos cual hombres en quienes la naturaleza había impreso el sello de la esclavitud. Lo que he dicho acerca del constante celo de los misioneros españoles por la defensa y proteccion de la grey confiada á sus cuidados, los presenta bajo un punto de vista digno del carácter de que estaban revestidos. Ellos fueron para los indios, ministros de paz, y se esforzaron siempre á fin de arrancar el látigo de las manos de sus opresores.»



ANACOANA—FLOR DE ORO.

bondadoso de Colon, que lloró con lágrimas de su alma el exterminio de aquellas razas tan pacíficas y tan dignas de la dulce calma que disfrutaban ántes del descubrimiento. Y no se culpe de ello á los reyes Católicos.

«Los reyes de España,—dice un autor extranjero y nada afecto á nosotros,—léjos de adoptar semejante sistema de destruccion, se ocuparon de continuo en conservar sus nuevos súbditos. El principal motivo que la reina Isabel tuvo para alentar las expediciones de Colon fué el deseo de extender la fe cristiana y de llevar el convencimiento de la verdad y los consuelos de la religion á los pueblos privados de las luces del Evangelio; y así es que despues del descubrimiento, se ocupó en planes piadosos y mostró un grandísimo celo, no sólo para instruir á los indios, sino tambien para asegurar un tratamiento dulce á esa raza de hombres pacíficos, convertidos en vasallos suyos. Sus sucesores adoptaron las mismas ideas, y su solicitud en favor de los indios parece que fué en aumento al paso que se dilataban sus conquistas. Ese esmero llegó hasta el punto de hacer promulgar y mantener en su vigor leyes que promovieron una peligrosa revolucion en una de sus colonias y sembraron el descontento en las otras.»

Y no se diga que entrara la política en las miras civilizadoras de aquella época y de los religiosos encargados de difundir la luz de la fe cristiana en aquellas tribus, porque nos sale al paso el mismo autor que acabamos de citar diciéndonos:

«Los primeros misioneros de América, aunque sencillos y de poca instruccion, eran hombres piadosos. Muy desde sus principios prohijaron la causa de los indios y defendieron á ese pueblo de las calumnias con que procuraban afearlos los conquistadores, quienes los suponían incapaces de acostumbrarse á la vida social, y de comprender los principios de la religion, presentándolos cual hombres en quienes la naturaleza había impreso el sello de la esclavitud. Lo que he dicho acerca del constante celo de los misioneros españoles por la defensa y proteccion de la grey confiada á sus cuidados, los presenta bajo un punto de vista digno del carácter de que estaban revestidos. Ellos fueron para los indios, ministros de paz, y se esforzaron siempre á fin de arrancar el látigo de las manos de sus opresores.»



Mir, Tarradas, Comas y C.ª—Editores

ANACOANA — FLOR DE ORO.

Y ya que es un extranjero y protestante quien escribe tan justa, aunque merecidamente, las anteriores líneas, hermoso elogio de la conducta de los reyes de España para con los indios, y de la fé de los misioneros españoles trasladados á América para la conversion de aquellos infelices pueblos, á quienes hizo desgraciados la perversidad de corazon de los aventureros que debían haberles tratado como hermanos, imitando á los frailes, completaremos con otra cita del propio autor lo que se nos ocurre decir á favor de los encargados de civilizar el Nuevo Mundo.

«En lugar de filosofía tenían los españoles una fe robusta que muchas veces era ciega, que les inspiraba prodigios y les daba la fuerza necesaria para ejecutarlos. En vez de filantropía, la mayor parte de ellos tenían pasiones ardientes, una ambicion grande y mayor sed de riquezas; pero desde los principios tuvieron un jefe á quien eran adictos y cuya mano enérgica solía contener sus ardientes apetitos. Los recuerdos de una reina, magnánima protectora de Colon y de los pobres indios, y cuyo nombre invocaban de continuo, hacían revivir en sus conciencias la caridad, que sofocaba en ella la ambicion y las costumbres guerreras. Al lado de las tropas de Cortés, y superior á ellas, había un clero vigilante, á quien los detractores del catolicismo han calumniado infamemente y que sin cesar interponía la cruz entre vencedores y vencidos.»

Al separarse de la religion, caían los españoles en errores, como otro cualquier pueblo guiado por mezquinos y pasageros intereses. El hecho de la matanza de la corte de Anawana, *Flor de oro*, y de esta misma princesa, figura la más simpática y atractiva que registran las historias antiguas y modernas, bastaría por sí sólo para hacer odioso el nombre español y atraer las maldiciones divinas y humanas contra el descubrimiento de la América, si afortunadamente no abundaran los hechos de distinta especie que pueden servir de Jordan de aquel gran crímen.

Dada la señal por Colon, debía continuar el movimiento, el afan por descubrir nuevos horizontes, dado que la belleza del país, prescindiendo aún de sus muchas riquezas, era un incentivo irresistible para el carácter caballeroso y noble que distinguía á los españoles de aquella época.

*
* *

Méjico era un país vasto y floreciente, bien poblado, surcado de caminos y que gozaba de un gobierno regular bajo un rey absoluto.

El valor español se ejercitaba, en la época que recorremos, en dos teatros: en Italia y en la América. En una parte mandaba el vencedor de Granada, en la otra los avaros sucesores del generoso Colon.

Quedaba aún mucha parte de la América por conquistar.

Habiendo obtenido Cortés, dotado de genio ardiente é impetuoso, el mando de seiscientos aventureros que le permitió alistar su pariente Velazquez, gobernador de Cuba, se propuso conquistar el imperio mejicano.

Los españoles desembarcaron en San Juan de Ulloa, y los mejicanos se aterraron tanto al verlos, que les juzgaron divinidades.

Motezuma era entónces emperador de Méjico, y enterado de la llegada de los extranjeros, les envió un cacique con algunos presentes á suplicarles saliesen de su territorio.

Un gran número de pintores mejicanos se ocupaban en retratar á los españoles, miéntras que Cortés y el cacique conferenciaban.

Cortés estaba resuelto ya á emprender la retirada cuando se le presentó un cacique á ofrecerle su alianza.

¿Cómo obraron los españoles, dueños del país mejicano, para introducir y propagar en él los beneficios de la civilizacion europea que traían á aquellos pueblos?

Oigamos una autoridad extranjera y respetable. «Comprendiendo los españoles al primer golpe de vista que los pueblos de Anahuac eran indios y no hijos de los ciudadanos de Sevilla ó de Toledo, no pudo ocurrirles la idea de transformarlos repentinamente en españoles. Persuadidos de que la religion prevalece sobre todas las instituciones sociales, concibieron que miéntras subsistiera la idolatría azteca, sería imposible toda reconciliacion

entre ellos y los indígenas, y por consiguiente toda civilizacion de la raza india. Convenciéronse de que el dominio español en América sería de todo punto precario miéntras se adorasen otros dioses que el Dios de los cristianos; y hé aquí por qué mostraron una intolerancia absoluta con respecto á los sacrificios humanos, pero admitieron todas las transacciones que exigían la naturaleza íntima y los recuerdos de los indios: de manera que hasta doblaron la rigidez de la liturgia católica, y los misioneros consagraron la aficion á las flores que caracteriza á los indios de Méjico.

»Preciso es convenir en que algunas veces hicieron uso de la fuerza para convertirlos; pero tampoco esto puede echárseles en cara, porque la masa de los indios no era susceptible de una conversion razonada, y por lo mismo, debía hacérseles cristianos por mandamiento.

»Tampoco es justo calificar de vandalismo que Cortés hiciera pedazos todos los ídolos, que demoliese los templos tintos en sangre y que en su lugar plantara la cruz de Jesucristo, símbolo de una religion de paz y caridad.»

Y por si no bastara esta autoridad, podemos continuar lo que dice el mismo autor, notable por todo extremo en abono de la conducta de los españoles:

«Jamas hubo conquista que se sostuviera durante siglos con tan pocas fuerzas militares. Los españoles habían comunicado á los indios tales hábitos de órden y de vida regular, que el servicio de las plazas, la defensa del litoral y la policía interior de ese país, cinco veces más vasto que Francia, no necesitaban juntos tanta fuerza armada como la que constituye nuestra sola gendarmería.

»La autoridad moral y moralizadora del clero, y en particular la de los curas, absolutamente paternal á la antigua usanza, suplía por las bayonetas y dispensaba al gobierno de mantener soldados y espías. El régimen español había preparado con tanto acierto la libertad de los indios, que naturalmente y sin esfuerzo alguno fué proclamada la libertad de las razas al propio tiempo que la independencia definitiva por los mismos criollos, esto es, por la casta que en todos los demas puntos es la que con más violencia se ha resistido á la emancipacion de los hombres de color.

»Había desaparecido hasta tal punto la preocupacion de la piel, que el general Guerrero, hombre por cuyas venas circulaba no tan sólo sangre india, sino tambien sangre negra, pudo durante su lucha contra la metrópoli, encumbrarse hasta la más alta jerarquía y ser presidente de la confederacion mejicana. Si los españoles hubiesen imitado á las otras naciones de Europa, las razas indias habrían desaparecido de la tierra...»

Reduciendo á cortos límites lo que debiéramos decir tocante á la civilizacion introducida en América por los españoles, ya que no podemos dar á nuestro trabajo la extension necesaria para el desarrollo en lo que nos falta ver aún, y abarcando de una vez distintos paises del Nuevo Mundo, descubiertos y conquistados por el heroismo español, cuando la bandera ibérica ondeaba gloriosa en todo el mundo conocido, cederemos la palabra al autor de una obra muy reciente, rica en datos. Dice así:

«No podía quedar encerrado el celo del católico monarca (Felipe II) en Europa, sino que pasando al otro lado de los mares, se dilató por los reinos del Nuevo Mundo; y así como, segun lo probado, levantó innumerables templos á Dios y casas de religion por toda aquella tierra de indios infieles, así igualmente edificó no pocos monumentos civiles, tanto para seguridad y belleza de los pueblos, como para mayor provecho intelectual y físico de los naturales. Porque vino á ser cada cual de aquellas fábricas, edificadas por D. Felipe, modelo científico y escuela de bellas artes, despertadoras perennes de las inteligencias de aquellas gentes, hasta poco ántes idólatras y de mucha rudeza.

»De todo ello puede dar buen testimonio la Habana, poblacion que el rey Felipe II mandó fortificar sólidamente. Levantó los dos fuertes que guardan el puerto, día y noche, dando socorro á las embarcaciones ántes de entrar. El mismo príncipe llevó á cabo la obra de aquel otro puerto que llaman de San Cristóbal, y dió tambien principio y remate al castillo denominado el Morro. Trajo asimismo aguas dulces á la ciudad para la salud y regalo de sus moradores, é hizo otras muchas obras en la isla y en partes aspérrimas, inhabitables é inaccesibles.

»Pasando de la isla de Cuba á la de Santo Domingo, se encuentran allí

tambien rastros, y no pocos, del grande amor que D. Felipe mostró siempre á las ciencias, al arte y al bienestar de los hombres. En Santo Domingo, con efecto, erigió fortaleza solidísima, á la cual hizo formidable, erizándola de cañones de artillería. Dejó tambien alzado allí mismo un fuerte soberbio y tremendo, defensa y centinela avanzado de la ciudad, sirviendo al propio tiempo de señal y seguridad á los buques surcadores de las vías marítimas camino de Cartagena.

»No podía quedar tampoco desairada la hermosa isla de Puerto-Rico, cuya importancia conocía harto bien el prudente Felipe. Por la cual razon mandó levantar dentro del mismo puerto, muy próximo á la ciudad, fortalezas, baluartes y castillo que la hiciesen inexpugnable, de mayor majestad y belleza. Y para mejor lograr este tan laudable objeto, edificó ademas otros dos fuertes, ó castillos, en la boca del puerto: uno que se veía medio escondido en el manglar, ó tierra que allí hay de mucho mangle, y otro en el punto que se conoce y llama con el nombre de «Punta de afuera.»

»En otros mil puntos de América levantó D. Felipe monumentos gloriosos que perennemente despertasen en los siglos futuros su grandeza y su memoria. En aquella misma ciudad de Cartagena, cuyo puerto en la costa de Tierra Firme, pasa por uno de los mejores de todas las Indias, alzó una ciudadela fortísima, á la mano izquierda del primer surgidero, y colocó en ella, haciéndola temible, veinte piezas de grueso calibre. Y por si esto no era suficiente, mandó erigir otro fuerte no léjos, sino frontero al de las Caravelas y Galeras. Fué bautizado con el nombre de Jesemaní. Otras fortalezas y cordones de murallas fueron levantadas por su mandato en las islas de la Margarita, Río de la Hacha y en Santa Marta.

»Muchas veces en la edificacion de muros y fortalezas tenía el rey por objeto, ademas de los fines dichos, ahorrar gentes y tropas de guarnicion en las poblaciones grandes, para tener en su mano el disponer de ellas contra los enemigos de la fe católica y de la independencia de la patria. Así por ejemplo, fundó D. Felipe II un castillo en la isla Tercera, excusando con esto el tener ocupado un tercio de españoles. De modo que en el apercibir

el rey de fortalezas á los pueblos de sus estados en el viejo y nuevo mundo, mostró harto á las claras no sólo su amor á las ciencias y á las artes, sino ademas cálculos bien fundados en pro de la hacienda pública y de la economía.

»Y tomando de nuevo el hilo de la narracion sobre el mucho edificar del rey prudente en América, cabe ahora hacer mencion de San Felipe de Puertovelo, hoy Portobelo; porque allí tambien erigió Su Majestad castillo muy firme, donde dió señales de mucha actividad é inteligencia D. Francisco de Balverde. Levantó asimismo otras fortalezas, sin contar los edificios sólidos y magníficos que siempre se conocieron por el nombre de *Casas Reales*. De igual manera el católico monarca mandó construir otros edificios de mucha duracion y grandeza en la ciudad y puerto de Panamá, que por su orígen fueron tambien llamados *Cásas Reales*. Quiso ademas engrandecer esta poblacion para que sirviese de anillo y estrechase los lazos comerciales de entrambas Américas; porque se halla sentada sobre el istmo de su nombre, uniendo á entrambos continentes.

»Dando quizas orígen á proyectos modernos, el rey Felipe II levantó castillo fuerte en el río Chagres, que riega aquel colombiano país, quizas con el objeto de colonizarlo y ponerlo en contacto con el otro río llamado Grande, tornando así de suma importancia todo aquel territorio y departamento. Lo cual se puede sospechar con no poco fundamento, habida consideracion á la fortaleza que allí mandó edificar y á las ingeniosas miras é inclinaciones suyas de unir unos países con otros, como se ha visto en aquel vasto y grandioso plan de poner, mediante el Tajo canalizado y navegable, en más estrecho abrazo á España y Portugal.

»Los edificios públicos con que D. Felipe engrandeció á varias poblaciones mejicanas, singularmente á la ciudad hermosa, tan amiga de fábricas y de comercio, la Puebla de los Ángeles, así como á otros muchos pueblos del Perú, señalados quedan en el artículo precedente. Pero no hay que poner término á este punto sin recordar que aquel rey tan injustamente calumniado y tenido como enemigo de luces y de saber, echó cimientos y remate á los fuertes y castillos del Callao, ó puerto de Lima, haciéndolos formidables

á las naves extranjeras, merced á la gruesa y abundante artillería con que los rodeó» (1).

Para que no se crea que todo está reducido á fortificaciones lo hecho por los españoles de América, al objeto de arraigar allí el árbol de la civilizacion cristiana, continuemos la cita comenzada, por la que se vendrá en conocimiento de lo que pudo ser lo hecho allí, cuando el segundo sucesor de los reyes católicos llevó á cabo tantas y tan importantes mejoras materiales y morales.

«Lo cual no se limitó á Europa, continúa el expresado autor, sino que al dirigir la mirada por el nuevo mundo, se ve que con el favor, dineros y estímulos del rey prudente se fundaron entónces por aquellas tierras, incultas é ignotas, muchas poblaciones, y se dió á grande número de caseríos el título de pueblos y de ciudades; y se les honró con escudo de armas, como sucedió en el Nuevo Méjico, descubierto á la sazon por el célebre Pámfilo Narvaez, año 1540; y en la ciudad del Cuzco, hecha por aquellos tiempos capital de todo el Perú; y en Santa Fe del nuevo reino de Granada; y en Cartago y en Antioquía, poblaciones ambas peruanas; y en Tnuja, año 1541; y en San Francisco de Quito; y en la Ciudad de los Reyes, despues Lima; y en Santiago de Chile; y en Arequipa, poblaciones todas ellas engrandecidas unas y fundadas otras en el mismo año de 1541; en Valladolid la Nueva en 1554; en Tescuco; en el Paraguay y Guarany, territorios descubiertos en aquellos mismos años del católico monarca por los famosos marinos Domingo de Isala en 1543, y Alvar Nuñez Cabeza de Vaca; y en otras numerosas tierras y países americanos que no se citan aquí, porque no hay espacio ni lugar suficientes para tantos.....

»Tornando ahora nuevamente los ojos á las Indias, ó mundo que nos regaló la Providencia Divina y el inmortal Colon, se ofrece por do quiera el grande amor que D. Felipe tuvo siempre á la ciencia católica y civilizacion cristiana de los pueblos. Como prueba de ello aparece en su reinado la erec-

(1) J. F. MONTAÑA.—*Nueva luz y juicio verdadero sobre Felipe II*, páginas 209 y siguientes.—Madrid, 1882.

cion de la Chancillería del Perú y las grandes solemnidades y aparato de la ciudad de Lima en el recibimiento del Sello Real, año 1544. Pregonáronse aquellas nuevas leyes, admiracion de peritos y oidores, en el mismo tiempo. Se constituyó á Quito en sede episcopal, y á Lima y Méjico en arzobispales, 1545. Se dieron á luz las leyes que llaman de Molinas para la segunda Suplicacion, y por el conocimiento de pleitos sobre encomiendas, en 1545. Se instituyó la Chancillería de Granada en el nuevo reino, año 1547; y la Audiencia que asienta en los Reyes el memorable Pedro de Gasga en 1545; y la Chancillería de Guadalajara en el mismo año; y la Chancillería de Santa Fe, tambien en el nuevo reino, año 1549. Obtuvo Audiencia la ciudad de Santiago de Guatemala, 1550. Se expidió la celebrada Real cédula de 1550, mandando que los indios aprendieran nuestra lengua castellana. Se fundó definitivamente la real universidad de San Márcos de Lima por cédula tambien de 1541, y con los mismos indultos, mediante Bula del mismo año, que la de Salamanca, gozando de todos los privilegios, como es de ver en la Real cédula de 1572, y entrando en el Patronazgo real con jurisdiccion civil, segun enseñan las respectivas cédulas de 1588 y 1589.

»Asimismo y para mayor confirmacion de lo que con evidencia histórica y cronológica se va demostrando, en virtud de otra Real cédula expedida en 1551 se fundó *la Real* Universidad de Méjico; fué confirmada por Bula de 1555, con los privilegios mismos de que gozaba la de Salamanca. En el año de 1552 se publicó aquella otra Real Cédula, «que en las partes donde hay colonias de españoles, en las catedrales que se edifiquen, el rey contribuya la tercera parte; los indios de la diócesis, otra tercera; los españoles encomenderos, *aunque sea el Rey*, otra, y ayuden los españoles ricos que allí moren. Salió tambien á luz en 1555 la tan aplaudida Real Cédula mandando que á los indios se les conserven y guarden las leyes antiguas suyas que fueren justas «y no otras.» Y el célebre D. Bartolomé de Medina inventó tambien entónces en la Nueva España, año 1557, «el beneficio de la plata por azogue, que hasta aquella fecha no se sabía en el mundo.» Igualmente, en 1558, se instituyó la Universidad de Santo Domingo con los mismos privilegios de la salmanticense. Púsose la Chancillería de la Plata en

las Charcas, creada en 1559. Y la de Quito en el Perú erigióse en el año de 1553. En el mismo año y siguiente salieron á luz pública sabias ordenanzas para «que las Audiencias conozcan de las fuerzas, como se practica en Valladolid y Granada,» y para régimen y buen órden de Chancillerías. Otras reales providencias ordenaron que en Lima fuese puesta Casa de Moneda, año de 1565.

»Y para que mejor se patentice como el Rey Prudente no encadenaba, sino que daba rienda suelta allanando caminos y abriendo puertas á la civilizacion verdadera, se debe aún añadir, que en su reinado, con mucho gozo suyo y proteccion, recobró el Adelantado Pedro Melendez de Aviles las islas de la Florida; entró en aquella tierra con los padres de la Compañía, y desterró á los herejes calvinistas en 1566. Por el año de 1567 penetraron aquellos beneméritos religiosos en el Perú, proponiéndose conservarlo fiel á España, ganándolo para Dios. A instancias del virey pidió Su Majestad á San Francisco de Borja, entónces General, nuevos religiosos, y los envió á que continuasen la propagacion de la luz evangélica y científica en aquel tan dilatado imperio, año de 1569» (1).

No podemos descender á pormenores incompatibles con la brevedad á que nos vemos forzados á sujetarnos, porque se nos van estrechando los límites dentro de los que debemos completar nuestro trabajo; así que, comprendiendo en una todas las autoridades que podríamos alegar para probar que España hizo cuanto pudo oficialmente para implantar y conservár la civilizacion cristiana en el Nuevo Mundo, terminamos las citas con esta. «Eran los indios una clase muy privilegiada: los soberanos desde la inmortal Isabel la Católica hasta Cárlos IV, los protegieron con mucho empeño: todas las leyes, todas las disposiciones que dictaron, eran verdaderamente paternales. Considerados como inferiores en facultades intelectuales y más débiles físicamente que las demas razas, la legislacion tendía á protegerles contra los más fuertes; se les autorizó á conservar sus antiguas leyes, usos y costumbres, en todo lo que no se opusieran á la religion católica; se

(1) J. F. Montaña.—Obra citada.

mandó y continuamente se repetían las órdenes, que fuesen tratados como libres y vasallos dependientes de la Corona de Castilla; para ponerles al abrigo de los fraudes de los blancos y las otras razas, se les concedieron privilegios de menores, estaban exentos del servicio militar, de diezmos y contribuciones; sólo pagaban el *tributo*, que era de dos pesos anuales, sin diferencia entre casados y solteros y un real para hospitales destinados á su raza. Estaban exceptuados del tributo los tlascaltecas, los caciques, las mujeres, los enfermos, los ancianos y los niños. Los negros y los mulatos libres pagaban tres pesos.

«No se les cobraban derechos en sus juicios á los indios, tenían abogados pagados por el Erario para que los defendieran de balde; no tenía que ver con ellos la Inquisicion; en lo eclesiástico gozaban de muchos privilegios y estaban exentos del servicio militar» (1).

* * *

¿Fué siempre salvaje el estado de los pueblos del Nuevo Mundo? ¿Perdieron ó ganaron aquellos habitantes con el descubrimiento iniciado por Colon? En capítulos anteriores y en distintos puntos de esta obra, quedan ya, sino explícita, á lo ménos implícitamente contestadas estas preguntas. Sólo añadiremos ahora que las exploraciones llevadas á cabo por viajeros en estos últimos tiempos, permiten asegurar que los monumentos de las ciudades indias de la América central demuestran su semejanza con los de las naciones de Oriente, y que los restos de edificios no vistos hasta ahora por ningun europeo, y los geroglíficos de los templos aztecas y toltecanos, comprueban la semejanza y procedencia oriental de las razas que poblaron aquellas regiones, por tantos siglos desconocidas del Viejo Mundo.

(1) F. DE P. DE ARRANGOIZ.—*Méiico desde 1808 á 1867.*

Son muchas y muy concluyentes las pruebas que demuestran la procedencia oriental de los pueblos americanos, y no es la menor de ellas el perfecto y completo parecido que se descubre entre el calendario y los signos del zodíaco azteca y los del Thibet. Y si faltara un argumento etnográfico que cortara toda salida á la duda, lo suministraría el hecho de haberse entendido perfectamente un indio de la América central y un japonés, hablando cada cual su propio y respectivo lenguaje, la primera vez que estuvieron reunidos.

Se corrobora esta afirmacion con el relato de un viajero moderno que ha recorrido inmensas zonas de la América central del todo desconocidas, y asegura que tiene pruebas para poder creer con toda certeza que existe actualmente una gran ciudad india con espléndidos palacios, suntuosos templos y edificios magníficos, semejantes á los que encontraron los primeros conquistadores españoles. Alega como fundamento de su opinion, que tiene todos los visos de certeza, haber recorrido distritos en Honduras, al oeste de Guatemala, donde, despues de peligrosa navegacion por ríos y de fatigosas marchas hacia el interior, descubrió cosechas de maíz con señales de un cultivo perfeccionado por los indios, cuyas cosechas opina las llevan á la misteriosa y gran ciudad azteca á que se refiere.

Todos estos descubrimientos se hacen más acreditados recordando los de Arny, comisionado por el gobierno de los Estados-Unidos para explorar las comarcas de los indios de Utah. Los descubrimientos del jefe norteamericano son tan numerosos como importantes. Uno de ellos—el que más sirve para nuestro objeto,—es haber encontrado en elevadísimas sierras, sobre los picos más altos, ruínas de grandes ciudades aztecas, en todas las cuales se nota una casa grande de piedra perfectamente conservada, y en el centro un cuarto donde existen señales de fuego, con un esqueleto humano próximo.

Entregándose á conjeturas, para dar alguna explicacion lo más satisfactoria posible acerca de lo anterior, dice que aquellos cuartos eran sitios para los altares del fuego santo, y que obligado á emigrar el pueblo azteca, dejó fieles que alimentasen las llamas que, segun la tradicion india de aquellas

regiones, habían de alumbrar á Montezuma,—el Mesías que ellos esperaban con vivas ansias,—el camino que le condujera entre los de su pueblo.

Pasando de lo religioso á lo meramente material, dice Arny, que los constructores de las ciudades aztecas, debían poseer conocimientos industriales y mecánicos muy perfeccionados, pues sólo así es posible explicar el arte maravilloso que se observa en los restos de aquellos edificios.

*
* *

Puede el lector observar que la civilizacion, en su camino, se encuentra al terminarlo, en el mismo punto de partida de donde salió miles de años há para rodear el globo á manera de una cadena cuyo primer eslabon está fijo en Oriente para unirse con el último, despues de haber dado la vuelta al mundo.

Los datos históricos, que nadie podrá negar sin nota de temerario, confirman la certeza de algunas leyes llamadas con mucha propiedad históricas. Demostrada como está la procedencia de Oriente de los indios americanos, y siendo indudable, como lo es, un estado de civilizacion adelantado en aquellos pueblos, queda confirmada de un modo evidente, la ley que tan exactamente demuestra que la razon humana partió del Este propagándose siempre en direccion al Oeste; de la misma manera que demuestra palpablemente la falsedad de la teoría moderna, ahora tan cacareada del progreso indefinido. Bien sabemos que no es de moda oponerse á tal teoría, pero no por dar gusto á una moda tonta y falta de buen sentido, hemos de admitir necedades que se desacreditan á todas horas con multitud de pruebas que no tienen réplica ninguna. De todos modos, queda evidentemente probado que la mal llamada ley del progreso indefinido, no es ni general, ni verdadera, como quisieran que lo fuera los que, prescindiendo de leyes

divinas, y de las lecciones de la historia, quisieran sujetarlo todo, leyes é historia, á su trabajo y conveniencias de escuela ó de partido. Los pueblos americanos, con su pasada civilizacion, desmienten la ley moderna y hacen buena la de Vico.

Que la civilizacion de los pueblos, á la par que la propagacion del género humano, han seguido la direccion constante y universal de Oriente á Occidente, se demuestra de un modo evidente, y con sólidas razones, estudiando la religion y tradiciones mejicanas, verdadero reflejo de las creencias orientales y de los primitivos pobladores del Asia.

En efecto, la religion de los mejicanos era una grosera mezcla de los errores más palmarios, de supersticiones y de ritos crueles; pero su culto era ménos supersticioso y ménos ridículo que el de los griegos y de los romanos. Creían en un sér invisible, ó aquél por quien vivimos, y en otro que todo lo encierra en sí. Creían tambien en la existencia de un espíritu maligno, enemigo del género humano.

Todas las naciones civilizadas de Méjico,—el antiguo Anahuac,—creían que el alma de los hombres, y la que suponían á los otros animales, eran inmortales; los bárbaros otonices eran los únicos que opinaban que perecía con el cuerpo.

Distinguían tres lugares á donde pasaban las almas al separarse del cuerpo. El primero estaba reservado á los soldados que morían en el campo de batalla ó en el cautiverio, y á las mujeres que morían de parto. Estas iban al palacio del sol, en donde vivían entre delicias durante cuatro años, despues de lo cual volvían á la tierra á animar á las aves y á los pájaros de más rico plumaje y de canto más melodioso, y regresaban luégo al cielo. Los que se ahogaban, los muertos por el rayo ó á consecuencia de heridas, de hidropesía ó de cualquier otra enfermedad, iban con las almas de los niños á un lugar fresco y delicioso, en donde residía el dios de las aguas. Finalmente, las almas de los que salían de este mundo de cualquier otra manera, iban al infierno, region sombría.

No podemos hacer las comparaciones á que se prestan las creencias religiosas de los pueblos más adelantados del Nuevo Mundo, en la época de

su descubrimiento por los españoles, pero suplicamos encarecidamente al lector que se fije imparcialmente en las que se presentan por sí mismas sin ningun esfuerzo de meditacion, y verá cuán huecos son los argumentos de los que se oponen á las tradiciones bíblicas en todos los puntos tratados por nosotros en el decurso de esta obra, con el criterio racional y seguro de las enseñanzas de la fe católica.

Los mejicanos tenían una tradicion de la creacion del mundo, del diluvio universal, de la confusion de lenguas y de la dispersion de los pueblos, como lo prueban los cuadros que representaban estos sucesos. El diluvio, segun los mejicanos, cubrió la tierra sin que perdonase más que á un sólo hombre llamado Coxcox, y á una mujer llamada Xochiquetzal, que se salvaron en una pequeña barca. Despues de la retirada de las aguas, bajaron en una montaña llamada Colhuauen, y tuvieron un gran número de hijos, que fueron todos mudos hasta la llegada de una paloma, que les inculcó lenguas tan diferentes que no podían entenderse.

No tenían los mejicanos tan gran número de divinidades como los romanos. Eran, sin embargo, numerosas, aún cuando no reconocían más que trece dioses principales. El sol, la luna, el aire, la tierra, las montañas, el agua, el fuego, la noche estaban divinizados. Había tambien dioses del comercio, de la pesca, del vino y de la alegría, y diosa de la caza, de la sal, de la medicina y de las flores. Contábanse ademas doscientos sesenta, á cada uno de los cuales habían consagrado un día del año. El número de las figuras bajo las cuales se representaban estas divinidades era infinito.

Con el intento de dar una idea de la civilizacion mejicana ántes de la conquista de aquel país por los españoles, continuamos aquí la relacion detallada del templo que dió orígen á la ciudad y reino de Méjico.

Este orígen data de la fundacion del santuario de Huitzilopochtli, ó Mexitti, que les ha dado su nombre. No era entónces más que una miserable cabaña. El primer rey y conquistador del país, llamado Yfzcoath, la engrandeció considerablemente. Este edificio era casi cuadrado, distribuído en cinco cuerpos de igual altura, pero desiguales en longitud y anchura, siendo el más elevado, el más estrecho. El primer cuerpo tenía trescientos ocho piés



Mr. Tarradas, Gomas y Cª. Editores. A. Casanovas.

MONUMENTO MEJICANO.

su descubrimiento por los españoles, pero suplicamos encarecidamente al lector que se fije imparcialmente en las que se presentan por sí mismas sin ningun esfuerzo de meditacion, y verá cuán huecos son los argumentos de los que se oponen á las tradiciones bíblicas en todos los puntos tratados por nosotros en el decurso de esta obra, con el criterio racional y seguro de las enseñanzas de la fe católica.

Los mejicanos tenían una tradicion de la creacion del mundo, del diluvio universal, de la confusion de lenguas y de la dispersion de los pueblos, como lo prueban los cuadros que representaban estos sucesos. El diluvio, segun los mejicanos, cubrió la tierra sin que perdonase más que á un sólo hombre llamado Coxcox, y á una mujer llamada Xochiquetzal, que se salvaron en una pequeña barca. Despues de la retirada de las aguas, bajaron en una montaña llamada Colhuauen, y tuvieron un gran número de hijos, que fueron todos mudos hasta la llegada de una paloma, que les inculcó lenguas tan diferentes que no podían entenderse.

No tenían los mejicanos tan gran número de divinidades como los romanos Eran, sin embargo, numerosas, aún cuando no reconocían más que trece dioses principales. El sol, la luna, el aire, la tierra, las montañas, el agua, el fuego, la noche estaban divinizados. Había tambien dioses del comercio, de la pesca, del vino y de la alegría, y diosa de la caza, de la sal, de la medicina y de las flores. Contábanse ademas doscientos sesenta, á cada uno de los cuales habían consagrado un día del año. El número de las figuras bajo las cuales se representaban estas divinidades era infinito.

Con el intento de dar una idea de la civilizacion mejicana ántes de la conquista de aquel país por los españoles, continuamos aquí la relacion detallada del templo que dió orígen á la ciudad y reino de Méjico.

Este orígen data de la fundacion del santuario de Huitzilopochtli, ó Mexitti, que les ha dado su nombre. No era entónces más que una miserable cabaña. El primer rey y conquistador del país, llamado Yfzcoath, la engrandeció considerablemente. Este edificio era casi cuadrado, distribuído en cuatro cuerpos de igual altura, pero desiguales en longitud y anchura, siendo el más elevado, el más estrecho. El primer cuerpo tenía trescientos ocho pies



Mar. Tarradas, Comas y C.ª Editores.

A. Casanovas, Lit.

MONUMENTO MEJICANO.

de largo, y otros tantos de ancho. La escalera, hecha de piedra cortada, se componía de ciento catorce escalones, cada uno de un pié de altura. La pared de circunvalacion, estaba hecha de piedra y cal; era muy gruesa, tenía diez y ocho piés de altura, y dícese que habría podido encerrar fácilmente una poblacion de quinientas casas.

Algunos autores hacen ascender á dos mil el número de templos de todas dimensiones que se encontraban en esta capital, y á trescientas setenta el de las torres. Desde la azotea de uno de estos templos, había distinguido Cortés las torres de otros en número de más de cuatrocientas. Opiniones muy acreditadas elevan á más de cincuenta mil los templos que había edificados en el imperio mejicano, con más de un millon de sacerdotes destinados á su servicio. El soberano sacerdocio se confería por eleccion; las regiones del imperio sometidas conservaron por mucho tiempo despues de su conquista, sus sacerdotes particulares.

Los sacrificios formaban la parte principal de la religion de los mejicanos, teniendo cada fiesta el suyo particular. Los historiadores andan muy discordes en este punto, pero de todos modos es innegable que se sacrificaban cada año muchos miles de víctimas humanas.

Ademas de los sacrificios humanos, se hacían tambien de diferentes especies de animales y de aves. Cada día se ofrecía al sol un sacrificio de aves y pájaros hermosísimos.

Las ceremonias nupciales iban acompañadas de prácticas supersticiosas, pero presidía en ellas la decencia. El matrimonio estaba prohibido entre parientes de primer grado. No podía contraerse ningun enlace sin consentimiento de los padres. La edad núbil para los hombres era de veinte á veintidos años y para las mujeres de diez y seis á diez y ocho. La poligamia estaba permitida, y los reyes y los señores tenían gran número de mujeres.

Los mejicanos no tenían cementerios. Depositaban las cenizas de sus reyes y de sus señores en las torres de sus templos.

Ponían los mejicanos mucho cuidado en la educacion de la juventud. Todos los niños, inclusos los de familia real, eran amamantados por sus ma-

dres. Era máxima suya tener á los jóvenes de ambos sexos contínuamente ocupados. Los trabajos y los castigos estaban representados en cuadros. Las escuelas y los seminarios estaban confiados á superiores y maestros que los instruían en la religion, formaban sus costumbres, y les enseñaban la historia, la pintura, la música, y otras artes agradables, segun la jerarquía y fortuna de los discípulos.

Las niñas estaban confiadas á la direccion de mujeres respetables, y no permitían ninguna comunicacion entre los dos sexos. Los hijos seguían ordinariamente la profesion de sus padres. Los de los reyes y principales señores tenían tutores, y se les confiaba la administracion de una ciudad ó de una pequeña provincia para que aprendiesen el arte de gobernar.

Eran muy dados los mejicanos á representar por medio de dibujos sus acontecimientos más principales. De los sesenta cuadros que un obispo español de Méjico había formado una coleccion, doce representaban la historia de la fundacion de Méjico y de las conquistas de sus reyes; otros treinta y seis las vistas de las ciudades tributarias de la corona, y los quince restantes explicaban una parte de la educacion de la juventud y del comercio civil de dicho país.

El gobierno de los mejicanos, de aristocrático que había sido, pasó á ser monárquico y hereditario. Sin embargo, el rey era llamado al trono por la libre eleccion del pueblo, y más tarde este derecho fué conferido á los principales ciudadanos y á los nobles únicamente. A partir del reinado de Acamapitzin, fué electiva la corona. Los votos de toda la nacion estaban representados por cuatro electores que pertenecían á las familias del estado y eran, por lo comun, de sangre real. Sus poderes electorales expiraban á la primera eleccion, á ménos que la nobleza exigiese segunda vez para ejercer este derecho. En la eleccion de los reyes no se tenía en cuenta la primogenitura.

Segun una ley expedida por Motezuma I, el rey nuevamente elegido debía emprender una guerra para subvenir á los gastos de su coronacion. El gobierno de los reyes, de paternal que era en los primeros tiempos de la monarquía, degeneró bajo el reinado de Motezuma II en el más odioso

despotismo. El príncipe tenía tres consejos supremos, compuestos de los principales miembros de la nobleza. Esta se hallaba dividida en muchas clases y los títulos eran en su mayor parte hereditarios.

El territorio del imperio mejicano estaba repartido entre la corona, la nobleza, las comunidades y los templos y existían planos ó cuadros en los cuales se encontraba indicada la propiedad de cada uno. Aún cuando las tierras de la corona dependían inmediatamente del rey, ciertos señores tenían el usufructo. Las tierras de los nobles eran transmitidas de padres á hijos, ó eran recompensas que los reyes concedían á los que habían hecho algun servicio á la corona. En la division de las herencias entre particulares, se tenía en cuenta el derecho de mayor edad; pero, si un padre creía á su hijo mayor incapaz de administrar sus bienes, era libre de nombrar á otro, entendiéndose que debía hacer reservas para el resto de sus hijos.

Todas las provincias conquistadas formaban parte de los bienes hereditarios de la corona. Las contribuciones consistían en sustancias minerales, frutos, animales, aves, algodon, ámbar, copal y otras obras diversas de la naturaleza y del arte.

La administracion de justicia estaba confiada á una infinidad de jueces y tribunales. En la corte, lo mismo que en las ciudades notables del imperio, había un magistrado supremo, de cuyas decisiones no podía apelarse ni al mismo rey. Él era quien escogía los jueces subalternos, y todos los receptores de las rentas públicas comprendidas en su jurisdiccion eran responsables ante él. Otro tribunal compuesto de un presidente y de dos jueces, conocía de todos los negocios civiles y criminales, en primera y segunda instancia.

Las decisiones de los jueces debían ser conformes á las leyes del reino que estaban expresadas en cuadros. Las primeras fueron hechas por el cuerpo de la nobleza; los reyes, convertidos luégo en legisladores de sus estados, se mostraron religiosos observadores de la ley hasta en los últimos tiempos de la monarquía, en que fueron cambiadas á voluntad de diferentes déspotas que ocuparon el trono.

En concepto de Clavijero, que recapituló las leyes penales que estaban

en vigor en Méjico á la llegada de los españoles, algunas de ellas honran á la prudencia y humanidad de los mejicanos y son una prueba de su amor al buen órden; miéntras que otras mostraban un rigor muy parecido á la crueldad. Permitían tres clases de esclavitud: la primera comprendía á los prisioneros de guerra, la segunda á los esclavos, por los que se daba un precio considerable y la tercera á los malhechores, pero la servidumbre no alcanzaba á los descendientes de estos esclavos.

Las antigüedades mejicanas, tales como los templos, las murallas, las fortificaciones, los caminos, los puentes, los campos y los jardines flotantes de los lagos, su sistema agrícola, sus conocimientos en el comercio, la industria, la pintura, etc., todo indica los progresos que este pueblo había hecho en las artes de la civilizacion (1).

Y ya que se nos viene á la mano, vamos á transcribir una página de la *Revista de la Exposicion Universal de 1867* referente á Méjico. Dice así: «Méjico, con sus desdichas, no se ha curado de enviar nada á la Exposicion y sin embargo, estará en parte representado en ella. El señor Leon Mehedin, arquitecto-paleógrafo, ha construído en el parque una copia del monumento de Xochicano, tipo de los templos de la antigüedad mejicana y lugar donde se sacrificaba á los humanos. En la sala superior se colocarán las estatuas del sol y de la diosa de la guerra, modeladas en una composicion de papel inventada por Mr. Mehedin, de los originales que existen en el museo mejicano. La sala baja, que en el templo no existe, pero que el arquitecto ha construído para aprovechar el terreno, contendrá los muchos objetos que éste ha ido recogiendo en sus viajes científicos, segun se detalla y explica en un catálogo muy curioso que pronto ha de ver la luz.....

»No habiendo ningun producto mejicano que exponer dentro del palacio,

(1) Á últimos del año 1881 decía *La Voz de Méjico:*

«Prosiguiéndose las excavaciones comenzadas en el atrio de la Catedral, se han hecho nuevos y valiosísimos hallazgos de inestimable valor para los anticuarios. Muchos de los ídolos han sido encontrados en fragmentos, pero perfectamente reconstruíbles. Grandes piedras con geroglíficos aztecas, trozos de obsidiana, que se supone serían cuchillos de los sacrificadores y otras mil curiosidades, constituyen el resultado de las referidas exploraciones.

»El trazo de la Catedral primitiva, ha quedado ya determinado con toda exactitud, pues se han hallado los cimientos con su alineacion regular, y sobre ellos varias otras bases de columna para cuya extraccion se trabaja con gran actividad.»

el ministro de instruccion pública de Francia ha mandado colocar un recuerdo de aquel país en la sala de misiones extranjeras. Mehedin ha hecho el *facsimile* de la puerta principal de un templo antiguo, que representa una cabeza de serpiente contenida dentro de otra cabeza de colosales dimensiones. Este modelo es de yeso pintado y simula exactamente su original. El estilo de esta arquitectura, cuyos descubrimientos y estudio datan de poquísimo tiempo, no tiene aún nombre en el vocabulario de la ciencia, y se llama estilo mejicano; hay quien lo remonta á los primeros orígenes del arte, y quizas á civilizaciones anteriores á aquellas de que por inducciones vagas se tiene noticia; lo cual presta al asunto un tinte de novedad muy propio del carácter de las exposiciones universales, que hoy por fortuna se complica con un objeto expuesto por España con asombro de los anticuarios y eruditos franceses.

Nos referimos al códice de setenta hojas que el Sr. D. Juan de Tró y Ortolano ha remitido á París y es en estos momentos materia de estudio por parte de la *Comision científica de Méjico*, y ocasion de cuidados y dispendios por parte del gobierno francés. El códice del Sr. Tró es un documento mejicano de tan remota antigüedad, que se sospecha sea el único de su especie que se conserve en el mundo. Segun la opinion del abate Brasseur, sabio arqueólogo que ha residido muchos años en Méjico, dedicado á sus sagradas tareas y al estudio de las ruínas del país, el libro en cuestion no es histórico, ni ritual, sino una especie de calendario pastoral para la agricultura, en que se hallan vestigios religiosos, por la costumbre que tenían los antiguos pueblos americanos de celebrar fiestas relativas á los trabajos del campo. Nadie ha podido leer todavía este códice singular, que por fortuna se encuentra muy bien conservado; pero ya es lícito presumir que si el abate Brasseur no se engaña, y en los tiempos á que el libro se refiere escribían los mejicanos almanaques agrícolas como el de que se trata, cuyo lujo y belleza asombran, lícito es, decimos, presumir que los estudios á que va á dar márgen el códice sean de una importancia inmensa.

El gobierno francés lo ha comprendido así, y suplicado y obtenido del Sr. Tró el permiso de reproducir en setenta láminas las setenta planas del

manuscrito; diez y ocho de las cuales están ya en el Campo de Marte para conocimiento del público, y ántes de terminada la Exposicion lo estarán todas. Circulando por este medio entre los sabios de Europa y América el calendario, espera el ministro de Instruccion pública de Francia, que será leido ántes de mucho, y tanto más, cuánto que el abate Brasseur adelanta la idea de que la lengua en que está escrito es muy semejante en sus caractéres al alfabeto de Landa; notándose diferencias que permiten conjeturar si el idioma será de la misma familia que la *maya*, aún cuando no es tal lengua, sino un dialecto de entre Yucata y Guatemala.

Las láminas del *códice-troano-americano*, que es el nombre que se le ha puesto por la comision científica que lo estudia y graba, son magníficas y equivaldrán en todas sus partes á la posesion del original; con cuyo objeto este gobierno cosmopolita, que atrae hacia sí todo lo bueno de todas partes, se ha valido para la ejecucion de los mejores artistas de París y votado para los primeros gastos un subsidio de 30.000 francos.....»

Clavijero dice que los mejicanos son de alta estatura y bien proporcionados. Su carácter, como el de las demas naciones de la tierra, es una mezcla de bien y mal, pero la educacion corrige fácilmente sus malas cualidades. Los antiguos mejicanos tenían más energía y se mostraban más sensibles á la voz del honor que los de nuestros dias. Eran más intrépidos en la desgracia, más rectos, más activos, más industriosos, pero al mismo tiempo eran más crueles y más supersticiosos.

* * *

Antes de abandonar el terreno americano, recorrido por nosotros más rápidamente que al vapor, debiéramos decir dos palabras del país de los Incas, por ser este país y el de Méjico, de entre los descubiertos por los españoles en el Nuevo Mundo, los que por razon de su estado, así antiguo, como actual, más han ocupado la atencion del Antiguo Mundo; pero nos

haríamos interminables, y nos llaman las materias que deben terminar en reducidísimo espacio las escasas páginas que nos restan por llenar.

Asombra hasta la incredulidad lo que descubrieron y conquistaron los españoles en los inmensos países americanos; pero, desgraciadamente, las riquezas de aquellas regiones atraían allí á gran número de aventureros, por más que muchos de ellos fueran personas de distincion, que si pudieron ser de utilidad para la conquista, no prestaron ningun servicio laudable á favor de la civilizacion.

La naturaleza no ha descuidado nada para hacer fértiles y agradables muchos sitios americanos; la provincia llamada de Tucuman, lo mismo que el país situado al Sud de la Plata, no es más que una vasta llanura sin un solo árbol; su suelo cubierto de continua verdura y regado por gran número de riachuelos que nacen de los Andes. En tan ricos pastos los animales importados del Antiguo Mundo se han multiplicado de un modo casi increíble y esta ventaja permite al país mantener con Europa un comercio considerable de ganados, caballos, mulas, cueros, pieles, granos y otros artículos no ménos útiles y hasta necesarios.

Aquí debiéramos ya dar de mano á esta materia, si con tranquilidad de conciencia pudiéramos omitir un dato importantísimo para la civilizacion americana y la religion de que emanó.

Al descubrir los españoles la América vieron que aquel país estaba lleno de minas de oro, y excitada con esto su codicia, no perdonaron ningun medio para explotar tan rico metal, llegando para ello á cometer crueldades inauditas en los pobres salvajes. Los misioneros enviados por los conventos de España atajaron en lo posible tantos y tan graves excesos, logrando á fuerza de instancias mitigar la barbarie de los invasores. Los buenos religiosos, sin darse por vencidos ante los obstáculos con que se encontraban á cada paso, emplearon todos los recursos de su celo apostólico, y obtuvieron de los reyes de España el permiso de formar colonias independientes de aquellos salvajes á quienes pudiesen reunir y convertir á la religion.

Luégo de obtenido el permiso, para organizar estos establecimientos, que recordaron los hermosos días de los primitivos cristianos de Roma,

desparramáronse por los bosques, sin más armas que la imágen del Crucificado, y sin más provisiones que su ciega confianza en Dios, abriéndose camino por entre las selvas vírgenes, al través de pantanos donde andaban con agua á la cintura, trepando montes inaccesibles y escudriñando cavernas y precipicios, expuestos á encontrarse con monstruosas sierpes ó feroces alimañas en vez de hombres. El hambre y la fatiga acabó con muchos de ellos, otros fueron asesinados y devorados por los salvajes, aunque á veces quedaban estos parados alrededor del sacerdote que les hablaba de Dios, y dirigían la vista al cielo que él les señalaba, y otros huían de él poseídos de terror indescriptible.

Luégo que los misioneros tuvieron reunidos algunos salvajes, formaron pequeñas aldeas, cuyo número fué creciendo en pocos años, dirigidas respectivamente por dos misioneros, quienes atendían á los intereses espirituales y temporales de su república en miniatura. Los trabajos comenzaban y terminaban á son de campana; al asomar el día, llamaba á los niños, que juntos en la capilla entonaban un concierto matutino, hasta la salida del sol, formando coro con las avecillas del bosque; enseguida, hombres y mujeres oían misa, y pasaban á emprender sus faenas. Al caer la tarde, llamábales otra vez la campana al pié del altar, donde se cantaba á dos coros y con música la oracion vespertina.

El terreno estaba distribuído en varias suertes, en proporcion al número de familias; para atender á su sustento, y ademas de este terreno particular había otro comun ó público llamado *Posesion de Dios*, cuyos productos se destinaban á resarcir las malas cosechas y mantener á las viudas, huérfanos y enfermos. En el centro de cada aldea había una gran plaza, y en ésta la capilla, la choza de los padres misioneros, el arsenal, el pósito y la casa de refugio ú hospicio para los extranjeros.

La civilizacion estaba en todo su apogeo en aquellas aldeas, cuyo gobierno paternal había hecho de aquellos nuevos cristianos los más puros y felices de los hombres. El espíritu de crueldad y venganza, la crápula característica de aquellas hordas indias, habíanse trocado en espíritu de dulzura, paciencia y castidad.

Al leer esta historia, escribe uno de los más ilustres publicistas de la primera mitad de este siglo, parece no cabe otro deseo que el de cruzar los mares, y léjos de revoluciones y trastornos ir á buscar una vida oscura entre las cabañas de los pobres salvajes, y un sepulcro tranquilo bajo las palmeras de sus cementerios; pero ¡ah! no son bastante hondos los desiertos, ni los mares bastante dilatados para guarecer al hombre de los dolores que le persiguen; las misiones del Paraguay se hallan destruídas; aquellos trescientos mil salvajes, con tanta pena reunidos, vuelven á vagar por las selvas ó á ocultarse vivos en las entrañas de la tierra; la obra del cristianismo ha caído á impulsos de la malignidad humana.

No obstante, Chateaubriand, que es el autor aludido, es demasiado católico para que sirva de autoridad en la materia, y nos permitiremos continuar aquí una larga cita, decididamente contraria á los jesuitas, para que se vea hasta dónde supieron llevar aquellos religiosos la civilizacion en el Nuevo Mundo.

«..... Hacía un siglo que se devastaba la América, cuando la infatigable actividad que ha distinguido desde su orígen á los jesuitas, la ardiente ambicion y la insaciable sed que, bajo un velo respetable, ha instigado á acoger con ardor todas las ocasiones de extender su poder y de aumentar su grandeza, les impulsaron á fundar en América, en medio de los pueblos salvajes, y fuera de toda autoridad de la Europa, una nueva clase de establecimientos que debían gobernar, siguiendo un órden de cosas particular, y que emanase de ellos sólo. Un éxito más ó ménos grande coronó sus miras en la California, entre los moros, entre los chiquitos, en el río de las Amazonas y en algunos otros lugares; sin embargo, ninguna de estas instituciones se consolidó tan bien como la del Paraguay.

»Esta dominacion, empezada en 1610, se extendía desde el Parana, que desemboca en el Paraguay, bajo el vigésimo grado de latitud meridional, hasta el Uruguay, que se pierde en el mismo río hacia los treinta y cuatro grados de latitud; contenía en 1702 veintinueve pueblos, compuestos de veintidos mil setecientas sesenta y una familias, que formaban un total de ochenta y nueve mil cuatrocientas noventa y una almas. Los misioneros

que los gobernaban comerciaban por la nacion; enviaban á Buenos-Aires cera, tabaco, cueros, algodones en rama é hilados, y principalmente la yerba del Paraguay y recibían en cambio vasos y ornamentos para los templos, hierro, armas, quincalla, mercancías de Europa que no se fabricaban en la colonia, y metales destinados al pago del tributo que debían los indios varones desde veinte hasta cincuenta años. En tanto (como es posible juzgar al través de la espesa nube con que la destreza de sus autores ha envuelto continuamente estos objetos) que las necesidades del Estado no absorbían por entero el producto de estas ventas, lo que quedaba era en provecho de esos buenos padres; de este modo fueron considerados como una sociedad de comerciantes, que, predicando la abnegacion de las cosas terrenas, se ocupaban de ellas y las multiplicaban. Sin embargo, el bien marchaba al lado del mal. *Cuando en el año 1768 las misiones del Paraguay salieron de manos de los jesuitas, habían llegado á un punto de civilizacion superior á la de todos los indígenas del nuevo hemisferio.....»*

* * *

Un recuerdo, y concluimos.

La raza cobriza americana desaparece rápidamente ante la civilizacion trasportada de Europa, como huyen las tinieblas de la noche á la aproximacion del astro del día.

Cuando los europeos arribaron á las playas americanas encontraron en ellas poblaciones numerosas y algunas veces formidables. Los indígenas, restos de una civilizacion antigua, cuyo dogma primitivo habían perdido, conservaban, sin embargo, unos usos, unas costumbres y unas condiciones que, si bien no eran suficientes para conducirlos á una organizacion social más adelantada, tenían bastante poder para ser conservadas por mucho tiempo.

Es cierto que carecían de su prodigiosa actividad antigua, pero conser-

vaban todavía un resto del movimiento de las edades anteriores, al modo de los proyectiles que, muertos ya, sustraídos á la influencia de la fuerza que los lanzó, continúan, sin embargo, por algun tiempo su curso al través del espacio.

Proveer para sus necesidades materiales era para aquellos pobres indios el único ahinco; necesidades poco numerosas entónces y fáciles de satisfacer. Un suelo vasto y fértil, cortado por ríos y lagos abundantes en pesca, costas de grande extension, selvas tan antiguas como el mundo, tales eran los recursos para acallar sus necesidades diarias.

Ademas del cultivo del maíz y de la pesca una caza fácil en los bosques ó en las praderas, les abastecía abundantemente de carne para la manutencion, y de pieles para resguardar á sus hijos del rigor de las estaciones: nada más pedían entónces. Muy luégo su contacto con los europeos les hizo sentir nuevas necesidades, sin darles medios de satisfacerlas. Antes nada les faltaba para su felicidad; imprevisores para el día siguiente, pasaban la vida sin contar los días, sin que las fatigas de la caza y los peligros de la guerra fuesen para ellos otra cosa que episodios que llenaban un vacío de su existencia sin comprometer su seguridad. Despues, todo se trocó para el indio. Necesitaba armas de fuego, municiones, instrumentos de caza y de pesca, telas de los europeos, objetos de lujo; sentía pasion por el aguardiente, el licor de fuego, como le llamaban ellos, que debía enervar y diezmar su raza de generacion en generacion, acaso con más furor que las más encarnizadas guerras. Los despojos de los animales no fueron ya para él simples vestidos, sino objetos de comercio para trocarlos por licores y fusiles y la dificultad de poder procurárselos, era cada día mayor. Los animales salvajes eran cada día ménos numerosos, y con el ruído de las ciudades levantadas de repente en sus mismas moradas, se internaron en las espesuras y fué forzoso seguirlos. Las fatigas iban en aumento á medida que los recursos faltaban; la miseria, el hambre, la intemperie, las privaciones, hé aquí los enemigos terribles ante quienes iban sucumbiendo unos pueblos en otro tiempo afortunados.

Ahora, cuando la poblacion europea empieza á acercarse al desierto ocu-

pado por una nacion salvaje, el gobierno de los Estados-Unidos envía comunmente á ésta una embajada solemne; los blancos reunen á los indios en una vasta llanura, y despues de haber comido y bebido juntos les dicen: «¿Qué haceis en el país de vuestros padres? En breve tendreis que desenterrar sus huesos para vivir en él. ¿No hay bosques, lagos y praderas más allá de estos sitios? Al otro lado de esas montañas que rayan con el horizonte, más allá de ese lago, que linda con vuestro territorio, se encuentran vastas comarcas en que abundan los animales salvajes: vendednos vuestras tierras é idos á vivir felices en aquellas.» Diciendo esto, les enseñan armas de fuego, vestidos de lana, barriles de aguardiente, collares de vidrio, brazaletes de estaño, pendientes y espejos. Las mujeres y los niños, que desean poseer aquellos objetos preciosos, instigan á los guerreros para que se efectúe la venta. Si aún con esto vacilan, se les insinúa que no les queda otro camino que andar, y que luégo el gobierno mismo de los Estados-Unidos será impotente para asegurarles el goce de sus derechos. Entónces se alejan silenciosos, y van á habitar nuevos desiertos para que al cabo de diez años les arrojen tambien de ellos los blancos. Hé aquí de qué modo adquieren los americanos á vil precio provincias enteras que los más ricos monarcas de Europa no podrían pagar. Colocado el viajero en la cima del monte Holioke ¿no le parecen de un valor inestimable las márgenes riquísimas bañadas por el Connecticut? ¿No forma un paisaje el más pintoresco, el más animado, todo cuanto se ofrece á su vista? Pues bien; esa tierra encantadora no les ha costado á los blancos más que la voluntad de poseerla; verdad es que tambien han vivificado estos paisajes, que les han dado los atractivos del cultivo, que han derramado sobre ellos el tinte inefable y consolador de la civilizacion; verdad es que esto es una nueva tierra comparada con la de los pantanos y selvas gigantescas de otro tiempo; pero todos los prodigios del arte no son capaces de hacer olvidar unas usurpaciones atroces.

Chateaubriand, al verse en medio de las soledades americanas, exclamaba con entusiasmo: «¡Libertad primitiva, al fin te encuentro! Voy pasando, como el pájaro que vuela sobre mi cabeza, que se dirige al azar, yendo sólo de una sombra en busca de otra sombra. Héme aquí tal como Dios me

creó, rey de la naturaleza, llevado como en triunfo por las aguas de un río caudaloso, miéntras los habitantes del río me acompañan en mi carrera, y los pueblos del aire me entonan sus himnos, y los animales de la tierra me saludan, y los árboles centenarios de las selvas encorvan su cima al soplo de los vientos. Decid, ¿en qué frente está grabado el sello inmortal de nuestro orígen: en la del hombre de la sociedad ó en la mía? Id á encerraros en vuestras ciudades; id á someteros á vuestras mezquinas leyes; id á ganar el pan con el sudor de vuestra frente, ó á devorar el pan del pobre; id á degollaros mutuamente por algunas palabras, por obedecer á uno ú otro amo; id á dudar de la existencia de Dios, ó á adorarle bajo formas supersticiosas; yo me quedaré errante por estas soledades, donde ni un latido de mi corazon será comprimido, donde ni uno sólo de mis pensamientos será encadenado, donde divagaré libre como la naturaleza, y donde no reconoceré otro soberano fuera de Aquel que encendió la llama de los soles, y que con un impulso de su mano ha hecho dar vueltas á los mundos.»

Chateaubriand, empero, ademas de ser un escritor ya antiguo y católico es tambien poeta, y no es autoridad científica. Vamos, pues, á corroborar todo lo dicho por él por los escritos de un sabio nada sospechoso como lo es Wallace.

Para que el lector más suspicaz preste crédito á Wallace, debe saber que es fundador con Darwin de la teoría de la seleccion natural, y que ademas de haber sido íntimo amigo de Darwin, es su entusiasta admirador, defensor en gran parte de sus doctrinas, habiendo dedicado su carrera científica á recoger datos para demostrar que sus opiniones son exactas y fundadas en la verdad.

Tambien ha tenido Wallace el valor no comun de recorrer pueblos no conocidos, penetrando en islas que nadie había visto, haciendo los mayores sacrificios por las ciencias naturales, y al cabo de ocho años de estudios hechos en muchas islas de la Oceanía, comparando el estado social de los salvajes que ha visto con el de las naciones civilizadas, termina diciendo que es preferible el de los salvajes.

Lo desgraciadamente cierto para nosotros,—no se asusten nuestros

lectores,—es que no le falta razon al sabio naturalista, y que, admitiendo muchas de sus observaciones, debemos necesariamente aceptar la mayor parte de sus consecuencias.

Fijando la atencion en las ciudades y centros industriales, donde los extravíos y exigencias del lujo en todas las clases, engendran costumbres reprobables por lo disolutas y estragadas, á la par que la miseria inspira crímenes y horrores, se pronuncia Wallace por la superioridad de aquellas regiones salvajes, donde es casi inútil ó á lo ménos innecesario el trabajo, gracias á su naturaleza tan espléndida y pródiga como magnífica y riquísima. «En vez, escribe Wallace, de cultivar nuestra inteligencia y corazon, trabajan únicamente los pueblos civilizados para conseguir bienestar, cuya posesion se adquiere á costa de los desgraciados que nunca disfrutan semejante ventaja.

»Aunque el hombre culto adivine leyes de la materia, que utilizamos para aumentar riquezas, nuestro gobierno, justicia, sistema de educacion, organizacion social y moral, han permanecido en un estado verdadero de barbarie.»

Despréndese de varias observaciones de Wallace que los paises más ricos y fértiles del mundo están casi desiertos, miéntras que hay otros muy agitados por terribles y frecuentes trastornos causados, entre otras circunstancias, por el exceso de poblacion, el hambre y otras.

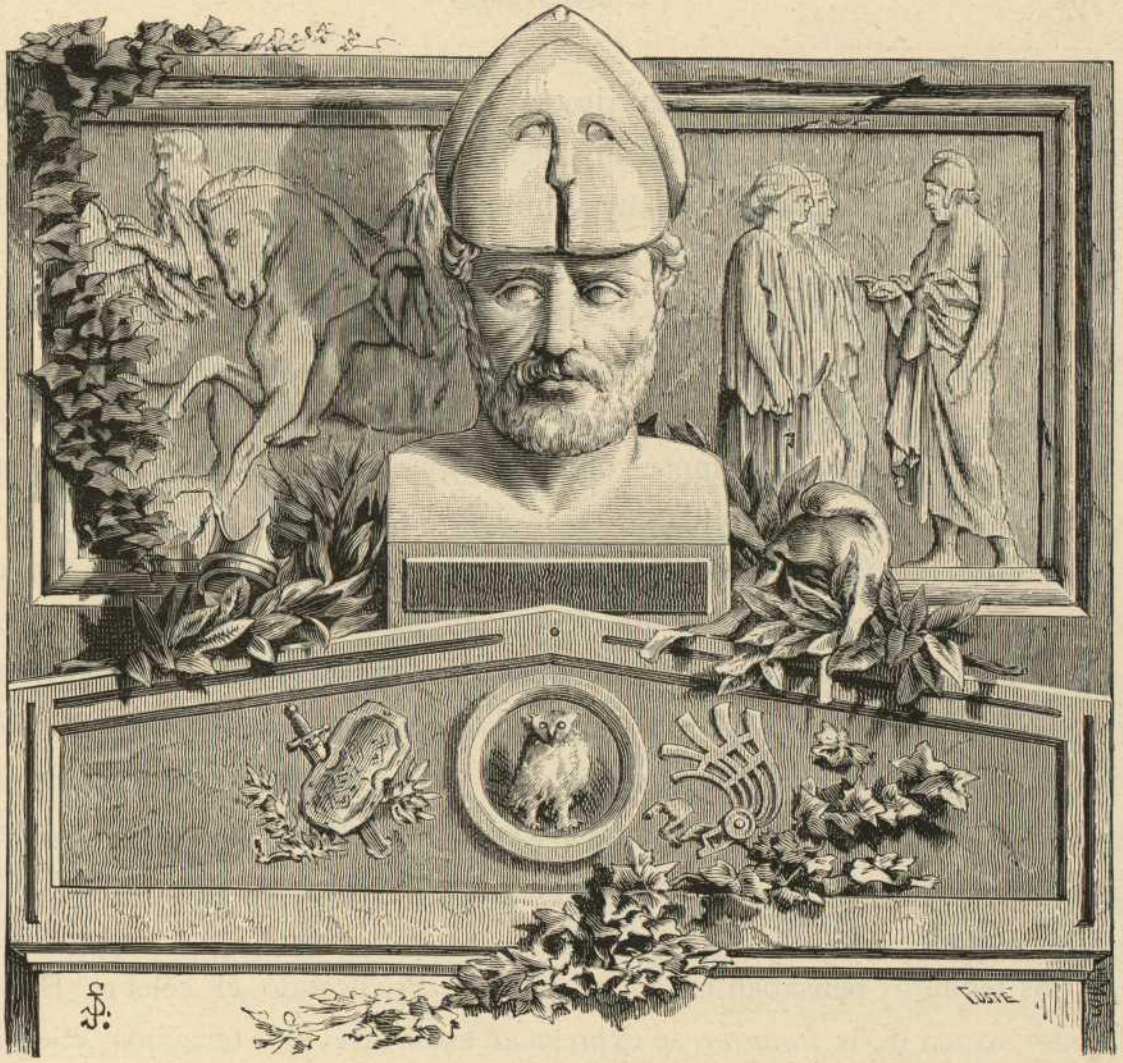
Si se ha de dar crédito al sabio naturalista, ocurre observar que en la zona más remotamente oriental, se dedica á sus ocupaciones la escoria de los pueblos sin gobierno, sin código penal ni policía, y se admira de que la peor chusma de la tierra esté convertida en una nacion sin malicia ni doblez, estando libre de los violentos apetitos y pasiones de la civilizacion europea.

Si fueran exactas estas precedentes observaciones del sabio naturalista, tendríamos ya con certeza uno de los más eficaces remedios contra muchos de los males sociales que nos afligen: la emigracion de los desgraciados á los paises descritos por Wallace, donde, en cambio de la miseria que aquí les aflige, encontrarían goces en su vida, libre y exenta de cuidados.

Los gobiernos de los pueblos que se llaman civilizados, con mayor impropiedad de lo que á primera vista parece, debieran estudiar estos graves é importantes problemas sociales, que podrían remediar en parte los innegables y cada día mayores males que afligen á gran parte de las naciones europeas.

Debemos forzosamente poner aquí punto, sin ni siquiera indicar algo de lo mucho que nos falta decir, para dejar nuestro trabajo medianamente esbozado, si se nos permite la frase, sintiendo en el alma que la falta de espacio nos obligue á dejar hasta incompleto en parte el rápido y superficial estudio que hemos venido haciendo de la civilizacion en los diversos pueblos que hemos recorrido.





CAPÍTULO VIII.

INFLUENCIA DE LAS FORMAS DE GOBIERNO EN LA CIVILIZACION DE LOS PUEBLOS.

Dos obstáculos invencibles se nos oponen al desarrollo de la idea que forma el epígrafe de este capítulo: la importancia de la materia, y el muy limitado espacio de que disponemos para tratarla. Ademas, como se comprende muy bien, á simple vista, no es esta una de aquellas cuestiones para tratadas á la ligera y en absoluto, porque deben tenerse presentes las diferencias del estado antiguo y del estado moderno,

harto descuidadas por algunos escritores al tratar de esta materia. Mucho tendremos nosotros adelantado si sabemos, á la par que recordando estas diferencias, evitar la confusion muy comun entre el órden civil y el político, entre el gobierno y la sociedad.

Como si esta cuestion no fuera de suyo demasiado intrincada, vienen á aumentar su dificultad las autorizadas opiniones de dignos autores de respetabilidad suma, pero que discípulos de la antigüedad ó muy afectos á sus doctrinas, no distinguen siempre con el oportuno y áun debido criterio, las condiciones diversas de la vida de las sociedades modernas.

El autor del *Espíritu de las leyes*, talento no tan profundo como creyeron sus contemporáneos, pero que forma autoridad en la materia, cayó en graves errores cuya responsabilidad, más que personal, es de la época en que escribió su conocida obra. La propiedad segun él, es un puro convenio, hijo de la ley, y una especie de usurpacion, á lo ménos en su principio. Á pesar de ser un hombre rico, de posicion desahogada é independiente, no vacila en afirmar que la riqueza de unos es usurpada de lo que corresponde á otros. Montesquieu era jurisconsulto.

Los teólogos pensaban entónces como él. Predicando el célebre Bourdaloue, acerca de la *limosna*, se expresa en estos atrevidos términos: «Segun la ley de la naturaleza, todos los bienes debían ser comunes: á la manera que todos los hombres son igualmente hombres, el uno por sí mismo y de su capital, no tiene derechos mejor establecidos que los del otro ni más extensos; así tambien parecía natural que Dios les abandonara los bienes de la tierra, para recoger de ella los frutos, cada uno segun sus necesidades presentes.» Y como si no fuera esto bastante explícito, corrobora el mismo orador sagrado su pensamiento con estas frases, de un sabor político muy acentuado, pero que encierran una gran verdad evangélica: «Cuando el rico hace limosna, no se lisonjee en esto de liberalidad; porque esta limosna es una especie de deuda que paga, es la legítima del pobre que no puede negar sin injusticia.»

Con estos antecedentes, oigamos ahora más desarrollada la idea de Montesquieu: «Para que las riquezas queden igualmente repartidas, es pre-

ciso que la ley no dé á cada uno más que lo necesario físico. Si se tiene más, unos gastarán, otros adquirirán, y se establecerá la desigualdad. Suponiendo lo necesario físico igual á una suma dada, el lujo de los que no tendrán más que lo necesario, será igual á cero: el que tendrá el doble que éste tendrá un lujo igual á tres; cuando se tenga todavía el doble, se tendrá un lujo igual á siete; de manera, que supuesta siempre doble la hacienda del particular que sigue de la del precedente, crecerá el lujo del doble más una unidad, segun esta progresion: 0, 1, 3, 7, 15, 31, 63, 127..... Por consiguiente, no habiendo aumentado las riquezas particulares, sino porque han quitado lo necesario físico á una parte de los ciudadanos, es preciso que les sea restituído.»

Nadie, á no saberlo, creería escritas por Montesquieu estas atrevidas ideas, más propias en su mudo tecnicismo de los actuales nihilistas, que de un sabio jurisconsulto de pleno siglo décimooctavo; porque de la teoría transcrita se desprende lógicamente que los gobiernos son los obligados á practicar la restitucion que sin circunloquios exige el autor del *Espíritu de las leyes*, pero en una medida que él juzga variable, y sujeta á procedimientos distintos, segun sean las instituciones del estado que deba practicarla.

Ateniéndose á la comun clasificacion generalmente adoptada de monarquía, aristocracia y democracia, incurre Montesquieu en graves errores respecto á los medios de restitucion de las riquezas, y es que el autor del *Espíritu de las leyes*, en el siglo que vivía era el representante de la razon y del saber en medio de escritores que se dejan guiar solamente por la abstraccion.

Dentro de la monarquía restituye el rico gastando mucho. ¡Donoso medio de restituir partiendo del principio que la propiedad sea una usurpacion; prescindiendo aún de la inmoralidad, ultrajante para el pobre, que encierra la máxima injusta de disfrutar mucho de una cosa como sistema de restituirla, ó siquiera distribuirla!

Si la monarquía reprueba, como medio de restitucion, las leyes suntuarias, las admitirá gustosa la aristocracia, que tendrá la restitucion por los ricos apelando á distribuciones públicas bajo distintos nombres.

En nombre de la igualdad exigirá la democracia leyes suntuarias empleadas en algunas legislaciones antiguas.

Las contradicciones, más numerosas que los errores, de Montesquieu prueban concluyentemente la dificultad de resolver en absoluto la cuestion que es el tema de este capítulo. La historia, tan invocada por él, contradice á cada paso sus asertos, y actualmente el descrédito más completo, pesa como una losa de plomo sobre las teorías de este autor.

Entrando ya en las distinciones de las formas de gobierno en sus relaciones con la civilizacion en general, debemos comenzar eliminando el despotismo en el exacto sentido de la palabra, porque ni siquiera puede entrar en comparacion con la monarquía absoluta, limitada cuando ménos por reglas morales.

La historia romana nos ha presentado déspotas cuyos horrores extremecen á la humanidad entera. Calígula, Claudio, Neron, Domiciano y otros, han dejado rastros de sangre y recuerdos de oprobio que la conciencia humana no olvidará jamas, para pedir venganza en nombre de la humanidad ultrajada por tales monstruos.

Y no olvidemos que la maldita razon de Estado ha hecho lo posible para ocultar la repugnancia de la mayoría de los crímenes de los déspotas, pretendiendo cohonestarlos con la seguridad necesaria al príncipe y otras disculpas tan huecas de sentido y faltas de razon cual esto. Baste recordar que las fuerzas humanas debían sustituir á las más poderosas máquinas ante la voluntad de los déspotas, para comprender á dónde podía llegar la civilizacion en manos de semejantes monstruos.

Lo dicho del despotismo de uno sólo, es aplicable al despotismo bajo cualquier forma. El ejemplo de Venecia bastará por todos.

Venecia, ciudad marítima y casi flotante, semejante á un buque, tuvo un gobierno duro y tiránico cual se necesita en la mar. Pero este gobierno duro, fué el más feliz de los gobiernos bajo el punto de vista material. La justicia y la moralidad eran sacrificadas por el bien del pueblo; pero la suerte de Venecia ha probado que sin moralidad no hay gobierno posible, aunque florezca temporalmente su interés material con mengua del moral.



MATRIMONIO DE VENECIA CON EL ADRIATICO.

En nombre de la igualdad exigirá la democracia leyes suntuarias empleadas en algunas legislaciones antiguas.

Las contradicciones, más numerosas que los errores, de Montesquieu prueban concluyentemente la dificultad de resolver en absoluto la cuestion que es el tema de este capítulo. La historia, tan invocada por él, contradice á cada paso sus asertos, y actualmente el descrédito más completo, pesa como una losa de plomo sobre las teorías de este autor.

Entrando ya en las distinciones de las formas de gobierno en sus relaciones con la civilizacion en general, debemos comenzar eliminando el despotismo en el exacto sentido de la palabra, porque ni siquiera puede entrar en comparacion con la monarquía absoluta, limitada cuando ménos por reglas morales.

La historia romana nos ha presentado déspotas cuyos horrores extremecen á la humanidad entera. Calígula, Claudio, Neron, Domiciano y otros, han dejado rastros de sangre y recuerdos de oprobio que la conciencia humana no olvidará jamas, para pedir venganza en nombre de la humanidad ultrajada por tales monstruos.

Y no olvidemos que la maldita razon de Estado ha hecho lo posible para ocultar la repugnancia de la mayoría de los crímenes de los déspotas, pretendiendo cohonestarlos con la seguridad necesaria al príncipe y otras disculpas tan huecas de sentido y faltas de razon cual esto. Baste recordar que las fuerzas humanas debian sustituir á las más poderosas máquinas ante la voluntad de los déspotas, para comprender á donde podía llegar la civilizacion en manos de semejantes monstruos.

Lo dicho del despotismo de uno sólo, es aplicable al despotismo bajo cualquier forma. El ejemplo de Venecia bastará por todos.

Venecia, ciudad marítima y casi flotante, semejante á un buque, tenia un gobierno duro y tiránico cual se necesita en la mar. Pero este gobierno duro fué el más feliz de los gobiernos bajo el punto de vista material. La justicia y la moralidad eran sacrificadas por el bien del pueblo, pero la suerte de Venecia ha probado que sin moralidad no hay gobierno posible, aunque florezca temporalmente su interés material con ventaja del moral.



Mir. Tarradas, Comas y Cª - Editores.

MATRIMONIO DE VENECIA CON EL ADRIÁTICO.

El gobierno veneciano fué en un principio una democracia pura. No obstante, Venecia, dueña de un vasto imperio, necesitaba concentrar su poder. Así, la democracia cedió su puesto á una oligarquía tiránica. La república tenía ya un jefe supremo llamado *doge* (1). En 1310 se formó el famoso consejo de los *Diez inquisidores de estado*, que se apoderaron paulatinamente de todo el poder. Sus juicios eran inapelables. Reuníanse en una sala cubierta de negro, color que usaban ellos mismos en sus vestidos. Cerca de la sala de sesiones de los *Diez* había una caja llamada la *Boca del Leon*, destinada á recibir las denuncias, que podía hacer cualquier ciudadano. Las sesiones de los *Diez*, sus juicios y ejecuciones eran secretas. Los condenados eran ahogados por la noche en un canal poco frecuentado, donde estaba prohibido pasear.

Por lo demas, era Venecia una república aristocrática, aunque compuesta de comerciantes y con su arsenal de diez y seis mil obreros y treinta y seis mil marineros.

En nuestra época de tanto republicanismo de palabra, pero no de obra, apénas se concibe el republicanismo de Venecia, aristocrático y religioso. Los republicanos modernos, los europeos á lo ménos, miden su amor á la república por el odio que profesan á la religion católica. En Venecia, dominadora del mar y de las potencias de la mar, se celebraban con pompa sin igual las fiestas cívico-religiosas. Aunque parezca fuera de lugar la descripcion aquí de una de sus más poéticas y suntuosas fiestas, no sabemos pasarla por alto por lo hermanada que estaba con la religion que ahora detestan horriblemente los republicanos á la moderna.

Desde muchos siglos celebraba Venecia la famosa fiesta del matrimonio de la república con el mar. El día de la Ascension, montado el dux en un magnífico barco, salía de las lagunas, y llegado á las aguas del Adriático, tomaba un anillo de oro que el obispo bendecía, y lo arrojaba despues al mar, como si le casara con la república, en señal de soberanía completa y

(1) El lugar donde se descargaban las mercancías para registrarlas y pagar derechos se llamaba *Dogana*, derivado del derecho que se pagaba al *Doge* en Venecia, y de esta palabra italiana se ha formado la española *Aduana*.

perpetua. Esta ceremonia, enteramente nacional, recordaba las famosas palabras de Alejandro III al dux Ziani: «El mar os esté sometido como la esposa al marido, porque lo habeis conquistado por vuestras victorias.»

En todas las fiestas celebradas en Venecia sorprende siempre el lugar preferente reservado á la religion. La Cartago europea, superior por su ostentacion á todas las cortes de los más poderosos reyes, no creía empequeñecerse confesando públicamente al Dios de los humildes, como no se avergüenza actualmente la república del Norte-América, destinando oficialmente y á la faz del mundo un día de ayuno nacional y de accion de gracias al Todopoderoso por los beneficios dispensados al Estado durante el año.

Como contrapeso á la deslumbrante pompa ostentada por Venecia, y á fin de comprender mejor lo que puede una forma de gobierno en la civilizacion de un pueblo, vea el lector una página de una obra moderna, tratando del lujo y de las formas de gobierno.

«Montesquieu admira que en Venecia obliguen forzosamente las leyes á los nobles á la *modestia*. «De tal manera, dice, se han acostumbrado al »ahorro, que sólo las cortesanas pueden hacerles dar dinero: sirviéndose de »este medio para sostener la industria, las más despreciables mujeres gastan »allí sin peligro, miéntras que sus tributarios viven de la manera más os»cura» (1). Citando Montesquieu á Venecia, alega el ejemplo más ventajoso para su tésis; y no obstante, ¡cuántos mentís dados por Venecia ya á esta tésis, ya á sus propias disposiciones suntuarias! ¡Cuántos esfuerzos por librarse de las prescripciones de esas leyes en cuanto á los vestidos! No hablo del particular correctivo impuesto á la moderacion de los nobles por las cortesanas, que se encargan, tan al caso, de alentar la industria. ¡Qué coraje en esta clase al ver el traje que ella llevaba por mandato, imitado por jóvenes elegantes de oscura cuna! ¡Cuántas astucias por darle magnificencia por medio de algun accesorio que se libre de esas afrentosas ficciones! Unas veces le añade un cinturon de terciopelo, guarnecido con láminas de plata, otras veces es un grueso corchete de oro y hasta de diamante. Las ricas patricias,

(1) *Espíritu de las leyes*, lib. VI, cap. 3.

relegadas de día en sus casas ó no saliendo sino cubiertas con largos velos, juegan el mismo juego más hábilmente aún: ostentan de noche deslumbrantes trajes cuantas veces se presenta una ocasion de fiesta; se cubren con encajes y perlas. El *Tribunal de las pompas* desempeñó en Venecia el papel de Caton. Puede uno preguntarse si el éxito siempre disputado de sus esfuerzos valió la pena de ser comprado por el precio de las vejaciones que, sin provecho para la República, acarrearon la inquisicion en el vestir. Viéronse graves magistrados solemnemente reunidos para deliberar sobre la forma de los vestidos y sobre el metal de los botones.»

Asombra é indigna que en un siglo tan susceptible como el nuestro, en un siglo en que, sin discernir la parte correspondiente al gobierno, de la correspondiente á la Iglesia, en lo tocante á la Inquisicion, se declama, se escribe y vocifera tanto contra lo que no se ha visto (1), fallando sin apelacion contra la conducta de la Iglesia en lo tocante á la Inquisicion, como si ella fuera responsable de los errores y extralimitaciones de los gobiernos que abusaron de ella, como se abusa de lo más santo en este mundo, cuando no es la virtud ó la justicia la norma de las acciones humanas.

Sintetizando lo poquísimo que llevamos insinuado acerca de lo que forma el tema de este capítulo, y dando por supuesto lo que se ocurre á cualquiera en esta materia, podemos resumir diciendo que es inútil inferir de una forma determinada de gobierno la influencia mayor ó menor en el desarrollo de la civilizacion de los pueblos.

Á los que digan que las democracias rechazan el lujo, les contradice la historia antigua, y les desmienten las sociedades modernas; así como es digno de observarse, en otro órden de ideas, que no son las democracias las que han iniciado ó llevado á cabo las revoluciones en sentido republicano; de la misma manera que merecen estudiarse las anomalías constantes que se presentan en la sucesion de los siglos en las luchas entre las aristo-

(1) Se sabe que los templarios pedían con vivas instancias ser juzgados por el tribunal de la Inquisicion, *sabiendo bien*, dicen los historiadores, *que si obtenían semejantes jueces no podrían ser condenados á muerte*. Sólo la Iglesia Romana, en todo el universo, protestó contra los edictos excesivos de San Luis y de Cárlos V (a).

(a) MOIGNO.—*Esplendores de la fe*.—Tomo IV.

cracias y el poder real y viceversa, y la amalgama del pueblo con el poder absoluto ó despótico, cuando éste quiere dominar una situacion, saliendo perjudicado despues el pueblo que cooperó á los fines propuestos por la ambicion.

Los reinados de Felipe II de España, de Luis XIV de Francia, absolutos á cuanto cabe, desmienten á los que, sin meditarlo, afirman que en épocas de absolutismo no prosperan las letras y las ciencias, ni se llevan á cabo las grandes empresas que dan lustre á los monarcas y gloria imperecedera á las naciones.

Gustosos entraríamos en detalles que nos ofrecería á manos llenas la historia para corroborar con datos exactos é irrecusables que ninguna forma de gobierno tiene el privilegio de influir más eficazmente que otra determinada en los progresos de la civilizacion de los pueblos. En vano se esforzarán los partidarios de cada una de las distintas formas de gobierno por presentar cuadros de colores más ó ménos vivos para probar los abusos cometidos por su contrario ó contar los elogios de las ventajas del propio. Unos y otros incurren en graves excesos de colorido; unos y otros se dejan llevar del espíritu de venganza.

Es indudable que actualmente la monarquía y la aristocracia llevan la peor parte de las censuras. Léjos de nosotros declararlas libres de culpa; pero se equivocaría la democracia si se creyera con derecho para arrojar la primera piedra. Hoy por hoy ninguna forma política puede vanagloriarse de estar exenta de culpa en el desvío de los pueblos en sus relaciones con la civilizacion, ni puede abandonarse á ciegas con firme seguridad á la temeraria empresa de guiar á las naciones por el verdadero camino de su cultura y bienestar.

Nuestra época, al igual que otras, tiene sus errores peculiares. Los adelantos industriales han sobreexcitado la imaginacion de las masas y han soñado en satisfacciones materiales que exceden á los medios naturales y legítimos para obtenerlas. El espíritu de igualdad, inspirado por los progresos realizados, las lleva en pos de ambiciones desmedidas, que jamas verán satisfechas, porque se fundan en el falso principio de la teoría filosó-



cracias y el poder real y viceversa, y la amalgama del pueblo con el poder absoluto ó despótico, cuando éste quiere dominar una situacion, saliendo perjudicado despues el pueblo que cooperó á los fines propuestos por la ambicion.

Los reinados de Felipe II de España, de Luis XIV de Francia, absolutos á cuanto cabe, desmienten á los que, sin meditarlo, afirman que en épocas de absolutismo no prosperan las letras y las ciencias, ni se llevan á cabo las grandes empresas que dan lustre á los monarcas y gloria imperecedera á las naciones.

Gustosos entraríamos en detalles que nos ofrecería á manos llenas la historia para corroborar con datos exactos é irrecusables que ninguna forma de gobierno tiene el privilegio de influir más eficazmente que otra determinada en los progresos de la civilizacion de los pueblos. En vano se esforzarán los partidarios de cada una de las distintas formas de gobierno por presentar cuadros de colores más ó ménos vivos para probar los abusos cometidos por su contrario ó contar los elogios de las ventajas del propio. Unos y otros incurren en graves excesos de colorido; unos y otros se dejan llevar del espíritu de venganza.

Es indudable que actualmente la monarquía y la aristocracia [illegible] peor parte de las censuras. Léjos de nosotros declararlas libres de culpa; pero se equivocaría la democracia si se creyera con derecho para arrojar la primera piedra. Hoy por hoy ninguna forma política puede vanagloriarse de estar exenta de culpa en el desvío de los pueblos en sus relaciones con la civilizacion, ni puede abandonarse á ciegas con firme seguridad á la [illegible] raria empresa de guiar á las naciones por el verdadero camino de [illegible] y bienestar.

Nuestra época, al igual que éstas, tiene sus [illegible] lantos industriales han [illegible] la [illegible] y han soñado en satisfacciones [illegible] naturales y legítimos para obtenerlas. [illegible] por los progresos realizados, [illegible] das, que jamas verán satisfechas, porque [illegible] de la teoría filosó-



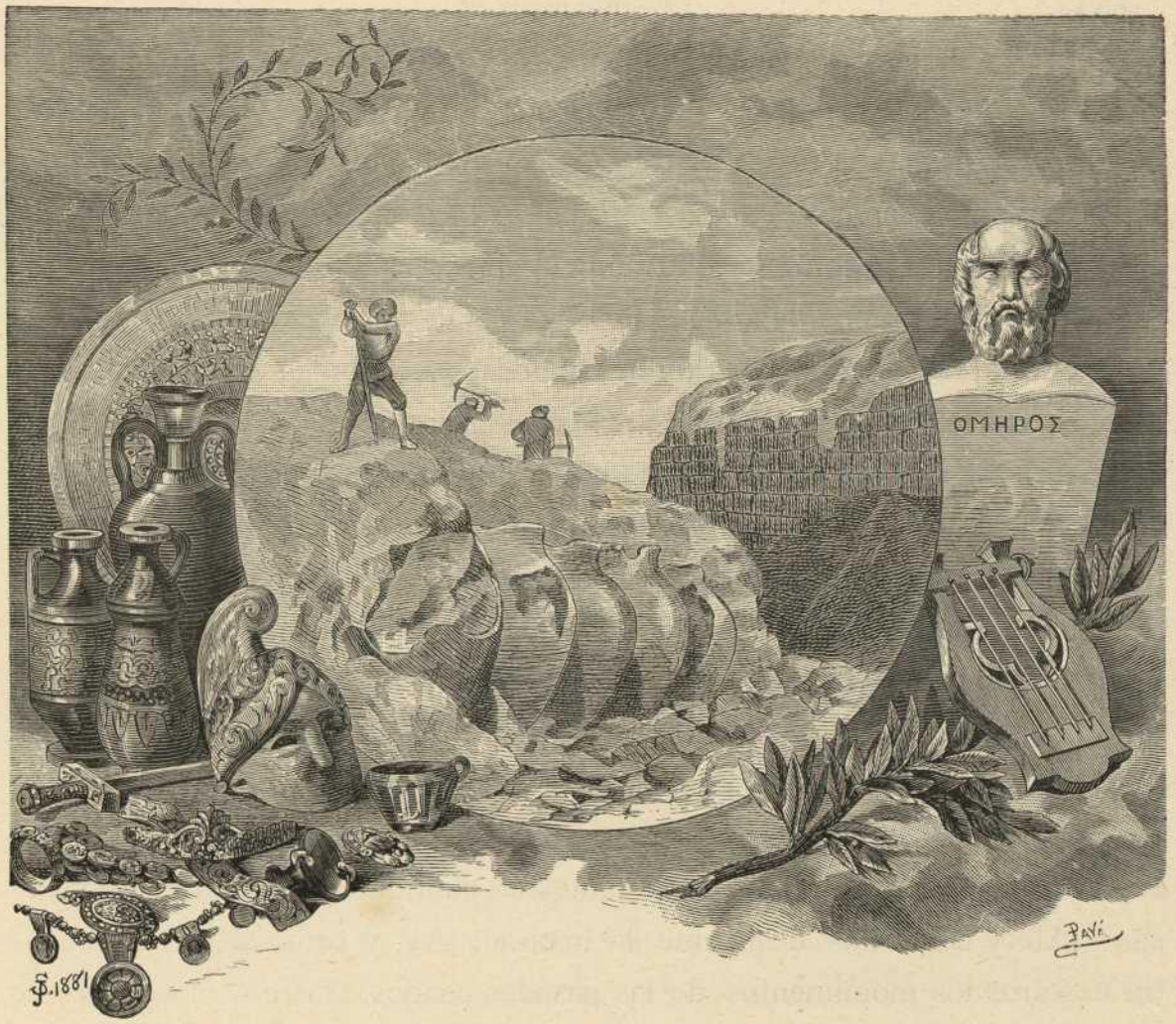
Mir. Tarradas, Gomas y C.ª - Editores.

COSTUMBRES DEL SIGLO XVII.

fica absurda bajo todos conceptos de la perfectibilidad indefinida basada en el progreso indefinido. Ese espíritu les lleva á la creencia en una participacion de goces de toda especie á que no llegó jamas ninguna sociedad y que no serán jamas el patrimonio de las muchedumbres en este mundo de miserias, de trabajos y de incesantes lágrimas.

Este lenguaje no será agradable á los desgraciados é ilusos que confían en sueños de enfermo; pero entre serles gratos ó útiles, preferimos el último término.





CAPÍTULO IX.

¿PROGRESA LA CIVILIZACION DE LOS PUEBLOS?

PROBLEMAS hay que, planteándolos, quedan resueltos; y preguntas se hacen que excusan la respuesta.

¿Progresa la civilizacion de los pueblos?

Esta pregunta equivale á una respuesta negativa. Y es evidente.

¿Á quién se le ocurre preguntar si es de día cuando el sol de julio está en la mitad de su carrera?

La sola pregunta que encabeza el capítulo, prueba que no es tan evidente el progreso de la civilizacion de los pueblos que no dé lugar á dudas.

¡Pero qué dudas! Más aún, y perdónesenos lo vulgar de la idea. Sólo se alardea lo que no se tiene. El cobarde se deshace chorreando valor por todos sus poros cuando nadie se lo pide ni le pregunta si lo tiene. Nadie cacarea tanta honra como la infeliz mujer que vende sus favores. Mal signo será, pues, la continua alharaca de civilizacion de nuestro siglo, y muy á oscuras estaremos cuando con tanta inmodestia nos envanecemos continuamente con el dictado de hijos de las luces.

Asiria, Egipto, Media, Persia, todo el Oriente, en general y en particular, nos han dejado asombrados con una civilizacion que, dígase lo que se quiera, prescindiendo de la moral evangélica, distamos mucho, muchísimo, de haber alcanzado nosotros. La India, la China, el Japon, en el antiguo mundo; Méjico, Perú y otros en el nuevo, no tienen que envidiarnos ningun grado de bienestar en las buenas épocas á que llegaron sus florecientes civilizaciones. ¿Por qué, pues, nos envanecemos?

Por no decir desprecio, nos causan verdadera lástima las personas, que se creen ilustradas, y creen que estamos en continuo progreso de civilizacion. ¡Ah, y cómo nos desmiente la historia! ¡Ah, y cómo se levantan contra nosotros los monumentos de las pasadas edades, testigos elocuentes de lo que fueron ellos y punto de comparacion de lo que somos nosotros!

¿Qué es nuestra literatura comparada con la de Grecia y Roma? ¿Qué son nuestras bellas artes frente á frente de estos dos pueblos? Y nuestras costumbres, no obstante el vigor que sin advertirlo reciben del Evangelio, ¿qué son al lado de las de aquellos austeros ciudadanos? ¿Dónde están nuestros grandes hombres que puedan oponerse á los innumerables de aquellas edades?

Prescindamos por un momento del Evangelio que influye hasta en los que lo desechan y persiguen; comparemos nuestro estado actual con el de los pueblos, así del antiguo como del nuevo mundo, ántes de ser regenerados por la savia evangélica, ¿dónde está el mayor grado de perfeccion social?

Dejemos empero tiempos lejanos no muy conocidos para establecer un paralelo aceptable por toda clase de opiniones, y entremos en épocas cerca-

nas, y por consiguiente, más á nuestro alcance. ¡Qué desilusion! Se han confundido ¡oh mengua! los adelantos industriales con los progresos morales, que son los únicos que dan la medida del estado de la civilizacion.

¡Los adelantos! ¡Pues qué! ¿No es obligacion de todas las generaciones añadir ó perfeccionar algo de los anteriores? ¿No hicieron nada nuestros antecesores? ¿O es que no dejaremos nada por adelantar á los que nos sucedan? ¡Qué cúmulo de vanidad! y ¡qué inmodestia!

Y miéntras tanto, al lado de lo que hayamos adelantado, que no es tanto como parece, se levantan como monstruosos gigantes que nos amenazan, porque no sabemos vencerlos las plagas del pauperismo, de la mendicidad y de la prostitucion, desarrolladas como en ninguna época del mundo. Junto con estas plagas caminan las repetidas crísis industriales, pavorosos problemas que no acertamos á resolver, y cuya solucion costará luchas horribles y mares de sangre; tenemos la inextinguible sed de goces materiales que ha producido el odio profundo de clases sedientas de extincion mutua; crece diariamente el fantasma de la lucha entre el capital y el trabajo, lucha demasiado duradera ya cuando apénas ha comenzado, y funesta para cualquiera de las dos partes contendientes el día que se libre la batalla definitiva; tenemos la inquietud indicada en todas las capas sociales así las privilegiadas como las desheredadas, por el miedo de perder los goces aquellas, por el constante afan de poseerlos éstas: lucha terrible entre opuestos elementos de fatales desenlaces para uno ú otro de los dos bandos que se disputan encarnizadamente la victoria.

¿Quién al ver ésto, se atreverá á decir, teniendo sano el juicio, que progresa la civilizacion de los pueblos?

Hasta aquí nos referimos al órden material. Si pasamos al moral ó religioso, ¡qué negro cuadro se nos ofrece á la vista!

La perfeccion moral consiste en la aproximacion mayor á Dios, y nunca la humanidad había estado más alejada de Dios que ahora; porque nunca los hombres habían amado y servido ménos á Dios que ahora.

No hablemos ni una palabra de los siglos paganos.

Los primeros siglos del cristianismo fueron los siglos de oro de la civi-

lizacion, porque la ultrajada dignidad del hombre se vió elevada al verdadero puesto que le correspondía. Gentes de todos estados, condiciones y jerarquías, reunidas al pié de la cruz, formaban un verdadero pueblo de hermanos, realizando la más exacta de todas las democracias sociales. La religion del Crucificado condenaba las riquezas y todas las pasiones, y los hombres, entregados al verdadero conocimiento de sí mismos, que es el primero de todos los deberes humanos, como es la principal de todas las ciencias, carecían de los grandes vicios y de las insaciables ambiciones que hoy tienen desquiciado el mundo.

Al calor de la inspiracion del cristianismo se trocó en una vasta familia de hermanos el mundo todo; las ciudades se poblaron de monumentos, y los valles y los montes resonaron con los ecos de los cantos elevados al cielo en edificios tan gloriosos como Santa María de Ripoll, Poblet, Santas Creus Tarragona y otros portentos del arte, por no referirnos más que á los principales de nuestra Cataluña. Las letras, las ciencias y las artes, frutos privilegiados de la civilizacion, se refugiaron en aquellos centros de la virtud y del saber, y en ciudades y soledades florecían por igual los hombres más eminentes que vieron los siglos despues de los que enaltecieran á la Grecia.

Hoy... el huracan revolucionario, escapado de los abismos infernales, ha barrido montes y ciudades, y ha convertido en montones de ruínas los monumentos de gloriosos días. El fuego ha devorado lo que resistió á la piqueta, y las sabandijas anidan en los sitios consagrados un tiempo á las bendiciones del Señor de los cielos. Y miéntras tanto se dice que la civilizacion progresa... pero, lo dicen los partidarios de la piqueta y del fuego; lo dicen los que no han sabido edificar, sino destruir; lo dicen los cooperadores de Satan, el gran destructor por excelencia, enemigo de Dios, hacedor por virtud propia. Y se llama civilizacion envenenar el corazon del hombre con doctrinas de desconsuelo y ambicion, arrancándole los gérmenes de conformidad y esperanza que en él depositó la benignidad de un Dios compasivo. ¡Miserables! ¿Propagaban la civilizacion los franceses que en Poblet arrancaron del religioso reposo de su sepulcro la momia del glorioso Jaime I de Aragon, y cargándole un fusil al brazo, lo pusieron ¡baldon! á manera de



ARCO DE TRIUNFO DE Sª MARIA DE RIPOLL.

lizacion, porque la ultrajada dignidad del hombre se vió elevada al verdadero puesto que le correspondía. Gentes de todos estados, condiciones y jerarquías, reunidas al pié de la cruz, formaban un verdadero pueblo de hermanos, realizando la más exacta de todas las democracias sociales. La religion del Crucificado condenaba las riquezas y todas las pasiones, y los hombres, entregados al verdadero conocimiento de sí mismos, que es el primero de todos los deberes humanos, como es la principal de todas las ciencias, carecían de los grandes vicios y de las insaciables ambiciones que hoy tienen desquiciado el mundo.

Al calor de la inspiracion del cristianismo se trocó en una vasta familia de hermanos el mundo todo; las ciudades se poblaron de monumentos, y los valles y los montes resonaron con los ecos de los cantos elevados al cielo en edificios tan gloriosos como Santa María de Ripoll, Poblet, Santas Creus Tarragona y otros portentos del arte, por no referirnos más que á los principales de nuestra Cataluña. Las letras, las ciencias y las artes, frutos privilegiados de la civilizacion, se refugiaron en aquellos centros de la virtud y del saber, y en ciudades y soledades florecían por igual los hombres más eminentes que vieron los siglos despues de los que enaltecieran á la Grecia.

Hoy... el huracan revolucionario, escapado de los abismos infernales, ha barrido montes y ciudades, y ha convertido en montones de ruínas los monumentos de gloriosos días. El fuego ha devorado lo que resistió á la piqueta, y las sabandijas anidan en los sitios consagrados un tiempo á las bendiciones del Señor de los cielos. Y miéntras tanto se dice que la civilizacion progresa... pero, lo dicen los partidarios de la piqueta y del fuego; lo dicen los que no han sabido edificar, sino destruir; lo dicen los cooperadores de Satan, el gran destructor por excelencia, enemigo de Dios, hacedor por virtud propia. Y se llama civilizacion envenenar el corazon del hombre con doctrinas de [illegible] y ambicion, arrancándole los gérmenes de conformidad y [illegible] que en él [illegible] la benignidad de un Dios compasivo. ¡Miserables! ¡Propagaban la civilizacion los franceses que en Poblet arrancaron [illegible] Jaime I de Aragon, y cargándole [illegible] á manera de



ARCO DE TRIUNFO DE Sª MARIA DE RIPOLL.

centinela montando guardia? ¿Propagaban la civilizacion los mismos franceses que en Santas Creus despertaron el sueño de Jaime II, y, despues de arrimarle á una pared, le fusilaron como á un bandido? ¡Maldicion eterna para tales cobardes y asesinos!

En épocas más cercanas, ¿propagaban la civilizacion los que, no ya franceses, sino españoles, reducían á cenizas el mejor floron del arte arquitectónico de nuestros gloriosos Condes, Santa María de Ripoll, y destruían lo que respetó el vandalismo frances? ¡Ay, si nuestra pluma debiera formular el capítulo de cargos contra los incendiarios y demoledores de nuestros conventos é iglesias! ¡Ay, si debiéramos verter toda la hiel que los años han ido concentrando en nuestro corazon contra los que, reos de lesa humanidad, han abolido el estado contra el cual ningun derecho tenían, ya que nadie lo tiene contra la libertad individual en la eleccion de estado! ¿Y éste es el siglo de la civilizacion? ¡Sarcasmo!...

No es civilizacion lo que arrasa monumentos del arte, que ningun mal podían hacer, y que pregonaban, en cambio, la pujanza y saber de edades que pasaron; no es civilizacion lo que, para reformar, si reforma se necesitaba, degüella é incendia; no es civilizacion lo que destruye inmensas bibliotecas y destroza riquísimas galerías de pinturas, y siembra el luto, y el espanto y el terror en naciones enteras... Y si esto es civilizacion, ¡paso á la *Commune* de Paris de 1871; paso á los nihilistas de Rusia; paso á los anarquistas de Lyon; paso á todos los demoledores por la dinamita, que suya es la civilizacion del siglo que destruye, incendia y asesina para civilizar!

¿Progresa la civilizacion de los pueblos?

¿Y quién lo duda? Díganlo sino esos innumerables ejércitos permanentes, muerte de la agricultura y ruína de las naciones que los sostienen; díganlo esas máquinas de guerra, ciudadelas flotantes, amenaza continua del más fuerte contra el débil; díganlo los instrumentos cada día más perfeccionados para inutilizar el valor del soldado y la pericia de la estrategia; díganlo los frecuentes y siempre más numerosos suicidios; las continuas revoluciones en todos los Estados; las dinastías destronadas...

Se nos dirá que en todas épocas hubo tanto ó más que ahora, para que

no fuera el mundo un lugar de delicias... Supuesto que así fuera, no se nos diga, pues, que fueron aquellos días peores que los nuestros, y que progresamos nosotros en civilizacion, porque no estamos exentos de los vicios y defectos de entónces. Pero no; la inflexible lógica nos vuelve al camino á pesar de los sofismas y subterfugios, y nos dice que la sociedad actual, peor que sus antecesoras, paga la pena á que se hizo acreedora por sus grandes crímenes.

Las sociedades actuales se han emancipado de su Dios, y no queriendo servirle á Él, deben servir á los hombres: de ahí los ejércitos permanentes, de ahí el cuartel sustituyendo al convento, de ahí la obediencia ciega de los sectarios á directores que ni conocen y á órdenes cuya procedencia y alcance ignoran.

El mundo ha desechado la influencia civilizadora de las órdenes religiosas, ha sacudido el yugo de la Iglesia, y creyéndose libre porque se ha emancipado de la tutela religiosa, ha caído en la esclavitud más abyecta y degradante, cual es la de un hombre á otro hombre.

Desengañémonos, por más que duela decirlo: la civilizacion no progresa; no está en un período de estacionamiento; retrocede.

Al siglo actual le sucede lo que nos cuentan los viajeros de los mirajes del desierto. Los progresos materiales,—si lo son,—le han dado vértigos; en su debilidad, acosada por el afan de gozar, va en pos de ideales irrealizables, y trocando los términos, califica de civilizacion lo que sólo es un problemático bienestar material ansiado con perjuicio de los más nobles y elevados del órden moral, únicos á que debe aspirar el hombre y los solos que pueden sosegarle el corazon inquieto é insaciable siempre, porque más vasto y más noble que todo lo criado, no puede hallar su gloria sino en lo que está fuera de la creacion, en el mismo Dios.

Pasando á otro órden de ideas, y dando de mano á todo lo que se roza con religion, para fijarnos solamente en lo que podríamos llamar reglas de cortesía ó conveniencia social, ¿quién que contemple en un aspecto cualquiera á la sociedad en la vida de familia, ó en la vida que puede calificarse de pública, quién, repetimos, se atreverá á llamar civilizada en grado superior á la sociedad actual?

Prescindamos de la vida de familia, santuario vedado á las investigaciones del curioso, por más que lleve el salvo-conducto de moralista ó historiador, y corramos un velo para no cubrirnos de carmin el rostro al ver relajados los lazos de familia hasta el extremo de haber desaparecido del hogar doméstico, no ya la paz interior, cuya existencia pueden amenazar enemigos encubiertos ó declarados, cuyos ataques se libran de la censura del curioso que los quiera estudiar, sino hasta los simpáticos y tiernos recuerdos que en días mejores, pero de no tan decantada civilizacion, formaban un altar del hogar á cuyo rededor se reunía la familia para gozarse junta en las alegrías, ó darse mutuo consuelo en las grandes tristezas y comunes tribulaciones de la vida.

Salgamos del interior de la casa y examinemos la gran familia social.

Lo primero que ocurre es blindarse los oídos y preparar el estómago para evitarse una de las tantas indisposiciones que necesariamente debe sentir toda persona decente y honrada á cada paso que dé en un paseo, en una calle, en un teatro, café ó cualquier otro sitio público. Se ha conseguido hallar el verbo universal para expresarlo todo en el lenguaje de los indignos de vivir entre personas. ¡Qué civilizacion!... Ni una palabra más acerca de un asunto que produce náuseas.

Antes, cuando la sociedad no estaba tan civilizada como ahora, las personas celosas de su decoro podían frecuentar los teatros, seguras de que, si no valía la pena, quizas, la compañía que funcionaba, de permanecer allí unas cuantas horas, pasábanse, en cambio, buenos ratos entre una reunion que sabía apreciar su mutua estima guardándose las consideraciones debidas. Hoy... la civilizacion dá á cada cual derecho de hacer *lo que le dá la gana*, y en uso de tal derecho se fuma escandalosamente durante la funcion, se habla, se come y se cometen, usando de la libertad, mil indecencias que en épocas más atrasadas que ahora se habrían guardado mucho de permitírselas ni las personas de más baja esfera, ya porque no se les habría permitido, y ya porque tenían ideas más cabales y perfectas de la dignidad y respeto humanos.

Pesados é interminables nos haríamos si descendiéramos á lo que nos

sugerirían las ideas que vamos anunciando solamente, y debemos terminar recordando lo que hemos dicho al comenzar este capítulo, á saber, que las sociedades actuales no progresan, decimos mal, retroceden en la civilizacion; porque en esto, como en la virtud, segun enseñan los místicos, el no ir adelante es retroceder. Y que la civilizacion retrocede lo prueba el hecho de proponerse la pregunta en forma de duda, y sabido es que no se duda de lo evidente, ni siquiera de lo cierto.

Una vez más, por todas, repetimos que se confunde la civilizacion con los adelantos industriales. Puede el mundo adelantar materialmente, miéntras se hunde en el cieno de vicios y defectos que le desmoralicen; y si las sociedades actuales se encuentran ó no desmoralizadas, no debemos decirlo nosotros. Las estadísticas, los hechos lo pregonan claramente todos los días. Y no es esto lo peor. En el negro horizonte que envuelve las actuales sociedades no acertamos á ver un punto luminoso por donde asome un rayo de esperanza. La religion se cubrió con un velo para no presenciar tantos ultrajes; miéntras este velo no caiga, y no domine la religion el horizonte, ninguna esperanza abrigamos en los destinos futuros de la humanidad.

FIN DEL TOMO TERCERO Y ÚLTIMO



ÍNDICE DE CAPÍTULOS

DE

LA CIVILIZACION

TOMO III.

	PÁGINAS
INTRODUCCION.	5
CAPITULO PRIMERO.—Constantinopla.—Decadencia.—Ultimos emperadores.	13
CAPÍTULO II.—España árabe.—Su civilizacion.	101
CAPITULO III.—Continuacion del anterior.—Filosofía árabe. .	167
CAPITULO IV.—Guerras religiosas del Occidente contra el Oriente.	223
CAPÍTULO V.—Resultados de las Cruzadas en sus relaciones con la civilizacion.	261
CAPITULO VI.—Edad Media.—Iglesia.—Feudalismo.—Parroquia. —El municipio.	319
CAPITULO VII.—Renacimiento.	463
CAPÍTULO VIII.—Influencia de las formas de gobierno en la civilizacion de los pueblos.	591
CAPÍTULO IX.—¿Progresa la civilizacion de los pueblos? . .	601

PAUTA

PARA

LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS

TOMO TERCERO.

	PÁGINAS
Lord Byron medita la libertad de Grecia.	13
Arcadio saliendo en público.	22
Claustro bizantino en Tarragona.	43
Atila recibiendo á los embajadores romanos.	57
Carlo Magno administrando justicia en público.	68
Esclava en el harem.	189
Cautivas en el harem.	203
Pedro el Ermitaño predicando la primera cruzada.	228
Interior del salon de un castillo feudal.	378
Torneo.—Costumbres de la Edad Media.	417
Grupo en barro de Capodimonte.	450
Fiestas para la coronacion de Leon.	474
Julio II visita el taller de Miguel Angel.	486
Enrique VIII y Ana Bolena.	546
Anacoana.—Flor de Oro.	561
Monumento mejicano.	574
Matrimonio de Venecia con el Adriático.	595
Costumbres del siglo XVII.	598
Arco de triunfo de Santa María de Ripoll.	604

PAUTA

PARA

LA COLOCACION DE LAS LAMINAS

TOMO TERCERO.



CASABÓ Y PAGÉS

LA CIVILIZACION

TOMO 3

8689